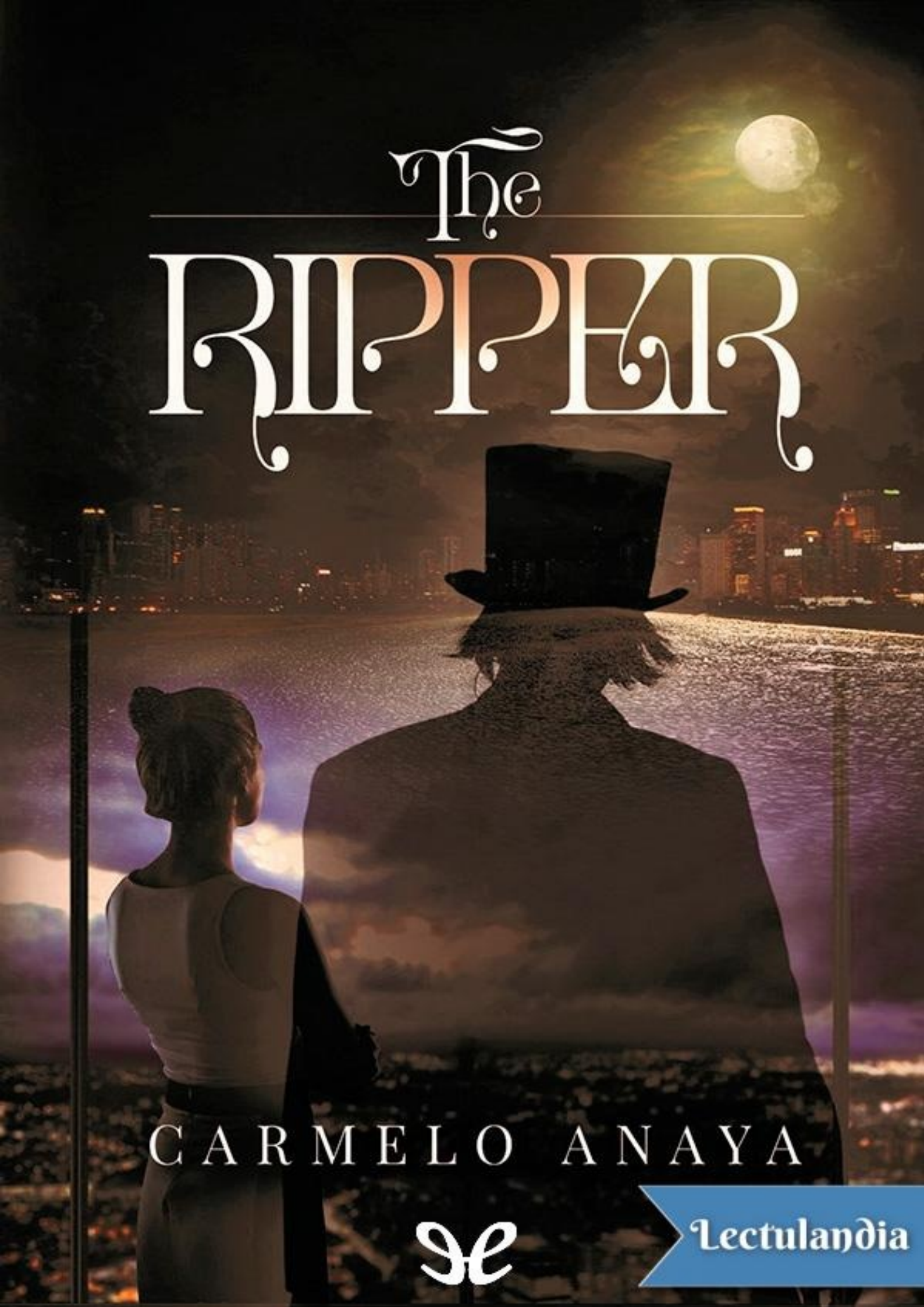

The
RIPPER
CARMELO ANAYA
Lectulandia

31 de agosto de 2013. Calor. Fiesta. Ruido. A unos metros, una mujer es salvajemente destripada.

El comisario Carrillo es el primero en llegar al lugar del crimen. La visión del cadáver, la fecha y las coincidencias lo atemorizan: no puede ser, piensa. Pero sus temores se confirman. El día 8 de septiembre otra mujer es asesinada y destripada. Ya no puede ocultarlo: se encuentra ante Jack el Destripador.

Y el asesino continúa el juego: mensajes, cartas, postales, que tienen como destinatario al comisario Carrillo, cada vez más desmoralizado y sin ninguna pista, al pie de la locura en su desesperado intento por evitar más crímenes. Proxenetas, delincuentes, detectives, viejos amigos, todos pueden ser sospechosos.

Desde las cloacas a las más altas instancias de la ciudad, desde la política a la prensa, el comisario inicia un itinerario aterrador que se convierte en un laberinto de sexo, locura y muerte.

Carmelo Anaya

The Ripper

ePub r1.0
Titivillus 23.03.2022

Título original: *The Ripper*
Carmelo Anaya, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

31 de agosto
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4

8 de septiembre
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12

30 de septiembre
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22

9 de noviembre
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Sobre el autor

Quiero dominar la vida y quiero dominar la muerte.

Ted Bundy

31 de agosto

1

Una furgoneta oscura se cruza en mi camino. Le doy un puñetazo y el conductor rectifica su trayectoria y se alinea con los demás vehículos.

Cuatro pasos y estoy sudando. Calor. Humedad. Sudor.

Un atasco kilométrico. Luces azules de los patrulleros. Sirenas. Silbatos. El gentío en las aceras.

Sensación de asfixia. Como se corre en una pesadilla.

Maldigo la llamada. Esa llamada que siempre me arrepentiré de haber recibido.

—¡¡Comisario…!!

Un agente implora mi nombre en cuanto me ve. Deja en suspenso las palabras. Señala una sombra tendida entre unos muros de piedra, a un metro escaso de la acera. Lo que veo… Un escalofrío. Un frío súbito que hiela el sudor.

El inspector Malasaña, a mi lado, se detiene bruscamente. Abre los brazos como si fuera a recibir un golpe. Un agente nos tiende una linterna. Todo sucede a cámara lenta. Como si estuviéramos en el fondo de una ciénaga que nos impidiese ver con claridad. No acierto con el botón de la linterna. Mis dedos tiemblan. La mujer está tendida de espaldas. Sus brazos descansan paralelos al cuerpo, ligeramente doblados, con las palmas de las manos hacia arriba en un gesto de ruego o plegaria. Sus piernas están abiertas y la ajustada falda ya no tapa nada. El corpiño que ceñía su cuerpo está abierto como un chaleco. La sangre ha alcanzado la calle y brota un hilo que cae lamiendo el borde de la acera hasta el asfalto. Le han cortado el cuello de una forma tan brutal que la cabeza cuelga casi decapitada. Y de su abdomen abierto brotan las vísceras y los intestinos, que se derraman sobre su cuerpo como gigantescos gusanos.

Contengo una arcada bestial.

Malasaña aborta una arcada que parece un ataque epiléptico.

Todo se hace silencio súbitamente. Un silencio brutal, sórdido. Un silencio duro como una piedra. De repente, soy consciente del rumor del oleaje y de las estrellas que se adivinan en el horizonte. Como si mi cerebro mirase, horrorizado, a otro lugar que no ven mis ojos. Porque mis ojos no pueden apartarse del cuerpo destrozado.

—¡¡¡No puede ser!!!

No estoy seguro de que mis labios hayan pronunciado esas palabras, que gritan en mi mente.

—¡¡Diosssssssss!! —una plegaria del hombre más duro que he conocido.

Vuelven los gritos de los borrachos. Los gritos de los policías. Las sirenas. Los silbatos. Los motores de los coches, atascados ante el gentío que rodea el cadáver y que tapona la carretera.

Malasaña da un paso, esquivando la sangre. Mira tras la tapia, entre los matorrales. El agente López llega a mi lado. El gemido brutal de un acceso de mal en estado puro le hace girarse y vomitar, escupir y gruñir como si se estuviera muriendo. El hombre más fuerte no puede resistir la visión de ese cuerpo triturado.

Los refuerzos consiguen despejar la zona. La gente que va saliendo del Mandala se detiene a mirar. He ordenado acordonar un perímetro, pero es imposible detener el tráfico en la carretera. No servirá de nada, porque la escena del crimen está tan contaminada que cualquier precaución es inútil. La Científica está de camino. Se ha avisado al forense. Mientras esperamos, siento la camisa y los pantalones pegados a la piel, tan húmedos como si me hubiera empapado de esa lluvia que aquí no llega. La bruma que amenazaba desde el mar una hora antes ya comienza a envolvernos.

Cada vez que me atrevo a mirar el cadáver, mi intuición comienza a helarse.

López ha tenido que retirarse y se ha apostado ante la puerta del Mandala, con los porteros. Se supone que ha ido a interrogarlos. Pero sabemos que ha huido.

—Voy a soñar con esto el resto de mi vida —ha dicho.

Se le ha pasado la borrachera en un instante.

Malasaña vuelve de rastrear la parcela en la que se ha encontrado el cadáver.

—Rompió la valla también en el otro lado, junto a la rambla. Creo que aparcó allí un coche. Hay huellas en la arena.

Asiento y me alegro de que vuelva a mi lado. Junto a él, el terror que intento disimular es menor.

Veo lágrimas en sus ojos. Ya no hay asco o temor en su mirada, sino una inmensa conmiseración, una pena tan honda que no puede tener consuelo.

—¿Cómo es posible? —se pregunta en voz alta.

Respira hondo. Nos apoyamos en el muro, de espaldas al cadáver. Enciende un cigarrillo.

—¿Piensa lo mismo que yo?

Me quedó mirándolo un segundo.

—No lo sé —miento—. Ya veremos qué nos dice el forense.

Nos quedamos mirando el mar. Varios agentes de la Policía Local ordenan el tráfico y disuelven a la gente, que se marcha remisa. Los agentes están encantados de tener otra tarea y mantenerse a una distancia prudencial. Ordenamos hace un rato desalojar la discoteca. Casi todos los coches que había en el aparcamiento adyacente han desaparecido. Va a ser un amanecer triste. Algunos pesqueros parecen suspendidos en la oscuridad, mar adentro. Algunos madrugadores se dirigen a la playa desde el *camping* o desde los apartamentos cercanos. Unos visten zapatillas deportivas para saludar el nuevo día caminando por la playa y otros portan cañas de pescar. La vida continúa tan ajena que por un momento llego a pensar que lo que he visto, lo que tengo a mi lado, no es más que una pesadilla provocada por el alcohol.

—Mataré al que ha hecho esto —masca Malasaña.

Yo aún no he llegado a la rabia. Aún estoy anonadado. He visto muchas cosas en mi vida, pero creía haberlas dejado atrás. ¿Qué esperaba de mi profesión y de la ciudad a donde me destinaron, más como castigo que como premio, este lugar perdido? Algún incidente de borrachos, alguna trifulca familiar, algún robo. Poco más. Sin embargo, he llegado a ver hombres decapitados y una familia entera asesinada a tiros. Confiado en que el destino que me habían asignado como castigo no podría deparar mayor mal del que ya había visto, me he ido desengañando y me embarga una amargura que no esperaba.

Veo venir la bruma que se traga la carretera y nos envuelve también a nosotros.

—¡Qué apropiado! —comenta Malasaña.

Una niebla amable y cálida. Como una caricia fresca en el rostro. Engulle las palmeras y los pinos que nos rodean y esto parece un lugar más habitable.

López cruza la carretera flanqueado de los porteros musculosos, que visten tejanos y camisetas negras ceñidas y húmedas de sudor.

—Contadle al comisario —ordena López, que se no atreve a mirar el lugar donde yace el cadáver.

—Nada, comisario —español, acento del sureste. Un saco de músculos bajito, con la cabeza rapada al uno y las mandíbulas anchas y las orejas tan pegadas al cráneo que no se le ven de frente. Su camiseta lleva escrito

Mandala y el símbolo arcano de la empresa. Un diagrama circular y enrevesado—. Hemos estado pendientes de la gente. Ha sido una noche tremenda. Entraban y salían. Sólo hubo un momento en que miré hacia aquí porque me pareció ver algo. Pero no vi nada y me olvidé. Luego, sí me fijé que habían quitado la tela metálica, pero pensé que había sido algún gamberro. Desde donde estamos, casi no se ve el cuerpo.

El otro, un clon del primero, confirma la versión de su compañero con movimientos de cabeza. López se encargará de tomarles declaración y se marcha a paso ligero, aliviado.

Braulio, el forense, deja su maletín a un lado, con cuidado de no mancharlo de sangre, y mira la tierra que se adentra en la parcela.

—¿Quién ha pisado aquí? —grita Braulio, sudando.

—Todo el mundo —respondo—. Lo descubrieron un grupo de chicos que pasaban por la acera. Se acercaron demasiado. Algunos vomitaron.

Asiente con la cabeza. Hoy no tiene ningunas ganas de bromear. Toca la cabeza de la mujer con sumo cuidado. El cuello se mueve como el de un muñeco roto.

—No lleva más de dos horas muerta —afirma.

Observa los cortes en el cuello.

—Degollada. Es la causa de la muerte. Sin duda.

El amanecer ha vuelto locos a los gorriones que copan la cercana arboleda del *camping* de Sopalmo. Su trino es ensordecedor. Una alegría incongruente.

—Lo que hizo después… —dice lentamente, observando el destripamiento y moviendo sus dedos con delicadeza sobre el cuerpo—. No sintió nada. Ya estaba muerta.

Nos alivia mientras espanta las moscas y levanta el cuerpo ligeramente. Un charco de sangre espesa.

—La mató ahí —señala unos metros en el interior de la parcela.

Una mancha negra en la tierra.

—¿Es una víctima de género? —pregunta desde una distancia mucho más lejana de lo razonable el juez, un joven peinado con gomina, que tiene el aire incierto de haberse levantado demasiado temprano o no haberse acostado aún.

Braulio mueve la cabeza anticipando una negativa, aunque dice:

—No lo sé —se encoge de hombros—. ¿Sabéis quién es? —nos pregunta.

—No hemos encontrado ni el bolso de la víctima ni documentos en su ropa.

—Yo ya he acabado. En cuanto la lleven al Instituto, haré la autopsia.

Hago un gesto y los de la Científica se acercan vestidos con monos blancos. Su trabajo ya de poco servirá, pero aun así rezo para que encuentren algo.

Volvemos en un coche patrulla porque López se llevó el Golf. Durante el trayecto no abrimos el pico. El agente que conduce tampoco.

Una vez en mi despacho de la comisaría entro al baño y me doy una ducha de agua fría. Me visto con ropa limpia y conecto el aire acondicionado a temperatura de iglú. Luego llamo a Malasaña. Aunque se ha duchado, mantiene el aspecto de pordiosero que nunca le abandona. Sus ojos están rojos del alcohol ingerido antes de la maldita llamada, de falta de descanso y del horror que ha visto.

—No hay denuncias de desaparición. Ya lo he comprobado. Tampoco en la Guardia Civil ni en las policías locales de toda la comarca —dice.

Se tira en el sillón frente a mí y por un instante creo que va a llorar. Abre la boca para decir algo, pero se detiene en el momento en que entra López, su rostro aún blanco como la cal. Se sienta junto a Malasaña y se queda callado. Los labios apretados, mirándome fijamente. Fumamos mientras sólo se oye el rumor del aparato de aire acondicionado.

—Dicen que la ha matado su pareja, quien quiera que sea. Si es así, lo mismo se ha suicidado —dice con cierta expresión ingenua, queriendo creer lo que no puede creer. Que se trata de un estúpido crimen de género más y que todo acabará tan súbitamente como ha empezado.

Muevo la cabeza lentamente a un lado y a otro.

—No digas gilipolleces, López.

—¿Por qué no? —mira a Malasaña ofendido—. Una discusión a la salida de una discoteca… Lo mismo el novio se ha puesto celoso…

—Era una puta —corta Malasaña.

López se queda con la boca abierta.

—¿Quién mata a una puta frente a la discoteca más concurrida de la comarca de esa manera, López?

—¿Entonces…? —se estremece.

—Nadie dirá ni media palabra. No sabemos nada. Mutismo absoluto. No quiero que salga de aquí ni un solo comentario —les ordeno.

—Hay que buscar en su ambiente, jefe —sugiere Malasaña.

—Pues ya estás tardando. Eso es cosa tuya.

Malasaña se levanta bruscamente. Tampoco él soporta esta quietud después de haber visto lo que hemos visto.

—Si lo encuentro, esta vez no lo voy a llamar para detenerlo —advierte antes de salir.

—No lo vas a encontrar fácilmente.

Duda aún, asido a la puerta.

—¿Le digo qué me recuerda?

—No.

Me niego por segunda vez. La tercera no podré impedirlo.

—¿A qué se refiere, jefe? —pregunta López cuando Malasaña cierra la puerta.

—No quieras saberlo aún.

Mueve la cabeza, incrédulo.

—Ha sido lo peor que he visto en mi vida.

García irrumpe sin llamar y grita desde la puerta:

—Jefe, han colgado fotografías del cadáver en Internet.

Busco en el PC y enseguida aparecen fotografías del cadáver y un vídeo que algún desgraciado ha filmado con su móvil.

—¿Cómo pueden tener valor? Ya no se respeta nada —se amarga López, haciendo ademán de retirarse como ante una amenaza.

—Y lo están dando en las noticias —añade García.

En la pantalla la escena parece irreal. Las imágenes se desvanecen. El individuo pierde pulso, y graba a sus acompañantes, asustados, vomitando algunos y otros haciendo chistes. Son los primeros chavales que pasaban por el lugar, demasiado borrachos.

Dos horas después, aparece Malasaña.

—Ya sé cómo identificarla. ¡¡Vamos!!

Salimos a la calle. Calor sofocante. Luz candente. Subimos al Golf, calcinado al sol de justicia. Los confidentes de Malasaña confirman que los rumanos han perdido a una de sus mujeres.

—Tiene que ser ella.

Me conduce hasta las afueras. Un edificio que era el primero de una serie de moles gemelas abortadas por la crisis. Las calles nuevas, aplastadas de sol, tienen un asfalto fino como papel de fumar que se ha levantado protestando por el abandono. Lo rodean solares vacíos donde no crece ni la hierba. Un cubo gris sin imaginación. En las ventanas, algunos cristales aparecen aún con

los sellos de origen. En las plantas inferiores, se los han cargado a pedradas. Los pisos son alquilados por listos que compran empresas en ruinas y explotan los edificios a base de alquileres mínimos hasta que se los adjudique el banco.

El portero automático tiene los cables fuera, aunque Malasaña no iba a anunciarse. Abre la puerta con un carné y entramos en un vestíbulo que nos recibe en una penumbra agradecida. Pulso el botón del ascensor y Malasaña se ríe mientras comienza a subir las escaleras.

Cuando lo alcanzo en el cuarto piso, estoy sin resuello. Él ya aporrea una puerta barata.

La mujer que nos abre no pasa de los veinte. Viste una blusa mínima que me recuerda al *short* que llevaba la chica asesinada y un pantaloncito de pijama que hace sospechar que no usa ropa interior. Malasaña empuja la puerta y entra en la casa. Lo sigo y vemos un comedor sin mesa, un sofá barato y una televisión enorme. Sobre una mesa baja hay restos de desayuno. En una silla, un montón de ropa. La luz que entra por la ventana casi ciega los ojos, especialmente los de la chica, que debe haberse levantado ahora.

—Policía —muestra Malasaña su placa.

La chica hace un gesto de fatalidad.

—¡Yo no he hecho nada! —grita con acento eslavo.

—¿Hay alguien más en la casa?

La chica cruza sus brazos sobre el pecho.

—¿Cómo te llamas? —la intimida Malasaña.

—Tatiana —responde.

—Tu nombre de verdad. Los papeles —exige.

Ella señala el interior de la casa.

—Corre —ordena Malasaña.

Abro una puerta que da a un dormitorio vacío. Nadie ha dormido en la cama. Malasaña sigue a la chica por el pasillo, una mano en la culata del arma.

—Dile a las demás que salgan —ordena a voces.

La chica regresa corriendo e intenta empujar a Malasaña hacia el comedor.

—Doménica Tatiana Demeter, rumana. Diecinueve años.

—¿Tiene una orden para entrar en mi casa?

Malasaña la traspasa con la mirada y la chica se encoge.

—He dicho que salgan las demás.

Doménica Tatiana gira la cabeza. Da un grito en su idioma y un segundo después otras dos mujeres vienen por el pasillo. Malasaña les ordena que se sienten en el sofá.

—¿Quién más vive aquí?

Las mujeres se encogen de hombros y bajan la cabeza. Una de ellas, desgreñada rubia de bote, la mandíbula prognática y las mejillas chupadas, que viste unos vaqueros recortados a la altura del muslo y una camiseta roja, responde:

—¿Tienen una orden?

—Esto no va con vosotras —la tranquilizo—. Estamos buscando a una amiga vuestra.

La tercera chica es rellenita y lleva el pelo corto. No levanta su cara redonda.

—Hay una cuarta chica en este piso que no ha venido esta noche a dormir, ¿verdad?

No responden. Aún no saben de qué va esto.

—¿Cómo se llama? —grita Malasaña.

La chupada se llama Petrica Stoica y es la más decidida.

—No ha venido esta noche.

Nos mira con rencor anticipado y unos ojos muy redondos que contrastan con el esqueleto apenas cubierto de carne rosada que es su cara.

—¿Cuándo la visteis por última vez?

—Anoche. Se fue a las diez —responde con un acento pegajoso.

—¿Dónde fue?

Las mujeres se encogen de hombros y la más entrada en carnes gira la cabeza y mira a sus compañeras buscando la confianza que le falta.

—Sólo queremos saber dónde está —las tranquilizo.

—¿Ha hecho algo? —pregunta con un hilo de voz la más rellenita.

Doy un paso y me planto ante ella, que baja la cabeza y mira el suelo. No ha debido encontrar mucho apoyo en las otras. Tiene la cara pálida y una expresión perdida.

—Levanta la cabeza —ordeno—. ¿Cómo te llamas?

—Ramona.

—¿Qué más?

—Balan.

—No hay problema, ¿entiendes? Sólo queremos saber dónde está vuestra amiga. ¿Tenéis alguna fotografía?

Las chicas se miran entre ellas y Tatiana se levanta. De un bolso colgado de la espalda de una silla saca un móvil y tras teclear en él lo tiende a Malasaña y vuelve a tomar asiento en el sofá.

Malasaña me muestra la fotografía. Es la chica. Nuestra chica.

—Salió a las diez —afirmo, y ellas asienten—. ¿Con quién?

—Con un amigo —dice Petrica, adelantándose a las otras.

—¿Quién es vuestro chulo?

—No tenemos chulo —replica Petrica de mal modo.

Sabemos que miente, pero contengo a Malasaña.

—Creemos que le ha pasado algo a vuestra amiga.

Se miran entre sí. Pero Petrica hace un gesto a las otras. No quieren hablar mientras no tengan el permiso de su chulo.

—¿Cómo se llama vuestra amiga?

—Cristiana —responde Petrica.

—¿Qué más?

—Cristiana Stoicescu.

—¿Dónde trabaja? ¿En la calle? ¿En un garito?

Se encoge de hombros.

—No sé. Sólo pagábamos el piso juntas —miente.

—Llevátelas —ordeno a Malasaña—. Se vienen a comisaría.

Tatiana y Petrica gritan y protestan mientras Malasaña las levanta cogiéndolas del brazo.

Entro en el dormitorio que tiene la cama sin hacer y busco en los cajones de una mesilla de noche y de un armario. No encuentro documentos de identificación. En el armario hay ropa sólo de verano, por lo que deduzco que Cristiana Stoicescu no llevaba mucho tiempo en España. Veo una foto de la chica. Es ella. La guardo en mi chaqueta.

Cuando salgo, las mujeres ya están preparadas: Tatiana nerviosa; Petrica, irritada; Ramona, confusa.

Hay otros tres dormitorios, uno para cada una. Los identifico por las fotografías que guardan en los cajones. Deben trabajar a veces en la casa, porque no las tienen a la vista. Hurgo en sus ropas sin encontrar nada que merezca la pena. En la cocina veo una cerveza a medias sobre la mesa. No creo que ninguna de ellas haya bebido cerveza a primera hora de la mañana. Así que pongo la mano en la culata de la pistola y abro la puerta de la despensa. Una lavadora vieja y un canasto para la ropa sucia. Al otro lado de la cocina hay una terraza mínima, pero nada se ve a través de la puerta de cristales traslúcidos excepto el calentador y un tendedero de ropa. Una celosía

de yeso encuadra una corredera. Da a la terraza del piso contiguo. Cuando me asomo, veo una ventana abierta. Alguien ha huido por ahí.

Dejamos a cada una en una celda. Lo pasan peor cuando se sienten desamparadas.

Dejamos la pecera para Ramona, porque parece la más vulnerable.

—Ramona, ¿te gusta ser puta en España?

Me observa con unos ojos almendrados de iris marrón muy oscuro, tanto que casi no se puede distinguir de la pupila. Es una mujer menuda y rechoncha, a la que seguramente le costará más trabajo conseguir clientes que a las otras.

—A Petrica sí. A mí no.

—¿Cuánto tiempo llevas en España?

—Un año.

—¿Entonces, lo haces obligada?

Niega con la cabeza primero. Luego, eleva débilmente los ojos y me contempla un rato. Luego asiente con la cabeza.

—¿Quieres quedarte aquí o irte a tu país?

—Irme.

—Puedo hacer que te lleven de vuelta a tu país, pero me tienes que ayudar. No te pediré nada que pueda causarte problemas. ¿Me entiendes?

Asiente, aunque vuelve a bajar la cabeza. Como si le estuviera ofreciendo un regalo maravilloso, de esos en los que ya no cree.

—Sólo quiero saber cosas de Cristiana.

—¿Por qué?

No le digo que ha muerto. No quiero asustarla. Puede pensar, además, que la han matado los mismos que las explotan.

—Dime lo que sepas de ella.

—Que es de mi país. Que es guapa. Nada más.

—¿Te han dicho que no te fíes de la policía?

Me mira por si me ofendo. Sonrío.

Me inclino hacia ella y junto las manos. Una pose de sacerdote comprensivo. Tan falsa como un billete de plástico.

—Te lo han dicho para que no escapes de ellos. Esto no es lo tuyo. Otras tal vez se adapten mejor, como Petrica, pero tú no. ¿Fumas?

—Sí.

Le doy un cigarrillo y yo enciendo otro.

—¿Quieres agua, un refresco, café?

—No quiero nada.

Echa humo con ganas y me río.

—¿De qué te ríes?

—De que parece que estamos en un bar.

Suelta una sonrisa dulce que haría feliz a un hombre tranquilo. No tanto a los puteros con que se ve a diario.

—Te prometo sacarte de aquí. No te pasará nada. Pero tienes que contarme todo lo que sepas de Cristiana.

—¿Qué le ha pasado?

—No te lo puedo decir aún. Pero no es nada relacionado con la gente que os trae —miento para tranquilizarla—. Dime qué hizo anoche, a dónde fue, con quién, dónde trabaja.

Chupa de su cigarrillo y el humo llena la celda. Veo la decisión en su expresión, pero antes se asegura.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

Pisa el cigarrillo contra el suelo y me mira a los ojos, severa.

—Salió a las diez de la noche. Ahora, en verano, se trabaja tarde. Se fue con un amigo. Con Bogdan.

—¿Bogdan qué más?

—No lo sé.

—¿Es el hombre que había esta mañana en vuestra casa?

Se sorprende y sus pupilas se dilatan. Luego, lo admite.

—¿Me puedes dar otro cigarrillo?

Se lo doy y los dos fumamos. La atmósfera se vuelve irrespirable, pero no parece importarle.

—Se fue con él a trabajar. Pero no sé dónde. Unas veces en un sitio y otras veces en otro. Anoche no sé dónde estaba.

—Dime en qué sitios solía trabajar.

Se encoge de hombros.

—Unos días en El Garfio y otras en el polígono. O en la playa. No sé.

El Garfio, un bar de mala muerte a las afueras de la ciudad que se ha convertido en una barra americana de putas baratas. Un completo por treinta euros.

—¿Tienes miedo de Bogdan?

—Claro.

—¿Dónde lo puedo encontrar?

—No sé.

—Sí lo sabes. Dímelo y no sabrá que has sido tú.

—No —responde con tanta firmeza que sé que no le podré sacar la información.

Confío en que Malasaña sepa dónde encontrarlo, del mismo modo que ha encontrado a las chicas en un rato.

Apago el cigarrillo en el suelo.

—Cristiana era joven y guapa, ¿por qué trabajaba en El Garfio por treinta euros el polvo?

—Porque quieren que follemos mucho aunque sea barato. Se gana más.

—Ellos ganan más —rectifico—. ¿Dónde están los documentos de Cristiana? No he encontrado nada en su habitación. ¿Los tienen ellos?

—Sí.

—¿La viste anoche mientras trabajaba?

—No.

—¿Dónde estuviste tú?

—En El Garfio.

—¿Sabes dónde estuvo ella?

—No.

—¿Sabes si estuvo en Mojácar? ¿Cerca de la discoteca Mandala?

—No lo sé.

—¿Tenía algunos clientes especiales?

—¿Especiales?

—Con los que tuviera relaciones más frecuentes. Que fueran clientes fijos.

—No lo sé.

—¿Recibía a alguien en la casa?

—Sí.

—¿Quiénes?

—No los conozco. He visto a algunos, pero no me fijo. No me interesan.

—¿Ha comentado ella alguna vez si tenía algún cliente raro? ¿O alguno que fuera agresivo o violento?

—No. Sólo que huelen mal y follan peor.

—Alguno con el que hubiera discutido porque no pagaba.

—De eso se encargan otros.

—¿Bogdan?

—Sí.

Le dejo un cigarrillo y salgo de la celda. Le digo a Malasaña que lleve a Ramona a la casa de acogida.

Vuelvo a la pecera cuando traen a Petrica.

—Ufff. Qué humo. Parece un puticlub —dice nada más entrar.

—Es para que entremos en ambiente.

—¿Te hago aquí un trabajo?

Observa el cristal sin azogue de la pecera y ríe.

—A algunos les gusta mirar y que los miren. ¿Y a ti?

—Vamos a hablar de tu amiga Cristiana.

—No es amiga mía.

—¿Te llevas mal con ella?

—No es amiga mía.

—¿Te quita los clientes? Es muy guapa.

—¡Bah! —replica pasando el dedo por el cristal.

—Siéntate.

Se sienta frente a mí, descarada. Me mira con esos ojos redondos que resaltan tanto como en una muñeca y suelta:

—¿A mí no me das tabaco?

Le doy un cigarrillo y se lo enciendo. Atrae mi mano y la acaricia con la yema de sus dedos mientras me mira a los ojos.

—Soy muy viejo para ti —la consuelo—. ¿Quieres irte a tu país o quedarte aquí?

—¿Mi país? Allí no hay más que miseria. Y los hombres son peores que aquí.

—¿Estás cómoda? ¿Vives bien? ¿Te puedo ayudar?

—Sí. Vente conmigo y págame.

—Estoy de servicio.

—Huy. Si supieras lo que hacen tus colegas de servicio…

—Hoy prefiero no saberlo. Tal vez otro día me lo cuentes.

Se ríe.

—Cuando la policía dice que te va a ayudar, te jode seguro.

—No todos somos iguales —me defiendo.

—¿Qué no? Unos asquerosos.

—Lo imagino. Pero ahora quiero oírte hablar de Cristiana. ¿Cuánto tiempo llevaba con vosotras?

—Un par de meses.

Me quedo esperando y como no añade nada más, comienzo a enfadarme.

—No te lo voy a ir sacando poco a poco. Suéltalo ya.

Petrica fuma despacio y se piensa lo que va a decir. Le advierto:

—Os hemos encontrado en un rato. Sabemos para quién trabajáis, sabemos dónde os ponéis, a qué garitos vais. Así que empieza ya, no tengo todo el día.

Se encoge de hombros.

—Bueno. Como Ramona te lo habrá dicho todo…

Da una calada al cigarrillo comprobando en mis ojos la respuesta. Debe darse por satisfecha, porque continúa.

—Vivía con nosotras en el piso. Trabajaba bien, quiero decir que tenía mucho trabajo, porque aquí siempre llama la atención lo nuevo. No sé quiénes son sus clientes, como ella no sabe cuáles son los míos. Trabajamos separadas, cada una en un sitio.

—¿En El Garfio?

—A veces vamos allí. Nos tomamos una copa.

—Ya.

—Y otras en la calle.

—Dime sitios. Dime dónde estuvo ella anoche. Tú eras la jefa de la casa.

—Yo no…

—Cállate y cuenta.

—Anoche se puso en la carretera de Mojácar a Carboneras, donde acaba el hotel grande. Pasan muchos coches y puedes ir a sitios escondidos en la playa o en el campo y es mucho más rápido y mejor.

—¿Quién la llevó allí?

—No sé —miente.

—¿Bogdan?

Sus labios se sellan al oír el nombre.

—¿Estuviste con ella en algún momento?

—No.

—¿Conoces a sus clientes?

—Ya te he dicho que no. No tiene clientes fijos. Lleva poco tiempo aquí.

—¿Desde qué hora estuvo en la carretera?

—Desde las once más o menos.

—¿Quién la vigila? ¿Quién está con ella?

—Nadie —miente otra vez.

—¿Dónde puedo encontrar a Bogdan?

Ni me mira. Hace un gesto de desprecio con la boca.

Braulio, el forense, me espera en mi despacho. Suda como un cerdo. Tiene los ojos apagados tras los gruesos cristales de sus gafas ahumadas. Y una expresión abatida que jamás le he visto.

—Se trata de un crimen de género, ¿no?

Sus ojos se abren tanto que incluso parecen grandes tras los cristales de culo de vaso. Siempre me pregunto por qué no se opera esa miopía de Rompetechos que le confiere un aire despistado que no se corresponde con su naturaleza. Una vez dijo que le tenía pánico a una intervención que ansían hasta los niños.

Tarda un rato en responder, como si no le cuadrara lo que digo, como si no esperara esa estupidez. Derrama su enorme humanidad sobre el sillón que oigo crujir cuando se mueve, incómodo.

—¡Y una mierda piensas tú eso! Aquí tienes el informe.

—¿Por qué me lo has traído personalmente?

Nunca lo había hecho.

—¿Tú qué crees?

Deja sobre la mesa una carpeta del Instituto de Medicina Legal que portaba en su manaza y que descansaba sobre su enorme barriga.

—Esto es muy raro —añade.

—Heridas de arma blanca producidas de un modo compulsivo —digo—. Parece un arrebato de amante despechado.

Se piensa la respuesta mientras enciendo un cigarrillo.

—No me tomes por gilipollas —dice, irritado.

—¿Por qué?

Cierra los ojos.

—Heridas de arma blanca, sí. Pero dos cortes en el cuello… Cuando se apuñala el vientre con el furor de un amante despechado, como tú dices, se hace de otra manera, heridas incisivas. Éstas son cortantes, para abrir, no para matar. Para mostrar, no para herir. Ese hijo de perra la ha abierto en canal como a un cerdo en la matanza.

—Heridas también en el costado derecho —comento.

—Heridas incisas no muy profundas justo al lado de un corte profundo que abre el costado en canal dejando rebosar los intestinos. No puedo comprender la dinámica del ataque y eso me preocupa.

—¿Por qué?

—Porque no puedo entender el crimen.

Callo mis sospechas, mis intuiciones. El comisario debe ser el último en aventurar hipótesis.

—¿La mató donde la encontramos con toda seguridad?

—Restos de cinta adhesiva en boca, manos y pies. La trasladó desde algún otro lugar. Pero la mató allí.

—Un lugar arriesgado.

—Un lugar increíble.

—Un lugar apropiado para un crimen pasional.

—Un lugar no apropiado para un crimen pasional porque el asesino debió entrar con la mujer por otro lugar para que no lo vieron y matarla y destriparla y luego cortar la tela metálica que delimita la parcela y arrastrar el cadáver hasta la acera para dejarlo a la vista.

—Pudo ser que entraran en la parcela para hacer sus guarrerías y el tío se cabreara.

—¿Quieres dejar de hacer teatro conmigo? No soy imbécil —grita.

Lo miro y dejo que se calme. Resopla.

—No hay indicio alguno de contacto sexual. Ni *pre mortem* ni *post mortem*.

Cada palabra de Braulio es una confirmación de mis temores.

—El resto es cosa tuya —dice levantándose con un gesto cansado que es un terror anticipado a lo que él imagina tan bien como yo. Impresiona más en quien está acostumbrado a manejar la muerte.

Abro el expediente y la primera fotografía del cadáver sobre la mesa de acero de la sala de autopsias me golpea duro. Cuando elevo la mirada al hombretón que desde la puerta se vuelve para pedir algo, Braulio observa mi expresión y, con una empatía que no necesita palabras, vomita:

—¡Coge a ese cerdo!

No es un ruego. Es una imprecación.

—¡O mátalo!

Da un portazo.

Cristiana Stoicescu fue degollada con un primer corte que comienza bajo la oreja izquierda. El asesino hizo un segundo corte paralelo al primero, unos dos centímetros más abajo. Como si quisiera asegurarse del resultado o que la imitación fuese perfecta. El cadáver presenta un hematoma en el occipital izquierdo. Braulio presume que el asesino la dejó inconsciente de un golpe para atarla y amordazarla. El golpe debió ser por sorpresa, porque no hay señales de defensa y los cortes en el cuello son tan simétricos que la víctima debía estar sometida en el momento de arrebatarle la vida.

El asesino realizó un profundo corte desde la parte inferior del abdomen hasta el diafragma. Se aprecian cuatro cortes similares en el costado derecho y cortes transversales en la zona vaginal. Los cortes profundos dejan los intestinos a la vista. El útero ha desaparecido.

Sobre la carne abierta del abdomen, una vez limpiada la sangre, ha aparecido un signo tatuado en la piel con la punta de un cuchillo. Un círculo con una estrella de cinco puntas en su interior.

Cuando López abre la puerta, se preocupa al ver mi rostro.

—¿Le pasa algo comisario?

Levanto el informe y López da un paso atrás, como un vampiro ante la Cruz.

—Yo no quiero verla.

—Ni falta que te hace.

Dejo el informe en un cajón que cierro con llave. Donde ninguno podamos verlo ni en un descuido. Necesito un cigarrillo y López y yo fumamos en silencio un rato. Incómodos, pues él no para de mirarme a los ojos.

—¿Dónde está Malasaña? —pregunto para aliviar la situación.

—Acabó de interrogar a las chicas y las llevó a identificar el cuerpo.

—Bien. Quiero una reunión con todos los hombres disponibles.

—Algunos están todavía de vacaciones.

—Queda revocado cualquier permiso. Hay que buscar, puerta a puerta, desde el hotel Best Mojácar hasta el Mandala, a alguien que pueda haber visto algo.

—Sábado y último día de agosto, comisario —avisa López—. La mayoría de la gente sería de fuera.

—Aun así. Ordénalo.

Malasaña entra sin llamar.

—La han identificado. Hay que hablar con los chulos.

No puede remediar el tono agresivo. Se caería al suelo si perdiera esa adrenalina que lo mantiene en tensión desde la madrugada. A su rostro enjuto ha agregado una barba erizada y dura y el sudor de muchas horas de trabajo. Su escasa estatura lo confina en lo más hondo del sillón, empequeñecido al lado de la inmensa humanidad de López.

—Vamos a mandar a la gente a preguntar puerta a puerta por la zona.

—Yo no voy a perder el tiempo con eso —protesta.

—Se encargará López. Tú y yo haremos otras cosas. ¿Te ha dicho algo Tatiana que no supiéramos?

—Ni lo ha hecho ni lo hará.

—¿Y Ramona?

—Tranquila. Se encargarán de ella.

Tajante, pone las manos en los brazos del sillón para levantarse y tirar de mí en busca de los chulos a los que sacar información.

—López, contacta con el Ministerio y que te den toda la información sobre la chica muerta y se comunique a las autoridades de Rumanía. Después, llama a todos los hombres y reúnelos abajo.

—¿Nos vamos? —pregunta Malasaña, levantándose.

—Hay que esperar a la noche.

La tarde larguísima nos desespera desde el otro lado de los ventanales. Es una luz inmensa que todo lo colma y parece penetrar hasta los últimos rincones del pensamiento. Sólo mirar la luz provoca una sensación de más calor aún, a pesar del aparato de aire acondicionado. Los tres hombres estamos encendidos. El frío sólo lo sentimos por dentro.

—¿Y la autopsia? —pregunta Malasaña.

—Lo que esperábamos.

—¿Seguro?

—Al detalle. ¿Quieres leer el informe y ver las fotografías?

—No.

Mando a Malasaña a su casa, a descansar un rato. Reúno a menos de treinta agentes. Entre la falta de personal y las vacaciones, no puedo contar con nadie más. Están todos agitando papeles delante de sus caras para quitarse el sofoco de la sala de reuniones. A pesar de que ahora las máquinas funcionan a todo trapo, es imposible combatir los casi cuarenta grados que nos embadurnan de sudor.

—Esta tarde, a partir de las ocho, iréis en parejas, de puerta en puerta, por todas las casas y urbanizaciones entre el Best Mojácar y el Mandala.

Un murmullo de protesta se eleva entre los agentes, algunos de los cuales disfrutaban su día libre.

—¿Pero no es un caso de violencia de género, comisario? Basta con buscar al novio y ya está —protesta uno, al fondo.

—No lo sabemos —miento—. De momento, haréis lo que os digo. No sabemos si tenía novio. La víctima era profesional.

—¿Una puta? —pregunta Martín, que se ha unido al grupo aunque estaba de vacaciones.

—Sí, rumana.

—¿Y los chulos? —insiste.

—Eso es cosa mía.

Se alzan rumores y conversaciones en corrillos. Lo tienen tan claro como el agua. Lo más seguro es que haya sido su chulo. O un cliente al que se le ha ido la olla.

—De puerta en puerta. Y no quiero más protestas. López va a coordinar el dispositivo. Toda la información a él.

—¿Y usted, jefe?

—Como soy el jefe, haré lo que me dé la gana.

—¿Y Malasaña? —pregunta Martín, receloso de que no esté en la reunión y celoso de que lo haya elegido para otra misión.

—Vendrá conmigo. Es el que mejor conoce esos ambientes. Ha identificado a la chica en dos horas.

—¿Qué han dicho las otras? —pregunta García.

—Que vivía con ellas, que llevaba poco tiempo en la zona, que no la conocían de antes y que anoche se fue a trabajar a la calle, por la zona del Best Mojácar. Así que ya sabéis. Alguien tuvo que verla. Era muy guapa. Le salían clientes como setas en el monte. Una belleza. Algún coche tuvo que pararse. O alguien se la llevó a un apartamento. Lo que sea.

—Comisario —comienza Martín, pero se detiene hasta que los demás callan—. En la provincia de Almería se han cometido varios asesinatos de prostitutas. De forma muy esporádica, pero tan puntuales como las riadas. Y nunca se ha detenido a nadie. Ni siquiera hay sospechosos. ¿No será éste otro de esos asesinatos? ¿No estaremos ante un asesino en serie?

Se hace un silencio espeso, sólo roto por el ronroneo constante de los aparatos de aire acondicionado.

—Ni idea, Martín. Pero de esos crímenes hace muchos años. No empecemos a imaginar cosas raras.

Martín estudió esos crímenes cuando lo destinaron a Baria. Recopiló copias de los informes de la Guardia Civil sobre la llamada Operación Indalo.

—Tenemos que investigar más para saber a qué nos enfrentamos.

Las palabras de Martín cambian la actitud de los hombres y cuando concluyo y les ordeno toda la diligencia del mundo ya nadie protesta.

Paso las dos siguientes horas confeccionando un informe preliminar que envío al Comisario Jefe de Almería. Atiendo las dudas de López, a quien ordeno que haga trabajo de campo y que esté en contacto con los hombres, supervisando sobre el terreno cualquier testimonio que pueda ser útil. Ordeno

que se nieguen tajantemente a dar cualquier tipo de información a los periodistas y que no alienten rumores. Un asesinato tan macabro siempre llama la atención, así que pido que hagan un llamamiento a la colaboración de la población y destino dos hombres a la centralita. Luego, compruebo que la Brigada de Delitos Informáticos ha conseguido descolgar las imágenes de Cristiana Stoicescu y busco las noticias sobre el crimen. La primera impresión de un crimen de género ha dado paso a especulaciones sobre las mafias de explotación sexual.

Lo dejo estar y llamo a Malasaña por teléfono, aunque responde a voces desde su despacho. No se ha ido a descansar.

Cuando salimos a la calle, ya ha caído la tarde, pero el calor aún es sofocante, suficiente para pegar la camisa al cuerpo en un segundo. Subimos al Golf y esta vez conduzco yo. Malasaña deja la artillería en la guantera.

—No vas desnudo —comento.

—Va a ser una noche larga.

Atravesamos la ciudad, que parece despertar tras el letargo de la tarde inacabable. Terrazas llenas de gente bebiendo cerveza helada y refrescos con que paliar el calor. Caminantes sudados. Gente resoplando o abriéndose el escote o la camisa para dejar pasar algo de brisa fresca que temple los cuerpos. Las calles peatonales se llenan de gentes mirando escaparates. Los dueños de las tiendas fuman en las puertas de sus negocios, aburridos ya de tarde y con la esperanza de que el fresco que no llega introduzca a los clientes en sus locales con aire acondicionado. Cruzar una ciudad de apenas ciento cincuenta mil almas en el primer día de septiembre es hacer un ejercicio de paciencia. Las gentes vuelven de las playas o de sus vacaciones y todo el mundo lleva los coches repletos de cachivaches y se detiene a descargar en doble fila.

—Conecta la sirena, jefe —sugiere Malasaña.

—Bastante tenemos ya.

La policía local no da abasto para digerir el tráfico. Un pueblo de costa que se hace grande a paladas y cuyo urbanismo de posguerra primero y urbanismo caníbal más reciente no ha generado suficientes espacios para una población que se duplica en verano. Las calles tradicionales, de apenas ocho o diez metros de anchura, son un río de coches y cláxones. Vemos casas de dos plantas con puertas abiertas al atardecer y balcones que parecen bocas que buscaran aire desesperadamente. Vemos el interior penumbroso de esas casas, donde gentes casi desnudas intentan llevar una vida normal que el sofoco les impide. Los aparatos de aire acondicionado de las fachadas gotean agua y las

gentes se cruzan en las aceras estrechas comentando el calor del fin del verano. Vemos a ancianos con camisas abiertas y zapatillas y bastón. A señoras con vestidos estampados que se golpean el pecho con abanicos. Vemos a extranjeros con sandalias y calcetines mirando a su alrededor.

Atravesamos la plaza del ayuntamiento y giramos por la Avenida del Siglo XXI, una obra de un megalómano que encauzó una vieja rambla que atravesaba la ciudad con agua estancada que ahora hiede para simular un bulevar alrededor de un río inexistente. Desde allí cruzamos urbanizaciones hasta alcanzar la carretera de circunvalación. Aunque la velocidad es lenta, permite que el aire que entra por la ventanilla simule una sensación de frescor que no es más que aire caliente en movimiento. Por fin alcanzamos una antigua carretera de acceso a la ciudad flanqueada de plátanos con una raya blanca en los costados. A ambos lados hay campos de cultivo recién regados. El olor a tierra húmeda deja atrás esa insania desértica y nos insufla algo de vida.

El Garfio es el último lugar en el que te gustaría ver a tu hija. Cuatro paredes y un techo plano tras un recodo de la vieja general, oculto por una arboleda. A un listo se le ocurrió que la única forma de ganar dinero con él era llenarlo de putas baratas y creó una barra americana cutre y comida de mugre. La clientela es igualmente exquisita. Puedes tomar una copa a mitad de precio que en el Hotel Argaria y en un momento te arreglan en la explanada, a veinte o treinta euros el servicio completo o, si eres un tipo exigente, puedes irte a alguna pensión cercana por cincuenta euros la hora y el polvo.

Hacemos la vista gorda con El Garfio porque no suele haber problemas, ya que el dueño es más bruto que la clientela. Además, sirve de refugio a putas que no tienen opción, por escasas posibilidades o por imposición de sus chulos, de trabajar en lugares más dignos.

La luz del atardecer se refleja en unos cristales sucios enmarcados en ventanas de aluminio blanco. Increíblemente, los reflejos dorados del atardecer le conceden un aura de belleza que no tardará en desaparecer, pues sólo es una ilusión. La puerta es de aluminio acristalado que se cierra con una reja enrollable. Hay tres coches en la puerta y la luz interior, que no intenta crear ambiente, nos ofrece una visión cruda de una barra a la izquierda y tres parroquianos acodados en ella.

Malasaña conoce al dueño, que le debe algunos favores. Lo que no impide que nos mire mal en cuanto entramos. Descubrimos a la derecha a tres chicas

sudamericanas sentadas a una mesa, sin bebida, en una disposición que parece preceder al horario de trabajo. Algunas esperan en el interior de El Garfio posibles clientes y otras se irán unos cientos de metros carretera adelante en busca de algún desesperado que las invite al asiento trasero y, con suerte, a una copa después.

—¿Qué quieres?

Es la bienvenida del Pestucias, apodo de Antonio no sé qué. Viste una camisa abierta hasta la barriga, mostrando una panza de pelos negros y gruesos, cadena de oro con una cruz gorda como todo lo suyo: la cara gorda, la nariz gorda, las orejas gordas, los mofletes gordos, las cejas gordas, el alma gorda. Tiene los ojos tan diminutos entre tanta carne que habría que explorar con lupa para saber el color del iris. La expresión de toro que embiste y la pose recia desmienten que su gordura sea débil. Sabemos que esconde en la cocina una escopeta de caza y una barra de hierro, para ahuyentar penas.

Malasaña le planta la foto de Cristiana Stoicescu.

—Ya sabía yo que teníais que venir a dar por culo.

Los parroquianos nos observan y las chicas se ponen alerta como gatas. Malasaña le advierte:

—Cállate.

El Pestucias comprende que hoy no estamos para bromas.

—Sí. La conozco —reconoce.

Les pido a todos que salgan a la puerta y esperen. Si a alguno se le ocurre largarse, se arrepentirá.

Cuando nos quedamos solos, el Pestucias se queja.

—Podías haberme avisado y hubiéramos hablado en otro sitio más discreto —recrimina a Malasaña.

—Con este asunto no hay cuidados —le responde.

El Pestucias coge la foto. Compone una expresión de pena en sus ojos diminutos.

—Venía por aquí, como otras tantas. Era una preciosidad. Es una lástima. Además, es malo para el negocio.

—¡Me importa una mierda tu negocio!

—Poco más te puedo decir —se encoge de hombros.

—¿Quién es su chulo?

—Sabes quién es. Pues ahí está la respuesta. ¿Quieres buscarme problemas?

—¿Dónde lo podemos localizar?

—¿Quieres que me arrasen el negocio?

—Sabe que lo vamos a buscar. Nos lo han dicho sus chicas. Sólo queremos la confirmación.

—Un tal Bogdan. Peligroso. Viene aquí de vez en cuando, toma algo y les echa el ojo a las chicas —lo dice tan rápido que cuesta entenderlo—. A ellos les viene bien mi negocio y a mí el suyo. Todos contentos. No tengo nada contra ellos.

—Ya sé que tienes grandes principios. ¿Dónde lo puedo encontrar?

Resopla el Pestucias, incómodo.

—Cuanto antes nos lo digas, antes nos vamos —insiste Malasaña.

—¿Y si no te lo digo? —nos reta.

—Cerramos el chiringuito y a tomar por culo el negocio —le advierto.

Se moja los labios. Mira de reojo a la calle. A través de la ventana se ve el grupo de parroquianos y putas comentando la jugada y observando lo que ocurre dentro.

—Date prisa, no tenemos toda la noche.

La luz de tubos fluorescentes del local nos mancha de una palidez enfermiza. La tarde cae en una penumbra de ceniza dorada, una luz casi alegre de noche veraniega si no fuera porque alguien asesinó a Cristiana Stoicescu.

—Estos tíos son buenos. Muy profesionales. No los verás en lugares de lujo. Creo que viven en varios sitios: cortijos abandonados, pisos vacíos, caravanas que mueven de un lado a otro. No son muy señoritos.

—Eso no nos vale.

—No sé más. Un comentario por aquí y otro por allá. ¿Crees que voy a su casa de visita?

—¿Cuántos son? No va a estar Bogdan solo.

—Eso lo sabéis mejor que yo. Y si no lo sabéis vosotros, lo sabe la guardia civil. Del otro no voy a decir ni media.

Su expresión tajante nos advierte que será inútil. Para compensar, nos habla de Cristiana Stoicescu. Nos dice que no era la alegría de la huerta precisamente. Que él la invitaba para que se sintiera a gusto, ya que no hay muchas tan guapas como ella. Hacía clientes. Llevaba un par de meses por aquí y ya venían preguntando por ella toda clase de gentes todos los días. Su negocio había dado un salto de calidad. Pero a ella no le gustaba nada. Era antipática con los clientes. Hasta que Bogdan le soltaba una bofetada. Ahora que su clientela había mejorado, un hijo de puta se la carga y lo había jodido también a él, se queja.

Dejamos al Pestucias tranquilo con su conciencia y vamos interrogando a las chicas. Malasaña las conoce a todas, las llama por su nombre y les dice que estén tranquilas, que esto no va con ellas. Ninguna sabe nada nuevo sobre la chica muerta, sólo que coincidían en El Garfio y que se llevaba mucha clientela. Luego interrogamos a los parroquianos. Un solterón de casi sesenta años que pierde las tardes y el sueldo de copas en El Garfio, inofensivo y tan gris que ni las putas le hacen mucho caso. Se consuela mirándolas y, de tarde en tarde, invita a alguna a una copa. Luego, nada.

El segundo elemento tiene menos de cuarenta años y parece que tiene más de cincuenta. Menudo, no se ha duchado después del trabajo y viste un mono sucio de barro. Tiene unas manos gruesas sucias de tierra y un rostro pálido y enjuto con barba de tres días que amenaza con pinchar de lejos. Los ojos hundidos y la línea de sol en la cabeza que marca una gorra de visera tan asquerosa como el trapo en un taller. El galán se pone serio y tan respetuoso que su ebrio engolamiento se hace grotesco. Afirma que había visto a la chica que han matado, pero que tenía muchos aires. O sea, que pasó de él por razones obvias.

El tercer seductor se nos presenta simpático y dicharachero. Nos ha mirado de reojo desde que entramos en el bar. Mientras hablábamos con el Pestucias lo veía trajinar entre las chicas, bromeando con ellas, engreído. Viste unas bermudas que muestran unas pantorrillas peladas y unas sandalias que da pánico mirar. Una camisa abierta hasta el pecho pelado. Le resbalan gotas de sudor desde el cuello y otras que bordean las cejas tupidas y canosas. Hoy no se ha afeitado y el pelo canoso está revuelto y grasiento. Se presenta como Javier Macías y nos echa en cara que no lo conozcamos. Tiene un negocio de chatarra y maquinaria un poco más allá, dice señalando en dirección a la autovía.

—Hay que ser un salvaje para hacer eso —nos ofrece su complicidad.

—¿La conocía? —pregunta Malasaña.

Brincan sus ojos saltones y se muestra aún más obsequioso cuando responde:

—La he visto por aquí. Pero yo no vengo a diario.

Si tiene un negocio de chatarrería, mueve dinero.

—Era la más guapa —deja caer Malasaña.

—Yo vengo porque Antonio… El Pestucias le dicen —comenta riendo— es amigo mío. Acabo el trabajo, me paso por aquí, pero sólo algunos días, y antes de que haya nadie, me tomo una coca cola y me voy.

Malasaña apunta sus nombres y se queda con los teléfonos de todos ellos y nos alejamos hasta el Golf.

—Seguro que se la ha tirado y no quiere decirlo —comenta.

—Tampoco íbamos a adelantar nada con saberlo. No es el asesino.

—¿Y usted qué coño sabe?

—Un putero, no un criminal.

—Seguro que el que lo hizo tampoco tiene pinta de destripar mujeres.

Nos enfadamos y nos quedamos en silencio un rato, mientras volvemos a la ciudad. Dentro del pequeño automóvil parecemos el punto y la i, como nos apodan. Me gusta trabajar con Malasaña. Es el madero que mejor conoce la ciudad. De los últimos en llegar y de los primeros en conocer sus secretos. Se empapó todos los informes del pequeño submundo que nos rodea: camellos, chorizos, peleantes, mafiosos, que de todo hay en la Viña del Señor. Pidió un permiso antes de incorporarse y en lugar de tomarse vacaciones se dedicó a patearse la comarca con su aire diminuto y resuelto, vestido como un ejemplar perfecto del lumpen que le atrae como la miel a las moscas. Cuando se incorporó, un mes más tarde, conocía a quien había que conocer en la ciudad mejor que nosotros y tenía sus confidentes. Desde entonces, es tan imprescindible como mis ojos.

—¿Y si no sospechamos de nadie, qué vamos a hacer ahora, una partidita de cartas? ¿O prefiere algo más estimulante, como una partidita de billar? —me ofende.

Gente paseando por la playa. Retiran las últimas sombrillas. Las terrazas ya están medio vacías. Muchos negocios han dado por amortizado el verano y han echado sus persianas. La oscuridad de sus fachadas pone una nota fatal de conclusión en el ambiente.

Pasamos el hotel Best Mojácar y nos adentramos en la playa. López está en un coche, confirma que la búsqueda puerta a puerta no ha deparado ni una noticia esperanzadora. El resultado: «no sé nada, no he visto nada, lo he oído en las noticias, anoche no estaba aquí», y «sí, algunas putas se ponen a la salida del pueblo, cerca de la carretera». Eso es todo.

Nos fumamos un cigarrillo sudando la gota gorda. El calor y la humedad nos pega las ropas a la carne y cualquier movimiento es angustioso. Una cadencia lenta de oleaje.

—Dicen que si en veinticuatro horas no se encuentra una buena pista, casi seguro que no se resolverá el caso —suelta López.

—Veinticuatro horas o veinticuatro días, vamos a seguir —le corto el rollo.

Malasaña rumia su frustración:

—Hay que apretarle las clavijas a los rumanos.

Dejamos a López y subimos al Golf. Salimos a la carretera, dirección Macenas. Habitualmente está plagado de putas que esperan al final del pueblo, entre eucaliptos y palmeras, a cualquier cliente harto de buscar pareja sin éxito en los *pubs* de Mojácar.

Pero esta noche no se ve un alma.

Pasamos el hotel Marina Golf y cuando nos acercamos a las rotondas de Macenas vislumbramos el reflejo de un coche escondido en una rambla.

El castillo de Macenas aparece solitario junto a la playa como una construcción perteneciente a una civilización muy antigua y misteriosa. La luz de la media luna parece pegarse, pegajosa como calor, a sus piedras. Muy cerca, se eleva una estructura de un edificio abortado, sólo pilares despuntando hacia el cielo, semeja un pecio devorado por las profundidades. A la derecha, subiéndose a las colinas, destaca la mancha blanca de la urbanización de Nueva Macenas. Nos acercamos hasta el coche escondido.

—¡¡Sisí!! Quiero hablar contigo.

Responden las cigarras. Brilla alguna luciérnaga. Unos arbustos tupidos le otorgan al coche la intimidad que su propietaria busca. Un rinconcito de amor.

—¡¡Sisí!! —grito ahora—. Quiero hablar contigo. Si no sales, te daré unos azotes.

Unos gritos y un taconeo en el asfalto. Poco a poco, de las sombras brota una silueta con mucho movimiento de cadera.

—Vaya tela —suspira Malasaña.

—No perdemos nada. Tal vez ella…

—¿Ella? Tiene más testosterona que yo.

—Comisario, ¡qué susto me ha dado! No sabía que era usted. Ya sabe que si hubiera sabido que me buscaba hubiera ido descalza, como una peregrina.

—¿No te da miedo ponerte hoy?

—Claro, comi. Más que nunca. Pero hay que comer. Además, las que somos de sangre caliente, como usted sabe…

—Yo no sé nada.

—¡Huy! Bueno, ¡qué susceptible! Claro, como hoy no está solo.

Y echa una mirada insinuante a Malasaña, que se remueve incómodo.

—Necesito que me ayudes.

Se cruza de brazos con sonoridad de la chatarrería que lleva en brazos y cuello. La bisutería brilla en la penumbra. Saca cadera y se pone seria.

—Por supuesto, comi. Hoy no hay nadie por aquí. Todo el mundo se ha ido, lo más cerca, a Baria. Pero yo me debo a mi clientela. Soy una profesional. A las duras y a las maduras. Si no me encuentran aquí, qué será de ellos, ¡pobrecitos!

—Corta el rollo —ordena Malasaña.

—Huyyy, ¡qué mal talante! Lo que necesita…

Malasaña da un paso adelante y lo tengo que agarrar del brazo.

Sisí ahora se pone seria de verdad y dice que no sabe nada, que no vio nada extraño, que trabajó un montón y no le dejaron tiempo ni de arreglarse entre servicio y servicio.

—Tú conoces a los más pervertidos de la zona, Sisí. ¿Imaginas a alguien capaz de hacer esto?

—¿Fue como dicen?

—Peor.

Se queda pensativa, abre el bolso, saca un paquete de Marlboro y nos invita a un cigarrillo. Nos ofrece fuego con sus manazas muy cuidadas. Da unos pasos a un lado y nos pide que nos apartemos de la vista de la carretera. Un coche pasa lentamente. No le tranquiliza lo que ve y acelera.

—Comi, la mayoría de mis clientes, en el fondo, son infelices, tristones que buscan algo distinto, o gente a la que una mujer no sabe satisfacer, u homosexuales latentes que tienen miedo de reconocerlo y un día tienen el valor de buscarme. No conozco a nadie que pueda haber hecho una cosa así. Los que me buscan a mí, ya están de vuelta de las mujeres.

Le pido que investigue por mí. Que hable con sus colegas, con todo el mundo. Cualquier cosa, por insignificante que parezca, debe hacérmela saber enseguida. Sisí lo jura besándose una medalla que cuelga sobre su magníficamente operado pecho. Le pido que tenga cuidado y volvemos al coche.

Menos Ramona, en la casa de acogida, las otras mujeres están libres. Esta noche irán a trabajar. Donde Bogdan ordene.

Se han apostado en las playas de Baria, nos informan. O cerca del polígono industrial.

Hay mucho tráfico en esas carreteras angostas que el incremento incesante de la construcción dejó obsoletas. No digieren el tráfico de los miles de

personas que en verano buscan el calor y el sol y que ahora agotan sus vacaciones sin ganas de volver a las rutinas tristonas de septiembre. Tardamos una eternidad en llegar allí.

Circulamos por Puerto Rey lentamente, calle a calle, hasta darnos con el muro que delimita la playa. Bajamos del coche e intentamos atisbar en la oscuridad, pero no vemos un alma. No es un lugar adecuado para ellas. Es la urbanización más antigua y selecta de la zona.

—Veo que tus amigos saben mucho —me vengo, pues la información venía de sus confites.

Continuamos la carretera de la costa hasta el bosque de El Límite. Es el paraíso de los gais y de los chaperos. Nos acercamos a pie. Cuando entramos en el bosque de pinos el rumor que nos llega no es sólo de la brisa entre las hojas. Susurros, jadeos, dulces ayyyyyes. Una sombra surge de repente y se planta ante nosotros con una mano en la entrepierna.

—¿Queréis que os la…?

Las palabras se quiebran de una patada en los huevos. El chapero resuella. Malasaña le muestra la placa. El chico se encoge como si lo hubiera sorprendido su santa madre.

—¿Has visto a las rumanas por aquí?

Se seca las lágrimas y habla con voz aguda.

—Hace un rato vinieron. Se lió una buena. Ésta no es su zona —justifica —. Hubo una pelea entre unas locas y ellas, pero luego vino un matón y echó a las locas a hostias.

Señala al otro extremo de la arboleda.

—Están en la carretera del Lola’s.

Lo dejamos lamiéndose el dolor. Otras sombras salen de su anonimato para ofrecernos favores. Malasaña los espanta. Uno nos increpa. Éste lugar es suyo, le vamos a espantar la clientela. Malasaña se le acerca, zalamero, y le planta la placa en los morros y lo echa de allí a toda leche.

Las vemos apostadas donde ha dicho el chico. No vemos a Tatiana, pero sí a Petrica. Hay otras dos chicas que no conocemos. Observamos un rato, pero no descubrimos al chulo. Pasan coches por el camino, pero ninguno se detiene a pesar de sus insinuaciones. Uno se dirige hasta el Lola’s Playa y el otro va muy despacio, pero se ve que no le gusta descubrir mujeres donde sólo debía haber chaperos y locas. Da media vuelta y desaparece. Avanzamos y, cuando las chicas miran para otro lado, cruzamos el camino y descubrimos

un coche oscuro entre unos árboles. Oímos un chillido y el coche arranca y sale levantando una nube de polvo. Corremos unos metros inútilmente. El coche entra en el asfalto con estrépito de hierros viejos. Volvemos la vista atrás y vemos a dos chicas corriendo. Malasaña las persigue, pero ellas se pierden en el bosque y Malasaña vuelve maldiciendo.

—No las veo. De noche, es imposible.

—¿Y Petrica?

—Seguro que es ella la que le ha gritado.

Volvemos al coche sudando la gota gorda.

—¿Cree que serán los rumanos los que han hecho eso, jefe?

—No. ¿Para qué? La chica les hacía ganar dinero. Y si hubieran tenido un problema con ella, ¿para qué llamar tanto la atención? Podían eliminarla y que no se enterara nadie.

—Pues no tenemos otra cosa.

—No tenemos otra cosa —repito.

—Y han pasado más de veinticuatro horas —comenta, con desaliento.

—Y han pasado más de veinticuatro horas.

Ordeno a Malasaña que vaya a descansar. En la comisaría ya no están más que López y un par de agentes de guardia.

López me mira con ojos de cordero degollado. Está ultimando el informe negativo de la búsqueda puerta a puerta. Si el rostro de Malasaña es la expresión de la desesperación, el de López es el de la tristeza cansada.

Le ordeno que se vaya a casa y salimos juntos del edificio a una noche bochornosa. El calor húmedo no va a empeorar nuestro aspecto, pero nos impide respirar a pleno pulmón. Miento cuando lo animo.

—Mañana será otro día. Ya verás cómo nos traerá algo nuevo.

Malasaña y yo somos dos pesimistas furiosos a los que el odio devora. López, en cambio, es un oso grande y bueno al que hay que animar como a un niño.

Esta vez no dice nada. Mis palabras no calan en su corazón. Se sube a su monovolumen, que le otorga el aire de hombrón familiar y entrañable que es y sale lentamente del aparcamiento. Lo veo perderse en una bruma espesa que pone velos a las farolas y pienso que el asesino debió utilizar un vehículo amplio para transportar a Cristiana Stoicescu.

Continúo pensando en ello hasta que llego a casa. Aparco junto a la pared de la vivienda que se ha reconstruido tras el incendio con que se despidió un

asesino de cuyos crímenes no quiero acordarme. Pero, al menos, a aquél podía comprenderlo, me digo, lamentándome, sabiendo que si pudiera entender al que asesinó a Cristiana Stoicescu estaría mucho más cerca de atraparlo.

Piso la arena para entrar en el porche de la casa. Una edificación de planta baja, totalmente encalada, en primera línea de playa. Tan cerca del agua que apenas la separa una franja de arena que luego se introduce por todos los resquicios de la casa y la embadurna por completo, como una capa de polvo. Hoy no se hubiera permitido una construcción tan cerca del mar. Es antigua y el dueño me la alquiló cuando fui destinada a Baria. Muchos años en la misma casa. Sé por qué no me voy. Sé que la memoria de mi mujer me atrapa entre estas paredes en las que apenas vivo pero de las que soy incapaz de huir. Pensé que lo haría tras el incendio. Pero el seguro abonó el importe y el dueño reconstruyó y cuando me llamó para ofrecerme la casa otra vez no pude decir que no. Hubiera sido una cobardía. Hubiera sido huir de ella, de su memoria, del dolor que la llevó a dejarme.

Se oyen canciones y una guitarra. A lo lejos, en la playa, alguien ha montado una fiesta. Me quedo mirando un grupo de sombras que se mueven alrededor de las llamas de una hoguera. Se oye el cantar de las cigarras y el oleaje lento de un mar abochornado de calor.

Me pongo un bañador y cruzo la arena con los pies desnudos. Veo las luces que se ciñen a la costa como un vestido estrecho.

El agua me recibe sin alivio. No está fría. No me limpia la conciencia. No limpia la memoria de la sangre. Cristiana Stoicescu está a mi lado. Imagino cómo sería viva y siento un escalofrío violento como una convulsión. Hermosa, joven, guapa. Llena de vida. A medida que me adentro en las aguas oscuras mi imaginación pierde pie y me atraviesan las imágenes de su cuerpo desventrado, de su piel cortada, de su rostro deformado por una muerte horrible. Siento un terror profundo. El agua salada entra en mi boca y me provoca una arcada. Nado hacia la orilla. He de salir de esa oscuridad tan profunda que me rodea, de esa negrura de las aguas nocturnas que quieren engullirme con sus imágenes terribles. He de volver a sentirme cerca de una luz que me recuerde quién soy, lo que hago, que hay vida en la que debo debatirme para encontrar al que hizo eso a Cristiana Stoicescu.

Está tal y como lo guardo en la memoria. Aún no ha amanecido y la noche es igual a la noche como una gota de agua a otra. Puedo rememorarlo todo, tal y como sucedió. Tal y como el cuerpo fue abierto en silencio por el

cuchillo. Esa asombrosa facilidad con que un cuchillo corta la carne humana. Es fascinante, como el estado obnubilado al que te lleva una droga. Casi incomprensible ver la sangre que mana a chorros en silencio. Una sensación plena, que ciega, la sangre manando y manando, tan negra, tan dulce, tan olorosa como un perfume. Y el cuerpo que deviene inerme tan brusca y plácidamente que no se puede comprender si no se siente en las manos. La vida se escapa con un grito silencioso y la fuerza huye de los miembros deliciosa y evanescente como un alma. Luego, la nada, el silencio, el cuerpo convertido ya en una mera representación, en una apariencia de diosa pagana y triste. Sufro de convulsiones al sentir bajo mis pies la tierra que regó aquella sangre, el aire que envolvió el cuerpo, el cielo al que se elevó el alma pávida. La vida parece detenerse de nuevo como sin duda se detuvo aquel momento. Vida que entregaba vida. Vida que gritaba vida. Vida que se entregaba a la muerte. Muerte que se hacía presente y honda como el cuerpo de un profeta. Mis ojos se abren y cierran. Todo gira a mi alrededor. Vivo y muero en la agonía de la mujer. Muero y vivo en su cuerpo mutilado. Me siento desfallecer. Apenas puedo respirar. Intento tomar aliento, que entre aire que llene los pulmones, y siento que algo se escapa de mi ser. Un gemido tan oscuro como la visión de la chica muriendo. Las luces del local frente a mí se clavan en mi cerebro cuando traspasan mis ojos como agujas. Me hieren. Me duelen. ¿Cómo es posible que aún nadie lo sepa? ¿Por qué aquí? ¿Acaso no lo ven? Todo tiene un significado. La vida tiene un significado. La muerte tiene un significado. Dónde se muere tiene un significado. Desespero. Lloro. Mis ojos se inundan de lágrimas y la noche y las luces parecen estrellarse en ellos con estruendo sordo de gritos y temibles cuchilladas. Siento la cabeza a punto de estallar. Siento el corazón que se agita loco en el pecho. Vienen a mi mente las imágenes de sus entrañas abiertas. Muestran la miseria oculta tras la apariencia. La trastienda de la furia de vivir. La negrura que se esconde tras la imagen. La verdad cruda. El corazón aún palpitaba. Sí. Tenía que palpitar. Todo fue tan rápido. ¿Cómo no iba a palpitar un último estertor? Un latido desesperado e inútil. Como mis gritos, que nadie quiso oír. Que ya nadie puede oír. Ahora oirán estos lamentos en forma de mujer abierta en canal. Lo sé. Será inevitable. Nadie puede detener el mal como nadie puede detener el Apocalipsis. Llegará. La Maldad se hará vida muerta ante sus ojos. No han comprendido nunca. No quieren comprender. Como aquéllos que se agitaban codiciosos, lujuriosos, mientras Moisés recibía las Tablas de la Ley. Pero no escucharon. Como nadie escucha. Nadie presta atención. Han olvidado sus espíritus, dejados en

sucios desvanes de sus conciencias, en los que no penetra la luz. Empolvados, sucios, miserables, sus espíritus claman en el desierto de sus corazones. Un coche pasa por la carretera con sus luces geométricas y locas, su ruido insoportable y violento. Su violencia rasga la noche silenciosa donde hubo una presencia de muerte y parece con ello profanar un altar sagrado. Maldigo sus violencias y sus terribles indiferencias. Rezaré incomprensibles oraciones a los dioses desconocidos. Tal vez ella también rezaba cuando intentaba mover los labios bajo la mordaza. Tal vez ella recobró su espíritu denigrado en el último instante, con el último aliento. Ese aliento que huye de nosotros en un parpadeo mientras Nosense ni nos mira, indiferente y cruel. Ya la luz asoma por el horizonte. Pero esa luz que pronto será implacable e iluminará todos los rincones del cielo no podrá iluminar la sangre que se tragó la tierra. No podrá calentar el cuerpo ya en manos de la muerte. No podrá encender el entendimiento en los corazones desolados de los hombres.

verdadera naturaleza, cuándo la descubrí?
so siempre la supe
o acto de mi vida ha estado encaminado a ello
ra lo comprendo

no surgió la inspiración?
no pensé en ello?
uevo Jack
uevo Destripador
emoción!!!

2

Giro en el hotel Marína Mar y asciendo dibujando meandros por calles atestadas de chalés y apartamentos hasta la cima de una colina que hace unos pocos años estaba desnuda y sucia como el culo de un borracho y ahora se ha plagado de ladrillo pintarrajeado como una borracha tardía. Cuanto más subo, descubro los mordiscos de la crisis que dejaron a medias la plaga de edificios. Caracoleo en los últimos aledaños de la montaña y me detengo ante un depósito de agua que culmina las urbanizaciones como una corona barata de cartón. Desperdiciaron el mejor rincón en un depósito de agua mientras algunas urbanizaciones que ahora se quedan a mis pies se esconden en callejones y revueltas sin siquiera vistas al mar.

El sol brilla sobre la superficie del mar.

Un momento después oigo pasos que resquebrajan terrones de tierra. No necesito volverme para saber quién es.

—Si se queda ahí es mejor que nos hubiéramos visto en la plaza del pueblo —se queja.

Lázaro Asunción. Su nombre no encaja con sus ocupaciones, aunque sí con su aspecto. Alto y delgado como un esqueleto. El careto de Cristo en la Cruz que le colgó una genética no muy generosa.

Vuelvo sobre mis pasos y nos pegamos a la pared lateral del depósito, a la sombra. Ya no veo el mar. Veo campos secos como sarmientos extendiéndose muy lejos, hasta las estribaciones de Sierra Cabrera, que aparece como una sombra imponente y azul en el horizonte.

—Un día iremos a comer juntos, que todo el mundo vea que somos amigos —digo.

—No me escondo, jefe. Es que vivo ahí al lado.

—¿Y me haces venir?

Jamás le he visto reír. Me hace el juego porque le interesa. Él nunca ha reconocido que es el dueño del hotel Argaria, el puticlub más importante de Baria. Siempre deja caer algún comentario vago sobre sus jefes, intentando que todo el mundo piense que no es más que un encargado y que tras él hay alguien muy fuerte, capaz de hacer frente a la competencia cada vez más feroz de las mafias rumana, colombiana y africana.

—¿Qué sabes de la chica? —pregunto.

—Oí hablar de ella. Todo eran piropos. La más guapa. Pero no intenté ficharla. Ya sabe… Territorio prohibido. Rumana. En mi local hubiera podido cobrar doscientos por servicio y todos hubiéramos ganado, pero esos rumanos no son hombres de negocios.

Le doy una calada al cigarrillo y lo aplasto con el pie. Una colilla en un lugar tan seco puede ser como la llama de un soplete. Lázaro Asunción continúa.

—Si fueran de otra manera, podríamos hacer negocios. Ellos pondrían la chica y yo un poco de estilo con mi local —repite, encogiéndose de hombros —. Mejores clientes, con más pasta. Hubiéramos ganado todos, incluso la chica, que no tendría que hacer servicios en un coche de mierda. Pero no saben más que explotarlas a lo bestia. No quiero tenerlos cerca.

—¿El tal Bogdan es su jefe?

—Ése es sólo un matón. Tiene alguien por encima. Una mala bestia.

—¿Quién?

—Lo vi una vez. Mala pinta. Aire militar. Algo grueso. Estuvo en mi local. No hablé con él. Yo no soy nadie, ya sabe.

—¿Cómo se llama?

—Lo llamaban Radu. No sé más. Pero no se dedica sólo a las mujeres. Tiene otros negocios.

Enciendo otro cigarrillo y abro la boca buscando aire. Nos llega una brisa caliente que la sombra no refresca.

—¿Qué negocios?

—Robos. Extorsión. Dicen que alguna vez, cuando las chicas trabajan en los pisos, graban a los tíos. De ahí a pedirles pasta… ya sabe.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Ni puta idea.

Cambio de tercio.

—¿Sabes de algún pervertido que haya podido hacer esto?

Lázaro Asunción se lleva una mano al pecho. Un pecho flaco y huesudo, que me repugna mientras veo cómo se lo acaricia, pensativo, la camisa abierta hasta el ombligo. Bajo los ojos y veo sus pies metidos en unas sandalias de pescador de almas sin futuro y siento otro poquito de asco al ver sus dedos huesudos y flacos. Su humanidad tan natural y tristona me recuerda la naturalidad triste del cuerpo muerto de la chica.

—No, comisario. En todos mis años en este negocio no he conocido a nadie que sea capaz de hacer esto.

—¿Y los rumanos? ¿Pueden haberlo hecho ellos?

Vuelve a rascarse el pecho con tanta fuerza que puedo oír el rasguño de uñas y piel. Mueve la cabeza estrecha de un lado a otro, dudando.

—Podría ser… —dice, y una multitud de ideas y locuras me asaltan a medida que habla—. Podría ser… —repite—. No lo digo porque sean mi competencia, comisario. Pero son salvajes. Hay quien dice que la chica quería dejarlo. Que no tenía vocación para esto. Sólo belleza.

—¿Quién lo dice?

—Un cliente mío me habló de ella, hace un mes más o menos. La había visto y se la había llevado en el coche a un hotel de la playa. A él no le importaba que lo vieran, está soltero. La invitó a cenar, habló con ella varias horas. No se acostó con ella. Dijo que la respetaba. Se encoñó. Y no era para menos. Ella le pidió que la comprara. Que la sacara de ese ambiente. Se lo suplicó.

—¿Lo intentó?

—Habló conmigo. Tenía miedo de contrariar a esos rumanos. De quitarles la gallina de los huevos de oro. Estaba encoñado con la chica, pero tenía miedo. Y con razón.

—¿Crees que eso pudo motivar que la mataran?

Encoge unos hombros estrechos que destacan, puntiagudos, bajo la camisa.

—Tal vez intentó escapar. Tal vez se negó a trabajar más. Hace poco tuvieron a una sin comer tres días, después de una paliza. Huesos rotos y demás, ya sabe.

—Pero si la hubieran matado ellos lo hubieran hecho de una manera menos llamativa, ¿no crees?

Hace un gesto feo con los labios, que deja húmedos y vueltos frente a mis ojos. No aumenta mi atracción por ello.

—A veces se han cargado gente a lo bestia para dar ejemplo. Vete tú a saber… —concluye con fatalidad de hombre de vuelta de todo—. Lo mismo se les fue la mano.

En la comisaría, Soler, el Jefe del Grupo de Homicidios de la Policía Judicial de Almería y un Capitán de la Guardia Civil que me presentan como Lizana, están esperándome.

Nos estrechamos las manos y nos sentamos en torno a una mesa de trabajo, a la que también se une Martín, quien tuvo la idea de investigar los viejos crímenes de los que se supone que han venido a informarme.

Pero la conversación toma otros derroteros nada más comenzar.

—Comisario —suelta Soler—, tanto el capitán como yo debemos trasladarle la queja de nuestros mandos. Se hizo usted cargo de la investigación sin advertir primero a sus superiores y sin que éstos tuvieran la oportunidad de asignar el caso.

Durante un minuto no se oye otra cosa que la turbina del aire acondicionado. Dejo que se enfríe mi furia.

—Fui avisado y llegué el primero tras los agentes de la policía Local. Hice mi trabajo. No veo ningún problema de competencia y, si eso es lo que les preocupa, podemos colaborar. Pero si pretenden que dejemos el caso, no lo aceptaré hasta tanto no reciba órdenes por escrito.

—No se ofenda —interviene el capitán Lizana—. El asunto es muy grave. Lo que debemos hacer es colaborar.

—No pretendemos que deje el caso. Pero sí que informe. Han pasado treinta y seis horas y el Comisario Jefe de Almería no ha recibido su llamada —continúa Soler.

—Le envié un informe preliminar —replico.

Soler me observa fijamente y no dice nada. Estudio sus rostros. Maduro bajo el cabello canoso y tieso el de Soler, al que conozco desde hace años. Competente y puntilloso, siempre pone algún reparo a todo lo que no haga él. Viste una camisa sin corbata y sin chaqueta, pero con un botón cerrado tan arriba que recuerda a los viejos agricultores cuando se visten de domingo. Tiene un rostro menudo de rasgos mínimos: ojos pequeños, orejas pequeñas, nariz pequeña, boca pequeña. Labios finos y apretados. El capitán Lizana es el polo opuesto: grande y desgarbado, suda a pesar del aire acondicionado. Su calva más que incipiente resuda por el cuero cabelludo y tiene unos ojos grandes, una cara ancha y una nariz aplastada que le confieren un aire de cuidado. No obstante, su pose, repantigado y con los brazos del sillón sujetos por unas manazas terribles, inspira sinceridad.

—Martín fue el primero que llamó mi atención sobre algo que ocurrió hace años en la provincia. Al parecer, hubo una serie de crímenes, diez creo —hago una pausa mirando a Martín, que asiente—, de prostitutas jóvenes, que nunca se esclarecieron. Es evidente que tenemos que revisar tales expedientes.

Soler abre un portafolios.

—Son copias de lo que tenemos. Lo he revisado para estudiar las posibles concordancias.

Abrimos la carpeta. Martín echa un vistazo. Paso las hojas rápido. Mis ojos resbalan por detalles que me dicen que no tienen nada que ver con el asesinato de Cristiana Stoicescu.

—¿Lo que consta en estos expedientes se corresponde con lo que se publicó en el Diario de Almería hace unos meses?

Ambos hombres conocen el artículo, pues los dos asienten en silencio.

—Por lo que recuerdo, las víctimas eran en todos los casos prostitutas jóvenes, menudas y morenas, ¿es cierto?

Soler vuelve a asentir. Lizana pasa los dedazos sobre las hojas y mira como si no quisiera ver. Veo en él otro López, un hombrón demasiado bueno para soportar esta miseria.

—Todas eran de ambientes marginales, la mayoría drogatas, y aparecieron en lugares aislados —dice Soler.

—No me consta que nuestra víctima, Cristiana Stoicescu, fuera drogadicta y no apareció en ningún lugar aislado, sino todo lo contrario.

—Otra diferencia es que todas murieron estranguladas o golpeadas. Ninguna degollada —continúa Soler.

—Ni fueron mutiladas.

Nos miramos a los ojos. Negamos ambos con la cabeza.

—Cuando detuvieron al camionero alemán, un tal Volker Eckert, pensamos que pudo ser él, pero no se ha confirmado —comenta Lizana—. De todos modos, algunas de esas investigaciones las llevamos nosotros y los agentes que se encargaron entonces fueron interrogados y confirmaron que el *modus operandi* pudo ser de ese hijo de puta. Casi todos estaban convencidos de que era él.

—Eso no nos ayuda mucho.

—No hubo modo de confirmarlo.

Soler muestra sus dudas.

—Algunas de esas chicas, como una alemana, Sandmeyer, ahí lo verá, era hija de un hombre vinculado al narcotráfico. Es posible que su muerte tuviera que ver más con ajustes de cuentas con el padre que con un asesino en serie.

—Además, si no estoy equivocado —comento— aparecieron en lugares muy dispares, por toda la provincia: Vélez Rubio, Purchena, Roquetas…

Me confirman el dato. Inspiro hondo.

—No creo que quien hizo esto sea nuestro hombre. Como verán en el informe, nuestro hombre degüella a la víctima en el lugar más concurrido posible. No busca ocultar su crimen, sino exhibirlo. Y, lo más importante, no hay agresión sexual.

Muevo la cabeza lamentándome.

—No creo que se trate del mismo asesino. De todos modos, estudiaremos a posibles criminales violentos que hayan estado encerrados desde 1996 o 1997, cuando acabó la anterior serie de asesinatos, hasta hace un año, por si acaso.

Soler sonríe con picardía.

—Comisario, como verá, hemos venido inmediatamente. ¿Por qué piensa que se trata de un asesino en serie? Hasta ahora sólo se ha cometido un crimen. Y aquéllos ocurrieron hace muchos años. No hay conexión. No coincide el *modus operandi*. Puede ser un asesinato de género o un crimen de mafias dedicadas a la prostitución.

—Es sólo una intuición.

—Pues no conviene que lo diga porque esto se convertirá en un circo —me advierte acertadamente.

Martín se me echa encima en cuanto los otros salen por la puerta.

—No podemos descartar… —comienza.

Le paro los pies con una mano sin levantar la vista de los expedientes. Fuma intranquilo mientras leo. Se denominó Operación Indalo. Cinco de los crímenes eran atribuidos al mismo autor. Eckert había muerto en su celda de una cárcel alemana en 2007 sin reconocer ninguno de los crímenes de Almería. Además, en los expedientes figuran detalles que me inclinan a pensar que no fue el camionero alemán. El llamado Asesino de los Barrancos por el lugar donde abandonaba a sus víctimas, casi siempre asesinaba en fines de semana, lo que era poco probable en un camionero dedicado al transporte internacional, al que le sería difícil coincidir en la misma zona en fines de semana diferentes. Además, la investigación se centró en el conductor de un vehículo Opel Corsa gris al que subió la última víctima, Aurora Amador Carmona, en abril de 1996, del que tenían dos letras y un número de la matrícula, según algunos testimonios de otras prostitutas que habían visto cómo su compañera subía a un coche de esas características. La Guardia Civil buscó miles de matrículas con esos datos y encontraron a un sospechoso, un funcionario de la cárcel que vivía en un pueblo con su madre. Durante ese año, entrevistaron a compañeros y amigos, quienes reconocieron que sufría accesos de violencia y había esgrimido un hacha durante una discusión con una empleada de su centro de trabajo. Al no encontrar pruebas sólidas, las

pesquisas se fueron diluyendo en el tiempo y el olvido y se abandonaron. El funcionario dejó su empleo y se le había perdido la pista.

Con estupor compruebo que durante 1996 llegaron peticiones de la policía portuguesa, alertada por estos crímenes, que pedía colaboración, por si había similitudes, para encontrar al Destripador de Lisboa, que había asesinado y mutilado a cinco prostitutas en esta ciudad. Pero el *modus operandi* era completamente diferente. El Destripador de Lisboa también las estrangulaba, pero luego les cortaba el pecho, la vagina y les abría el vientre. Las vaciaba. De las mujeres asesinadas en Almería, sólo una tenía cortes en los glúteos.

Una fotografía: el cuerpo sin vida de Aurora Amador, encajado en lo más profundo de un terraplén. Sus brazos paralelos al cuerpo, las piernas abiertas y dobladas, el cuello roto en una postura incompatible con la vida.

—No vamos a dejar esta vía, de todos modos. Tienes tres tareas: busca presos violentos y con antecedentes por delitos sexuales que hayan salido de la cárcel hace un año. Luego, busca la identidad del funcionario de prisiones. Quiero saber qué fue de él.

—¿Y la tercera?

—Te lo diré más adelante.

Martín se hace del expediente, pero desde la puerta me pregunta:

—¿Piensa realmente que es un asesino en serie, comisario?

—Creo que estamos ante otro Joaquín Ferrándiz.

—Dice que sabe por qué mataron a la chica en ese lugar.

Desvío la mirada de la pantalla del ordenador. Busco información sobre asesinatos macabros, a ver si algo me ilumina, ya que no parece hacerlo el Espíritu Santo. Me pregunto por qué el asesino se arriesgó tanto. Vuelvo de mi ensimismamiento y le digo al agente que haga pasar a quien dice saber algo.

—Buenos días, comisario —saluda, educado, adelantando la mano y esperando mi invitación para tomar asiento.

Se trata de un hombre de unos setenta años, de escaso cabello blanco que deja ver una calva salpicada de manchas oscuras. Menudo, viste unos pantalones de tergal demasiado amplios para sus huesos ya en retroceso y una camisa de cuadros y manga corta que le queda muy holgada, abrochada hasta el cuello. Tiene el rostro también manchado pero muy bien afeitado y hasta mí llega el olor profundo de un *after shave* tan clásico que me recuerda el de mi padre. Se sienta erguido y pone unos dedos esqueléticos sobre el filo de la mesa.

—Dígame.

El hombre sonríe y muestra una perfecta dentadura postiza que sería la envidia de un presentador de concursos.

—No se acuerda de mí. Vino usted a la organización que presido a dar una conferencia cuando fue destinado a la ciudad.

Se enciende una bombilla y recuerdo que fui invitado a dar una conferencia sobre el crimen en la sociedad posmoderna en la sede de una asociación cuyo nombre no recuerdo. El tema de la conferencia me había sido impuesto y hube de estudiar la posmodernidad como si fuera un sociólogo. Al final, me centré en el terrorismo que era, por desgracia, mi especialidad.

No debió ser un éxito, pues jamás me han vuelto a invitar.

Hago un gesto intentando recordar y el hombre me allana el camino.

—Me llamo Sebastián Rodríguez y presido la asociación Nuevo Destino.

—Ahora recuerdo.

—Fue una conferencia muy interesante la que nos dio entonces, comisario.

—Tal vez no estuve a la altura de sus expectativas.

López se reía de mí, ya que la asociación se centra en el estudio de asuntos esotéricos y espirituales y sus miembros tienen fama de estar un poco chalados.

—Claro que sí. Fue muy interesante.

—¿Qué le trae por aquí?

Da un pasito adelante y se sienta en el borde de la silla, pone ahora las dos manos sobre la mesa y dice:

—Sé que está muy ocupado y que el crimen de la otra noche le ha de tener en tensión, por lo que seré muy breve.

Hace un parpadeo demasiado largo y luego abre los ojos con la expresión de quien ve interiormente una revelación.

—No quería dejar pasar lo que pienso, por si tuviera importancia. Lo que ocurrió fue tan atroz que me he visto en la obligación de molestarlo.

Asiento con la cabeza, impaciente.

—He leído lo del asesinato en la prensa. No sé si los detalles son totalmente ciertos, pero hay una cosa que no pude evitar pensar inmediatamente. Llevo un día entero preguntándome si debía molestarlo, pero al final he decidido venir. Usted decidirá si lo que le diré tiene importancia o no.

Se moja los labios y continúa:

—Mataron a la chica, brutalmente, frente a un lugar muy concurrido. Eso me ha dado qué pensar, comisario. Y a menos que se trate de un arrebato de

un loco imprudente, no comprendo cómo pudo hacerlo en el lugar más concurrido de la comarca en ese momento. Por eso… No se ría de mí, comisario, pero…

—Continúe.

—Dicen que estamos locos —admite levantando una mano y sonriendo —. Pero lo cierto, comisario, es que el lugar donde la mató está frente a una discoteca, o *pub* o lo que sea, que se llama Mandala.

—¿Y qué?

—¿Sabe lo que significa mandala o mándala, comisario? —pregunta y me observa, retando mi paciencia y valiéndose de mi ignorancia.

—No.

—Los mándalas, o mandalas, son representaciones simbólicas, espirituales y rituales, del macrocosmos y el microcosmos, que tienen su origen en el budismo y en el hinduismo. Es una palabra de origen sánscrito. Pero en el arte cristiano también tienen su representación, en las llamadas mandalas o almendras del arte medieval, en ciertos laberintos del pavimento de las iglesias góticas, los rosetones de los vitrales, etc. Se dice que el perímetro del círculo evoca el mito de eterno retorno. En la tradición de los rituales mágicos del ocultismo occidental se ha recurrido a estas figuraciones. Jung los puso en relación con lo inconsciente colectivo, admitiendo que el centro de tales representaciones figuraba el intento del sujeto por perfeccionar su proceso de individualización.

No entiendo ni media palabra. No sé si lo que dice puede tener algún sentido. Tal vez ésta sea la respuesta, por loca que parezca, de por qué mató a la chica precisamente en ese lugar a pesar del riesgo.

—Se ha quedado mudo, comisario.

—Es interesante su punto de vista —evado la respuesta mientras en mi cabeza comienzan a saltar ideas.

No le comento el signo que el asesino grabó en la piel de la víctima.

Sebastián Rodríguez sonríe, satisfecho.

—Hay actos que tienen mensajes ocultos.

Lo admito con un gesto de cabeza.

—Lo tendré en cuenta. ¿Será tan amable de ampliarme esta información por escrito? Soy un completo ignorante de esas cuestiones.

—Lo haré encantado. En la asociación hay gente más preparada que yo. ¿Para cuándo lo quiere?

—Para ayer.

Sebastián Rodríguez se levanta, satisfecho. Ajusta la silla protocolariamente a la mesa. Lo acompaño a la puerta. Le pido la máxima reserva.

Dos horas redactando otro informe. Incluyo las líneas de investigación iniciadas: crimen pasional; crimen de bandas; mafias de la prostitución. Añado la posibilidad de un asesino casual. Dejo caer que puede ser el primero de una serie. Menciono la nueva pista relacionada con un crimen ritual.

Esta vez el jefe prestará atención.

Ordeno a López que pida a la asociación Nuevo Destino un listado de todos sus miembros. Que se informe sobre otras asociaciones relacionadas con lo esotérico. Que intente averiguar si entre sus miembros hay alguien con antecedentes penales o policiales por delitos sexuales o violentos.

Martín cuenta los resultados de su investigación.

—Estoy esperando la lista de los que entraron en 1996 y 1997 y salieron el año pasado. He pedido otra a la Interpol. Nunca se sabe. También que me confirmen la identidad del funcionario de prisiones que fue sospechoso en aquel momento, pero a medida que pasan las horas, no lo veo, jefe.

—¿Por qué?

—Por el *modus operandi*. No es el mismo. Eso no suele cambiar. Las mató y las tiró. Ya está. No mutiló a ninguna. Además, aquél las violaba y éste no. No, jefe, no me cuadra.

—Estoy de acuerdo.

Cuando se levanta para largarse, le digo:

—Investiga si ha habido destripamientos de animales en los últimos seis meses.

Se quedan mirándome.

—Con algo tuvo que practicar —digo encogiéndome de hombros—. Y no tenemos nada mejor que hacer.

Escondidos en la estructura de un edificio que no llegó a terminarse. Un esqueleto de hormigón y ladrillo. Malasaña resume su investigación.

—Las chicas viven solas. Pero el tal Bogdan viene a diario. Las reparte en los lugares de trabajo y las vigila. Luego hace caja y las devuelve al piso.

—Imaginará que lo buscamos. No vendrá esta noche.

—Tiene que vigilar qué han dicho las chicas a la policía, jefe. No van a dejar de trabajar. Si lo hubiera hecho él, habría huido. Vendría otro matón de la organización. Si lo vemos esta noche, mala señal. Él no ha sido.

Por fin se hace de noche. Una ventana con la luz encendida. La única en todo el edificio. Como una luz en mitad del mar oscuro.

—¿Quién te ha dado esa información?

—Mis confidentes. Yo tengo confidentes. No como otros.

Lo dejo divertirse a mi costa.

—Lo que me mosquea es que no venga ningún coche, comisario. *Según mi información* —continúa— viene Bogdan sobre las diez y, tras un rato en la casa, se las lleva al trabajo.

—¿Te lo ha dicho Ramona?

—No le voy a decir quién me lo ha dicho.

—¿Por qué?

—Para fastidiarlo.

—Bueno. Tal vez han decidido no sacarlas a pasear esta noche.

Harto de esperar, enciendo un cigarrillo. Malasaña me mira como si me atravesara.

—Escóndase, coño.

—Estamos perdiendo el tiempo.

—De eso nada. Le voy a decir más. Y esto no me lo han dicho. Creo que Bogdan está en el edificio. Creo que utiliza otro piso, ya que están casi todos vacíos, como su guarida. ¿No le parece el mejor modo de hacerlo? Vigilarlas tan de cerca que ellas ni lo imaginen. Les dice que se va, arranca y lo ven alejarse en un coche. Pero lo deja un poco más allá y vuelve al edificio. Entra por detrás, donde no pueden verlo las chicas desde su ventana, y duerme en otro piso. Cuando se supone que viene a por ellas, sale del mismo modo, coge el coche de donde lo ha dejado y vuelve. Ellas piensan que pasan horas sin vigilancia, pero no es así.

—¿Por qué lo piensas?

—Porque es lo inteligente.

Se esconde conmigo tras una pared y fuma un cigarrillo. Luego, lo aplasta con el pie.

—Vamos —dice, echando un vistazo a su reloj—. Le apuesto una cerveza a que encontramos al colega ahí dentro.

Damos un rodeo para no dejarnos ver desde el piso donde aguardan las mujeres rumanas. Se oyen coches a los lejos, en la carretera de circunvalación y accediendo a la ciudad desde la autovía de la playa. Pero donde estamos está tan vacío como mi alma.

El edificio se eleva en su parte trasera un par de metros sobre un semisótano. Malasaña se encarama sobre la estructura de un trasformador.

Salta y cae en una terraza. Desde allí, me hace un gesto para que lo siga. La ventana de esa terraza está cerrada y con la persiana echada hasta el suelo.

—Por ahí.

Salta de una terraza a la siguiente. Persiana levantada. Entramos. Malasaña se lleva la mano a la nariz. Un camastro y algunas botellas sobre una mesa recogida de cualquier basurero. La luz de la linterna da bocados a la penumbra.

—Aquí vive. Seguro que las chicas no lo saben.

Oímos el motor de un coche y un momento después la puerta del vestíbulo, que da un portazo. Pasos en la escalera. Esperamos y, cuando vuelve el silencio, ascendemos hasta la cuarta planta.

Voces femeninas del interior del piso. La voz autoritaria de un hombre. Hablan en su idioma. Tardan media hora en salir. Aguanto las ganas de fumar mientras contengo a Malasaña, que quiere darle una patada a la puerta.

Tacones. Voces. La puerta se abre y un rectángulo de luz cruza el pasillo. Malasaña se pega a la pared como una araña. Petrica sale ajustándose un cinturón que es casi más ancho que su falda. Tatiana sale tras ella, taconeando. Petrica da la luz del pasillo mientras un hombre sale del piso y da un portazo a su espalda, sin mirar atrás.

—¡Quieto! ¡Policía! —grita Malasaña.

Me planto ante las chicas. Gritan. El hombre es mucho más alto que Malasaña. Sus gestos dicen que va a atacar, a pesar de que Malasaña le apunta con la pistola, enorme en el hombre menudo.

Se hace un silencio terrible y la luz se apaga bruscamente. Doy un puñetazo al interruptor y se enciende enseguida. Las chicas corren hacia mí, intentando escapar. Las empujo contra la pared mientras el hombre da un paso adelante.

—¿Quieres que te pegue un tiro, cabrón?

El hombre se detiene. Duda. Un pie apuntando a Malasaña. Doy otro puñetazo al interruptor antes de que se apague la luz y las cosas vayan a peor.

—Abre la puerta del piso —ordeno a Petrica.

Ella busca en su bolso y abre la puerta. Bogdan la mira, indeciso aún si pelear o no. Me mide con la mirada.

—Enciende la luz —ordeno, al tiempo que empujo a Tatiana para que entre.

El hombre calcula, vacila, se mueve lentamente. Huelo su tensión. Pero entra con el cañón de la pistola en los riñones.

Ordeno a las chicas que se sienten en el sofá. Han limpiado desde nuestra anterior visita. El hombre se queda de pie, entre Malasaña, que aún le apunta con su arma y yo, que la mantengo en la mano, junto a mi pierna.

—Así que tú eres el famoso Bogdan.

—Vete a la mierda —suelta con acento rumano.

—Quiero hablar de la chica asesinada. Te interesa a ti también.

—¡Madero de mierda!

Malasaña guarda su arma. Nuestros ojos se encuentran y ambos sabemos que hace falta engrasar un poco las reticencias de Bogdan. Es un tipo grande, de más de uno ochenta, con brazos musculosos y un tatuaje con una cabeza de mujer y una estela y algunas letras góticas en el brazo izquierdo. Viste unos vaqueros cortados por la rodilla y una camiseta negra y unas zapatillas de deporte. Malasaña le ordena que se dé la vuelta para registrarlo. En lugar de hacerlo, se planta ante él.

—¡Enano!

La mueca se congela en su cara. En un segundo recibe tres puñetazos y cuatro patadas. Bogdan se encoge y grita, hasta que su voz se ahoga de un golpe brutal en el plexo solar. Malasaña y su aparente endeblez impiden imaginar que su *valetudo* sea tan eficaz. El hombre grande cae fulminado al suelo. Para ultimar el engrase, Malasaña le suelta una patada en los huevos y Bogdan aúlla y se encoge como un chiquillo.

Petrica salta del sofá y grita insultos y amenazas en su idioma, inclinándose sobre Bogdan. Tatiana nos mira, estupefacta.

—Tal vez ahora podamos hablar.

Encerramos a Petrica y a Tatiana en un dormitorio y luego sentamos a Bogdan en el sofá.

Malasaña le trae una toalla empapada en agua. El matón resopla saliva y sangre. La camiseta está empapada de sangre, sudor y lágrimas. Pero ni su sangre, ni su sudor ni sus lágrimas son nobles. Apenas puede sentarse en una postura digna. Encoge su rostro con gestos que abren arrugas en la piel joven. El dolor se va lentamente. Cuando mira a Malasaña, que le tiende la toalla, sus ojos han vuelto a la niñez y a cierta forma de inocencia que dejó hace años.

—Me han dicho que eres muy duro con las chicas, Bogdan. Ahora no pareces gran cosa.

Emite un gruñido en el que vuelve a asomar algo de rabia. Pero se controla y calla. Se lleva la toalla mojada a la cara y comienza a sorber sangre por su nariz, intentando detener la hemorragia.

—¿Te pone pegar a las mujeres? A lo mejor es que no te pones de otra manera.

Bogdan me mira con ojos humedecidos por las lágrimas. Brilla el odio en ellos.

—Cristiana Stoicescu…

—Vete a tomar por… —antes de que pueda esperarlo, el canto de la mano de Malasaña se estrella en su cuello y Bogdan se lleva las manos a una garganta que por un momento cree rota. Cae de rodillas al suelo.

Tarda en atravesar la garganta el aire tanto que Bogdan se pone rojo y suda como si fuera una fuente. Luego, una aspiración brutal y, por fin, el aire que penetra en sus pulmones de nuevo.

—Cristiana Stoicescu.

Consigue encaramarse otra vez al sillón. Tose bruscamente. Luego, cuando alcanza algo parecido a cierta normalidad, mueve la cabeza a un lado y a otro repetidamente.

—¿Quién le hizo eso?

Vuelve a repetir el gesto.

—Siempre las estáis vigilando. Siempre tienen protección. ¿Me dices que no sabes con quién se fue la mejor de tus chicas?

—No lo sé —dice con voz ronca.

Malasaña cruje los huesos de sus manos y en el silencio repentino suena como una amenaza. Bogdan lo mira de reojo, ya con temor.

—Siempre estamos un poco lejos —explica, por fin—. Las vemos desde lejos. No estamos con ellas porque entonces los clientes no entran porque les damos miedo. Vimos una furgoneta. Cristiana subió a ella. No sé nada más.

Se encoge de hombros.

—Normalmente, están de vuelta en veinte minutos. No nos fijamos. Estaba yo solo esa noche y tenía que vigilarlas a todas.

—¿Cómo era la furgoneta?

—Normal. Oscura. Era de noche. No vi la matrícula.

Bogdan eleva la mirada y comienzo a creerlo.

—Fue tu jefe el que lo hizo y todo eso que cuentas no es más que mierda —lanza Malasaña—. Cristiana quería dejarlo y la habéis matado.

—¡¡Nooo!! —grita Bogdan—. ¡Era la mejor! ¡La que quería todo el mundo! La que más dinero ganaba. No la hemos matado —me mira mientras

se defiende y sus ojos, por una vez, destilan sinceridad.

Los gritos han soliviantado a las chicas en el dormitorio. Malasaña se acerca a la puerta y da un puñetazo que casi la arranca de sus bisagras. Los gritos cesan de inmediato.

—Quiero hablar con tu jefe, Bogdan.

—¡¡No!! —suplica—. ¡¡No!!

Casi se levanta de su asiento. Pone las manos como si estuviera orando.

—Quiero hacerle unas preguntas a tu jefe.

—¡¡Nooooo. Aunque me mate. No!!

Malasaña se acerca con algo más que malas intenciones. Lo freno. Poner las cosas ahora peor para Bogdan no nos va a facilitar encontrar lo que buscamos.

—Ahora te vamos a llevar a comisaría. Te has resistido a la detención, Bogdan.

Asiente. Conoce el juego. De vez en cuanto toca recibir.

—Mi jefe me castigó por haber perdido a Cristiana. Yo no quise —se lamenta.

Malasaña le coloca las esposas.

Mal
é es el Mal?
i me lo preguntas?
Mal eres tú
a ja ja ja…

Mal. Su maravillosa Luz
potencia sobrehumana
espíritu humano de los siglos
a fuerza que empuja mi cuchillo

3

Ramona tiene aire de ama de casa compungida. Viste una camiseta ceñida a sus carnes anchas y unos vaqueros hasta el tobillo. Está lejos de la chica que trajimos detenida, ordinariamente desvestida para llamar la atención.

Ha decidido denunciar a sus proxenetas. Tiene miedo. Pero ha pensado en otras muchas chicas. A las que también engañaron. O a las que obligan violentamente, como a Cristiana Stoicescu.

Habla con un tono de voz apagado que hace sisear las letras y termina cada frase en un susurro. Su cara redondita invita a la ternura, pero no a la concupiscencia. La prostitución era una tortura para ella. Cuenta lo que sabe con la mirada perdida en la mesa, pero de cuando en cuando eleva los ojos redondos para comprobar si muestro el interés que ella espera. Se confía en mi mirada y continúa:

—No conozco al jefe de Bogdan, con el que habla por teléfono tanto. Me trajeron y me dejaron en un piso de Almería. Allí tenía un vigilante, como Bogdan, pero que no era Bogdan. Luego, estuve en otro de El Ejido, y tenía otro jefe, ¿comprende?

López escribe y yo asiento y ella continúa. Nos da la ubicación de los pisos. Nos describe a los matones. Un rato después, le mostramos fotografías de varios elementos fichados y reconoce a uno. El otro no está en nuestro catálogo de venta veraniega.

—En cada piso hay una jefa. Aquí es Petrica, que le chiva a Bogdan lo que hacemos y que controla lo que ganamos.

Cuenta cómo funciona la banda: grupos bajo la autoridad de un jefe, pero independientes entre sí, para evitar que si cae un grupo corran riesgos los otros. Luego, nos cuenta dónde se ponen las chicas de cada piso, en Almería y en El Ejido.

Devolvemos a Ramona al piso de acogida y López pregunta qué vamos a hacer con Bogdan, al que hemos pasado ante el juez con acusaciones menores.

—Mañana estará libre. Nos interesa que esté en la calle.

Necesitamos que los rumanos piensen que todo ha sucedido investigando la muerte de Cristiana Stoicescu y que su negocio puede continuar.

—¿Avisamos a Almería para preparar una redada?

—No haremos nada hasta el día 8.

Me encierro en mi despacho. El libro me está esperando. La portada es siniestra. En tonos oscuros se observa a un hombre con sombrero y capa negra, de espaldas, junto al farol de una calle del Londres victoriano. *La Maldición de Whitechapel, Jack el Destripador, la investigación criminal definitiva*, de Iván Rámila, es uno de esos libros que ojeé hace años y luego dejé en una estantería. Durante varios días le he echado vistazos de reojo temiendo que, de cogerlo entre las manos, se cumpliera el presagio que temo. Ya no puedo dejarlo más.

Salto los capítulos para centrarme en el primer crimen, ocurrido la madrugada del 31 de agosto de 1888. El cuerpo de Mary Ann Nichols apareció en un callejón del barrio de Whitechapel llamado Buck's Row. Un lugar sórdido y miserable, oscuro y siniestro, que los transeúntes procuraban evitar dando un rodeo. La encontraron unos mozos que trabajaban en un matadero cercano sobre las 3.45 de la madrugada. El cuerpo presentaba dos cortes profundos en la garganta que, sin duda, eran la causa de la muerte. Era fácil deducir que el asesino no dudó al usar el cuchillo. Lo peor vino luego, cuando se descubrió un profundo corte desde la parte inferior del abdomen hasta el diafragma. En el costado derecho tenía tres o cuatro cortes similares en sentido descendente y más cortes transversales en las partes pudendas. El asesino había dejado los intestinos a la vista, como en el caso de Cristiana. Y, como ahora, se había llevado el útero.

Las similitudes son demasiadas para pensar que se trata sólo de casualidad. Intento convencerme de lo contrario, de que no son más que suposiciones sin fundamento. Pero cada vez que echo una ojeada al libro y al informe de la autopsia de Cristiana Stoicescu me convenzo más. Del mismo modo que no puedo hacer otra cosa que preparar la redada para el día ocho y entonces largar a todos los agentes a la calle. Si paso la información ahora sobre la red de prostitución, el Comisario Jefe no querrá esperar.

Cuenta atrás hasta el día 8. Me pregunto si el asesino será capaz de actuar de nuevo a pesar de que puede imaginar que estaremos sobre aviso. Su primer crimen ha sido tan osado, frente al lugar más concurrido posible, que no me cabe la menor duda.

Llaman a la puerta y escondo el libro en un cajón al tiempo que Martín deja ver su cara de pijo atribulado. Hoy no se echado brillantina y su pelo rebelde traiciona su aire chulesco.

—Tengo algo, comisario —entra con un expediente en la mano.

Se coloca de pie a mi lado y me muestra unas anotaciones.

—Como no había antecedentes en toda la comarca de destripamientos de animales, pensé que tal vez no habrían sido denunciados ni habrían llegado a la guardia civil ni a las correspondientes policías, así que me puse en contacto con los servicios de animales de todos los ayuntamientos.

Señala con un dedo de uñas pulidas y recortadas, pero que tiembla un poco.

—Y lo encontré. Mire…

Señalo la silla situada frente a mi mesa. Martín se sienta echándose casi encima de la mesa.

—Diez perros degollados y destripados este verano. Cuatro en Almería, tres en Roquetas de Mar, dos en Almerimar y uno en El Ejido. Los recogieron los servicios de los ayuntamientos. Las denuncias se archivaron en los juzgados.

Fotografías. Descripciones. Perros de todas las razas, colores y tamaños, degollados y abiertos en canal. Algunos con las tripas fuera.

—Vas a tener que ir hasta allí. Compruebas las fechas en que aparecieron. Habla con los operarios y también con los veterinarios de esos centros. Comprueba cómo se hicieron los destripamientos.

—Estaba preparándose, jefe. Por eso no dudó cuando se lo hizo a la chica. Tenía práctica.

—No te entusiasmes.

Me mira con dureza.

—Fue él —dice sin admitir la menor duda.

—Confírmalo. Fechas. Lugares. Tendrás que ir casa por casa donde aparecieron esos animales. ¿Lo sabes?

De pronto, arde mi teléfono: La policía municipal de Mojácar ha detenido al asesino de Cristiana Stoicescu.

Ha confesado ser el asesino de la chica rumana y se le ha encontrado un pañuelo manchado de sangre.

Maldigo el tráfico mientras asciendo lentamente tras coches descapotables de extranjeros que creen haber encontrado el Paraíso y furgonetas de reparto. Cuando por fin llego al pueblo, no hay aparcamiento, así que dejo el coche en medio de un cruce y entro en el cuartel, que parece una colmena. Unos agentes charlan con tres periodistas haciéndose los interesantes. Otros me

miran con cierto desdén. Un pasillo estrecho a cuyos lados se abren puertas baratas de madera sin barnizar. Dependencias austeras como las de un monasterio y como las de todos los cuarteles y comisarías del país. Mesas, sillas, archivadores, ordenadores.

—Aquí no tenemos pecera —comenta un agente—. Están ahí —señala una puerta.

Se giran tres cabezas: la del jefe de policía, que suda nerviosismo como si acabara de salir de la ducha vestido, y la de otros dos agentes, uno de pie junto a una mesa y otro sentado ante un ordenador para escribir la declaración del detenido. Un hombre de espalda estrecha, sentado a una silla y encorvado. Sucio pelo rojizo y una camisa más antigua que las enaguas de mi abuela, casi transparente por el uso. El jefe me invita a entrar con un gesto. El que está junto a la mesa me entrega un documento en el que veo una declaración de discapacidad intelectual de un setenta y cinco por ciento.

No le he visto aún la cara y ya sé que se trata de una falsa alarma.

Pego la espalda a una ventana por la cual entra una luz que se estrella en el rostro demente de un hombre joven. Treinta años, menudo, delgado, desaseado. En su expresión, los estigmas de su enfermedad. Retraso mental y brotes psicóticos según consta en el documento. Repara en mí y compruebo que sus ojos son incapaces de asirse a nada inteligible. Tiene la cara huesuda y la expresión deformada por unos pómulos sobresalientes y unas mejillas hundidas con barba rala de varios días. Sus labios babean ligeramente y sus ojos están tan profundamente encajados en las cuencas que parecen los de un muñeco. Huele a sudor rancio y a pies sucios en unas sandalias con las tiras gastadas.

—Venga, Chumbo, dime cómo lo hiciste —le pide el agente que está de pie.

El Chumbo se encoge de hombros.

—Quiero un cigarro —dice con lengua estropajosa.

El agente le da un Fortuna y le prende fuego. El Chumbo chupa hasta juntar las mejillas y llena la habitación de humo cuando lo suelta con fuerza.

—Chumbo, a ver, ¿dónde viste a la chica?

—¿A la puta?

—Sí, a la puta.

Parece ponerse a pensar, pero se encoge de hombros.

—En la carretera.

—Ya. Pero ¿en qué carretera?

—En la del hotel.

—¿Qué hotel?

Otra vez se encoge de hombros.

—¿Y cómo te la llevaste contigo?

—Se vino conmigo —afirma el Chumbo.

—¿En el coche?

—Sí.

—Pero tú no conduces, Chumbo. Tú no tienes coche —dice el jefe.

El Chumbo se queda en silencio un minuto.

—¿Pero la mataste tú? —pregunta el agente que está de pie—. ¿Con qué cuchillo, Chumbo? ¿Tienes navaja?

—Claro —dice el Chumbo mirando al agente con expresión de no comprender una pregunta tan absurda.

El jefe me mira y niega con la cabeza. Yo también.

—Estos tíos no matan así —comento al jefe en un susurro.

Ahora el Chumbo se fija en mí. Pero no dice nada.

Tras dos horas de interrogatorio, en las cuales se ha fumado medio paquete de Fortuna del agente animoso que cree haber detenido al criminal del siglo, el Chumbo ha reconocido haber recogido a la chica en la carretera, luego lo ha negado para decir que la vio en la playa; luego ha dicho que la mató con un garrote; y luego que la mató con su navaja, pero que no sabe dónde está su navaja, y se ha tocado los bolsillos y no ha encontrado nada. Y ha levantado la cara interrogante sobre su navaja y entonces el poli animoso ha sacado del cajón una navajita de viejo hombre de campo sucia y medio oxidada que no puede ser el arma del crimen.

Asfixiados de calor, el jefe y yo nos vamos a su despacho dejando al Chumbo con el agente animoso y el callado que teclea en su ordenador para tomar declaración pero que resopla un segundo después cuando el Chumbo se desdice inmediatamente para inventar otra historia.

El jefe se pone bajo el aparato de aire acondicionado de su despacho, buscando el chorro de aire frío.

—Hace un par de horas lo hubiera jurado, comisario —me dice, apesadumbrado—. A las cuatro de la mañana, borracho, ha empezado a gritar que él mató a la puta en medio de la calle. Ha acudido una pareja y lo han detenido y entonces ha enseñado la navaja y el pañuelo ensangrentado y ha dicho que eran de la chica. Me han sacado de la cama y he venido corriendo y he mandado a varios agentes a su casa para ver si tenía coartada o estaba fantaseando. Sus padres y su hermano han confirmado que no estaba en casa la madrugada del treinta y uno. Éste sale y se pierde, ¿sabe? Los padres no lo

pueden controlar porque son viejos y el hermano ya pasa, harto de todo y de todos.

Asiento, comprendiendo al buen hombre. Abre los brazos. Tiene una fuente en los sobacos.

—Y he pensado, ¿y por qué no? El crimen de esa pobre chica es el de un loco. A veces se les va la cabeza, ¿no? Lo mismo se la encontró en ese lugar y le pidió algo y la chica no quiso, ¡qué se yo!

Desesperado, da un par de pasos y se tira en su sillón. Le ofrezco un cigarrillo y fumamos en silencio.

—Se la llevaron en una furgoneta oscura, Jefe. Dígales a sus hombres, cuando acaben con este circo, que la busquen.

Se me queda mirando.

—No lo sabía.

—No importa. Yo lo he sabido hace muy poco.

—Por supuesto, no tenemos matrícula.

—Por supuesto.

Suspira. Coge aire. Sopla sobre su pecho demasiado grueso.

—Como usted dice, un loco no mata así, ¿verdad? —piensa en voz alta.

—Creo que el nuestro no.

—¿Quién puede hacer eso, comisario? He visto… Es una locura.

—Pero otra clase de locura.

—De todos modos, debemos seguir el protocolo.

Aplasto el cigarrillo en un cenicero. El jefe parece comenzar a respirar un poco y se pasa un pañuelo por la frente rosada. Su pecho de hombro recio y ya no tan fuerte se amplía y se contrae como un fuelle, la camisa pegada a la piel, la barriga sobresaliente.

—No es él. Pero usted ha hecho lo que tenía que hacer, si le sirve de algo.

—Lo sé. Pero tras la excitación de esta mañana… Estaba más nervioso que en mi noche de bodas, joder. Y ahora la decepción.

—Me temo que no será la última con este caso.

Más de trescientas llamadas. Más de trescientos disparates. Alguna pista que no sonaba a estupidez o locura no ha conducido a nada. Los hombres que atienden la centralita están cansados. Les ordeno que continúen.

Leo y releo el libro sobre el Destripador. Miro en la red. Me asombro cuando compruebo que el asesino tiene clubes de admiradores, fans por todo

el mundo. Como no puedo creerlo, insisto. Atónito, me pregunto qué quiere esto decir. Hasta qué punto estamos enfermos en este maldito mundo.

Ahora conozco con detalle su historia. He de hacerlo para adelantarme a sus pasos. Intuyo que los seguirá fielmente. No hay una razón lógica. Pero, si ha elegido matar como el Destripador, ¿por qué no ha de continuar así? Si el asesino sospecha que intuimos sus pasos, podría dejar de hacerlo, o cambiar de fecha. Pero ¿no ha demostrado ser osado y arrogante matando a su primera víctima en el lugar donde más gente había?

Cada vez que lo pienso, mi certidumbre aumenta hasta casi la certeza.

Paso el día mirando webs dedicadas a asesinos en serie. Sólo en Estados Unidos se calcula en unos ciento cincuenta actuando en todo momento. Y ya no son excepción. En los últimos veinte años ha habido más asesinos en serie en mi país que en los cien años anteriores.

Me sumerjo en un mundo de maldad inverosímil. Casi de fantasía. Tan extrema que se vuelve incomprensible. El Hijo de Sam; Ted Bundy; el Monstruo de Machala; el Carnicero de Rostov; el Carnicero de Milwaukee; el Estrangulador de Boston; el Payaso Asesino; Ed Kemper; el Vampiro de Düsseldorf; Henry Lee Lucas; el Asesino de Río Verde; BTK; el Destripador de Yorkshire; el Destripador de Lisboa; el estrangulador de Viena; el Destripador de Francia, Yang Sinhai… El catálogo sigue y sigue y sigue…

Podría añadir otros asesinos en serie que se esconden tras apariencias de reivindicaciones políticas. Algunos los llaman terroristas.

¡Ahora que creía haber dejado todo aquello atrás!

Vuelvo al Destripador. Continúo leyendo su historia, comparándola con los datos que ofrecen las webs. Imaginando combinaciones, comparando, conjeturando, intuyendo…

Tal vez entonces el crimen que más información pudo ofrecer fue el quinto, el de Mary Kelly, pues ocurrió en una habitación cerrada y tuvo todo el tiempo del mundo para ensañarse con el cuerpo.

Sin embargo… Aquí y ahora… Debe ser su primer crimen el que más pistas nos ofrezca. En cambio…, no hemos encontrado nada. ¡¡Nada!!

Redacto un memorándum para que se investiguen esas webs. Hay que comprobar si la Unidad de Delitos Informáticos puede detectar conexiones en la zona.

Salgo del lugar lúgubre en que se ha convertido mi despacho y pongo rumbo a Mojácar.

Necesito respirar el mismo aire que respiró el asesino. El mismo que respiró la chica antes de morir. Intento aislarme del dolor. Imaginar cómo lo

hizo.

Busco la rambla cercana desde la que accedió. El edificio que la delimita está adormilado en la tarde que declina. Tras él, ramblas, espacios solitarios, que se adentran en el campo, alejándose del asfalto. Los imagino en la noche, solitarios. Ni un alma, aunque muy cerca hay una muchedumbre. El asesino se arriesgó a que alguna pareja se hubiera escondido entre los arbustos. No le importó. La tierra estaba seca y dura y no encontramos huellas de neumáticos.

Se oye la música del Mandala. Huele a tierra seca. Arbustos secos y cañas a un lado. Asciendo por la ladera. Es fácil. Podría hacerlo con un cuerpo de mujer al hombro. Chumberas a un lado que ocultan a un hombre. Una vez arriba, palmeras, eucaliptos, pinos. Arbustos que hace mucho nadie poda y que son tan altos como yo. Atravieso la parcela. Un espacio que debió ser un camino entre jardines. Suficiente para él. La casa, a un lado, muda, cerrada a cal y canto. Nadie en ella que pudiera ver u oír algo. Se ha contactado con los propietarios. Ninguno estaba en la zona en esas fechas. No la han alquilado. Ni hay rastros de okupas.

El *camping* ha sido investigado a fondo. Se han comprobado los clientes que estaban hospedados en esas fechas. Nada.

Me acerco al muro. Demasiado bajo para ocultarlo. Unos arbustos sí ofrecen impunidad. Ahí la asesinó. Luego, le bastó arrastrar el cuerpo hasta dejarlo junto a la acera, para que todo el mundo lo viera: «Tomad. Ved mi obra».

Enfrente, el Mandala. Él mándala o mandala. Leo en el teléfono:

> *Representaciones simbólicas espirituales y rituales del macrocosmos y el microcosmos, utilizadas en el budismo y el hinduismo. Mandala es un término de origen sánscrito. Otras culturas poseen también configuraciones mandálicas, frecuentemente con intención espiritual: la mandorla del arte cristiano medieval, ciertos laberintos en el pavimento de las iglesias góticas, los rosetones de vitrales…, como dijo don Sebastián Rodríguez…*
>
> *Sus formas generalmente concéntricas sugieren una idea de perfección y, tal vez, el perímetro del círculo evoque el eterno retorno de los ciclos de la naturaleza. En los ritos mágicos es frecuente la separación de un espacio sacro respecto a uno profano. Para ello, en la tradición del ocultismo occidental se ha recurrido a los círculos mágicos; el espacio sacro es el inscripto en tales círculos que, de este modo, cumplen las*

mismas funciones que los mándalas orientales. Para Carl Gustav Jung eran expresiones probables de lo inconsciente colectivo. El centro del mandala representaba el sí mismo, que el sujeto intenta lograr mediante el proceso de individuación…

Pueden serle asignados tantos significados que no podemos otorgarle ninguno. Un símbolo muy antiguo. Luego, reinterpretado en cada cultura, en cada momento, de forma diferente.

Un maldito jeroglífico.

El Mandala continúa su rutina de música hortera. Llegan algunos coches. La gente se baja y todos señalan la parcela donde se cometió el crimen.

No les impedirá divertirse esta tarde.

Por fin alguna llamada con sentido. La chica fue vista en unos locales de la zona.

Malasaña me lo va contando mientras conduzco:

—A mediados de julio fue vista en el restaurante Atrio con un tío. Otro día fue vista en el hotelucho El Desfiladero con un macarra. Y en el Noom con un fulano viejo con pasta.

Unos jardines con rumor de agua. Unas mesas altas para tomar al aperitivo. En todas las mesas, una vela encerrada en un vaso de cristal rojo. Un lugar romántico. Música clásica. Ambiente caro. En lo más recóndito de una colina de Carboneras.

Un camarero de blanco inmaculado nos saluda. Se asusta al ver la placa y llama al dueño. Es un hombre bajo y pulcro que nos invita a sentarnos. Su calva brilla en las luces indirectas. Sus modales, tan contenidos como los de un director de orquesta. Echa una mirada de soslayo a su reloj, deseando que nuestra entrevista termine antes de que comiencen a llegar los primeros clientes.

Le mostramos una foto de Cristiana Stoicescu.

—Claro —dice, tomándola entre las manos—. Una belleza. Lástima. Hemos llamado nosotros. Por si fuera importante. Nunca se sabe.

Nos obsequia con un gesto de su mano.

—Estuvo aquí a mediados de julio. Lo recordamos porque era una belleza. Fue a mediados de semana.

Hace un gesto de fatalidad.

—¿Quién la acompañaba?

—No lo conocemos. Lo hemos hablado antes de que ustedes vinieran. Un hombre de unos cuarenta y tantos años. Pelo canoso. Alto. Delgado. Muy agradable. Hablaron con nosotros de la cena. Les gustó mucho. Y también del restaurante. Aunque esa noche no había mucho ambiente. Pero eso era mejor para ellos.

—¿Por qué?

—Él estaba casado.

Sonríe y no necesitamos preguntarle.

—Tenía un anillo en el dedo —se señala su dedo grueso y pulcro—. Y estaba claro que ella no era su esposa.

—¿Pagó con tarjeta?

—Lo hemos comprobado. Debió pagar en efectivo. No tenemos ningún pago con tarjeta de esa noche.

—¿Vieron el coche?

—Los coches se quedan más allá del jardín, en la calle —explica el dueño —. Así que no los vemos.

Más tarde, Malasaña pone palabras a mis pensamientos:

—Si la chica salió a cenar con un cliente es que su chulo la dejó y cobró. Así que Bogdan tiene que saber quién es el pavo que vino con ella.

Conducimos hasta cerca de Cabo Cope. Un paraje casi desierto en que alguien aprovechó un viejo cortijo para convertirlo en hotel rural. El Desfiladero aparece ante nosotros tras un recodo de un camino de tierra que se aparta de la carretera. Escondido y discreto, el lugar perfecto para un putero.

Cae la tarde y un resplandor cárdeno se estrella en los cristales de El Desfiladero. Han revestido la planta baja de piedra y la segunda planta de madera y el conjunto no desentona en un paraje con un triste bosquecillo de pinos, unos cuantos eucaliptos, alguna retama alta como una casa y unas vistas lejanas al mar.

Un tractor y una furgoneta están aparcados ante la fachada.

Entramos en un bar con una barra de madera que brilla demasiado. Hay aparejos colgados de las paredes y fotos en blanco y negro de gente realizando labores de labranza, de siega, aventando.

Una campana anuncia nuestra llegada y dos parroquianos con pantalones cortos, sucios de polvo, se vuelven desde la barra para observarnos con curiosidad. A un lado se abren las escaleras que conducen a las habitaciones. Hostal de una estrella, no es el lujo hecho hostelería. Una mujer con el pelo

rizado y una bata de trabajo sale de la cocina secándose las manos en un trapo.

La mujer nos mira con alarma cuando nos identificamos. Dice llamarse Mariana. Es gruesa y tiene papada. Una capa de sudor le cubre la cara. Nos retiramos a un comedor lateral, alejados de los curiosos.

Me pregunto si quien la vio en este lugar y ha avisado por teléfono a la comisaría es alguno de los parroquianos de afuera. Están a lo suyo, en la barra.

—No sé… —dice mirando la fotografía y mordiéndose un labio que dejó de ser sensual hace siglos.

—Sí lo sabe.

—Tengo que avisar a mi marido —se levanta.

—¡Siéntese!

Se deja caer bruscamente en la silla, vencida.

—Sí. Creo que sí —admite.

—¿Cuántas veces estuvo aquí?

—Creo que dos. Aunque puede que más.

—¿Quién era el hombre?

Niega con la cabeza sin dejar de mirar la foto. Tiene miedo de mirarnos a los ojos.

—¿Cómo era ese hombre? ¿Vio su coche?

—No sé quién era.

—¿No le piden la documentación? —pregunta Malasaña.

La mujer se pone nerviosa. Debería haberlo hecho.

—Alguna gente no quiere. Viene un rato, paga y se va.

—¿Pagó en efectivo?

—Sí.

—El coche —la apremio.

Se encoge de hombros. Pega una voz y llama a un tal José. Los de la barra nos miran.

Cada vez más temerosa, la mujer se agarra del escote de su bata.

Aparece un hombre alto y barrigudo con una camisa plagada de manchas de sudor. Le brilla la calva y lleva tres días sin afeitar. Tan elegante como los parroquianos de afuera.

La mujer se atreve a levantarse y se pega a su marido como si fuéramos una amenaza. Malasaña le muestra la foto.

—¿Y qué?

—Siéntense.

Ella no se atreve a obedecer hasta que el hombre lo hace, intimidado por una mirada que lo traspasa.

—Al grano y rápido. Esta chica estuvo aquí. Queremos saber con quién.

El hombre vuelve a mirar la foto. Resopla. Niega con la cabeza.

—No quería dejar el dni el tío. Ella se veía que era una fulana. No iba a ir con ese tío por gusto.

—Su coche. ¿Vio la matrícula?

—No. Y pagó en efectivo —dice José—. El coche era un Opel. Una furgoneta pequeña. Oscura. Pero no sé el modelo ni me fijé en la matrícula.

—¿Cómo era ese tío?

—Un saco de músculos. Más bajo que yo, pero una bestia.

—¿Qué más?

José, más tranquilo porque sabe que no nos interesa cómo lleva su negocio, saca un cigarrillo y lo enciende. Su mujer se levanta y trae un cenicero.

—Con mucha espalda. Unos brazos así —hace un gesto con ambas manos dejando la foto sobre la mesa—. Chulo. El pelo muy corto.

—¿Color?

—No sé. Creo que oscuro. Pero estaba casi afeitado.

—¿Barba, gafas…?

—Mala leche. No la trataba muy bien. La llevaba del brazo.

—¿Protestó la muchacha en algún momento? ¿Se negó a subir con él a las habitaciones?

Niega con la cabeza.

—No. Pero se notaba que no estaba contenta. Más seca que un ajo.

—¿Cuántas veces estuvieron aquí?

—Dos, que yo sepa —dice el marido, mirando a su mujer, que asiente.

—¿Cuándo?

—No sé. A finales de julio o principios de agosto —dice José.

—¿Algo más?

Se encogen ligeramente, pero niegan con la cabeza.

—¿Por qué no han avisado antes?

—No sabíamos que era la chica —se disculpa la mujer—. ¿Quién se lo ha dicho?

—Nos volveremos a ver.

Los parroquianos ni nos miran cuando salimos. Ha caído la noche definitivamente.

De pronto, nos volvemos y nos plantamos ante ellos. Huelen a sudor rancio. No es del día. Les mostramos la foto.

—¿Alguno ha visto a esta chica por aquí?

Ambos lo niegan. Preguntan si es la chica que mataron, pero miran y remiran la foto y niegan haberla visto.

—¿Y a un hombre no muy alto, muy musculoso, cabeza afeitada, con una furgoneta Opel oscura?

También lo niegan.

Malasaña se queja en cuanto salimos.

—Tiene cojones. Sabemos dos sitios en los que ha estado con dos hombres diferentes y no los tenemos. ¡Mierda!

Rodeamos la ciudad y desembocamos directamente en la costa. Cristiana Stoicescu fue vista también en compañía de un hombre en el Noom, un local de moda. Dejamos atrás el hotel Paradis, cuyo vestíbulo brilla en la noche tras la fachada acristalada y aparcamos en una avenida que desemboca en la playa.

El Noom tiene una arquitectura de madera y un techo de carpa. Varias dependencias en torno a un bar central: un comedor, un vestíbulo techado, y luego los espacios abiertos a la piscina. Nos llega el rumor del oleaje.

En el comedor, una familia que celebra algo, unas cuantas parejas que buscan un lugar agradable. Luces indirectas. Velas y ramos de flores en las mesas. Manteles blancos. Camareros diligentes y discretos que se mueven como sombras. En cuanto nos ven, avisan al *maître*.

Vestido de negro, se nos acerca con decisión alargando su mano. Atildado, repeinado, la cara tan afeitada como el culo de un bebé. Antonio Cáceres, se presenta. Nos invita a sentarnos y nos pregunta si nos apetece algo. Declinamos la oferta y, como nuestras caras no deben mostrar mucha disposición, va al grano.

—No les hemos avisado antes porque los camareros que trabajaron aquella noche tomaron vacaciones. Uno de ellos ha visto esta mañana en internet una foto de la chica y nos ha llamado.

—¿Por qué no ha llamado directamente a la comisaría?

Se encoge de hombros.

—Supongo que porque pensaría que no lo atenderían. O porque querría confirmarlo con otros compañeros. Está de vacaciones, en Mallorca. Pero ha reconocido a la chica, sin duda alguna.

—¿Qué más puede decirnos? ¿Estaba acompañada?

—Claro. Vino con don Carlos Arribas, que es cliente habitual de la casa.

Como ponemos cara de sorpresa porque un cliente habitual se pasee sin tapujos con una profesional, se explica.

—Don Carlos Arribas es un solterón con pasta y fama de mujeriego. No sólo no le importa que lo vean con mujeres despampanantes, es que las enseña todo lo que puede.

Casi setenta años. Jubilado. Alto y con aire aristocrático. Tiene un chalé no muy lejos. El *maître* nos dice que es de Madrid, pero pasa largas temporadas en su casa de la playa. Nos da su teléfono.

—Quiere que le avisemos cuando tenemos algo especial en el menú —explica.

Nos acompaña a la salida y nos desea suerte.

—A ver si cogen a ese cabrón. Cuando lo hagan, vénganse a cenar. Tendrán barra libre. Invita la casa.

Le damos las gracias y subimos al coche.

—Llama. A ver si por lo menos podemos interrogar a uno antes de irnos a la mierda —ordeno a Malasaña.

Cuando lo hace, salta el contestador.

—¿Busco su dirección y nos presentamos allí?

Miro el teléfono, que ha vibrado en varias ocasiones. Un wasap de Lázaro Asunción. Me pide que nos veamos en su local. Tiene algo para mí.

—Déjalo para mañana.

Cuando entro en el hotel Argaria, las cabezas giran, entre la alarma y la sorpresa. Lázaro Asunción está convencido de que ayudarme en este asunto no le plantea ningún problema con los rumanos ni con nadie dedicado al negocio, así que no se esconde e, incluso, se jacta de que el comisario entre en su local. Garantiza seriedad a su clientela.

No me importa formar parte de su aderezo si tiene algo que ofrecerme.

Como no puedo faltarle al respeto acepto un *gin-tonic*. Me lamento cuando veo a la *madame* que trabaja para él: rubio de bote muy escaldado, escote de vértigo en unas *domingas* que se mantienen tersas por arte de magia o por un pacto con el diablo; rasgos de antigua belleza voluptuosa, de boca sensual y cutis delicioso; aún mantiene unas piernas no demasiado esbeltas pero muy bien torneadas. Se me insinúa cada vez que vengo, hablándome de usted como si fuera menor que yo. Y siempre me faltan un montón de sus deprimentes *gin-tonics* para aceptar la oferta.

—No está Sandra, comisario, pero le puedo decir lo que me ha contado.

—Dime —digo, dando un sorbo al *gin-tonic*, que lo mismo podría ser cualquier otra cosa, pero sin dejar de mirar fijamente los ojos pintarrajeados de la *madame*.

—¿Por qué no se la tira ya y deja de jugar con ella, comisario? —interrumpe Lázaro Asunción, impertinente porque no le presto atención.

—Podría ser mi madre.

—Ja. ¿Se cree joven, comisario? Aurora le tiene entre ceja y ceja y no va a dejar de intentarlo. Usted haría la obra buena del día y ella se pondría más ancha que pancha.

—¿Más aún?

—Qué ignorante, comisario —se lamenta.

Corta de un gesto el intento de acercamiento de una chica alta y guapa cuyos rasgos se pierden en la penumbra del local pero cuyo contorno no tiene nada que envidiar a las hadas.

—Vaya nivel.

—No sea tonto y quede con Aurora.

—Otro día.

Doy otro trago al *gin-tonic* y le pido un poco más de limón para que sepa a algo. Lázaro Asunción se aleja y observo un grupo de mujeres en taburetes al otro lado de la barra, mostrando piernas de escándalo. Una pareja cotorrea en un reservado, sentados a una mesa en la misma postura en la que estarían en una cafetería del centro. Un lobo solitario bebe una copa sin que nadie le haga ni puto caso.

Lázaro Asunción echa dos trozos de limón en el *gin-tonic*.

—No me extraña que le guste tanto el limón. Es tan agrio.

—La vida me ha hecho así. Bueno, ¿qué tienes?

—Como le digo, Sandra habla inglés de puta madre. Y tiene clientes ingleses.

Junta las yemas de los dedos. No le pega ese aire de Cristo que va a ponerse a orar. Baja el tono de voz y susurra.

—Y uno de ellos se emborrachó como una cuba. De hecho, un rato después se cayó redondo al suelo y tuvimos que llevarlo a urgencias.

—¿Lo llevaste o lo dejaste tirado en la puerta?

—¡Qué exquisito! Lo dejé allí, ya lo verían. No estaba muerto, sólo estaba…

—De parranda. Ya.

—Cuando estaban arriba —señala con un dedo—, borracho, con un pedo que se caía, estuvo hablando, o delirando, o lo que fuera. Y Sandra lo oyó todo. Decía que había violado en Inglaterra y que por eso se había venido a España. Que había violado a no sé cuántas. Y que había matado a una. Y que había vivido en la Costa del Sol y que le encantaba pegarle a las mujeres. De hecho, se pasó un poco con Sandra…

—O sea, que le ayudásteis a desmayarse.

—No le faltaba mucho.

—¿Dijo algo más?

—Nada que yo sepa. De todos modos, es todo lo que me contó Sandra.

—¿Tenemos nombre?

Lázaro Asunción saca un trozo de papel cuadriculado recortado de una libreta de cuentas y me lo pasa.

—Jeofrey Hunt. Vive en Desert Springs.

Guardo el papel en la cartera y le agradezco la información. Luego, doy cosas por supuestas.

—Entonces, ya sabes que no fueron los rumanos. De lo contrario, no me hubieras llamado.

—No fueron ellos, seguro. Malo para el negocio.

—¿Ha bajado el negocio?

—Aquí no. Casi diría que hay más clientela. Se pagan la seguridad y la seriedad.

—Ya.

—En la calle, por supuesto. Aunque siguen poniendo a las mujeres a la vista. Cualquier día pasa otra cosa igual y…

No sabe lo cerca que está de acertar.

ı es la ciudad de las putas
as jóvenes
as viejas
as niñas
las merecen el filo de mi cuchillito
a ja ja ja ja
rrorizadas!!!
a ja ja ja ja ja ja ja ja ja

cuchillito las espera
cuchillito las señala

cuchillito las separa
cuchillito las raja
a ja ja ja ja

4

Esperamos en comisaría los informes sobre Jeofrey Hunt. Malasaña, malencarado porque no le cuento de dónde he sacado la información, cuenta los detalles de la redada que se está preparando.

Se han establecido dispositivos de seguimiento en los lugares que nos indicó Ramona. No hay indicios de que hayan advertido nada. Bogdan los ha debido tranquilizar al decirles que sólo nos interesa el asesino, de modo que no han cambiado su rutina. Sin embargo, no hay rastro del jefe.

—Pide informes sobre un rumano al que llaman Radu.

Me atraviesa con la mirada.

—Confites, no chusma. A ver si aprendes —le digo.

Mastica un insulto y comenta:

—Todo está preparado. Aunque veo que le importa una mierda. Ahora vamos a lo que interesa. ¿Tiene algo nuevo?

—Lo de este inglés.

—¿Llamamos al tal Carlos Arribas?

—Luego.

—¿Cómo ha sabido lo del inglés? —insiste, celoso.

—Si te lo dijera serías tan bueno como yo —ironizo.

—Soy mucho mejor que usted. Por eso me extraña.

No hay nada como tener la consideración de tus subordinados.

—¿Y la pista de Mándala, de si significa algo el lugar donde asesinó a la chica?

—Vino don Sebastián Rodríguez. Fue idea suya. No sé si tendrá algún significado.

—¿Y el símbolo que grabó en el muslo de la muchacha tampoco significa nada?

—Ni puta idea. Se supone que en Madrid están recabando informes de especialistas. Muy diligentes. Aún no han llegado. Lo que sabemos es que un mándala puede tener significados distintos según el contexto y la cultura.

—Eso no explica nada.

—Si vuelve a hacer algo parecido sabremos más.

—Vaya consuelo. ¿Le dijo lo del símbolo grabado en la piel?

—¿A don Sebastián Rodríguez? No. Esperaremos esos informes de Madrid. Si llegan algún día.

—Deberían estar aquí antes del día 8, ¿no cree?

—He reiterado la petición cada día.

Entra García sin llamar a la puerta, con unos documentos en las manos.

—El informe sobre el inglés. Un prenda.

Lo deja en la mesa y Malasaña y yo nos tiramos sobre él como si fuera el último bocadillo en un mundo hambriento. Jeofrey Hunt fue un agresor sexual en su juventud. Condenado a los dieciséis años por intento de violación. A los veintiuno por violación. A los treinta, recién salido, por violación e intento de asesinato. Ahora tiene más de cincuenta y vive tan a gustito al sol del Sur, en este amable país de acogida.

—Menuda basura nos mandan —comenta Malasaña.

—¿Se sabe de qué vive?

—No lo sé —dice García encogiéndose de hombros y largándose por si se me ocurre encargarle una misión más ardua.

Malasaña desvía la cabeza hacia la puerta que se cierra y no evita, ni lo intenta, una expresión de disgusto. Cualquier policía que no se desviva por proteger a la gente le merece el mayor desprecio del mundo, como un juez prevaricador o un árbitro casero.

—Dice el informe que vive de las rentas. Que heredó un edificio y lo tiene alquilado y vive de los alquileres.

—Un inglés propietario. Vaya.

—Una basura propietaria, jefe.

—Un agresor en escalada. De menos a más en sus agresiones. Justo lo que necesitamos. Vamos a buscar en la basura —digo, rezando para que el tal Hunt no tenga coartada.

Mientras conduzco hasta Desert Springs, Malasaña me anima el día.

—¿Ha oído hablar del Monstruo de Florencia, jefe?

—Un poco.

—Un hijoputa que cometió dieciséis asesinatos entre 1968 y 1985 en Florencia. Actuaba en noches de verano en las que las parejas buscaban un lugar retirado para echar un polvo. Entonces, salía un tío que les disparaba y, luego los apuñalaba y mutilaba los órganos sexuales de la mujer. Se llevaba la vagina y el pecho izquierdo como trofeos.

Dejamos atrás la ciudad y el desierto comienza a engullirnos. Una luz aplastante. Por encima ya de los treinta y cinco grados. Un calor que parece gritar. Vertical como una guillotina. Tierras amarillas calcinadas de sol allá donde no han violado la tierra en cultivos intensivos, incoherentemente verdes. Una metáfora de la vida en un terreno yermo.

—Ya sabemos a quién imita el nuestro. Pero sí tiene el Monstruo de Florencia dos similitudes que no me gustan con nuestro hombre.

—¿Cuáles?

—Que no lo detuvieron. Y que le han salido imitadores.

—Al nuestro lo cogeremos.

—Pero a su maestro no. ¿Se ha dado cuenta? No pillaron a Jack el Destripador. Ni a Jack the Stripper. Ni al monstruo de Florencia. Ni al Destripador de Lisboa.

—A éste sí.

—De pura casualidad, porque el imbécil se había dejado un diario y lo descubrieron sus hijos, que no se llevaban bien con él. Sus propios hijos lo denunciaron.

—Tampoco detuvieron al Asesinado del Zodiaco. No han cogido a tantos…

—A los más importantes —se lamenta.

—Cogieron a Ted Bundy. Y a Ed Kemper.

—¿Después de matar a cuántas? Además, Kemper se entregó, harto de matar.

No tengo respuesta para eso. Comenzamos a subir una cuesta que nos lleva hasta una meseta en mitad del desierto donde a un iluminado se le ocurrió construir un paraíso del Golf.

—Al último imitador del monstruo de Florencia lo han detenido después de seis violaciones.

—¿No las mataba?

—Creo que mató a una. Al resto, las crucificaba a un palo y las violaba con otro palo. No sé por qué las dejaba con vida.

—¿Quién era?

—Un tal Richard Vines.

—¿Inglés?

—Italiano, creo. Fontanero. Vivía con sus padres.

—Tal vez nuestro hombre tenga ese perfil también.

—¿Sabe hacer un perfil, jefe?

—Ni puta idea.

El terreno se vuelve plano y cobra vida. Campos tan verdes como dibujados en un lienzo, salpicados de saltos de agua y riachuelos tan artificiales en este lugar como una raya de ojos pintada con una brocha gorda. Senderos salpicados de carritos de golf. Estratégicamente situadas: pitas, almuzaras y palmeras para recordar a los afortunados que están en el Sur, aplastados por un sol de justicia que parecen ignorar con sus camisetas sudadas, sus pantalones cortos y sus calcetinitos de colores. Afortunados que juegan al emocionante deporte del golf como si les fuera en ello la vida.

Aparcamos frente a la casa Club, ubicada en el centro de unas urbanizaciones de apartamentos de arquitectura mediterránea y villas de lujo. Desde esta altura se mira con insolencia a Sierra Almagrera a un lado y a Sierra Cabrera a otro. Y con despectiva lejanía, al mar.

Nos recibe una modelo de sonrisa profidén en recepción. Le pedimos que nos indique dónde reside Jeofrey Hunt y, como se muestra remisa, Malasaña saca la placa con un movimiento de muñeca digno de un tahúr. La chica se queda con la boca abierta, pero luego teclea en un ordenador.

—Y no avise a nadie —ordeno.

Nos dice que vive en un apartamento, pero que no sabe si estará allí.

—Llame a su móvil y dígale que tiene visita. Que preguntan por él. Invéntese lo que quiera, pero no le diga que es la policía.

—Tengo que hablar con mi jefe —dice ella.

—Ni hablar.

La chica, cada vez más nerviosa, marca un número de teléfono mientras contenemos la envidia comprobando cómo viven los afortunados que no son funcionarios del cuerpo de Policía.

A los cinco minutos aparece un tipo grande color salmonete, salpicado de pecas que parecen úlceras, desollado de sol. Viste camiseta sudada que se pega a su pecho andrógino y luego se abulta en una barriga indecente, bermudas de cuadros amarillos y zapatillas de deporte a las que no hace falta acercarse para saber que apestan.

Tiene una cabeza grande y los pelos sueltos que le quedan van cada uno a su aire. Este tío no se ha peinado desde que vino de Inglaterra. Ojos de sapo. Nariz colorada de bebedor. Mejillas con venillas rojas como las varices de una abuela. Labios gruesos y húmedos que repelen.

Se acerca a la chica de recepción y pregunta irritado, en su idioma, por qué lo han molestado. La chica se encoge y nos señala y dice Policía y Jeofrey Hunt se vuelve con un giro brusco, afrentado, que no nos agrada.

—*Polisía*… *Polisía*… Yo no tener nada con *polisía*.

Da dos pasos hasta nosotros y se planta. Es más alto que yo y parece mucho más grande. Es una mole al lado de Malasaña, al que muestra su desprecio cuando lo mira desde arriba, los párpados entornados.

Huele a sudor y se queja de que está jugando al golf, que va a perder su apuesta. Usa un español aceptable. Pregunto a la chica de recepción si hay alguna sala donde podamos estar solos y nos conduce por un pasillo hasta una salita reservada por cuyo ventanal se esparce la luz estrellándose en unas desnudas paredes blancas. Hay un sofá y dos sillas pegados a una pared.

Jeofrey Hunt ha venido resoplando todo el trayecto, sin molestarse en disimular su fastidio.

—*Polisía espanola* mafia —suelta nada más quedarnos solos.

—Tenemos que hacerle unas preguntas.

—No contesto preguuuntasss —responde, tozudo.

—Tiene antecedentes que nos interesan, señor Hunt —le digo.

—¡¡¡Puafff!!! ¡¡¡Asco!!! ¡¡¡Asco!!! Ya nada. Se acabó. Pagué.

Jeofrey Hunt hace ademán de salir de la habitación, pero Malasaña es más ágil y se planta ante la puerta. Malo cuando Malasaña no abre la boca.

—Responderá a nuestras preguntas aquí o en comisaría. Donde usted quiera —le digo—. Si quiere que lo lleve esposado.

—No voy a ir a ningún sitio. No derecho… No tienen derecho. Yo inglés.

—Sólo queremos saber dónde estuvo la madrugada del día 31.

Jeofrey Hunt escupe al suelo.

—Basura. *Shit*. Puta *polisssía espanola*.

Escupe otra vez. Esta vez muy cerca de los pies de Malasaña.

—Nos lo está poniendo difícil, señor Hunt —digo, con una sorprendente paciencia que no esperaba de mí. He de contener al caniche.

—No. No. No. Basura. *Shit*.

Jeofrey Hunt da un paso fatídico hacia la puerta.

—Enséñale modales —me oigo decir a mí mismo.

Enseguida me arrepiento, pues antes de que pueda siquiera pensarlo, el puño compacto del caniche se estrella en los huevos del hombretón, que se queda boquiabierto, encogido, incapaz de comprender esa fuerza malsana y tan poderosa como un rayo que lo ha desarbolado. Tras una vacilación de un segundo, pero que parece eterna, el cuerpo enorme de Jeofrey Hunt cae de culo sin cerrar la boca y con los ojos en blanco. Un segundo después se oye un alarido más animal que humano.

Como sé que va para rato, me enciendo un pitillo y abro la ventana. Malasaña continúa con la espalda pegada a la puerta, como si no hubiera

pasado nada. Como una estatua que cobra vida milagrosamente una décima de segundo y luego vuelve a su quietud.

Se oyen golpes tras la puerta, pero Malasaña impide que se abra. Cuando han arreciado un poco y se oyen comentarios en inglés, abre la puerta y da un grito al tiempo que muestra la placa y la chica de recepción y otro hombre vestido de ocioso jugador de golf se callan como por ensalmo. Malasaña da un portazo y todo vuelve a la calma. Incluso Jeofrey Hunt, que poco a poco recobra la vida que se escapó por donde más duele.

Me mira con ojos llorosos que imploran. Los labios babean. Las mejillas y la frente se han cubierto de un sudor mucho más denso del que produce el violento goce del golf. Me acerco a él y cuando desvía los ojos hacia Malasaña cara de palo, veo terror en su expresión.

—Levántalo y ponle las esposas. Se viene con nosotros —digo mientras tiro la colilla por la ventana y oigo unos comentarios en inglés, indignados, al otro lado.

—Si vuelve a darnos un solo problema lo dejo solo con él —le advierto a Jeofrey Hunt.

Nos acompaña tan dócil como un corderito.

Excitación inevitable: Jeofrey Hunt puede ser nuestro hombre. Antecedentes de agresión sexual; escalada de delitos menores a violación; luego, violación y asesinato. Cumplió condena y se largó de su país a un lugar donde no se conocieran sus antecedentes. Vida disipada al calor del sur.

Suben a Hunt de los sótanos y lo sentamos en el despacho de Malasaña. Está advertido. Una palabra sobre la severidad con que lo hemos tratado y Malasaña lo acompañará en sus pesadillas.

Su abogado pide que lo dejemos entrevistarse con él. Se trata de Gonzalo Santana, alias el Dandy. El abogado más importante de la ciudad. De una soberbia contenida, simula que confraterniza con todo el mundo. Falso como un Rolex de veinte euros. Alto, delgado, esculpido en gimnasio como cualquier ejecutivo que se precie, pasea buena planta que él riega con ropa de marca, relojes de marca, zapatos de marca. Hasta parece que él lleva una marca en la frente. Pasea mujeres por la ciudad como muestra de su triunfo. En la puerta ha aparcado un Jaguar XK, brillando al sol. Cabello negro peinado hacia atrás, viste una camisa sin corbata con los puños vueltos para dejar bien a la vista un *Cuervo y Sobrino* que no pagaría yo con el sueldo de

todo el invierno, unos chinos de corte perfecto y unos mocasines de piel tan suave como seda.

Hunt, compungido, lo mira cuando entra para entrevistarse con él. Mientras, esperamos la vuelta de los agentes que han ido a Desert Springs, rezando para que comprueben que la coartada de Jeofrey Hunt es falsa.

El Dandy me mira con severidad una vez acaba de hablar con su cliente. Intuye el trato que le hemos dispensado. No evita mostrar el desprecio que siente por Hunt. Se lo puede permitir. Hunt le observa de reojo. Sabe que quien conozca su pasado lo despreciará.

Al rato, se confirma la coartada de Jeofrey Hunt. Estaba con una puta marroquí.

El Dandy y él salen por la puerta, suben al Jaguar y desaparecen.

El cuerpo de Anni Chapman fue descubierto sobre las seis de la mañana del día 8 de septiembre de 1888 por un mozo llamado John Davis que había madrugado para ir a su trabajo en el mercado. Estaba junto a la valla de un patio y tenía el brazo izquierdo sobre el pecho izquierdo, las piernas dobladas y apoyadas en el suelo, las rodillas cayendo hacia los costados y la falda subida a la altura de los muslos. Un profundo corte en la garganta casi la decapita y los intestinos habían sido colocados sobre el hombro izquierdo.

El médico que llegó seguidamente calculó que la mujer llevaba muerta unas dos horas. La lengua asomaba entre los dientes y dedujo que había sido estrangulada antes de ser degollada y destripada. Junto al cadáver se encontraron manchas de sangre sobre una pared. El asesino se llevó consigo unos anillos de latón de la víctima, en tanto que otros: un trozo de muselina, un peine, un sobre ensangrentado y unas píldoras, se encontraron a los pies del cadáver.

Termino estremecido de leer el relato sobre el segundo crimen del Destripador. Ya sé lo que nos espera. Intento engañarme a mí mismo buscando argumentos que desmientan mis temores. Pero no los encuentro. Ya no albergo esperanzas de estar equivocado. Alguien sugirió que estábamos en presencia de un imitador y, aunque aún no se ha dado suficiente pábulo a esa afirmación, bastará que transcurra esta noche para que los peores temores se hagan realidad.

¿Qué ocurrirá entonces?

Jack el Destripador; Jack The Stripper; el Destripador de Lisboa; el Monstruo de Florencia; a ninguno cogieron y si lo hicieron fue de casualidad,

mucho después de que hubieran asesinado a placer. Ted Bundy fue atrapado tras asesinar a más de veinte mujeres. Sólo la suerte permitió detenerlo. Ed Kemper se entregó cuando se cansó de asesinar. De Salvo confesó cuando creía que era detenido por sus crímenes y lo fue por otra razón que no recuerdo y nadie sabía que él era el estrangulador de Boston. Berkowitz fue atrapado por una multa de tráfico. El Vampiro de Silesia, Zdzislaw Marchwicki, fue detenido después de asesinar a más de catorce mujeres, que se sepa, y porque lo denunció su mujer por una paliza y confesó voluntariamente. El Carnicero de Rostov, Andrei Chikatilo, fue detenido después de asesinar a más de cincuenta mujeres y niños. Se necesitaron años de investigación, docenas de crímenes y cientos de policías soviéticos para dar con él.

Mi estremecimiento al recordar estos casos aumenta.

Entro en el baño y me lavo la cara con agua fría. Pero el agua no sale fría durante el verano. El vértigo no desaparece. Dejo el agua en el rostro y veo en el espejo a un hombre asustado, temeroso de su destino. Miro el reloj y veo que quedan doce horas hasta el momento de confirmar la peor de las conjeturas. Me viene una arcada. Aguanto. Me mojo los labios, pero no bebo. Soy un sediento en el desierto.

Vuelvo a mi mesa de despacho y dejo el libro a un lado. Lo volveré a leer tres veces, diez veces, veinte veces. Porque en los detalles del crimen de Anni Chapman estará escrito cómo va a actuar el asesino esta noche. Enciendo un cigarrillo y cierro los ojos. Luego apago el cigarrillo pero no abro los ojos. Intento dejar la mente en blanco. Que entre algo en ella que me haga ver la luz. Pero no hay nada más allá de mis párpados entornados.

Vuelvo a leer el expediente desde el principio, intentando encontrar algo que se nos haya pasado. Vuelvo a leer las circunstancias de la muerte de Anni Chapman. Luego, busco en Internet otras páginas sobre el Destripador, otros detalles que no contenga el libro, otras posibilidades.

No se me ocurre nada.

Sólo esperar. Esperar. Esperar.

Y temer. Temer. Temer.

Por fin llega el informe de la Científica. Ni una huella relevante. Ni una fibra. Ni un rastro en el escenario del crimen. Nada.

La relación de llamadas, mensajes y wasap del teléfono de Cristiana Stoicescu tampoco ofrece gran cosa: mensajes con sus compañeras de piso,

alguna llamada a su país, conversaciones cuyo destinatario u origen era el número de teléfono que usaba Bogdan cuando lo detuvimos.

Añaden un anexo con el estudio de los símbolos relacionados con el crimen. Nada nuevo sobre mandalas. Lo que ha escrito el supuesto experto es lo que ya he leído en internet. El círculo con la estrella de cinco puntas grabado por el asesino en la piel de Cristiana Stoicescu se llama pentagrama invertido. Se utilizó muy antiguamente como símbolo de protección. Pero después se ha entendido generalmente como un símbolo satánico. Con la punta de la estrella hacia abajo significa que la naturaleza es superior al hombre. Es un símbolo herético. Forma el perfil de la cabeza de un macho cabrío, que sería el perfil del dios Pan en la mitología. El dios de los deseos carnales masculinos y de la promiscuidad salvaje. En la Edad Media se identificó al dios pagano Pan con el Diablo Cristiano. Luego, ha sido el símbolo de las iglesias satánicas. El significado concreto que le atribuyen los psicólogos de la policía es claro: su deseo salvaje está por encima de todo; la ausencia de cualquier dios; la adoración del Mal.

Enfurecido, doy gritos a ver si alguien me hace caso de una puta vez y tenemos los informes relativos a las investigaciones de las web del Destripador y de los asesinos en serie. Ordeno que incluyan en la búsqueda, con carácter urgente, las webs sobre esoterismo, adoración al diablo, satanismo y cualquier otro delirio que se les pueda ocurrir.

Desde el otro lado del teléfono se excusan: no sólo trabajamos en su caso, comisario, dicen.

Muerdo una maldición y cuelgo.

Llamo a gritos a mis hombres: Malasaña, López y Martín pasan a mi despacho.

—Todos sabemos lo que puede ocurrir esta noche.

Nadie replica cuando hablo en ese tono.

—Se supone que tenemos que hacer la redada y volver a detener a Bogdan y a las rumanas. Lo haremos. Pero mandaremos sólo a tres hombres. El menor número posible capaz de hacerlo. Los demás, es decir, todos los hombres de esta comisaría, los quiero a mi disposición en una hora.

Miro por la ventana. El mercado de abastos situado enfrente se apaga lentamente. Cae la noche. La temo como a una maldición. Es la hora de salida de las Cenicientas y pronto será medianoche.

—Malasaña y yo iremos en un coche por la ciudad, en contacto permanente con todos los demás. Vosotros iréis en otro coche por las zonas de Garrucha y Mojácar.

—¿Y las playas de Baria? —interrumpe Martín.

—El que más cerca esté irá a toda leche si es necesario. En principio, se ocuparán los hombres a los que asignemos esa zona. Lo que harán será lo siguiente: nuestro asesino necesita una mujer que asesinar. Sabemos que no las secuestra mucho antes de matarlas. De modo que los hombres irán a vigilar todos los sitios donde se aposten mujeres para buscar clientes.

—No hay hombres suficientes —se queja Malasaña.

—Pues irán solos. De uno en uno. A las zonas del polígono industrial, a las playas, a las urbanizaciones, a la salida de Mojácar hacia Sopalmo. Todas. Un hombre en cada lugar. Vigilando discretamente. Tomando nota de todas las matrículas que se detengan aunque sea para pedir la hora. Aunque sea sólo para dar las buenas noches. Los quiero a todos conectados. Al menor gesto sospechoso…

—¿Por qué no hemos empezado antes? —pregunta López.

—Porque no la matará hasta alrededor de las cuatro de la mañana. Y procurará que el cuerpo no aparezca hasta cerca de las seis.

—¿Por qué?

—Para que se parezca más al original.

—No entiendo nada —rumia López.

—Imaginará que lo esperamos. Hay que abrirse. Buscar por todos los rincones. Mandad gente al Barrio Alto, al Albaicín, al barrio del Cementerio. Si quiere parecerse al original buscará callejones estrechos donde asesinar.

Veo en sus rostros tensión. Debo inculcarles una esperanza que yo no tengo.

—No es nada fácil secuestrar a una mujer. Tendrá que retenerla un rato, inmovilizada. Y luego asesinarla. Puede cometer un error. Tuvo mucha suerte la primera vez.

—Un hijo de puta con suerte —se queja Malasaña.

—Es arrogante y audaz. Estará exultante por el éxito obtenido con el primer crimen, de modo que se volverá más descuidado. Hay que estar ahí, esperar un error y aprovecharlo —no me creo ni una sola de mis palabras.

Se levantan en silencio. Se ve que no los he convencido demasiado. Mi éxito como general que arenga a sus tropas es nulo. Supongo que mi careto no engaña.

—Leedles la cartilla a los hombres. Que no fallen. Como alguno la cague, se va a acordar de mí. Y sabéis que en este caso no pasaré un descuido.

Mientras salen, abro el cajón y cojo la Glock.

Pido a Dios tener que usarla.

tación en el arte
lime
tación de la naturaleza muerta
son naturaleza muerta sus cuerpos destripados
a ja ja ja…

puta en el sótano
abriré desde el ano
era impaciente
e la muerte no le miente
a ja ja ja…

8 de septiembre

5

Cruzamos la ciudad de un lado a otro. Luego la rodeamos y volvemos a cruzarla en otro sentido.

Vemos mujeres apostadas cerca del polígono industrial. Algunas dan unos pasos desde debajo de los árboles y se exponen. Otras, las que nos reconocen, nos hacen gestos obscenos.

—¡Vaya trabajo! —comenta Malasaña.

—No sabía que tenías tan buenos sentimientos. Creía que te las tirabas aprovechándote de la placa.

Me atraviesa con la mirada. No está para bromas. A veces, creo que de no ser su jefe, ya me hubiera apaleado.

—Te denunciaron —digo. Tal vez no debería decírselo, pero siento necesidad de hablar—. Una prostituta dijo que habías abusado de ella.

Salta como si le hubiera pinchado con un alfiler.

—¿Quién dijo eso?

—No importa. Fue al poco de ser destinado aquí.

—¿Por qué no hizo nada?

—Porque no la creí. Decidí esperar y ver tu actitud.

—¿Y?

—Me convencí de que no era cierto.

Calla y abre la ventanilla para prender un cigarrillo. La noche es cálida.

Naves cerradas. Unas farolas para que las cámaras de seguridad puedan hacer su trabajo. Volvemos a la carretera.

—¿Le habrá merecido la pena vivir 19 años sólo para eso?

No tiene que mencionar a Cristiana Stoicescu para saber que habla de ella. Hay lugares donde nacer es un duelo.

—Hay vidas que no merecen la pena ser vividas —digo.

—¿Sería feliz alguna vez?

—Tal vez de niña. En cuanto tuvo consciencia, seguro que no. Acabó a miles de kilómetros reducida a una puta barata.

Nos quedamos un rato en silencio. Ruidos eléctricos de un walkie y del móvil. Las redadas en las otras ciudades se están realizando sin problemas. Aquí, esperamos mucho más que unos arrestos.

—¿Ha perseguido antes a un asesino en serie?

Lo pregunta con un hilo de voz. Como si me preguntara si padezco cáncer.

Me vienen a la memoria otros tiempos, otros lugares.

—Sí. Pero no eran como éste.

—¿Se refiere a los terroristas?

Asiento. Reduzco la velocidad al llegar cerca de la costa. Avanzamos de una rotonda a otra. Escaso tráfico de madrugada de domingo. Dúplex silenciosos. Vacíos. Urbanizaciones abandonadas cuando hace unos días parecían colmenas.

—No son iguales —piensa en voz alta—. Aquéllos eran fanáticos. Fascistas. Pero mataban por una idea, por estúpida que sea.

—Sentían el mismo placer al matar.

Le cuesta asumirlo. Se queda callado un rato.

Paralelo a la costa, busco el bosque. Eucaliptos, palmeras, pinos. Una muralla que en la noche es opaca como un muro. No entramos como cuando buscábamos a Bogdan. No queremos alertar a nadie. Tal vez el asesino busque aquí a su víctima. Algunos hombres están escondidos en la oscuridad.

—Pero entonces siempre había pistas —recuerdo—. Siempre sabías de dónde venían los tiros o las bombas, y quién lo había ordenado. Incluso lo que iban a decir al día siguiente los políticos. Teníamos información. Lo que más me consume en este caso es no saber nada, no tener nada.

—Si acabamos con aquéllos, acabaremos con éste.

—No acabamos con aquéllos. Lo dejaron.

—Hasta de matar se cansa uno.

—No estaban cansados. Y la gentuza que los apoyaba tampoco. Les convenía dejarlo. Como no se va a cansar nuestro asesino.

—¿Cree que no se detendrá en cinco?

—Le gusta.

—¿Por qué dejaría de matar Jack el Destripador?

—Estoy convencido de que algo se lo impidió. Quien mata así no se detiene por su propia voluntad.

Concluyo la conversación. No quiero que me pregunte cómo pienso cogerlo. Sé lo difícil que es atrapar a un asesino en serie que no tiene la menor relación con sus víctimas.

Las horas transcurren lentamente, con la certeza de que el asesino se está moviendo entre nosotros, sigiloso como una serpiente. Miro el reloj. La ausencia de noticias es su éxito. El silencio es su éxito.

—Es la hora, jefe —señala Malasaña el reloj del salpicadero.

Ni una noticia. Los hombres que fueron a detener a Bogdan ya están con él y con las mujeres en comisaría.

Circulamos por las afueras, donde alternan barrios de casuchas baratas y solares llenos de malas hierbas. Luego subimos a los barrios altos. Uno de nuestros hombres está apostado en un coche, dominando una calle. Lo saludamos con la mano y continuamos. Entramos por los callejones más empinados y oscuros. Metemos el coche por rincones inverosímiles, pero lo único que vemos son casas sumidas en silencio y penumbra. Paramos un segundo a la entrada de alguna costanilla demasiado estrecha. Nada.

—¿Y el barrio de San Gabriel? —sugiere Malasaña.

Imaginamos un lugar parecido al callejón oscuro y con tapia donde apareció Anni Chapman. Descendemos del Albaicín y atravesamos la ciudad buscando el barrio de San Gabriel. Uno de los primeros barrios de la ciudad, que ahora ha quedado como un barrio marginal, repleto de casas de una planta de techo plano, con fachadas mínimas y aviejadas, de colores inverosímiles, mal iluminado. La mayoría están ocupadas por viejos que tras una larga vida de trabajo duro e ingrato malviven de sus pensiones y por inmigrantes que buscan casas de alquiler barato. Algunos edificios del Movimiento aún conservan en la fachada grabados el yugo y las flechas y parecen tan vetustos y agotados como sus habitantes, que rozan la miseria. Al final de las calles hay casas con patios, callejones oscuros que dan a bancales sin cultivar, comidos de chumberas, pitas, almuzaras. Pasamos lentamente por sus calles. Ni un alma. Ni una maldita sombra que pueda siquiera sobresaltarnos.

Ambos tenemos la boca seca y la lengua como un estropajo. Se nota cada vez que la abrimos para quejarnos, para maldecir. La hora avanza y sabemos que el asesino ya ha actuado.

—¿Y si nos hemos equivocado? ¿Y si todo esto es fruto de nuestra imaginación? ¿Y si el crimen de Cristiana Stoicescu no fue el primero de una serie?

Me duelen las mandíbulas de tanto apretarlas. No respondo.

A pesar de sus dudas, Malasaña no suelta el *walkie* ni el teléfono. Uno en cada mano. Mira a través de la penumbra como si pudiera penetrarla.

Después de las cinco nos sobresalta una llamada. Han detenido un vehículo con dos hombres a la salida del polígono en el que estuvimos unas horas antes. Doy media vuelta y acelero, haciendo rechinar las ruedas en el asfalto resquebrajado. Pero antes de llegar suena mi móvil y un agente grita:

—¡¡¡Jefe. No se lo va a creer!!!

Ante la escalinata de la comisaría hay varios hombres mirando en dirección al mercado de abastos.

¡¡El mercado de abastos!! ¡¡Cómo no me di cuenta!! ¡¡Estúpido!!

—Al torcer la esquina —señalan.

Corremos bajo los soportales. Uno de mis hombres aparece ante nuestros ojos iluminado por una farola, se inclina y suelta un vómito brutal. Lo dejamos atrás, señalándonos con un dedo implorante.

Aflojamos el paso, vacilantes ahora ante lo que sabemos que nos espera.

—Ahí, comisario —señala García.

La voz temblorosa, como la mano que muestra la dirección ominosa. No se atreve a acercarse.

Malasaña quita una linterna a un agente.

La impresión es brutal. Lo he visto antes. En los grabados de época. Es Anni Chapman. La misma postura. El mismo tipo de mujer, bajita y rechoncha. Me asalta una arcada brutal que consigo detener llevándome las manos a la boca. Malasaña, sereno y gélido, se acerca al cuerpo y se planta ante la muerte, las piernas abiertas. Consigo evitar el vómito, pero me asalta un ataque de tos que me hace estallar los pulmones. Cuando consigo dominarme compruebo que Malasaña llora en silencio. Llora callada y desconsoladamente. Pero no emite un gemido, ni una palabra, ni un ruido. Sé lo que se está cociendo dentro de él. Y siento que crece también en mí.

Acaricia el cuerpo con la linterna y vemos el rostro vuelto hacia el lado derecho. Los ojos apagados y el cuello rajado tan profundamente que la cabeza no podría tener esa desviación si no estuviera casi decapitada. La mancha de sangre gotea desde la acera al asfalto. Junto a la cabeza, sobre el hombro izquierdo, una masa de intestinos. Un top está subido hasta más arriba de los pechos anchos y bajo ellos el vientre está abierto en canal. Ya sé lo que faltará. Las piernas están abiertas y las rodillas caídas a los lados.

—Sudamericana —comenta con inusitada frialdad.

—¡¡El mercado!! ¡El cuerpo de Anni Chapman fue descubierto por un joven que iba a trabajar al mercado! —maldigo.

—¡¡En nuestras propias narices!!

La ha asesinado a menos de cien metros de la comisaría.

La linterna nos muestra los objetos dejados a los pies del cadáver: un peine, un espejito roto, una Cruz. Como una blasfemia a los pies de la muerte.

Doy orden de acordonar la zona. Siento un acceso de pánico. Grito que dónde está el forense, que dónde está la Científica.

Todo el mundo corre. Todo el que puede se aleja. Algunos toman posiciones y otros colocan coches patrulla para contener a los curiosos que sin duda van a acudir en un instante como las moscas a la mierda.

—No lo voy a detener, jefe.

Me reta con la mirada cuando lo dice. No admite réplica y no tengo valor para contradecirlo.

—Lo encontraré aunque no haga otra cosa el resto de mi vida —dice.

Se oye el zumbido de las moscas, que acuden, golosas, a la sangre. El mismo sonido susurrante y sórdido que rodeaba el cuerpo de Cristiana Stoicescu.

De pronto, Malasaña se inclina y observa el rostro de la mujer.

—Mire.

Centra el foco de la linterna. Hay una colilla en la nariz.

—¡Hijo de puta!

Nos retiramos. No debemos contaminar la escena del crimen. Basta con una vez. No incurramos en el mismo error dos veces. Nos apartamos hasta un coche patrulla y nos apoyamos en él, observados por los agentes que, ante el terror, centran su atención en nosotros, como si esperaran una iluminación que no puede llegar. Un momento después oímos el primer jaleo.

—Ya están ahí los periodistas —comenta Malasaña, con pesadumbre.

—Adivina quién les ha avisado.

Los agentes les impiden pasar. En ese momento aparece bajo los soportales el cuerpo descomunal de Braulio, el forense. Me mira casi con rencor, por no haber acabado con esto.

—No podía ser de otra manera —dice.

Nos acercamos a él mientras se inclina sobre el cuerpo.

—Necesito más luz —grita.

Enseguida traen focos de la comisaría. La luz blanca y lechosa ilumina tristemente a la mujer. Confiere una palidez a la escena que recuerda los grabados terroríficos de los libros sobre Jack El Destripador.

—Una réplica exacta —comenta Braulio, desalentado.

—¿Tú también?

—Lo sospeché desde el primer momento, ya lo sabes. Y me he documentado.

Con una pequeña linterna muy potente enfoca el vientre de la mujer.

—Confirmado. Falta lo que tiene que faltar.

Se yergue y nos mira con una expresión vacía tras los gruesos cristales de sus gafas.

—Ya no tengo nada más que hacer aquí. Cuando se vaya la Científica que me envíen el cuerpo. Le haré la autopsia.

Unos agentes gritan más allá, porque un periodista se ha saltado el perímetro. Otro agente corre tras él y lo atrapa antes de llegar a donde está Malasaña, que ya se disponía a esperarlo. No sabe la suerte que ha tenido.

Buscamos las posibles vías utilizadas por el asesino. Ante la comisaría no ha pasado. No aparece un solo vehículo durante la madrugada en las cámaras de seguridad. Los edificios que confluyen en el lugar son de viviendas, sus fachadas dan a otras calles y no hay bajos comerciales con cámaras. Envío hombres a hacer una batida casa por casa.

El lugar es una confluencia de calles. Una no tiene salida, da a un *parking* de un edificio. Malasaña y yo nos dividimos, a pie, las otras dos que llevan una al centro de la ciudad y otra a una salida poco utilizada, pues no hay más que dos bloques de viviendas apenas habitados y una calzada que termina en un camino de tierra que cruza un terreno baldío. A medida que avanzo sé que ha llegado y ha huido por aquí. El camino cruza hasta un tramo de general que conduce fuera de la ciudad. Llamo para que envíen a algunos hombres de la Científica. Tal vez haya algún tramo de tierra blanda donde hayan quedado grabados los neumáticos.

Comienza a amanecer y la luz va desalojando las sombras. Pero lo que ilumina es un vacío tan grande como mi frustración.

—Nada —dice Malasaña volviendo de la calle que conduce al centro de la ciudad.

—Vino y se fue por aquí —señalo—. Edificios deshabitados. Ni una cámara. Cruzó el campo y llegó a la carretera en un momento.

—Hay que pedir las cámaras de toda la ciudad. De algún lugar tuvo que venir, por algún lugar tuvo que pasar. Gasolineras, bancos, oficinas, naves industriales. Todas las de la ciudad —insiste.

Ante la puerta de la comisaría nos asalta una colmena de periodistas.

—Comisario, ¿tienen algún sospechoso?

—¿Es el mismo asesino?

—¿Tienen alguna pista?

Malasaña se los quita de encima de mala manera y me abre paso. Entramos con la sensación de que las preguntas que aún resuenan en nuestros oídos son cuchilladas que se nos clavan en el alma.

De las cámaras de seguridad de toda la ciudad: una imagen borrosa de una furgoneta oscura. Los informáticos consiguen descifrar las letras y números de la matrícula. No existe.

Es él.

Mi mente rumia dónde he visto una furgoneta oscura. Pero no consigo asir ningún recuerdo.

Ordeno una búsqueda por saturación. Furgonetas robadas. Miles.

—Ya hemos identificado a la mujer.

Sigo a López hasta un despacho pequeño situado al fondo del edificio. Una mesa, un archivador, dos sillas y un ordenador. López se sienta ante la mesa presentándome a un ecuatoriano compungido, las manos en el regazo y los ojos llorosos.

—Yo no hice eso —dice elevando la cabeza cuando López me presenta como el comisario.

—Cuéntaselo todo al comisario.

Se llama Oscar Alfredo Castañeda Macas y es pareja de Diana Carolina Mieles. Cuenta que Diana salió anoche, a las 9, a su trabajo. Que él sabía en qué trabajaba, pero que se habían quedado en el paro los dos y no tenían dinero. Comían en el comedor social. Pero no había nada para enviar a sus hijos, que están en su país.

—No nos quedaba más remedio —justifica con pena.

—Tranquilo —se solidariza López.

—Se fue para pillar sitio —dice, elevando hacia mí una cara pequeña, de piel oscura.

—¿Dónde?

Se encoge de hombros.

—Unas veces iba al polígono industrial. Casi siempre. Por los trabajadores cuando acaban el turno. Pero como era domingo no, porque los domingos no hay nadie. Entonces se iba a otros sitios.

Agacha la cabeza, aguanta un sollozo y continúa:

—Quería ponerse en Las Buganvillas, cerca de Garrucha, porque es donde más coches pasan. Pero la echaron de allí.

—¿Quiénes?

—Otras mujeres.

—¿Dónde fue anoche?

Se lame los labios resecos. Titubea. Solloza abruptamente.

—Es que la he visto…

Se lleva las manos a la cara y esconde sus lágrimas. Sus puntiagudos hombros se estremecen. Lo dejamos desahogarse. Le ofrezco un cigarrillo que acepta con dedos temblorosos. Fuma chupando con fuerza. La inspiración suena a hueco en su pecho estrecho. Viste unos vaqueros descosidos, unas zapatillas de deporte y una camisa abierta que deja ver un pecho escuálido donde resalta el esternón. Se seca las lágrimas con un trozo de camisa.

—Ayer fue a la carretera vieja de Almería. Allí no la molestaba nadie. Como está lejos…

—Pero allí se ponen las rumanas. Cerca de El Garfio.

—Más lejos. En la rotonda. Allí estaba sola y pasan más coches.

—¿En qué iba hasta allí?

—Tenemos coche —replica elevando el rostro demacrado y lívido. Tiene unos ojos pequeños hundidos y unos pómulos altos de cierto aire oriental.

—El coche estará aún allí —comenta López.

—¿Tenía algún cliente especial? ¿Alguien que fuera con ella varias veces, del que le hubiera hablado?

—No. Sólo trabajadores del polígono o gente de paso los días de fiesta. Trabajaba poco.

Nos da su dirección y lo enviamos a su casa en un coche patrulla.

Le pido a López que me acompañe y subimos al Golf para buscar el coche de Diana Carolina Mieles. Mientras conduzco, recibo un wasap en mi teléfono. Me extraña porque no chateo y muy poca gente conoce mi número.

El tabaco te va a matar, comi. Ji, ji, ji.

No hago caso y lo guardo con rabia en el bolsillo. No es momento de bromas.

Descubrimos el coche de Diana Carolina Mieles tras unos plátanos que bordean la antigua general, ya muy cerca de la rotonda donde su marido nos ha indicado. Se apostaría en la rotonda, esperando pescar algún desesperado al que conduciría hasta un camino reservado para hacerle un servicio de urgencia por unos pocos euros.

Detenemos el Golf al borde de la carretera. El tiempo y el descuido se han comido el arcén. Trinan los pájaros con una alegría que nos sorprende, como si ya nada pudiera volver a ser alegre jamás. Se oye el zumbido de los abejorros y de las moscas, más locas a medida que calienta el sol. Diana Carolina Mieles dejó el coche en un claro de tierra dura y blanca, sobre una parcela árida y sin cultivo. A lo lejos se adivinan algunos cultivos de un verde

intenso, entre los cuales se mueve un camión lentamente, evocando un insecto gigante. Y más allá, la autovía, con la también incongruente mancha verde de los arbustos que ocupan la mediana. Brillan los plásticos de los invernaderos a lo lejos. Junto a ellos, una montaña de plásticos de desecho. Todo ello sobre una masa plana de tierra amarilla y seca.

Se trata de un Citroën Xsara con una matrícula de veinte años antes, a cinco minutos del desguace. Adquirido por menos de mil euros en alguna compraventa sin escrúpulos. Tiene bollos en el lateral y en la puerta del conductor, donde golpeó con algo blanco. Nos ponemos los guantes y abrimos las puertas. Una botella de agua tirada a los pies del asiento del conductor. En la guantera, López no encuentra más que papeles del vehículo, manchados y arrugados. Una rebeca de punto tirada en el asiento de atrás. Una caja de condones. Las telas de los asientos están ajadas. Huele a tabaco rancio. López abre un abanico.

—«El Cielo todo lo acalla» —lee.

—¿Cómo?

Me muestra la leyenda que se descubre a medida que se abre.

—No entró en el coche. Paró la furgoneta y ella subió, como hizo la primera vez. ¿Para qué tocar el coche de la víctima? Añadiría riesgo para nada —comento.

López da unos pasos alrededor.

—No hay huellas de que otro coche aparcara aquí.

—No la recogió aquí. Lo hizo en la rotonda, más arriba.

—No creo, jefe. Si le había echado el ojo antes, la esperaría antes de correr el riesgo de que se fuera con un cliente.

Tiene razón. Así que volvemos a inspeccionar los alrededores. Nada.

—Llama a la Científica.

No abrimos el pico en todo el trayecto. La casa de Diana Carolina Mieles y Oscar Alfredo Castañeda Macas es un cuchitril situado en el barrio de Pescadería, a la salida este de la ciudad en dirección al mar. Es un barrio extenso, de nombre incongruente porque todos los pescadores han vivido junto al mar. De todos modos, Baria siempre quiso tener un barrio marinero. En realidad, en él vivían humildes agricultores, pastores, jornaleros y gitanos dedicados a la trata de bestias. Tiene incluso su mercado, un viejo edificio que aún se conserva en pie. Ni siquiera el desarrollismo franquista le alcanzó, porque se centró en otras zonas destinadas a las clases medias, como el barrio de San Gabriel. De modo que ahora el barrio de Pescadería está repleto de casuchas de una planta con techos planos de terrizo y aceras mínimas comidas

de hierbas. Muchas farolas están destrozadas y nadie se ha ocupado de repararlas. Hay algunos solares vacíos donde antiguamente había corrales para las bestias y donde aprovechan para aparcar los coches que no encuentran acomodo en las estrechas callejuelas. Huele a tierra seca y a instinto de que importan una mierda.

En este barrio se han congregado los sudamericanos. Miles durante los años de vacas gordas y miles que continúan aquí, no se sabe muy cómo ni por qué.

En cuanto aparcamos ante la puerta de la casa, nos abruman de miradas curiosas los muchos vecinos por desgracia ociosos que hay por el barrio. Algún viejo español se deja ver a lo lejos, ya perdida la curiosidad, más pendiente de una cerveza que bebe en la puerta de un bar de mala muerte que de cualquier otra cosa.

—No hay derecho, comisario —se oye una voz.

Es un hombre menudo y rechoncho, de piel oscura, que nos observa con una expresión de lástima por su vecina.

—Era una buena mujer.

—Cójanlo, por favor.

Hacen un corro ante la puerta de la vivienda y pasamos entre ellos. Algunos nos dan palmadas de ánimo. Todos muestran expresiones de pesar en sus rostros medio indios medio españoles.

Oscar Alfredo está tomando una manzanilla que le ha traído una vecina que se escabulle mínima al pasar junto a López, y nos deja a solas con él. Una habitación pequeña, con una ventana que da a un patio y una puerta. Hay una mesa con un tablero de chapa, cuatro sillas y, a un lado, un viejo sofá frente a un televisor Panasonic tan grande como un armario. En algunos tramos, las paredes aún tienen papel y en otros se ha blanqueado como se hacía antiguamente. Un aparador con los cristales sucios y una chimenea completan el cuadro.

—Pueden buscar lo que quieran.

Hace un gesto con la mano y nos invita a pasar a las habitaciones interiores.

Le preguntamos dónde están los efectos personales de Diana Carolina. Señala el sofá y dice que ha dejado ahí un bolso que usaba algunas veces y un neceser. Lo demás está todo en el dormitorio. No tienen nada más. Lo que pueda haber en el coche.

—¿No ha visto ninguna agenda donde ella tuviera nombres o teléfonos de clientes?

—No. Eran gente de paso —justifica—. Ella no lo hacía… No servía mucho para ese trabajo. Pero las cosas estaban tan mal… Antes no vivíamos aquí.

Se le escapa una lágrima. Nos agachamos para pasar por las puertas y descubrimos un dormitorio antiguo, con una cama de matrimonio y un armario que parece tambalearse y una percha colgada de la pared. Más allá hay un baño mínimo con una ducha y un lavabo. López emite un gemido que es toda una confesión: de pena, de queja por las condiciones de vida de Diana Carolina Mieles. Me muestra un pañuelo donde Diana Carolina escribió con labor de punto la frase que le otorgaba esperanza y aliento: «El cielo todo lo acalla».

Nos despedimos y salimos a la calle entre los murmullos de los vecinos.

—Hagan todo lo posible, comisario —suplican.

Les prometemos que haremos todo lo posible y lo imposible.

Subimos al Golf y nos alejamos con grietas en el alma.

—El cielo todo lo acalla —susurra López.

Aparco ante el Instituto de Medicina Legal. López me suplica que no lo haga entrar. Lo dejo junto al coche, fumando un cigarrillo y lamiéndose las heridas de su pena.

Se trata de un edificio de ladrillo rojo situado a la espalda de los juzgados. Un poco más allá se oye el griterío de los niños de una guardería. Antes de entrar veo que López se dirige hasta allí para ver a los niños y buscar una paz que le está quitando tanta maldad. López no es hombre de soportar el mal. Su bonhomía es proporcional a su tamaño, y como ocurre a algunos hombres muy grandes y muy fuertes, el mal lo supera. Veo que pasea por la acera mirando como quien no quiere la cosa a los niños, que disfrutan de su recreo.

Antes de entrar me entra otro wasap.

Mirarás, mirarás, pero no me verás. Ji ji ji

Intento responder «quién eres, capullo?», pero no lo admite. Me pregunto quién será el imbécil y vuelvo a guardar el teléfono en el bolsillo.

La funcionaria me dice que Braulio está en pleno trabajo, así que tengo que esperar un rato en la antesala. Sé lo que me va a decir. Puedo imaginar el informe de autopsia como si ya lo hubiera leído. Me queda la esperanza de que el asesino haya cometido un error, haya dejado una huella. Reservo mis

esperanzas para la colilla. Quiero creer que, ufano, la dejó en la nariz de Diana Carolina mientras hacía el trabajo y la olvidó. Porque otra explicación sería terrible. Una mofa a la mujer asesinada. Su arrogancia no tiene límites. Asesina a la segunda mujer a menos de cien metros de la comisaría de Policía. Imagino los titulares de los periódicos mañana.

Braulio sale dando un portazo. No me ve y comienza a subir las escaleras. Lo llamo y se vuelve tan súbitamente como si hubiera intentado agredirle.

—Lo que esperábamos. Ni más ni menos. Lo tendrás por escrito en un rato.

Subo tras él y, aunque me resisto, lo expreso claramente.

—Por supuesto, no ha dejado ningún rastro.

—Sólo el cigarrillo. Ya veremos qué dice el ADN.

—¿Y el arma homicida?

—¿Qué te puedo decir? Un cuchillo perfecto. Un bisturí enorme. Qué se yo.

Se encoge de hombros y se larga. No tengo ánimo para retenerlo más tiempo, así que salgo a la calle, llamo a López y subimos al Golf.

—Ni rastro. No ha dejado ni rastro —explico, dando un puñetazo en el volante—. Seguro que la colilla tampoco tiene nada. Ese tío no comete errores.

—Eso significa que seguirá matando y que no podremos detenerlo antes de que cometa más crímenes. Es demasiado listo para nosotros —acepta López con fatalidad.

Lo maldigo en silencio. Pero sé que tiene razón.

Entramos al sótano de la comisaría por una calle lateral. Dejamos el coche y nos introducimos por un pasillo casi laberíntico que contiene las celdas y las salas de interrogatorio. Huele a humanidad. Demasiadas personas en las celdas sin ventilación la noche pasada. La de Bogdan, la peor. Un cuchitril en triángulo, haciendo esquina con los muros del edificio, en el que apenas cabe un catre. Oscuro como mi alma. Apestoso de otras almas que han purgado ahí sus muchos pecados. Espero que Bogdan haya dormido bien, porque tenga la conciencia tranquila o porque no tenga, que es lo más probable.

Lo veo ahora tras el cristal sin azogue de la sala de interrogatorios. Las chicas están en las oficinas, arriba. Ya han sido interrogadas, me informa Martín, que observa la escena: Bogdan y la horma de su zapato en silencio, en la pecera.

—El jefe se ha vuelto a escapar —dice.

—¿No lo han cogido? ¿Ni en Almería, ni en…?

Niega con la cabeza, sin mirarnos.

—¿Alguno de los detenidos ha dicho dónde puede estar?

Niega otra vez.

—Nadie delata a ese tío. Y eso que le ha apretado las tuercas. Le tiene pánico al caniche —señala a Bogdan y a Malasaña, más allá del cristal.

Observo el perfil de Bogdan. No lo ha hecho un cirujano estético. Tiene el labio como una coliflor y el pómulo como un tomate. Algo debe de dolerle en el costado, porque no está erguido. Toco en el cristal y Malasaña ni se inmuta, pero Bogdan vuelve la cabeza. Veo sus ojos y me decido. Entro en la celda. Me acerco mucho a él, tanto que puedo oler su hedor y sentir un aliento que huele a muerto.

—Hueles mal, Bogdan. Te voy a encasquetar cinco delitos de violación y un intento de asesinato.

Tiene el párpado izquierdo algo caído sobre el ojo, de modo que parece que me observa con distancia cuando lo que desprenden sus ojos es pánico.

—Has tenido suerte de que te deje en manos de Malasaña. Yo soy peor. No te voy a poner una mano encima, eso ya lo hace él. Pero sí que te voy a colgar cinco violaciones y un intento de asesinato.

—Es mentira. Yo no…

—Ramona, Bogdan. Ramona. Le voy a decir que o te denuncia por haberla violado cien veces o que se olvide de volver a su país. Le meteré un marrón también a ella si no te denuncia. Violación, Bogdan. Diez años mínimo. Más las agravantes.

—¡¡¡Es mentira!!!

—¿Y qué? ¿A quién crees que van a creer? ¿A ti, un chulo putas rumano, o a Ramona lloriqueando ante el juez y a mí?

Bogdan, a pesar de su dureza, duda. Intento animarlo.

—Contigo habéis caído los cuatro chulos. El de Almería, el de Roquetas, el de El Ejido. Tu jefe no sabrá que has sido tú —le miento.

Me alejo de él y miro a Malasaña.

—No le pegues más. Lo tenemos que tener vistoso para el juez. Si no te firma una declaración en cinco minutos diciéndonos dónde está su jefe, lo dejas aquí y te vas a buscar a Ramona a la casa de acogida.

Salgo de la pecera y subo a mi despacho. Lo primero que veo, desde mi ventana, es un enjambre de periodistas a la puerta de la comisaría. La prensa nos va a comer. Me va a comer.

Hay tres avisos de llamadas de mis superiores. De Madrid y de Almería. Sé lo que significan. Hay otras tres, de las policías de Almería, Roquetas y El

Ejido.

Me doy un respiro antes de devolver llamadas. Me lanzo a mi sillón y cierro los ojos. No voy a encontrar más que desesperación, pero no acierto a ver nada con ellos abiertos.

La prensa nacional informa con titulares sobrios, aunque ya nadie oculta el sobrenombre: «Otro asesinato del nuevo Jack el Destripador», titula *El Mundo*. «Macabro crimen del nuevo Jack el Destripador», casi copia *El País*. «Segundo crimen del Destripador de Baria», titula *ABC*. *La Razón* es más agresiva: «El Destripador de Baria continúa impunemente sus crímenes».

Los subtítulos ponen de manifiesto lo atroz de los crímenes y resaltan la audacia del asesino, que lo ha cometido a escasos cien metros de la comisaría. Admiten que es comprensible que no se identificara al Destripador original en el Londres de 1888, cuando la técnica policial estaba en pañales, pero no se entiende cómo es posible que hoy otro criminal imite al primero impunemente.

Nada que ver, de todos modos, con los periódicos locales y provinciales, que hacen ya sangre con nuestra incompetencia. Los titulares, de agencias, se repiten como gotas de agua, pero los subtítulos son crueles: desde incompetencia policial destacada en negritas de dos centímetros hasta negligencia criminal en los investigadores.

Paso de largo por la mayoría de los artículos, pues no quiero conocer la opinión de cualquier cretino con pólvora en las frases mal escritas. Pero una ojeada fugaz me crucifica con preguntas como: «¿Está la policía de Baria preparada para enfrentarse a un asesino en serie? ¿Por qué el Ministerio no envía a especialistas? ¿Cuántos crímenes más habrá de cometer el Destripador para que la Policía actúe decididamente?». *El Heraldo de Baria*, ese panfleto fascistoide, va más lejos: «¿Estará el comisario de esta ciudad centrado en investigar los crímenes o, por el contrario, no tiene tiempo de investigar, aunque puedan llegar a afectarle personalmente?». Maldigo a los cerdos por su referencia solapada a Natalia y lanzó el periódico al suelo. Luego lo recojo de un manotazo y miro el nombre del autor. Lo conozco. Tendré una charla con él si consigo atrapar al Destripador. Si no, tendré que esconderme en lo más profundo de una cueva.

Andrés Ocaña, el periodista con menos escrúpulos de la ciudad, titula su panfleto *La Voz de la Calle* con una invectiva que me tiene como claro

destinatario, objeto de sus pesadillas: «Policías de opereta buscan criminal». Tiro el panfleto a la papelera.

Respiro hondo varias veces y me enfrento al teléfono. El Comisario Jefe no contiene el tono insultante. «¿Cómo ha podido pasar? ¿Cómo no lo vio venir? Ahora nos mirarán con lupa desde Madrid». Y anuncia: «desde el Ministerio van a enviar a un grupo de especialistas. Para colmo, de la Guardia Civil. ¡Qué vergüenza para la policía, para tooodaaa la Policía!». Me ordena que no descanse y que facilite toda la información a los especialistas de la UCO en cuanto lleguen. Cuelga de pronto, agotado de su propia frustración y de mi incompetencia.

Luego devuelvo la llamada a Madrid, al Ministerio del Interior, donde me informan que se desplaza de forma inmediata un grupo de la UCO y otro de la Comisaría General de Información. Esto se ha salido de madre, me dicen.

Asiento a todo y me siento aliviado del peso de esta investigación. Pero también me siento frustrado, ninguneado. Nadie confía en que pueda resolver este misterio.

Yo tampoco.

No tenemos ni una pista: es un clásico en la policía: si no descubres nada en las primeras cuarenta y ocho horas, será difícil que se resuelva el crimen.

Han pasado nueve días y no sólo no tengo nada, sino que me han puesto otro cadáver despedazado encima de la mesa.

El sudor comienza a brotar de mi cabeza como de un surtidor. Ni siquiera el aire acondicionado a 18 grados consigue enfriarme. Le doy con rabia al botón de máxima potencia y el ventilador llena el despacho con su ruido desesperado. Paso al aseo y cierro de un portazo y me mojo las manos y la cara, pero el agua sale tibia de las cañerías. Da asco.

Vuelvo a mi despacho y me encuentro con López y Malasaña, que me miran raro.

Malasaña me muestra unos documentos.

—Son las pruebas de ADN. Las enviadas a la Policía Científica tardarán un poco, así que le pedí una pequeña muestra al colega de la Científica y se la llevé a mi amigo, el que trabaja en el hospital.

—¿Y qué? ¿Las habéis cotejado?

—Sí. Con los ordenadores centrales. Hay una coincidencia.

Me inclino hacia ellos, sin poder contener la ansiedad. Pero enseguida comprendo que algo va mal. Que el asesino dejara la colilla en la nariz de la víctima no fue un error.

—¿Quéee???? —grito.

—Es suyo, jefe —dice López, que no puede aguantar más el teatro.

Me cuesta creer lo que dice. Miro a Malasaña con la boca abierta. Debo tener una expresión estúpida. Pero ninguno se ríe.

Suelto un puñetazo que hace estremecerse la habitación entera. ¡¡¡Me conoce!!! ¡¡Ha estado cerca de mí!! Tan cerca que ha podido coger una colilla mía y guardarla para luego gastar la bromita. ¡El hijo de perra lo tenía todo pensado!

—Lo conoce, jefe —dice Malasaña.

López lanza un grito.

—Si me conoce… ¡significa que yo también lo conozco a él! —salto con rabia.

—No necesariamente, jefe —replica Malasaña—. Puede haberlo seguido a alguna cafetería. Coger después una colilla. O alguna que haya tirado en la calle.

Donde ha estallado mi puño hay ahora una fisura en el tablero de madera. El ordenador ha saltado un palmo y los papeles han volado hasta el suelo. Me levanto para recogerlos y entonces caigo en la cuenta.

Busco mi móvil y encuentro los mensajes.

El tabaco te va a matar. Ji ji ji

—¡¡¡Es él!!! —digo para mí mismo—. ¡¡¡Es el maldito hijo de puta!!!!

Les muestro el móvil.

—Avisad a los de Informática ahora mismo. ¡Me ha enviado mensajes! No sabía que demonios significaba hasta ahora. ¡¡Ha tenido que ser él!!

López compone una expresión de horror. Malasaña casi me estruja la mano para leer, leer y releer el mensaje.

—Tiene que ser él. No puede ser coincidencia. El número extraño, al que no puedes devolver el mensaje. Un texto ofensivo y juguetón. «Mirarás, mirarás, pero no me verás, ji ji ji».

—Jefe. Este tío está cerca. Muy cerca —suelta con una frialdad de hielo Malasaña.

Nos sentamos en torno a la mesa y dejo el móvil en medio como si pudiéramos esperar de él una revelación definitiva. Pero también como si escondiera el mayor de los terrores. Ya no es un teléfono, es un hilo directo con el asesino.

López se estremece de terror.

Los ojos clavados en las pupilas afiladas del mejor policía de todos nosotros, le doy vueltas a mi tormento:

—Me conoce. Sabe quién soy. En algún momento ha estado tan cerca de mí que ha cogido una colilla que yo he tirado…

—Está esperando el día para comenzar a enviarnos cartas —continúa Malasaña su razonamiento.

—¿Qué cartas? —inquiere López.

—Las mismas que envió el Destripador original a la policía y a los periódicos en 1888. Va a convertir esto en un circo, jefe.

—Me está humillando. Si no lo cogemos, no podré salir a la calle.

—Tenemos que matarlo —concluye Malasaña.

Nadie sabe qué decir. El ventilador del aire acondicionado colma el silencio de un run-run turbio y enloquecido. Tengo la carne a punto de cocerse. El sudor resbala por mi frente. Las cejas no dan abasto y tengo que apartar el sudor con la mano.

La sentencia de muerte nos hunde en un silencio horroroso. Pero nadie protesta.

No imaginaba que el Infierno fuera tan callado.

Un par de horas después me encuentra gritándole a un agente de la sección de delitos informáticos que cómo es posible que no encuentren el teléfono desde el que el asesino remite los mensajes. Los ha enviado desde aquí al lado, chillo. Es una vergüenza que cualquier *hacker* de mala muerte pueda jodernos y nosotros a ellos no.

El agente me mira sin decidirse a mandarme muy lejos. Mi grado lo contiene. Mira mi móvil, conectado a su portátil.

—¿Sabe que es Darknet? —pregunta sin mirarme.

—Ni puta idea —respondo de mal talante.

—Es la zona oscura —comienza con una expresión de fatalista paciencia, como si tuviera que explicar a un niño que existe el mal—. Es la red oscura. El 95% forma parte de Deepweb, cualquier parte de la red que no se encuentra en los cauces comunes de tráfico de usuarios. Pero hay una parte aún más oscura, que se llama Darknet, mucho más organizada y oculta. En ella prima la protección de la identidad de los usuarios. Existen muchos tipos de redes, como CJDNS, que nacieron para ocultar identidades. Se puede acceder a través del navegador TOR que, poco a poco, ha ido abriéndose a cualquiera que quiera entrar.

—¿Qué quiere decir? ¿Que no puede acceder al origen de los mensajes?

—Utiliza un enrutamiento entre servidores para ocultar la dirección IP de origen —continúa explicándome con una paciencia definitiva—, cifrando en cada conexión todo el tráfico y, por tanto, haciendo imposible ir hacia atrás para saber quién está detrás de la conexión.

Hace una pausa para comprobar si voy comprendiendo. Finalmente, cierra los ojos, indiferente a mi frustración.

—Es perfecto para estafadores, pedófilos y vendedores de armas o de drogas. La jurisdicción está basada en el territorio, por lo que no podemos actuar hasta que no sabemos dónde están los servidores. Y éstos pueden estar en Yemen o en Afganistán.

—O sea, que es imposible.

—Casi. Y mucho menos en un plazo corto de tiempo.

—¡Vaya mierda!

—De todas formas, intervendremos su teléfono por si podemos seguir algún rastro.

Finalmente, graban el contenido de mi móvil en un ordenador, hacen un duplicado de la tarjeta en el disco duro y se marchan, lamentándose con gestos y regalando esperanzas gratuitas.

Ordeno a López, Malasaña y Martín que bajen todo el material acumulado a una habitación del sótano que está escondida en un recodo del laberinto de pasillos. Ordeno a otros agentes que nos traigan paneles gigantes y un rato después estamos los cuatro disponiendo fotografías, planos, anotando pistas, nombres, lugares, ideas, en esquemas escritos con rotulador.

Ordeno que impriman de Internet todas las fotografías antiguas, los grabados, incluso los dibujos de los periódicos de 1888 y los coloquen en un panel paralelo, para tener ante los ojos todas las comparaciones posibles. Finalmente, incluimos un listado de hitos del original Jack El Destripador, desde el primer crimen al último, con las fechas de las cartas enviadas y cualquier otro acontecimiento relevante de su historia.

En una línea paralela, vamos rellenando los hitos que el imitador ha llevado a cabo hasta ahora. La lista es tan corta en relación a la original que nos estremecemos al comprobar lo que aún le falta por hacer si no lo cogemos antes.

Recibo una llamada de Braulio, el forense, y le pido que baje al sótano.

—Bienvenido a nuestra cámara de los horrores.

Braulio trae su informe completo en la mano. Observa a su alrededor y dice.

—Esto me supera.

Mira las fotografías de su autopsia, luego se detiene en las fotografías de las víctimas del Destripador original: Mary Ann Nichols, Annie Chapman, Elizabeth Stride, Catherine Eddows y Mary Kelly.

—Excepto la última, el perfil de las víctimas no es el mismo. Éste las mata más jóvenes. ¿Por qué? —pregunta, volviendo sus ojos enmarcados en los aros de sus gruesos cristales, esos que le quitan cualquier expresión, pero que esta vez no consiguen ocultar la pesadumbre y el cansancio que le provoca este caso—. Intenta hacerlo todo igual.

—Pero introduce cambios. No deja muestras de ADN, no deja huellas, no busca lugares idénticos a los de los crímenes del original.

—Las busca más jóvenes porque son más fáciles de encontrar. Aquí no hay putas de cincuenta años. Así de fácil —interrumpe Malasaña.

Abro el expediente y las fotografías que observo me estremecen.

—Peor que el anterior —comenta Braulio sobre el segundo crimen.

—¿Además de lo que sabemos que hizo el original, hay algo diferente?

—El destripamiento sigue el mismo patrón, órgano a órgano. Ahí lo tienes. Sólo hay una cosa.

Busca una fotografía del muslo. El asesino ha grabado un triángulo en cuyo interior hay un óvalo con un punto central.

—Otro maldigo signo esotérico. Ni puta idea de qué puede significar.

—Necesitas ayuda —me recomienda.

—Lo sé —admito.

—Dicen que te van a retirar de la investigación.

—Las noticias vuelan —me quejo.

Malasaña, Martín y López se me quedan mirando fijamente.

—No será verdad —comenta Malasaña agria, violentamente.

—Mandan un grupo de la UCO desde Madrid. Y otro desde la Comisaría General de Información. Aún no me han dicho que deje la investigación.

—Yo no la pienso dejar —afirma Malasaña—. Este dibujo es el *Ojo que todo lo ve*.

Hice traer a Ramona y la planté ante la celda de Bogdan. En contra de lo que esperaba, Bogdan no la amenazó. Ramona no dijo ni una palabra. Sólo se dejó ver por el que había sido su chulo y se lo quedó mirando, ya sin miedo.

Bogdan se ha convencido de que voy en serio, porque me hace llamar un rato después. Está en la celda que hace esquina. Apenas puede ponerse

derecho en el cuchitril. Apesta.

Da un paso para salir, pero lo atajo.

—Su nombre y quiero saber dónde está. Hasta entonces, nada.

Se queda quieto. Parpadea porque los focos del pasillo le hacen daño tras horas de penumbra. Se le cae el labio inferior. Por un momento, el maldito matón da casi lástima. Se ha quitado la camisa y puedo ver su cuerpo tatuado que brilla de sudor.

—Aquí no. Me voy a volver loco. No puedo respirar.

—Su nombre y te cambio a la mejor celda. Casi un hotel.

—Radu Ribokas —suelta—. De Ocua Mures, nacido en 1978. Es todo lo que sé.

—Dónde se esconde y la *suite* es tuya.

—No lo sé.

Cierro la puerta y Bogdan grita y suplica que no lo sabe, que jamás ha visto dónde vive. Pero que me puede decir dónde se veían.

Vuelvo a abrir y espero.

—Si me garantiza seguridad, puedo decirle más.

Lo llevo conmigo a una habitación amplia con un tragaluz. Eleva la jeta a la luz y cierra los ojos. No es una celda, pero ordeno que le traigan un camastro. Se quedará aquí si me gusta lo que me cuenta.

—¿Canta? —pregunta Malasaña entrando en la habitación.

Pide un cigarrillo y esperamos que traigan unas sillas. Luego traen el camastro.

—Quiero lavarme —pide Bogdan.

—Podrás hacerlo —le prometo.

—Y comer algo.

—También.

Bogdan se debate entre su deseo y su miedo. Su rostro se contrae y por un momento puedo ver la expresión de un muchacho brutal que no hubiera pasado de hacer alguna gamberrada en su pueblo de no cruzarse con quien no debía. Mientras lo observo, compruebo que sin esa expresión de eterna violencia que lo ha acompañado y que ahora empieza a abandonarlo, sería un joven bien parecido y algo bruto.

Le pido a Malasaña que suba enseguida a comprobar el nombre que nos ha dado. Quiero estar seguro de que no nos mete un cuento chino.

Malasaña vuelve enseguida y se sienta a mi lado.

—He dejado la petición a otro agente. Quiero ver lo que nos cuenta el cachorro.

Mira a Bogdan, que aún se lamenta de su situación, moviendo la cabeza a un lado y a otro y se restriega las manos.

—Apestas, así que empieza a hablar rápido. ¿O quieres que te ayude?

Las amenazas de Malasaña surten su efecto, porque Bogdan sorbe por la nariz y cuenta:

—Da miedo… —comienza, dudando aún—. Es muy listo. No lo van a coger.

—¿Por qué?

—No tiene casa.

Nos quedamos mirándolo, sin adivinar a qué se refiere.

—Él no prueba mujeres. Lo hacemos nosotros.

—Violación —le advierto.

Bogdan calla un segundo. Protesta.

—Estoy cumpliendo mi parte.

—Sigue.

—Pero…

—¡Sigue!

Aplasta la colilla con el pie y continúa:

—Vive con su mujer. De un lado para otro. No tiene casa fija, ni sitio fijo. A veces, en una caravana. Lo he visto en una caravana en la playa, como un turista más. Otras veces, en una nave vacía.

—¿Abandonada?

—Sí.

—¿Dónde?

Se encoge de hombros.

—En muchos sitios. Aquí. En Roquetas. En Almería. Siempre hace lo mismo. Nos cita en un sitio y hablamos. Coge el dinero y da órdenes.

—¿Por qué lo obedecéis? ¿Por qué no os quedáis vosotros con las mujeres y el negocio?

Sonríe fríamente y me mira con desprecio.

—Uno lo hizo.

Nos quedamos en silencio.

—Y no queda nada de él. Sólo nos llevó la cabeza. Para que lo viéramos. La puso encima de una mesa mientras hablaba con nosotros. Luego, cuando acabó, me dijo: tira la basura.

—¿Tienes su teléfono?

—Lo cambia cada tres o cuatro días. Manda un mensaje con su nuevo número y así. Siempre distinto.

Bogdan se va relajando. Se retrepa un poco en su silla, se abre de piernas. Sonríe pensando en lo listo que es Radu. Nos desprecia porque no lo hemos cogido ni, piensa, lo vamos a coger.

—Háblame de su mujer.

Suelta una carcajada.

—No lo podéis imaginar. Es fea. Gorda y fea. Puede tener a las mejores mujeres, cuando quiera, gratis. Y no toca ni una. Sólo su mujer.

—Descríbela —le ordeno.

—Rumana. Habla bien español, como Radu. Baja, gorda, mal vestida. ¡Puff!

—¿Sabes su nombre?

Mueve la cabeza.

—La llama Crina. No sé más.

Malasaña busca un mapa para que Bogdan nos muestre los lugares donde se han reunido.

—Aquí. Aquí. Aquí —Bogdan señala un lugar tras otro, en las cercanías de Baria, en los alrededores de Almería, de Roquetas de Mar, de El Ejido.

Nunca el mismo sitio. Reuniones periódicas con sus matones, para rendir cuentas y controlar el negocio. Luego, Radu desaparece y deja a la vista a sus matones. Si cae uno, se puede reponer fácilmente. Y los demás continúan con el negocio.

—¿Qué coche usa?

Se encoge de hombros. Se pasa los brazos sucios de tanto tatuaje por la cara. Un nombre de mujer. Una calavera. Una Cruz invertida. Un dibujo gótico indescifrable.

—Cambia de coche. Unas veces uno, otras otro.

—¿Cuál llevaba la última vez?

—Un BMW viejo.

—¿Matrícula?

—Ni puta idea.

—¿Qué hace con el dinero? —pregunta Malasaña.

—Se enfada si hay menos del que espera. Reparte en función de lo que cada uno lleva. Si mis chicas trabajan más, yo gano más, ¿comprende?

—¿Dónde guarda el dinero?

—¡¡Qué mierda voy a saber!!

ero ver el espectáculo desde primera fila
ɔr protagonista

spectador de lujo
que todo lo hila
a jajajjjajajajaja

poder de la copia en el arte
mesis
artista ve un paisaje y lo convierte en arte
veo una puta
convierto en chivo expiatorio
o. Némesis.
a ja jajajajjajjjjajjajaja

6

Tras dejar a Bogdan en su nueva *suite*, García llama mi atención.

Señala a un hombre sentado. Tiene unos cuarenta y cinco años. Alto, bien parecido, correctamente vestido, mira a un lado y a otro sin poder disimular su incomodidad.

Le tiembla el labio cuando se presenta como Daniel Albala.

—Conocía a la mujer asesinada —se atreve a decir.

Lo dejo un rato cociéndose de calor y fermentando nervios en el despacho más desolado del fondo de la comisaría. Luego, Malasaña entra sin saludar y yo me planto de pie a un lado, de modo que no pueda verme bien. Malasaña comienza su repaso:

—¿Conocía a Cristiana Stoicescu?

Le cuesta trabajo tragar saliva para poder hablar. Puedo ver su nuez subir y bajar. Coge aire y asiente.

—Sí…

—¿De qué?

—Me la presentaron.

—¿Quiénes?

—Unos amigos.

—¿Qué amigos?

Albala hace un guiñapo con sus dedos. No sabe cómo ponerse, cómo sentarse, como respirar, cómo mirar.

—En el Noom. Alguien la había contratado y el tío se fue y la dejó allí. Un amigo la invitó a una copa y estuvo con nosotros. Éramos tres o cuatro.

—¿Y qué pasó?

—Nada. Alguien la llevó a su casa. Pero un amigo se quedó con su teléfono y…

—¿Qué, joder?

—La llamé. Me gustó…

—¿Sabía que era una puta?

—Claro.

—Siga. O quiere que le saque las palabras de otra manera.

Daniel Albala se ofende.

—Oiga. He venido por propia…

—Si no hubiera venido, hubiéramos ido por usted —lo corta.

Alargo la mano con un cigarrillo para Daniel Albala. Lo mira extrañado. Dice que no con la cabeza.

—Mi mujer se fue de vacaciones con sus padres. Como era verano. Y la llamé y me fui a cenar con ella al Atrio, de Carboneras.

—¿Qué más?

—Nada.

—¿Cómo que nada? —grita Malasaña.

—Fo… follamos y ya está. La dejé en la ciudad, donde ella me dijo y me fui.

—¿Dónde estuvisteis?

—En un apartamento que tengo en Las Negras.

—¿Estuvo otras veces con ella?

—No.

—¿Y quiere que me lo crea?

—No. Era peligrosa.

—¿Por qué?

—Porque… Te podías encoñar antes de darte cuenta.

—¿Qué más?

—Nada.

—¿Nada?

—Nada. De verdad. Lo juro. Fue una debilidad. Era preciosa. Pero nada más. Ni antes ni después.

Muevo la cabeza a un lado y a otro. Albala gira la suya para ver mi expresión, pero ya es tarde. Salgo del despacho y me voy mascullando una maldición. Nada. Ese tío dice la verdad.

Un rato después Malasaña me dice que lo ha enviado al piso de Las Negras con un par de agentes para examinar la vivienda y corroborar con los amigos lo que nos ha contado. Ambos sabemos que será verdad.

Soy el nuevo Abberline. El policía fracasado que no supo encontrar a Jack el Destripador. Si él fracasó, ¿qué se puede decir de mí, que tengo a mi disposición ciento veinticinco años más de investigación técnica, científica y psicológica y no soy capaz de encontrar una pista?

Anochece y los periodistas congregados a la puerta de la comisaría aún permanecen agazapados bajo los soportales del Mercado de Abastos, a cien metros de donde el asesino destripó a Diana Carolina Mieles. Mueven sus

cámaras y sus micrófonos como miembros articulados de un monstruo voraz. Me temo que desean que continúe la pesadilla para sentirse importantes, más inteligentes que los que fracasamos en la búsqueda, para vender sus pesadillas envueltas en celofán pseudoinformativo.

—Puede ser él —dice Malasaña desde el sillón, donde lee el informe de la Interpol sobre Radu Ribokas—. Tiene antecedentes por el asesinato de una prostituta en Bucarest con un cuchillo. La destripó de un tajo.

—Ese crimen no coincide… —digo, poniendo voz a mis dudas—. La destripó de un solo tajo. Pero, al mismo tiempo… —me detengo y enciendo un cigarrillo—. Es un tío astuto. Podría haber tenido algún motivo para matar a Cristiana Stoicescu y…

—¿Qué motivo? Esas mujeres están aterrorizadas.

—Cristiana era demasiado guapa, demasiado atractiva, para ejercer de puta en la calle. Sabemos que quería dejar el ambiente. Tal vez tenía aspiraciones. Tal vez quería abandonar o incluso delatarlos para sentirse libre. Al fin y al cabo, era una mujer esclavizada.

—No la hubiera matado así. La hubiera hecho desaparecer, sin más.

—Dejó la cabeza de aquel matón sobre una mesa.

—Para dar ejemplo. Pero ¿por qué matarla a la vista de todos? Es demasiado riesgo —Malasaña también hace de abogado del Diablo—. Además, ¿cómo sabe que ella quería dejarlo?

—Me lo han dicho. Pidió a un cliente que la comprara.

—¿Y quién es el pavo?

—Nadie que pueda interesarnos. Se rajó en cuanto supo con quién tenía que tratar.

Se me queda mirando, pensativo, pero no dice nada. Busca entonces en el mapa donde Bogdan ha señalado los lugares de reunión con Radu y comienza a contar y a trazar líneas con un lápiz.

—¿Crees que puede vivir como un nómada, miserablemente, con el dinero que amasa?

—No —responde sin levantar la cabeza del mapa.

—Yo tampoco. ¿Y si presentarse ante sus hombres sin un lugar fijo es sólo un modo de protegerse, una estrategia?

—Lo es.

—La siguiente pregunta: ¿Dónde se escondería? ¿En un lugar concurrido por otros rumanos donde pasasen desapercibidos o en un lugar apartado donde fuera invisible?

—En un lugar apartado. Seguro. Tiene que esconder mucho dinero. Eso no puede hacerlo en medio de otros inmigrantes rumanos sin trabajo o hartos de trabajar por un salario de miseria. Se notaría tarde o temprano su dinero y correría riesgos. Iría levantando sospechas.

Hablando, ponemos voz a nuestros pensamientos.

—Está cerca, jefe. Seguro —afirma otra vez, levantando la cabeza del mapa—. Se ha visto con sus matones cerca de Baria en más ocasiones que en otros sitios. Desde que Bogdan trabaja para él, ocho veces en los alrededores de Baria y diez veces repartidas entre Almería, Roquetas de Mar y El Ejido. Se esconde aquí.

Brillan los ojos diminutos de policía. Adivino su instinto. Ha comenzado a oler a su presa. No tengo que ordenarle nada. Lo hará él solo.

—En esta zona apenas hay rumanos. Hay muchos más en el Poniente. Se esconde aquí.

—¿Dónde?

—En las montañas. Estoy seguro.

—¿Por qué?

—Porque es un animal. Porque conozco a ese tío. Porque sé cómo piensa. Se oculta y se esconde hasta de su gente para disfrutar solo lo que tiene. Lo demás, su aparente aspecto miserable y nómada no es más que fachada.

Se levanta. Abre la puerta.

—Volveré cuando lo encuentre.

El cuerpo de Diana Carolina Mieles presenta las mismas heridas y mutilaciones que sufrió el cuerpo de Annie Chapman. La causa de la muerte fueron dos cuchilladas paralelas en el cuello, de izquierda a derecha, separadas apenas por un centímetro. El abdomen estaba abierto por entero. El asesino ha trabajado a gusto. Los intestinos habían sido dispuestos sobre el hombro del cadáver, mientras que la pelvis, el útero y sus apéndices, con la porción superior de la vagina y los dos tercios posteriores de la vejiga, habían sido suprimidos. El asesino se llevó dichos órganos. A ello hay que añadir el signo grabado en el muslo y la colilla en la nariz.

Contengo la rabia y dejo a un lado el informe. No nos llevará hasta el asesino. Ya sabemos lo que hace y lo que hará. Su proceder es como una obra de teatro. Siempre sabes qué va a pasar. Pero jamás puedes adelantarte. La impotencia y la frustración se multiplican. Es condenadamente astuto.

Diabólicamente listo. Una inteligencia dedicada al Mal. Y me siento tan mínimo frente a él que me dan ganas de llorar.

Me levanto bruscamente, paso al baño y me lavo las manos y la cara. La humedad del agua tibia enjuga mis lágrimas de impotencia. Siento un furor que me quema. Me digo que tengo que seguir, que seré tan persistente como él, tan tenaz que nada jamás me hará detenerme. Y me convenzo a mí mismo de que tarde o temprano cometerá un error y estaré esperándolo.

Cuando salgo, no dudo. Cojo el móvil y llamo a don Sebastián Rodríguez. Necesito quien pueda ayudarme a descifrar un signo. Escaneo la fotografía que ha realizado Braulio al hacer la autopsia y se la envío. Le pido discreción.

Cuando cuelgo me encuentro de nuevo a solas con mi frustración. La representación del asesino, a la luz de los focos, a la luz de los periódicos y de los medios, a la luz de todo el mundo, me aterra más que si lo hiciera en completa oscuridad. Sé qué pasos va a dar y no puedo adelantarme.

Tan cerca de su espíritu que casi puedo sentirlo sobre mi piel, como yemas de suaves dedos que acariciasen mi rostro. En la oscuridad, la sinestesia se siente más poderosamente. Siento que el mundo gira a mi alrededor con una violencia plena y voluptuosa que me contiene. Sólo soy un elemento más en el firmamento, una estrella más en el cielo, una gota de agua en el océano. Pero mi pequeñez es tan plena porque mi espíritu se eleva, gira en ese rodar infinito y mi espíritu se funde en su espíritu, y somos uno. Muerte y vida entreverados. Vida y muerte en un átomo infinito. El espíritu de la profundidad está en ti, en tu carne mutilada y sangrante. El espíritu del tiempo está en ese cuchillo que abre la carne como la Palabra del Profeta el Mar Rojo. Nos elevaremos sobre la burla de la carne mutilada, sobre la burla de la muerte. Esa muerte a cuyo destino conduce el espíritu del tiempo que guía la hoja del cuchillo por la carne para acabar con esa vida muerta y resucitar la Vida Nueva Infinita, esa vida que reside en el átomo y en el espíritu, eterna. Yo soy el asesino y la víctima. Todos sois asesinos. Todos matamos a nuestros demonios y acabaremos en el Infierno. Ese Infierno que es cuando se siente la carne ajena, el alma ajena, el espíritu ajeno. Ese Infierno que se vuelve sublime cuando escuchas una sonata de Bach mientras el cuchillo abre la carne y la carne expira y el espíritu se eleva. Nosense está ahí, observándonos mientras todas las bocas lanzan sus ayes silenciosos de expiación y Renacimiento.

Me siento tan pleno que las lágrimas inundan mis ojos. Puedo sentir el cuerpo aún caliente, ahí tendido donde la mancha de sangre no ha podido ser borrada por el tiempo. Puedo ver el cuerpo abierto en canal, las piernas dobladas a los lados para ofrecer su vientre a la celebración, sus vísceras a la ofrenda.

El ruido de un coche interrumpe la visión. Rompe el hechizo. Me trae de nuevo a la tierra brutal donde se consumió el último suspiro de Diana Carolina Mieles, como antes se había consumido el de Cristiana Stoicescu. Ambas ahora son infinito y espíritu.

Pero hay quien quiere romperlo. Y una voz desde el vehículo me llama. Me vuelvo, pero para él no soy más que una sombra en la penumbra. Detiene el coche y sale y avanza hacia mí. Es el Infierno que quiere atraparme, arrastrarme por su fango y devolverme a la tierra sucia de sus anhelos miserables.

Corro y doblo la esquina y ya no soy nada para él, más que sombra y oscuridad, y él no es nada para mí, más que el grito de los miserables sin espíritu.

Gritos. Carreras. Alguien me llama a voces. Bajo las escaleras de tres en tres, de cuatro en cuatro. Media docena de agentes doblan la esquina del mercado de abastos. Algunos periodistas que aún permanecían bajo los soportales corren también, arrastrando sus cámaras, sus micrófonos.

—¡¡No he podido alcanzarlo, comisario!! ¡Tenía una moto detrás de esa esquina y ha salido a toda hostia!

García jamás ha corrido como esta noche. Apenas puede hablar. Se oyen gritos de otros agentes que corren por las calles.

—Me iba para casa. He salido del sótano de la comisaría y he visto a un tío aquí parado, como si estuviera estudiando el lugar. Me ha parecido sospechoso. Le he gritado. Pero en cuanto me he bajado del coche ha desaparecido y luego se ha largado en una moto. Ha sido imposible pararlo.

Se agacha, las manos en las rodillas, para coger aire.

—Da la voz de alarma a todo el mundo. Quiero controles en diez kilómetros a la redonda.

García se enfrasca en su móvil y yo doy vueltas alrededor del lugar. ¡Ha vuelto a la escena del crimen! ¡¡Tiene que ser él!! ¡¡Tiene que ser él!! Pero eso significa que está tan cerca… En nuestras propias narices. La rabia me hierve y me hace sudar más que la carrera.

—¿Por dónde se ha ido?

García señala con el brazo. La misma calle por la que vino con Diana Carolina Mieles y por la que huyó tras asesinarla. Ya ha alcanzado la general. Cuando podamos poner los controles, será tarde.

García me pasa el teléfono y hablo con el sargento de la guardia civil. Todo el mundo está alerta. Un segundo después, hablo con el jefe de la policía local y me dice que ha ordenado controles por toda la ciudad. Pero mientras hablamos una moto puede haber llegado hasta el mismísimo infierno.

Dos agentes han traído a Carlos Arribas, el ligón maduro que cenó con Cristiana Stoicescu en el Noom. Por fin ha aparecido.

Lo llevamos al mismo despacho donde unas horas antes ha estado Daniel Albala.

Es un hombre remilgado. Cabello cano peinado hacia atrás. Un rostro de aristócrata venido a menos. Piel arrugada por la edad y el exceso de sol en sus largos periodos de vacaciones en el sur. Viste una chaqueta azul con pañuelo sobresaliendo del bolsillo que hace juego con la correa y los mocasines, una camisa de Playboy con dos botones abiertos y unos pantalones grises. Quiere aparentar que veranea en Marbella y tiene veinte años menos, pero no consigue ninguna de las dos cosas.

—Me han dicho que en esta comisaría se fuma —dice, con un cigarrillo entre los dedos.

—Eso depende.

—¿De qué? —sonríe.

—De lo sincero que sea con nosotros.

Acude López y saluda al ligón. Conoce a todo el mundo.

—Don Carlos, no se preocupe, es una mera formalidad —dice, sentándose ante el ordenador para tomarle declaración.

—Comisario, don Carlos será sincero. Déjelo fumar.

El rompecorazones me sonríe y asiento. Enciende el cigarrillo con un encendedor plateado. Yo me conformo con el mío, de un euro, de usar y tirar. Cosas del Destino.

—Bueno… ¿Puedo empezar ya?

López asiente y pone sus dedazos sobre el teclado.

—Vi a la chica una noche en plena calle. Al principio, no sabía quién era ni a qué se dedicaba. Pero soy un admirador de la belleza. Así que di la vuelta

con el coche y pasé otra vez por el lugar. Luego pensé: si no fuera profesional no estaría aquí a estas horas. Vi otras mujeres merodear…

—¿Dónde?

—Acababa de repostar en la gasolinera de Palomares.

—Continúe.

—Así que dos y dos son cuatro. Profesional. El corazón me dio un vuelco. Eso significaba que estaba a mi alcance. Así que volví otra vez al lugar y estuve hablando con ella. Quería hacerme un servicio en el coche. De ninguna manera iba a aceptar algo así. Así que mientras negociaba con ella, se acercó un chulo, un macarra.

López busca un archivo y le muestra una foto de Bogdan.

—Sí. Creo que era ése. Pero era de noche. Tampoco estoy seguro. El tío me importaba una mierda, ya comprenderán. El caso es que me subió el precio. La contraté toda una noche. Mil euritos. Pero ¡qué noche!

—¿Qué día fue?

—Inolvidable. Lo que estoy contando ocurrió el día 5 de agosto y ella estuvo conmigo, toda la noche, tooooda la noche.

—¿Dónde estuvieron?

—En el Noom, como ya sabe. Tenía que exhibirla. Era preciosa. Cenamos y nos tomamos una copa. Luego, en mi casa, por supuesto. A un paso. ¡Cómo me miraba la gente cuando estaba con ella! ¡Pura envidia!

—¿Qué hizo anoche?

—¿Anoche? —pregunta, extrañado, haciendo una mueca—. ¡Ah, claro! Estuve en mi casa.

—¿Solo?

—Completamente solo.

—¿No tenía plan?

—Por desgracia, no, comisario.

—¿Alguien puede corroborarlo?

Se encoge de hombros.

—No.

Sonríe mirando a López. Éste hace un gesto y acaba de tomar la declaración. La imprime y Carlos Arribas la firma con una risa divertida en la boca.

—A ver si cogen a ese animal. A este paso, va a poner carísimo divertirse.

El Golf se detiene ante la puerta del Baria City Blues casi sin mi voluntad, como una bestia domesticada que conoce su destino. Lo dejo subido a la acera, entre pivotes de la estrecha calle empedrada. López da un portazo que hace tambalear el coche. Inspiramos el aire no demasiado fresco y soterradamente pestilente a alcantarilla y nos quedamos mirando la sencilla fachada blanca de la ermita, de tan sólo una puerta de doble hoja de madera, con un cuadrado en el centro para admirar y orar ante la Virgen del Mar, y un rosetón con vidrieras encima, bajo una torre mínima con una campana. A su lado, alguien rompió la monotonía de la pequeña calle, de casas de dos plantas con puertas de madera y balcones con un insulto de fachada de ladrillo y terraza estrecha de pisos baratos para alquilar. En el bajo, una puerta de madera tan gruesa como la de la ermita, con un diminuto letrero azul, como si el dueño prefiriera que pasara inadvertido, señala el «Baria City Blues». Atravesamos la puerta, siempre entornada, como si se reservara permanentemente el derecho de admisión, y bajamos unos escalones y atravesamos una gruesa cortina roja. Nos recibe un fresco de sótano. Nos sorprende el murmullo de gente en un rincón del fondo. Normalmente no hay más que algún cliente solitario.

Mike sale a recibirnos y nos lleva a nuestro reservado.

Le pido algo de comer.

—Está esto para reventar —ironizo.

En realidad, no hay más que cinco personas.

Mike nos obsequia con su sonrisa arrugada. Es un inglés menudo, de cabellera pelirroja y pasado oscuro y presente fantasmal. Como su presencia en la ciudad, de la que se rumorea que no es otra cosa que una triste historia de amor y que espera a una mujer como un Penélope pelirrojo y pecoso. Cuentan que esa mujer era tan hermosa que un hombre podía perder la cabeza. Y que el primero que la perdió, perdió también medio cráneo de un disparo de escopeta. Escopeta que jamás ha aparecido y de la que dicen las malas lenguas que Mike se deshizo arrojándola al fondo del mar. Y cuentan que esa mujer nunca volverá para evitar la maldición, aunque él espera, paciente y herido, vestido sempiternamente de oscuro, a pesar de la luz violenta de los veranos del sur. Ya me habían advertido algunos colegas del pasado turbio de Mike. Pero los que lo hicieron no sólo tienen un pasado tan turbio como el suyo, sino también el presente, de modo que no hice mucho caso. Ahora Mike es lo más parecido a un amigo que tengo en la ciudad. Demasiadas horas de silencio, con la música de fondo mientras ahuyenta a sus clientes.

—¿Qué es? —pregunto señalando hacia arriba con un dedo.

—Muddy Waters.

—Demasiado alegre para nosotros —comenta López, que se tira sobre el sillón tapizado de algo que fue terciopelo rojo en una vida anterior—. Mi mujer no me deja vivir. Dice que no aparezca hasta que pillemos a ese hijo de perra —suelta.

—Siempre te dice lo mismo. Al final vas a tener que venirte a vivir conmigo.

Sonríe de mala gana. Una expresión que espanta en ese rostro tan ancho y tan grande. Su cara de buenazo asusta mucho más cuando compone expresiones de pesar o de ira.

Mike nos trae un segundo después unos sándwiches y López se mete dos entre pecho y espalda en el tiempo en que yo doy dos mordiscos.

—¿No come?

—No me entra —mastico de mala gana.

Ni corto ni perezoso coge un tercero que se supone que era mi segundo. Antes de terminar mi sándwich ya estoy deseando beber algo para comprobar si el alcohol me permite expulsar los demonios.

Un momento después Mike aparece con los *gin-tonics*.

—¿Es verdad que vive aquí esperando a una mujer? —pregunta López, cuando se aleja.

—No creo que sea buena idea preguntárselo —añado.

—Tiene malas pulgas el inglés.

Bebo un trago y ratifico que el maldito inglés que jamás perderá su maldito acento prepara los mejores brebajes en cien kilómetros a la redonda.

Muddy Waters me reconcilia con la vida mientras Mike me sirve un *gin-tonic* tras otro e intento olvidar. Pero lo que único que consigo es que la bruma en que imagino al hijo de perra asesino se instale no sólo en mi imaginación sino también en mis ojos, y la frustración y la desesperanza se apoderan de mí con más intensidad que la ginebra.

Un rato después me acerco a la barra para pedir a Mike un paquete de tabaco. A mi lado coincide una mujer. Me mira demasiado tiempo. Luego se da la vuelta y sus gestos delatan que comprueba si la observo. Por supuesto que sí. Calibro la posibilidad de su abrazo con una mezcla de anticipada melancolía y triste deseo. Su cuerpo es una bandera del consuelo que anhelo. Casi me sorprende admirar el cuerpo no destripado, aún entero, de una mujer.

—¿Qué le pasa? —pregunta López cuando vuelvo a sentarme a su lado.

—He visto un fantasma.

—¿Cómo?

—Una mujer hermosa y entera, López. Últimamente no veo más que…

—Ya… No hace falta que lo diga. A mí me pasa lo mismo.

Mike se viene con nosotros.

—Vas a hacer caja para todo el mes —comento.

—Dos copas en toda la noche —se queja.

—No acostumbras a quejarte de que consuma poco la gente sino de que venga. En realidad, creo que tienes este local sólo para ti.

—Y para la bofia.

—Eso es como no tener clientes. Ya sabes que no pagamos.

—¿No trabajas por dinero? —pregunta López.

—Ya no.

Es lo más lejos que se puede llegar en una conversación personal con Mike.

—¿Cómo lleváis a mi paisano?

—¿Eres de Londres? —se yergue López.

—Entre otros lugares.

Bebemos y continuamos oyendo a Muddy Waters un rato. Le digo que me gusta y asiente.

—Lo sabía —dice.

López pasa de la música.

—¿Qué sabes de Jack el Destripador?

—¿Del viejo o del nuevo? —pregunta Mike.

—De los dos.

—Del viejo —se encoge de hombros— lo mismo que todo el mundo. Nunca me ha interesado demasiado. Era un cretino que tuvo suerte en un lugar donde pasar desapercibido era muy fácil por la aglomeración de gente y por la miseria. Del nuevo, que es listo y que no lo vais a coger fácilmente.

Lo miro interesado y continúa.

—Si aún no lo habéis cogido y no tenéis pistas, lo que deduzco porque estáis aquí, bebiendo como desesperados, es que ha planeado todo con mucho cuidado. Imita, pero no deja pistas que las nuevas técnicas policiales puedan detectar. Por tanto, se ha preparado a conciencia.

—¿Y si encerramos a todas las putas de la comarca para la próxima vez? —suelta López, intuyendo una solución.

—Entonces cogerá a la primera mujer que se cruce en su camino —resuelve Mike.

Nos quedamos callados, sabiendo que tiene toda la razón.

—Puede cometer un error —rectifica, para animarnos—. Pero no será fácil.

—Éste deja pistas esotéricas, raras, como si fueran signos —me sorprendo comentando.

Mike se lo piensa y compone una expresión de duda:

—No creo que signifiquen nada. Tal vez por recordar aquellos tiempos, en los que el esoterismo y el espiritismo estaban muy en boga. ¿No os acordáis de Conan Doyle? Incluso él, que era médico, creía en esas cosas. Intentó hablar con su hijo muerto a través de una médium.

Mike le explica quién era Conan Doyle. López se queda pensativo. Una expresión de tristeza:

—Pero ¿por qué mata?

—Desde que el hombre dejó de ser un animal irracional, mata por cualquier cosa.

López insiste y niega con la cabeza, mirando a Mike.

—No puedo entenderlo. ¿Por qué mata así?

—Es un mal gratuito, insensato, absurdo, sin una explicación lógica —continúa Mike—. Responde sólo al capricho del asesino. Asesinar porque sí, sin más.

—Veo Mentes Criminales en mi casa —dice López—. Y no veo más que tarados. Todos son unos tarados.

—Hay que ser un tarado para hacer esto —afirmo.

—No creas. Hay asesinos muy inteligentes. Simplemente, no sienten afecto por nada ni por nadie. Ni siquiera por sus hijos. Para ellos, una persona es como una cosa. Un objeto con el que jugar o destrozar a capricho. No tiene la menor importancia.

López muestra unos ojos húmedos. Es demasiado para él, un hombre esencialmente bueno. Puede comprender la ira que provoca la pasión, o la rabia que provoca la avaricia, o la brutalidad que provoca la ignorancia. Pero no puede comprender unos asesinatos sin causa.

Los que había al fondo elevan la voz y piden la cuenta. Se marchan alegres y ruidosos. La mujer entera se deja sus ojos en los míos y siento una punzada de melancolía. Ya sé dónde acabaré esta noche.

Mike vuelve con nosotros y nos advierte que prestemos atención a la música. López cierra los ojos y recuesta la cabeza. Yo intento prestar una atención de la que soy incapaz. Mike anuncia: Thelonius Monk. Pero los primeros compases me ponen triste y anuncio nuestra marcha. López levanta la cabeza, se acaba su copa de un trago y se pone en pie.

—Apúntalo en mi cuenta —digo a Mike.

—Es kilométrica.

—La pagaré con los beneficios del póker.

—Siempre pierdes.

Jugamos a que le debo un dinero que jamás me cobra. A veces, echamos unas manos de póker con otros maderos en la trastienda. Él siempre gana, así que compensamos.

Ha pasado un camión municipal y ha regado la calle. Los adoquines hacen brillar las luces de las farolas y un fresco impostado y fugaz cruza la calle como un alma en pena. A la luz de las farolas, la ciudad parece más hermosa de lo que es, lo mismo que un cuerpo parece más atractivo en la penumbra. La iluminación es una capa de maquillaje que disimula los defectos.

Dejo a López en la puerta de su casa. Sale del coche con dificultad de paquidermo encorsetado y le doy una palmadita en su espalda de descargador de muelle. No hace falta que nos digamos nada.

Luego, el Golf busca una calle nueva, una amplia avenida en la que se insertan edificios escalonados de ocho plantas, nacidos a la sombra de la especulación de la década anterior. En esta parte de la ciudad, al contrario de lo que ocurre en el lugar donde viven las chicas rumanas, la mayoría de los edificios están habitados y se vive en ellos la rutilante apariencia de una prosperidad que no existe. Dejo el coche ante un bloque configurado para que en la noche parezca la cubierta de un trasatlántico. No llamo al portal porque tengo llave. Pero cuando llego al ático toco el timbre. La última puerta no me atrevo a abrirla sin anunciarme, aunque tengo la llave en la mano y ella me lo ha pedido tantas veces que ya ni siquiera respondo.

Natalia abre un minuto después. No se molesta en vigilar por la mirilla. Sabe quién llama a esas horas. Sabe que quien llama a esas horas está herido.

Abre la puerta sin decir ni una palabra. Huyo de su máscara de profesora decidida. Me gusta más la mujer imperfecta que conozco desde hace tanto, la que trabajaba en una barra americana y siempre era la elegida para consolarme de mis muchas frustraciones. Cuando me anunció que dejaba aquello en Almerimar y se venía a vivir a Baria no imaginé la razón. Luego la supe. Quería estar cerca de mí, cuando yo no sirvo para estar cerca de nadie. Aún a pesar de mi negativa, que no es otra cosa que cobardía, ella continúa soportándome. Aguantando que no la llame cuando no puedo o no quiero. Que luego venga a llorar sin lágrimas en sus brazos cuando estoy desesperado. No hay para mí ninguna otra mujer. Y si hay otros hombres para

ella, nada puedo decir, puesto que lo merece y yo no merezco ni un minuto de su tiempo. A pesar lo cual, ahí está, abriéndome paso.

—¿Tienes algo de Thelonius Monk?

—Lo que sea.

Se acerca a un ordenador y un segundo después comienzo a oír los mismos compases que me pusieron triste un rato antes en el Baria City Blues.

—¿Quieres beber algo?

Niego con la cabeza. Entonces ella sabe lo único que necesito. La elevo en mis brazos y la llevo hasta el dormitorio. Natalia sabe que sus manos sobre mi piel son suficientes para apaciguar la fiera que ruge dentro. Así que un rato después, ella me pregunta qué me ocurre. Yo no soy capaz de expresarlo con palabras, pero le pido que no se ponga nada, que calle y cierre los ojos. Acaricio la piel de su vientre, tan suave, tan dulce, que la contiene íntegramente. Es todo lo que necesito. Ella me interroga, pero no digo ni una palabra. La beso de vez en cuando y ella se deja acariciar. No es deseo, sólo quiero tocar ese vientre completo de mujer, ese vientre que contiene todas sus vísceras, ese vientre tan bello como los otros vientres destripados antes de que el cuchillo los corte y los mutile. No digo nada. No quiero asustarla. Ella se duerme dulcemente en mis brazos. Yo lo hago mucho más tarde, ya sobrio y triste, con mi mano sobre su vientre.

un asesino gracioso
era una víctima discreta
acabado con sus estúpidos sueños
nen derecho a soñar sus miserables y pequeñitos sueños?

colilla en la nariz
sorpresa, eh???
ías que tenías mi ADN, comi?
ólo era tu colilla
colita del comi
a ja ja jajajajajjajajaja

7

—Teniente Ferrer —se presenta—. A su servicio.

Señalo un sillón y toma asiento.

—No quiero que entienda nuestra presencia aquí como una falta de consideración, sino como una ayuda.

Tiene estudiado el discurso.

Como no le doy cuerda, va directo al grano. Me sorprende su juventud y sé que es muy competente. De lo contrario, no lo habrían enviado.

—Estamos a su disposición.

No lleva uniforme, aunque ha venido en un coche del cuerpo. Viste unos tejanos y una camiseta. Un aspecto demasiado juvenil para quien está mediada la treintena. Es bien parecido, con el negro cabello corto, como manda el reglamento. Al lado de López parece un chico menudo y ajeno al mundo de violencia y crimen en que ha de desenvolverse.

Pero ha entrado en la comisaría a la vista de los periodistas.

—Hemos tenido acceso a todos sus informes. Le felicito.

Como no digo nada, continúa:

—Y nuestros expertos han elaborado un perfil. Ratificado por el FBI.

—¿Por los de *Mentes Criminales*?

Compone una mueca de estupor que un segundo después transmuta en una sonrisa y, para salir del paso, explica condescendiente:

—Algo más serio, comisario.

Mi mal carácter me impide se cortés. Abro un cajón, saco un cenicero y prendo un cigarrillo. Por supuesto, el atlético joven no fuma. No le pregunto si le molesta, me basta su expresión.

—Soy peor de lo que le habían advertido.

—Comprendo su situación.

—Pues entonces sepa que contará con toda nuestra ayuda —me obligo a decir y veo cómo López, atónito ante mi mala educación, se muestra aliviado —. Pero exijo… Y digo *exijo*, reciprocidad.

—Por supuesto.

—Por supuesto, no. Sé lo que ocurre en estos casos. Ustedes lo tienen todo, disponen de todo y no comparten información. La compartiré si ustedes lo hacen. De lo contrario, ya puede escupir a sus superiores esta conversación.

—Le prometo que trabajaremos conjuntamente.

—Pues está tardando en enviarme el perfil psicológico que han hecho los de *Mentes Criminales*.

—Se lo enviaré enseguida.

—Si tiene conocimiento de mis informes, sabe lo mismo que yo: nada.

—Siempre se sabe algo, comisario.

—En este momento, hasta López es sospechoso. Así que sabemos una puta mierda.

El teniente Ferrer duda si continuar la conversación.

—Ve con el teniente y pon a su disposición todo lo que tenemos.

López se levanta bruscamente y el teniente me mira un segundo y se despide.

—Seguiremos en contacto.

—Desde luego.

Cuando salen, cojo el móvil y le pongo un wasap a López para que no baje al cuarto de los horrores.

Ese infierno es mío.

El perfil: hombre blanco. Asesino organizado. Un psicópata que ataca a mujeres desconocidas. Deja los cuerpos donde las asesina y desafía a la policía al hacerlo en lugares concurridos.

Actúa en solitario y tiene menos de treinta y cinco años. Un asesino que ha madurado largamente su forma de actuar, eligiendo un patrón determinado porque busca fama y reconocimiento.

Es metódico y controlador. Planifica sus crímenes y soporta los periodos de enfriamiento entre las fechas escogidas. Muestra un control total del escenario del crimen y manifiesta una violencia expresiva e instrumental muy consistente, por lo que con mucha probabilidad sabrá mantener la violencia en un nivel bajo en su vida ordinaria. Esto acentúa el diagnóstico de su psicopatía, pues puede asesinar impunemente, con arrojo y sin remordimientos, sin que afecte a su normal devenir cotidiano.

No está casado y probablemente vive acompañado por algún familiar que no le supone limitación alguna para su actividad criminal. Probablemente padre o madre ancianos. Seguramente tiene un empleo mediocre en el que se siente frustrado. Y busca aliviar su frustración a través de sus crímenes.

Su móvil es sexual, y encuentra la satisfacción en el control supremo que proporciona la sensación de poseer y matar.

Es un narcisista radical, pues así lo pone de manifiesto su desafío al matar junto a lugares concurridos y, sobre todo, el hecho de cometer el segundo asesinato frente a la comisaría de policía.

Me pregunto si su narcisismo se presenta en forma de soberbia o, por el contrario, es mucho más soterrado y perverso y en su vida diaria pasa por un ser anodino o peor que miserable, uno de esos egos que explotan tras una vida de humillaciones.

Odia a las mujeres y probablemente ha sufrido alguna humillación a manos de una mujer. Tal vez sufriera una madre opresiva. No muestra su odio en público. Mantiene su rabia oculta. Y, por alguna razón, ha encontrado una inspiración en los crímenes del Destripador. Jack The Ripper se convirtió en un mito. Y los seguidores de mitos, incluso de los más perversos, se cuentan por millares.

Hemos visitado las webs y los blogs sobre Jack el Destripador en todas las lenguas y se podría decir que tiene más fans que muchos grupos de *rock*.

Añade el perfil que cambia la victimología respecto al Destripador original. Se trata de prostitutas también, pero más jóvenes. Las elige al azar, por lo que su violencia es simbólica.

Los criminalistas niegan que se pueda hacer un perfil geográfico, pues hasta ahora sólo contamos con dos asesinatos, aunque dan por sentado que es un individuo que vive y trabaja en la ciudad o sus alrededores.

Dejo una copia del perfil para mis hombres y decido hacer algo que seguramente debí hacer antes. No voy a consultar a un criminólogo. Voy a consultar a un criminal.

Lo conocen todos los policías de la ciudad. López, Malasaña y Martín saben que pertenece al CSI, grupo de Cabrones Sin Identificar que, de vez en cuanto, a sugerencia de alguno de nosotros, dan un empujoncito allí donde nosotros no podemos llegar. Siempre me ha parecido curiosa la mezcla de delincuente y moralista que se cruza sin un parpadeo y como lo más natural del mundo en José Luis. Ahora aparenta ser un hombre de provecho, un empresario de la hostelería más cutre de la ciudad. Dicen los que saben que ha sido la única persona que ha escarmentado en cabeza ajena, concretamente en la de un antiguo socio al que le dispararon en la sien. José Luis siempre ha sido un hombre práctico y es posible que aquello lo retirara del mundanal ruido. Pero la cabra tira al monte y no puede pasar sin hacer alguna, así que lo pillé con material robado poco después de ser destinado a la ciudad y, aunque

no abrió el pico ni en los momentos más duros, aceptó colaborar con nosotros, sólo en lo que no suponga ser chivato. Así que, de vez en cuando, nos ofrece gratis sus servicios: quemar un coche, dar una paliza, estrangular un gato y dejarlo a la puerta del infeliz. José Luis y sus compañeros son la escoba con que intentamos esconder la basura bajo las alfombras.

Aparco el Golf en un lugar inverosímil, un recodo empinado como el ascenso al Cielo, entre paredes bastas y encaladas, en pleno Barrio Alto. Las calles son tan estrechas y forman un entramado a tantos niveles que es un auténtico laberinto que rezuma nostalgias mozárabes. Una vieja me observa desde una puerta, haciendo como que barre la calle de adoquines. Hace un gesto con la cabeza y casi tengo la tentación de esbozar algún conjuro, pues no sé si me da los buenos días o me echa mal de ojo.

Doy un manotazo a una cortina de jarapa, de las antiguas, que José Luis ha puesto para que no entren las moscas, y descubro un local que nunca deja de sorprenderme porque me lleva de un salto cuarenta años atrás. Barra de madera tan gastada que brilla pulida por el uso bajo un espejo de Soberano con lejas repletas de botellas. Mesas de formica con patas de metal y manteles de hule a cuadros me devuelven a mi infancia. La concurrida clientela la componen cuatro jubilados que adelantan su partida de dominó para estar en forma toda la tarde. Ocho ojos que me escrutan sin demasiada curiosidad. Algunos esbozan una mueca burlona porque conocen el ritual.

—Cada día tiene más clase este local —suelto en cuanto veo salir a José Luis de la cocina.

Lleva un plato de fritá que deja en la esquina de la mesa sin decir ni media palabra. Vuelve lentamente tras la barra y no me mira. Su cerebro se estruja para encontrar la réplica.

—¿No ha visto el cartel?

Señala con un dedo gordo un anuncio de reserva del derecho de admisión, enmarcado tras un cristal comido de grasa y alguna sospechosa cagada de mosca.

—Aquí no se sirve a cualquiera. Así que, hale —y vuelve a mostrar el ordinario dedo.

—Como vuelvas a señalar con el dedo, alguien te lo va a meter por la nariz.

Se echa un trapo al hombro y se planta ante mí, al otro lado de la barra. Pone las manos bestiales sobre ella y se inclina hasta que me llega su aliento. Huele a fritá y no me extrañaría que antes de servirla haya mojado en ella.

Los viejos se ríen. Si por ellos fuera, nos dábamos de hostias. Una bonita forma de matar su aburrimiento de fichas golpeando la mesa.

—¿Quién va a meter qué a quién, soldadito?

Me echo hacia delante y suplico para que mi aliento huela peor que el suyo.

—Un madero a un chorizo de tres al cuarto.

—¿Madero con chapa o sin chapa? Porque para lo que le queda.

Y girando la cabeza hacia nuestro público, añade casi gritando.

—Han tenido que enviarle unos *civilones* porque éstos no tienen cojones a pillar ni a un robacoches.

—No era eso lo que decías cuando suplicabas en el sótano de la comisaría. Llorabas como una niña.

—¡¡Me cago en…!!

José Luis levanta la mano y da un paso atrás, temiéndose a sí mismo. A veces nos pasamos y veo en sus ojos la intención. Si no fuera por la chapa ya me habría estampado contra la pared. Después me habría invitado a comer, cosa que no hace nunca.

—Pon una cerveza. Para lo que has *quedao* —me vuelvo y miro con sorna a los abueletes, pero éstos ya no ríen la gracia.

Conocen a José Luis y saben que está cabreado de verdad.

—Habría que ver a algunos sin chapa —insiste José Luis mientras tira del barril de la cerveza y me planta una jarra repleta de espuma con tanta delicadeza que me salpica la camisa.

La cerveza es la más oscura y fría de la ciudad. Sabe a gloria.

—¿No me pones tapa?

—¿Tapa? ¿Tapa? ¿Quién se cree que es el señor para pedir tapa? Si quiere comer, lo pide y lo paga.

—Pues pásame al salón.

José Luis abre una puerta que hay situada junto a la barra. Antes de que entre, suelta:

—¿Qué, nos va a dejar ese mierda sin putas? ¿Qué hace la bofia?

—Trabajar, no como otros.

El salón es una habitación en cueva, incrustada bajo la calle trasera, con dos mesas de madera barata y un póster de toros de algún año de Manolete.

Me siento a una mesa y espero un rato, oyendo cómo José Luis hace mofa de la bofia ante sus clientes, que le ríen la gracia en silencio por miedo a que yo los oiga.

Un rato después entra con un plazo de fritá en el que seguramente también habrá mojado y otro de calamares en salsa que, por algún misterio de la naturaleza humana, ese animal hace mejor que nadie.

—¿Qué, no hay ningún trabajo para mí?

—Si supiera quién es ese cabrón, tendrías un trabajo extra… hasta el fondo.

—Hasta el fondo de un pozo.

—Exactamente.

Ahora que ha terminado la representación, José Luis compone una expresión de lástima en el rostro ancho y basto, de piel gruesa que ha visto mil soles y sufrido mil vientos. Tiene unos ojos pequeños y perspicaces incrustados sobre una nariz aplastada, recuerdo de los viejos tiempos. El pelo negro cortado al uno le confiere un aspecto fiero y atravesado, pero cuando le asalta el sentimiento, como él dice, se reblandece como una viejecita ante sus nietos.

—Lo que está haciendo ese tío… —comienza—. Me gustaría encargarme de él.

—Que rece ese cabrón para que encuentre pruebas, porque como sepa quién es y no las encuentre, voy a acabar con su carrera como sea.

—¿Ni puta idea de quién es?

—Ni puta idea. ¿Qué piensas tú?

Empiezo a comer algo mientras José Luis coge una silla con la manaza y se sienta frente a mí.

—Ni idea.

—Ese tío es de aquí. Tú conoces a todo el mundo. Sobre todo, a la peor basura. ¿No se te ocurre ningún sospechoso?

Vuelve a devanarse los sesos, pero niega con la cabeza y se lamenta.

—¿Por qué sabe que es de aquí?

—Conoce la zona mejor que la palma de su mano.

—Esto es pequeño, puede conocerlo cualquiera.

—Tiene sitios donde esconderse, donde esconder una furgoneta. Seguramente donde tener a las mujeres un buen rato hasta que llega la hora.

—¿Es verdad que hace lo mismo que ese… Jack el Destripador?

—Lo mismito. Corte a corte.

—¡Hijoputa!

José Luis se da un golpe en el muslo con el puño.

—Yo sé de chorizos, de ladrones, de revoltosos, de los que trapichean…

—¿Y gente rara, sexualmente rara? ¿No te has cruzado con nadie?

—En mi mundo la gente es ladrona o trapichea, pero folla normal. Lo de los pervertidos es para otro tipo de gente. ¡Mierda, no tengo ni puta idea, comisario!

—Piénsalo de todos modos.

Se levanta y deja la silla en su sitio y se queda pensativo unos instantes mientras me mira comer, pero sus pensamientos están en otro sitio porque su mirada me traspasa y se queda perdida en algún lugar indefinido.

—¿No ha pensado…?

Me quedo con el bocado a un palmo de la boca. Cuando José Luis piensa en el mundo que conoce hay que escuchar su opinión de catedrático.

—¿Y el inglés?

—¿Cómo?

—Jack el Destripador era inglés, ¿no?

Asiento.

—Su amigo, el inglés —se atreve por fin a decir—. Es un tío raro, no me diga que no. Me da miedo hasta a mí.

—¿Mike? ¿El del local de la ermita?

—Sí. Ése. Yo lo he visto actuar y ese tío es un pedazo de hielo. ¿Se acuerda cuando estuvo a punto de cortarle el cuello a uno?

Me quedo helado. No puede ser que piense en Mike.

—Es inglés. Conoce el lugar mejor que nadie. Ese tío ha sido algo raro, matón o algo así. Y su relación con las mujeres… Bueno, que no tiene. ¿No le parece raro?

—¡Vete a tomar por culo! Y tráeme más calamares, anda.

Que sospeche de Mike me ha puesto furioso. Cuando entro en la comisaría descubro a tres agentes que quieren esconder una pizarra.

—¿Cómo van las apuestas?

Se encogen porque temen decírmelo, pero me quedo mirándolos y se disuelven como un azucarillo.

—10 a 1.

—Que no lo encuentro, ¿verdad?

No es la primera vez que apuestan contra mí. Mis propios hombres. La última vez les hice perder mucho dinero. Que se jodan.

López me asalta. Se ha filtrado que el ADN de la colilla es mío. La peor humillación que puedo sufrir. También han colgado en internet fotografías del cadáver de Diana Carolina Mieles.

Me dice que quiere investigar las filtraciones.

—No pierdas el tiempo. Ya sabemos quién ha sido.

—¿Cómo?

—De las fotos en el mercado uno de los nuestros. De las fotos de la autopsia algún funcionario del Instituto de Medicina Legal. Y de las pruebas de ADN los del hospital. ¿No queríamos tenerlas pronto? Pues ahora las tiene todo el mundo.

—¿Y no vamos a hacer nada?

—¿Qué has apostado?

Ni siquiera se sorprende.

—A su favor.

—¿Seguro? No me iba a ofender.

—No me ofenda usted a mí. Sabe que fui el único que aposté a su favor la vez anterior.

Es cierto. Fue el único que apostó por mí cuando nadie creía que fuera capaz de disolver un grupo terrorista nacido en la ciudad. Nunca le pregunté cuánto ganó.

Miro los últimos informes que me han llegado: nada en los foros ni webs relacionados con Jack el Destripador o con asesinos en serie.

Martín me envía un correo diciendo que ha retomado la investigación de los degollamientos de perros. Se me ocurre en ese momento y le digo que busque compras de cerdos en doscientos kilómetros a la redonda. Compras de unas pocas unidades de cerdos pequeños.

—¡Jefe! —suelta López cuando ve lo que escribo.

—¿Por qué no? Los perros tenía que buscarlos, encontrarlos y corría riesgo de ser visto. Con comprar unos cuantos cerdos practicaba mejor en su casa.

No discute, aunque sigue pareciéndole una ocurrencia. Le ordeno que baje los nuevos informes que acabo de imprimir al sótano.

Don Sebastián Rodríguez me deja un recado para que acuda al día siguiente a una conferencia en Nuevo Destino. Estará allí quien puede ayudarme con esos signos esotéricos del Diablo.

Suena el teléfono. El Comisario Jefe me suelta que hay quejas de la UCO respecto a mi colaboración, que no he estado a la altura de las circunstancias, que éstas exigen una disposición sin reticencias a la colaboración, y mucho más tras trascender lo del ADN, que nos deja en muy mal lugar. Le pregunto directamente si quiere que deje la investigación. Como no se atreve a tanto,

me apacigua un poco y luego deja caer que tal vez nuestro director también envíe a algunos especialistas en asesinos en serie.

—¿Tenemos especialistas de ese tipo? —pregunto secamente.

—¡Usted hará lo que se le ordene por una vez, comisario! —grita y cuelga de un golpe.

López me mira atónito.

—Malas noticias, ¿no, jefe?

—¿Podían ser buenas?

La radio del coche tampoco me deja en paz. El delirio de los periodistas. Sus palabras son mi humillación cuando mencionan el ADN de la colilla aparecida en el cadáver. Cambio de emisora y me topo con el excelentísimo señor alcalde, el cual está convencido de que pronto concluirá esta pesadilla, que todos los cuerpos y fuerzas de Seguridad del Estado y la Policía Local están aunando esfuerzos en una misma dirección y que recientemente ha llegado a la ciudad un grupo de expertos que está seguro pondrán muy pronto a disposición judicial al criminal.

Seguidamente entrevistan al jefe de la oposición que, como no podía ser de otro modo, tras manifestar su confianza en los cuerpos y fuerzas de Seguridad del Estado, arremete con la política municipal que limitó el cuerpo de Policía Local tras las últimas elecciones. Otro político de una minoría se hace notar: asegura que los crímenes no son sino el fruto de una sociedad misógina que lleva a algunos extraviados a cometer actos salvajes.

Apago la radio y aparco el coche sobre la acera.

Desde que José Luis lo mencionó es como una pesadilla recurrente que no puedo apartar de la cabeza: ¡Mike! ¡Mike! ¡Mike!

Está al final de la barra. Es como una imagen fija. Mike leyendo o buscando música en el ordenador, al final de la barra.

—Seguro que no has comido nada —dice.

—Hoy sí.

Me siento en el lugar de siempre. Dejo la cartera y la pistola sobre la mesa. Enciendo un cigarrillo. Suspiro.

—No das abasto —comento, observando el local vacío.

—Me encanta la soledad.

—¿No echas nada de menos? ¿Compañía? ¿Una mujer?

Una sombra de extrañeza cruza su mirada. Todo el mundo piensa que somos amigos, porque he pasado aquí muchas horas. Pero para mí es una

especie de refugio. Y jamás hemos intimado. A mí me basta con los rumores sobre él, más interesantes que cualquier verdad, y procuro conservar el misterio sobre su pasado como una defensa ante posibles verdades que puedan imponer una distancia que no deseo. Ya me lo advirtieron dos pazguatos que vinieron de Madrid no hace mucho, echándome en cara mi amistad con Michael Rigby. Ni siquiera confirmó que sea su verdadero nombre. Y jamás podré dejar de apreciar su tacto silencioso, a mi lado, cuando murió mi mujer y me quedé mucho más solo de lo que podría haber esperado jamás.

—Siempre se echa algo de menos —responde.

—No te creí capaz de sentir nostalgia.

Sonríe tristemente, con esa cara pequeña y pecosa, ya ligeramente arrugada por una edad incierta.

—A un hombre como yo sólo le queda esperar —afirma.

—No lo creo.

—Entonces, ¿qué haces tú? —replica.

Me encojo de hombros.

—No estoy preparado. Pero aun así, algo tengo.

—¿Y quién te dice que yo no?

Su pregunta me deja atónito. Claro, ¿por qué él no? En realidad, no sé nada de su vida fuera del Baria City Blues.

—Adoro esta soledad. ¿Escuchas?

Se oye una música lenta que es como una corriente subterránea que se mete en tus venas. Una música dulce pero no edulcorada. Una voz firme y viril que podría acompañarte hasta el final sin cansarte jamás.

—Willie Dixon.

Niego con la cabeza.

—Sólo escucha.

Nos quedamos callados un rato y me impregno de una música que cala los huesos como una lluvia lenta. Me hace entrar en otra dimensión, en una placidez infinita que casi consigue relajarme, hasta que Mike interrumpe:

—He oído que han enviado un grupo de la UCO. Y que grupos de ciudadanos patrullan las calles por las noches. El amigo Jack se estará partiendo de risa en su rincón. Como pasó en 1888. Los vecinos de Whitechapel organizaron patrullas callejeras que, por supuesto, no sirvieron para nada. Imagino que tendrá que enviarle una cartita al promotor de esas patrullas ciudadanas.

Me encojo de hombros.

—Tal vez le pongan las cosas más difíciles si ocupan la calle.

—Matará en otro sitio. Quien mata así, no se detiene porque cuatro infelices se hagan los valientes en la calle. Además, querrá superar a su maestro. Y para ello ha de arriesgarse. Esto no es Whitechapel. Si no mata en un lugar, lo hará en otro. También el original lo hizo. Asesinó a Elizabeth Stride y, como parece que lo interrumpieron y tuvo que huir sin destriparla, corrió y asesinó a Catherine Eddows en la City, fuera de Whitechapel.

Doy un trago a mi copa. Aprecio el ligero sabor a limón y no puedo evitar chasquear la lengua con cierta mala educación.

—¿Qué opinas tú?

—¿Sobre Jack?

—Sobre el nuevo Jack. Sobre nuestro Destripador. El original no es mi caso.

Resumo el perfil que han elaborado los de la UCO. Se queda pensativo, pero se limita a encogerse de hombros.

—Es posible que se aproxime. Pero no admite comparación porque el original no fue detenido y nunca se supo quién pudo ser.

—¿Quién crees que pudo ser de entre los sospechosos que se manejaron entonces?

—Imposible saberlo.

Mike se levanta. Va a la barra y prepara otros dos pelotazos.

—No creo que sea un tipo de perfil bajo —dice cuando vuelve.

—¿Por qué?

—Demasiado… ¿Cómo se dice en español? ¿Valiente?

—No creo que ésa sea la palabra. ¿Temerario?

—Sí. Ésa es la palabra. Creo que será un tipo muy… —aunque habla con un maldito acento inglés, conoce bastante bien el idioma, y busca la palabra adecuada—… ¿soberbio?

—Sí. Lo he pensado. Pero un tipo soberbio puede parecer muy humilde ante los demás y tener un yo como un camión de grande.

—Puede. No soy criminalista.

—Me han sugerido que podría ser un inglés.

Me mira fijamente, con media sonrisa de lado.

—¿Porque el original lo fue? Ni siquiera lo sabemos. Uno de los principales sospechosos era polaco.

—Alguien ha sugerido que das el perfil.

—¿Y quién te ha dicho que soy inglés?

Me quedo boquiabierto.

—Puedo ser canadiense, norteamericano, australiano, sudafricano o neozelandés. ¿No te parece?

—Siempre lo di por sentado.

Mike bebe un trago largo sin dejar de observarme.

—¿Quién lo ha sugerido? ¿Policía?

—¿Qué más da? Todos te tienen miedo.

Deja la copa con cuidado sobre la mesa.

—¿Y tú?

—¿Debo tenerlo?

Mira la pistola sobre la mesa. Se ríe de buena gana. Muestra una dentadura cuidada y muy blanca, que resalta junto al negro de su camisa.

—No hay motivo.

—La ignorancia alienta la imaginación —me justifico.

—Lo sé. Deja que imaginen —dice prendiendo un cigarrillo y ofreciéndome otro.

Fumamos en silencio un rato. Luego, concluye:

—Sí. Es lógico que piensen en mí —admite—. Si tus colegas han de buscar alguien capaz de hacer esto —asiente con la cabeza repetidamente—. Puedo ser un buen sospechoso.

Esboza una risa soterrada y algo siniestra, mirándome fijamente a los ojos.

La conversación con Mike me dejó mal sabor de boca. Bebí demasiado. Pensando, imaginando. Sí. Mike podría ser un buen sospechoso. El sospechoso ideal. Se mostraba misterioso, divertido, como si le hiciera gracia todo el asunto.

El asesino puede ser alguien como él, lo suficientemente hábil y frío para asesinar frente a una multitud o frente a una comisaría de policía y salir impune, sin dejar rastro.

Imbuido de tales pensamientos, conduje hasta mi casa y aparqué en la arena de la playa. Lo mejor de no tener casa propia es que puedes cambiar de casa muchas veces sin apenas sentir nostalgia. En cambio, aunque no es mía, esa casa de tejano plano y ventanas venecianas de un azul insultantemente desagradable me tiene cogido por donde más duele: el corazón. Aquí viví mis últimos tiempos con mi mujer. Aquí acabó ella, tan cerca del mar que tanto la complacía. Entré en la casa, completamente a oscuras. Se oía gente en las casas vecinas, de charla hasta la madrugada. Me puse un bañador y crucé la arena y me metí en el mar. Cerré los ojos y me dejé mecer por el suave oleaje.

Por un momento, creí que toda mi frustración, que las pesadillas, no existen, no son sino producto de una fantasía enloquecida. Nadé un poco mientras bajaba la borrachera y conseguía un bienestar cercano al de un feto en la placenta. Tardé mucho en salir del agua negra. Tardé mucho en secar las gotas de agua que me siguieron hasta la casa.

Me despierta el móvil. La UCO ha detenido a Jeofrey Hunt. Ha comprobado que su coartada es falsa. Lo están interrogando.

El Comisario Jefe me anima preguntándome cómo pude dejar escapar al asesino cuando lo tuve detenido. Cómo no comprobé adecuadamente su coartada.

Me maldigo por ello.

Salgo disparado hasta el cuartel de la Guardia Civil. La calle está tomada de curiosos que gritan y de periodistas que huelen la noticia. Atravieso la marea humana. Algunos me reconocen y gritan alabanzas a la UCO.

Me impiden entrar al interrogatorio. A través de una puerta que se abre para dejar pasar a un agente veo a Hunt abatido, la cabeza entre las manos, y al Dandy a su lado, con rostro preocupado. Oigo la voz del teniente Ferrer.

Me largo y en la comisaría llamo a gritos a García. No es Sherlock Holmes, pero sí lo suficientemente competente para oler la mentira de una puta. Le pego cuatro voces, le digo que nos ha dejado en ridículo, que por su culpa vamos a ser el hazmerreír de todo el país, pero él no se amilana, está seguro de que la mujer decía la verdad. Le apretó las clavijas y comprobó datos.

Lo atravieso con la mirada.

—Tráemela ahora mismo —le ordeno.

tar al Gran Jack es como jugar con un tramposo
olicía tiene las cartas marcadas
un así no me coge

sus mismas narices
he abierto en canal
e fácil burlarse de los estúpidos
ren como pollos sin cabeza
a jajajajajjajajaja

8

Cuando prestó declaración, la UCO la dejó marchar, encantados de haberse conocido.

La dejo cocer en la pecera un rato. Llamo a Lázaro Asunción y le pregunto quién es la menda que me han traído. Esperaba una prostituta joven y guapa y se trata de una mujer entrada en años y carnes, menuda, de origen argelino, según asegura su documentación. Dice que ha vivido en mil sitios y habla el español con un acento dulce que hará las delicias de sus clientes.

García, que la ha tratado con brusquedad por el marrón que se está comiendo, la ha dejado sentada ante la mesa de interrogatorios y comenta al salir:

—No sé qué ven sus clientes en ella. Mi pescadera es más atractiva.

Lázaro Asunción la conoce, como a todas. Ha trabajado alguna temporada en su local, pero va por libre. Yusida es especial, dice. Luego aclara que acepta servicios que las demás no quieren.

—¿Porque no tiene más remedio?

—Qué va. A ella le va el rollo raro. Es una tía dura. Por eso la buscan clientes especiales. Lleva un año y medio aquí. Vino desde Francia, según cuenta. Habla francés, inglés, alemán, además de español y de su idioma de origen, que vete tú a saber. La tía es lista como ella sola y tiene que ganar pasta para reventar. Esos servicios se pagan caros.

—¿Sado?

—Lo que le pongas.

—¿Tiene algún punto flaco?

—La pasta. Hace cualquier cosa.

Corto la comunicación.

La mujer no parece demasiado impresionada. Pero a medida que pasa el tiempo, comienza a ponerse nerviosa. Busca el teléfono en su bolso, pero comprueba que está sin servicio aquí abajo y muestra su frustración arrojándolo al fondo del bolso.

—No le digas a nadie que la tenemos —ordeno a García.

Se encoge de hombros y, como siempre, intenta escaquearse.

—Ni me acuerdo de lo que he hecho hoy. ¿Puedo irme?

—Dile a López que baje.

Una vez solos, le digo a López que grabe la conversación y entro en la pecera.

Un rostro de mujer embarnecida rayando la mitad de los cincuenta. Su piel es muy delicada. Brilla a la luz mate de la celda de interrogatorios. Tiene unos ojos enormes, muy pintados. Me calibra nada más sentarme frente a ella. No le disgusta lo que ve, aunque imagino que siempre piensa en el negocio. Lleva el pelo muy negro estirado hacia atrás y, como decía García, podría pasar por ser la pescadera guapetona del mercado de abastos. Una blusa de seda se abre lo suficiente para dejar ver el inicio de unos pechos contundentes entre los cuales no se ve ni una sola arruga. La mirada penetrante que te traspasa estoy seguro de que hace temblar a más de uno.

—Dijiste a mis hombres hace unos días que estuviste con Jeofrey Hunt la noche del día treinta y uno de agosto.

—Mentí —dice, firme.

—¿Por qué?

—Me pagó para hacerlo —dice, encogiéndose de hombros.

—¿Si no estabas con él, qué hiciste esa noche? ¿Dónde estabas?

Vuelve a encogerse de hombros. Incluso sonríe.

—Por ahí. Con un cliente.

La miro a los ojos con toda la dureza de que soy capaz, pero me temo que está acostumbrada a miradas duras y hombres más peligrosos que yo.

—Tú no tienes ningún secreto profesional. Dime con quién estabas o lo vas a pasar mal.

—¿Qué me va a hacer, comisario? —me reta, irónica y desafiante, haciendo un movimiento sinuoso con el cuerpo que en este lugar resulta patético.

—Te voy a detener por interferir en una investigación y por obstrucción a la justicia. Voy a hacer correr la voz de que eres una chivata. Te voy a arruinar el negocio. Voy a decir que me has dado una lista de tus clientes y que haces grabaciones de tus encuentros con ellos. Voy a registrar tu casa y voy a retener tus cuentas bancarias. Eso para empezar.

Lo que le digo no la deja indiferente. Borra de un plumazo la ironía de su boca de labios pintarrajeados y se echa atrás en su silla como si la hubiera amenazado con una bofetada.

—No puede hacer eso. Llamaré a mi abogado.

—Por supuesto que puedo. Tengo agentes que confirmarán que nos mentiste y te voy a retener tres días para investigarte antes de pasarte ante el juez. En tres días te arruinaré la vida aquí. Tendrás que buscar otro sitio para

tus puteríos. Ningún abogado te va a sacar en menos tiempo. Cuando lo haga, será demasiado tarde. Yusida será historia en Baria.

Ahora sonrío yo, con la peor cara que puedo poner.

Yusida coge su bolso y busca un paquete de cigarrillos. Saca un Long Player Special muy largo y se lo pone en la boca. Luego busca un encendedor dorado y le prende fuego con un ligero temblor de la mano.

—Cabrón —musita entre dientes, con ese acento dulzón que los pone a tono en penumbra.

Yusida me busca bruscamente con los ojos. Le abro una salida.

—Si me dices la verdad, aunque hayas mentido, no te haré nada. Sólo necesito confirmar mis datos. Lo demás, se quedará entre nosotros.

—¿Cómo sé que dice la verdad?

—Porque cumplo mi palabra. Si quieres, llama a Lázaro Asunción y él te dirá quién soy.

Duda, pero luego busca otra vez su teléfono. La invito a salir conmigo de la pecera y le digo a López que la acompañe hasta la salida para que haga su llamada. Luego la traerá de vuelta a la celda.

—Tiene un minuto para hablar con él —le advierto.

Un instante después están de vuelta. López la trae del brazo.

—¿Ha intentado escapar?

—Y me ha pegado.

Señala un moratón bajo la oreja. La arrastra hasta sentarla.

—Como lo vea mi mujer… —se queja López.

—¿Has hablado con Lázaro Asunción?

—Sí —reconoce bruscamente.

—Ahora añadiré resistencia a la autoridad y agresión a un agente.

Yusida no acaba de fiarse y fija sus ojos en los míos, que le mantienen la mirada.

—López, llama al Lila —digo para el altavoz.

Ella no dice nada durante unos minutos, pero mi mirada no le deja duda alguna.

—¿Quién es el Lila?

—Un infeliz que hace lo que yo le digo y que va a presentar una denuncia contra ti. Por robo.

—¡Está loco!

—Firmará una declaración en la que dirá que contrató tus servicios en su casa y le robaste, ya pensaré qué. Otra cosita más.

—Eso no se lo creerá nadie.

—El juez elegirá a quién creer: si a una puta o al comisario de policía.

—Eres un cabrón hi-jo-de-pu-ta —remarca todas las sílabas, enfatizando.

—Tiene gracia que eso venga de ti. Te voy a dejar sola cinco minutos. Cuando vuelva, el Lila ya estará aquí. Piensa si hablas conmigo y no pasa nada o te meto en un lío del que te juro que te va a costar salir. Además…

Me lo pienso y decido hacerlo. Lázaro Asunción correrá con los gastos.

—Si me ayudas, te daré tres mil pavos. Para ti.

Su gesto de estupor es casi cómico. Su punto débil. Su talón de Aquiles.

—Lázaro Asunción me avala. Te los entregará él. Hoy mismo. Piénsatelo.

Salgo y me fumo un cigarrillo con López mientras la observamos a través del cristal sin azogue.

—Esa tía es una fiera —dice.

—Pero no es idiota.

—¿De verdad le va a soltar la pasta?

—Necesito la verdad, sea como sea.

Como no deja de mirarme, le aclaro:

—Paga Lázaro Asunción. Aunque aún no lo sepa.

Lo llamo y coge un mosqueo de tres pares de narices. Pero cuando me cabreo, calla y asiente. Le pagará. Y le deberé un favor. Luego, añade que le ha dicho a Yusida que puede fiarse de mí. Y que si me engaña soy un cabrón que le haré la vida imposible.

Cuando entro, le suelto.

—¿Hablas conmigo o no? Última oportunidad.

—Siéntese.

Así lo hago y espero.

—¿No me está grabando?

—No —le miento.

—La verdad es que estuve con Jeofrey. Esa noche. Él me llamó. Tengo fama, ¿sabe?

Se muerde los labios.

—Me va bien aquí —comenta pensativamente, bajando la vista a la mesa.

Quiere mantener su estatus. No quiere que le fastidie el chiringuito.

—Pero el otro día vinieron a verme. Abrí la puerta y allí estaba. Si se entera de esto, me pega una paliza.

—Nadie se va a enterar —vuelvo a mentirle—. ¿Quién fue a verte?

—El rumano.

Un escalofrío me recorre la espalda porque adivino lo que sigue.

—Me dijo que tenía que decir a la guardia civil que no había estado con el inglés.

—¿Por qué?

Yusida se encoge de hombros.

—Cosas suyas. El caso es que cuando él dice algo, todo el mundo obedece.

—¿Quién es?

—No sé cómo se llama. Todos le llaman el jefe. Es el que manda en todos los rumanos de la provincia.

—¿De qué te conoce? ¿Por qué tiene ese poder sobre ti?

Pone cara de desprecio y suelta:

—No se enteran de nada… Él manda en todas las putas de la provincia. Todo el mundo le paga.

—¿Quién es todo el mundo?

—Todas las putas y los chulos de la provincia.

Mi mente da vueltas. Gira sobre sí misma, comenzando a comprender algunas cosas y atónito de que Malasaña lleve días buscando a un tío que se ha paseado por la ciudad impunemente.

—¿Le pagan también las sudamericanas?

—También.

—¿Y Lázaro Asunción?

Se encoge de hombros.

—No lo sé. Él no lo sé. Creo que los que tienen casa de putas no. Pero no estoy segura.

¿Qué interés puede tener el rumano en que la coartada de Jeofrey Hunt sea considerada falsa y Hunt sospechoso de los asesinatos? Si sabe que Hunt no es el destripador, no lo entiendo. Tal vez pretenda que bajemos la presión sobre él para centrarnos en Hunt.

—¿Dónde puedo encontrar a ese hombre?

—No lo sé.

Nos miramos a los ojos y creo que dice la verdad. Ella no tiene por qué saber eso.

—¿Tú también le pagas?

—No. Sólo las putas callejeras —dice con un deje de desprecio.

Salgo un rato y López suelta.

—No la creo. Esta tía es una mentirosa.

—Entonces, ¿cuándo mintió, antes o ahora?

—¿Por qué el rumano la ha obligado?

En ese instante se me ocurre.

—Le interesa que haya un culpable y se olvide este asunto. Tiene a sus chicas vigiladas todo el día. Es un problema para él. En cuanto la soltemos, pide que le controlen el teléfono.

—¿Sin orden?

—Mañana la pedimos. Pídelo urgentemente. Pinchado y localizado quiero su teléfono de forma permanente.

Entro de nuevo a la sala de interrogatorios y le digo:

—Me estás mintiendo. No hay trato.

—¿Cómo? ¡Mentiroso hijo de puta! ¡¡He dicho la verdad!!

Grita tanto que su saliva se estrella en mi camisa.

—¿Tienes pruebas de que el rumano fue a verte?

—¿Qué dice? ¿Quería que lo grabara? Entonces no estaría aquí.

—No me has dado nada, Yusida. Nada. Esa historia del rumano no tiene ni pies ni cabeza. ¿A él que le va con Hunt?

—¿A mí qué me cuenta?

Me levanto.

—Va a venir un agente a encerrarte. Vendrá una agente a cachearte. Prepárate.

Por primera vez la veo vacilar, dudar, temer. Sus ojos me miran ahora tan temerosos como si fuera el mismísimo rumano que la amenaza.

—Puedo decirle algo más.

Me quedo plantado frente a ella, observándola.

—Me ha dicho Lázaro Asunción que lo que más le interesa a usted es el asesino de esas mujeres.

Ni siquiera respondo. Ella se lo piensa un rato. Calibra su próximo paso. Puedo oír los engranajes de su astuto cerebro. Finalmente, suelta.

—Sólo si no me encierra.

—Depende lo que me des.

—Hay… Hay unas fiestas… En las que se hacen cosas… cosas raras… Puedo decirle…

La sede de Nuevo Destino está ubicada en el bajo de un antiguo palacete con fachada de piedra y balconada corrida, en el centro más aristocrático de la ciudad, a la espalda del ayuntamiento, en una calle cuidadosamente adoquinada, entre casas de aire noble con rejas y balcones. Quien quiere ser alguien en Baria busca una ubicación en la Gran Vía.

Hemos llegado tarde y el hombre con el que tenemos que hablar nos dice don Sebastián Rodríguez, que se ha acercado a saludarnos, es el que está en el estrado, en animada charla con el Dandy. Tendremos que esperar a que termine la conferencia para hablar con él. Nos invita a sentarnos al final del pequeño auditorio, colmado de oyentes.

Don Silverio Carranza es un anciano pulcro de calva resplandeciente y ojos mínimos. Menudo y atildado, adopta una posición muy erguida, aunque queda mínimo al lado del Dandy, que escucha su disertación con extrema atención.

—Seguro que el Dandy viene aquí por interés. Todos éstos son ricachos, jefe. Para hacer relaciones. Es más falso que una sortija de baratillo —susurra López.

Don Silverio Carranza habla con voz ligeramente aflautada. Tras él, una proyección indica el título de la conferencia: *Crimen y Espiritualidad en la sociedad capitalista*.

—Quiero llamar la atención en primer lugar en un aspecto esencial de nuestra sociedad sobre el que rara vez se incide, a mi juicio. La sociedad occidental está consiguiendo transferir al Estado y a las Instituciones las obligaciones que durante milenios habían correspondido a la responsabilidad individual de cada persona. Esto no es casual ni intrascendente. Durante los siglos anteriores, las comunidades hacían colectas solidarias si era necesario o, cuando menos, los individuos se sentían culpables del mal de sus vecinos si miraban para otro lado y no hacían nada. En nuestra misma tierra, hemos visto miles de ejemplos de padres y abuelos que han sacrificado sus vidas para dar estudios a sus hijos y conseguir para éstos un destino mejor que el suyo. Esto ha sido así durante siglos, pero ha cambiado radicalmente. Y nuestro mundo, el primer mundo, es el que marca ahora la evolución social de la especie. Sin embargo, fíjense que ahora no sentimos que debamos ser nosotros quiénes ayudemos a alguien sin trabajo. Las personas dependientes no nos crean el sentimiento de estar obligados con nuestros medios para ayudarles a sobrellevar su carga. Antes, el ser humano se enfrentaba cada día con la oportunidad de ser altruista o no serlo. Podría ser agresivo con sus semejantes o, por el contrario, sufrir la depredación de los demás. Así se fue haciendo el sentimiento de culpa. Hoy, todos sabemos que esas obligaciones de solidaridad, sacrificio y justicia están transferidas a alguien que no somos nosotros. En el mundo privilegiado de Occidente nos hemos liberado de esa carga. Somos nuevos seres humanos que nunca antes habían existido: libres de obligaciones enojosas y de sentido de culpa frente a los demás. Nada nos

será exigible: la máquina social hará el trabajo. El individuo ha dejado de tener sentido de culpa. Esto genera un nuevo ser humano sin ataduras, más ensimismado que nunca en su proyecto personal. Un solipsismo enorme. Un Yoísmo…

La conferencia se articula sobre un diálogo de ambos invitados. El Dandy debió presentar al orador y ahora lo interrumpe:

—Por supuesto —ratifica—. Vivimos una sociedad infantilizada —busca ahora la mirada de su interlocutor esperando su aprobación y continúa—. La gente, incluso los adultos, visitan más Disneylandia que La Alhambra. Vivimos una inflación malsana del Yo que todo lo puede y lo inunda, que todo lo desprecia. Un narcisismo furibundo y estúpido, infantilizado, que hace llorar como niños a hombres que no lo son. Y que desprecia a los demás con la misma vacua ligereza con que se ama a sí mismo. Narciso ya no es un mito. Se ha encarnado en todos nosotros. Se deleita en la contemplación onanista de su belleza pueril. Apenas somos como gotas idénticas en una masa de agua y queremos diferenciarnos los unos de los otros en lo meramente pueril e intrascendente. Hemos abocado a una sociedad igualitarista, mediocre, que ahoga el genio. Una sociedad cobarde, en la que se ensalza la mediocridad y la falta de talento y se penaliza la excepción. Si pecamos, rehacemos nuestra inocencia inmediatamente, con la facilidad con que se reconstruye un himen. Culpamos de nuestros males y de nuestras desgracias a todo y a todos, sin mirarnos jamás a nosotros mismos y esperando que otros, el Estado, nos devuelva lo que creemos merecer sin mérito alguno. De todo lo que tengo: dignidad, libertad, asistencia, ¿me he ganado algo? Ésa es la pregunta clave. El hombre que no paga lo que conquista pierde la dignidad. Y nuestra protesta es siempre individual y para exigir aquello que no nos hemos ganado. Nuestra protesta es protofascista.

El Dandy se detiene bruscamente y sonríe ante una audiencia fascinada.

—Lamento ser tan duro.

Abre sus manos, sonríe y continúa:

—La llegada del liberalismo equivale a la expulsión del Paraíso: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente». Esto convierte a los hombres en fieras. Y la verdadera manzana del Paraíso, el verdadero fruto prohibido, es la carne humana. No comerás a tu prójimo es el verdadero primer y esencial mandamiento. Sin embargo, ¿qué estamos haciendo a diario? ¿Qué es lo que vemos en las noticias, en los diarios, desde la ventana de nuestra casa? ¿No es comer a tu prójimo esa soledad, ese desvalimiento, ese abismo en que viven tantos sin que nadie haga nada? ¿No es comer a tu prójimo explotarlo en el

trabajo? ¿No es comer a tu prójimo engañar en los negocios? ¿No es comer a tu prójimo maltratar o engañar a los seres queridos?

—Picapleitos, filósofo y cura. El tío es completo —susurra López.

Devuelve la palabra a don Silverio Carranza que, entre asentimientos, dice:

—Recientemente se han cometido unos crímenes horribles en esta ciudad o en las cercanías. Todos hemos oído hablar de ellos. Quiero que recuerden a la figura del asesino original al que algún enfermo está imitando ahora. ¿En qué contexto asesina Jack El Destripador? Se trata de una ciudad, Londres, que adquiere de pronto una población desmesurada, gentes que viven hacinadas, sin trabajo y sin perspectivas vitales, en barrios pobres, donde la vagancia, el alcoholismo, la prostitución y la miseria es el ámbito cotidiano de sus vidas, en las cuales un capitalismo salvaje devora a los que pueden trabajar en condiciones infrahumanas. La vida humana ha perdido su valor. No se sabe quién fue el asesino que se escondió tras ese apelativo tan famoso. Sin embargo, vemos que sus crímenes son salvajes, desmedidos, enloquecidos. Y es el primer asesino en serie moderno. Jack el Destripador inició la modernidad en el crimen en el ámbito de esa sociedad que hemos descrito. ¿Y qué ha pasado después? Que su actitud ha sido imitada mil y una veces. Casi siempre, las víctimas de los asesinos en serie han sido personas indefensas: mujeres especialmente. Ha cundido el ejemplo, la mímesis que mencionaba Gerard. Ha surgido el chivo expiatorio de esa sociedad convulsionada: la víctima. Especialmente, la mujer. Un feminicio brutal y deliberado.

El dandy vuelve a coger la palabra y, mirando al auditorio, dice con voz de alegato:

—Lo que ha ocurrido después no ha mejorado las cosas. Durante el siglo XX se produce una crisis de sentido y una actitud de escepticismo radical sobre todos los principios que inspiraron la sociedad hasta ese momento. Recordemos que en el 68 el *slogan* de la nueva sociedad que nacía era: «La imaginación al poder». ¿Qué significa esto? Que la razón ha sido abolida. Que la razón que sostenía una sociedad y sus valores es asesinada: se consideran agotados, opresores y reaccionarios. Y la sociedad se rebela contra esos mitos: la razón, el progreso. Basándose en Marx, en Nietzsche y en Freud se considera al hombre ahora como una derivación necesaria de fuerzas irracionales, que serían las únicas que se encontrarían tras toda manifestación humana. Esta actitud posmoderna lleva a la pérdida de la consistencia real del sujeto. Actualmente, hay incluso científicos, como Eagleton, que tras

experimentos serios sobre la mente humana, consideran que somos meros productos biológicos, irresponsables de nuestros actos, y que, incluso, habría que revisar las penas de los delitos porque no somos seres racionales dirigidos a un objetivo, aunque sea perverso, sino meros conjuntos de impulsos irracionales. Esto supone que ya el hombre no pueda elegir entre el bien y el mal. Que todo es relativo. Y la conclusión evidente de todo esto es que el mal ha dejado de existir como tal. Ha sido abolido.

Cuando concluye el Dandy se hace un silencio en la sala. Lo ha hecho tan bruscamente que nadie esperaba un final tan repentino.

Don Sebastián Rodríguez inicia un aplauso que es seguido tímidamente por la mayoría de los presentes y luego anima a la concurrencia a abrir el coloquio, a intervenir.

Enseguida se levanta un sujeto de edad indefinida, despeinado, que viste unos tejanos arrugados y una camisa de cuadros y que mueve al hilo de sus palabras una nuca que asiente a cada sílaba.

—Adelante —anima don Sebastián Rodríguez.

—Querría preguntar al abogado si considera que el espíritu de esta época es ese Espíritu de la Profundidad del que hablaba Jung.

El Dandy cruza sus manos como un cura condescendiente.

—Bueno. Ése es un concepto particular de Jung. No creo que sea extrapolable. Sí podríamos hablar de un inconsciente colectivo que, en mi opinión, es permisivo con el crimen. Si no, ¿cómo es posible que haya habido tantos asesinos en serie durante las últimas décadas que no hayan sido detenidos? Cuando las técnicas de investigación más se han desarrollado es cuando más asesinos sin identificar ha habido. Como he dicho, Jack el Destripador inicia la modernidad en el crimen. El actual imitador culmina la posmodernidad.

El hombre insiste:

—¿Po… podemos considerar que, como decía Jung, todos somos asesinos y víctimas?

El Dandy esquiva la respuesta.

—En un sentido abstracto…

López me susurra al oído:

—¡Estos tíos están locos! Este tío va a hacernos creer que el asesino no es culpable.

—¿Quién es el que pregunta?

—No lo sé. No le veo la cara.

Nadie más se anima a intervenir, de modo que don Sebastián Rodríguez levanta la cabeza y nos mira.

—¿Qué opina el comisario sobre esta disertación?

Un montón de cabezas se vuelven hacia mí. Me veo obligado a responder algo.

—Creo que, tras haber visto muchos crímenes, hay una conclusión evidente: asesinar o no es una decisión individual. Nadie puede evitar su responsabilidad cuando lo hace.

Se hace un silencio espeso hasta que una mujer se levanta y suelta:

—A este paso, vamos a terminar por creer que la cabeza no sirve para nada, que pensar no sirve para nada y que da igual lo que uno haga.

La señora sale al pasillo y se larga con aire indignado y paso digno, haciendo sonar sus tacones.

Por fin concluye la conferencia. Don Sebastián Rodríguez da las gracias a los asistentes, despiden a los oradores con un aplauso y comienzan a salir. Don Sebastián me mira para invitarme a pasar al interior.

—¿Conoce el Palacio de los Soler Medina? —me pregunta ya en el vestíbulo del palacete, ante unas escaleras en abanico, de peldaños de mármol blanquísimo.

—En otro momento, don Sebastián.

—Lo hemos entretenido mucho. Lo siento —dice mientras alarga el brazo e invita a don Silverio Carranza a acercarse.

El Dandy pasa a nuestro lado y se despide con prisas.

Entramos a una biblioteca pequeña, con las paredes cubiertas de librerías acristaladas.

—Don Silverio Carranza es un experto, comisario.

—Sólo aficionado —corrige el otro.

Don Sebastián Rodríguez nos deja a solas.

—Lamentablemente, no podré ayudarle mucho, comisario —advierte don Silverio Carranza nada más quedarnos a solas—. Por varias razones. En primer lugar, estamos sin duda ante la presencia de un hombre trastornado que comete unos crímenes horribles y, por ello, puede apropiarse de cualquier símbolo otorgándole un significado totalmente distinto del original. A los mándalas no se les puede asignar un significado concreto. Han sido símbolos recurrentes en muchas civilizaciones y cada una le ha otorgado un significado distinto. Para colmo, incluso durante cada civilización, en cada momento histórico, se ha interpretado de forma diferente. Alude, en general, a la totalidad del mundo, a su finitud y, contradictoria pero lógicamente, a su

infinitud. Sin un contexto más concreto es imposible entenderlo como un mensaje directo. Lo siento mucho, comisario.

Le pregunto sobre el símbolo grabado en la piel de Diana Carolina Mieles. Si espero el informe de Madrid no sabré nada durante días.

—Bien… Se parece a lo que llaman una lágrima a Alá, pero esto tiene un significado pacifista, puerilmente usado en la actualidad. Yo diría que se trata del *Ojo que todo lo ve*, un óvalo en el interior de un triángulo: símbolo de la síntesis trinitaria que supone la unión de lo material y lo espiritual, cuya unión tiene una consecuencia lógica: el Poder.

Toma aire y continúa:

—No querría ser aventurado, pero diría que es casi una ironía por parte del asesino. *El Ojo que todo lo ve*, él, el asesino: la unión de la carne que mata y el espíritu que huye de los cuerpos y que él, tal vez, pretende apropiarse. Considera, seguramente, que lo hace más fuerte. Y ambas cosas le conceden su verdadero y final deseo: el Poder. Poder sobre la vida y la muerte.

Respira hondo y concluye.

—Creo que intenta decir que cada vez que mata es más fuerte. Sugiere que los vigila y cada vez es más decidido.

Le doy las gracias y le pido la máxima reserva.

—Descuide, comisario. Lamento no haber sido de más ayuda.

Él nos ve. Nosotros miramos y miramos y, aunque está ahí, no lo vemos. ¿Por qué? El Pentagrama. El óvalo en el interior del triángulo. Satanismo. Unión de la carne y el espíritu, el poder. Poder sobre la vida y poder sobre la muerte. Cada crimen lo hace más fuerte. Más poderoso. El ojo que todo lo ve. Él nos ve. Y nosotros miramos y miramos y, aunque está ahí, no lo vemos.

Me maldigo por no entender el jeroglífico. Pienso quién más podría ayudarnos. Pero no lo sé.

—Me da escalofríos pensar en esos signos, comisario —se sincera López.

—Una puta locura.

Sin ninguna conclusión. Cada vez más cegado por la ausencia de pistas y por las sugerencias que abren explicaciones inverosímiles, decido concentrarnos en lo que tenemos: la información que nos ha facilitado Yusida a cambio de impunidad.

—Jefe, ¿no le va a pasar la información de Yusida a…?

Sabía que la duda lo está comiendo por dentro.

—Olvida eso ahora.

—Pero cuando se enteren…

—Déjales hacer su juego.

—Pero…

—¿Y si realmente nos ha mentido a nosotros? ¿Cómo podemos estar seguros de que mintió a la UCO y a nosotros nos ha dicho la verdad?

López se queda quieto, mirándome.

—Esa mujer vendería a su madre. Deja que la UCO exprima a Hunt y así sabremos definitivamente si es culpable o no. Mientras, tenemos trabajo.

Aprensivo porque piensa que lo voy a meter a trabajar en el cuarto de los horrores, López respira cuando subimos las escaleras y entramos a mi despacho, de nuevo en la comisaría.

Busco en el cajón el listado de nombres, descripciones o alias que nos ha facilitado Yusida de los habituales a esas fiestas que nos ha descrito: representaciones morbosas, orgías, sexo duro, violaciones, sadismo, masoquismo, bestialismo. Ella fue de las primeras mujeres contratadas. Les pagan bien. Pero quieren más. Quieren carne más joven. Aunque no todas sirven para eso. Dijo que había pasado miedo.

—¿Por qué habrían de interesarme esas fiestas? —le pregunté.

Me miró como se mira a un niño cándido.

—Porque donde hay teatro hay disfraces. Y cuchillos. Y capas. Y sangre.

En la última fiesta para la que la contrataron una chica joven se negó a continuar la perversa representación y fue maltratada.

—Donde pegan a mujeres debe usted mirar, ¿no le parece?

Elevó la cabeza para mirarme con sus ojazos negros y se introdujo un cigarrillo en la boca haciendo una mueca con los labios. Sabía que esa vez sí iba a conseguir lo que quería.

Paso lista con López.

—Andrés Ródenas.

—Un pijo que vive de las rentas de sus padres. Nunca ha hecho nada de provecho. Quince años en Madrid para nada. Volvió a la ciudad cuando ya se reían de él por viejo en la universidad. Vive de sus padres, a los que tiene amargados. Un mierda. Sólo juerga y gastar dinero. Para eso sí vale.

—Luis Vivas.

—*El vivales*. Como el anterior, pero al menos éste tiene un negocio de inmobiliaria. Ganó dinero cuando el *boom* de hace unos daños. Desde entonces, vive de las rentas. A lo grande.

—Marcos Atienza.

—Pasta para reventar. Un negocio de transporte que le deja una fortuna y, encima, compró tierras y en lugar de dedicarse a hacer urbanizaciones, como han hecho otros hasta que se han arruinado, puso invernaderos. Le salen los billetes por las orejas.

—Carlos Escribano.

—Promotor. El más viejo del grupo. Ya era rico cuando el *boom* de la construcción y, desde entonces, mucho más rico. Siempre ha sido mujeriego. Es el único vicio que tiene.

—Vicente Lapuerta.

—El peor. Tiene edad de dedicarse a jugar al mus. Pero es un vicioso de mucho cuidado. Tiene una farmacia en el centro de la ciudad y una parafarmacia en la playa. Pasta gansa. Un hijo de puta.

—¿Por qué?

—Dicen las malas lenguas que le gusta lo que no debe.

—¡López!

—Que le gustan las niñas demasiado jóvenes, vamos. Un cerdo.

—¿Tenemos algo contra él?

—Una denuncia archivada. De hace tiempo. Se ve que ahora tiene más cuidado.

—Consíguela.

—Es de hace mucho tiempo —protesta López.

—¿Quieres ver sudar a un cerdo?

Continúo recitando nombres y López va hablando. Conoce a casi todo el mundo en la comarca, pues no en vano es de aquí, aquí ha nacido, crecido y trabajado toda su vida. Un policía conoce tantos secretos de su comunidad como un sacerdote. Luego, se pierde con el listado de varios nombres extranjeros que también, según Yusida, participan de esos saraos. Cómo no, el nombre de Jeofrey Hunt aparece. López me llama la atención cuando menciono a Peter Winston.

—Ese tío no es trigo limpio. Hace años, cuando se estableció aquí, intentó instalar una barra americana, pero el alcalde de entonces, que era del Opus, no lo dejó.

—¿De qué vive? ¿Es rico?

López niega con la cabeza.

—Yo creo que es un conseguidor de los otros, ¿sabe? Vive en un apartamento de la playa y no se le conoce más trabajo que ir de un lado a otro. Creo que se dedica a conseguir vicio para los otros, los que son ricos. Entre

trapicheo y trapicheo, algo se le pega. Lleva en la costa desde hace treinta años.

—Consigue algún archivo sobre el farmacéutico y una bolsita de polvo, de ésas que no existen.

—¿Vamos a apretar clavijas?

—Por supuesto.

—¡Por fin!

—Se va a cabrear si vamos a estas horas —previene López, que pensaba que la primera visita sería a Peter Winston.

—Eso pretendo.

Conduzco por una ciudad somnolienta. El verano que huye apaga la ciudad y pronto el otoño la convertirá en un lugar nostálgico, con miles de casas abandonadas junto al mar, avenidas vacías y el viento barriendo lentamente los despojos y las hojas de los árboles. Baria se ilumina en primavera y se apaga en otoño como un bipolar. Circulo por calles donde hasta hace unos días veías la multitud buscando aire fresco, disfrutando de sus vacaciones, colmando los bares, los restaurantes y las terrazas. Ahora, en la noche, se parece más a una ciudad fantasma, abandonada y solitaria.

El farmacéutico vive en una urbanización de las afueras, en un chalé distante de la calzada más de veinte metros, parapetado tras setos frondosos y una puerta metálica. Están aún encendidas las luces de la fachada y se ve un salón lujoso a través de un ventanal. Un Mercedes S nuevecito está aparcado junto a la entrada, bajo las ramas de un sauce. Algunas palmeras y unos frutales colman la parcela de un frescor que distancia su sangre azul y su cuenta corriente del popular asfalto.

—Y en su casa. Se va a poner bonico —suelta López mientras hundo el dedo en el portero automático.

—¿Quién es? —pregunta una voz hosca, brutal, metálica.

—Policía. Abra.

—¿Cómo?

—Si tengo que repetirlo lo sacaré a rastras.

Vicente Lapuerta no está acostumbrado a que le hablen así porque se queda mudo.

—O sale o entramos en su casa y hablamos delante de su familia.

Se corta la comunicación y un instante después la puerta de la casa se abre y vemos avanzar hacia nosotros a un hombre que se resiste a rebasar la madurez. Viste unas bermudas demasiado anchas para sus flacas piernas y un polo rojo que no puede ocultar la prominencia de su barriga.

—¿Qué coño pasa? —pregunta a López.

No le dejo que responda y continúo mis amenazas.

—O habla con nosotros o entramos y le hago las preguntas delante de su mujer.

—¿Quién coño se cree que es?

—El que lo va a detener.

Ahora que está frente a mí, al otro lado de la puerta de jardín, veo su cara ancha, rojiza, de gris cabello escaso y despeinado. Sus ojos son pequeños y almendrados y muestran una expresión airada que no se resiste a admitir mis amenazas.

—¿Qué mierda quiere?

Mira con rencor a López, al que sin duda conoce. Pero no hay en su mirada un ápice de complicidad, sino la ira del señor que ve a un lacayo que se atreve a irrumpir en sus dominios.

—Te gustan las fiestas subidas de tono. Quiero toda la información, y no te la voy a pedir dos veces.

Se queda con la boca abierta y sube a su rostro un acceso cárdeno de rabia que se transforma en una mirada asesina.

—Váyase a la mierda.

Lo agarro del pescuezo a través de las rejas.

—Cuándo, dónde, cómo, quién, qué se hace en ellas, qué mujeres han sido contratadas. Quiero los vídeos. Quiero saber quiénes son los que van y lo que hacen.

Vicente Lapuerta se debate agarrándome la muñeca, pero su fuerza no puede competir con mi rabia. López se apresura a detenerme, temiendo que aplaste al chulo antes de tiempo.

—Comisario…

La manaza de López me obliga a soltarlo y Lapuerta cae en vertical, golpeándose la barbilla. Se lleva las manos al mentón.

—Lo voy a denunciar —amenaza.

—Y yo te voy a hundir.

—No me asusta. No sabe con quién está hablando.

Basta que me digan eso para que un acceso de ira obture mis últimas neuronas. Cuando voy a cogerlo de nuevo del cuello, López me detiene.

—¡Espere! ¡Espere! —grita.

La puerta de la casa se abre de nuevo y la silueta de una anciana se dibuja en ella.

—¿Pasa algo, Vicente? —llama.

Sin volverse y sin quitarse la mano del mentón, Lapuerta grita que no.

—A las diez en la comisaría. Como no vayas, volveré.

Un momento después estamos camino de las urbanizaciones de la playa.

—¿Qué pretende, comisario? Este tío va a llamar a sus amigos. Que son muchos y poderosos. El alcalde mismo. Íntimos. Uña y carne.

—Le voy a separar las uñas de la carne, López.

—No creí que apretara tanto.

—Claro que sí. Mañana nos vamos a enterar de a quién está llamando ahora. Llamará a alguien pidiendo ayuda, pero la mayoría de sus llamadas serán a sus socios de fiestecitas.

Urbanización Baria Beach. Aparcamos en un anchurón delimitado por el muro que separa la playa. Ahora hay muchos aparcamientos vacíos. López señala un BMW coupé muy cascado.

—Ése es su coche.

Buscamos el apartamento C de la escalera 3 y cuando estamos frente a la puerta de madera barata, López sonríe. Lo invito y comienza a aporrear la puerta de tal modo que creo que se enterarán hasta en Marruecos.

Se oye una exclamación en inglés y luego:

—¿Quién es?

Peter Winston no debe asombrarse mucho de que alguien aporree su puerta a altas horas, porque abre sin mirar.

Le doy un empujón y entramos como un elefante en una cacharrería. Winston recula, asustado de ver a dos tíos mucho más grandes que él en su casa.

—¿Qué pasa????

López avanza por un pasillo y se pierde tras una puerta. Winston protesta, pero lo agarro del hombro y le empujo sobre un sofá, en el que cae violentamente.

—Cállate —le muestro la placa.

Obedece, pero no deja de mirar al interior de la casa.

—No hay nadie —dice López.

Y hace el gesto de un prestidigitador y muestra en su mano una bolsita de polvo blanco. La expresión de Peter Winston hubiera sido graciosa de no ser patética. Un gesto de estupor en una expresión de incomprensión seguida de una mueca de terror cuando finalmente entiende lo que ocurre.

—Eso no es mío.

—Sí es tuyo —respondo tranquilamente.

—No. No pueden hacer eso. Yo no…

—Es tuyo. ¿No lo comprendes? Lo dicen el comisario de la ciudad y uno de los agentes más veteranos y más condecorados de la comisaría, Peter. Es tuyo.

Abre la boca y su asombro no encuentra límites.

—Es tuyo hasta que nosotros digamos que no es tuyo, ¿comprendes?

Es menudo. Tiene la piel cerúlea de tantos anglosajones y colmada de pecas. Ostenta un moreno tan forzado en la piel lechosa que uno teme vaya a darle un cáncer de piel en cuestión de días. Este tío se ha pasado la vida al sol y está más arrugado que una pasa. Si López no me hubiera dicho que no llega a los sesenta le hubiera echado quince años más.

Tiene una cara pequeña y redondita, como un crío preadolescente en un cuerpo casi de anciano. Y los brazos escuálidos y las piernas como un alambre.

—Tú nos cuentas cosas y nosotros nos olvidamos de la bolsita. Nos la llevamos y como si esta entrevista tan amistosa no hubiera tenido lugar.

Es un superviviente y sé, desde que López me ha contado quién es y de qué vive, que aceptará. Efectivamente, no necesita más de un minuto para responder.

—¿Qué quieren?

No es la primera vez que veo a un inglés cantar por soleares.

› lo que se esconde es verdadero
›lan de mi perfil
ípidos. Nunca comprenderán
go con ellos como un dios con sus muñequitos

9

Vicente Lapuerta llega a las diez en punto acompañado de su abogado, que no es otro que el Dandy. Enrocado en su soberbia, no mira a nadie. El Dandy se encarga de los saludos. El gesto adusto de Vicente Lapuerta es una máscara de inquina.

Los hago esperar un buen rato. López se queja del trato que le dispenso.

Le ordeno que lo baje a la sala de interrogatorios. No utilizaremos con él un despacho. Una humillación más.

Tardo después un buen rato.

—Esto es intolerable —comienza el abogado en cuanto entro en la pecera —. No es necesario…

—Sí lo es.

Nos separa una mesa y el abogado, incómodo junto a su cliente, no me quita ojo. Lapuerta, en cambio, ni me mira.

—Ha citado a mi cliente y aquí estamos, comisario —comienza el abogado, conciliador—. Aunque no sé cómo tomar esta… entrevista, puesto que no creo que mi cliente esté detenido.

—Lo estará.

El Dandy esboza esa mueca de suficiencia que se le escapa de vez en cuando y que irrita al más pintado. Como si te dijera continuamente, no seas estúpido, hombre.

—Eso es una nueva figura legal. La imputación futura.

—No joda, abogado. Ya sabe de qué va esto. O colabora o le meto un paquete. Me importa una mierda que luego esa imputación llegue a una condena o no. La reputación de su cliente quedará por los suelos.

—Eso es coacción.

—¿No me diga?

Ahora lo reto con la mirada más burlona que soy capaz de conseguir.

—¿Se le tomará declaración?

—Depende de él. Si me da lo que quiero, no.

—¿No habrá nada oficial?

—Nada.

—Sólo queremos información —tercia López, apoyado en la pared.

—Esa información no le importa a nadie —interrumpe Vicente Lapuerta bruscamente—. Son fiestas privadas.

Me quedo mirándolo.

—Quién va a esas fiestas, qué hacen. Quiero ver los vídeos.

—Son privadas, comisario —insiste el abogado.

—Ahora, aquí, no hay nada privado. Son fiestas de pervertidos. Y yo busco un pervertido.

Gonzalo Santana resopla. Ahora comprende y mira a su cliente. Lapuerta no ha negado la existencia de los vídeos.

—¿De verdad cree que en esas fiestas puede encontrar lo que busca? —pregunta el Dandy.

—Yo busco en todas partes.

El Dandy levanta sus manos, implorando perdón.

—No pretendo decirle cómo hacer su trabajo, comisario.

—Si le hiciera caso, llegaría a compadecer al asesino. Según su charla, ya no somos responsables de nada, abogado.

—No me entienda mal. Creo en el bien y en el mal. Mencioné conclusiones de estudios de neurología, nada más.

—Matan por un impulso superior, inconsciente. Lástima de gente —ironizo.

—Debería leer a Eagleton, comisario.

—Si va a decir lo mismo que usted, me lo ahorraré.

—¿Y si es verdad lo que dice?

—¿Y dónde dejamos la inteligencia, la voluntad, la libertad? ¿No son nada?

—Bueno, comisario… —se defiende el Dandy.

—¿De qué mierda están hablando? —interrumpe Lapuerta—. ¿No habían detenido a un inglés? Entonces, ¿qué coño hago yo aquí?

—El inglés es cosa de la UCO. Yo soy comisario de policía.

—Ya —admite irónicamente Lapuerta—. No por mucho tiempo —masculla.

Enciendo un cigarrillo. No ofrezco. Aquí sólo fumo yo mientras me dispongo a oír las hazañas sexuales del viejo pervertido.

Me jode, pero el juez ha denegado la intervención de su teléfono por no haber suficientes indicios. Lástima. No sé a quién llamó anoche.

Lapuerta ha firmado un armisticio. Sus vídeos a cambio de discreción.

Nos ha dejado un *pendrive* con una advertencia. Si trasciende el contenido y algún nombre sale a la luz, se querellará contra mí.

López se queda a mi lado para el visionado. Él podrá identificar a los actores.

La primera película comienza con una cena. Asisten seis hombres. Charlan, ríen, bromean, comen, beben. El preámbulo para la velada. Cuando ya se han servido unas copas, se abre una puerta y entra Peter Winston seguido de media docena de mujeres. Lapuerta ha dicho que se grabaron en una casa aislada cerca de Mojácar. El Cortijo del Embajador.

—Esas mujeres trabajan para Lázaro Asunción —suelta López.

Lo maldigo por no haberme dicho nada. Luego se queja de que le saque tres mil euros.

El vídeo se pierde en las paredes y el techo mientras se oyen saludos, risitas, gritos. Luego, un fundido negro y silencio.

Cuando vuelve a haber imagen, ya han entrado en materia. Los mismos hombres. Las mismas mujeres. Una orgía de una vulgaridad inenarrable.

—Ése es Vicente Lapuerta —larga López con una risita.

Su patética desnudez se acerca insinuante a una chica rubia mientras se oye una música melódica y dulzona propia de un ligón de los sesenta del siglo pasado. Lapuerta se tiende sobre la chica, vestida sólo de un camisón transparente y que grita de placer antes de que el anciano la toque. La cámara se desplaza.

—El Vivales —dice López, señalando con el dedo.

El Vivales está repantigado en un sillón de piel y una chica muestra su trasero arrodillada ante él. Mientras hace el trabajo, otro hombre, grueso y peludo, que da la espalda a la cámara, se acerca y comienza a tocarla.

—Atienza, el ricachón.

Estupor. Asco. Mórbida satisfacción. La cara de López es un poema.

Vuelve a haber un movimiento de cámara y vemos al que identifica como Carlos Escribano ocupado en otra chica.

—El cámara es Winston. Él no sale —apunta.

—Consigue las chicas y graba, como dijo. Pero esto no es todo. Yusida no nos habría hablado de estas orgías si no hubiera algo más. Lapuerta nos está tomando el pelo. Échale un vistazo a los otros vídeos mientras hago una llamada.

Lázaro Asunción se excusa alegando que no imaginaba que esto pudiera interesarme. Sólo son viejos con pasta y con mucha viagra a su disposición, dice.

—Yo no tengo vídeos, comisario. Cuando llaman a mis chicas, van, hacen su trabajo y se vuelven a casa. Ellas nunca han tenido ningún problema.

—¿Han contado algo que pueda interesarme? —suspiro.

—Alguna cosa subida de tono. Nada más.

—Busca una de tus mujeres de máxima confianza. De las que estuvo en alguna de las fiestas.

—¿Para qué?

—Para poner una denuncia.

—¿Cómo?

—Por violación.

—¡¡¡Me va a hacer perder el negocio, comisario!!!

Corto y vuelvo con López, que está aburrido de verle el culo a Vicente Lapuerta y a los demás.

—Esto es una basura, comisario. Pero aquí no hay nada.

—Tráeme a tres. Tú los conoces. Los más vulnerables. Los que tengan familia y más que perder.

Me encierro en el despacho. Dedico un rato a ver a los periodistas escondidos a la sombra de los soportales. Mi cristalera refleja la luz y ellos no pueden verme a mí. Me llegan los ruidos del mercado, las voces de la gente. Esos de la UCO sí que saben lo que hacen, dice uno ahí abajo. Nada más llegar han detenido a un tío. Hay que hacer algo. No como la policía, que no pasa de detener camellos de tres al cuarto, dice otro. Los periodistas, a falta de algo mejor que hacer, le tiran de la lengua a la gente. Les preguntan qué piensan de los asesinatos; quiénes creen que pueden estar tras los crímenes. Desde las mafias de la prostitución hasta un loco suelto. Desde un profesor introvertido hasta un fanático del espiritismo que habla con los muertos. Desde un chorizo cabreado a uno al que su mujer puso los cuernos. Desde una mujer que odia a las prostitutas hasta un médico enloquecido. Un anciano con la camisa abierta hasta el ombligo, sentado en un poyato, grita cínico que no lo van a coger, que es demasiado listo para esta policía tan tonta.

—¿Mirando por la ventana? Veo que ya ha encontrado al Destripador.

Me dan ganas de partir en dos a la aparición que se ha presentado en mi despacho sin advertirlo.

Zapatillas de deporte con más polvo que el nicho de un mendigo. Tejanos descoloridos y sucios, cortados a flecos sobre unas rodillas que son puro hueso y unas canillas que darían risa a un niño. Camiseta de heavy metal que fue negra y que, entre el sudor y el polvo, parece gris. Jeta con barba de tres

días bajo un cráneo huesudo que brilla de sudor. Un pordiosero perfecto. Le falta la botella.

—¿Cómo iba a hacerlo sin tu ayuda, insigne inspector?

—Yo he encontrado a otro destripador.

Lleva una carpeta en las manos. Se acerca a la mesa, la tira sobre ella y se sienta despatarrado.

—Mejoran tus modales.

Sin hacer caso, señala con el dedo la carpeta y puedo ver en su cara la satisfacción cansada de la búsqueda. Enciendo un cigarrillo y le tiro el paquete, que coge al vuelo.

Las fotografías que contiene la carpeta muestran una casa oculta entre un bosque de pinos y cipreses. Brilla el agua de una piscina. Tejado a dos aguas, se camufla en el paisaje como un camaleón. Una casa antigua, de puertas y ventanas de madera y fachada de piedra. En la última fotografía se ve a un hombre y a una mujer a bordo de un viejo modelo de BMW avanzando por un camino de tierra.

—El jefe de Bogdan.

—¿Seguro? Esto no es ninguna prueba.

Se ríe.

—Le dije que lo encontraría.

—¿Dónde está?

—En la Sierra.

—Un chalé. Una piscina. Seguro que tiene hasta jardinero.

—Claro. Así lo encontré.

No estoy seguro de que no me esté tomando el pelo.

—Busqué entre gente que trabaja en la sierra. Este tío no podía vivir en una *roulotte*, de un lado a otro, como un nómada. Ésa es la imagen que da a los suyos, para que nunca sepan dónde se encuentra y aumentar su autoridad y el temor que les inspira. Pero cuando se aleja de ellos, se esconde en su chalé. No parece muy lujoso. Casi se me escapa.

—¿Y eso?

—Dicen que son el servicio de un inglés. Así que para el jardinero, como para el fontanero y el albañil que han trabajado allí en los dos últimos años, ellos no son los dueños. Le llaman el chalé de Mister Brian. Lo más curioso es que Mister Brian no existe. Ese tío es listo.

Nos quedamos mirándonos un rato.

—¿Seguro que es él?

—Le apuesto un par de hostias. Si pierdo, usted me las da a mí. Si gano, se las suelto yo a usted.

—¿Esto lo sabe alguien?

—Usted y yo.

—Necesitaremos refuerzos.

—¡¡Y una mierda!!

—Si vamos a subir hasta allí, necesitamos gente para asaltar la casa. Este tío es peligroso.

—¡Usted y yo! ¡¡Solos!!

—¿Está protegido? ¿Matones?

—Es usted un cagón. No tiene a nadie. La gorda de su parienta y él. Nadie más.

—¿Y si fallamos y se nos escapa?

—¡¡¡Es nuestro!!!

Lo dice con tal contundencia, apretando las mandíbulas, que si ordeno otra cosa perderé su confianza. Quiere a su presa. Se la merece. Me quitaría el sombrero ante él por su investigación si tuviera sombrero y no temiera halagarle.

—¿Cuándo?

—Esta noche. Prepararé el equipo de las fiestas gordas.

—Avisaremos a López. Él nos cubrirá.

—Deje al pobre López. Es arriesgado. Usted y yo.

—Veo que te preocupa mucho mi seguridad.

—Más que mi gato.

Me quedo pensativo un rato. Prendo otro cigarrillo. Sólo de pensarlo comienzo a sudar. Este tío es una bestia. Huelo el peligro y mi adrenalina comienza a apestar.

—¿Será él? —pregunta Malasaña con una ansiedad que recuerda a la de un niño en día de Reyes.

—Según sus antecedentes, ha hecho algo parecido antes. Pero aun así, no creo que sea él.

—¿Por qué?

—Si lo hubiera hecho por salvaguardar el rebaño, no la hubiera matado llamando la atención de todo el mundo.

Asiente. Piensa lo mismo que yo, a pesar de sus esperanzas.

—De todas formas, este tío controla la prostitución de la provincia y estoy seguro de que ha cometido docenas de crímenes. Cada día que amanece en libertad es un crimen.

—¿Por aquí todo sigue igual, verdad?

Lo ponga al día y le cuento que la UCO sigue entretenida con Hunt, así como el nuevo asunto de las fiestas sexuales de los patriarcas de la comunidad.

—Me dejará trabajar con ellos, ¿verdad, jefe?

Ahora se pone meloso, relamiéndose sólo de pensar en abofetear a los pervertidos.

—Por supuesto.

Entusiasmado como está, lo pongo a trabajar en la denuncia que ha interpuesto la mujer que nos ha enviado Lázaro Asunción. Necesito cobertura para pedir una orden de registro.

Horas más tarde, entra Martín. Está más pálido de lo que lo he visto jamás. Ha trabajado tanto o más que nosotros, siempre en ideas que se perdían en la nada. Desistió de investigar los destripamientos de perros. No ha llegado a ningún sitio con la estúpida idea de los cerdos. Buscó antecedentes de agresiones sexuales en toda la provincia. Otra calle sin salida. Se puso en contacto con la Interpol. Enviaron antecedentes de dos docenas de individuos de todas las nacionalidades. Ni uno sólo se encontraba en la zona en el momento de los crímenes. Más tarde, buscamos por profesiones: cirujanos, carniceros, matarifes. Tan inútil como lo fue ciento veinticinco años antes. Sugirió luego investigar con mayor profundidad a las víctimas. Nada. Se sumergió en las webs sobre Jack El Destripador y asesinos en serie. Nada. Incluso visitó agencias de viaje para comprobar si alguien había contratado en los últimos años viajes a Londres con la excursión por el barrio de Whitechapel, donde ocurrieron los crímenes de 1888. Nada.

Abre un portátil y lo deja sobre la mesa.

—He estado a punto de partirle el careto a ese viejo pervertido. Ha puesto el grito en el cielo, pero le he estampado la orden de registro en la boca. No veas cómo se ha puesto su mujer. El escándalo para él no hay quien lo pare, comisario. Y cuando vea esto, peor.

Da un paso atrás y deja que López y yo nos sentemos frente a la pantalla. Se acerca y pincha un archivo.

—Los otros vídeos no tienen nada. Como los que ya ha visto López. Pero éste es especial.

Una escena en penumbra. Se ilumina lentamente. Una mesa rectangular sobre la cual hay una mujer desnuda. La cámara hace un *zoom* y se fija en las

ligaduras que la atan a la mesa. Aparece un hombre, de espaldas. Prácticamente desnudo, excepto calzoncillos y máscara de cuero negro. Empuja un carrito con artilugios de tortura.

—¿Una *snuff*? —salta López, asustado.

La mujer se retuerce lentamente sobre la mesa, como si estuviera drogada. El hombre pasa la mano sobre el cuerpo desnudo. Una y otra vez. Ella gime y se retuerce sumisa. Se oyen silbidos y alguien pide silencio con un «chiss, se rueda», y estallan risas sofocadas entre el público invisible.

El enmascarado abre con cuidado las piernas de la chica e introduce sus dedos en ella. La cámara capta los detalles. Luego se lleva los dedos a la boca. Silbidos y «chis, chis».

Se agacha bruscamente y muerde la boca de la mujer. Luego, ella respira agitada, sin perder esa sensación de enajenación. Vuelve la cabeza a un lado y a otro, como una mala actriz, y podemos descubrir su rostro.

—Aún no sé quién es la mujer —dice Martín.

El enmascarado penetra a la mujer con un consolador. Más gemidos simulados: «¡¡No!! ¡¡No!! ¡¡Por favor!!». El público pide acción, anima: «te lo está pidiendo, vamos».

El protagonista busca unos cuchillos. Alza el brazo y los muestra a la cámara. Pasa la cuchilla sobre el torso de la mujer y un hilo de sangre sigue el dibujo en forma de ocho que describe sobre el costado. Gritos. Luego, noes continuados y cada vez más lentos, simulando una agonía. Hasta que el hombre del cuero negro hace un gesto teatral de rebanarle el cuello de un solo tajo. Un géiser de sangre salta hasta el pecho del hombre, que luego se pasa la mano ensangrentada por su cuerpo, hasta los genitales.

Un silencio sepulcral durante un segundo. Después estallan aplausos y silbidos.

—*Guauuuu* —grita alguien.

La cámara se aleja de la escena y capta a los presentes. Nuestros queridos Vicente Lapuerta, los tres pintas que tenemos a nuestra disposición y otro tipo al que López identifica como Andrés Ródenas.

Marcos Atienza está mucho más nervioso de lo que parecía a través del cristal de la pecera. A pesar de su dinero, no ha podido comprar algo distinto de la ignorancia. Orgulloso, viste ropas de marcas caras, pero tiene tanta clase como un tractor tuneado.

—Quiero ver a mi abogado —exige imperativamente.

—Ha visto demasiadas películas —le suelto—. Primero le conviene hablar conmigo.

Tiene unos ojos de salmón ahumado que me miran con más prevención que astucia.

—¿De qué? —afirma con una boca de labios gruesos y un rostro en el que despunta la barba que rasuró esta mañana.

—De violaciones —suelto, como el que no quiere la cosa.

Se pone lívido, aunque es difícil vislumbrar el rubor en su rostro moreno, congestionado de soles y de intemperie. De la camisa sobresale un cuello grueso, de toro prieto, en el que resalta sobre la piel muy morena una cadena de oro con un crucifijo enmarañado en un bosque de vello que comienza a blanquear, como el de su cabeza, recortado al uno y remarcando las líneas duras de un cráneo contundente.

—No estará hablando en serio —se ablanda.

—No me tomo mi trabajo en broma. Y menos cuando violan mujeres.

—¡Yo no he violado a nadie! —protesta.

—Tengo un vídeo en el que se ve una violación en grupo. Y estás tú.

Resopla. Busca su móvil, en un amago de auxilio, pero comprueba frustrado que aquí abajo no hay cobertura.

—Eso es una tontería —dice.

—Para mí no.

—Sólo era una fiesta. Son putas. Les pagamos, nos divertimos y adiós muy buenas.

—¿Lo encuentra divertido?

Marcos Atienza desvía la mirada. Pero, más confiado, también sonríe.

—Si es sólo eso… Eso no es un delito.

—Ya lo creo que sí. En los vídeos que he tenido el… placer de visionar, se ven varias violaciones.

—Es como un teatro… Usted no lo comprende.

—¿Y quién me asegura que es así? Yo veo mujeres atadas. Mujeres que son penetradas en una orgía…

Aprieta mucho la boca, seguramente aguantando las ganas de morderme.

—Eso no…

—Las grabaciones son muy reales. Las pasaremos al juez…

—¿Al juez? —demuda su expresión Atienza.

—Sí. Supongo que se enterará todo el mundo.

—Pero…

—A no ser que las chicas retiren la denuncia —le alivio.

—Suspira hondo entonces. Pero no lo dejo que tome demasiado aire.

—Pero para entonces ya lo sabrá todo el mundo. No sé qué opinarán sus familias de todo esto…

Atienza suda como si estuviera trabajando en uno de sus invernaderos.

—¿Hará eso, sólo por jodernos?

—Por supuesto.

—¿Cómo? ¿Por qué?

Se le salen los ojos de las órbitas. Me quedo mirándolo fijamente, con una expresión burlona.

—Primero, el escándalo. Luego, la denuncia por violación.

—¡¡No las violamos!! ¡¡Les pagamos y…!! ¡¡Son putas!! ¡¡Cómo nos van a denunciar!!

Las insulta. Escupe saliva como si fuera a morder.

—Tres cosas, capullo. Primera, se puede violar a una puta, como a cualquier otra mujer. Segunda, ellas parecen drogadas en las grabaciones, y eso es violación. Tercera, me importa una mierda si estaban drogadas o no y si las violasteis o no. Me dais asco. Y ellas van a mantener las denuncias por violación porque yo las voy a obligar.

Veo cómo sube y baja su nuez. Incapaz de tragar saliva, espesa como cemento. Puedo ver también la angustia en sus ojos de pescado congelado, que no dan crédito. Y puedo oír los engranajes de su cerebro calibrando el daño que le haría algo así. Suda como si acabara de echarle un cubo de agua por la cabeza.

—A no ser que me digas lo que necesito.

—Me habían dicho que es usted un cabrón hijo de puta —se atreve a decirme.

—Se quedaron cortos.

Atienza saca un pañuelo del bolsillo trasero de su pantalón y se lo pasa por la frente y por la boca, que ha empezado a rebosar una babilla aterrorizada.

—¿Y si le digo que se vaya a la mierda?

Sonrío. Lo miro a los ojos.

—Muy sencillo. Haré lo que le he dicho y se enterará todo el mundo de lo que hacen para divertirse usted y sus amigos. Como sabe, a veces se pierden estas pruebas y aparecen en un periódico, o en Internet. Y podrán ver los vídeos su mujer, sus hijos, sus padres… Además…

—Ya vale.

Se desploman sus hombros.

Vuelve a recolocarse en la silla, pues no está seguro de que tanto la silla como el suelo que pisa tengan la suficiente firmeza para sostenerlo. Le abro la puerta.

—¿A quién se le ocurrió la idea de esos vídeos?

—¿Cuáles? —pregunta con una voz que no le sale del cuerpo.

Me interesa el que simula una *snuff*.

—Al tío de la máscara, nos dijo Vicente.

—¿Cuándo grabaron esos vídeos?

—En julio, creo.

—Venga. No tengo todo el día.

—¿Y nadie se enterará de esto?

—Si obtengo lo que quiero, no —le miento.

Marcos Atienza respira hondo mientras me observa. Al final, cree en mi palabra. Quiere creer en ella. No tiene otra opción.

—Peter Winston sabe quiénes son todas las chicas. Él las busca. Yo sólo conozco algunas.

—¿Y el tío de la máscara?

—Es un tío que trajo Vicente. Por lo visto, es amigo suyo o lo conoce de algo. Se llama Damián, pero le dicen Robot. Se hace el misterioso. Se pone su máscara y apenas cruza una palabra con nosotros. Hace el espectáculo y se va. Mejor. Porque no me gusta.

—¿Qué más sabe de él?

—Que no me gusta, como le digo, y que vive en el poblado de casas prefrabricadas que hay junto a la autovía. Lo sé porque una vez lo recogimos allí. No sé de qué vive ni qué hace. Vicente sabe su apellido.

—¿Participaba en las fiestas, en todas las fiestas?

—No. En las fiestas… normales no. Sólo cuando a Vicente o al algún otro se le ocurría alguna mierda de ésas.

Entretanto, el Vivales y Carlos Escribano le han dicho lo mismo a López.

—¿También les has amenazado con las acusaciones de violación?

—No querían creerme, pero han aflojado. A Carlos Escribano le he dicho que iría personalmente a ver a su mujer. Se ha puesto de todos los colores.

Le digo que guarde las grabaciones de los interrogatorios y, mientras López sube a mi despacho, busco el garaje. Malasaña me espera en un Nissan Terrano que se ha agenciado por ahí. Huele a polvo y a suciedad. Pero antes de salir, López nos sorprende.

—¿Qué ocurre?

Sus ojos no dejan de escudriñarme. No quiero que venga con nosotros, pero no puedo ocultarle nada cuando ve la artillería en el asiento trasero.

—¿Qué pasa?

—Vamos por el rumano —responde Malasaña.

—¿Lo has encontrado?

—¿Lo dudabas?

Se lo piensa y me mira con una expresión de reproche.

—¿Me ibais a dejar fuera?

—Es por tu bien —me justifico.

—¿Vais solos? Ni hablar.

Nos pide un minuto y vuelve con tres chalecos antibalas. Los tira en el asiento y sube.

Un momento después aparcamos frente al Baria City Blues. Hay que hacer tiempo hasta la madrugada.

Mike nos ve entrar con ropa de no ir de fiesta.

—Necesitamos pasar unas horas —le explico.

Nos sirve unos bocadillos y cerveza bien fría. Luego nos pone una copa.

—Esta noche sólo una —advierte.

Se sienta con nosotros. López, considerado, le dice que si quiere irse nos iremos también para que él descanse. Mike ríe.

—No estoy cansado. Además, —abre los brazos— ésta es mi casa.

Me pregunto en ese momento cómo será su casa de verdad, ésa en la que jamás he estado. A la que jamás me ha invitado. Esa casa que ni sé dónde está.

López sugiere echar una mano de cartas para matar el tiempo, pero Malasaña y yo nos negamos. Cerramos los ojos y buscamos la calma que precede a la tormenta.

—¿Vais de caza? Tened cuidado en la sierra —dice Mike.

La boca de López se queda abierta de estupor.

—En la sierra cualquier ruido o las luces pueden delataros a kilómetros de distancia.

—¿Cómo lo…? —me mira, preguntándose si le he dicho algo.

Niego con un gesto.

—Habéis traído un todoterreno. He oído el motor. Vuestras botas. Dos más dos son cuatro —explica Mike.

Callamos. Nos dedicamos a la música de Dinah Washington, concentrados cada uno en sus pensamientos. Me pregunto si la bestia que

vamos a cazar será la misma bestia que destripa mujeres. Estoy seguro de que no lo es. Pero la bestia que vamos a cazar no es menos bestia que la otra. No las abre en canal ni las degüella si no es estrictamente necesario para su negocio, pero las explota como putas baratas hasta sacarles la última gota de sudor, sangre, lágrimas y dignidad. Las esclaviza y las veja hasta límites inhumanos. Sí. También es una bestia y vamos a ir por él.

—¿Habéis leído lo que publican? —pregunta Mike.

Lo negamos y busca el periódico. Miro el reloj. Demasiado pronto. La lentitud de las agujas me desespera.

Malasaña abre el periódico y lee:

> *Confirmados los rumores que apuntaban a que el asesino se había puesto en contacto con el comisario de Baria y le ha enviado un mensaje jocoso, el nuevo Jack El Destripador ha demostrado ser, cuando menos, tan arrogante y temerario como el original.*
>
> *Si asesinó a la primera víctima frente al local más concurrido de la comarca, se atrevió a asesinar a la segunda a menos de cien metros de la comisaría de Policía. Es de esperar que pronto comience el rosario de comunicaciones del asesino para continuar de la manera más fiel el itinerario de su admirado original. Si a esto unimos la incapacidad de la Policía para encontrar alguna pista, y que los esfuerzos de la Guardia Civil han resultado estériles a pesar de tener a su disposición durante días a un ciudadano inglés que prometía como sospechoso y que al final han tenido que poner en libertad con toda clase de excusas al corroborar una coartada que tenían ante sus ojos, perdiendo el tiempo con él en lugar de buscar otros sospechosos, lo que podemos deducir los ciudadanos es que la incompetencia de las fuerzas de seguridad ha alcanzado límites que no podíamos imaginar.*
>
> *Si hace ciento veinticinco años, en 1888, la policía de Londres fue incapaz de encontrar al Destripador original, puede entenderse que entonces la ciencia forense estaba en mantillas. Pero nos preguntamos cómo es posible que en una sociedad tecnificada como la nuestra, donde los avances científicos y la ciencia forense han alcanzado hitos inesperados hace tan sólo unas décadas, no se haya encontrado una sola pista fiable que conduzca al culpable de tan horrendos*

crímenes. Tampoco puede entenderse que en una sociedad tan vigilada como la nuestra, con cámaras en cada esquina, ninguna de ellas haya grabado nada sospechoso.

¿Qué debemos esperar entonces los ciudadanos? ¿Que el criminal haya de asesinar a tantas mujeres que se canse de puro hastío, como Ed Kemper? ¿O que siga cometiendo sus crímenes impunemente y sólo nos quede rezar para que cometa algún error, como el asesino de Río Verde, al que sólo pudieron coger después de matar a decenas de mujeres?

Tenemos estas preguntas y muchas más. Y no tenemos ninguna respuesta.

Si estuviera en el lugar del periodista que ha escrito ese editorial hubiera sido mucho más cruel.

—Parece que no queremos hacer nada —se queja López.

—Ya quisiera yo ver a este cabrón en nuestro lugar —recrimina Malasaña. Busca la firma y dice—: Gómez, el de *Baria- Actualidad*. ¿No es éste amigo suyo, comi?

—Eso no quita que diga la verdad —lamento y acepto.

—No todo es tan malo. Lee esto —sugiere Mike.

Intento concentrarme en la voz dulce de Dinah Washington, pero es imposible. La voz rajada de Malasaña impide encontrar la paz.

Como en 1888, nos hemos preguntado si la victimología de estos asesinatos tiene o debe tener algún significado. Entonces, los asesinatos llamaron la atención de la sociedad burguesa de Londres, que comenzó a ver algo para lo que estaba ciega: la miseria, el hacinamiento de masas de población pobres conviviendo en condiciones míseras e inhumanas en uno de sus barrios, a apenas unas manzanas de sus calles limpias y de sus mansiones. ¿No tendríamos que echar ahora un vistazo a nuestro alrededor, para comprobar qué nos pasa desapercibido o qué queremos que nos pase desapercibido? Si lo hiciéramos, tal vez encontráramos que las víctimas del Destripador no son muy diferentes de las del original. Mujeres empujadas a la prostitución. En el primer caso, Cristiana Stoicescu, por una mafia que nuestra policía no es capaz de desalentar (debemos también preguntarnos si este crimen de explotación no es tan cruel como los del Destripador). Y, en el caso de Diana

Carolina Mieles, avocada por la pobreza y la miseria de quien huyó de su país precisamente para escapar de ellas y ha acabado hundida en el lodo de lo que quería ser una sociedad próspera y se ha revelado, durante estos años de crisis, como una máscara que ocultaba una calavera putrefacta. ¿Qué más hace falta para mirar hacia donde el criminal dirige su dedo implacable? ¿Miraremos hacia otro lado? ¿O nos deleitaremos en los rumores recientes sobre las fiestas orgiásticas y depravadas de lo más alto y granado de nuestra sociedad? ¿Acaso estos rumores, de confirmarse, no serían también el síntoma de una enfermedad moral que no queremos reconocer? ¿Una enfermedad cuyos síntomas son la ausencia de principios y valores que llevan a un monstruo a asesinar sin miramientos y a destripar cadáveres como si fuese un juego? ¡Una enfermedad cuya consecuencia es el trato denigrante e inhumano a la mujer, convirtiendo a ésta en menos que un animal! Somos una sociedad que sólo se muestra solidaria cuando tiene miedo, como esos grupos de hombrecitos que pueblan ahora nuestras noches para defendernos del Destripador, dicen, pero que son incapaces de manifestarse en contra de la explotación y el trato vejatorio a las mujeres que luego, muchos de ellos, tras dejar sus aventuras adolescentes de vigilancia, corren a buscar para satisfacer sus instintos más deprimentes.

¿Y qué decir de los que se consideran miembros exitosos de nuestra sociedad? Pronto dejaremos constancia fehaciente de sus jueguecitos, que horrorizarán al más curtido de sus conciudadanos. ¿Son ellos los que han de dar ejemplo? ¿O es el que éxito a veces conlleva el desprecio como garantía inherente de su estatus? Estamos seguros de que entre lo más admirado de nuestra ciudad hay gente decente, pero el espectáculo al que estamos asistiendo desmiente cualquier esperanza.

¿Y qué decir de nuestros políticos? Durante los primeros días tras los crímenes mostraron su horror y su confianza en las fuerzas del orden. Después, hemos asistido a otro espectáculo bochornoso. El alcalde y sus concejales culpan ya sin rubor a la policía. Incluso se permiten presumir de haber

solicitado refuerzos al Ministerio del Interior y de haber pedido la destitución del comisario Carrillo.

Malasaña levanta la cabeza y me mira. Entorno otra vez los ojos y apoyo la cabeza en la pared. Continúa leyendo:

¿Y la oposición? ¿Podemos esperar algo constructivo de quienes utilizan tales crímenes para cargar contra la gestión municipal, como si una cosa fuera consecuencia de la otra? Sabemos por experiencia que los políticos no tiene rubor alguno en utilizar a los muertos y en traicionar a las víctimas para sus propósitos. ¿O qué significa que el jefe de la oposición haya ido a hacerse la foto con el viudo de la segunda víctima y denunciado unas condiciones de vida para las que jamás antes se le ha oído una palabra de pesar o una propuesta de mejora? También el alcalde ha pasado por allí. No le ha faltado tiempo. Y le ha dado una palmadita en la espalda al viudo. Si pudieran, los veríamos fotografiados a ambos lados del criminal, si es que alguna vez consiguen detenerlo.

¿Alguien piensa en serio que, una vez pase este horror, harán algo importante para cambiar las condiciones de vida de personas como Cristiana Stoicescu o como Diana Carolina Mieles? Hasta en la Inglaterra victoriana se intentó hacer algo. Aquí no hay más que palabras vanas. Y nerviosismo. El nerviosismo de desesperar porque atrapen al asesino y todo vuelva al silencio habitual de una política de baja estofa y corrupción que intenta no llamar la atención para mantener el status quo.

—Amén —digo.

—Lo firma nuestro amigo Whiskey Morán —aclara Malasaña.

—¿Qué ha sido de él? —pregunta López.

—Está intentando dejar de beber. Me tiene prohibido que le sirva bebidas alcohólicas. Se pasa a saludarme de vez en cuando y bebe café y zumo —explica Mike.

Nos quedamos en silencio, satisfechos de comprobar que un hombre de mérito intenta salir del pozo.

Miro el reloj. Aún queda mucha noche.

—Puedo guardaros las espaldas —se ofrece Mike.

encanta reírme de esos mierdas
e se escandalizan por cualquier cosa
é son unas putitas destripadas?
a ja jajjajajjajajajja

confianza me excita
follé a mi puta
pués de haber abierto en canal a la otra puta
a jaja jajjjajajajjajajjajjajajajjajajjajaja

10

Malasaña conduce por carreteras azuladas de una luna que quiere henchirse. Pasamos Rancho Grande y continuamos la ascensión por un camino sinuoso asomado a gargantas y desfiladeros profundos que se pierden en la oscuridad. Una nube de polvo es nuestra estela. Montañas peladas en cuyos rincones se observan manchas de árboles. Por fin, deja a un lado el camino y se introduce en un mínimo bosque de pinos cercado de jarales altos como una casa.

El maldito rumano se esconde a menos de dos horas de mi despacho.

Nos ponemos los chalecos antibalas y cogemos las armas. Dos pistolas cada uno y una escopeta. Malasaña busca bajo una lona del maletero y le entrega otra escopeta a Mike.

—Esto me vuelve joven —ironiza.

El resplandor que precede al amanecer conduce nuestros pasos por un sendero que bordea la montaña y cruza una ladera de matorral. Cuando hemos caminado veinte minutos vemos la sombra negra de una arboleda. En unos minutos podremos ver nítidamente. Parapetados tras unos zarzales, Malasaña señala una casa.

—Ahí.

Un muro de piedra eleva una explanada donde se asienta una casa junto a una piscina rodeada de chopos. Todas las ventanas permanecen con los postigos cerrados.

Mike se queda tras las zarzas, vigilando la casa mientras dejamos a López en una posición intermedia y Malasaña y yo avanzamos hasta el muro de piedra. Me quedo allí un buen rato. La mañana en la sierra es fresca. Huele a tierra y a rocío. Se oyen los pájaros. Un trinar alocado.

Al rato, se oyen un portazo y una voz desde la casa. Alguien grita en un idioma extranjero. Luego, un cerrojo metálico y un bostezo. Una voz de mujer y unas risas. Abren la puerta de la casa. Un carraspeo, una tos. Unos pasos en el empedrado. Veo la espalda de un hombre bajo y fornido, en calzoncillos. El hombre se detiene y se pone a mear en el tronco de un pino.

Antes de que pueda acabar, el cañón de la escopeta de Malasaña le apunta a la cabeza. Ninguno dice ni una palabra.

Avanzo hasta ponerme en el lateral de la casa.

Una voz de mujer llama:

—¡Radu! ¡Radu!

Sale de la casa. Grita. Se lleva las manos a la boca y, cuando intenta darse la vuelta, se encuentra con el cañón de mi escopeta. Despeinada, sus greñas largas y lacias muestran canas. La piel del rostro grasienta. Viste un camisón que se trasparenta y deja entrever un cuerpo deforme, dominado por una panza obesa.

Le da un manotazo a la escopeta y le suelto un culatazo en el pecho. La mujer titubea y luego cae de culo. El camisón se sube tanto que puedo ver sus muslos gruesos, venosos.

Radu no ha movido un músculo. Se limita a mirar el horizonte sin expresión alguna en el rostro.

Surge López de la espesura.

—Yo me quedo con ellos. Registrad la casa.

Los dejamos esposados bajo el árbol regado por el rumano. Comienzan a hablar en voz baja en su idioma. López ya está grabando la conversación con su teléfono.

Malasaña busca en su mochila la bolsa con polvo blanco. Dos kilos. De la última redada. Espero no tener que utilizarla porque no podría repetir el milagro de los panes y de los peces. El inspector no ha visto a nadie más en la casa mientras vigilaba, a no ser el jardinero. Ni un solo matón.

Radu grita. La mujer calla bruscamente.

Un amplio salón con ventanales. Al fondo, una puerta se abre a una cocina, de la que sale Malasaña haciendo un gesto negativo con la cabeza. A mi izquierda, un pasillo. A un lado y a otro, un cuarto de baño y dos dormitorios. Vacíos. Subimos a la segunda planta. Un descansillo con una ventana sobre la fachada y una terraza que sobrevuela la entrada. El dormitorio de la pareja. Una cama de matrimonio deshecha, mesillas de noche, un armario y una cómoda. Otro cuarto de baño. Útiles de aseo de mujer. La última habitación está cerrada con llave.

Preparamos las armas y le doy una patada a la puerta, que salta del marco. Un camastro deshecho. Sábanas sucias. Una silla. Una ventana con rejas, una agarradera de acero clavada a la pared.

Y, esposada a ella, una chica desnuda.

Está sentada a la cama, con el brazo extendido, sujeto por las esposas. Una mirada borrosa en la que brillan la alerta y el terror. En su rostro, en su cuerpo, los estragos del cautiverio.

—No va a hacer falta la bolsita —le digo a Malasaña.

Malasaña sale corriendo. Como no puedo alcanzarlo, salgo a la terraza.

—¡¡¡No lo dejes!!! —grito a López.

Pero Malasaña es demasiado rápido y antes de que López pueda interponerse, le suelta una patada en la cara a Radu. Puñetazos, patadas, gritos. Se tira sobre él para machacarlo, pero López lo coge de la cintura y lo eleva en volandas.

—¡¡¡Déjalo!!! —grito.

Veo entonces a Mike, que surge entre los árboles y, cuando comprueba que López controla a Malasaña, se retira de nuevo, como un fantasma.

Vuelvo con la chica.

—¿Hablas español?

No puede tener más de veinte años. Un vientre de adolescente y una braguita blanca. Hematomas por todas partes. Así que, en contra de lo que piensan sus hombres, Radu sí que utiliza mujeres para sí mismo.

—Policía. No tengas miedo —intento tranquilizarla mostrándole mi placa.

Aún no sé si me entiende. Malasaña encuentra una sábana limpia con que cubrirla.

Pedimos una ambulancia y dos coches para trasladarlos.

En la comisaría nos reciben con un aplauso. Señalo a Malasaña y todos le dan palmadas en la espalda. Se llevan a los rumanos al sótano.

Aparece Ilie, un rumano que vive en la ciudad desde hace tiempo y que trabaja en lo que puede. Nos encerramos en mi despacho y le ponemos la grabación con la conversación mantenida por Radu y su mujer. De unos treinta años, delgado y huesudo, con el cráneo al uno y los ojos saltones, escucha con atención y luego traduce.

—Ella dice que cómo ha podido pasar, que alguien los ha traicionado. Él le dice que se calle. Ella le dice que van a encontrar a la chica.

Ilie levanta los ojos. Le digo que continúe.

—Teníamos que haberla matado o haberla llevado a Almería, dice la mujer. Te lo dije. Pero como tú sólo querías follártela. Entonces, el hombre le grita a la mujer que se calle. Luego le dice que va a matar a esos policías. Que tiene que matarlos a todos. La mujer va a decir algo más, pero él le grita que se calle. Ya no hay más, comisario.

No quiere aceptar una propina por su trabajo. Hacemos una copia de la grabación y pedimos un traductor jurado. Del hospital nos llegan noticias de que la chica se encuentra en estado de *shock*. Ha sido torturada y violada.

—Comisario. El hijoputa ha enviado una copia de la carta a la prensa.

—Temiendo que nosotros tal vez no la publicáramos —les explico.

Deja sobre mi mesa un sobre blanco. «Para el Comisario de Baria». Ha escrito con un rotulador rojo de punta gruesa y ha deformado la letra.

La esperábamos. La han encontrado en un buzón de Correos de Almería. Ninguna cámara de seguridad cerca.

Abro la solapa del sobre y veo una fotografía de Diana Carolina Mieles, abierta en canal, los intestinos en el hombro y el cuello cortado.

El texto sigue el guión de la carta que el original envió al comisario Warren, añadiendo burlas de su cosecha.

> *Querido jefe,*
>
> *Ahora dicen que soy rumano. ¿No aprenden, comi? Usted y yo sabemos la verdad. Puede buscarme eternamente y nunca me encontrará, pero estoy ante sus narices todo el tiempo. Los veo buscarme y me dan ataques de risa, ji, ji, ji. Amo mi trabajo y no pararé hasta que me pillen, si es que consiguen hacerlo. Qué maderos más ridículos. Cuidadín con su compinche Jacky.*
>
> *Cógeme si puedes, estúpido.*

La carta se difunde por la red como un virus. El asesino debe estar disfrutando de lo lindo. «El asesino se mofa de la policía, el asesino continúa su desafío», son algunos de los titulares en la prensa. En las redes es peor: «incompetentes», «acomodados», «aprendices», «cretinos con placa» o «alguaciles rurales».

Mi estado de ánimo mejora cuando llama el Comisario Jefe. La detención de Radu Florentin apenas le merece un comentario de pasada.

—Nos están crucificando los medios por no haber detenido al Destripador, comisario. Céntrese en eso. Viene de Madrid la Unidad de Análisis de Conducta para dirigir la investigación. Y quiero que esta vez colabore de verdad.

Casi grita ya.

—El perfil lo tenemos ya. Necesitamos otras cosas —replico.

—¿Cómo que lo tienen ya?

—Sabemos que es un maldito hijo de perra.

Se calla la réplica, pero puedo notar a través del teléfono cómo muerde el aire.

—Ni una salida de tono, comisario. Ya me he enterado de la burla a la UCO.

—No deberían ser tan soberbios. Debería recordarles el asunto de Rocío Wanninkhof a ver si…

—¡Déjese de mierdas, comisario! Céntrese en la investigación. Cierre lo del rumano de los cojones y póngase manos a la obra con el asesino. Se está burlando de usted. Y de todos nosotros.

Más que colgar, pega un golpe.

En la red, los que no nos insultan, sugieren: los asesinos son esa gente de la alta sociedad de la ciudad que organiza brutales orgías. O un psicótico que anda suelto y al que ahora falta su medicación. O tal vez una mujer mata a mujeres jóvenes en edad de procrear porque ella no puede. O un policía con conocimientos de criminología que ha pasado al lado oscuro. O un puritano fanático. O un juego de rol. O un médico, como se sospechó en su día del Destripador original, porque muy pocos son capaces de abrir y destripar un cuerpo humano en pocos minutos.

Mi perspicaz investigación es interrumpida por López y Malasaña.

Una expresión de satisfacción que casi no los reconozco. Como si hubiéramos vuelto atrás en el tiempo y aún no hubiera aparecido el Destripador. Desde entonces, ni una expresión alegre, ni una sonrisa.

Suelta sobre la mesa una carpeta con documentos.

—Está todo, jefe —dice Malasaña y ambos se sientan frente a mí.

—Nos las han traducido a pelo, jefe. El juzgado ha ordenado la traducción oficial, pero nosotros ya sabemos lo que contienen.

—¿Dónde estaban?

—Hemos registrado la casa y nada. La hemos vuelto a registrar y nada —cuenta Malasaña—. Hemos registrado la piscina, por si había algún depósito o una caseta o un agujero, nada.

—¿Y…?

—Bajo un árbol. El jardinero, jefe. Si no quiere que se sepan sus secretos, no contrate jamás un jardinero. Ha señalado un árbol mientras nos veía registrar. Y suelta el tío: ése árbol me dice que no lo riegue. Al final se va a perder. Y ahí estaba.

López coge las libretas.

—Pagos, jefe. Lo que Radu paga a sus hombres. Aquí —coge otra—, los ingresos. Lo que su gente le iba entregando en dinero contante y sonante. Una

fortuna.

—Y aquí —Malasaña señala con un dedo como el de un niño grande, algo sucio, en una libreta azul—. Los nombres de sus matones. Comentarios sobre ellos, si se fía, no se fía… Por cierto, que sospechaba que Bogdan le sisaba dinero. Aquí también aparecen los nombres de las chicas. Y los pisos donde las tiene, de toda la provincia.

Empiezo a relamerme como un gato goloso.

—Y aquí las primas que cobraba por *protección*, jefe. De casi todos los puticlubs de la provincia —señala López en unos folios.

—Después de quitárselo de encima, deberían invitarnos una temporada. ¿No cree, jefe? —ironiza Malasaña.

—Y clientes especiales, comisario. Un listado de gentes que pagaba grandes sumas. ¿Y sabe quién está en la lista?

—¿Quieres que lo adivine?

—Nuestro amigo Vicente Lapuerta.

He dejado pasar las horas. Hasta que me confirman que han acabado con los últimos restos de su banda. Espío a Radu a través del cristal de la pecera. Lleva ahí doce horas. Su cuerpo robusto y erguido en la silla ha ido perdiendo consistencia. Las horas pesan en una celda. Sin embargo, ni una muestra de debilidad. Ni una mala palabra. Ni un grito. Ni un puñetazo a la mesa. Aguarda paciente. Sabe lo que le espera.

Tiene las piernas, muy cortas, estiradas bajo la mesa anclada al suelo.

Cuando entro en la pecera, llevo en la mano sus libretas, sus cuartillas anotadas. Las tiro sobre la mesa. Radu las mira simulando desinterés, pero el brillo astuto de su mirada no miente.

—Hemos traducido lo que decías a tu mujer mientras te deteníamos.

Levanta los ojos y me mira. Tiene unos ojos duros, marrones, bajo una frente corta que parece de piedra.

—Dices que vas a matar a mis hombres.

Ni se inmuta.

—Si vuelves a amenazar a mis hombres, me encargaré de que pases los años de cárcel que te esperan de la peor manera posible. Tendrás un accidente en la cárcel y te quedarás en silla de ruedas. Me encargaré de que te rompan todos los dientes. Serás el mejor chapero del trullo. Y me encargaré de que tu mujer sea el paño de lágrimas de todas las bolleras de la cárcel a la que la enviaremos, muy lejos de la tuya.

Se toca la nariz y me mira con insolencia. Una sonrisa burlona. Pero su amenaza silenciosa me muestra su punto débil. Está a tres celdas de aquí,

pasándolas putas desde hace doce horas en un cuarto oscuro y sucio que huele a orines y a alcantarilla y sin apenas luz.

—Sé que me entiendes. Y no he venido a obtener una declaración tuya que sé que no harás. Me da igual lo que digas o lo que pienses. Sólo por la chica secuestrada y violada tenemos para quince años. Te vas a hacer viejo con nosotros, Radu.

Inspira hondo. Si no estuviera esposado y en una celda sé que saltaría sobre mí como una fiera. La piel dura del rostro, con barba crecida, se arruga en las mejillas. Los ojos se achican y se pierden en la superficie de la mesa. Se yergue un poco.

—Han caído todos tus matones, los que te quedaban. Y tus putas. Te has quedado sin empresa, Radu. Y ya sabes lo malo que es eso para un rumano de mierda en la cárcel. Ya no hay parné.

No puede evitar desviar los ojos. Sé que le estoy haciendo daño.

—Lo hemos encontrado todo —señalo los documentos—, pero sé que tienes más dinero escondido en algún otro sitio. Tú no eres de los que pone todos los huevos en la misma cesta. Lo que me pregunto es si con tu mujer en la cárcel, puedes fiarte de alguien de fuera para encargarle que lo controle y te entregue lo que necesites en el talego.

Recojo las libretas que he dejado sobre la mesa.

—Es un problema muy serio, Radu.

Me levanto.

—Aunque tal vez haya una solución.

No me mira, pero levanta ligeramente la cabeza. Sé que es todo oídos.

—Si a tu mujer no le imputáramos secuestro y violación, sino sólo cooperación en el secuestro porque te tiene miedo, tal vez ella podría salir pronto y abastecerte desde la calle. Y no lo pasaría mal en la cárcel.

Dejo que caigan mis palabras sobre él como una lluvia que puede ahogarlo o aliviarlo. Y luego añado:

—Pero para eso tendrías que darme algo bueno. Algo muy bueno, Radu.

Ochenta mujeres detenidas. Ahora están con ellas, desbrozando el grano de la paja, comprobando cuáles eran de la organización y cuáles eran explotadas, quiénes están dispuestas a hablar. Los matones que no habíamos cogido el día 8 están siendo tratados con dureza y no salen de su asombro al saber que Radu ha caído. A pesar de lo cual, ninguno de ellos se atreve a decir ni media palabra.

Pasamos la madrugada recibiendo informes y completando los nuestros. Radu no responde a mi propuesta. Lo hemos dejado allí, cociéndose, incómodo. Protestará su abogado. Me da igual. La mujer continúa en la *suite*. La destinada a las ratas. Grita a ratos con todas sus fuerzas. Sé que Radu la oye.

Dejo el despacho en penumbra y cierro los ojos mientras mis hombres se ocupan de coordinar toda la información. Suenan fijos y móviles como en una oficina en plena actividad.

En otra ocasión, esta operación me hubiera proporcionado una satisfacción inmensa. Las únicas que ofrece esta profesión.

Pero ahora no. Ahora nada es suficiente.

Bajo las escaleras del sótano, pero no voy a ver a Radu.

El cuarto de los horrores.

La luz me devuelve imágenes que no se me van de la retina, mire lo que mire. Temo que jamás podré mirar nada bello y hermoso sin que esas imágenes estén presentes de algún modo.

Hemos superpuesto las imágenes: viejos crímenes, nuevos crímenes. Aún nos faltan tres.

Mary Ann Nichols y Cristiana Stoicescu.

Annie Chapman y Diana Carolina Mieles.

Un plano del viejo Whitechapel. Los puntos rojos donde se cometieron los crímenes. Un plano de Baria y alrededores con puntos rojos donde se han cometido los crímenes.

Algo muy profundo y muy abstracto, que parece venir del fondo de un cansancio infinito, me asalta. Tal vez una iluminación. Desde la puerta corro hasta los planos. Miro una y otra vez y… Sí. Allí está. La línea que une los lugares donde el original asesinó a Polly Nichols y a Annie Chapman recta y ligeramente inclinada en sentido suroeste. Miro cien veces el mapa de esta tierra amarilla que el Diablo se lleve. La línea que une el lugar donde asesinó a Cristiana Stoicescu, en la playa de Mojácar, y la comisaría de policía frente a la que asesinó a Diana Carolina Mieles también es una línea ligeramente descendente en sentido suroeste.

Intento trasladar las líneas de los crímenes en Whitechapel al plano de Baria. Cuando lo hago, con mano temblorosa que sólo consigue una línea quebrada, me alejo y observo.

La línea que parte del mercado de abastos y la comisaría cruza el plano en sentido ascendente y se ha de detener en la zona noroeste de la ciudad. Barrios deprimidos.

El corazón, acelerado. ¿Está dibujando el mismo patrón geográfico que el asesino original?

—Jefe, el rumano quiere verlo.

—Dile que se vaya a la mierda.

García se queda pensativo un momento, pero finalmente cierra la puerta y se larga.

—Quiere un trato —dice Malasaña.

No alimento ilusiones. Radu es un monstruo.

—Jefe. Vamos a ver qué quiere —se impacienta López.

Ambos han venido a mi despacho y se han dejado caer en los sillones, agotados. La tensión del arresto. La adrenalina del éxito. Dos noches ya sin dormir.

—Todavía no.

—Tiene que estar hecho polvo. Lleva veinticuatro horas allí sentado.

—Que se joda —dice Malasaña—. Ojalá me lo dejaran a mí un ratito nada más.

—Ese tío es duro de verdad —le advierto.

—Hasta el más duro se ablanda.

Nos quedamos callados un rato. Fumamos y respiramos el aire viciado. López se levanta y abre una ventana. Una ráfaga de aire húmedo y fresco de la madrugada nos atraviesa y parece que respiramos mejor. El alivio nos hace suspirar y desear un poco de descanso.

—López, vete a casa y duerme un rato.

No responde y se lo piensa. No quiere ser el único en hacerlo.

—Tú también.

—Bah.

—Es una orden. Os necesito despiertos.

—¿Y usted?

—Yo también.

—¿Y el rumano?

—Que se joda.

Nos levantamos. Ordeno a los que entran de turno que mantengan en vela a Radu.

Al bajar las escaleras, miramos el mercado de abastos a través de la puerta acristalada y vemos una nube de periodistas.

—Están esperándolo, jefe —dice el agente que está tras el mostrador de entrada—. Por la redada.

Descendemos hasta el sótano y buscamos los coches.

Un rato después, los ojos destrozados por la luminosidad del amanecer, llego a mi casa. Aparco y me quedo mirando el mar. Está quieto y brilla como una lámina de acero. Tengo la tentación de darme un baño antes de dormir un rato. Bajo del Golf y camino por la arena. Los zapatos se blanquean de la arena, cernida como harina. Siento un amor triste por estos lugares de playa en otoño, cuando la melancolía es una presencia casi física. Una melancolía desamparada y tierna, como un amor perdido. A un lado y a otro casas abandonadas, solitarias como corazones vacíos. Es el lugar que elegí para vivir. Y no puedo pasar sin él, como no se puede pasar de una pasión afligida.

Entro en la casa y me asalta un vacío desolado. Dejo la pistola sobre una cómoda y me siento repentinamente desnudo. Tal es la marca que la violencia va dejando en mi alma. Abro el frigorífico, miro lo que hay y todo me da asco. Me quedo contemplando el mar. Recordando ahora cómo ella se enfriaba en mis brazos mientras el sol comenzaba a calentar. Recuerdo el frasco de pastillas caído…

Me quedo dormido sin darme cuenta, tirado en un sillón.

Me despierta un wasap.

> *Enhorabuena, comi. Pero mi cuchillito está impaciente. Deseo tanto estar con mis putitas…*

—Esto es tortura. Se lo diré a mi abogado.

—Denúncialo a Amnistía Internacional.

Me quedo de pie, a la espera.

Hace un gesto con la cabeza y me invita a sentarme frente a él.

—¿Ella queda libre?

—No. Dije que la trataríamos bien. Mantendré las cosas en suspenso contra ella hasta que compruebe si lo que me dices vale la pena. Si es así, cumpliré mi palabra.

Tiene la mirada borrosa, como tras una borrachera bestial. La piel gruesa está sudorosa, a pesar del frío. Treinta horas sentado a una mesa, a plena luz. No se muestra abatido, pero si negocia es porque encontré su debilidad. Y no es la mujer. Es la prisión que le espera sin alguien fuera que pueda asistirlo de su dinero. Sólo puede confiar en ella.

—Le voy a dar lo que puedo darle. Nada más.

Radu tiene una voz que no concuerda con su aspecto. Un timbre demasiado fino para un cuerpo tan recio. Habla español con acento, pero correctamente. Como casi todos los de su país. Saliva mucho, el efecto de tantas horas inmóvil.

—Es usted peor que yo.

—No me hagas perder el tiempo.

—También está cansado —dice.

Tiene una sonrisa grosera, animal. Me pregunto si su gente y las chicas a las que explota y veja temen más su risa que su gesto adusto.

—Necesito ir al baño y comer algo.

—Lo tendrás.

—Me ha abandonado el desodorante.

—Podré resistirlo. Aunque llevaras un camisón y olieras a rosas no me gustarías más.

Una carcajada estridente, inoportuna. Unos dientes amarillos. Le salen pelos de la nariz y la barba que brota de su jeta es sucia y rala.

—Voy a pedir cumplir la pena en mi país. Estaré libre en tres años.

Temo que pueda ser verdad, pero no muevo un músculo.

—Pues hasta entonces, procuraré que tu mujer lo pase peor aún.

Levanta una mano esposada, pide calma.

—Haremos el trato.

Se yergue, echándose sobre la mesa, a un palmo de mi cara. Puedo oler su aliento, pero resisto. Nos medimos. Ninguno retrocede, ninguno parpadea.

—Tengo algo sobre su hombre.

—Tiene que ser tan bueno que se me ponga dura sólo de oírlo. No vas por buen camino. Tú no tienes ni puta idea…

—Puede que sí.

Se retrepa, seguro de sí mismo. Otra sonrisa siniestra. Se la corto por lo sano.

—Ahora me debes dos cosas. Algo sobre tu negocio, que sea muy bueno. Y lo que dices sobre mi hombre.

—Ése no era el trato.

—Ahora lo es.

Me mira fijamente, con todo el odio que es capaz de destilar en esos ojos de un marrón sombrío como el de una nube a punto de explotar.

Me levanto.

—Espere. Siéntese.

Durante varios minutos, me da nombres de jefes de otras organizaciones como la suya, en Murcia y Alicante, con los que tiene tratos: intercambio de matones quemados, de chicas demasiado conocidas. Ninguno de ellos es rumano, así que supongo que no se siente como un chivato, sino como un hombre de negocios que hace daño a la competencia.

—Quiero destrozar a tu proveedor. Quiero que me des los nombres de los que te proporcionan las chicas.

Se ríe.

—Si se lo doy, quedaré como un mierda en mi propio país.

—¿Crees que me importa?

Se lo piensa. Muestra unas arrugas profundas en la frente.

Finalmente, me ofrece algunos nombres. Las rutas por las que las traen. Cómo lo hacen. Ninguna sorpresa.

—Al día siguiente montaré otra ruta —se encoge de hombros.

Desprecia la información. Sabe que no podremos evitar que él u otro como él ocupe el lugar que dejamos vacío sólo temporalmente. Ante eso no puedo hacer nada, así que tomo notas que luego pasaré a quien corresponda.

—¿Qué tienes de mi hombre? ¿No serás tú? En tu país ya apuñalaste a una mujer.

Resopla e hincha los carrillos. El gesto le confiere una apariencia grotesca y sucia, como la de un hombre primitivo.

—Eso fue hace muchos años. Un pecado de juventud. Tenía que hacerme respetar. Ahora utilizo otros métodos —dice, satisfecho.

—Dime… No tengo todo el día.

—¿Sabe que en esta ciudad, en la que la policía no se entera de nada, hay fiestas con sexo duro?

—Eso es noticia vieja. Si no tienes nada más, no hay trato.

—Tan duro que no todas las chicas sirven para eso. Me buscaron. Necesitaban algo *especial*. Y yo lo tenía. ¿Cómo no? Sirvo muy bien a mis clientes. La llevé personalmente, haciéndome pasar por uno de mis matones. Me pagaron seis mil euros sólo por esa noche. Estábamos pocos. Todos con la cara tapada. Pero esa noche no estaban los habituales. Eran pocos. Todo muy secreto. Uno de ellos ya había estado otras veces. Sale en algunos vídeos, me dijeron las chicas. Musculoso, con un taparrabos y una máscara de cuero. Pero había otro que no había estado nunca y que nunca más ha ido. Vestía una capa negra hasta casi los pies. Y un sombrero de copa. Y un traje negro. También llevaba una máscara. Como esas de la película… no sé si sabe qué película es. Sale Tom Cruise.

Eyes Wide Shut.

Radu se calla durante largo rato. Me mira fijamente con una sonrisa brutal.

—Llevaba un cuchillo. Un cuchillo muy afilado.

Se ríe. Su risa es una blasfemia.

—El hombre iba vestido como Jack el Destripador.

—¿Le viste la cara?

—No se quitó la máscara.

—¿Quién más había?

—El que paga siempre. El pervertido de la farmacia. Y un par de tíos más. No los conozco.

—¿Por qué te quedaste allí?

—Tenía que proteger mi mercancía. Pagaban la mitad por adelantado. La otra mitad al final.

—¿Cuándo se grabó ese vídeo?

—En verano —se encoge de hombros.

—Y una mierda. Lo sabes perfectamente. Tienes anotados todos los pagos en tus cuadernos.

—A primeros de agosto.

—¿Dónde?

—Donde siempre. En el cortijo de Mojácar.

—¿Qué pasó en el vídeo?

—El que hacía de Jack el Destripador hizo su numerito. Ja ja ja.

Me dan ganas de apretarle el cuello.

—¿La chica sufrió daño?

—Yo estaba allí.

—La violaron.

—La follaron —me corrige.

—Seguro que estaba encantada.

—Le di tres días de vacaciones. Para que relajara sus agujeritos. Ja ja ja.

Se le corta la risotada cuando observa mis ojos. Por un momento, me he visto golpeándolo hasta aplastarle la cabeza. Me doy miedo a mí mismo. Sólo deseo machacarlo.

—¿Por qué presionaste a Yusida para que mintiese respecto a la coartada del inglés?

Sonríe:

—Quería ajustar mis cuentas. Ha matado a una de mis chicas. Yo protejo mi negocio.

—¿Por qué no los has hecho?

—Porque aún no sé quién es. Pero si me deja libre…

—Ni lo sueñes.

Cuando estoy junto a la puerta, dice:

—¿No me pregunta quién era la chica?

Me quedo mirándolo. Como un estúpido.

—Cristiana Stoicescu, por supuesto.

Lo dejo entre risotadas.

Doy un portazo.

Dejamos que Radu se lave y coma algo. Luego le tomarán declaración. Paso la tarde ordenando los datos y pasando la información a mis superiores.

Cuando estoy a punto de acabar, entra García.

—Comisario, tiene visita. Está relacionado con el caso del Destripador, dice.

—¿Quién es?

—Un detective privado.

—¡Lo que faltaba!

—No tiene nada que perder, comisario. Si no dice más que tonterías, yo mismo le doy una patada en el culo.

Concluyo los informes y le digo que le haga pasar.

El Colombo que se planta ante mí no lleva gabardina ni mira encorvado ni muestra ese aire triste de asaltaturistas en la puerta de una iglesia. Se trata de un tipo de uno ochenta y cinco, con el pelo corto y rizado peinado hacia atrás con una brillantina aceitosa, frente despejada pero cortita y ojos muy separados y algo gordos, de brótola. Tiene la cara ancha, como si se tratase de un antiguo gordito, pero ahora muestra unas hechuras de animal de gimnasio. Viste unos tejanos inmaculados y una camisa de rayas bajo una chaqueta de lino azul.

—Buenas tardes, comisario. Es un honor conocerle —me halaga el cromo.

Aunque avanza una mano, no me muevo un milímetro, por lo que se queda parado un segundo y sólo se atreve a sentarse cuando le hago un gesto. Imagino que su aspecto difiere mucho del mío cuando dice:

—Unos días de mucho trabajo.

Desvío la mirada a la ventana y veo una tarde grisácea, desvaída, de primer otoño, cuando aún la temperatura es cálida y el cielo quiere caer sobre nuestras cabezas con puntualidad siniestra. Hace un año aproximadamente de

unas inundaciones salvajes que se llevaron por delante media comarca y cualquier día vuelve a caer otra igual. Me asalta un golpe de cansancio que me hace parpadear varias veces.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Me han contratado para intentar encontrar al Destripador.

No puedo evitarlo, así que no lo hago. Me parto de risa y el tío se queda más frío que un helado.

—Ya sé que tal vez excede de mis funciones, comisario, pero…

—Ofendido, hace un ejercicio de dignidad.

—Cuatro ojos ven más que dos, comisario —afirma, irguiéndose frente a mí como una serpiente a la que hubieran castrado de su veneno y supiera que sólo le quedan unos dientecitos de anciana.

—Diga —lo animo.

—Me han contratado… —comienza.

—¿Quién?

—No…

—Esto no es una película americana. O me dice quién o lo detengo ahora mismo. También le sonará de las mismas películas.

Un día voy a ganar un premio al más simpático.

—Mis clientes tienen intereses… digamos, en el sector más perjudicado por los actos criminales de…

—¿Quién?

—Dueños de puticlubs.

Debo poner cara rara, porque insiste.

—Sólo intentan ayudar. Yo también.

—¿Qué sabe?

La pregunta, de examen primerizo, lo pone un poco nervioso.

—Bueno. Lo que se dice. Pensaba que…

—Pensaba mal.

—Tengo alguna información de ese ambiente. Algunas ideas para explorar.

—Cuáles.

Mi tono lo perturba. Y de pronto algo me pone muy serio. Lo miro fijamente. Veo un tío que no sé a qué juega.

—Estoy esperando que me ofrezca alguna sugerencia.

—No quería molestarlo. Tal vez… ¿No han pensado que tal vez se trate de un fanático, de…?

Le pido la identificación. Tomo nota de sus datos: Lorenzo Vilar Alonso, con licencia de detective privado y despacho en Madrid. Anoto su móvil.

Como no quiero perderlo de vista, lo animo.

—Tal vez lo llame para que haga algo por mí en este asunto. ¿Dónde se aloja?

—En el Hotel City.

Recoge su documentación. Antes de salir, se vuelve y desde la puerta sugiere.

—Creo que podríamos colaborar. Extraoficialmente, ya sabe.

Al fin dice lo que vino a decir.

—Tal vez —asiento—. Gracias por su ofrecimiento.

Cuando sale, llamo a Lázaro Asunción. Me dice que él no sabe nada. Como ya no lo creo, le advierto. Me promete que preguntará por ahí.

Luego llamo al Lila.

Llega al rato, medio alelado por el exceso de canutos y de cerveza. Le ofrezco un cigarrillo.

—No fumo, jefe. Eso es malísimo para la salud.

—Y tus porros para la cabeza. Así la tienes.

—No ofenda, jefe, que estoy de puta madre.

—Ya lo veo.

El Lila es un tío bajito, de una edad incierta, pues aparenta cincuenta y tantos y apenas roza los cuarenta. Castigado por demasiada maría y demasiada cerveza. Es menudo y cabría en el hueco de una cocina si se lo propusiera, junto a las galletas, de lo flaco que está. Mucha gente lo confunde con un perro callejero. Viste unas bermudas que seguramente serán las mismas que se puso en mayo, tiesas de mugre, y una camiseta de heavy metal.

—¿Tienes curro ahora?

—Está la cosa mu mal, jefe. No hay quien trabaje.

—Seguro que has buscado mucho. ¿De qué vives?

—Pufff. De esto, de aquello. No sé lo que voy a comer cuando me levanto, con eso se lo digo to.

—Te puedo asegurar la comida y tus canutos por una semana si trabajas para mí.

—¿Para la bofia? Está mal visto en mi mundo —se hace el digno.

—Tú no tienes mundo. Para mí. Y no sería la primera vez. Así que no te hagas el estrecho.

—La última vez me pagó una mierda.

—A ver si te suelto una bofetada.

Se ríe con una boca medio desdentada. Sabe que no lo haré. Él nos cuenta cositas de la calle que, de no hacerlo, seríamos los últimos en enterarnos, como un marido cornudo. Y nosotros lo protegemos porque es incapaz de protegerse solo.

—¿Tienes todavía ese pedazo de moto?

—¿Qué la pasa a mi *amoto*?

—Que si la tienes.

—Claro. Con ella voy…

—A ningún lugar decente.

—Ya estamos ofendiendo. La bofia, si no toca los cojones…

—Tienes que pegarte a un tío.

—¿Cómo la otra vez?

—Como la otra vez.

—Venga —dice, resuelto, casi tan decidido como un asesino profesional en una serie de bajo presupuesto.

—El objetivo —le sigo la corriente— se ha instalado en el hotel City…

—Uffff. ¡Qué nivel!

—Tiene pinta de maricón de gimnasio. Pelito negro rizadito peinado hacia atrás, vestido como un pijo. Uno ochenta y cinco. Lleva un Mercedes pequeño, de esos ocupé —me había dicho García, que lo había visto.

—¿Tiene pinta de sevillano que va de feria?

—Exacto.

—Quiero saber dónde va, qué hace, a quién ve.

—Como su sombra.

—Exacto.

—Pegado a su culo.

—Exacto.

—Quiere saber hasta de qué color lo hace.

—Exacto.

—Voy a necesitar ayuda. Llamaré al Pavo.

—A quien tú quieras. Pero como se entere alguien, te tengo tres días en el sótano. Sin maría.

—¿Y quién paga?

—Yo.

—¿Cuánto?

—Según el resultado.

Le suelto dos billetes de cincuenta.

—Para que vayas engrasando.

qué el castigo para los inocentes?
ne de cañón. Genes multiplicados para la nada
iación de la culpa de haber nacido
cuchillo los libera de la Cruz de la Vida
versa belleza que asesina a quien no lo merece
os merecen mi cuchillito
hhh hummmmm hummmmmmmm

11

No podía esperarrrrrr máaaaassss. Ji, ji, ji

No lo veo hasta casi las nueve, cuando me despierto del sueño químico que por fin he podido conciliar gracias a un Valium. El descanso no contribuye a mejorar mi estado de ánimo y me levanto como si llevara una pesada carga sobre los hombros.

Sentado en la cama miro el teléfono y descubro con alivio que no tengo llamadas. Sin embargo, un segundo después descubro el mensaje, que me hiela la sangre.

Desconcertado, debo mirar dos veces la fecha. No toca. Aún teníamos días por delante hasta el siguiente crimen. El día 22 de septiembre no concuerda con ninguno de los crímenes. Vuelvo a leer el mensaje. El texto no deja lugar a dudas. Ha actuado de nuevo. ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Dónde?

Una ducha fría y subo al coche.

El vestíbulo de la comisaría parece una estación de tren.

—Comisario Carrillo. Encantado de conocerlo. Soy el inspector Díaz, de la Comisaría General de Información.

Me tiende una mano pulcra y firme. Tiene el cabello negro y lacio peinado con raya a la izquierda, lo que le confiere un aire incongruentemente joven a un tipo que pasa sobrado de los cincuenta. Es de mediana estatura y viste un traje azul impecable, camisa blanca y corbata celeste.

—Le presento a la inspectora Galán y al subinspector Menéndez, de la Unidad de Análisis de Conducta. Creo que le avisaron de nuestra llegada.

Galán es una mujer sorprendentemente joven para el grado y para ser miembro de esa unidad recién creada. Psicóloga y criminóloga, al igual que su compañero Menéndez. Es una mujer menuda, con rubia melena corta, de rostro agraciado, que viste una blusa encarnada bajo una chaqueta celeste y unos tejanos. En cambio, Menéndez es de la edad de Díaz. Calvo, pasado de peso, viste un grisáceo traje barato, y lleva la corbata floja y torcida. Tiene un rostro blando, de turbios ojos caídos y profundas ojeras, como si no hubiera dormido en una semana.

—Llegan tarde.

Díaz no oculta un gesto adusto. Seguro que le han informado de mi exquisita educación con los recién llegados.

—Cuando nos lo ordenan.

—Ha vuelto a actuar —corto el rollo, mostrándoles el wasap en mi móvil.

Se pasan el teléfono, sin abrir la boca.

—Y hoy no toca —apunto.

—Se equivoca —interrumpe la inspectora Galán—. Puede que hoy sí toque.

Díaz pide un lugar más reservado para hablar.

Subimos a mi despacho.

—¿Qué quiere decir con eso de que hoy puede que toque? —pregunto sin preámbulos a la inspectora Galán.

Me devuelve una mirada firme. Tiene unos ojos pequeños del color de la miel. Su piel es delicada. Mueve unos labios muy finos.

—El 22 de septiembre de 1888 fue asesinada una mujer en el Condado de Durham. Se llamaba Joan Boatmoor. Era una mujer de 26 años, casada. Era mucho más joven que las otras víctimas del Destripador hasta ese momento.

Deja caer un instante de silencio. Pero yo no estoy para lapsus teatrales.

—Continúe.

—Murió degollada, como las otras. Un corte muy profundo en el cuello que casi la decapita. Y los intestinos le asomaban del abdomen. Se rumoreaba que alternaba de cuando en cuando.

—¿Y…?

—Eso es todo. La policía nunca tuvo ninguna pista. No hubo sospechosos y mucho menos detenidos.

Habla tan bien que parece una profesora más que una policía. Todos nos quedamos callados.

—Existen dudas de si fue el Destripador, pues era su *modus operandi*, o un imitador.

—Lo mismo aprovechó el marido… —comenta sarcástico Díaz.

—Nunca lo sabremos —concluye sentenciosa la inspectora.

Díaz no deja de asomar la cabeza para mirar el velocímetro, que no baja de 170. Nadie dice ni media palabra. Nadie tiene ganas de hablar. Observo por el rabillo del ojo a Malasaña, que viaja con las mandíbulas apretadas. Por el retrovisor puedo ver los rostros serios de los inspectores. Observan con la boca abierta el mar de plástico que nos envuelve a un lado y a otro de la carretera.

—Dicen que es de las pocas cosas que se distinguen desde el espacio —comenta la inspectora, maravillada de las inmensas extensiones cubiertas de plástico que brillan al sol—. Como la muralla chica y los muelles del Támesis.

En menos de una hora nos plantamos en Almerimar. Nos conducen hasta un enjambre de apartamentos del color de la nieve. A los carteles de «Se vende» y «Se alquila», suceden ventanas venecianas cerradas a cal y canto en espera de otra temporada veraniega, con esa tristeza irresistible de los perros abandonados que tienen las casas deshabitadas.

Los barcos se mecen suavemente en el puerto deportivo, bajo un cielo tibio y en unas aguas tan pacíficas que parecen flotar en un cuadro. El Mediterráneo refleja la luz turbia brillando como una plancha de metal. Vemos restaurantes cerrados, locales comerciales que han echado el candado hasta que vuelvan los veraneantes. El aire de intensa melancolía que desprende el lugar se interrumpe bruscamente cuando, tras una curva, descubrimos un grupo de curiosos que obtura el tráfico. Hago sonar el claxon. La gente se abre como las aguas del Mar Rojo. Un agente de la Guardia Civil nos espera al final de la calle, deteniendo el tráfico e impidiendo que la gente se acerque.

—Hay que fotografiar a todos los curiosos —afirma la inspectora.

Saca un móvil y comienza a disparar.

Detenemos el coche tras un Patrol verde y blanco de la Guardia Civil.

Se me va haciendo familiar esa lejanía que mantienen los policías respecto a los cadáveres. Normalmente se acercan y rodean los cuerpos, con una mezcla de curiosidad profesional y de morbo. Pero nadie quiere acercarse demasiado a estos cadáveres. Como si estuvieran mancillados, como si propagaran alguna suerte de peste contagiosa. La crueldad de las heridas no permite al más curtido permanecer demasiado tiempo en su presencia.

Estrecho las manos de mis colegas de El Ejido.

—Ahora nos toca a nosotros —comenta uno apesadumbrado.

—No te preocupes. Ha sido sólo para entretenerse mientras vuelve a atacar en mi zona.

Cuatro miembros de la Científica, completamente vestidos con monos blancos, se afanan en torno al cadáver.

—Es él. No hay duda —comenta la inspectora.

Díaz, a nuestra espalda, saca un pañuelo y se lo pone en la boca. Contiene una arcada y se retira a una distancia más prudente.

Se trata de una mujer rubia, de melena que se empapa de la sangre que ha brotado de un cuello seccionado brutalmente. Esta vez no ha jugado con los intestinos. Se ha limitado a abrir el abdomen para que podamos verlos, como si estuviésemos en una clase de anatomía.

—Continúa el patrón —comenta en un susurro.

La observo, el rostro sin maquillaje, serio pero no compungido, decidido y no arredrado, y siento envidia de su entereza. Me pregunto cómo puede estar preparada para esto.

—No pienso, comisario. Me limito a trabajar.

Me lee el pensamiento. Doy media vuelta. Ya no tengo nada más que mirar. Los de blanco continuarán su trabajo y no encontrarán nada.

Este caso me está echando una docena de años encima.

—Me gustaría desollarlo vivo.

Es la voz de Malasaña, que sublima su rabia con odio.

Nos rodea una plaza arbolada y edificios mudos. Supo dónde atacar. Un ataque innecesario. Me pregunto si su compulsión se le hace ya insoportable. Si no podrá esperar. Tal vez entonces cometa un error.

—Cuando lo encontremos, lo dejaremos en una silla de ruedas, para que pueda disfrutar el resto de sus malditos días —le prometo a Malasaña—. Será él el espectáculo.

La inspectora me mira con tanto reproche que enseguida me arrepiento de mis palabras. O de mi indiscreción.

Esa tarde, mientras esperamos en comisaría el informe de la Científica, me llama el Lila. Lo cito en una cafetería de mala muerte que huele a sumidero. Me pido un café y me salgo a la puerta, a una terraza que aprovecha un recodo de la calle.

El Lila se presenta ufano, con una expresión de satisfacción en su jeta ratonil que le confiere una vida que desmiente su aspecto habitual. Cuando está serio, tiene un rostro mínimo, de crío aviejado, que su sonrisa revive.

—El tío se mueve más que una peonza, jefe. ¿Me puedo pedir una birra?

—Dos máximo.

Entra y sale con dos tercios helados, uno en cada mano. Se sienta, con ese aire decidido de maneras contundentes que ha descubierto trabajando para mí. Su sorprendente seguridad en sí mismo es tan grotesca que me hace sonreír.

—¿Qué pasa, jefe?

—Nada. ¿Lo localizaste pronto?

—Como a una puta en una novena.

—¿Qué hizo anoche?

—Se tomó una copa en una terraza y se fue al hotel. Levantamos el campamento el Pavo y yo. Y esta mañana he ido temprano, jefe, para que no se escapara.

Me acabo el café y prendo un cigarrillo.

—Ha ido primero a la Guardia Civil. Allí no le han hecho ni puto caso, porque ha salido en diez minutos y con jeta seria. Se ha montado en el buga y ha *estao* un rato mirando papeles y luego se ha ido al lugar donde mataron a la primera mujer. Allí se ha dado vueltas, ha puesto su mano así —el Lila hace un gesto que recuerda al pensador de Roden—. Se ha *pasao* el tío por lo menos media hora así, jefe. Creía que me iba a dar algo. He estado por decirle, macho, mueve el culo…

—Venga.

—Luego ha ido donde mataron a la segunda mujer. Y lo mismo. Y luego, se ha ido al barrio donde vivía la segunda mujer, la sudaca. Ha buscado la casa y se ha metido allí un rato.

—¿Algo más?

—Na. Se ha ido al hotel a comer.

—¿Y ahora?

—No ha *salío* todavía.

Mira el móvil, para confirmarlo.

—Me *fuera avisao* el Pavo.

Le doy una palmadita. Le suelto otros cincuenta euros, para que vayan tirando. Veo su satisfacción de agente secreto y me largo. Es hora de cambiar de ambiente.

El informe de la Científica que nos llega esa noche está tan limpio como el escenario del crimen. No han encontrado nada. Han podido identificar a la víctima: Rosario Mínguez. Una yonqui que ejercía la prostitución en la zona más cutre de Almería, junto al puerto.

Alguien menciona que su perfil recuerda a las víctimas del Asesino de los Barrancos, al que investigó Martín sin llegar a ningún sitio.

Los noticiarios se hacen eco del nuevo crimen y ofrecen entrevistas a la gente de Almerimar. Todo el mundo se muestra horrorizado y deciden agruparse en patrullas que vigilen las urbanizaciones, como han hecho en el Levante.

Llevo a los agentes de Madrid al cuarto de los horrores. Menéndez muestra su aprobación.

—No se puede trabajar sin paneles como éstos.

Comprueban la simetría de los crímenes.

—Es sistemático —confirma la inspectora.

—Tengo más músculos que cerebro, pero algo he aprendido —me adelanto esta vez a sus pensamientos.

—Si piensan que somos estúpidos, se equivocan —suelta Malasaña, molesto.

—Está muy bien —comenta el inspector Díaz, cordial.

Tanto él como la inspectora miran de lejos los murales. No puedo evitar caer en la tentación.

—Para el día 30 prepararemos un dispositivo. He solicitado agentes femeninas. Voluntarias.

—¿Una trampa? —pregunta Menéndez.

—No creo que funcione. Es demasiado astuto. Pero tenemos que intentarlo —dice la inspectora Galán.

—¿Dónde las dispondrá? —pregunta Díaz.

—En toda la zona. El asesino no se limita a la ciudad, que es demasiado pequeña y puede ser vigilada. Su primer asesinato lo cometió en Mojácar. He preparado una comparativa de los planos de Whitechapel y de la comarca de Baria.

Me adelanto y cojo un rotulador. Vuelvo a dibujar líneas desde el Mandala a la comisaría. Luego he dibujado en el plano de la ciudad la línea que es de esperar que siga el asesino para configurar el mismo itinerario que el original.

—¿Qué hay más allá de la ciudad siguiendo esa línea, comisario? —pregunta la inspectora.

—Campos.

—Pondremos gente en las afueras. ¿Hay restaurantes, hoteles, polígonos?

—La ciudad está rodeada de ellos. Pero nada hay que pueda confirmarnos que seguirá esa línea —comento.

—Tampoco hay nada que indique lo contrario. Prepararemos los dispositivos por toda la comarca y uno especial en esta zona.

Llaman a la puerta y entra Martín.

—Comisario, han revisado las cámaras de seguridad de Almerimar y de todas las carreteras, pero no han encontrado nada. Creen que fue por caminos secundarios, entre invernaderos.

—¿Y la víctima? —pregunta la inspectora.

—Aquí tengo los datos —me pasa una carpeta—. Lo que ya sabíamos. También han investigado la zona donde trabajaba la mujer. Nada.

Desolado, Martín comenta:

—Nunca nos hemos enfrentado a algo así.

—Se equivoca —objeta la inspectora Galán—. Joaquín Ferrándiz.

—Lo que nadie añade es que Joaquín Ferrándiz cometió cinco asesinatos antes de que lo cogieran.

Dejamos la comisaría y subimos al coche. Cuando giro en dirección a la playa, Malasaña protesta.

—Vamos por Peter Winston primero —explico.

—No sabía que se ha vuelto tímido con un ricachón —comenta sarcástico.

—Vamos a lo fácil. Si no tiene lo que necesitamos, ya iremos por el otro.

Se calla, aunque le tiene ganas a Lapuerta. No lo voy a decepcionar.

—El enlace es siempre el inglés. Seguro que tiene algo que decirnos.

Entramos en Baria Beach en completa oscuridad. Alguien ha roto las farolas del bulevar. En el edificio de dos alturas donde está el apartamento de Peter Winston no se ve una sola luz encendida.

—Este tío vive completamente solo en invierno —comenta Malasaña.

Abro la ventana y siento una brisa gorda y fresca que atraviesa el interior del Golf. Trae olores de algas podridas y de mar revuelto. El oleaje trae soterrado mar de fondo. Aparcamos y subimos las escaleras abiertas que llegan hasta la puerta de Peter Winston. Un viento desagradable nos acompaña. Aporrreamos la puerta, pero nadie responde.

—Demasiado temprano para estar en casa. Peter Winston es un hombre ocupado.

—¿Ahora qué hago con esto? —muestra, señalando la bolsita que saca del bolsillo.

—Guárdala.

Desde la altura que procura el edificio vemos la luz de un bar en la zona nudista.

Tenemos suerte, porque Peter Winston está sentado en un rincón de la barra, charlando con una camarera de piel oscura y arrugada por exceso de sol. Agradecemos inmediatamente no haber venido en pleno verano y que nos obsequiara con un desnudo integral.

Disfrutamos la expresión de alarma en el rostro de Peter Winston. No se alegra de vernos. Hace ademán de bajarse del taburete, donde parece aposentado con una rotundidad de efigie sobre su peana de mármol.

Lo rodeamos e invitamos con una mirada a la mujer para que ahueque el ala. No tenemos que insistir. Se va al otro lado de la barra y sube el volumen de un televisor que otorga al establecimiento un aire de solitaria frialdad.

—Ya les dije todo lo que tenía que decir —se defiende Peter Winston.

—¿Y quién dice que busquemos algo, Peter? Sólo queremos tomar una copa contigo. Que nos invites.

—Y una mierda.

—¿No serás escocés? Lo digo por lo tacaño.

—Soy inglés.

—Como Jack el Destripador —apunta Malasaña.

—Mira. No lo habíamos pensado. Pero si necesitamos un culpable, ¿quién mejor?

—Venga ya. Eso no hay quien se lo crea —se ríe Winston.

—¿Tú crees? Si aparece un cuchillito y alguna cosita de alguna de las víctimas. Si un policía con experiencia hace un informe bien completo.

—Tengo coartada.

—*Venga ya* —imita Malasaña—. ¿Qué coartada? ¿Con alguno de tus amiguitos de correrías?

—Bueno. Ya no quiero jugar más. ¿Qué quieren?

—Si mientes, ya sabes, mi amigo saca su bolsita y te vienes con nosotros.

—Hoy tengo testigos.

—¿Qué te apuestas a que no te ayudaría?

Peter Winston se lo piensa. Se muerde unos labios que, aunque húmedos de cerveza, tienen un aspecto reseco. Casi sucios. Lo mismo que sus dientes, amarillos. Con esa cara zorruna y su aire descuidado, bastaría ponerlo en una esquina con la mano extendida para que nadie se extrañara de otro pedigüeño. Huele a sudor.

—¿Quién es el tío de la máscara y del taparrabos de cuero?

Se sorprende de que sepamos tanto tan pronto. Pero lo acepta.

—Sé que es de por aquí. He hablado con él algunas veces, antes de las fiestas. Le llaman Robot. Robot por aquí, Robot por allá. Se lo dice Vicente. Y los demás también. Pero no sé su nombre ni dónde vive. De verdad. Lo juro.

—¿Dónde está?

—¡Y yo qué sé!

—Háblanos de la fiesta de las fiestas, Peter.

—¿Qué fiesta? Ya le dije…

—Estamos esperando. —Malasaña le empuja y cae sobre mi pecho.

Me repugna su contacto, así que le empujo y a Malasaña se le escapa el puño a su costado. Lanza un gemido lento y retorcido, como si el dolor le llegara lentamente. Su rostro se encoge y congestiona. Es una masa de carne arrugada y sudorosa. La mujer, discreta al otro lado de la barra, apenas vuelve la cabeza y luego continúa a lo suyo, ante la televisión. Ofrecen un programa de la BBC que debe ser muy divertido. Las voces y las risas colman el local.

—Peter, por favor. Queremos llevarnos bien. Todo el mundo sabe que lo sabemos. Todo el mundo sabe que todo el mundo habla con nosotros. Así que no tienes nada que temer. Y si no nos dices algo nuevo, como ya sabemos algunas cosas, vamos a ir a tu amigo Lapuerta y le vamos a decir que lo que sabemos nos lo has contado tú. Así que da igual. Te quedas jodido y sin negocio.

Resopla, se lleva la mano al costado izquierdo y lanza una mirada asesina a Malasaña, que no se deja impresionar. Le brotan gotitas de sudor de la frente. Inspira profundamente y luego coge un cigarrillo del paquete tirado sobre la barra.

—Vale. Pero no le digan que he sido yo. Si…

—Ya. Te quedas sin comisiones. *Don’t worry, be happy*.

Prende el cigarrillo y, como no invita, cojo uno. Un Lark que hace años que no pruebo. La mujer, desde el otro lado, vuelve la cabeza y nos observa fumar. Le devuelvo la mirada y se gira, no sin antes obsequiarme con un evidente gesto de desdén que aprecio en lo que vale.

—No me dejaron estar en esa fiesta. Conseguí una puta especial, del rumano.

—¿Cómo contactaste con él?

—A través de Bogdan. Al otro, al jefe, no llegué a verlo.

—¿Cuánto?

—Seis mil por cuatro horas.

—¿Por qué llevo el jefe a la chica, por qué no lo hizo Bogdan?

—Porque si no estaba el jefe, la chica no se hubiera dejado. Era demasiado duro. Le hicieron de todo. Menos matarla.

—¿Cómo era la chica?

—Guapa. Joven. No sé…

Busco en el bolsillo interior de mi chaqueta. Siento pudor cuando le muestro la fotografía del rostro muerto de Cristiana Stoicescu, como si

estuviera de algún modo mancillando su memoria, como si sólo que Peter Winston la mire le confiera una obscenidad insoportable. Esa fotografía que miro a escondidas a cada momento, mortificándome por no hacer justicia.

—¿Ésta?

Casi ni la mira. Sabía que era ella.

—Creo que sí.

Nos confirma lo que dijo Radu.

—¿Quiénes estuvieron en la fiesta?

—No lo sé. No me dejaron ir. Se lo he dicho. Sólo tenía que contratar a la mejor chica. Se lo dije a Bogdan. Él me enseño a la chica. Le dije que sí. Pero, por lo visto, ella se negaba. Por eso iría su jefe. Tal vez la drogaron.

—¿Quiénes estuvieron?

Hablamos casi en susurros para que no nos oiga la mujer.

—No habla español —nos tranquiliza.

—¿Quiénes, Peter?

—Vicente seguro. Los demás, no lo sé. Lo juro.

—Juras demasiado.

—Es verdad. No lo estoy engañando. No quiero que…

Malasaña le da un golpe en el hombro.

—Céntrate. ¿Cómo contactaron si tú no estabas por medio?

—Le dije a Bogdan que lo llamarían para llevarlos hasta el cortijo.

—¿Qué has oído de esa fiesta?

—Nada. Mutis total. Los chorras hablan de las otras fiestas, pero de ésa nadie comenta nada.

—Tienes que enterarte de algo más, Peter. Te deberemos un favor —miente Malasaña.

—¿Quién quiere favores vuestros?

Malasaña le suelta una colleja.

—Hay que tener amigos hasta en el infierno.

Aparco frente al Baria City Blues. Nos sorprende un cielo que quiere bajar hasta nosotros, pesado y gordo, de tonos tan oscuros como el que uno imagina un instante antes del Apocalipsis. Huele a tormenta. Huele a cielo furioso. Huele a viento. Aun así, no consigue hacer frío en este rincón del sur.

Mike cruza el local como una sombra y se pierde tras un recodo. Sus movimientos cadenciosos, que no lentos, parecen levitar sobre el suelo. Nos sentamos en nuestro reservado.

—¿Qué es? —pregunto cuando sale del rincón y se nos acerca.

—Sarah Vaugahm.

—Tiene una voz triste. Me pega.

—¿Algo de comer?

Asentimos y un momento después Mike nos trae unos entremeses y una tabla de quesos con unas cervezas heladas.

Malasaña se lanza a por la comida. He visto comer a muchos hombres, pero jamás podría imaginar que una naturaleza mínima como la de este hombre pudiera trasegar tanto. Su metabolismo es la envidia de todos los gordos del Universo. Apenas soy capaz de probar bocado desde hace semanas.

—¡Comisario!

La inspectora Galán nos observa con una cerveza en la mano. Era la persona escondida en el rincón. La invitamos a sentarse con nosotros.

—Sabía que éste es su refugio —dice.

También sabe que no voy a suponer que el encuentro es casual.

—¿Quién se lo ha dicho?

—López. Pero no se enfade con él.

—¿Por qué iba a enfadarme?

—Dicen que es un solitario. Sólo viene aquí con sus hombres. Con nadie más.

—Nunca voy a ninguna parte con nadie más.

—Se diría que es un hombre entregado a su trabajo.

—No lo soy. No tengo con quien ir.

Sin pretenderlo, nuestros ojos se encuentran. Ella no retira la mirada. Yo tampoco. Veo su rostro embellecido por la penumbra. No es una mujer guapa, pero el conjunto desprende un halo de gracia.

—¿Le apetece comer algo?

—Gracias.

La inspectora coge un trozo de queso y lo muerde poco a poco. Luego bebe de su cerveza.

—¿Y sus compañeros?

—En el hotel. Supongo.

—¿No debería estar con ellos?

—No es necesario todo el tiempo.

Bebemos lentamente. El tiempo parece haberse detenido. Mike nos observa desde la barra y cuando nuestras miradas se cruzan creo adivinar un destello de picardía.

—¿Qué le ha parecido nuestra cámara de los horrores? —pregunta Malasaña.

—La inspectora no está trabajando.

—Siempre estamos trabajando. Como usted. No sé de dónde vienen, pero sé que han estado haciendo algo.

—No estaba relacionado con el caso.

—También sé que usted ni come ni duerme desde que empezó todo esto.

—Me cuesta relajarme.

Con la excusa de pedir otra cerveza, Malasaña se levanta y va hasta la barra. Se queda allí, con Mike.

Mastica despacio. Pensativa. De cuando en cuando eleva los ojos mientras la observo, y sonríe sólo con ellos. Una sonrisa que arruga unas incipientes patas de gallo, pero que hace brillar los ojos de un modo que supone un regalo.

—Hay un límite a partir del cual el mal es incomprensible —dice.

Recuerdo que Mike dijo algo parecido. No sé qué responder.

—Sé que si dijera esto en otro lugar podría costarme el puesto. ¿Qué hace alguien que se confiesa incapaz de comprender el mal intentando profundizar en él para encontrar al culpable? Pero, realmente…

Creo adivinar cierto cansancio en su expresión.

—Creo que hay cosas que jamás podré comprender.

—Hay cosas que ninguno comprenderemos jamás.

—Me gustaría comentar algunos detalles del caso con usted.

—Podemos tener una reunión mañana, con sus compañeros.

—No. Ésa será otra reunión. Usted es el único destinatario de sus mensajes. Quiero que me diga qué piensa, aunque algunos pensamientos que le hayan pasado por la cabeza le parezcan estupideces que no puede comentar en una reunión profesional.

—No sé si estoy preparado para eso. Lo que pienso lo he puesto en los informes. Incluso lo último que se me ha ocurrido se lo he dicho también. Creo que intenta reproducir el mapa de los crímenes, en la medida de lo posible.

—No me refiero a cuestiones estratégicas. Me refiero a algo más profundo. Algo… casi espiritual.

Intento sonreír ante su presunción.

—No tengo ninguna relación espiritual con ese hijo de perra.

—Se equivoca. La tiene, aunque no quiera. Él lo conoce. Es usted importante para él. Por alguna razón lo ha elegido a usted para jugar la

partida.

—Porque soy el comisario. Necesitaba su Abberline.

—Puede ser. Pero no lo creo. ¿Ha visto cómo se dirige a usted? Debería llamarlo jefe, para hacer como el original, pero lo llama comi, como sus hombres.

—Se equivoca, nadie me llama comi. Mis hombres me dicen jefe.

Se queda callada un rato y luego señala la barra.

—¿Es amigo suyo?

—¿Quién?

—El camarero.

—No es un camarero.

—¿Qué es?

—Un personaje misterioso que se oculta en un sótano con música —bromeo.

—Curioso —dice la inspectora Galán volviendo su cabeza y haciendo rodar su melena sobre los hombros.

Mike y Malasaña hablan, oscuros y calmados, como dos amigos muy viejos que ya no tienen nada que simular. Envidio esa imagen y me gustaría sentirme como se sienten ellos en este momento. En cambio, me siento vulnerable y torpe, asustado y encolerizado, porque lo que la inspectora Galán ha expuesto en palabras ya lo sabía, con esa intuición oscura que presagia el mal y que Dios me ha dado para atormentarme.

r abrí en canal una puta
y seré tierno con la mía
¡ sublime contraste!!
ji ji ji ji

¡ horrible espera!!!
nos mal que me he entretenido lejos de casa
o no ha sido un trabajito a fondo. La puta no lo merecía
¡ lástima!
nmmm hummmm hummmmm

12

Encuentro a Malasaña escondido en un portal, ocultándose de una lluvia violenta y salvaje que parece querer acabar con todos nosotros y que no debe ser muy diferente de la que presenció Noé. Ya he visto unas cuantas de éstas desde que aterricé en esta tierra amarilla y dura. Cada dos o tres años se repite la misma historia sin que nadie haga nada por controlar sus efectos: una gota fría en las alturas que vuelve loca esa atmósfera aún caliente del último verano o del primer otoño. Todo el Levante parece que irá a parar al mar cuando corren las riadas violentas, de aguas gordas y furibundas, que arrasan con todo lo que hay. Cuando cruzo la carretera de Garrucha a Baria me encuentro con una rambla desbordada, a punto de saltar por encima del puente. Sólo un loco como yo es capaz de pasar por encima del puente, tan liviano que uno se pregunta cómo ha resistido hasta ahora. Me pitan los coches que se han detenido ante el puente y que vuelven a la costa para buscar una vía que no atraviese ramblas. El coche patina en el barro que el agua, borboteando en la rambla como si estuviera hirviendo, deja sobre la calzada del puente. Consigo atravesarlo y me encuentro una carretera sobrepasada de agua, encajada en un ámbito que, de ordinario tan extenso y vasto como el mar, ahora se encoge sobre sí mismo bajo un cielo grueso y brutal que parece poder tocarse con la mano.

Malasaña entra en el coche a toda prisa, chocando contra mí en su ímpetu por escapar de la lluvia.

—¡Maldita sea! —protesta—. Esto nos va a joder el día.

—Ni hablar.

Se quita una chupa que se ha puesto para protegerse de la lluvia. Tiene la cabeza empapada de agua y sudor.

—Una lluvia que parece que se va a hundir el mundo y un bochorno de la hostia. No lo entiendo. Es una locura.

—Así es esta tierra.

Lo he recogido a la entrada de la ciudad, ante el edificio cuadriculado en el que vive. Miro a lo lejos y unas cuantas manzanas más allá veo el edificio en el que vive Natalia. Hoy más que nunca parece la proa de un transatlántico azotado por la tempestad. Siento una nostalgia desolada.

—¿Ligó con la inspectora, jefe?

—La dejé en la puerta de su hotel.

Se ríe.

—Ya imaginaba yo que no iba a ligar.

—¿Por qué?

—Nunca lo he visto.

—Nunca lo he hecho.

—No es tan feo.

—Eso es lo que tú te crees. La costumbre.

Vuelve a reír. A mí no me hace ni puñetera gracia.

Los limpiaparabrisas no dan abasto a retirar el agua, de modo que apenas podemos ver a un palmo de nuestras narices. El coche se bambolea de cuando en cuando, al pasar por encima de algún chorro de agua que busca desesperado una alcantarilla que no podrá tragar tanta agua. En cualquier rincón, en cualquier esquina, en cualquier momento, encuentras una bolsa de agua que salta a los lados como un géiser. El coche vacila, resbala. Luego, milagrosamente, se pone derecho otra vez, más fruto de la casualidad que de mi habilidad.

—Nos vamos a matar, jefe.

—Así nadie podrá saber que no somos capaces de coger al desgraciado. No hay mal que por bien no venga.

—No quiero morirme sin la satisfacción de cogerlo.

Atravieso la ciudad, que parece temblar a merced de la tempestad.

—¿No vamos a la farmacia? —pregunta Malasaña.

—Creo que estará en la costa, donde tiene una parafarmacia. Dicen que está casi siempre allí.

—Pues entonces cambie de dirección. Si vamos por aquí nos podemos encontrar la rambla de la Alfarería desbordada. Por el camino de las urbanizaciones podremos llegar a la costa.

Salimos de la ciudad y atravesamos calles fantasmagóricas que aún no están acabadas, colmadas de baches en los que gime la suspensión del Golf como una bestia a la que golpearan. A falta de asfalto, para cubrir el expediente y engañar a la Administración, que se dejó encantada, alguien cementó estas calles que ya se sabía no iban a congregar transeúntes. A los lados, solares vacíos cuyo final no se adivina. Una ciudad que iba a construir miles de viviendas para no se sabe muy bien quién y que ha quedado en un quiero y no puedo tan ridículo que nadie quiere reconocerlo porque es el fracaso de todos.

Algunos solares están sembrados de plantaciones que ahora se anegarán de agua y barro y se pudrirán. Difícil es sacarle algo a esta tierra y, cuando por fin crees que lo vas a conseguir, vuelve la tempestad y ahoga las cosechas como se ahogó el mundo tras el Diluvio.

Dejamos atrás el hotel Acapulco y nos acercamos a la costa. En cotas tan bajas el estropicio ha sido inevitable. Calles enteras con medio metro de agua. Coches sumergidos hasta la ventanilla. Patios desbordados. Sótanos inundados. Casas enteras que parecen naufragadas y que uno teme sean arrastradas hasta el mar, cuya visión tan cercana parece apocalíptica. Negro, grueso, rugiente, amenazador.

Nos acercamos a una zona comercial situada en el nudo de una red de carreteras. Vemos el Jaguar de Lapuerta. Hay luz tras las cristaleras de la parafarmacia, repletas de todo tipo de productos para el aseo y el culto a esos cuerpos indomables que casi nadie consigue reducir.

Aparcamos al otro lado y nos disponemos a esperar. Hoy la mayoría de los aparcamientos están vacíos.

—Odio esperar —se queja Malasaña.

Abrimos la ventanilla un poco y fumamos. En unos minutos, el ambiente del coche es tan insoportable que hasta nosotros nos quejamos y tiramos los cigarrillos al asfalto.

—Lo peor de este trabajo son las horas muertas.

—Hay cosas peores.

—¿Qué?

—Dijo la inspectora que hay un punto a partir del cual el Mal le resulta incomprensible. Tiene razón.

—Yo no filósofo, jefe. Pero hay un punto más allá del cual me dan ganas de crucificar al que lo pasa.

Lo que hace el Destripador sobrepasa mi razón. Que ese Mal resulte banal a quien lo comete es un misterio que me provoca pavor. Y cólera.

—Matar gente es mucho más divertido que matar animales en el bosque, porque el hombre es el animal más peligroso de todos. Matar algo es la experiencia más excitante. Es mejor que acostarse con una chica —recuerdo de una forma vagamente literal.

—¿Cómo?

—Lo dijo el Asesino del Zodiaco en una de sus cartas a la policía. Supongo que quería decir que, en el fondo, matar para él no difería mucho de cualquier otra diversión excitante para otras personas: una fiesta, unas copas, un polvo, cualquier cosa.

A través de las cristaleras podemos ver a tres empleadas con sus batas blancas deambular de un lado a otro. Aburridas, ya que hoy ni un solo cliente atraviesa la puerta. De pronto, arrecia una ráfaga de viento y golpea el cristal una oleada de agua tan furiosa que ambos nos echamos hacia atrás como si fuéramos a recibir un golpe en nuestros caretos.

—Lo vamos a coger, jefe —dice con una voz lastimera que jamás le he oído a este hombre tan valeroso. Realmente tiene miedo. Miedo de no cogerlo —. No puedo imaginar que no lo cojamos.

—¿Sabes por qué cogemos a los criminales? —sé que no debería decirlo, pero hay algo que me impide detenerme—. Porque la mayoría son estúpidos. Cometen errores. Sus delitos apenas son planificados. O se traicionan unos a otros. O luego se divierten súbitamente enriquecidos. O tienen antecedentes. Cuando están fichados ya tienen medio pie en el trullo. Eso nos permite cogerlos. Los cogemos porque son estúpidos.

—Joder, cómo llueve ahora —comenta Malasaña—. Radu no cometía errores y lo hemos detenido.

—Porque has sido tú, sólo tú, o alguien como tú, quien podía hacerlo. Una dedicación absoluta y extrema. Y porque su red tenía demasiados cabos sueltos. Lo ha hecho bien, pero su suerte no podía ser eterna. Pero en este caso…

Volvemos a encender cigarrillos. Abrimos las ventanas a medias y un viento cargado de electricidad nos empapa en un segundo. Nos llega el olor a ozono, tan intenso que oculta cualquier otro.

—En cambio, el Destripador es astuto. Lo ha planificado todo. Desde el principio. No tiene cómplices, por lo que no tiene que preocuparse de posibles delaciones. Un hombre solo, sin antecedentes, puede cometer cualquier delito y tener muchas posibilidades de escapar.

—Pero ha de seguir un *modus operandi* y ahí la va a cagar, jefe. Seguro.

—Ojalá. Puede cambiar su modo de acción. O introducir las variantes que quiera. No debería haber asesinado a esa mujer en Almerimar. No está incluido el crimen entre los cinco que habitualmente se achacan a Jack el Destripador.

—Tal vez lo ha hecho porque no podía esperar. Eso quiere decir que está en tensión.

—No estoy seguro. Tal vez lo haya hecho sólo por divertirse. Para asegurarse nuestra atención y la de los medios.

—Su soberbia lo perderá, jefe. Ya verá.

—La soberbia es un pecado capital —recuerdo viejas lecciones que no sirvieron de mucho…

—La soberbia los pierde, jefe. ¿Ha visto a alguien soberbio que, en el fondo, no sea un capullo?

Media hora después la tormenta ha perdido algo de su furia. Vicente Lapuerta cruza la explanada con cuidado de no resbalar y con una chaqueta encima de su cabeza para protegerse de la lluvia. Sube precipitadamente al Jaguar y arranca. Sale lentamente, se detiene en un ceda el paso y cuando ya está en la carretera, lo sigo. Cruza la rotonda y se dirige a Garrucha.

—Como no haya línea, estamos jodidos —dice Malasaña.

—A ver si tenemos suerte por una vez —suspiro mientras descuelgo el móvil.

Tras varios tonos de llamada Vicente Lapuerta responde:

—¿Sí?

—Soy el comisario Carrillo.

La línea se colma de un silencio brutal, como el cielo que nos cubre. Aunque circula muy despacio reduce aún más la velocidad. Es imposible que con esa manta de agua y la escasa luminosidad pueda distinguir a los ocupantes de un vehículo que le sigue a cien metros de distancia.

—¿Qué quiere?

La voz no deja lugar a dudas. Un envoltorio de asco que contiene una dosis extra de odio.

—¿Dónde está Robot?

Vuelve a llenarse la línea de silencios.

—¿Cómo?

—Robot.

Lapuerta se piensa la respuesta. Tanto que varios segundos después, corta la comunicación.

Acelero y nos acercamos a su coche. Veo su hombro derecho que se mueve manipulando elementos del vehículo. Miramos el scanner, conteniendo la respiración y rezando para que sea lo que esperamos.

Efectivamente, Vicente Lapuerta está haciendo una llamada. Como por arte de magia, el teléfono al que llama aparece en la pantalla del scanner. Malasaña busca su móvil y hace una llamada. Sabemos que diez minutos después identificaremos ese teléfono y lo ubicaremos.

El Jaguar de Vicente Lapuerta entra en Garrucha, atraviesa medio pueblo y se desvía hacia el puerto, luego gira hacia las playas y se detiene ante la fachada amurallada de un chalé sobre cuyos muros se elevan palmeras y las ramas alicaídas de un sauce.

Antes de que tenga tiempo de salir del coche, entramos en él como una tromba.

Alarma, estupor, rencor. Ese rencor inconmensurable y sin consuelo que destilan algunas malas personas.

Intenta abrir la boca, protestar, gritar, pero el aire se le escapa al primer golpe seco, rotundo, sordo, que Malasaña le suelta en el costado.

Su gemido ahogado dura minutos. Se le llenan los ojos de lágrimas y luego, poco a poco, intenta respirar profundamente.

—Lo van a pagar —nos amenaza.

—Cuando acabemos contigo no te va a quedar un solo amigo. Ahórrate las amenazas.

Prendo un cigarrillo. Una nube de humo envuelve su cabeza. Tose varias veces.

—¡Cómo se preocupa por su salud! —digo.

—La salud de las chicas no le preocupa tanto —dice Malasaña.

—¿Qué quieren?

—Robot.

No tenemos que decir nada más. Y él lo sabe, aunque intenta un torpe juego.

—¿Qué…?

Lo dice mirándome a los ojos en el retrovisor. Dejo que vea cómo tiro la ceniza sobre la piel de los asientos.

—Seguro que le encantaría que esta piel fuera de una chiquilla. Lástima que no sea más que de vaca o cabra, ¿verdad?

—Lo van a pagar. Hasta la última.

—¿Te crees muy poderoso? ¿Porque tienes amigos influyentes? ¿Porque tienes dinero? Me paso tu dinero y a tus amigos por los cojones —le escupe Malasaña.

—No hace falta ser tan explícito, agente —digo—. El señor Lapuerta sabe que no va a tener ni un solo amigo después de esto. Ni siquiera Robot.

Hace un gesto inesperado, un gesto de desesperación que no esperaba de su odio gélido. Intenta abrir la puerta para escapar. Pero Malasaña es mucho más rápido. Le golpea con los nudillos en el muslo y eso basta para detenerlo

en seco. Vuelve a tener dificultades para respirar. Como todo verdugo, soporta mal el dolor.

—Saca la bolsita mágica.

Malasaña enarbola una bolsita que saca de su chupa.

—Metanfetamina, Speed, éxtasis y viagra —le explico.

Malasaña busca un compartimento con tapa que hay bajo el asiento del acompañante. Coloca la bolsita. Luego, le hace un par de fotos con el móvil.

—Bien, Vicentito —le digo—. Se han acabado las chorradas. O nos dices dónde está Robot y quién era el tío que hacía de Jack el Destripador en la peli o habremos encontrado estas drogas en tu coche. Por supuesto, también queremos el vídeo.

Puedo oler el sudor frío de Vicente Lapuerta. Todos los pervertidos muestran un aire desvalido y patético cuando se les delata. Puedo oír los mecanismos de su sucio engranaje mental. Sopesa pros y contras y, finalmente, como no podía ser de otro modo en un tipejo como él, se decide a hablar.

—Damián Arbor Lachas. Vive en las casas prefabricadas que hay junto a la autovía.

—Eso ya lo sabemos. No está allí. ¿Dónde se esconde?

Se muestra sorprendido de que lo sepamos. Marcos Atienza no le ha contado nuestra amistosa charla.

—¡¡¡Yo qué sé!!! —grita poseído.

—¿Quién era el otro tío? ¿El alto vestido con capa y sombrero de copa?

—¿Cómo…?

Que sepamos tanto no le cuadra. Le descompone el gesto.

—Verse implicado en los crímenes no le va a sentar bien, Vicente. Seguro que nadie irá a comprar a sus negocios. Lo voy a señalar con el dedo como sospechoso de encubrimiento.

—¡¡¡No puede hacer eso!!! ¡¡¡Yo no sé nada de eso!!!

—¿Quién?

Malasaña le pone la pistola en la boca. Lapuerta llora como una niña. Se coge la cabeza con dos bracitos cortos y patéticos. Empieza a oler mal. Su miedo apesta.

—No lo sé. No sé quién es. Sólo Damián puede saberlo. Ese tío llegó enmascarado y se fue igual —consigue decir—. No abrió la boca. Hizo el numerito y se largó.

Malasaña me mira y asiento. Concuerda con lo que dijo Radu.

—¿Robot lo conoce?

—¿Si no lo conocía, cómo iba a aparecer allí? —pregunta como si yo fuera estúpido.

—El vídeo. Quiero el vídeo. Ya.

Lapuerta asiente. Solloza.

Volvemos a la parafarmacia, Malasaña conduciendo el Jaguar de Lapuerta.

Entramos en su despacho, entre las miradas curiosas de las empleadas. El rostro de su jefe no deja lugar a dudas y callan. Lapuerta busca una caja de medicamentos situada en una estantería y nos entrega un *pendrive*.

—Es una representación. No pasó nada —se defiende.

Una calle empedrada y húmeda. Una pared de ladrillos. Una ventana cegada. Una farola de gas. Penumbra. Una fulana fuma un cigarrillo apoyada en la esquina. Viste ropas de hace cien años.

Se oyen pasos. Tacones. Toc toc toc. Lentos.

Desde la oscuridad, surge la espalda de un hombre. Usa sombrero de copa y capa negra.

La mujer llama su atención. El hombre se detiene. Ella se contonea a su alrededor. Le toca el brazo, el hombro. La espalda. Eleva su cara y vemos, por primera vez nítidamente, el perfil de Cristiana Stoicescu. Simula una sonrisa. Grotesca. La droga borra sus facciones. Entumece su expresión. El hombre se mueve. Ahora está de perfil. Luego, mira a la cámara. Una mirada negra tras una máscara terrorífica.

Tras demorarse en la mirada a la cámara, vuelve la cabeza lentamente hacia la mujer. Ella se apoya en su pecho. Se ciñe a él. El hombre saca un billete y lo introduce en el pecho de la mujer. Ella ríe. Lo invita a seguirla de la mano. El hombre mira a su alrededor. Abraza a la mujer por la espalda. La mano izquierda en los pechos. Se giran. Buscan la cámara. La mujer, menuda ante el hombre de negro. El rostro turbio de la mujer. La máscara. El hombre extiende el brazo derecho con un movimiento que hace ondear la capa. Brilla un cuchillo en su mano. Luego, con el gesto de un violinista, acerca el cuchillo al cuello de la mujer y corta. Un tajo seco. Luego, otro. Inerte en los brazos del hombre, la mujer deja caer su cabeza. El hombre tiende el cuerpo en el suelo. Una mancha de sangre comienza a brotar junto a la cabeza de Cristiana Stoicescu. El hombre se arrodilla junto a ella. Como si fuera a adorarla. Corta las ropas de la mujer y muestra su cuerpo desnudo. El hombre simula cortar y extraer. Cortar y extraer. Cortar y extraer.

Fundido en negro.

También nosotros nos quedamos en silencio un rato.

El vídeo que hemos visto tiene por título: *El Destripador*. En el *pendrive* que Lapuerta se ha visto obligado a entregarnos había otros muchos: *Portero de noche*, *Tesis*, *Eyes Wide Shut*, *El imperio de los sentidos*, *Historia de O*, *Asesinato en 8 mm*, que fue la primera que vimos.

Lapuerta ha reconocido que, además de las orgías con los colegas, de vez en cuando hacían una *noche de teatro*. Noches especiales a las cuales sólo asistían unos cuantos invitados. Robot se encargaba de prepararlo todo y él de elaborar los guiones. No ha querido identificar a quienes acudían a esas fiestas, siempre enmascarados. Algunos podrían toserle encima, comisario, me ha dicho.

La primera fue la representación de *Asesinato en 8 mm*. Se le ocurrió a Robot. Por eso en el vídeo aparecía mucha más gente. Cuando la vio, se le ocurrió que podrían hacer esas pantomimas con otras películas y con amigos más selectos. Jura y perjura que nunca pasaron de la mera representación.

Nos tragamos todos los vídeos. No vuelve a aparecer ningún hombre que se parezca al actor que interpreta al destripador. Pero nos revuelve las tripas ver cómo las mujeres contratadas lamen las botas de burdos uniformes de las SS a los Lapuerta y compañía.

Informamos a los de Madrid. Visionan la grabación del Destripador. Luego, las demás. La envían a analizar. Un programa de antropometría permite deducir que el actor que interpreta al Destripador mide en torno al uno ochenta y cinco.

La tierra parece haberse tragado a Robot. Ahora que tenemos su descripción, Malasaña confirma que es el hombre que llevó a Cristiana Stoicescu a la pensión El Desfiladero. Ha sido reconocido por los dueños y una empleada.

Nos llega otro informe sobre el análisis de los signos esotéricos utilizados por el asesino. No añade nada nuevo a las explicaciones que nos proporcionó don Silverio Carranza.

Nada ha proporcionado a la UCO el seguimiento de Jeofrey Hunt, excepto confirmar que es un borracho y un pervertido. Según el Lila, el detective se comporta como tal. Busca, huele, pregunta.

Fallaron las vigilancias por saturación, la investigación puerta a puerta, la búsqueda masiva de furgonetas, el rastreo de antecedentes, la indagación de

matanzas de perros o de compras de cerdos, los visionados de vídeos de las calles.

Hemos fracasado en todo.

No tenemos nada.

—Estas fiestas no tienen nada que ver con el Destripador, comisario. Sólo eran juegos de pervertidos. Representaron al Destripador como habían hecho una representación de *Asesinato en 8 mm* o de *Portero de noche*. Los actores que salían en estas películas no han matado a nadie. ¿Por qué íbamos a pensar que el que representó al Destripador comenzó a asesinar como él semanas después? Es una tontería.

Condescendiente, la inspectora Galán admite:

—De todos modos, si usted trae al hombre, lo interrogaremos.

La inspectora mira por la ventana de mi despacho con los brazos cruzados. Se trata de un atardecer turbio, de tormenta impresionante que ha pasado y deja atrás su desolación. Aún hay nubes gruesas y amenazadoras en el cielo. Una ráfaga de viento estrella gotas de lluvia contra la ventana. La calle está desolada y un caño de agua se abre paso junto a la acera buscando un desagüe. Dos hombres salen bajo los soportales a fumar y mirar el cielo. Uno de ellos viste un peto de carnicero.

—El primer sospechoso fue un matarife —comenta.

—Lo sé.

—¿Cree que lo cogeremos?

—Hoy todos nos preguntamos lo mismo. Ha habido demasiados asesinos en serie a los que nunca se descubrió.

—¿Sabe por qué Jack el Destripador es un mito?

—Dígamelo usted.

—Porque fue el primero al que los periódicos dieron tanta publicidad.

—Es un mito porque jamás justificó sus crímenes —replico.

Se queda callada y se muerde el labio. Su rostro es atractivo por esos ojos grandes y oscuros que miran con una franqueza que desarma.

—Me aterra no cogerlo —dice.

—Todos cometen errores —miento para animarla.

—Hasta ahora no ha cometido ninguno. Hasta el punto de que la única pista que dejó fue para burlarse de nosotros.

—De mí.

—¿Cómo consiguió esa colilla?

Me encojo de hombros.

—En la calle… En una cafetería… Bastaría haberme seguido un rato para conseguirla.

—¿Fuma mucho?

—Demasiado. Pero no es momento para dejarlo.

Sonríe.

—No. No es el momento. Cuando no se tiene nada, como ahora nosotros, sólo hay algo en lo que podemos confiar. El perfil.

Recuerdo el perfil remitido desde Madrid. Me pregunto si lo elaboró ella. Y los perfiles que he leído en las últimas semanas: el de la UCO, el de algún psiquiatra que se ha atrevido en foros. Casi todos coincidentes.

—Cualquier perfil que hagamos podría ser desmentido en un instante.

—Es organizado —comienza ella. Hace una larga pausa—. No es, desde luego, un psicótico. Es un psicópata. Tiene cierta edad, porque es demasiado concienzudo. Pero no demasiado viejo, porque es fuerte. Creo ver mucha adrenalina en sus crímenes.

Es un pensamiento en voz alta. La dejo hablar, suponer, sospechar, imaginar. Tal vez tenga una intuición certera.

—Alrededor de cuarenta años. O más, incluso. Cierta cultura, como demuestran los lugares elegidos y las simbologías que utiliza.

—Eso puede leerlo cualquiera que busque un poco por internet.

No hace caso y continúa:

—Estoy convencida de que es alguien solitario.

—¿Por qué?

—Porque ha necesitado paciencia para preparar estos crímenes. No podría haberlo hecho con alguien esperando en casa.

—Gary Rigway, el Asesino de Río Verde, mató a cincuenta mujeres y volvía a casa tan tranquilo. Y, además, era un ignorante.

No me discute, pero tampoco rectifica su opinión.

—Es de aquí, no me cabe duda. Conoce muy bien la zona. No estoy segura, pero juraría que tiene un buen nivel económico y un lugar amplio y solitario donde trabajar y preparar sus crímenes.

—No sería estrictamente necesario.

Me mira con cierta prevención. Luego vuelve la cabeza hacia la lluvia.

—Sí lo es. Tiene a las mujeres retenidas algún tiempo antes de matarlas.

—Le bastaría con una furgoneta.

—Demasiado concienzudo para trabajar sólo en una furgoneta. No lo imagino así.

Hace una pausa, un largo suspiro. Una inspiración profunda que eleva su pecho. Expira lentamente.

—Es alguien conocido. Lo conoce —dice, girándose y mirándome fijamente.

Me viene a la mente su burla: «mirarás, mirarás, pero no me verás».

—Me conoce todo el mundo. Es una ciudad pequeña.

—Debe haber algo más. Lo ha elegido a usted para comunicarse.

—Y a los periódicos.

—Pero los mensajes íntimos son para usted. Sólo ante usted se presenta como realmente es. Lo ha conocido alguna vez, comisario.

Se gira y se coloca frente a mí, tan cerca que puedo oler su perfume; puedo oler su pelo, puedo oler su aliento. Todo me gusta. Lo que dice no me gusta.

—Piense en ello. Porque está jugando una partida de ajedrez y usted es su oponente. Lo ha elegido por algo.

El teléfono al que llamó Lapuerta se ha activado. Esperamos hasta cuadrar las llamadas. Robot está en la ciudad.

Aún llueve cuando salimos en el Golf desde el garaje de la comisaría. Ya no cae agua con aquella violencia salvaje. Pero se pueden ver sus estragos a cada paso. Hacemos saltar el agua estancada de cada charco. Se huele a ozono y a turbiedad, como si la violencia con que ha sacudido la ciudad hubiera hecho aflorar sus miserias. A medida que la lluvia se hace más lenta y misericorde uno tiene la sensación de asistir a la paz oscura que sucede a la batalla. Empieza a salir gente a las calles. Vemos a muchas personas con botas de goma intentando achicar agua de sus patios, de la entrada de sus casas, de los sótanos. Una corriente de barro cruza la calzada en cada calle, allí donde encuentra la inclinación más severa para satisfacer a la gravedad. Cuando abandonamos la ciudad vemos campos desolados, encharcados. Algunas parcelas parecen piscinas de aguas gordas y sucias. Lagunas insospechadas se han formado en cada hondonada. Vemos ramas rotas, arbustos arrancados con raíces incluidas, cañas, restos de sillas, de vallas, arrastrados por la fuerza del agua en las correntías. De cuando en cuando, un perro, una oveja, una cabra, plácidamente mecidos por la muerte. Vemos coches ahogados y casas cuyo techo no ha podido resistir la embestida. A lo lejos, aún se oyen algunos truenos y los relámpagos llegan como *flashes* ya

mínimos, como si la bestia se alejara, hastiada de tanto daño. El mundo parece despertar después de una catástrofe.

Poco a poco el tráfico comienza a fluir, lento y apesadumbrado. Alcanzamos la autovía y giramos al sur. Conduzco despacio unos minutos, como si temiera llegar a mi destino. Pero esta vez Malasaña no dice nada, como si algún presagio confuso lo asaltara también a él. La inspectora ha echado por tierra nuestra esperanza de que el tal Robot sea el hilo que nos conduzca hasta un asesino capaz de representar un papel y luego hacerlo suyo semanas después asesinando del mismo modo.

Tomamos un desvío y salimos por una vía asfaltada que nos conduce hasta el campamento de casas prefabricadas y caravanas. Casas mínimas, de chapa, que han de ser un horno en verano y un congelador en invierno. Todas chorrean agua de sus tejados planos. Se ve gente deambular de un lado a otro, sin demasiado énfasis en ninguno de sus gestos, como si lo que hayan de hacer para combatir el agua caída sepan que no será demasiado útil.

El campamento se extiende sobre campos encharcados. Calles de tierra que alguna vez conocieron un asfaltado de cemento que se han comido la intemperie y el tiempo. Dejamos el coche a la entrada. La Policía Local nos ha informado de cuál es la caravana de Robot.

Se cierra la noche. Nos llevamos las manos a la cadera. En la otra, una linterna. Malasaña da una vuelta y comprueba que no hay otra salida. Llama a la puerta. Yo me quedo alejado un par de metros, observando si hay movimiento en el interior, pero las luces están apagadas y las cortinas no se mueven. Malasaña vuelve a golpear la puerta. Pasan los segundos y no se oye más que el viento que ha dejado la tormenta tras su paso.

De repente, se abre la puerta. Hacemos un gesto brusco para sacar las pistolas, pero el hombre muestra sus manos desnudas. Igualito que en las fichas policiales. Uno setenta, un busto brutal esculpido gramo a gramo en gimnasios y unos brazos del calibre cincuenta. Sólo lleva unos pantalones cortos.

—¿Qué pasa?

—Policía. Venga aquí —ordena Malasaña.

Robot se queda quieto.

—¿Qué quieren?

—Hablar contigo.

—¿De qué?

—Ya te ha advertido Lapuerta.

Suspira y baja el peldaño hasta colocar los pies desnudos en el suelo embarrado.

—Vaya mierda —resopla, aceptando la molestia.

Nos esperaba. Su falta de temor acrecienta mi desengaño. La inspectora tiene razón. Alimentaba la esperanza mientras Robot estaba desaparecido. Si sabe quién es el Destripador no puede estar esperándonos en su casa tranquilamente.

Introduce la mano en el interior de la caravana y la saca con un cigarrillo y un mechero. Se sienta en el escalón.

—¿Qué pasa? ¿Todo este jaleo por una puta a la que se pagó muy bien?

Enciende el cigarrillo, que no sólo contiene tabaco. Malasaña hace un gesto para quitárselo de una patada en la boca, pero mi mano lo detiene a tiempo.

—No fue un servicio normal. Hubo violación.

—¡Y una mierda!

—Y secuestro.

—¡Venga ya!

Damián Albor Lachas, natural de Baria, cuarenta años, antiguo legionario. Con antecedentes policiales por tráfico de hachís, por contrabando de mercancías robadas y por agresión sexual. No tiene, sin embargo, más antecedentes penales que una condena por agresión a su pareja en 2005. Tiene a su nombre una furgoneta Opel y una vieja casa en la parte noble de la ciudad que está amenazada de ruina, heredada de sus padres.

—Si nos hablas de las fiestas, tal vez podamos hacer un trato contigo —le propongo.

Levanta la cabeza y me mira. Malasaña le enchufa la cara con una linterna y vemos un rostro que no ha envejecido bien. Detrás de sus arrugas y de su tez demasiado morena hay muchos excesos. Pelo cortado al uno, como un militar. Tiene un cráneo grande y cuadrado, con los huesos muy marcados. Cuando uno ve ese cráneo, ve un arma, no una cabeza pensante. Uno tiene el temor de que va a embestir.

—Tienen los vídeos, me lo ha dicho Vicente. Tienen la información. No tengo nada que decirles y no soy un chivato.

—Un chivato delata a sus amigos. Si no son amigos, no es un chivato.

—¿Quién dice eso?

Está empezando a cansarme con su aire despreocupado, con su desprecio.

—A ver si te lo dejo claro. Acusación de secuestro y violación o me das el nombre del tío que hacía de Jack el Destripador.

—Ni puta idea.

Veo que Malasaña mira a su alrededor con cierto disimulo. Sé lo que va a pasar a continuación. Y no lo impido. Robot no puede gritar, porque el puñetazo le ha alcanzado en el cuello. Casi se traga el canuto, que le quema el labio. Su silencio y la congestión que le sube al rostro no mienten. Vemos cómo se hinchan las venas de su cuello como las de un cantaor y cómo sus dientes rechinan con un ruido sordo de sierra mal afilada. Sus ojos saltan de las órbitas, lacrimosos. Se lleva finalmente ambas manos al cuello y resopla como un sumidero que por fin se desatasca. Cuando es consciente de lo que pasa, ya tengo la Glock en la mano. Así que calla y sufre un rato.

—Debes mostrar más respeto. Somos las fuerzas del orden —le digo.

Y luego, dirigiéndome a Malasaña:

—¿Has traído la bolsita de los milagros?

Malasaña muestra una bolsa llena de polvo blanco.

—No pueden… —comienza por fin a poder articular palabras, pero un gemido de dolor lo interrumpe.

—Sí podemos. Pregúntale a tu amigo Lapuerta. El tío que hacía de Jack el Destripador. Ya.

Se queda un rato callado, tomando aire. Tomamos algo de distancia porque por un momento pensamos que nos va a atacar, pero finalmente dice:

—Llamaba a un tío en Almería. Uno que se dedica al teatro. Le decía lo que necesitaba y él me enviaba un tío o dos para las representaciones. Ni puta idea de quién era ese tío.

Malasaña le suelta otro golpe antes de que pueda siquiera intuirlo.

Dejamos a Robot en comisaría a manos de Martín, que nos interroga con esos ojos redondos enmarcados en una engañosa cara de adolescente eterno.

—¿Nos llevará hasta él?

—¡No!

Malasaña tiene un sofá en su despacho y se queda tirado en él. No quiere ir a su casa. Ya se avecina el día y todos estamos tan nerviosos que saltamos como gatos acorralados.

Mientras lo traíamos, Robot sólo ha abierto la boca para explicarnos que se largó nada más conocer el asesinato de la chica por miedo a que lo relacionaran con ella.

—Soy un tío cojonudo para encasquetarle el muerto —se justifica.

Ha vuelto cuando Lapuerta lo ha convencido de que sólo lo buscábamos por los vídeos.

—Los vídeos me sudan los cojones.

Como no puedo dormir, bajo al cuarto de los horrores y me encierro allí un buen rato, entre las miradas acusadoras de las víctimas, entre las visiones horrendas de los cuerpos mutilados.

Mary Ann Nichols - Cristiana Stoicescu

Annie Chapman - Diana Carolina Mieles

Elizabeth Stride - ¿???

Caterine Eddows - ¿???

Mary Kelly - ¿???

Miro las fotografías antiguas. Las comparo con las actuales. Me enfrento al horror.

Quiero impregnarme aún más de ellas, que penetren en mi mente como una enfermedad. Aunque sé que ya me poseen, que no puedo mirar sin verlas, sin sentirlas a mi lado, sin oír sus voces sollozantes, sus gemidos, sus ecos del Más Allá, reclamándome Justicia, clamando Venganza.

Guardo la esperanza de que Robot mienta. Ha dicho que no sabe quién es. Otro tío más que enviaban desde Almería. Ni se fijó en él. Ya sabía lo que tenía que hacer. Todo estaba preparado. Llegó en moto hasta la casa, con el casco puesto, y luego se largó igual. Sin abrir el pico.

Comprobarán quiénes son esos actores los compañeros de Almería. Si ese día la compañía teatral envió alguno.

He dado orden de que comprueben las cámaras de toda la comarca esa noche. Que busquen motoristas circulando en cincuenta kilómetros a la redonda.

Camino por los pasillos del sótano hasta la celda del rincón, la más ínfima, oscura, húmeda y sucia que hemos podido proporcionarle. En la que tuvimos a la mujer de Radu. Y a Bogdan. Me planto ante la puerta metálica y dejo que el silencio y su presencia me impregnen y lo único que descubro es un silbido ronco y unos leves ronquidos. El mal duerme plácidamente. Sin remordimientos, sin culpa, sin angustia. ¡¡Qué fácil y sencillo!! ¡¡Qué complicado y duro el bien!!

De pronto, los silbidos se detienen, los ronquidos se interrumpen. Siento que está ahora al acecho, como yo. Entonces comienzo a oír su risa. Una risa siniestra, je je je, al otro lado de la puerta. Siento un acceso de calor, de ira, de rabia, de indignación. Me veo sacándolo a rastras y llevándolo a un lugar muy recóndito, jugando a la ruleta rusa con su cabeza y jurando que en el momento

en que suelte un nombre le pegaré un tiro y lo tiraré allí donde la corriente sea más gruesa para que lo lleve hasta el mismísimo Infierno.

Me pregunto por qué lo odio tanto. Y entonces lo comprendo. Sé que miente. Huelo la razón de su vuelta a la ciudad. Él ha de saber quién es el hombre de la capa. De lo contrario, nada tiene sentido.

Doy un puñetazo en la puerta y las risas arrecian. Vuelvo a la habitación del pánico. Entre ellas. Buscando una paz violenta que he perdido en la oscuridad de ese pasillo donde hemos encerrado al robot sin corazón.

Sé ahora que el Destripador es el hombre alto de la capa y el sombrero de copa. El hombre de la máscara en el rostro. Sé que es inteligente y perverso como jamás he conocido a nadie. Sé que es más listo que yo. Sé que sólo puedo ganarle por la voluntad de hacerlo. Sé que pronto nos pondrá otra vez a prueba y tiemblo de terror al pensar en un nuevo fracaso. Estará toda la ciudad vigilada, pero él no se dejará engañar. Utilizará el mapa de los crímenes según su propia interpretación y asesinará allí donde pueda salir impune.

Desde esta noche hay vigilancia en los lugares donde habitualmente se apostan todas las prostitutas de la provincia. Pero nada le impedirá encontrarlas en cualquier otro lugar. Tal vez las tenga ya en su poder. Todo me parece poco para evitar lo que va a pasar y todo me parece excesivo porque sé que nada lo detendrá.

Me planto ante el mapa de Whitechapel y el de la comarca de Baria. Uno al lado del otro. Ambos cruzados por líneas rojas y números en los lugares donde cometió los crímenes el original y donde esperamos que cometerá los que se avecinan. Veo el mismo dibujo, los mismos números y la figura geométrica que aparece antes mis ojos no significa nada. Un dibujo aleatorio y caprichoso. Además, del tercer al cuarto crimen pasó de casualidad, porque en el tercero fue interrumpido y no le dio tiempo a hacer el trabajo. Enfadado, buscó otra mujer al azar, en cualquier lugar.

Apago la luz. Completa oscuridad. Pero las sigo viendo. Su presencia en blanco y negro, sus ojos opacos y sus rostros devorados por una muerte terrible y sin sentido. Los rostros deformados, adormecidos, de Cristiana Stoicescu y Diana Carolina Mieles. Me dejo mecer por el miedo. El terror y el cansancio me nublan la mente. No puedo pensar. Pero es entonces, cuando estoy a punto de caer a un lugar muy oscuro y solitario, cuando me vienen a la mente las palabras de Pincus: maltrato infantil asociado a daño cerebral y enfermedad mental. Y me maldigo por no haber buscado sucesos en los que se vieran involucrados niños hace veinticinco o treinta años.

Agacho la cabeza y pido perdón a las víctimas. A todas ellas. Y me digo que no buscamos bien, que tal vez no consten en archivos policiales o judiciales. Tal vez sólo podamos encontrarlos en la memoria de quienes vivieron entonces.

go que cambiar, comi
ciudad es muy pequeña
is crímenes muy grandes
a ja ja ja jajajajajajja

nso en ti, comi
ntras las degüello
ntras las rajo
ntras las destripo
agggggggg

30 de septiembre

13

Tenemos más de doscientos hombres en activo. Y se ha unido a la vigilancia una avalancha de agentes en la reserva. Nadie bien nacido quiere dejar de colaborar.

Realizamos el despliegue a las diez de la noche. En menos de cuatro horas actuará.

Ordenamos a las patrullas ciudadanas que esta noche no salgan a las calles.

Hemos buscado desapariciones de mujeres en cien kilómetros a la redonda. Aún no hay ninguna, lo que alimenta nuestra esperanza.

Nos hemos reservado la vigilancia del Barrio del Arcángel, que coincidiría en una superposición imaginaria con el lugar donde atacó a Elizabeth Stride. Se trata de un barrio sórdido donde se hacinan pobres de solemnidad, inmigrantes ilegales, drogatas, vagabundos, que llaman casa a cuatro paredes a punto de caerse con ventanas tapiadas con cartones. Tenemos hombres escondidos en algunas casas. Otros soportando humedad y mugre en chabolas hace unos días inundadas por el agua. En las calles no se reconoce el asfalto, son terreno embarrado. Los campos circundantes, áridos y abandonados, se cubren de cañaverales, chumberas y cactus.

Nos escondemos en una colina desde la que abarcamos todo el barrio. Observamos con prismáticos nocturnos a las dos agentes que hacen la calle. Otras treinta agentes femeninas, que se han ofrecido voluntarias a servir de cebo, hacen lo mismo repartidas por toda la ciudad.

—Cumplirá el plan —susurra la inspectora Galán, que se ha unido a la vigilancia con Malasaña y conmigo.

Creo que su superior la deja estar cerca de mí porque sabe que me cuesta menos hablar con ella. Encantos de mujer.

—Ni una desaparición en toda la provincia. No me lo puedo creer —comenta Malasaña, mirando su móvil una y otra vez por si hay algún mensaje.

—Tiene a las mujeres ya —sentencio.

—¿Por qué lo dice? —salta la inspectora Galán.

—Porque no va a meterse en la boca del lobo y porque no va a arriesgarse a no encontrarlas. Que aún no se haya denunciado su desaparición es de

esperar. Habrá escogido pobres infelices a las que nadie echa de menos en mucho tiempo.

Los minutos avanzan lentamente. Al filo de la medianoche saltan los mensajes: detenido un tipo disfrazado de Jack el Destripador. Un momento después, varias mujeres vestidas de época han sido retiradas de las calles. Más tarde, otros diez tíos disfrazados de Jack el Destripador han salido de una fiesta alborotando varias calles del centro. Una hora después lo sabemos: al menos, tres fiestas donde sólo se podía acudir con disfraces del Destripador para los hombres y Polly Nichols para las mujeres. En el centro histórico. En la City. En el Albaicín. Dos horas de caos y de ruido. Diez tíos detenidos con sus estúpidos disfraces. Gritos, quejas, alboroto, carreras. Los disfraces han provocado el terror entre los vecinos. Muchos agentes han tenido que abandonar sus escondites para restablecer el orden y despejar las calles.

La tensión en el interior del coche aumenta. La inspectora no soporta el humo de los cigarrillos y sale a la intemperie. La veo cruzar los brazos para protegerse del fresco.

Otra detención. Un imbécil inofensivo ha querido contratar una prostituta a la entrada del hotel Baria. Más tarde, una trifulca entre tres agentes que realizaban labores de vigilancia en la zona de Puerto Rey y un par de vecinos que no habían acatado la orden de quedarse en sus casas.

Confirmo que en la City todo está tranquilo, tras haber disuelto la maldita fiesta. El centro comercial de la ciudad, por el nombre con el que es conocido, podría ser un lugar elegido por el asesino. A Catherine Eddows la asesinó en La City de Londres, huyendo de Whitechapel, donde alguien estuvo a punto de descubrirlo cuando asesinó a Elizabeth Stride.

Un mensaje de López:

> *Denunciada la desaparición de una prostituta en Murcia. Desapareció hace veinticuatro horas.*

—La primera.

Oímos nuestras respiraciones un buen rato.

Cerca de las dos de la madrugada, cuando sabemos que ya debe haber actuado, el desaliento nos gana.

—No lo va a hacer aquí —confirma Malasaña, con una rabia amargada.

No tenemos ánimo para replicar. Puede estar destripando a una mujer en este instante.

Otro mensaje de López:

Segunda mujer desaparecida. También ayer. También en Murcia.

—Anoche fue de caza —sentencia la inspectora.

En ese momento, en mi teléfono suena un mensaje de wasap:

Qué piensas mientras juego con mis putitas, comi? ji ji ji ji ji

Muestro el móvil.

Nuestro fracaso se escribe con lágrimas en los ojos.

El primer cuerpo aparece a menos de un kilómetro de donde estábamos apostados vigilando el Barrio del Arcángel.

Lo ha encontrado un agricultor junto a una caseta de riego.

—Esta vez es una magrebí, jefe —dice un agente cuando nos acercamos.

Una eslava, una sudamericana, una magrebí. ¿Qué nos esperará a unos kilómetros de aquí? Sabemos que el otro cuerpo estará terriblemente mutilado porque éste no lo está, lo que significa que ha sido la primera de esta noche. Su Elizabeth Stride.

Es una mujer menuda, cuyo rostro, a pesar del martirio, muestra unos rasgos serenos. El cabello negro rodea su cabeza como un aura de mal presagio. La sangre que brota del tajo que ha abierto en su cuello rebosa hacia un lado por un ligero desnivel del terreno, casi sin tocar el cuerpo. Tiene abiertos los primeros botones de una blusa azul, que muestran el inicio de un pecho que fue voluptuoso. El cuerpo está ligeramente inclinado hacia su izquierda, la cara mira hacia la caseta de riego sobre la que descansa la luz que nos ilumina tristemente. Tiene las piernas encogidas, con las rodillas apuntando hacia arriba y los pies apoyados en la pared.

—Es una réplica casi perfecta —afirma la inspectora Galán—. Mira su mano —dice, inclinándose sobre el cadáver.

Efectivamente, como en su día Elizabeth Stride, la mujer sostiene en su mano izquierda, entre los dedos índice y pulgar, un paquete de caramelos para el aliento.

Oímos vehículos que se acercan y, cuando esperamos a un grupo de agentes y a los de la científica, comprobamos que son periodistas. Esta vez han volado. Alguien ha dado el chivatazo tan rápido que ni siquiera permitirán trabajar tranquilos.

Varios agentes les salen al paso.

—¿Cómo se llama este lugar? —pregunta la Inspectora Galán.

Ni Malasaña ni yo lo sabemos, pero un agente joven que permanece más alejado, dice:

—El hombre que la ha encontrado dice que se llama La Pieza del Diablo.

Nos miramos y sabemos en ese momento que podríamos haberlo previsto. Me maldigo por no haberlo hecho.

—No lo ha escogido por casualidad.

—Estábamos donde teníamos que estar, comisario —me consuela inútilmente la inspectora Galán.

Cinco minutos después nos dirigimos hacia donde ha aparecido el segundo cuerpo. El hotel Caravan es un hotel de dos plantas junto a la autovía, con un servicio de gasolinera, en medio de extensos campos de cultivo. A diez kilómetros de la ciudad, es un punto de parada de turistas que van de paso, agricultores y obreros. También es un nidito de amor para parejas que buscan cierta discreción.

Hay periodistas alrededor de unos agentes que intentan por todos los medios que no invadan la escena del crimen. A ellos se han unido todos los huéspedes del hotel, que deambulan por el lugar en pijama, atraídos por lo macabro.

Conseguimos atravesar la marea que nos acosa con cámaras, *flashes* y gritos y nos detenemos junto al precinto. Los agentes han dispuesto una arquitectura sencilla con sábanas del hotel para intentar ocultar el cuerpo. Cuando salgo del coche, me gritan preguntas a mi espalda para las que odio no tener respuesta. Cada pregunta es una punzada en mi pecho. Cada comentario una exaltación de mi frustración.

Se nos acerca López, la expresión demudada, como si sufriera un delirio.

El lugar está iluminado por todas las luces del hotel, que se han puesto a titilar del modo más inapropiado para celebrar el crimen. Su enorme letrero cambia de color y pone una nota de azul y amarillo donde no debería haber otro color que el negro de la muerte.

—Está allí —señala, como puede.

Luego da dos pasos corriendo y se esconde tras una furgoneta para vomitar. Oímos sus arcadas a muchos metros de distancia, a pesar del jaleo que arman los periodistas y los curiosos que han acudido como las moscas a la mierda.

—Haced fotos de todo mundo. Grabadlos con cámaras —digo a un agente joven, como he ordenado en la Pieza del Diablo.

Continúan pasando coches de cuando en cuando por la autovía cercana. Al otro lado, campos de naranjos sumidos en la oscuridad, incongruentemente serenos.

El cuerpo está tras unos pinos que separan el hotel del camino vecinal que se adentra en los campos.

—Lo ha hecho aquí para no ser visto desde el hotel —comenta Malasaña.

Ninguno miramos aún el cadáver. Su Catherine Eddows.

—Comisario —me llama García, el rostro crudo, como si estuviera agonizando.

Lo seguimos tras los pinos y entonces vemos al asesino. Allí está, frente al hotel, a tamaño natural, un destripador de cartón que parece un macabro reclamo publicitario. Recortado y pintado, a tamaño natural. De pie, frente a quien quiera mirarlo. Pantalones negros. Chaqueta oscura bajo una capa hasta las rodillas. En una mano un objeto que puede tener la forma de medio riñón. Y sabemos lo que eso significa. En la otra, un cuchillo largo y muy fino, cuyo filo ha sido dibujado con esmero para dar una impresión mortífera. No falta el sombrero de copa sobre un rostro totalmente negro en el que las pequeñas aperturas para dos ojos de mirada siniestra y burlona le confieren una vida terrible.

—Que nadie lo toque. Que nadie lo…

Iba a prohibir que lo fotografiasen y me doy cuenta enseguida de que ya debe estar en un montón de teléfonos móviles.

—Que lo tapen hasta que lleguen los de la Científica.

—¿Le ha dicho López lo de la furgoneta?

—¿Qué furgoneta?

—A medio kilómetro de aquí —extiende el brazo señalando hacia el oeste —. La ha dejado ahí y le ha prendido fuego. Rociada de gasolina. No ha quedado nada. Sólo hierros calcinados.

Me pregunto dónde estará López y lo veo a lo lejos, al otro lado del espacio precintado, apoyado en un vehículo, con el cuerpo inclinado hasta el suelo.

Hago un gesto con la cabeza y un agente, sin mirar lo que hay debajo, quita la manta que lo cubre.

La luz es desgraciadamente suficiente para iluminar los estragos.

Una mujer negra, algo más voluminosa que la anterior.

—De todas las razas, jefe.

La ha dejado tendida boca arriba, para trabajar sin molestias. Toda su ropa está desgarrada, como cuentan las crónicas que estaba la de Catherine

Eddows. Una pierna extendida y la otra algo abierta, para poder trabajar a gusto en el vientre. El tajo en el cuello ha sido tan brutal que casi la decapita. Tiene cortes en el labio hasta mostrar las encías. Otro tajo desde la nariz hasta la mandíbula izquierda deja visible el hueso. También le ha cortado la punta de la nariz, los párpados inferiores y las mejillas. Luego, el asesino ha abierto el abdomen y ha extraído parte de los intestinos, que ha colocado sobre el hombro derecho, una masa sanguinolenta que parecen las serpientes del infierno. Sobre el brazo derecho ha dejado un trozo de carne gelatinosa: parte del colon. Tiene la vagina y los muslos cortados hasta mostrar los tendones y los huesos y ya sabemos que faltarán parte del útero y el riñón izquierdo.

Se oye una arcada vertiginosa. Malasaña se gira sobre sí mismo. Es más de lo que puede soportar. Y tanto la inspectora como yo lo imitamos sin poder evitarlo. El olor de mi podredumbre es tan siniestro y profundo que tiemblo un rato. Cuando vuelvo a ser consciente de lo que me rodea, veo a la inspectora Galán acurrucada junto a un coche, aceptando la ayuda de un agente sin cuyos brazos no podría erguirse de nuevo. Malasaña está llorando en silencio.

—Tápala.

Como puedo, consigo dar algunas órdenes medio razonables e inteligibles y subimos al coche para dirigirnos a donde nos espera la furgoneta calcinada.

Es una tregua en el tormento.

Dos agentes se apoyan en un coche patrulla. Aquí no hay nadie aún haciendo fotos ni curioseando. Se apartan para recibirnos. Ver sus rostros que no han visto el cuerpo mutilado y conservan una expresión normal nos ayuda a recuperarnos.

—Es su furgoneta, jefe —dice uno—. La del asesino.

Ilumina lo que queda de ella con la linterna.

—Hay compartimentos en la parte trasera. Espacio suficiente para llevar a las mujeres y para transportar una moto. De alguna manera se ha tenido que ir de aquí y no hemos encontrado huellas de coche.

Sabemos que el agente está en lo cierto. Es la Mercedes Vito que hemos visto en los vídeos. La ha tenido desde el principio para transportar a sus víctimas. En algún sitio la ha tenido que esconder.

—No se ve el número de chasis, jefe. Lo han borrado —se adelanta el agente a nuestro pensamiento.

Malasaña lanza un escupitajo. Aún tiene en la boca el sabor del vómito. La inspectora Galán se aleja unos pasos y se pierde en la oscuridad. Luego,

oigo un estertor y sé que está vaciando lo que ningún ser humano debe tener dentro.

Imposible contener el escándalo.

Sólo la rabia impide que me esconda en el agujero más oscuro del mundo.

A medida que amanece y la luz abre el día me siento más desnudo. Todo lo intentado ha sido en vano. Todos los dispositivos inútiles. Veo a mis hombres derrotados. No se oye ni una sola radio en toda la comisaría. Todos nos esconderíamos bajo tierra hoy, para no oír las voces que claman contra nuestra incompetencia.

Salgo a la entrada de la comisaría y en un segundo las fieras hambrientas me rodean, golpeándome con sus altavoces, micrófonos y preguntas. Cuando consigo que se callen, les dejo un comunicado.

—Esta noche pasada, el dispositivo que dirigía, en el cual participaban todas las fuerzas del orden ha resultado inútil. El criminal conocido como El Destripador ha conseguido eludir todos los controles y más allá del perímetro de vigilancia ha asesinado a dos mujeres, cuya identidad aún desconocemos. Creemos que fueron secuestradas el día anterior.

Les doy la espalda entre protestas y gritos.

—No debería haber hecho eso —se queja Malasaña.

La inspectora Galán lo confirma.

—Darse golpes de pecho no conduce a nada, comisario.

Los dejo atrás y subo las escaleras, camino de mi despacho.

Alguien me dice que el Comisario Jefe está al teléfono.

Le digo que ya he hecho un comunicado a la prensa asumiendo la responsabilidad y al momento lo acepta. Un mal trago que le evito. Para eso sí sirvo.

Pongo la radio para mortificarme un rato. La espera de los informes de la científica se hace eterna. Oigo noticias que se limitan a narrar que el dispositivo ha fracasado y que el asesino se ha alejado de la ciudad buscando la impunidad de sus crímenes. Oigo comentarios que claman contra las fuerzas de orden que no han sido capaces de prever lo que todo el mundo sabía. ¿Cómo, sabiendo el día que iba a actuar y la zona en que lo iba a hacer, no se han tomado más medidas? El periodista se pregunta si no se podía haber ampliado el perímetro de vigilancia. Oigo tertulias que critican que se hayan enviado especialistas de Madrid tan tarde y se haya dejado la investigación en manos de policías que apenas saben hacer otra cosa que poner multas. Otros

critican la deficiente coordinación de los distintos cuerpos policiales, que sin duda ha provocado una escasa fluidez en la comunicación y un retraso evidente en la investigación. Del mismo modo que se critica que ni Interpol ni Europol estén más presentes en la investigación. Alguien sugiere que debía haberse utilizado un satélite de la NASA para vigilar la zona. En la red, alguien asegura que estamos en presencia de un asesino legendario que, como el original, pasará a la historia sin ser descubierto. Otros escriben que vivimos la época del crimen sin castigo, de las plagas bíblicas en forma de asesinatos en serie. Otro explica que al haber elegido víctimas de todas las razas el asesino está enviando un mensaje a la Humanidad: que nadie está a salvo del Mal. Que todos estamos hechos de la misma carne mortal. Alguien sugiere que su invisibilidad es la muestra evidente de que la sociedad no quiere ver lo que no es más que una muestra de su putrefacción y que el asesino es un producto del desprecio de esta sociedad capitalista y consumista por la vida humana, a la que reduce a su mera carnalidad en venta.

Malasaña irrumpe en el despacho.

—Las fiestas de disfraces del Destripador surgieron en foros de la ciudad. Alguien sugirió la oportunidad y un montón de gilipollas quisieron hacerse los graciosos.

Creía que el asesino había propagado la idea de celebrar esas fiestas para generar desconcierto. No le hacía falta. Nunca le faltan corderos a un buen pastor. Algunos imbéciles se encargaron por su cuenta de sembrar confusión en la ciudad en el peor momento.

El visionado de las cámaras de seguridad de toda la comarca no ha servido sino para comprobar que una furgoneta que podría ser la del asesino pasó por la autovía a las 0.30 horas, con tiempo suficiente para dirigirse a ambos lugares y asesinar a las mujeres. Las cámaras del hotel Caravan que vigilan el aparcamiento no muestran ningún movimiento sospechoso. Debió alcanzar el lugar donde quemó la furgoneta circulando por los campos. Se han comprobado huellas en los caminos de tierra que circundan La Pieza del Diablo y el Hotel Caravan. Imposible cotejarlas con unos neumáticos que han ardido completamente.

Desde Murcia nos llegan informes de que se vio una furgoneta a la que subió la primera mujer. Pero ninguna identificación.

Aturdido, mis ojos escuecen como heridas.

Por la ventana oigo el ajetreo del mercado de abastos, abarrotado hoy de periodistas. El día cobra luz. El cielo aún permanece cubierto de nubes, pero ahora son de un blanco sucio que las hace menos pesadas que las de días

atrás. Son tan leves que el sol comienza a penetrarlas y a iluminar como si quisiera reírse de la tragedia que nos asola. Entra López. Su rostro lo dice todo. Ha perdido varios kilos en unos días. La noche ha sido una tortura para él. Se derrumba sobre un sillón, frente a mí, y se calla.

—Debes ir al médico. Tienes mala cara —le digo.

—¿No ha visto la suya?

No es el mismo hombre. Está vencido. Aún más que yo. Al menos, a mí me queda la rabia. La suya se ha quedado por el camino. A él sólo le queda una tristeza infinita.

El rostro de Malasaña también es un poema. Se ha aviejado. La barba le ha crecido y pone una sombra negra que enmarca la mirada turbia. También su esperanza se ha quebrado y, conociéndolo como lo conozco, sé que su corazón está roto.

—Los de la Científica han encontrado una colilla en la furgoneta, jefe. Tiene ADN. El cenicero es metálico. Por lo visto es válida para extraer las muestras.

Ni siquiera ese rayo de esperanza ilumina nuestras miradas. Ya sabemos lo que pasó con la última muestra. Otra colilla. Otra broma macabra.

De repente, un griterío se eleva de la calle. Una voz grita:

—¡¡Oíd los tambores!! ¿Acaso no oís las trompetas? Son las mismas que tronaron en Jericó. Las mismas que derribaron sus murallas como ahora se derriban las vuestras. ¿Acaso no las oís? ¿No se oyen los lamentos de esas mujeres que gritan en la agonía? ¿No veis la venganza de los hombres malos contra las mujeres que han dejado de ser ovejas? ¡¡Como los judíos contra los cananeos!! Una venganza que anuncia el final. Ese final que escribió Juan. Los sacrificios humanos están aquí. Las plagas ya han llegado.

El hombre se ha subido a un coche y desde allí clama su mensaje de locura y muerte. Los periodistas le ofrecen sus micrófonos y lo graban con sus teléfonos. La gente sale del mercado de abastos a contemplar el espectáculo.

—¡¡¡Ciegos!!! ¡¡¡Sois ciegos!!! ¡¡¡Locos!!! Los hombres malos han traído la muerte. Los crímenes son metafísica. Una metafísica invisible porque será la metafísica de la muerte. Ya no hay vida que proteger. Porque el verdadero Dios, el único Dios, es la Muerte. Omnipotente. Omnipresente. Dios es la Muerte. La Muerte es Diosssss.

Un agente que ha salido al oír los gritos lo baja brutalmente del coche. Luego, empuja al hombre hasta la comisaría.

—Comisario, esta situación es inadmisible —dice el señor alcalde, respaldado por el Delegado del Gobierno, que ha venido con él—. La ciudad está aterrorizada.

Se interrumpe de nuevo, para que sus palabras calen en nuestra conciencia.

Cada vez que habla, sus mofletes de gordito bien alimentado se mueven espasmódicamente. Sería gracioso en otra situación. Luego, se aplacan cuando cierra la boca de un mordisco, esperando el efecto de su discurso y mirándome directamente a los ojos.

—La gente ya no sabe qué hacer. Incluso se organizan entre ellos para patrullar las calles —valora el señor Delegado del Gobierno, un tipo melifluo que no aparta sus ojos de mí.

Sentado al lado del alcalde, se muestra erguido y digno, aunque calla discretamente porque no tiene ni idea de lo que ha de hacer. Se limita a mostrarse incómodo con las patrullas callejeras porque la noticia sale en los periódicos e intuye que lo pone en evidencia.

—No podemos evitar que la gente haga tonterías.

—Pero si lo hacen es por algo —replica el alcalde—. Están enfadados y asustados. Por no decir la imagen que está dando la ciudad. El mundo entero está pendiente de nosotros. Y todo el mundo sabe ahora que hay un loco asesino que nos está tomando el pelo.

El alcalde habla decidido, dando saltitos sobre la silla. Su carita se contrae y se estira como el muñeco de un ventrílocuo. Le brilla la calva de un modo repugnante y gracioso, como si la llevase encerada. Y la barriguita prominente se hincha y deshincha al ritmo frenético de sus palabras, más esculpidas que dichas, entre una lluvia de perdigones que me están poniendo perdida la mesa. No puedo evitar preguntarme si es el mismo que aparece enmascarado en algunos de los vídeos de Vicente Lapuerta.

—A muy pocos asesinos en serie se les ha detenido antes de cometer muchos crímenes —salta la inspectora Galán, presente, ya que el alcalde ha querido público y pretende demostrar que en provincias también sabemos hacer las cosas. Al menos, exigir.

Todo el mundo calla, sorprendidos por la interrupción de la inspectora. El primero, Díaz, que la mira reprochándole intervenir en una cuestión política.

—¿Tenemos entonces que esperar a que cometa… cuántos, diez o doce asesinatos, para que puedan detenerlo? —protesta ahora el alcalde, el tono de voz muy agudo, cada vez más irritado.

—La inspectora quiere decir que un asesino en serio no mata a personas de su entorno ni con las que esté relacionado. Además, planifica sus crímenes, por lo que es muy difícil de identificar —le explico.

—¡No podemos esperar! ¡Tienen que hacer algo! ¡Y dejarse de historias de braguetas que están revolviendo el ambiente! Ayer, a un ciudadano honrado lo insultaron por la calle.

Adivino a quién se refiere.

—No puede ser que se identifique a esos hombres con estos crímenes. Eso es horrible… —protesta el alcalde, delatando el verdadero motivo de su visita.

—Esos hombres abusaron de mujeres drogadas y lo grabaron —rectifico, mirándolo fijamente a los ojos. Sí. Tal vez sea uno de esos cuerpos ridículos enmascarados y desnudos de las patéticas películas.

—Eran profesionales, comisario. Sabían lo que hacían y cobraban por ello —grita el alcalde.

Se le hinchan las venas de las sienes.

Su presencia me aburre. Su voz me tortura. Presto atención y llegan voces de niños corriendo, ruidos de bicicletas, algún claxon, de la calle. La tarde cae lentamente.

Debe percatarse de mi expresión, porque protesta:

—Está usted perdiendo el tiempo en correrías de viejos verdes y descuidando lo esencial —señala con un dedito.

Me quedo mirando el dedito y el Delegado del Gobierno interviene cuando intuye que estoy a punto de comerme ese dedo asqueroso.

—Estoy seguro de que el comisario no ha descuidado la investigación. Una cosa ha llevado a la otra, ¿no es así?

Asiento sin dejar de mirar el dedo.

—Estoy seguro de que todos los cuerpos de seguridad siguen todas las pistas.

—No le quepa la menor duda —interviene la inspectora Galán.

El alcalde respira hondo y, sin dejar de mirarme, dice:

—Si no he entendido mal, a ese asesino le queda un crimen para terminar de imitar a Jack el Destripador. Y sería para dentro de un mes.

Callamos.

—Espero que tengan tiempo de cogerlo.

Un rato después me informan que la UCO ha vuelto a detener a Jeofrey Hunt, quien no ha explicado por qué burló el dispositivo de vigilancia la noche del 30 y no ha ofrecido ninguna coartada.

Luego llegan noticias del laboratorio. Se ha identificado el ADN de la colilla encontrada en el cenicero de la furgoneta calcinada, pero no hay coincidencias en la base de datos.

Después me llama el Lila. Me dice que el julai ha ido al lugar ése donde mataron a la primera mujer y luego al hotel Caravan. Que se ha pasado el día en los dos sitios. Cuando voy a colgar me dice que anoche le perdió el rastro al tío.

—¿A qué hora?

—A las diez o por ahí.

—¿Cómo lo perdiste, dónde?

—Estaba cenando en un restaurante de la playa. Solo. Y salió por otra puerta. No lo vi.

Me quedo callado un momento y luego:

—¿Y anteanoche?

—Lo dejamos en su hotel a las diez.

En apenas una hora puede estar en Murcia. Y hubiera tenido toda la noche para secuestrar a esas mujeres. Pero nadie lo ha visto con una furgoneta. Aunque es posible ocultar tantas cosas…

Sobre mi mesa están los informes sobre las víctimas.

Naima Medari, uno sesenta y cuatro, natural de Meknes, Marruecos. Veinticuatro años. Ejercía la prostitución en Murcia y alrededores. Figuran los datos de su chulo. La policía de Murcia lo está interrogando. Se describen algunos lugares de las afueras de la ciudad donde solía apostarse en busca de clientes y donde se supone fue secuestrada. Es la mujer asesinada en la Pieza del Diablo.

Sandra Okaka, uno setenta y dos, natural de Minna, Nigeria. Veintiocho años. También ejercía la prostitución en los alrededores de la capital, en viejos cortijos de la vega. También están interrogando a su chulo. La asesinó junto al hotel Caravan.

Me dicen que Robot está saliendo por la puerta.

Declaró ante el juez. Ningún delito aparte de formar parte de la mamarrachada de los vídeos le hemos imputado.

Lo quiero en libertad. Lo necesito lejos de una celda.

Lo veo bajar las escaleras hasta el vestíbulo, acompañado del Dandy, quien me saluda con la mano.

Tras ellos camina el loco que anunciaba el Apocalipsis ante el mercado. Lo acompaña un hombre alto y delgado que se me queda mirando.

—Es el psiquiatra —dice García cuando le pregunto—. El tío está como una puta cabra. ¿Ha oído lo que decía?

No respondo y bajo a la cámara de los horrores.

Mary Ann Nichols - Cristiana Stoicescu

Annie Chapman - Diana Carolina Mieles

Elizabeth Stride - Naima Medari

Caterine Eddows - Sandra Okaka

Mary Kelly - ¿???

Contemplo el altar del Mal y del Horror.

Oro en silencio. Una oración de pesar, de rencor, de rabia, de odio, de venganza.

Me sobresalta el ruido de un wasap. Sé quién me reclama:

¿Te gusta cómo saco la basura, comi? ji ji ji ji ji

Insiste la inspectora Galán y no podemos negarnos.

El Baria City Blues nos recibe alegre:

—Muddy Waters —reconoce ella inmediatamente.

Nos sentamos en el reservado habitual. Mike saluda cortés a la inspectora, con esa sonrisa pecosa y colorada que se le pone en el rostro cuarentón. Ya he oído antes aquí esa música, inusualmente optimista para Mike. Intuyo alguna felicidad íntima que se me escapa. Hace una ligera y caballerosa inclinación.

—*Wellcome, again*.

—*Fine* —responde ella.

Envidio inmediatamente esa felicidad íntima que sospecho. Hay quien me reprochó mi amistad con Mike pero, en realidad, me pregunto si lo que nos une es amistad. En todo caso, horas de silencio y música en su local. De *gin-tonics* lentos y cadenciosos sin mucho que contarse. Ninguno somos hombre de confidencias. Seguramente en esto se fomenta una larga amistad. Cuando eres consciente de las debilidades de los demás, haces daño, aunque sea sin querer.

Mike nos sirve unos sándwiches, aunque esta vez la preparación es más cuidada y la bandeja no la habría preparado mejor un mayordomo inglés.

—Michael Rigby —dice ella cuando él se inclina para servirla.

—Así me llaman.

—El misterioso hombre de negro.

—Negro sí, misterioso no —y hace un gesto abriendo sus brazos y mostrando el local—. Esto es todo.

—Pero no ha sido siempre así, ¿verdad?

La sonrisa de la inspectora Galán cuando habla es tan franca y abierta que impide cualquier reticencia. Ni Mike siquiera muestra el menor rechazo, a pesar de lo celoso que es de su intimidad.

Tras servirnos, se sienta con nosotros.

—Ha sido un día duro —comenta.

No necesitamos asentir. Lo sabe. Lo ha visto. Lo ve en nuestros rostros, grises.

—Ya he visto la nueva bromita.

A ninguno nos sorprende. Sabemos que pudieron hacer fotos los periodistas con sus largos objetivos. Incluso los huéspedes del hotel, que se encontraron la figura del Destripador nada más asomarse a sus ventanas. Cuando pudieron taparla con una sábana, ya muchos podían haberla fotografiado. Y la han colgado.

—¿Qué opina, míster Rigby?

—Mike, por favor.

La inspectora Galán rectifica tras acabar su sándwich. Se limpia cuidadosamente y bebe un trago de su cerveza.

—¿Qué opina, Mike?

—Ya le comenté al comisario —responde él—. Un hombre blanco, de unos cuarenta años.

—¿No cree que es más joven?

—Demasiado concienzudo para ser tan joven. Tal vez algo más de cuarenta. Hasta cincuenta.

—Me interesa su opinión. Esto se pone interesante. ¿Qué más?

—La inspectora pertenece a la Unidad de Análisis de Conducta —advierto—. Es psicóloga y criminóloga.

—Vive solo, pues necesita una gran intimidad para preparar y cometer los asesinatos. Dispone de espacio suficiente para su trabajo. Donde esconder una furgoneta grande. Un lugar aislado donde nadie oiga un ruido o un grito. Está bien considerado socialmente.

—¿Por qué?

—Escribe bien. Correctamente.

—¿Cómo lo sabe?

—Los periódicos han publicado su carta.

—¿Cree que está loco?

—En absoluto. Es un psicópata. Pero no está loco. Aunque puede padecer un síndrome de doble personalidad.

—Eso es propio de psicóticos. No de psicópatas —discute la inspectora.

—Él no. Se han dado casos de doble personalidad en psicópatas. Además, le gusta. Le gusta ser dos personas a la vez. La persona bien considerada y el monstruo oculto.

—¿Como el Dr. Jekyll y Mister Hide?

—Ajá. Con la diferencia de que éste no es mentiroso. Es malo, pero no mentiroso.

—Interesante —comenta la inspectora mirándolo fijamente a los ojos—. Muy interesante. ¿Se le ocurre algo más?

—Que será difícil cogerlo. Y que matará más. Mucho más.

—¿No cree que se limite a asesinar sólo a cinco prostitutas, como el original?

—Ha matado a una sexta sólo para no aburrirse durante la espera. Cuando acabe con la quinta, encontrará otra razón para seguir matando.

—¿Está seguro?

—Le encanta lo que hace.

Todos sabemos que Mike tiene razón. Todos sabemos que continuará matando. Todos sabemos que será muy difícil cogerlo.

—Señor Rigby, ¿dónde estuvo anoche? —pregunta la inspectora con una sonrisa inmensa.

Mike no mueve un músculo. No pestañea.

—Mi memoria tiene un límite —responde repentinamente frío y distante tras un silencio que parecía eterno.

—¿No será usted de Whitechapel? —pregunta la inspectora con una carcajada.

—Soy ciudadano del mundo, *lady*.

Se levanta, recoge nuestras copas y se vuelve tras la barra para preparar la segunda ronda. Malasaña se muestra pensativo. Tiene los ojos entornados, como si este juego no fuera con él.

Cuando salimos, la inspectora parece un poco achispada. Se lanza hacia el coche y espera a que abra la puerta. Malasaña se despide.

—Me irá bien dar un paseo —se excusa.

Se aleja por las calles en cuyo asfalto brilla el agua que ha esparcido un camión municipal. Arranco y busco el hotel donde se aloja la inspectora. Pero

cuando estamos cerca, pone su mano en la mía.

—No. A tu casa, por favor.

—Creo que no soy la compañía más adecuada en este momento.

—Ni yo.

Circulamos en silencio dibujando la línea de la costa, deslizándonos suavemente por sus curvas. Dejo el coche en la arena de la playa, junto al sucio muro blanco de mi casa. Tiene falta de una mano de pintura.

—Me gustaría darme un baño —dice la inspectora mirando las aguas negras y tranquilas.

—Está helada.

Cuando baja del coche lo hace con una carpeta en la mano. La que dejó en el coche mientras cenábamos en el Baria City Blues.

Al cruzar el umbral de la puerta me invade una pereza inmensa. Una pereza de amar, de inventar nuevas caricias para una desconocida. Ninguna otra mujer ha estado en esa cama. Me he dicho muchas veces que es absurdo dejar espacio a los muertos, pero hay algún atávico lazo que me impide pensar en hacer el amor con otra mujer en esa cama.

Compruebo con alivio que la inspectora se sienta en el sofá. Se vuelve a levantar y cambia de posición el sofá, de modo que quede frente al ventanal que da al mar.

—¿Puedes apagar la luz de la entrada?

Lo hago y ella se deja caer con un suspiro.

—Deja sólo esta luz —me pide, señalando una lámpara de lectura.

—No tengo nada para beber en casa. Sólo cerveza.

—No quiero nada. Ven, por favor.

Me acerco a ella. Pongo un paquete de tabaco a nuestro lado, sobre una mesita. Me pide un cigarrillo que prendo mientras las yemas de sus dedos tocan mi piel. Es un tacto suave.

—Lee esto, por favor.

Me entrega la carpeta.

—No digas nada hasta que acabes.

Se acurruca a mi lado. Un gesto tan cálido que durante un segundo me siento capaz incluso de amarla. Pero la sangre se me hiela cuando comienzo a leer.

«Michael Thomas Templeton, nacido en Sussex en marzo de 1962. Con pasaporte neozelandés a nombre de Michael Rigby. Considerado matón de la mafia londinense desde 1988 a 1993. Después, se perdió su rastro durante tres años, apareciendo en 1996 en Tel Aviv. Supuestamente vinculado a los

servicios secretos israelíes. Sospechoso de nueve asesinatos, incluidas dos mujeres. Tras varios años en el olvido, aparece de nuevo en 2004 en España, como guardaespaldas de un financiero francés, Alain Pérez, relacionado con la mafia marsellesa, cuyo asesinato permanece sin esclarecer. Desde entonces, vive en Baria, sin actividad conocida más que regentar un club. No se le conocen otros ingresos o actividades».

—¿Qué significa esto?

—Acaba la lectura.

Paso las páginas, en algunas de las cuales se ven fotografías de Mike a la puerta de su club, otras a bordo de su Camaro y otra en lo que debe ser su casa, porque reconozco al fondo la costa de Mojácar.

Bajo el epígrafe *perfil* se puede leer que «Michael Thomas Templeton puede ser considerado sospechoso de las muertes ocurridas en el mes de septiembre en la ciudad de Baria a manos del asesino que se ha denominado El Nuevo Jack el Destripador. Su perfil psicológico apunta a un hombre solitario, conflictivo en su relación con las mujeres, que ha asesinado previamente en numerosas ocasiones, que tiene preparación física, psicológica, y es experto en armas y en estrategia para cometer crímenes con gran sigilo. Ninguno de sus anteriores crímenes le ha podido ser demostrado, ni los cometidos en el Reino Unido ni los cometidos en otros lugares de Europa o Asia Menor. Tiene la capacidad, tiene la oportunidad y es un asesino profesional».

—¿Qué clase de basura es ésta?

Tiro la carpeta al suelo.

—La amistad te ciega. No es basura, es el historial de tu amigo. Es un criminal. Siempre lo ha sido. Y su silencio no me convence. Estamos seguros de que debemos investigarlo.

—No hay el menor indicio de que Mike tenga nada que ver en todo esto.

—¿Cómo lo sabes? No tiene coartada para anoche.

—Que no te haya respondido no significa que no la tenga.

La inspectora Galán se levanta, se deshace de mi abrazo, recoge la carpeta y la coloca en la mesita. Luego abre un poco la ventana.

—Quiero oír el rumor del oleaje.

Se vuelve a sentar a mi lado y se encoge otra vez en mi costado. Una corriente de aire frío penetra por la ventana. En el dormitorio busco una manta. Esta noche no vamos a dormir juntos en la misma cama.

Vuelvo a sentarme a su lado y nos cubrimos con la manta.

—Apaga la luz.

Nuestros ojos se ciegan durante un tiempo. Luego, vuelven a descubrir volúmenes en penumbra más allá de la ventana, donde el oleaje del mar rompe en la orilla, ahora calmada tras la tempestad de los días pasados. Es una música que pone calma en nuestros corazones.

—Es un disparate —digo.

—Tenemos que investigarlo.

—Estás convencida de que es él. Yo estoy convencido de que Mike no es esa clase de asesino. No está loco. No es un psicópata.

—Lo es. Ha asesinado, que sepamos, a nueve personas.

—¿Tenéis pruebas?

—Lo sabe la policía inglesa, lo sabe el servicio secreto inglés y lo sabe la Interpol.

—Nadie ha podido demostrar nada.

—En dos ocasiones, en las ciudades en las que estuvo, se cometieron asesinatos de mujeres mientras él estaba allí.

—¿Dónde?

—Lisboa y Gante.

—En todas partes asesinan a mujeres todos los días.

Mi resistencia la ofende. Levanta la cabeza.

—No puedes ser tan frío.

—No lo soy.

—Lo has dicho como si fuera lo más natural del mundo.

—Por desgracia lo es. Pero eso no lo hace menos odioso. Asesinar una mujer es… es como escupir sobre las flores.

Vuelve a agacharse junto a mí. Siento su calor. Es agradable el contacto. Sensual en cualquier otra ocasión.

—Tenemos que investigarlo.

—No voy a perder el tiempo.

Suspira. Cierra los ojos tras mirar un segundo por la ventana. Calla y se dispone a dormir. Enciendo un cigarrillo. El humo corre como si se viera obligado a huir y sale por la rendija de la ventana. Me niego a creer. Ni siquiera creo que ese informe esté en lo cierto y que Mike haya sido lo que dicen que ha sido. He visto demasiadas veces sus ojos, a esas horas en que el alcohol y el silencio se muestran en ellos y no es posible mentir, y sé que no es quién dicen que es.

Echo la cabeza hacia atrás y dejo que el oleaje cale mi cerebro, embotado de cansancio y frustración.

¡Ah, el sueño! ¡El sueño!

tar, cortar, cortar, cortar
iempo desaparece
í quieto y nos contiene
la y a mí
í en ella
instante… eteeerrrrnnnoooooo

sangres calientes
alientos calientes
carnes abiertas… aún calientes
siera estar embadurnado de sus sangres
no una estatua vestida de rojo

14

Despierto con la sensación de haber hecho algo terrible que deja en mí un vacío indefinible, como si hubiera cometido un crimen que he olvidado.

La inspectora se marchó en un taxi al amanecer.

Circulo con ese puñal clavado en el corazón de vuelta a la ciudad. La radio del coche me da los buenos días, aunque no tenga nada de bueno. El Mundo continúa estremecido por los crímenes de la ciudad de Baria. El gobierno local se reúne. Habrá veintidós grados de máxima y once de mínima. Sol y nubes. Un atropello en el centro. Un anciano aparece muerto. Vivía solo. Mil habitantes menos en el último censo. Gente sin trabajo que se larga. Ningún futuro.

Malasaña me avisa. Doy media vuelta para subir a Mojácar.

Diez minutos después, un agente de la Policía Local me hace señas.

—La dueña del comercio nos ha avisado —dice…

Me lleva hasta un callejón estrecho en el corazón de un laberinto de callejuelas y costanillas en el que cualquiera puede hacerse invisible por un montón de sitios al mismo tiempo. Cualquiera puede huir hacia los cuatro puntos cardinales en un santiamén.

Malasaña no da los buenos días.

Los madrileños han llegado antes que nosotros. En el estrecho callejón nos agolpamos junto al jefe de la policía local y tres agentes más. Nos olemos y nos tocamos. Como sardinas en una lata.

A un lado hay una tienda de *souvenirs* y enfrente otra de *delicatessen*. Paredes blancas, como no puede ser otro modo en este pueblo que corona blanco la montaña y cuyo aire de antiguo paraíso *hippy* sugiere cualquier cosa menos la presencia de un crimen.

Los agentes señalan un paquete envuelto en papel de periódico, amarrado con un cordel. Sé que dentro habrá ropa ensangrentada de Naima Medari.

A quince metros de aquí, sobre un arco blanco que cubre un callejón, ha escrito:

Dirás cualquier cosa menos tus oraciones.

Intento recordar el mensaje del asesino original: «Los judíos son los hombres a quienes no se culpará de nada». ¿Qué tiene que ver aquel mensaje de 1888 con éste?

Como si otra vez me leyera la mente, la inspectora Galán comenta:

—Ha cambiado el mensaje. En esta época no tendría sentido.

—¿Qué significa?

—Es una frase que oyó decir un testigo a un hombre que estaba con la Stride aquella noche.

Palabras en mayúsculas, bien ordenadas. Correctamente escrito.

—Aún tienen que aparecer un trapo ensangrentado y un cuchillo —comenta la inspectora.

Conoce el caso mejor que ninguno de nosotros, todos los detalles.

Cuando la Científica comienza a hacer su trabajo nos muestra el artículo de periódico que ha elegido el hijo de perra para envolver el paquete: «El destripador desafía a la policía».

Nos quedamos sin palabras. Ya no nos consuelan las quejas. Ni el odio. Ni la ira. Ni la rabia.

Un poco después, en un callejón poco transitado aparecen un trapo ensangrentado y un cuchillo. Nos acercamos al lugar, por callejones tan estrechos que tenemos dificultades para cruzarnos con los vecinos. Al fondo de uno de ellos, junto a la pared de una vieja cuadra sin ventanas y con una reja en cruz, un agente custodia un trapo en el suelo a cuyo lado el asesino ha dejado caer un cuchillo de hoja delgada con manchas de sangre. Pudo acceder a estas callejuelas sin ser visto y largarse en un momento.

—Ha esperado cuarenta y ocho horas para dejarnos su firma —constata la inspectora Galán—. No se atrevió a hacerlo la misma noche. Demasiada vigilancia.

—Vaya un consuelo —replica Malasaña.

Un segundo después recibo otro wasap en mi teléfono.

Cinco. Soy ya un asesino en serie, comi? Ji, ji, ji

—¿Dónde estuvo la noche del 30?

—¿Cómo?

—Ya lo ha oído.

Desde el mostrador de recepción, la chica de la sonrisa permanente levanta la cabeza. No sonríe.

—Aquí… Estuve toda la noche en mi habitación.

—¿Sabiendo que esa noche se iban a cometer dos crímenes y se queda viendo la tele? ¡Y una mierda, está mintiendo!

—Le juro que no. ¿Dónde iba a ir?

—¿Puedes demostrarlo?

—¿Eh…? No sé…

Nos mira con unos ojos perdidos. No creo ni por un momento que una asociación de propietarios de puticlubs contrate a este inútil.

—Tendrás que mostrarme tu contrato.

—No puedo. Es confidencial.

—Ya no hay nada confidencial.

Se echa atrás en un sillón rojo que algún día fue de terciopelo. El pequeño hotel The City agota sus pretensiones cuando uno se fija. Parece que se amuebló de segunda mano. Mucho dorado en las paredes y latón por todas partes, en mediocre simulacro de clasicismo. El vestíbulo es estrecho y largo como un vagón de tren. Sólo la chica de recepción, con un uniforme desagradecido de cajera de supermercado, asiste al espectáculo. Las cristaleras nos permiten contemplar la calle.

—No puede hacer eso.

—Obstrucción en una investigación policial. Te vas a volver a Madrid con el rabo entre las piernas. Añadiré intento de soborno a alguno de mis hombres.

—¡Ehhh! No he sobornado a ningún policía.

—Sé que lo has hecho con guardias civiles. Me da igual. Elegiré a uno de mis hombres que jurará ante la Biblia que intentaste sobornarlo.

Respira hondo un par de veces y se lo piensa. El Lila me dijo que había frecuentado en varias ocasiones una cafetería cercana a la comisaría a la que van mis hombres. Su reacción me confirma que el farol no iba mal.

—Esperen. Se lo bajo ahora mismo.

Cuando desaparece en el ascensor, le digo a Malasaña.

—Este tío no tiene cuajo.

—Lo mismo es un actor cojonudo. Es típico de estos asesinos involucrarse en la investigación.

Baja en menos de cinco minutos y nos tiende con reticencia un documento. Podemos leer que Anela contrata los servicios de Logística

Investigación S. L. a fin de investigar los últimos acontecimientos que han puesto en difícil situación económica al sector.

En el contrato se elude mencionar los crímenes y se dan rodeos sobre la situación económica de los miembros de Anela, ya que está prohibido que un detective privado investigue casos de asesinato.

—Quiero una copia para mí.

—Eso es imposible, comisario. Ni debería habérselo mostrado.

—Pues enviame esta tarde una copia o te doy una patada en el culo y te echo de la ciudad.

Lorenzo Vilar no se ha sentado tras bajar de su habitación. Una complexión parecida a la del hombre del vídeo. Alto y delgado.

—¿Dónde estabas los días 31 de agosto y 8 de septiembre?

—En Madrid.

—¿Dónde y con quién?

—No sé… ¿Cómo voy a recordar?

Le doy con el contrato en el pecho, plantándome frente a él.

—Nos demuestras dónde y con quién o vendremos por ti.

—¡Están locos!

El espíritu me empuja. Soy una fuerza a su servicio. He de tener cuidado de que no me vean. Tuve que correr la última vez. Tuve que huir, como si el espíritu de los hombres malos me persiguiera. No hay espíritu que se oponga a Nosense. Me pregunto por qué Nosense no lo impidió. Pero sus designios son inescrutables y aquí estoy, preparado. Empujado de nuevo a la catarsis. Ver. Sentir. Recrear. Desear. He de sentir de nuevo esos impulsos. He de ver la sangre derramada derramándose. He de tocar su calor pegajoso y negro en la penumbra. He de sentir el cuerpo desmayado cuya alma huye y se eleva y puedo verla ascender en esa clase de Ascensión que nos confunde con el infinito. Me ordenó que viniera inmediatamente.

Ahora veo el lugar, a esta luz imposible. La Pieza del Diablo. Elegido para las elegidas. ¿Cómo no supieron? ¿Cómo no imaginaron? Tal vez porque son hombres ausentes de espíritu, mera carne con vida, tan frágil que basta un cuchillo bien afilado para apagarla súbitamente. Puedo sentir el peso cada vez más aplomado del cuerpo que expira. Delicadamente dejado caer sobre el suelo en el que luego el cuchillo…

Veo venir un coche. Veo venir a uno de esos sacos de carne sin espíritu. Pasa de largo mientras simulo atarme los cordones de la ropa de deporte que

me he puesto, esa máscara obscena que impide el reconocimiento. Deja una nube de polvo en el camino y se aleja. Una presencia sin esencia. Una nube pasajera incorpórea, casi irreal.

Puedo ver de nuevo el cuerpo sobre la tierra. Carne que a la tierra volverá. Barro que vuelve al barro. Espíritu de la muerte que penetra en los vivos, que penetra en mí y me vuelve traslúcido, invisible, transparente como una lámina de aire. Espíritu que se adentra en mi ser y ahora vive en mis vísceras y en mi espíritu. Ya somos dos. Ya soy tantos… Espíritus confundidos. Espíritus atormentados. Espíritus en busca de iluminación, de Luz.

Subo a la moto y dejo que el aire penetre en mis vísceras como fuego. A medida que me acerco al otro lugar sé que su presencia será más viva, más lacerante. Tengo en la retina su creación. La de la muerte sobre la vida. La de muerte sobre muerte andante. La de muerte de un espíritu reconstruido que se eleva lentamente, quejumbrosamente, a las alturas, mientras, a un paso, los cuerpos viven su anuncio de la muerte, ajenos a lo que ocurre tras sus ventanas. Ellos, los que duermen, son la Nada. La Nada que en todas partes es total e inevitable. Esa Nada que buscaron los muertos en Jerusalén y no hallaron. Esta Nada que ahora se revela en un cuerpo abierto en canal, en un cuerpo eviscerado y hermoso que muestra la vida que era, la muerte que es. ¿Hay algo más hermoso que la muerte y la vida en el mismo cuerpo? Si fueran conscientes, ¡ayyy!, el Espíritu volvería a todos y Nosense estaría presente en todos y cada uno. ¿Dónde buscarlo? ¿Acaso tras esas paredes de ladrillo pintarrajeadas como una pécora, al que vienen parejas furtivas a fornicar su carne y maldecir al espíritu, donde se esconden los viajeros que abandonan una carretera que no los conduce a ninguna parte? Puedo verlo, sí, puedo verlo. Cierro los ojos y la oscuridad se apodera de mí y entonces puedo volver a ver el cuerpo dócil ante la muerte. La carne aún tierna que se abre como seda ante el filo del cuchillo, que aún huele a esa vida que se aleja, que se esfuma como humo. La muerte que se deja caer en los miembros agotados, como tras un esfuerzo, esa delicadeza de miembros ya sin vida que se mueve con una cadencia sensual y blanda, carne aceptante ya, muda, de su Destino Eterno.

Los cito en una cafetería del centro. He conseguido reunir a tres. Roque Valcárcel es el antiguo comisario de la ciudad, que me precedió en el cargo. Se trata de un hombre de mediana estatura, bien conservado para su edad,

colorado por una red de venillas en la cara que él detesta al ser abstemio y llevar a confusión. Rubicundo, se pone sombrero a la antigua, lo que unido a su inveterada incompetencia llegó a conseguirle el sobrenombre de Marlowe. Viste unos pantalones color crema, muy anchos, agarrados más que abrochados, sobre una barriga aguda y prominente, y una chaqueta demasiado grande para él, que seguramente vistió sus hombros cuando éstos conservaban su fortaleza. Se sienta frente a nosotros soltando una risita que es habitual en nuestros encuentros, como si pensara, «jodeos, yo ya paso de vuestras miserias».

Carlos Alba, anterior comandante del puesto de Baria y ex miembro de la policía judicial, es todo lo contrario. De aspecto rudo, tiene una frente que anuncia ya una calva irreversible y un aire de perdonavidas que galleó por toda la comarca. En la reserva desde hace poco tiempo, aún conserva la fortaleza del hombre que se resiste a envejecer y con el que la naturaleza es amable. En cuanto puede cambiar una conversación, habla de la pesca, en la que es una autoridad, y de su barco, seguramente único amor verdadero que le queda. Se sienta casi despatarrado frente a nosotros intuyendo con olfato de perro viejo que no es una reunión de sociedad. Le da un codazo a su antiguo compañero Padilla, cuyo nombre de pila jamás he averiguado, y que está plenamente satisfecho de parecer tan viejo como es. Es el mayor de los tres, el que más tiempo ha vivido en esta zona y una enciclopedia de las miserias de la gente. Le mencionas el nombre de una familia y puede contar vida y milagros. Es bajito y ancho, y viste una rebeca azul sobre una camisa de cuadros y pantalones de tergal tan barato que no se arruga ni encogido.

—¿Problemillas, comisario? —pregunta Alba, con una sonrisa en la boca.

—Algunos. Nos divertimos mucho últimamente.

—Ya lo creo. Y los periódicos también.

—No ganamos para satisfacciones.

El camarero conoce a todo el mundo, así que le pide a una pareja joven que se vayan al otro extremo del local y nos dejen solos y luego nos toma nota de las consumiciones. Sólo Alba toma una copa de coñac mientras los demás se piden una tónica y un cafelito con leche. Malasaña se pide una Coca Cola y yo un café. Malasaña muestra un paquete de tabaco al camarero y éste asiente. Luego, echa una cortina y nos aísla del resto del local.

—¿Qué se le ha perdido, comisario?

—Su memoria.

Los tres se muestran satisfechos de sí mismos. Sus cabezas rigen bien y querrán demostrarlo. Y presumir todo lo que puedan.

—Sabemos que el destripador es de aquí o, al menos, conoce la zona como la palma de la mano —comienzo—. Sabemos que tiene entre treinta y cuarenta. Cuarenta y cinco como mucho. Que es alto y delgado. Probablemente moreno.

—¿Cómo de alto? Porque hoy un muchacho de uno ochenta no es alto —precisa Varcárcel.

—En torno a uno ochenta y cinco, aproximadamente.

—No como usted.

—No.

—Ni como Malasaña —comenta, mordaz, Alba.

La gracia deja un segundo de suspense en el aire, porque Malasaña no permite gracias con su tamaño. Peor que mentarle a la madre. Pero pone cara de póker y respeta las canas.

—Realmente, poco más podemos decirles.

—¿Entonces, qué quieren? —pregunta Marlowe otra vez.

—Que hagan memoria. Es difícil pensar que se haya vuelto un asesino sin más, de la noche a la mañana. No tenemos a nadie en toda la provincia con antecedentes de agresiones sexuales que pueda ser sospechoso de estos crímenes. Pero también sabemos que no todas las agresiones sexuales son denunciadas. Es más, tal vez en su época, hace treinta años, hubiera algo que no llegó a denunciarse. Que no consta en los archivos.

Los tres se quedan mirándome, pero sé que están trabajando, que su instinto les lleva a recordar, a volver atrás en busca de una luz que nos ilumine.

—Bueno —habla por primera vez Padilla—. Recuerdo a uno que se decía que había violado a una extranjera. La chica, que era alemana, o algo así, fue al hospital, luego puso una denuncia, pero no sé qué pasó después.

—¿Recuerda quién era él?

Tiene las manos serenamente cruzadas sobre la barriga, como un abuelo satisfecho enseñando cosas de la vida a sus nietos.

—¿Cómo se llamaba?

Cierra los ojos.

—De la familia de los Pelas.

—Bah. Ése que dices es un maricón —protesta Alba.

—No. Es el primo. Que se reformó y se casó. Y no lo he visto desde hace años —dice Marlowe.

Los tres se enzarzan en una discusión sobre los Pelas, pero Malasaña toma notas.

Mientras compiten por sus recuerdos, pierdo nostálgico la mirada en la calle, más allá de las cristaleras de la cafetería. Su discusión de niños revoltosos y envidiosos no nos conduce a nada, pero la educación me impide dar un puñetazo en la mesa.

Cuando se calman, prometen hacer memoria y comunicarnos cualquier cosa que recuerden.

—Hablen con la gente que trabajó con ustedes, por favor —les pido—. A ver si alguno recuerda algo, cualquier cosa puede ser importante.

Nos levantamos y los dejamos ante sus consumiciones, que apenas han tocado, excepto Alba, que le pega a su coñac y pide otro con un gesto.

—Comisario, ¿es amigo de ese inglés que siempre va de negro?

Padilla deja la pregunta en el aire. Le digo que es un conocido, que por qué lo pregunta, pero Padilla bebe entonces de su café con leche y sonríe con la soberbia serena del que sabe algo y no te lo va a decir. Su sonrisa sardónica se me clava en el pecho.

Antes de la medianoche recibimos un aviso. Un par de matones le han dado un buen correctivo a Robot. Lo teníamos vigilado desde que salió en libertad. Los matones no lo sabían. Lo esperaban al anochecer y lo han asaltado junto a su caravana. Los agentes han acudido al oír los gritos y los han detenido.

Nos acercamos primero al hospital, donde Robot está siendo atendido en el servicio de urgencias. Lo vemos tendido en una camilla. Una enfermera trata las laceraciones en su rostro. Un médico está sentado frente a un ordenador.

—¡Eh! No pueden pasar —nos espeta el médico, un sudaca menudo.

—¿Está vivo?

—¿Cómo? Sí.

—Entonces, podemos.

Robot abre el ojo que aún le vale y nos mira con desprecio.

—Veo que hay algo de justicia en el mundo —digo.

La enfermera deja de limpiar las heridas y nos observa. Nos dedica una mirada hosca.

—Salgan un momento, por favor.

Abro la puerta, pero el médico se resiste.

—Es una urgencia policial. Si no hay riesgo vital, nos quedaremos a solas con el paciente. Lo trataremos muy bien, descuiden.

La enfermera sale corriendo y el médico se muerde una protesta cuando la acompaña.

—Se pueden ir a la mierda —suelta Robot, elevándose un poco sobre el codo.

Su cuerpo fornido está sucio de sangre. Le han abierto una buena brecha sobre el ojo derecho, que parece una berenjena. Tiene la nariz hinchada y el labio partido. Al moverse, se lleva una mano al costado izquierdo. Alguna costilla rota.

—Iremos contigo algún día —lo tranquilizo.

Antes que de pueda evitarlo, Malasaña le estrella el puño en el cuello. Se ha convertido en una costumbre. Robot se pone rojo, se le hinchan los carrillos expulsando aire. Se queda completamente inmóvil varios segundos, tantos que podría uno pintarlo con esa expresión de ojos salidos y sudor en la frente que se mezcla con la sangre.

Compruebo que a través de los cristales esmerilados de la consulta, los facultativos no pueden ver lo que ocurre en el interior con suficiente claridad.

—Vamos a ver, Damián. Tienes un nombre poco adecuado, ¿sabes? Mi madre me hizo venerar al Padre Damián y cada vez que te veo pienso que eres una blasfemia andante.

Por fin, Robot respira hondo. Se lleva una mano al cuello. No comprende cómo un puño tan pequeño, de mano de niño, puede hacer tanto daño. Se le escapa una mirada de miedo al hombre menudo que aún permanece a su lado.

—Se lo diré a los médicos.

Tiro de la sábana que le cubre de la cintura hacia abajo. Afortunadamente, lleva unos gayumbos negros, pero veo una pierna vendada. Apoyo mi mano en ella y Malasaña le pone una mano en la boca que ahoga el grito.

—Si creías que era una suerte estar en libertad, te equivocabas. ¿Por qué crees que estás fuera? Porque dentro no puedo alcanzarte. Si me dices quién es el hombre del sombrero de copa, te dejamos en paz. Incluso diremos que lo de las drogas fue un error.

Aflojo mi mano y Malasaña libera su boca.

—No sé quién era. Lo enviaron de Alm…

Vuelvo a apretar. Se retuerce bajo las manos de Malasaña, que ahoga sus gritos. Los colegas de Almería han interrogado a la gente de teatro que contrataba Lapuerta para sus malditas representaciones y no enviaron a nadie ese día.

Se lo he dicho a los de Madrid. Sólo he obtenido un: «Descuide, lo tendremos en cuenta».

Piensan que estoy equivocado. Que me he obsesionado con esos vídeos y voy por el camino equivocado. Mi intuición dice que no.

Robot respira agitadamente. Por un instante, veo en su dolor la llave de la esperanza. Pero cuando Malasaña libera su boca, escupe:

—A la mierda, maderos hijoputas.

Sé que no hablará. Sé que sabe algo. Tendremos que esperar otro momento. Pero también sé que no será suficiente con la violencia.

Van llegando los informes de la Científica y los informes de las autopsias. Ningún rastro biológico, ninguna huella.

El informe forense confirma que las lesiones coinciden con lo que todos esperábamos. Las mismas mutilaciones que Elizabeth Stride y Catherine Eddows.

El Destripador se ha contenido con Naima Medari, ya que el original fue sorprendido, o así se cree, cuando atacó a Elizabeth Stride y no tuvo tiempo de ensañarse con su cuerpo, de modo que sólo presenta heridas de degüello: dos profundos cortes paralelos en el cuello.

En cambio, la descripción de las mutilaciones en el cuerpo de Sandra Okaka son espeluznantes: una réplica exacta de lo que sabemos que Jack El Destripador hizo en el cuerpo de Catherine Eddows: dos profundos cortes en la garganta, hasta la tráquea, han causado la muerte instantánea. Graves mutilaciones en el rostro: los labios cortados hasta dejar a la vista las encías. El asesino ha cortado la punta de la nariz, los párpados inferiores y las mejillas, dejando abierta la carne desde la nariz hasta la mandíbula izquierda. La ropa fue rasgada con rabia, y el asesino ha cortado, rasgado, mutilado y cercenado los órganos internos: páncreas, hígado y bazo. Faltan parte del útero y el riñón izquierdo, y los intestinos han sido eviscerados y colocados sobre el hombro derecho. El cadáver presenta un corte profundo desde la vagina hasta el ano. Ha abierto la parte superior de los muslos desgarrando tejidos y cartílagos. Parte del colon ha sido cortado y dejado sobre el brazo derecho.

Fotografías del horror. También hay fotografías de los signos que el Destripador ha grabado en los cuerpos con la punta de su cuchillo. En el caso de Naima Medari es un triángulo en el interior de un círculo. En el caso de Sandra Okaka se trata de un cuadrado, también en el interior de un círculo.

Dibujo una y otra vez los signos en papel. Luego miro y miro por internet. Posibles significados que no me conducen a ninguna parte.

magníficos cuchillos
una ofrenda
s miserables cuerpecillos
a ja ja ja…

nerme su riñón?
me comería a esas putas malolientes
o tocarlas me asquea
o tocarlas con mi cuchillo me estremece…
placer
a ja ja ja…

15

La alarma social es insoportable. El ambiente se torna irrespirable. Miro los rostros de mis hombres y en todos veo la sombra de la derrota, la mirada de la frustración.

Todo el mundo nos acusa de no haber preparado adecuadamente los dispositivos de vigilancia. Al Ministerio del Interior de no poner a disposición de la policía los medios necesarios y de no haber solicitado la ayuda pertinente de agencias especializadas, con mucha más experiencia que nosotros en casos de asesinos en serie, como el FBI. El ministro se defiende en la radio, en los periódicos, en la televisión, alegando que se han puesto todos los medios precisos, que la investigación es ardua y difícil, que el asesino es astuto y está familiarizado con los modernos métodos de investigación y que el dispositivo controló toda la comarca alrededor de la ciudad. El FBI ha enviado un perfil que está estudiando la policía española. Recuerda casos similares en los que se detuvo al asesino, como el de Joaquín Ferrándiz. Olvida mencionar que antes de ser detenido llegó a asesinar a cinco mujeres en Castellón.

La voz de la calle es tan cruel como era de esperar: un oyente dice que la policía no quiere coger al asesino porque está haciendo una labor de limpieza de la prostitución en la zona. Otro dice que estamos demasiado bien pagados y que no nos esforzamos lo suficiente.

Malasaña no hace ni un gesto. Se limita a estar ahí, callado, apesadumbrado, mortificándose con lo que oímos.

Luego le toca el turno a nuestro alcalde, quien con gran sensibilidad intenta aplacar la alarma social creada por los crímenes.

—La población debe mantener la calma. La mayoría de la población no entra en la victimología del asesino.

Nos escandalizamos en silencio. Ya no quedan ánimos para protestar.

Lázaro Asunción me informa de lo que le pedí:

—El tío llamó desde Madrid y se ofreció a Anela. No lo buscaron. Dijo que si no encontraba ninguna pista, no cobraba. Eso me han dicho.

El detective se ofreció. Buscó involucrarse en la investigación.

—Tal vez tengamos que dedicarle más atención a Colombo —le digo a Malasaña.

No hace falta más. Sale a hacer algunas llamadas.

Un rato después, bajamos por fin al sótano. El que vemos en la pecera es un tío de unos treinta años, con la cabeza afeitada y de pequeña estatura. Tiene un perfil severo y el cuerpo menudo me recuerda al de Malasaña, pequeño y duro como un guijarro.

Me quedo fuera, fumando un cigarrillo, y conecto el altavoz.

Tal vez sienta alguna empatía por un policía que en apariencia podría ser su primo.

—Sabemos quién eres y a lo que has venido —comienza Malasaña.

El otro lo mira con curiosidad, pero no muestra ningún gesto de rechazo.

—Nos importa una mierda que le hayáis partido los huesos a ese cabrón. Si por nosotros fuera, podíais matarlo.

El matón lo mira con una sonrisa incrédula.

—Lo único que me interesa es saber si le habéis sacado algo. Todos queremos lo mismo.

Ambos hombres se miran fijamente. Malasaña rompe el hielo ofreciéndole un cigarrillo que el otro acepta.

El rumano diminuto fuma tranquilamente.

—¿Quién os envió por él?

El otro no responde.

—No vamos a formular acusación contra quien te envió. No hay problema. ¿Me entiendes? ¿Quieres un intérprete?

—No.

Malasaña mira la ficha del rumano. Andrei Petran. 29 años. Detenido en Valencia por golpear a una pareja. El que espera en la celda contigua es Flaviu Funar. 32 años. Con varios antecedentes por agresión. Sospechas policiales de pertenecer a las mafias rumanas de la prostitución. Matones de tres al cuarto. Pero suficientes para un correctivo a Robot.

Dos tipos que algún colega ha enviado a Radu.

Radu quiere al Destripador para sí. Obligó a Yusida a destrozar la coartada de Hunt. Entretenernos con Hunt mientras él ajustaba las cuentas al destripador por haber acabado con la gallina de los huevos de oro que era Cristiana Stoicescu.

Malasaña se muestra de acuerdo. Radu quería acabar con el Destripador. No sabe quién es. Pero sí sabe quién puede saberlo.

Ahora estamos mucho más seguros de que sólo Robot puede conducirnos hasta él.

No es agradable encontrarse con Andrés Ocaña. Se me atraganta desde hace años. Su periódico, *Digitalbaria.com*, que también publica en papel, es un libelo, un panfleto de la peor clase.

—¿Te mandan tus amigos?

Ocaña me ha asaltado en el vestíbulo de la comisaría.

—Un periodista no tiene amigos —se justifica.

—Dicen que prosperas desde que defiendes la libertad individual. Lástima que se te olvide la de esas chicas.

Algunos agentes se quedan pendientes de nuestra conversación. Saben lo que ha dicho o insinuado en su periódico amarillo en las últimas semanas. Especialmente tras el escándalo de los vídeos sexuales de sus patrocinadores.

—No me ataque, comisario. Estoy deseando que cojan a ese desgraciado tanto como el que más.

—No lo creo. Todos los días tienes abono para tu libelo. «El comisario de Baria se muestra desbordado. Da palos de ciego, atacando a ciudadanos indefensos…», ¿cómo seguía?

Una sonrisa de piel aviejada que se estira entre arrugas, afilando los huesos de sus mejillas flacas y mal afeitadas y de su nariz de águila perdiguera. Sus ojos achicados parecen abarcarlo todo. Siempre hay que desconfiar de quien no cierra los ojos cuando sonríe.

—Se pasó, comisario. Y usted lo sabe.

—¿Sus amigos no se pasaron?

—Eran fiestas privadas, con adultos que consentían lo que hacían.

—Putas obligadas por sus chulos. Se te olvidó escribirlo. ¿Qué quieres?

—Preguntarle por qué se mete con ciudadanos honestos…

—¿Honestos?

—Ciudadanos en todo caso. Y se olvida de sus amigos.

Lo atravieso con los ojos. Pero los suyos no se intimidan. Sonríen aún más socarronamente comprobando la alarma que me provocan sus palabras.

—¿Qué amigos?

—¿Por qué no ha considerado sospechoso al inglés, como sí hacen los polis de Madrid?

—Eso es una bobada.

—Pues no tiene coartada. Las noches de los asesinatos su club estaba cerrado. ¿Qué raro, no? Le han pedido muestras de ADN y se ha negado. ¿No le llama la atención? Tal vez a los lectores sí.

Doy un paso hacia él.

—¿Cómo ha dicho?

—¿No lo sabe? Vaya, vaya, vaya.

Chupa de su cigarrillo mojando mucho la colilla. No se atreve a encenderlo en la comisaría. Puedo ver el brillo de su saliva. Huele a sudor. Doy un paso atrás, intentando disimular mi sorpresa, aunque sé que ya es tarde.

—La inspectora de Madrid. Le pidió su coartada y no tuvo respuesta. Le pidió una muestra de ADN y se negó. ¿Qué tiene que decir?

—Que no hay razón alguna para considerarlo sospechoso.

—Los especialistas de Madrid piensan lo contrario.

—Se equivocan. Actualmente se están pidiendo esos datos de forma masiva por toda la ciudad.

—Vaya. No me había enterado.

—Tus fuentes de información son dudosas, Ocaña.

Lo dejo plantado.

Con la investigación en punto muerto y la única pista en el hospital, donde no tenemos acceso a él, nos comemos las uñas en la comisaría. Damos vueltas como zánganos aburridos. Bajo al cuarto de los horrores, me entristezco, compruebo que no soy capaz de intuir nada más, que no soy capaz de adivinar. Siguen sin encontrar correspondencia alguna con el ADN del cigarrillo encontrad en la furgoneta. Esa colilla sigue dándome mala espina.

Del mismo modo que vuelvo a atormentarme preguntándome dónde cojones pudo coger una colilla mía. Y vuelvo a decirme que en cualquier parte. En un bar, en una cafetería, en la calle. Es audaz, casi temerario. ¿Y si la hubiera cogido en la propia comisaría? ¿Y si se trata de alguien que ha estado incluso en mi despacho? Pero luego me parece impensable. Nadie que haya estado en el despacho puede ser sospechoso. El tormento que no cesa me dice que no llegaré a ninguna parte. Me maldigo. «Tiene algo personal con usted. Lo ha escogido», dijo la inspectora. Me conoce. Y eso significa que lo conozco.

A la desesperada, ordeno que me traigan los expedientes de los asuntos en los que he intervenido desde mi llegada a la ciudad. Ponen cara rara. Luego

traen cajas enteras.

Paso horas examinando los expedientes, pero no encuentro nada ni a nadie que encaje en este asunto.

Más tarde bajo a la centralita. Hablo con los agentes que hay colgados al teléfono permanentemente desde hace semanas, atendiendo llamadas de ciudadanos que creen haber reconocido al Destripador en su vecino, en un tío al que vieron pasar bajo su ventana con aire siniestro, o a un primo que maltrataba gatos cuando era niño.

Mis agentes están más quemados que las chicas de los teléfonos eróticos. Recogen las llamadas por pura rutina, con inmenso aburrimiento. Más de dos mil llamadas en seis semanas. Apenas unas notas válidas. Pistas que se han investigado sin conducir a ningún sitio. Un tipo malencarado que pegó a una prostituta. Un cazador furtivo que disfrutaba haciendo sufrir a los animales. Un carnicero que salió a la calle con manchas de sangre. Un moro que pegaba a las mujeres en el barrio de San Cristóbal en cuanto mostraban algo más que los ojos. Un rumano que circulaba borracho y gritó a la policía que iba a matar a todas las putas de la ciudad. Un *payoponi* hasta las cejas de cerveza que asaltó una puta de la calle porque no tenía dinero para pagarse el servicio. Un gitano impotente que desahoga su frustración culpando a las mujeres.

Nada. Nada. Nada.

Impotencia. Frustración. Cansancio.

Mis hombres soportan las críticas peor que yo. A ellos se lo gritan por la calle. No pueden acudir a un altercado mínimo sin que los vecinos les echen en cara que sólo servimos para riñas de vecinas pero no somos capaces de detener al Destripador.

Alguien ha pegado hoy un titular de periódico con celo a la columna de entrada y los periodistas se han hartado de hacerle fotos que ya estarán colgadas en Internet. El titular, de mi amigo Ocaña, en *Digitalbaria.com*: «La policía no investiga a sus amigos».

Llamo otra vez para preguntar en el hospital cuándo darán de alta a Robot. Me dicen que aún necesita unos días de hospitalización. Miro el reloj como si éste fuera a acelerar el tiempo. Pero no es así y me tiro en mi sillón, apesadumbrado y nostálgico de acción. Necesito hacer algo para no consumirme. Para no morir de desesperación.

Malasaña se pierde dos días enteros. A saber en qué andará metido sin molestarse en informarme.

Tengo que ver a Mike. Tengo que ver a Mike para mirarlo a los ojos. Tengo que verlo para saber si puede ser él. Tengo que verlo para saber que no

sospecho de él porque no tengo motivos. Tengo que verlo para saber que la amistad no ciega mi criterio.

Tengo que ver a Mike.

Pero temo verlo.

Me escondo en Natalia.

Me abre la puerta con una sonrisa que me ilumina. Hace tiempo que no la veo y ella sabe por qué. No urge, no pregunta, no acosa. Sólo espera que la llame. Y ahí está, recogiéndome de su puerta como si fuera un vagabundo necesitado de agua y calor. Me quita la chaqueta y entonces siento lo profundamente cansado que estoy. Creo que jamás he estado tan cansado.

Masajea mis hombros y por primera vez en mucho tiempo sé que hay algo en este mundo que no es terrible. Mi respiración se hace tan profunda que estoy casi dormido en el sofá cuando ella me trae una copa de vino y un poco de queso.

El primer sorbo me devuelve a la vida y siento correr de nuevo la sangre por mis venas. Ella se sienta a mi lado y mis ojos se dejan caer sobre un periódico con el inevitable titular sobre los crímenes del Destripador.

—Qué asco —dice Natalia—. ¿Te has dado cuenta de que lo han convertido en un héroe?

Dejo de masticar y pienso en lo que dice.

—Porque no lo habéis cogido todavía. Como si fuera un héroe que escapa a la policía. ¡No entiendo! ¡No entiendo!

Tira el periódico al otro lado de la habitación, indignada.

Me gusta cuando muestra ese gesto irritado. La pequeña nariz aguileña se le arruga y muestra todos los defectos de su rostro, lo que la hace más adorable.

Pienso en lo que ha dicho mientras como un poco más. Luego, me levanto y enciendo un cigarrillo y salgo a la terraza. Una noche que hace fresca la brisa húmeda del mar. A lo lejos, los rascacielos de la City apuñalan un cielo denso de nubes bajas y gordas. Pero esta vez no hay riesgo de que descarguen su furia. A pesar de su color, son leves como alas. Más cercanos, otros edificios escalonados que parecen la parte flotante de un trasatlántico se mecen en la oscuridad. Se ven luces en las fachadas que parecen reflejar una tranquilidad de vida familiar que inspira serenidad. Siento nostalgia de esa serenidad que he vivido en otros momentos en esta ciudad. Tan vacía como aburrida. Y ahora colmada de maldad.

Natalia me abraza. Siente un poco de frío.

—Vamos —dice.

Temo no ser capaz de amarla. Temo descubrir su cuerpo en la penumbra y que mi mente se colme, se sature, se desvanezca en la visión de los cuerpos destripados. Envío un mensaje a un periodista. Esta vez va a tener su exclusiva. Sé que puede costarme caro, pero no voy a pedir permiso. Es mi decisión. Una decisión urgente y súbita. Ya inapelable.

Levanto entonces a Natalia en mis brazos y entramos en su dormitorio como un matrimonio reciente, de esos que ya no existen más que en nuestra imaginación. Pero la imaginación y su cuerpo hacen un milagro y recobro la vida junto a ella.

ué frustración!
poder destripar a la tercera mujer
nandaré un recuerdo al comi
a ja jajajaja

an fácil
hhh
oy pensando en cargarme alguna
la puerta de mi propia casa
a ja jajajjajaja

16

Una muchedumbre rodea un puesto del mercadillo de la plaza de San Ginés. Hay un zeta de la policía local con las puertas abiertas. Atravesamos el corro de gente a codazos y vemos un puesto tirado por el suelo: DVD rotos, camisetas pisoteadas, gorras arrastradas, cadenas de tela y de cuero, pulseras, colgantes, *piercings*. Dos góticos retorciéndose de dolor.

Un agente de la local se acerca.

—Estaba como loco. No podíamos sujetarlo entre cuatro.

Me imagino a mi hermano López hecho una furia y lo que no entiendo es cómo pudieron entre cuatro. El agente levanta el brazo y señala una cafetería.

—Una ambulancia viene de camino —añade.

López está sentado en una silla. La cabeza baja, rodeado de tres agentes de la policía local. Todos lo conocen y sus rostros muestran preocupación y temor por lo que pueda pasarle.

—¿Qué pasa, tío?

—No he podido evitarlo —dice, aunque tarda una eternidad en responder.

El dueño de la cafetería llega con una manzanilla que apesta. El gigante se lo agradece, llamándolo por su nombre. Un agente me entrega un móvil:

—Ha sido por esto.

Uno de los góticos que se retuerce en el suelo y no para de gritar aparece en la pantalla. Canta un rap:

la ciudad de Baria
la noche del mar
hombre con un cuchillo
viene a aterrar
onde tu mujer
busques puta
hagas pregunta
as de esconder
mpone su Ley
no aquél que un día
ndo nadie su nombre sabía
uso su valía

olicía se asusta
s ya ninguna puta
servicios hará
la noche del mar
hombre con un cuchillo
viene a aterrar
ombre vendrá
uchillo hablará
sangre callada brotará
el destripador

o mi huella
ndo me dedico a ella
a ja ja ja
lie mira mi cara
presa en la mirada
ras ras ras en la quijada
cuerpo que se hace nada
laré con mi cuchillo
tarás con mi saludo
dita puta barata
nadie te trata
ullo del héroe oscuro
canta la canción
hay oración
sirva un duro
ca mi rostro
re todos los que miran
ncontrarás entre la gente
oscuro
la noche del mar
hombre con un cuchillo
viene a aterrar

Natalia tenía razón. Han convertido al monstruo en un héroe.

—Parecía Jesús en el templo, comisario.

El agente se extraña de mi sonrisa ante su comentario, pero imagino a mi hermano gigante dando mandobles a los que jalean a la Bestia.

—Lo he destrozado todo —comenta López sombríamente, mirando a su alrededor como si despertara de una pesadilla.

Carteles con cuchillos y la leyenda *The Ripper*. Un anuncio a tamaño natural idéntico al que el asesino dejó en el lugar de su último crimen. López lo ha destrozado a patadas. Gorras pisoteadas y camisetas negras con un sombrero de copa y un cuchillo y las palabras *The Ripper* grafiadas.

—El vídeo ya está colgado en la red —comenta el agente.

—Ya sabéis lo que hay que hacer. Recoged todo el material. Vamos a *empurar* a esos tíos antes de que ellos levanten un dedo contra López.

Mientras unos sanitarios se llevan a los heridos, el agente asiente en silencio, mordiéndose los labios.

Comienza a hacer llamadas.

Sale de la cafetería López y mira a su alrededor.

—¡La que he liado, comisario! ¡Lo que le hacía falta!

—No te preocupes. Esperemos que no tengan nada grave.

—Es que estos tíos no tiene ni media hostia, jefe —se justifica Obelix, inocentón.

Mi sonrisa parece iluminarlo, porque esconde una risa que devuelve brillo a sus ojos, hasta ahora apagados.

Lo llevamos al hospital, donde preparan un parte médico de urgencias con un diagnóstico de ansiedad y síntomas de depresión.

Ya me imagino al Comisario Jefe poniendo el grito en el cielo y culpándome del incidente. No me importa. Dejaría que me partieran la cara por el hermano López.

Lo dejamos un rato después en su casa, donde una esposa alarmada se lleva las manos a la cara, como si hubiera ocurrido una desgracia. Le explicamos lo que pasa, le pedimos que pase unos días de reposo. La esposa de López se sienta junto a él en el sofá, en un salón tan común que transpira serenidad familiar, y pone una mano pequeña sobre el brazo del gigante en un gesto de bendición íntima que envidio inmediatamente. Sé que mi amigo estará bien. Tan bien como yo nunca podré estar, porque jamás podré tener una mujer como la suya.

Le doy un abrazo al cachalote y salgo.

—Esto nos a volver locos a todos —me digo a mí mismo.

Gómez respondió enseguida a mi mensaje de anoche, así que en hora de *prime time*, como él dice pomposamente, lo tiene todo preparado.

Dudo, pero finalmente decido continuar. Pase lo que pase. Adelanto a Gómez unas cuentas preguntas que debe hacerme. El resto, las hará libremente. Sé que si le pusiera más restricciones, sería capaz de negarme la entrevista, a pesar de que será un pelotazo para él. Una entrevista con el comisario de la ciudad donde se están cometiendo los crímenes del Nuevo Jack el Destripador. Hoy será el centro de atención de todo el Mundo.

Gómez tiene su estudio en un edificio de Valle del Este, alejado de la ciudad. Circulo por campos amarillos y desérticos hasta encontrar un pequeño valle escondido en el que destaca el verde del césped de los campos de golf como el tapete de una mesa de billar, alrededor de un hotel de lujo. Los campos verdes moteados de palmeras y lagunas de agua te trasladan a otro lugar. Baria-Comunicación está situada en un edificio cercano, fuera del recinto del hotel y del campo de golf, donde se alojan empresas inverosímiles que buscaron una ubicación más barata que las que ofrecía la ciudad o una discreción necesaria. Aparco junto a unas palmeras y entro en las dependencias de la emisora. No son las instalaciones más lujosas del mundo, pero todo el mundo está pendiente de mí.

Gómez me recibe con un apretón de manos.

—Todo está dispuesto. Empezaremos a las nueve en punto.

Vacilo. Me quedo pensativo un rato. Aprieto las mandíbulas y maldigo mi suerte. Pero me digo que ya no hay vuelta atrás. Lo que tenga que ser, será.

Una jovencita me invita a seguirla por un pasillo y me sienta ante un espejo para maquillarme. Le digo que no se esmere, pero ella continúa poniéndome estúpidos polvos en la cara, como si fuera una *vedette*.

A las nueve menos tres minutos me fumo un último cigarrillo y luego entro apresuradamente y me siento frente a Gómez, que ya ocupa su puesto ante una mesa de cristal. Maneja unos folios con las preguntas que ha preparado y que no me ha dejado ver.

Un movimiento de ajedrez a la desesperada.

Inspiro hondo.

Gómez hace una larga introducción, comentando los brutales crímenes de ese asesino en serie que está imitando a Jack el Destripador, aquel famoso asesino del Londres de finales del siglo XIX, cuya identidad aún se desconoce a pesar de las múltiples especulaciones, y que se ha convertido en un mito del mal. Luego me presenta y siento el ojo impertinente de la cámara en mi careto. Es un instante de pánico, de vacilación, de vértigo.

—Nos acompaña el comisario Carrillo, de la policía de Baria. Es conocido de todos los habitantes de la ciudad, pues lleva con nosotros varios años. Ha destacado en sus anteriores destinos en lugares muy conflictivos de la geografía española y, a pesar de su perfil discreto, ha cosechado en los últimos años sonoros éxitos en la lucha contra el crimen en nuestra ciudad. Comisario, buenas noches.

—Buenas noches —respondo, y siento la boca seca y una angustia agotadora.

—La primera pregunta, comisario. ¿Por qué?

—Es difícil responder a esa pregunta. La mayoría de nosotros podemos comprender los motivos de muchos criminales. Podemos comprender, aunque no aprobemos, naturalmente, a un atracador que busca obtener un botín. Podemos comprender a un mafioso, que defiende su negocio, por ilícito e inmoral que sea. Aunque sean conductas aborrecibles, sabemos que forman parte de la naturaleza humana. Sin embargo, cuando nos enfrentamos a crímenes gratuitos, en los que no hay relación entre la víctima y el asesino, siempre nos asalta el pánico, porque eso significa que no es necesario un motivo para matar.

—Eso quiere decir que el por qué se queda sin respuesta.

—No hay una respuesta concreta o definitiva. Para estos asesinos no hay un motivo, no existe un por qué. Las causas que nos pueden llevar a encontrarnos con situaciones de este tipo han sido estudiadas, pero no hay una razón concreta, más allá del deseo del asesino.

—¿Puede comentarnos algunas de esas causas?

—Se ha comprobado que el asesino en serie es propio de sociedades desestructuradas. Actualmente, el mundo es cada vez más uniforme, y los principios que inspiraban nuestra sociedad típicamente europea y mayoritariamente católica impregnaban la sociedad de una serie de vínculos familiares y sociales que hacían este tipo de fenómenos mucho más atípicos. Por desgracia, nuestra sociedad cada es más parecida a la de esos países en los cuales el fenómeno ha estado más presente.

—¿Estamos importando este tipo de criminales?

—Realmente, siempre ha habido asesinos en serie, a lo largo de la historia y en todas las sociedades, pero lo cierto es que actualmente es un fenómeno más acusado. Que tengamos conocimiento, en los últimos treinta años ha habido más casos en España que durante los doscientos anteriores.

—¿Es, por tanto, un fracaso de la sociedad?

—No quiero poner el acento en la sociedad, puesto que la decisión de asesinar es una decisión particular del asesino. De hecho, no hay condiciones sociales determinantes para que un asesino se convierta en tal, en contra de lo que mucha gente pueda pensar.

—¿Qué lleva a alguien a convertirse en un asesino en serie, comisario?

—Puede haber tantas razones como asesinos. Si tenemos en cuenta los últimos estudios, de Jonathan Pincus, por ejemplo, parece ser que deben converger varios factores, principalmente el maltrato infantil, daño neurológico y enfermedades psiquiátricas. Sin embargo, ni siquiera esos factores, que se han apreciado en un número relevante de asesinos en serie estudiados *a posteriori*, determina las razones por las que una persona se convierte en un asesino en serie. De hecho, la mayoría de las personas que ha sufrido maltrato infantil no se convierten en asesinos. Ni tampoco la mayoría de aquéllas que sufren daños neurológicos o alguna enfermedad psiquiátrica. Por supuesto, razones ambientales, como la pobreza, tampoco son relevantes. La mayoría de los que viven en situación de pobreza son personas buenas y honestas. Por tanto, debemos poner el acento en la individualidad de la persona que da el paso de convertirse en asesino en serie como una decisión consciente y personal, detrás de la cual sólo hay un responsable y un fracasado.

—¿Un fracasado?

—Por supuesto.

Me acomodo en la silla con gesto serio y vuelvo a mirar a Gómez.

—Hoy hemos tenido un suceso muy desgraciado en esta ciudad. Un agente se ha visto obligado a utilizar toda su autoridad para retirar unos emblemas, signos y distintivos del destripador, en los cuales era tratado como un héroe, haciendo, quienes se disponían a vender tales cosas como graciosos *souvenirs*, una clara apología de sus crímenes o, cuando menos, frivolizando sobre los mismos.

—Hemos oído el incidente —me interrumpe Gómez—. Ahora le iba a preguntar. Acusan al agente de brutalidad policial.

—Nada más lejos de la realidad. Las personas que se disponían a hacer negocio y diversión con tales crímenes se han negado a someterse a la autoridad del agente que, con buen criterio, entendía que su actitud suponía una clara alteración del orden público y quería evitar males mayores. No sé si le han informado de que esas personas habían puesto música con una canción de rap elogiosa con el asesino. Es intolerable.

—Desde luego. Y de muy mal gusto.

—No sólo lo es desde el punto de vista legal, sino también moral. No podemos consentir que se convierta en mitos a la basura humana que es un asesino en serie, que, en definitiva, y como he dicho antes, no es más que un fracasado.

—Dígame en qué sentido.

—Un asesino en serie es alguien que sólo busca reconocimiento personal. Es alguien que está ofuscado por una situación personal que considera injusta, por su falta de reconocimiento. Es alguien que ha fracasado en ámbitos de su vida especialmente importantes para él y no ha sabido buscar su acomodo en la sociedad. Es, alguien, en definitiva, que está en lo más bajo de la escala humana.

—¿Quiere decir que es alguien de ámbitos pobres o miserables de la sociedad?

—En absoluto. El fracaso personal al que me refiero no tiene nada que ver con su situación de clase, sino más bien con una expectativa, una necesidad de reconocimiento personal que se le niega, siempre porque no se la merece. Su ego le impide reconocer su fracaso y tal resentimiento lo lleva a descargar su furia con los demás.

—Comisario, ¿qué se esconde detrás de estos crímenes?

—Detrás de estos crímenes sólo se esconde una cosa, Gómez: una gran vulgaridad.

—¿Vulgaridad?

—Detrás de todo crimen se esconde siempre una razón miserable. Tras el crimen de género que un marido comete sobre su esposa, por ejemplo, sólo se esconde la propia miseria e inseguridad del asesino; tras un atracador se esconde solamente su codicia; tras el crimen de un mafioso se esconde su avaricia o su ansia de poder; tras el destripador sólo se esconde su vulgar irrelevancia, su vulgar rencor, sus vulgares pensamientos. Si pudieran imaginarse lo poca cosa que parecen esos criminales una vez que los detenemos, podría comprender todo el mundo que no son otra cosa que seres ordinarios y vulgares sin ningún valor.

—Comisario, hemos leído en la prensa avances de un perfil psicológico del criminal. ¿Ha elaborado la policía un perfil?

—Por supuesto. Pero es difícil elaborar un perfil cuando el criminal ni siquiera sigue su propio *modus operandi*, sino que se limita a imitar el de otros. Por tanto, todo perfil en este caso ha de ser valorado ponderadamente. Aunque hay cosas que sí sabemos del asesino.

—¿Cómo qué?

—Que es un hombre sexualmente disminuido.

—¿Están seguros?

—Sin duda alguna. Es incapaz de abusar de sus víctimas. Sus crímenes tienen una clara motivación sexual, pero es incapaz de mostrar su virilidad más allá de su violencia.

—¿El cuchillo sería su pene?

—Bueno. Si quiere decirlo así. En cierto modo. Comprenderá por qué le he dicho antes que no es más que un pobre infeliz resentido con el mundo. Una vulgar criatura que no merece el menor elogio, por mucho que haya esquivado la investigación hasta ahora, lo cual, en la mayoría de los casos, no es más que una cuestión de oportunidad o suerte.

—No podemos negarle cierta astucia y valentía al asesino, comisario.

Gómez intenta articular la conversación, aunque le den asco algunas cosas de las que pueda decir. Lo conozco lo suficiente para saberlo.

—Niego que se trate de valentía. Es sólo audacia. Le recuerdo que el primer crimen lo comete frente a un lugar concurrido, pero lejos de la vista de la gente, en un ámbito muy solitario. Al igual que el segundo, que fue cerca de la comisaría, pero no olvidemos que es una zona bastante despoblada de la ciudad y con muchas salidas. Y los últimos se ha alejado tanto de la ciudad por temor a la policía que podría haberlos cometido en otra provincia.

—De hecho, secuestró a las víctimas en Murcia, según ha trascendido.

—Correcto. Además, Gómez, no podemos hablar de valentía en un individuo que busca mujeres indefensas y las asalta alevosamente. Es un cobarde que sólo ataca cuando sabe que la víctima no puede defenderse.

Hago un gesto de rechazo, como si dudara.

—He de decir, para que todo el mundo lo sepa, que degolló a esas mujeres cuando ellas estaban atadas y amordazadas. Como comprenderá, no es más que un cobarde repugnante.

—Es posible, comisario, que el propio asesino nos esté viendo.

—No tengo la menor duda.

—Esto que dice usted puede tomarlo como una provocación. ¿No teme su reacción?

—En lo personal, desde luego que no. Sería incapaz de atacar a un hombre que puede defenderse. Lo haría, en todo caso, a traición. Y le aseguro que no utilizaría un cuchillo, sino un arma que le garantizara su impunidad. Ningún hombre de la ciudad debe temerle. Si se enfrentara a un hombre cara a cara saldría corriendo como un conejo asustado.

—Cobarde. Fracasado. Impotente. Basura humana. Estos son los calificativos que ha mencionado usted esta noche, si no me equivoco.

—Correcto.

—¿No le parece una definición poco ortodoxa para un policía?

—En absoluto. Me parece la más fiel a la realidad. Mi principal objetivo al venir esta noche aquí es combatir esas leyendas urbanas que se crean inconscientemente en algunos ámbitos, que provocan fascinación por los asesinos. Son una falacia. Un asesino es un fracaso de la naturaleza humana, jamás un éxito. Este asesino es un defecto de la naturaleza, nada más.

Gómez deja aposentarse el silencio unos segundos, busca unos papeles sobre la mesa.

—Comisario, ha habido muchas críticas respecto a cómo se ha llevado la investigación…

Respiro hondo. Tomo mi tiempo para responder.

—Creo que no son acertadas. Por dos motivos. En primer lugar, desde que ocurrió el primero de los crímenes ha sido una tarea prioritaria para todos los agentes. Hay cosas que ustedes no ven ni tienen por qué conocer, pero deben saber que todos mis hombres han renunciado voluntariamente a las vacaciones pendientes y a los fines de semana y que echan muchas horas extras todos los días. Sus jornadas son verdaderamente agotadoras. Hemos seguido cientos de pistas. Hemos recibido miles de llamadas y hemos comprobado cada una de ellas. En segundo lugar, todas las fuerzas del orden han hecho el mismo esfuerzo. Han venido grupos de especialistas desde Madrid para colaborar en la investigación. Nada se ha dejado al azar.

—Bien, comisario, pero se ha publicado que ha habido ciertas… *desconexiones* entre la policía y la guardia civil.

—Debo negarlo tajantemente. Hemos colaborado en todo momento. Al máximo. Eso sí, puede haber distintos criterios en un momento dado sobre qué pista hay que seguir con prioridad, eso ha sido todo.

—¿Confía en una pronta resolución del caso?

—Todos trabajamos sin descanso para ello.

Gómez pide una cámara a la que mira fijamente y despide la entrevista, calificándola de polémica. Ya sé por dónde va y me gusta. Insistirá en cuanto yo haya desaparecido en los insultos y descalificaciones contra el criminal. Intentará ponerlo tan furioso como yo quiero que esté.

No he puesto el pie en la calle cuando recibo su respuesta.

Me has faltado el respeto, comi.

Esta vez no hay risita.

Hoy Mike no se ha sentado con la inspectora. Supongo que ya no sienten recíproca simpatía.

—Te ha faltado decir que la tiene muy chica —dice Mike.

—Creo que ha quedado claro.

Mira a la inspectora Galán:

—¿Quiere otra?

Tiene una coca cola a medias. La inspectora hace un gesto negativo.

—¿Quiere comer algo?

—Ahora sí.

Mike se inclina levemente ante ella. Un gesto casi japonés.

—¿Qué música es ésta? —pregunto, molesto porque no suena a *blues*.

—Norah Jones. Lo ha pedido la inspectora.

Poco a poco, como críos en clase, cuando no se debe, Mike y yo empezamos a reír. A la inspectora no le hace ninguna gracia. Mike se retira.

—Eso que ha hecho ha sido una estupidez.

Controlo poco a poco el ataque de risa. Me he sentido cerca de la locura. Hace tanto tiempo que no reía que creía se me había olvidado.

—Ahora está cabreado. Puede que mate a otra sólo por eso.

—Puede ser. Es un riesgo que hay que correr. Tal vez entonces cometa un error. Pero no puedo estarme quieto.

—Una estupidez —repite, bebiendo de su Coca Cola.

—Acabe ya con sus clases magistrales. ¿Qué ha adelantado usted con el perfil? Antes de que usted viniera, el que me dio Mike valía más que todos los que han elaborado ustedes.

Me arrepiento enseguida de mi acceso de ira, pero ya no puedo tragarme mis palabras.

—¿Perfil de Mike? Claro. Él puede entenderlo muy bien.

Lo miramos trajinar tras la barra, preparando una bandeja con unos sándwiches y unas cervezas.

—¿No sabe la última información que hemos recibido?

Me quedo mirándola.

—Alguien vio su coche la noche del primer crimen a menos de cien metros del lugar.

—¿Y qué?

Estoy empezando a cansarme de la psicóloga.

—Que también lo vieron alejarse de la ciudad la noche del segundo crimen. A toda velocidad.

—Mike siempre circula a toda velocidad. Lo sabe todo el mundo.

—¿Y dónde iba la noche del tercer y cuarto crimen? Se vio su coche en la zona del hotel Caravan.

—¿Cómo lo sabe?

—Un huésped del hotel lo vio. Se fijó en el coche.

—¿Cree que si fuera a cometer cuatro crímenes utilizaría un coche tan llamativo? Tiene un coche americano, un Camaro rojo, que no cabe por la mitad de las calles de esta ciudad. ¡Por Dios! Además, tras los últimos crímenes el asesino quemó una furgoneta, ¿no lo recuerda?

Hace un gesto despectivo.

—Y luego se largó del lugar. Debía tener otro vehículo. Una prueba circunstancial más —corrobora, contumaz, la inspectora.

—Eso es, circunstancial —comento en voz baja porque se acerca Mike con la bandeja, que deposita sobre la mesa con mucho cuidado.

—¿Por qué no me da una prueba de ADN? —le espeta la inspectora Galán.

Mike sonríe con esa leve sonrisa retadora que tendría Hannibal Lecter.

—Se lo ha de ganar usted, inspectora.

—Si no tuviera nada que esconder…

—Tengo mucho que esconder.

Mike se da la vuelta y la deja con la palabra en la boca. La inspectora cierra su boca, apretada de indignación.

Suena mi teléfono. Mis hombres me avisan de que el Comisario Jefe está hecho una furia.

Paso de él.

Cuando llego a casa, de madrugada, me acerco hasta el agua. La espuma lame mis zapatos. Hay una luna mediada que ilumina poco, como mi inteligencia. Es una noche hosca, como mi corazón. Las copas que he tomado no han servido para hacerme sentir mejor. Al contrario, el alcohol frío de los desesperados es el arma más terrible contra uno mismo. Concede una lucidez que sólo permite ver la realidad cruda y desnuda, y entonces no hay consuelo, ni solución ni esperanza. Sólo en el fracaso nos vemos como realmente somos.

Acaricio la culata fría de la Glock. Desearía disparar al asesino al que he provocado. Una bala entre ceja y ceja. Si no lo consigo, tal vez debería hacerlo conmigo mismo. ¿Podré vivir con el fracaso de no haberlo cogido?

Doy la espalda al mar y entro en la casa oscura y deshabitada. Antes era terrible llegar y comprobar su silencio aislado. Ahora es mucho peor. Es un cobijo ni siquiera cálido. Ya no la siento como mi casa, sino como un agujero hosco en el que esconderme cuando no puedo estar en otro sitio.

Ni siquiera enciendo la luz. ¿Para qué? No tengo nada que ver.

Oigo un ruido al fondo. Puede ser cualquier cosa. Me desnudo lentamente, en la penumbra de un dormitorio rayado por la luz de una farola. Mi cama dejó de ser cálida. Me encojo sobre mí mismo, buscando un calor animal. A veces me pregunto por qué no me voy con Natalia. Y siempre me rindo, porque sé que la haría infeliz, que esa tristeza que me cala los huesos es contagiosa.

Suena un mensaje en el móvil. Tardo mucho en alargar el brazo y buscarlo sobre la mesilla.

Estoy muy cerca de ti.

Se oye un crujido cuyo origen no puedo precisar. Y esta vez el mensaje no viene solo. Hay un archivo adjunto que abro. Veo la imagen del Destripador, un rostro negro bajo el sombrero de copa. Se adivinan los rasgos de una boca cruel que sonríe cínicamente. En la oscuridad, la única luz proviene de esa imagen tétrica. Siento un escalofrío que no puedo evitar. Salgo de la cama y busco la Glock. La coloco en la mesilla de noche, al alcance de mi mano mientras intento devolver inútilmente el mensaje, insultándolo, jurando que lo voy a matar. Pero es inútil. Mis mensajes no salen de mi móvil. Se abortan, como mi investigación. Tengo la sensación de que sólo él puede acceder a mí. Que para mí él es inaccesible.

Me doy la vuelta en la cama. Luego me pongo boca abajo, ahuyentando el miedo con los ojos muy apretados. No lo consigo mucho tiempo y cuando me muevo otra vez y entreabro los ojos veo una sombra que atraviesa mi ventana. Doy un salto en la cama con la Glock en la mano. Atisbo el exterior, pero no veo más que la callejuela solitaria, abandonada al viento del mar. Los arbustos de la casa vecina se estremecen como mi piel, erizada de frío.

Sé que no lo he soñado. Sé que no ha sido una falsa impresión provocada por el temor. Sé que una sombra ha corrido por mi habitación como un fantasma.

Echo un almohadón al suelo, en el rincón opuesto a la puerta del dormitorio. Dejo la cama con la almohada simulando mi cuerpo. Me echo una manta por encima y me siento de espaldas a la pared, como un crío asustado, la pistola en la mano.

Paso así la noche, maldiciéndome por el terror que me asalta. Pienso en llamar a la comisaría y que vengan discretamente a vigilar los alrededores, pero temo hacer el ridículo: «El comisario que insultó al asesino, acojonado en un rincón de su casa por una sombra que pasó junto a su ventana». Ya soy el hazmerreír de medio mundo, no quiero serlo también de mis hombres. Rezo para que el asesino haya conseguido entrar en la casa y atraviese esa puerta. Luego, me abandono al silencio cochambroso de la casa. La madera de mis muebles cobra una vida artrítica y parece gritar más de lo que jamás había sospechado que lo hiciera. El viento arranca quejidos casi humanos a los rincones y a las ventanas. Un gato maúlla como un niño herido en la calle. Un perro ladra muy lejos.

yyy, mi infancia!
é terrible!!!
un niño feliz, idiota!!!

has insultado, comi
no me gustaría jugar con tu putita
e je

17

Desde el Cielo.

Querido comi, le envío la mitad del riñón que le extraje a la negra. La otra mitad me la comí anoche. Al jerez. Ji ji ji. Estaba muy bueno.

Se ha dado cuenta? El medio riñón es casi como medio corazón. Ji ji ji.

Podría enviarle el cuchillo con que lo corté. Pero ya le hice llegar uno. Han obtenido muchas pruebas? Ji ji ji

Espere un poco más y tendrá noticias mías. De esta… ¿cómo dijo? ¿Basura humana? Ji ji ji.

Te cogeré a ti antes de que tú me cojas a mí, comi.

Al fin y al cabo, yo estoy en el Cielo, disfrutando como no lo he hecho jamás. Y tú, comi, dónde estás? Ji ji ji.

Un trasunto de la famosa carta *Desde el Infierno* que el Destripador original envió a George Husk, jefe de la Comisión de Vigilancia del East End, el 16 de octubre de 1888. Como el original, acompaña un peculiar autorretrato. La imagen de un Ángel aureolado de luz. Las alas extendidas y, sobre su cabeza, una estrella de seis puntas con triángulos cruzados y círculos en las puntas.

Una blasfemia, apunta alguien.

A las dos horas de entregar la carta a la Científica ya está colgada en internet y a disposición de toda la prensa mundial. Los periodistas y aficionados a los misterios se frotan las manos comparando la carta con la original, atribuida, entre otras miles que llegaron esos días a Scotland Yard, al verdadero Jack el Destripador. Se consideró que era auténtica porque pocas personas sabían que a Catherine Eddows le había seccionado el riñón, llevándose una parte.

Los comentarios van desde el horror y la indignación hasta lo jocoso y cruel. Algunos se preguntan cómo estará el riñón humano al jerez. No muy diferente del de cerdo, asegura otro.

Pero las burlas son menos afiladas que los comentarios de la prensa sobre mi entrevista en televisión. Desde inconsciente a desesperado, los apelativos

no dejan ni migajas de mí. El Ministro ha calificado mi entrevista de «personal» y «poco reflexiva». Alguien me acusa de los próximos crímenes que el asesino pueda cometer en venganza por mi provocación. La oposición pide mi cese. El teniente Ferrer, de la UCO, me envía un mensaje de enfado incontenible. Sus superiores se han quejado a mis jefes. Los de Madrid, Díaz, Menéndez y la inspectora Galán tienen orden de dejarme al margen. Recibo un correo electrónico indicándome que quedo apartado de la investigación y que se ordenará a mis hombres que, respecto al caso del Destripador, no acaten más órdenes que las del inspector Díaz.

Puedo mantener mi despacho y mi puesto, y dedicarme a cualquier otro caso. No se atreven a suspenderme porque sería aumentar el escándalo, pero me dejan de lado definitivamente.

Sólo un psiquiatra, en una entrevista de radio, indica que considera adecuada la provocación. Lo justifica alegando que puede suponer un cambio en su actuación, pues ahora estará enfurecido y rabioso y puede perder el control. Asegura que el asesino ha de contenerse para cometer los crímenes en los mismos plazos que el Destripador original y que ello forzosamente ha de provocarle un estrés que mi mensaje puede aumentar. Mayor estrés del asesino implica mayores posibilidades de que cometa un error.

Mis hombres comparecen en mi despacho. Les ordeno que sigan las órdenes y que pasen de mí. No quiero perjudicarles. Protestan, pero no les dejo opción.

Entran Díaz, Menéndez y la inspectora Galán. Dicen lamentar las órdenes, pero no pueden disimular su satisfacción.

—Malasaña trabajará conmigo a partir de ahora —pide la inspectora Galán.

—¡Y una mierda! —responde Malasaña.

Lo mira atónita. No lo conoce.

—¿Quiere que llame a sus superiores?

—Haga lo que quiera. Yo llamaré al sindicato y a la prensa.

—¿La prensa, para qué?

—Para decirles que son ustedes unos incompetentes que no tienen ni puta idea de qué hacer. Una fuente anónima muy cercana al centro de la investigación asegura bla bla bla…

Disimulo la emoción por su lealtad y no puede dejar de observar el estupor en los rostros de los de Madrid. Se miran, hasta que aceptan que aquí no lo tendrán tan fácil. Si nos quieren dar la patada, se van a hacer daño en el pie.

Mucho peor es mi reacción cuando entra un agente corriendo, sin llamar a la puerta y dice:

—Comisario, ¡Robot se ha largado del hospital!

Estaba previsto darle el alta, pero no aún. Sus lesiones eran serias. Sus costillas aún no han curado y la herida abierta de la pierna requiere cuidados. Lo han llevado a radiología y los estúpidos que destiné a vigilarlo ni se han enterado. Sólo podemos contemplar en las cámaras de seguridad del hospital cómo sale cojeando.

Rezo para que haya ido a su casa de juguete. Pero cuando Malasaña y yo nos presentamos allí, la *roulotte* está cerrada. Malasaña fuerza la puerta. Huele a hombre sucio. Huele a sudor viejo y rancio. Huele a humanidad de un solo hombre que no ha conocido la palabra limpieza. Se ven hormigas por la pequeña cocina y cucarachas en el dormitorio y en el retrete. El registro exige aguantarse las ganas de vomitar varias veces. No encontramos nada que nos pueda ayudar a localizar a Robot.

Así que ordeno por teléfono a Martín que inicie la búsqueda con todos los agentes disponibles. Un momento después, devuelve la llamada y dice que el inspector Díaz ha dado contraorden. No hay razones para detenerlo y, por tanto, tampoco para buscarlo en este momento ni para ocupar en ello a varios agentes. No es un objetivo prioritario.

Le grito fuera de mí:

—Dile a ese individuo que lo buscamos por un caso distinto al del Destripador. Por tanto, doy yo las órdenes.

Martín, aunque sea solo, iniciará la búsqueda.

Ya en el coche, Malasaña comenta:

—Tiene un escondite. Y si lo tiene, es que no está solo.

—¿Estará con nuestro hombre? —me pregunto.

Un rato después nos perdemos por caminos de tierra, a la espalda de Mojácar. La casa está escondida entre colinas. Un jardinero riega un jardín colmado de setos y arboledas. Es una casa de una planta, antigua, con una fachada de piedra vista y tejado a dos aguas.

El jardinero nos informa que es propiedad de un embajador austríaco muy viejo. Una vez al año viene un familiar a dar una vuelta y nada más. De su mantenimiento se encarga Vicente Lapuerta, amigo del señor embajador, quien le paga su sueldo.

Le preguntamos si ha visto a alguien por los alrededores durante las últimas horas y lo niega. Así que ya podemos descartar que Robot haya venido a esconderse aquí. Sólo tengo la duda de si le ayuda en su huida Lapuerta o el hombre del sombrero de copa.

Robot es el único que puede conocer al asesino y se nos ha escapado como agua de entre las manos.

El jardinero nos permite entrar y registramos la casa. Un salón enorme, donde grababan los vídeos. Maderas macizas. Una chimenea en la que cabe un automóvil. Una cochera repleta de aparejos de pesca y un barco estropeado en un rincón. Un Mini antiguo, comido de polvo.

—Yo no he tocado nada —dice el jardinero.

Le ordeno que salga y lo hace aliviado.

—¿Nos quedamos aquí, esperándolo, por si aparece?

—Si nos huele, no vendrá. Volveremos esta noche.

López nos ha facilitado un listado de maestros jubilados. Si no ha dado resultado con los viejos policías, tal vez los maestros sepan algo que ellos ignoren. Hace treinta años pasaban cosas que no acababan siempre en las fuerzas del orden. Se cocían entonces en los colegios o entre los padres, sin denuncias, salvo casos de extrema gravedad.

Mis hombres continúan buscando a Robot. La UCO está centrada en Hunt. Los de Madrid en Mike. Para ellos, mi obsesión por Robot no es más que el delirio de achacarle a él y a Lapuerta unos delitos que no cometieron. El vídeo del Destripador sólo era una representación más, un juego macabro y sexual, como otros muchos. Robot jamás ha sido sospechoso y quien representó al Destripador no iba a asesinar como éste unas semanas después. No era más que otro actor, como declararon Lapuerta y el propio Robot. Así lo demuestran otros muchos vídeos con escenas de otras tantas películas de contenido sexual. Nada tienen que ver con el caso.

En cambio, yo no puedo olvidar que Robot conocía a Cristiana Stoicescu. No puedo olvidar el vídeo del destripador asesinando en una cruel pantomima a Cristiana Stoicescu.

Comenzamos por don Nicolás Atienza. Lo encontramos paseando por la playa del Lobo, muy cerca de donde se cometió el primer crimen, con un chándal de antes de la guerra y un terrier saltarín alrededor.

—Desde que me han llamado me he dedicado a llamar a mis compañeros jubilados. Yo trabajé siempre en el Colegio Sotomayor.

Se trata de un hombre menudo y enjuto, con barba blanca de tres días y aire dinámico para su edad. La brisa fresca no parece afectarle. El oleaje, ligeramente levantado, interrumpe la conversación con monotonía.

—Ninguno de mis compañeros ni yo recordamos casos de chicos especialmente difíciles o que mostraran esa crueldad que ustedes decían por teléfono. Hemos tenido chicos que eran malos estudiantes, y gamberros, pero no violentos. No recordamos casos de acoso a otros niños, ni de palizas serias, más allá de una bofetada jugando al fútbol. Ni mucho menos a ninguno de ellos que se mostrara cruel con los animales.

—¿Puede decirnos con cuáles de sus compañeros ha hablado? Es para tacharlos de la lista y no molestarlos.

Atienza nos menciona a sus compañeros y vemos que no ha perdido el tiempo. Nuestra lista se reduce de forma tan extensa como desesperanzadora. Siete viejos profesores menos. Siete posibilidades menos de que alguien recuerde algo.

—¿Recuerda en particular a Damián Albor Láchar?

Nicolás Atienza hace esfuerzos evidentes por recordar. Se lleva un dedo a la sien.

—Y eso que tengo buena memoria. Pero no recuerdo a nadie con ese nombre. Y no son apellidos comunes aquí. Lo recordaría si lo hubiera tenido de alumno. ¿Han probado en otros colegios?

Le damos las gracias y nos despedimos.

—¿Cree que esto servirá de algo? —pregunta Malasaña.

—No tenemos otra cosa mejor que hacer mientras encontramos a Robot. Si pasó algo entonces, es posible que no se enterara nadie. La gente no iba a denunciar cosas de críos. Lo arreglaban con dos bofetadas en casa.

—Pues no es suficiente para mí. Me abro, jefe.

No vuelve a abrir la boca hasta que lo dejo cerca de su casa, para que recoja su coche. No quiere decirme a dónde va ni qué va a hacer. Pero antes tiene un encargo:

—Lapuerta. Que te convenza de que no sabe dónde está Robot. Luego puedes hacer lo que quieras.

Ya no la alumbra el sol y cada muro, cada arco, cada ventana, se puebla de sombras. El jardinero no ha querido esperar en la casa. De modo que lo he recogido a la salida de Mojácar y viene conmigo, aterido de miedo.

—Cuando he vuelto esta tarde, para cerrar los grifos del goteo, he visto que habían roto el candado de la puerta de la cochera.

Aparcamos entre palmeras y un sauce alrededor del cual hay un cenador.

Dejo al jardinero en el coche y busco una linterna. Entro por la puerta de la cochera. El candado está tirado en el suelo. Allí siguen el Mini cubierto de polvo y el barco. Abro la puerta que conduce al salón. El círculo de luz ilumina al Destripador. Una nube brota de la boca: «*Hola*, *comi*».

—¿Qué pasa? —pregunta el jardinero cuando salgo para avisar a la Científica.

—¿Hasta qué hora ha estado aquí?

—Hasta la hora de comer.

—¿Ha visto a alguien después de irnos nosotros?

Esboza un exagerado gesto. Resulta casi cómico.

—Sí —levanta un dedo—. Me he cruzado con una moto. Me ha llamado la atención porque no era un ciclomotor de los que usamos los trabajadores.

—¿Cómo era? ¿Has visto la matrícula?

Se encoge de hombros, disculpándose.

—No me he fijado en la moto.

—¿Por qué te acuerdas del tío?

—Porque se ha parado y me ha saludado al cruzarse conmigo. He pensado que sería alguien que me conoce.

—No le habrás visto la cara.

—Llevaba un casco.

—¿Y las ropas?

—Un traje de esos de motorista. De cuero. De arriba abajo.

—¿Era muy robusto, un tío cuadrado?

—Creo que no.

—¿Alto y delgado?

—No sé —se encoge de hombros.

Me quedo mirando la casa un rato. Malasaña me confirma que Lapuerta no ha ayudado a Robot. No sabe dónde está. Sé que no ha podido engañar al caniche.

Me hago preguntas: «¿Ha huido porque teme la imputación por los vídeos?». Tal vez, pero es un tipo duro. Me resisto a creer que eso pueda asustarlo tanto. En cambio, si le ha ayudado el Destripador… «¿Habían quedado aquí para que el asesino lo ayudase en su huida?». El cartel del Destripador no lo ha dejado Robot. Luego… el vínculo entre ambos se estrecha.

Quiero creerlo. Quiero creer. Aunque los de Madrid dicen que carteles como ése hay a cientos en la ciudad, que no significa nada.

Pero yo no tengo otra cosa.

Cuando vuelvo a la comisaría me entero de que Mike está siendo interrogado en la pecera. Mantuvieron la detención en secreto.

La inspectora Galán y el subinspector Menéndez están observando. Díaz interroga a Mike. Pero éste no mueve un músculo. Veo cómo su mirada se clava en la pared, sin el menor gesto, mientras Díaz no puede controlar su ansiedad. Llevan así más de una hora.

—¿Qué significa esto?

—Estamos haciendo su trabajo —espeta Menéndez.

La inspectora ni siquiera me mira.

—¿Han encontrado alguna prueba contra él?

—Eso buscamos. Pruebas. Usted está en otra cosa.

Siento ganas de decirles que vengo de un lugar donde ha estado el Destripador hace unas horas. Pero no digo nada.

—Si piensan que a un hombre como Mike van a sacarle una confesión en un interrogatorio es que son más estúpidos de lo que suponía.

Ahora sí se vuelve la inspectora.

—Hay un grupo de agentes registrando su local y su casa.

Han ido mucho más lejos de lo que imaginaba, basándose sólo en un perfil.

—¿Sabe que su amigo utiliza un teléfono ilegal de tarjeta para no dejar rastro?

En ese momento se oye la voz de Díaz, que intenta acosar a Mike.

—Sabemos que ha trabajado para el MI6.

Mike parece una estatua.

—Y para el Mossad. Es usted un asesino a sueldo.

—Y para el CNI —dice Mike, interrumpiendo bruscamente su silencio.

Díaz mueve unos folios como un orador que no sabe por dónde continuar.

—Es curioso que no tenga coartada para ninguna de las noches en que se cometieron los asesinatos —continúa por fin.

Simula leer un mensaje en su móvil.

—Hemos encontrado el portátil que tenía escondido en el sótano.

Como Mike no contesta, añade:

—Y unos cuchillos con restos de sangre.

Continúa así un buen rato, hasta que, desesperado, se levanta para salir de la celda.

—¿Sabe el comisario que estoy detenido? —pregunta súbitamente Mike antes de que el otro cruce la puerta.

—El comisario ya no pinta nada aquí.

ido a cenar
es qué he pedido, comi?
ones
a ja jajajjajajja

tas
trato infantil?
io neurológico?
ermedad psiquiátrica?
tas!!!!
a ja jajajajajjajaj

18

Es la primera vez que voy a casa de Mike. Jamás me ha invitado. Del mismo modo que yo tampoco lo he invitado a él a la mía. Hemos forjado una de esas amistades que se nutren de silencios compartidos, no de confidencias. Los amigos esperan consuelo en forma de mentiras. Ni Mike ni yo las hemos necesitado. Jamás he sabido mucho de su vida, más allá de algún comentario aislado, del mismo modo que yo tampoco me he abierto ante él. Él comprendió mis silencios como nadie jamás lo ha hecho. Silencios de música profunda y de copas lentas. En un local solitario como el suyo, hemos pasado horas sin más vida que un *blues* de fondo. A veces acompañados, la mayoría solos. Hasta que yo decidía retirarme, casi siempre más triste de lo que había entrado, pues el alcohol frío es traicionero. No es ese alcohol borracho y falsamente alegre de tantos, sino ese alcohol lento y helado que se destila a solas y que no embriaga, sino que provoca una lucidez de escalofrío. Te dice lo que no quieres saber.

¿Qué he sabido yo de él durante este tiempo? Lo primero, que era sospechoso en el asesinato de su jefe, nada más venir a Baria. Luego, comentaban que se había quedado en la ciudad tristemente enamorado de una mujer que había huido de su lado tanto como de su memoria. Y que él aguantaba aquí, callado, con un local abierto que no es sino una excusa, al que apenas va gente y del que echa a la mayoría para que no vuelvan.

Se trata de una casa solariega y antigua en la zona más recóndita de Mojácar, a la que es un calvario llegar en coche. Encalada como un vestido de novia, tiene balcones colmados de macetas, y tres terrazas, dos en la segunda planta orientadas a este y oeste y una en la tercera planta que ocupa todo el techo de la casa.

—¡Ay, comisario! ¿No puede impedirlo? ¡Es una injusticia lo que están haciendo con don Miguel!

La que me habla es una mujer entrada en años, bajita y ancha, que tiene lágrimas en los ojos. La he encontrado nada más cruzar la puerta y se enjuga la tristeza de ver asaltada la casa con un pañuelo.

Me dice que vive al lado y que lleva años cuidando a don Miguel, que hace la comida y, ayudada por una sobrina suya, también limpia.

—No he visto nunca un hombre más generoso, comisario. Dígales que se equivocan.

—Sabemos que se equivocan. No se preocupe.

Algunos de mis hombres deambulan por la casa sin mucha convicción. Me miran con pesar, disculpándose. Les hago un gesto y siguen a lo suyo.

Serrano, uno de la Científica, se acerca. Ahora no lleva el mono blanco, sólo un chaleco que lo identifica y unos guantes de látex.

—Hemos encontrado algunas cosas que no me dan buena espina. Lo siento.

Pasan a nuestro lado tres hombres llevando un portátil y tres sobres con pruebas.

Serrano se despide con una palmada en mi hombro.

Cuando nos quedamos solos, la mujer me quiere enseñar la casa. La sigo por las habitaciones, haciendo un registro discreto. Sólo me detengo en el despacho. Una mesa de madera oscura está oblicuamente dispuesta frente al balcón para dejar entrar la luz a la izquierda del escribiente. Hay documentos desordenados sobre la mesa, relacionados con su local y sus obligaciones fiscales. Los cajones están casi vacíos y los pocos documentos que hay dentro también los han desordenado en el registro.

Veo un revistero repleto de folletos de publicidad. Uno de ellos llama mi atención. Lo observo con sorpresa y malestar. Luego, lo guardo en mi bolsillo.

Frente a la mesa hay una estantería colmada de libros. Hay literatura clásica, especialmente de Dickens. Serrano me ha dicho qué libros se han llevado: *Instintos básicos. Por qué matan los asesinos*, de Jonatahn M. Pincus, *Jack el Destripador y otros asesinos en serie*, de Ariadna Bielba, *Psicología Criminal*, de José M. Otín del Castillo, *La Mente Criminal*, de Vicente Garrido y *Cazadores de Humanos, el Auge del Asesino múltiple moderno*, de Elliot Leyton.

Se pasan el día analizando los libros y las cosas que se han traído de la casa de Mike.

Yo me paso el día colgado del teléfono. Llamo a todas las ciudades donde me consta que Damián Albor Láchar ha podido poner el pie. Pregunto por los jefes de policía y les ruego e insisto para que comprueben si tienen algo sobre él, si algún confidente puede soltarles un chivatazo. No consigo nada.

Me paso el resto del día yendo de un lado a otro buscando confidentes que me digan si han visto a Robot. Nada.

La gente del Ladislao dice que sólo pasa a comprar género, que paga puntual porque ya le dieron un toque y que hace una semana que no lo ven. Nada.

Consulto los registros de la propiedad, la Jefatura de Tráfico, el Catastro, para ver si hay algo a su nombre o de sus padres, una propiedad, un coche, aunque sea un nicho en el cementerio. Sólo la casa amenazada de ruina, donde una patrulla ha comprobado que no hay nadie.

Cuando creo que he perdido el día, aparece Malasaña y se tira en un sillón frente a mí.

—¿Cómo les va? —señala con el dedo hacia afuera.

—Ni puta idea.

—Si fuera Mike no iban a cogerlo, de todos modos.

—¿Y al señor, le han sentado bien las vacaciones?

—El señor es mejor madero que todos esos imbéciles que se dedican a perder el tiempo porque no saben lo que hacen. Corren como pollos sin cabeza. Claro —añade—, que no lo he aprendido de mi jefe.

Se despatarra y se lleva las manos a la entrepierna. Luego, saca un cigarrillo y no ofrece.

—Cada día eres más elegante.

—Como yo trabajo, la elegancia no es una prioridad, que dirían los de Madrid.

Se queda callado, mirándome.

—Dime lo que piensas.

Niega con la cabeza.

—Demasiado pronto.

—En este caso no tienes derecho a guardarte un secreto. No conmigo.

—De momento… Sé otro lugar estuvo Cristiana Stoicescu unos días antes de que la asesinaran. Y con quién.

Se queda callado, esperando una reacción.

—Si estuvo un rato con un putero más no es nada. Estaba con gente así a diario.

—No es un hombre.

Recibo un mensaje en mi móvil. Lázaro Asunción me espera.

—Estuvo en el Sex-Land con una mujer.

Su descubrimiento me deja frío. Y lo sabe.

—Pues levanta el culo. Nos vamos.

Le ofende que no me interese lo que ha averiguado, así que no dice nada hasta que aparcamos en la puerta del Hotel Argaria.

—Para un chivato que tiene… Siempre venimos al mismo sitio.

Nos reciben tres grupos de mujeres que han hecho ademán de bajarse de sus taburetes para lanzarse al asalto. Y que se han parado en seco al reconocernos.

—Hombre, el punto y la i —suelta Lázaro Asunción nada más vernos.

—Si quieres, salto la barra y te digo lo que te voy a hacer con la i —le espeta Malasaña.

Lázaro Asunción se disculpa, con cara amargada.

—No he querido ofender. Lo he dicho con todo respeto. Saben que…

—Corta el rollo —le ordeno.

Y se calla tan automáticamente como una máquina a la que pulsas el botón. Aurora coloca sus tetas sobre el mostrador para distraer nuestra atención. Lo consigue, porque Malasaña, que no le haría ascos según confesión propia, se acerca a ella y tiene que meter las manos en los bolsillos para contenerse.

—Un *whisky* —pide.

—El mejor para el señor —dice la *madame*.

Deja resbalar sus ojos grandes, agigantados por dos líneas negras tan gruesas como las que se dibujan sobre el asfalto, por Malasaña y luego se detienen en mí. Se le ríen los huesos cada vez que me ve y me pregunto si mi destino es enamorar sólo a putas maduras.

—Lo de siempre, ¿verdad, comisario?

Cada vez que habla, sus labios, ligeramente húmedos, gruesos y bien remarcados, parecen jugar dibujando las sílabas.

—Un día voy a hacer un disparate, jefe —susurra Malasaña cuando Aurora se da la vuelta y muestra las carnes opulentas embutidas en una falda demasiado corta y unos muslos que le hacen soñar con un atracón.

Si el diablo se encarnó alguna vez en una mujer para pervertir a los hombres, fue en ella. Sólo los años, que no han pasado en balde, y cierto cansancio que sólo muestra en esas horas finales de la madrugada, justo antes de despuntar el sol, cuando el alcohol y el abandono invitan a decir la verdad, la hacen mostrarse más tierna y acogedora que sensual. Pierde entonces atractivo erótico y gana en calor: «como una muñeca que se desgasta/se queda vieja y la pena arrastra». Como la Lola de la canción.

Vuelve con las botellas en la mano. Como La Lola, nos envuelve con su soberbio mirar. Malasaña se deja acariciar.

—Te lo mereces —le digo a Malasaña.

—¿Qué? —sale de su estupor.

—Lo necesitas.

—¡Ah!

Lázaro Asunción, que comprueba que Malasaña se ha olvidado de él, se anima y se acerca otra vez.

—¿Qué les trae por aquí, comisario? —disimula.

—Dímelo tú.

Lázaro Asunción calla mientras Aurora alarga las copas y sonríe a Malasaña de una forma que éste casi cae al suelo. Su joven novia no puede soñar los deseos ocultos de ese hombre tan serio. La parte oculta de la luna.

Esperamos que la Lola se aparte y atienda a una figura borrosa al fondo de la barra.

—Necesito localizar a Robot. Quiero que lo encuentres.

—¿Qué puedo hacer?

—Corre el rumor de que hay perras para el que nos dé una pista.

—¿Qué perras?

—Tú sabrás. Vas a pagar tú.

—Joder. ¿Otra vez? Le tuve que dar a la puta de Yusida la pasta que le prometió.

—Te jodes. Y te conviene. No parece que el negocio vaya de puta madre.

—¿Cómo va a ir bien? Ese hijoputa nos está jodiendo.

Doy un trago al *gin-tonic*. Siento inmediata nostalgia de los *gin-tonics* de Mike.

—Dicen que han detenido al inglés. Ése que tiene un club…

Lázaro Asunción evita decir ese amigo suyo.

—Cada uno hace lo que quiere. Tú busca a Robot.

Apenas tres parroquianos para más de quince mujeres. El negocio no va bien desde hace semanas. Si primero afectó a la calle, ahora toda la prostitución de la zona está en el punto de mira de periodistas y políticos. Lo peor para el negocio.

—¿Tan importante es? —inquiere con aire malicioso, queriendo saber más de lo necesario.

—Hazlo.

Se retira. Se pierde tras una puerta situada al final de la barra. Aurora nos sonríe desde el fondo, bajo las luces de colores de las lejas repletas de botellas. Parece un árbol de Navidad.

—¿Quieres quedarte? —pregunto a Malasaña. Necesita el reposo del guerrero tanto como una bendición.

No le da tiempo a pensárselo. Lázaro Asunción sale con un trozo de papel en la mano.

—Ésta es la dirección de un bar de mala muerte en el Barrio Alto. Chorizos, drogatas, anarquistas. Toda esa mierda. Allí busca la mierda que se mete.

Mientras nos dirigimos al Barrio Alto avisamos a José Luis. Le hace gracia acercarse con nosotros al Mala Hierba, nombre del garito.

Dejamos el coche junto al bar de José Luis.

—Mis parroquianos hace dos horas que están durmiendo, como la gente decente —dice cuando llegamos.

—Tu bar es un geriátrico.

—De eso nada. Acaban de irse un grupo de estudiantes y otro de profesores. Mi bar es para gente culta, por eso viene usted poco.

Nos conduce por costanillas en penumbra, encajadas entre paredes blancas, que en dos minutos me hacen resoplar. El maldito tabaco.

—A ver si deja de fumar. Parece una vieja echando su último polvo —dice José Luis.

—He elegido una mala época para dejar de fumar —replico.

—¿Siguen con eso? —y se ríe—. Claro, ¿qué se podía esperar de la pasma? Je, je.

—Pues a ti te echaron de los negocios sucios.

—Y una mierda. No me hubiera cogido ni mirándome con lupa. A mí me echó un tío que le puso una pistola en la cabeza a mi socio.

—Para que luego digan que nadie escarmienta en cabeza ajena.

José Luis se detiene en lo alto de una calle. Señala la única luz en una sucesión de casas viejas de una planta que da paso a unos bancales escalonados que descienden hasta la llanura.

—Allí.

—¿Qué sabes de Robot? —le pregunto mientras tomo aliento. No voy a entrar en un garito de fumetas resoplando. Menudo descojone del personal.

—Mala hierba ése también.

—¿Dónde puede esconderse? —pregunta Malasaña.

Nos mira.

—¿Por eso venimos aquí?

Se encoge de hombros.

—No sé. A su alrededor todo apesta. Te acercas y algo pillas. Y no es la sarna, precisamente.

—¿Qué amigos tiene? ¿Qué amigos tenía aquí? ¿Quién puede ayudarle?

Mueve la cabeza a un lado y a otro.

—Aquí no creo que le queden muchos amigos. Quemó tierra, ¿comprende? He oído que es protagonista de esos vídeos. No me extraña. Siempre fue un pervertido.

—Es más o menos de tu edad. ¿Recuerdas con quién iba de joven?

—Conmigo no. Es mayor que yo. Me sacudió cuando yo era un crío. ¡El muy cabrón! Luego, cuando yo tenía quince años, lo esperé una noche con un pasamontañas y una barra de hierro.

José Luis ya apuntaba maneras de jovencito.

—Je je, ¡qué bien lo pasé! Nunca supo que fui yo. Pero no sé por qué, después me guardó el aire. Ahora que recuerdo. Siempre iba con una camarilla, pero no conocía a ninguno de ellos. Cuando yo me hice mayor esa gente se había ido de la ciudad. Y no a estudiar precisamente. Robot hizo carrera en Barcelona, hasta que lo echaron de allí, cuentan. Dicen que le dieron una buena paliza y una advertencia. Creo que no ha vuelto. Después, se habrá buscado la vida por ahí. Ni siquiera sabía que vivía en Baria hasta que lo detuvieron.

Normalizo mi respiración por fin y nos encaminamos hasta el Mala Hierba. Mucho antes de llegar apesta a maría. Es una fachada chata de un blanco sucio a la luz incierta de una farola lejana. Tiene una puerta de madera antigua y medio podrida con cristales cuadriculados por los que esparce una luz aún más sucia. En un ventanuco, alguien ha colocado una bandera anarquista.

Malasaña empuja la puerta, que protesta entre chirridos de bisagras sin aceite y cristales que tiemblan en marcos desbastados. Al ver la bandera pensaba encontrar cuatro chavales antisistema con un canuto en la mano, pero, aunque mantienen el canuto en una mano y el cubata en la otra, de jóvenes no tienen nada. Ni son cuatro.

Ocho hombres vuelven sus cabezas hacia nosotros. Ni uno sólo esboza el menor gesto de alegría. Nos miran como las SS podrían mirar a los judíos camino del crematorio. A mi lado, José Luis lanza un resoplido, advirtiendo la escasez de nuestras fuerzas.

Nos acercamos hasta el extremo de una barra de formica tan antigua que la del bar de José Luis parece recién puesta. Seguramente recogida en algún

basurero. No se han molestado en quitarle la mugre.

—No se admiten niños —suelta el camarero, el tatuado brazo extendido sobre la barra.

Malasaña no hace el menor gesto. Se queda plantado ante él.

—Tres copas —pide José Luis.

—Para el niño no.

Mi imaginación ve a Malasaña saltando por encima de la barra y zampándose al musculitos en un santiamén, pero, increíblemente, permanece quieto. Tan quieto, tan sereno, que entonces comienza a darme miedo de verdad.

—¿Con sutileza? —pregunto a José Luis cuando el camarero se aleja para traernos las copas.

—Me suda la polla. Les tengo ganas.

Se relame mirando a su alrededor, sabiendo cómo lo vamos a dejar dentro de un momento.

El camarero vuelve y vierte ginebra de garrafón en tres vasos con unos cubitos que sospechamos ha tocado con los dedos. Luego nos pone la tónica delante, sin abrir. Ni siquiera un trocito de limón.

Se vuelve con su grupo, al otro extremo de la barra. Allí lo esperan tres tíos, uno con un mono verde al que no caben más manchas. Otro, con una camiseta de tirantes que muestra unos brazos secos y largos y otro elevado sobre un taburete con una mano en la entrepierna.

A unos metros de nosotros, otros cuatro individuos fuman alrededor de una mesa.

Saco la placa y la muestro en silencio.

—Ya sabemos quién es. El que se la chupa al Destripador —dice el de la mano en los huevos.

Eso son dos dientes menos.

—Sabemos que Damián Albor viene por aquí. Lo estamos buscando. Hay una recompensa para el que nos dé una pista.

—Métase la recompensa por el culo.

El camarero y sus mosqueteros se ríen. Los de la mesa no dicen ni pío. Huelen lo que se avecina.

Malasaña hace el gesto de llevarse el vaso a los labios.

—¡Puaff! ¡Qué asco! Está sucio.

El camarero se yergue al otro lado de la barra. Luego, se acerca a nosotros, hostil.

—Cámbiame el vaso, María, que está sucio —continúa Malasaña vaciando el vaso en el asqueroso suelo de losetas resquebrajadas.

La cara redonda del camarero se pone roja. La cabeza afeitada deja ver las venas que se hinchan. Se inclina amenazador hacia Malasaña.

—El cielo todo lo acalla —dice Malasaña.

—¿Qué…?

No tiene tiempo de más. El vaso se incrusta entre sus labios y sus dientes y lanza un aullido que debe haber despertado a todo el barrio.

José Luis no necesita más. Corre hacia los mosqueteros y antes de que puedan reaccionar hay dos en el suelo. Los de la mesa no pierden el tiempo y arrasan con la puerta saliendo en estampida. Me acerco lentamente al que me debe dos dientes. Ya no tiene la mano en la entrepierna. Ahora mira con estupor. Mucho más cuando Malasaña entra tras la barra y oye los gritos de su camarero preferido.

—¿Qué has dicho?

Como no tengo ganas de hacerme daño en los nudillos, saco la Glock. Sus ojos se dilatan, despavoridos. La culata en la boca. Sangre y varios dientes. Me he cobrado con intereses.

—Y ahora. ¿Dónde está Robot?

Entre gemidos, los cuatro comienzan a prestarnos toda la atención del mundo.

El lugar es adecuado para una rata. Un bloque de hormigón que se quedó a medio construir. La estructura cubre el sótano y la primera planta. En la segunda, de los pilares brotan hierros como lanzas, enhiestos en la noche. A unos doscientos metros del Castillo de Macenas, sólo la intención de construir allí es un atropello. Por supuesto, a nadie se le ha ocurrido la idea de derribar la mole inútil y sucia.

Dejamos el coche en el mismo lugar donde buscamos a Sisí.

—Su amigo Sisí no está, jefe.

Me quedo mirando a Malasaña. No sé por dónde va.

—Tal vez no trabaja todas las noches.

—Las personas como él sí trabajan todas las noches.

—Ella —rectifico.

—Ya veremos.

Paso de sus acertijos.

José Luis, que no ha querido perderse lo que queda de diversión esta noche, se ha puesto un pasamontañas. Malasaña le deja una pistola, por si acaso.

Me aseguro de llevar el botiquín y avanzamos pegados al asfalto, ocultos por el follaje que se come los bordes de la carretera. El oleaje y el viento frío que agita los arbustos soterran nuestros pasos. Junto a la mole de hormigón, nos dividimos. Malasaña rodea la estructura rectangular. Nos reunimos en el centro. Nada.

Bajamos al sótano por una rampa, a punto de resbalar en el cemento cubierto de tierra y polvo. Ruidos de alerta. La luz de las linternas espanta a las ratas.

La rampa es la única salida del sótano, así que dejamos a José Luis apostado y comenzamos el registro. En un segundo estamos sudando, temiendo que desde las sombras surja un disparo. Cuando sólo queda un rincón apartado, separado por un tabique que no llega al techo, nos apostamos a ambos lados del hueco donde debería haber una puerta.

—Damián, sal con las manos en alto —grito.

Lo repito dos veces más, pero no responde sino el ulular del viento entre los huecos de las claraboyas. Malasaña da un salto con la linterna y la pistola a punto.

Nadie.

En un rincón, un saco de dormir. Una manta. Latas de cerveza. Colillas de cigarrillo. Una revista porno.

—Ha estado aquí.

un escultor de la muerte
artista
es Jack un mito?
soy un mito

mosoooooo
er gozo donde otros lágrimas
a ja jajjajjajjjjjajaaajjajjaja

19

Querido comi, Ya sabes que soy un bromista. Pronto estaremos otra vez en todas las noticias.

Dejé sin terminar mi penúltimo trabajo. La fidelidad a un modelo ha sido una constante de los grandes artistas.

Lo compensaré con mi próximo trabajito. Será muy completo. Quieres que te envíe algo especial, sólo para ti? Las orejitas, perhaps? Ji ji ji

Tuyo, siempre.

Jack, The New Ripper

La postal que esperábamos ha llegado con retraso. Se vuelve cauteloso.

—Esto demuestra que se han equivocado de hombre —les digo a los de Madrid, refiriéndome a la detención de Mike.

—La pudo echar al buzón ayer, antes de ser detenido —replica la inspectora.

—Además. Ya ha visto los libros que encontramos en su casa —ratifica Díaz.

—Los que tengo en mi casa son peores.

Les molesta reunirse conmigo. No tienen más remedio porque la postal iba dirigida a mi atención y me la han entregado en mano. Impongo un silencio y continúo:

—Pues si a estas horas la Científica no ha encontrado nada en el ordenador ni en los cuchillos que tan celosamente guardaban ayer, me temo que esta tarde Mike quedará libre.

—Aunque quede libre será nuestro principal sospechoso.

El abogado de Mike está ahí afuera, pidiendo explicaciones de por qué se mantiene detenido a su cliente sin pruebas. Su abogado no es el Dandy. Mike ha elegido a Roberto Contreras, un abogado al borde de la jubilación que jamás ha trabajado asuntos penales. Una temeridad o una confianza absoluta en sí mismo. Un momento después me confirman que ha presentado un *habeas corpus*. Y un par de horas después, Mike sale por la puerta principal, ante el estupor de algunos periodistas y la curiosidad de la gente que acude al mercado.

No ha querido verme.

La prensa se ceba con él. Basta tener su pasado para que te señalen como culpable. Los que hasta ahora se referían al asesino poco menos que como un héroe que conseguía burlar a la policía, ahora inventan una historia de crímenes y crueldad que nada corrobora. Basta adelantar las palabras precisas para asegurarse total impunidad tras un micrófono, una cámara o un *twit*: presunto. Supuestas filtraciones de servicios secretos que ya no parecen serlo tanto confirman que Mike es un asesino a sueldo con un pasado macabro.

Ni un solo abogado del diablo.

A pesar de que han conseguido muestras de su ADN, por supuesto no aparece en el lugar de los crímenes. Los indicios circunstanciales serían aplicables a cientos de ciudadanos que no tendrían coartada para esas noches. ¿Cuántos viven solos? ¿Cuántos tienen algo que ocultar que no ha de ser delictivo?

Pero alguien ha echado la persiana y ya todo el mundo se centra en él.

¿Por qué el asesino tiene su número de móvil, comisario, si no es porque está muy cerca de usted?, señalan con el dedo. ¿Por qué lo ha elegido a usted como destinatario de todas sus comunicaciones? No se ha dirigido a los grupos de vigilancia, como hizo el original, ni ha mantenido contactos con la prensa. Sólo usted, comisario, me dicen. ¿Por qué tiene esos libros que parecen un preludio de sus crímenes? Como si cualquiera que haya leído esos libros se convierta inmediatamente en un asesino en serie. ¿Qué la sangre de los cuchillos es de animal? Los ha dejado ahí para burlarse una vez más de la policía. Un tipo tan listo no iba a dejar a la vista los cuchillos con la sangre de las víctimas. ¿Que el asesino parece más alto en los vídeos? Es una impresión, no se puede saber con seguridad. Incluso en el último mensaje hay indicios de su culpabilidad: no ha puesto el signo «¿» al iniciar sus preguntas retóricas, como se hace en inglés.

Los de Madrid han convertido su perfil en el Evangelio.

Sé que han vuelto a registrar su casa. Y el Baria City Blues. Al menos, tres veces. Y su coche. No han encontrado nada.

Pero más importante que la ausencia de pruebas es comprobar que hay una moto en el garaje.

Me canso de replicar. De decir que hemos de seguir trabajando, que estoy convencido de que no es él. Mi intuición me hubiera alertado.

Me tratan con displicencia, como si el afecto me cegara y, aunque juro y perjuro que en un caso así no me cegaría ni el amor filial, les da igual.

Me largo.

Sé que no es el momento de hablar con Mike.

Puede ser un asesino.

Pero no este asesino.

Nos adentramos en la City y dejamos el coche en el aparcamiento reservado de un rascacielos todo cristal y sol.

—El edificio que más cristal tiene y más secretos esconde de la ciudad —comenta Malasaña.

Un guardia de seguridad se apresura a salir de su garita para llamarnos la atención. Malasaña le muestra la placa y no se detiene.

Pasamos el arco de seguridad con estruendo de hierros en la cintura y los pitidos hacen que las cabezas se vuelvan a nuestro paso. Todo el mundo trajeado. Suave música de ambiente. Los suelos de mármol brillan como piedras preciosas. Olor a riqueza.

El ascensor exterior, acristalado, nos descubre unas vistas majestuosas. El Mediterráneo ya no parece ese mar pequeño y familiar. Va descubriendo su inmensidad como un monstruo que se despereza. La costa se va ampliando como un mapa que abre horizontes, quebrada, cortada a cuchillo sobre el mar en algunos tramos. Las manchas de las urbanizaciones, de los pueblos, cobran vida.

Nos deja en la planta diecisiete. Un pasillo alegremente iluminado con puertas a ambos lados. Desde el fondo, una modelo con traje de chaqueta y falda por la rodilla viene hasta nosotros taconeando con tanto estilo como una aristócrata. Su sonrisa estalla ante nuestras jetas. Pero es la suya la que se contrae en una expresión de desconcierto cuando le mostramos las placas y le advertimos que venimos a ver a la presidente de Mediterream Group S. A.

—¿Tienen cita?

—No la necesitamos.

No disimula su embarazo. Compone un gesto adusto y nos hace seguirla hasta su mesa, donde nos deja plantados.

Dos minutos después regresa y nos invita a cruzar una puerta majestuosa.

El despacho donde nos recibe Rita Oehlen es tan amplio como medio campo de fútbol. Tiene tantos espacios lujosamente amueblados que nos quedamos en medio de la estancia. Ella nos invita a acercanos a su mesa, cristal y acero, que brilla a la luz matizada de las paredes acristaladas.

El exquisito lujo anonada al más pintado. Malasaña no sabe dónde mirar. Yo me centro en la mujer que nos recibe con una sonrisa pícara. Se levanta.

Una blusa blanca y una falda sastre. La mano que estrecha las nuestras es firme. Alta, delgada, tiene el rostro severo. Ojos saltones matizados por el maquillaje. Nariz recta y afilada. Mejillas hundidas y unas cejas muy marcadas. Unos ojos azules y fríos como metal.

—Sabía que vendrían —dice, invitándonos a sentarnos frente a ella.

—En ese caso, ¿por qué no ha ido a nosotros?

Me observa con frialdad y un punto de burla.

—Me preguntaba cuánto tardarían. Ha sido mucho más divertido.

—No tiene nada de divertido.

Hace caso omiso de Malasaña.

—Así que usted es el famoso comisario. Vaya, vaya. Sentía curiosidad.

—No es una visita social.

—¡Qué lástima!

—Estuvo con Cristiana Stoicescu en el Sex-Land —interrumpe Malasaña de mal modo—. El día 17 de agosto.

—¡Qué memoria! ¿Cómo iba a recordarlo?

—¿Cómo la conoció?

—Alguien me habló de ella.

—¿Quién?

—No lo recuerdo, querido comisario.

—No vuelva a llamarme querido.

—¡Qué susceptible! Me han hablado mucho de usted.

—Seguro que mal.

Se muerde el labio y gira su sillón. Nunca nos han presentado. Su displicencia y soberbia son conocidas en la ciudad. Hay que vivir en un pozo para no haber oído hablar de Rita Oehlen. Hija de un austríaco que se instaló en la zona en los años cincuenta del siglo pasado. Oficial de las SS huido, según los rumores. Protegido del régimen franquista. Fundó un *holding* de empresas que hoy es el mayor de todo el Sureste. Desde inmobiliarias a constructoras, desde financieras a participaciones importantes en grandes bancos, desde SICAV a químicas, desde transportes por carretera a navieras.

Inmensamente rica, sus deseos son órdenes. La Diosa en el mundo de los negocios de Baria.

—Bueno… —admite—. Esto es muy aburrido. Me hablaron de ella en una fiesta. No sé quién. La contraté para un juego. La noche que usted dice. Eso fue todo.

—¿Habló con ella?

—Lo imprescindible. No la contraté por su cultura.

—Ya.

—Nos vimos en la puerta del Sex-Land. Luego entramos juntas. Y al rato, se largó corriendo. No le gustó lo que vio —sonríe.

—¿Por qué?

—¿Quiere que le cuente mi vida sexual, comisario?

—Si es necesario…

Me reta con la mirada.

—No quiso formar parte de un grupo… poco heterogéneo.

—Comprendo.

—¿Tiene algo más que decirnos?

Niega con la cabeza, como una adolescente traviesa.

—Volveremos a vernos —le advierto.

—Será muy rica, pero *Ojos de Pollo* no me convence —dice Malasaña cuando salimos.

El Sex-Land está situado en un chalé aislado del mundanal ruido. Hay que dejar la ciudad atrás y buscar el desierto. Lo delata un bosque artificial que sus dueños han construido en torno a un chalé de estilo nórdico, con incongruentes tejados muy inclinados y mucha madera en ventanas y terrazas. Un lugar discreto para un negociete de bragueta al que sólo los altos precios le conceden cierto *glamour*. Los sábados por la noche de la época estival, el Sex-Land cambia de tercio y organiza fiestas privadas para intercambio de parejas. Sólo clientes escogidos.

—Jefe, la casa donde grabaron los vídeos era de un amigo del padre de Rita Oehlen, también austríaco —apunta Malasaña.

—Ya.

Aparcamos en la explanada circular en torno a una fuente con una ninfa desnuda en su centro. Susurro del viento en las copas de los árboles. Pinos. Cipreses. Álamos. Ficus.

La entrada se encuentra bajo un porche que sostiene una terraza enorme. Vemos a varias mujeres trabajando en la limpieza de las habitaciones, que van de un lado a otro cargando con sábanas.

El tipo que nos recibe es tan alto como yo, pero mi brazo es más grueso que su cuerpo. Tiene la cara pícara de un chaval salpicado de pecas. Unas orejas grandes sostienen una gorra de Nike. Se presenta como Carlo Taddonio, del Piamonte, dice. Habla con una suavidad empalagosa que casi se puede masticar.

Nos conduce hasta un despacho situado en un rincón de la casa. Desde allí, vemos un Z4 aparcado junto a un soto.

—Sí. Estuvieron aquí. Pero la chica se largó muy pronto.

—¿Por qué?

El hombre mira a su alrededor, como si fuera a contar un secreto.

—Bueno. Rita quería que participara sólo con mujeres. Y la chica no quiso. Se puso furiosa. Comenzó a gritar en su idioma. Dio manotazos a todo el mundo y salió corriendo.

—¿Alguien salió tras ella?

—Yo. La recogí cuando corría por la carretera. No podía dejar que hiciera un disparate o que le pasara algo —explica.

Nos quedamos mirándolo. Abre los brazos.

—Eso hubiera sido malo para el negocio. Imagínese lo que dirían. La llevé a la ciudad. Donde ella me dijo. Nada más. Y volví aquí. Tengo testigos.

—¿Por qué dejaron entrar a Rita con una mujer? Los sábados por la noche los dedican a intercambio de parejas.

—Si no la hubiéramos dejado, al día siguiente hubiera comprado el negocio y nos hubiera despedido.

—¿Volvió a ver a la chica?

—Nunca. Sólo en el periódico. Tras el desgraciado… acontecimiento.

Nos acompaña hasta el coche, insinuando que seremos bienvenidos en cualquier momento, menos los sábados por la noche.

oras y señores,
aquí se va al matadero
uieres poner fin a tu deseo,
ıca pondrás fin a tu deseo
que no quiero poner fin a mi deseo
a ja jajajajajjajajjj

ɔ el deseo me libera del deseo
hhhhhhh

20

Comi. Aguas Negras. Está lo que buscas.

Recibo el wasap a las siete de la mañana. Sé lo que significa. ¡¡¡Mierda!!! ¡¡¡Mierda!!!

—¿Ha avisado a alguien? —pregunta Malasaña cuando lo recojo casi sin detener el coche.

—No.

Atravieso la ciudad como una exhalación. Luego me pierdo por las carreteras que serpentean entre urbanizaciones para llegar hasta la costa. Una vez allí, giro al norte y atravesamos Villaricos haciendo trabajar las ruedas del coche en cada curva. Cuando por fin llegamos a Aguas Negras, no hay ni un alma en los alrededores. La mañana otoñal se vacía por completo en ese rincón casi secreto de la costa. Aguas Negras es una cala pequeña, de playas quebradas de pizarras negras cortadas a cuchillo y salpicada de montañas de algas sucias que el oleaje arrastra. No se ve desde la carretera, pues la pendiente es casi vertical y el desfiladero demasiado alto. Cuatro casas de cuatro afortunados construidas hace décadas se esconden allí abajo, casi secretas.

Metamorfosis, vuelve a insistir el maldito…

Bajamos hasta la playa y buscamos por los recovecos abiertos por las aguas en las pizarras negras. Las piedras afiladas brillan de la humedad de la espuma de las olas que las lamen con agonía de un fin que nunca llega. Volvemos a subir a la carretera. Avanzamos hasta un acantilado desde el que vemos las casas que se esconden allá abajo. No hay movimiento. Todas cerradas a cal y canto.

—Allí —señala Malasaña.

Sólo veo un montón de pizarra negra que hace un quiebro en la costa, en lo alto del acantilado, sobre el mar, al otro lado de la cala.

A medida que nos acercamos descubrimos que no todo lo negro es piedra.

Un cuerpo sentado en el suelo. Tiene las piernas dobladas, el cuerpo echado hacia adelante, entre las piernas. Los brazos han sido colocados a ambos lados, como si fueran las patas de un insecto. Una masa de pintura

negra como la pez lo solidifica en esa postura que le hace parecer una monstruosa cucaracha.

—Un disparo en la nuca —dice el forense, Braulio, que esta vez lo acepta con fatal profesionalidad pero con entereza, lejos de los fantasmas de las mujeres destripadas, que no soporta—. Por fin, un asesinato normal —suelta, con alivio.

Una obra de arte, comi.

Recibo un rato después. Estoy a punto de estrellar el teléfono contra las rocas.

—¿No le decían Robot? Pues ahora parece metálico —bromea Braulio.

—Estaba en lo cierto, comisario —dice Malasaña con mala intención para que lo oiga todo el mundo, especialmente los de Madrid, que ahora han acudido corriendo.

No me consuela. El Destripador ha roto el único hilo que nos podía llevar hasta él.

Se encargará de que la prensa se entere, insinúa.

—Si hubiéramos centrado nuestros esfuerzos en encontrarlo, en lugar de perder el tiempo —grita.

—Ha podido ser su amigo —espeta la inspectora Galán, con mal tono, los brazos cruzados sobre el pecho, más por el temor que provoca la escena que por el frío—. En cuanto salió de la comisaría esquivó nuestro servicio de vigilancia. Es un asesinato muy profesional. Un tiro en la nuca. Nada más salir en libertad aparece su hombre asesinado. ¿Qué quiere que pensemos, comisario?

Me doy la vuelta y me largo.

—Hay que reconstruir la vida de Robot desde que escapó del hospital —digo a Malasaña.

—Estaba escondido. No va a ser fácil.

—Ahora podemos vocearlo a los cuatro vientos. Una comparecencia pública de ayuda. Que todo el que lo haya visto venga a vernos.

—Podíamos haberlo hecho antes —se queja, arrancando el golf.

—Entonces no necesitábamos detenerlo sino cogerlo en secreto para trabajarlo a conciencia. Si hubiera trascendido la detención no hubiera

cambiado nada. No hubiéramos podido sacarle ninguna información. Ya probamos por todos los medios.

—¡Vaya una mierda! Se le va a caducar el pentotal.

Como según la investigación oficial, Robot no está relacionado con los asesinatos del Destripador, tengo libertad de acción. Hago llegar un comunicado a la prensa para que se informe a la población de que necesitamos toda la colaboración posible para encontrar pistas sobre el último asesinato ocurrido en la ciudad, desvinculándolo de los crímenes del Destripador.

En pocas horas recibimos más de veinte llamadas. Algunas lo sitúan en lo alto de la ciudad ayer a mediodía. Otras, en la autovía dos horas después de haber sido asesinado. Unos críos dicen que lo vieron en una casa de la playa. Unos agentes van con ellos hasta allí y comprueban que se trata de unos okupas en unos apartamentos abandonados.

Un pescador dice a un agente que vio al hombre asesinado, cuya fotografía viene hoy en los periódicos locales, en la playa de Macenas, hace varios días. Le pedimos que venga y sobre un mapa nos muestra que estaba pescando cerca de la costa con su barca cuando vio a un hombre que iba del Castillo de Macenas hasta una estructura que se quedó a medias un poco más allá. Dice que no vio a nadie más.

Un empleado de la fábrica de Deretil en Villaricos, que volvía hasta San Juan de los Terreros, pregunta por nosotros y nos dice que al pasar por Aguas Negras, vio a un hombre en una moto que salía de la calzada. Se fijó en él por si tenía problemas mecánicos, así que redujo la velocidad. El motorista le hizo un gesto y él continuó.

El motorista iba completamente de negro y llevaba casco, así que no le vio la cara. Era un hombre alto y delgado. Le hizo un gesto muy curioso, con la mano derecha plana de izquierda a derecha.

No se fijó en la motocicleta ni, por supuesto, en la matrícula.

Le damos las gracias y lo despedimos.

—¿Informo a los de Madrid?

—No los molestes con nuestras pequeñas cosas.

Entonces caigo en la cuenta. ¿Cómo soy tan estúpido?

—¡Si lo mató allí es que Robot ya estaba allí!

Desde la atalaya donde el asesino dejó el cuerpo convertido en un insecto examinamos los alrededores.

—Tenía casas a su disposición, jefe —dice Malasaña señalando las cuatro casas deshabitadas en esta época del año—. ¿Por qué iba a quedarse a la intemperie?

El primero es un chalé ligeramente elevado sobre la playa y tan cerca del agua que la arena se agolpa ante una puerta comida de humedad. Las maderas de puertas y ventanas parecen las de un barco achacoso. Pero nadie las ha forzado. Detrás, hay otras tres casas escalonadas sobre la roca. Son más pequeñas y parecen tan abandonadas como la primera. Las pinturas de barco utilizadas para protegerlas no ha sido suficiente y parecen descarnadas por los embates del mar. En la última, la más escondida bajo el talud, en su parte trasera, descubrimos una ventana forzada.

Un lugar ideal para esconderse.

Con las linternas, pues el atardecer ya impone un color ceniza, comprobamos que alguien la ha sacado de sus bisagras. Cae al suelo, sujeta sólo por un torcido trozo de metal. La ventana nos abre un patio trasero con una ducha para quien vuelve de la playa, una pila y un tendedero. Al fondo, una puerta de aluminio blanco que alguien ha forzado con una pata de cabra. Tras dejar atrás un pasillo encontramos una despensa con latas de comida, botellas de cerveza y de vino. Robot tenía asegurada la intendencia. A la izquierda, una puerta se abre a una cochera vacía, de cuyas paredes cuelgan una barca de plástico y algunas cañas de pescar, unas gafas de buceo, aletas.

Luego, una cocina. Robot no ha limpiado la mesa. Hay restos de comida y platos sucios en la encimera y en el fregadero. Después, un salón con un sofá y unas estanterías. Una televisión. Sobre el sofá, un saco de dormir.

—¿Cuánto tiempo habrá estado aquí?

—Un par de días, a juzgar por la cantidad de comida.

El saco de dormir apesta. Vaciamos la mochila: ropa sucia, una navaja, un puño americano, unos linchacos, un teléfono, una libreta.

—Aquí, comisario.

Malasaña ojea la pequeña libreta, de anillas, con hojas cuadriculadas. Me la muestra.

—¿Ha visto lo que hay escrito?

—¿Sabía escribir?

La primera hoja sólo tiene números.

—Es lo que usted sospechaba, jefe. El tío estaba haciendo números. El dinero que le iba a chantajear al asesino. ¡¡Sabía quién es!! Ahora no hay

duda.

Una cifra: «100.000 pavos», escrita arriba. «30.000 pavos al año», más abajo.

—No era demasiado ambicioso —digo—, si se conformaba con cien mil y luego otros treinta mil al año por guardar el secreto más importante del mundo. Cualquier cadena de televisión le hubiera dado más.

—Era un trato secreto. No tenía que salir a la luz y verse envuelto por cómplice o encubridor —justifica Malasaña.

Después, me enseña los lugares que Robot había apuntado con faltas de ortografía: «sin tratado de estradizion: Islas Cayman, Seichelles, Hong Kong». Después, en otra hoja, añadió: «Luego le enviaré un nº de cuenta para los pagos anuales».

—Quería irse con el dinero del asesino. Y vivir cómodamente a su costa el resto de sus días.

—Le ha costado la vida —dice Malasaña.

—Le costó en el momento en que supo quién era. Si pudiéramos entender cómo lo supo, por qué lo conocía…

—¿No cree que fueran cómplices desde el principio? Lo digo porque en el vídeo…

—No lo sé —reconozco.

Luego hay más hojas en blanco. Excepto la última.

—¿Ha visto esto?

No eres un tío legal, cabrón

amorfosis
Qué gran obra!!!
no los clásicos
cosmogonía
mitología
o donde otros sólo ven muerte
a jajajajajjajjjaja

21

El Destripador ha acabado con la única pista que teníamos, de modo que mi despertar es aún peor de lo habitual. Una ducha. Un afeitado. El estómago vacío. Conduzco hasta la comisaría.

La radio es una sordina a la que no presto atención, hasta que oigo la voz de Gómez:

—¿Cree, entonces, que tales crímenes son una consecuencia de nuestro modo de vida? —pregunta el periodista.

—Sin duda. Ello no quiere decir, por supuesto, que podamos comprender crímenes tan terribles y crueles como los que están sucediéndose en la ciudad, y que causan una gran alarma social, no sólo aquí, sino…

—Por desgracia, estamos siendo el centro informativo de los sucesos del mundo en las últimas semanas —interrumpe Gómez.

—Así es. Lo que quiero decir es que cada sociedad tiene un tipo de criminalidad. De eso no hay duda. Y este tipo de crímenes en serie son consecuencia de un modelo de sociedad que lleva al aislamiento y el aislamiento al rencor y éste al egoísmo más exacerbado. La consecuencia: un criminal sin aprecio alguno por la vida ajena.

Me cuesta porque suena metálica, pero al final reconozco la voz ronca de Whiskey Morán, el viejo amigo al que hace tiempo que no veo.

—… La situación que vivimos —continúa el profesor— me recuerda la vuelta a una corriente filosófica muy olvidada, pero que creo que podría definir, al menos en parte, nuestro modelo de conducta: el individualismo exacerbado de Max Stirner. Fue un antecedente de Nietzsche, aunque éste nunca lo reconoció.

—¿Se refiere al concepto de superhombre y al desprecio de la debilidad humana? —interrumpe Gómez.

—No exactamente. El concepto de superhombre es posterior, de Nietzsche. Stirner se acercó más al hombre común. La llegada del liberalismo, en la primera mitad del siglo XVIII conllevó, como alguien ha dicho, la expulsión del Paraíso. A partir de ahora, el hombre descreído debe ganarse su posición en la sociedad con el sudor de su frente, ya no existe la casta, la clase, que por sí misma concedía una condición y un estatus. Ahora es único, un individuo aislado. Y Stirner supe verlo mejor que nadie. Dijo que

la única limitación de un individuo es su poder para obtener lo que desea. Y que las instituciones sociales, Estado, propiedad, derechos naturales, sociedad, son cosificaciones de la mente. El hombre común, el hombre, cualquier hombre, sólo está relacionado consigo mismo y sólo a sí mismo se debe algo. Todo lo demás es relativo respecto al yo. Las religiones, la política, las ideologías, son conceptos vacíos, superpuestos a los intereses individuales, por lo que son inválidos. Esta filosofía, muy interiorizada desde entonces en las sociedades avanzadas, contrapuesta a la naciente sociedad de masas, en lucha con ésta, provoca un cóctel explosivo que conlleva que muchos individuos no acepten regla alguna, que no tengan tampoco empatía alguna con otros individuos y que, por tanto, puedan considerarse liberados para trasgredir las normas más importantes sin conmoción, sin remordimiento alguno.

Trasgredir las normas. Ausencia de empatía. Sin remordimiento.

No es un loco.

El asesino.

Las malas noticias vuelan: Vicente Lapuerta me ha denunciado por acoso policial y manipulación de pruebas en su contra. Su abogado acaba de interponer la denuncia en Fiscalía y ya lo saben todos los policías de la ciudad. En un rato, lo sabrán también los periodistas. Se avecina una suspensión, cuando menos. Vacaciones forzadas. Para esconderme en el rincón más profundo. Apartado de la investigación de los crímenes del Destripador. Apartado de mis funciones. Ni siquiera sé cómo tomarlo.

Un momento después, Martín insiste en que vaya con él a interrogar a una mujer que espera en su despacho. No quiere ponerme en antecedentes.

—Oiga lo que me ha dicho —me pide.

Se trata de una mujer cercana a los cincuenta. Tiene un labio morado y ojeras de haber llorado. Un rostro común que uno espera ver a la puerta del mercado de abastos todos los días. Entrada en carnes, viste unos pantalones negros y una blusa encarnado bajo un chaquetón de lana. Tiene las manos juntas sobre el regazo.

—Adela, cuéntale al comisario lo que me acabas de decir.

Eleva los ojos y me mira. Procuro componer mi expresión de probo defensor de la Ley en el que se puede confiar, pero no parece convencerla mucho, porque insiste en mirar a Martín y dice:

—Había venido a ver a López.

—Está de baja —dice Martín.

—Si quiere, podemos llamarlo y él le dirá si puede confiar en nosotros —digo.

Respira hondo. Suspira.

—Venga, mujer —la anima.

—He denunciado a mi marido porque me ha pegado. Lo quiero fuera de mi casa.

—Eso está hecho —dice Martín.

—Pero… ¿y si vuelve?

—No va a volver —dice Martín, y me mira, para que ella vea que lo hace.

Asiento con firmeza.

—Le garantizo que no la molestará —confirmo.

Me percato de que es la primera vez en meses que como policía soy capaz de garantizar un mínimo de seguridad a alguien. Pero sé que Martín se encargará. Y que hará lo que tenga que hacer.

—Javier es primo del que han matado.

—Sigue, Adela.

—El que han matado, Damián, estuvo en mi casa con Javier.

La dejamos avanzar a su ritmo. Respira hondo. Siento un estremecimiento.

—Yo no sabía que lo buscaba la policía.

—No lo buscaba la policía. Lo buscaba yo.

Me mira con una interrogación en los ojos.

—Javier le dio dinero —prosigue—. Damián decía que tenía que esconderse unos días. Que no quería que lo encontraran, pero que pronto iba a tener dinero. Un montón de dinero. Y que le iba a dar a Javier una parte.

—¿Qué más, Adela?

—Cuando apareció muerto Damián, Javier se asustó mucho y se enfadó también. Por eso, anoche bebió y luego…

Esboza un sollozo y Martín la anima con una mano sobre su hombro.

—¿Dijo Robot… digo, Damián, cómo iba a conseguir ese dinero?

Se encoge de hombros.

—No lo oí. Hablaban bajo, como si fueran secretos. Pero luego Javier, después de pegarme, me pidió perdón y quería animarme diciéndome que un hombre le iba a dar a Damián un montón de dinero y que ahora se lo daría a él.

—¿Le dijo por qué?

—No, pero dijo que Damián sabía muchas cosas de mucha gente.

—¿Le dió algo Damián a Javier? ¿Algún objeto, fotografías, una libreta…?

—Yo no lo vi.

Tengo un montón de preguntas y miedo de que la mujer no sepa las respuestas.

—¿Dónde escondió Javier a Damián?

—Se lo llevó en el coche, pero no sé a dónde.

—¿Antes de esa visita a su casa, sabe si se vieron otras veces?

Adela hace un gesto casi de dolor.

—Hace tres meses, en el verano, vino Damián y discutieron porque Damián le pidió dinero. Al final, mi marido le dejó algo.

—¿Sabe para qué quería Damián el dinero?

—Para pagar a una puta de ésas con las que van los dos.

Lo dice con tal violencia que se le escapa saliva. Nos mira con furia y resentimiento, como si estuviera mirando a su marido.

—¿Qué puta? —sé la respuesta antes de que ella lo diga.

—Esa que mataron.

Martín y yo nos miramos.

—¿Cuál?

—La rumana que se lleve el diablo. Los dos estaban locos con ella. La muy puta hacía con ellos lo que quería. Dinero y más dinero…

La mujer dice que ya no sabe más. Suplica que le quitemos a su marido de encima. Que no vuelva a su casa.

Martín la acompañará. Llamo a Malasaña.

Mientras, reviso mis notas y encuentro el nombre del marido de Adela. Javier Macías Albor. Lo interrogamos junto al bar de El Pestucias al día siguiente del crimen de Cristiana Stoicescu. El tío con pinta de putero. Al que yo desprecié y que daba mala espina a Malasaña.

En menos de una hora estamos los tres en el negocio de Javier Macías. Martín se va hasta allí una vez que ha dejado en su casa a Adela. Se trata de una nave industrial que ha construido en mitad del campo, junto a una vía de servicio y lejos de cualquier polígono industrial de la ciudad. Tiene una verja de tres metros de alto, un muro de bloques que circunda la parcela en la parte trasera y un edificio central circular y de piedra vista que recuerda un castillo de dibujos animados.

Tocamos el claxon y nos abren a distancia una puerta metálica. Aparcamos entre maquinaria expuesta a la vista de todo el que pase por la autovía: toros, grúas, motores, dumpers, carretillas, hormigoneras, andamios, furgonetas. Sobre el edificio hay un cartel enorme de «Maquinaria El Pencas», que se ve en tres kilómetros a la redonda.

Nos recibe un perro pulgoso que merodea sin atreverse a acercarse. Un rumano pasa a nuestro lado, sombrío. Nos observa con prevención y se pierde a la espalda del edificio, bajo la puerta metálica de una nave. Huele a madero y se aleja, como el perro medroso.

Subimos unas escaleras de piedra junto al que un diminuto estanque deja sonar el agua sucia de una fuente en circuito cerrado.

—¿Javier Macías Albor?

—Dentro —señala una mujer entrada en tantos años como hace que no va a la peluquería.

A pesar del poco interés que muestra en nosotros, levanta la cabeza y vemos unos ojos legañosos y una cara de hastío que debe ser el espejo de lo que vive a diario.

—Pasen —grita la voz de un hombre que mira por una ventana con un móvil pegado a la oreja.

Su bienvenida se congela en su careto cuando se vuelve y nos reconoce. Corta la comunicación de su móvil sin despedirse.

—¿Qué…?

Malasaña le suelta un puñetazo en la boca del estómago.

El tío ni gime. Se encoge sobre sí mismo. Lentamente y en completo silencio. Enrojece el tiempo que tarda en volver a respirar. Malasaña lo conduce hasta un sillón. Su cara de piel gruesa de intemperie se humedece de gotas de sudor. Por fin emite un largo y hondo suspiro y el aire entra en sus pulmones. Tose.

—Dile a tu secretaria que se ha acabado el trabajo por hoy —le ordeno.

Levanta una mano pidiendo una tregua. Luego, coge el teléfono, teclea un número y le dice a la mujer que se vaya. Como ella protesta, le grita. Un segundo después vemos partir un coche.

—El rumano que hay abajo. Dile que se largue.

Asiente. Malasaña le ha quitado los ánimos de discutir.

Pega unos gritos y un segundo después vemos al rumano cerrar la puerta del recinto y largarse andando.

Echamos un ojo por la oficina. Papeles desordenados. Mierda en los cajones. Facturas sucias. Albaranes. Impresiones de maquinaria para comprar

o vender. Martín se entretiene en su ordenador. Páginas de compraventa de maquinaria y vehículos. *E-mails* de negocios.

—Te vas a venir con nosotros —digo.

—¿Estoy detenido?

—Eso es lo que tú quisieras.

Nos reímos y le entra un ataque de pánico.

—Fue una bofetada —se disculpa cobardemente—. No saben lo pesá que se pone, joder. A todo el mundo…

—¿Y tu primo?

Macías me mira con tal expresión de estupor y pena en el rostro que casi siento lástima antes de haberlo tocado. Sonrío y cada una de mis sonrisas sabe que es un clavo en su sufrimiento.

—Si no me detienen no tengo que ir con ustedes —protesta—. Ya sé que lo han denunciado por pegarle a la gente… —se pone digno.

Reímos a carcajadas los tres, lo que lo desconcierta más aún.

—Vamos a ir a dar un paseo. Y luego… bueno, ya veremos cómo te encuentran. Eso depende de ti. Tal vez no puedas decir nada después.

—Oiga. No pueden. Yo no he hecho nada…

Lo cogen cada uno de un brazo y Javier Macías nos sigue como un condenado al patíbulo.

Media hora después aparcamos ante la puerta desvencijada de un cortijo abandonado que ha sido ya testigo de otras de nuestras hazañas. Nos rodean campos silenciosos y solitarios. Martín abre la puerta que se gira con un chirrido siniestro. Huele a polvo y a humedad. Oímos asquerosos ruidos en el interior y sabemos que las ratas huyen. Macías también lo sabe.

—¿Qué sitio es éste?

—Los alemanes tenían los campos de concentración, Javier. Nosotros tenemos este cortijo. Para ti va a ser algo así.

—¡No pueden! ¡No pueden…!

Lo dejamos en medio de una habitación que se ilumina con una bombilla desnuda de cuarenta que contribuye a hacer aún más siniestro el ambiente. Hace frío en la vieja casa en ruinas.

—Siéntate —le ordena Martín.

Le quita la chaqueta y lo deja en camisa. Macías se encoge y se sienta dócilmente. Le sube las mangas de la camisa y le ata los pies y las manos a un sillón raído de mugre. Macías implora.

Durante varios minutos nadie dice nada. Malasaña trabaja lenta y concienzudamente. Macías no le quita de encima sus ojos llorosos. Malasaña

prueba unos cables que corta con la navaja y luego hace chocar, soltando chispitas. Yo abro un maletín de médico y dejo a su vista algunos instrumentos que darían miedo en la consulta de un dentista.

—¿Para qué es eso? —le tiembla la voz.

Babas y lágrimas chapotean en su boca. Malasaña se acerca a él con los cables en la mano.

—Primero vamos a utilizar el método suave. Un poco de calentura para que vayas entrando en calor. Luego, yo trabajaré un rato con estos instrumentos y estas drogas. Tú pondrás el límite, Javier.

—¡¡¡¡Nooooo!!!! —comienza a gritar, pero el puño de Martín le cierra la boca, de la que brota un hilo de sangre.

Llora con lágrimas gruesas y nos dice que hará todo lo que le digamos.

—Pues empieza por jurar que no vas a tocar más a tu mujer.

—¡¡¡Lo juro!!! ¡¡¡Lo juro!!! ¡¡¡Lo juro!!!

—Ni pisar la casa.

—¡¡¡Lo juro!!!

—Ni acercarte a ella.

—¡¡¡Lo juro!!!

Todos los creemos.

—Mira el machote —se ríe Martín—. Con las mujeres sí que eres valiente. ¿Qué te pasa ahora?

Las lágrimas de Macías se mezclan con su saliva y sus mocos.

—Mira, Javi. Ya hemos conseguido, sin tocarte, lo primero que hemos venido a pedirte.

—¡Lo juro! —insiste una y otra vez.

—Ahora viene lo segundo. Tu primo. Háblanos de tu primo.

—¡¡Lo que quieran. Lo que quieran!!

Malasaña deja los cables encima de su cuerpo, aún muertos, sin electricidad.

—Desde el principio, Javier.

Macías cuenta que Damián y él eran primeros hermanos, casi de la misma edad, que pasaron su infancia juntos, pero que luego Damián se largó fuera de la ciudad, a Barcelona, donde se metió en los ambientes de la droga. Que él nunca se ha metido en eso, que le da miedo. Mucha gentuza. Te limpian por menos de nada. Durante años, Damián venía por la ciudad de vez en cuando, se veían, se tomaban algo, siempre le pedía un poco de pasta y ya está. Pero en los dos últimos años, Damián se vino a vivir a la ciudad, a esa casa prefabricada. Se perdía los fines de semana, porque trabajaba en un puticlub

en Murcia o Alicante, y trapicheaba algo de *farlopa*, con lo que iba tirando. Hasta que lo que despidieron del puticlub por pegarle a una chica.

—Siempre le ha gustado pegarle a las mujeres, ¿verdad?

Lo confirma con un gesto.

—Hace tres meses, en julio o por ahí, vino a verme. Necesitaba dinero porque le había pegado a una puta y el chulo le pedía una indemnización. Yo no tenía ese dinero. Le di mil euros y le dije que para eso no había más. Pero él decía que lo iban a limpiar, así que una semana después le di otros mil. Ya no le di más. Se enfadó conmigo y no lo vi hasta esta semana.

—¿Qué puta?

Baja la cabeza. Sabe que lo que va a decir le puede costar una hostia.

—La rumana que mataron.

Malasaña le suelta un puño pequeño y duro como una piedra a su costado. Le cuesta varios minutos volver a hablar. Pero esta vez no protesta. Se lo esperaba.

Mientras, encendemos cigarrillos. Le pongo uno en la boca.

—Fuma.

Le suelto una mano para que sujete el cigarrillo. Agradece el gesto como toda víctima agradece una mísera piedad de su verdugo.

—Tenía que habérselo dicho cuando me preguntaron por ella. Pero ¿cómo iba a imaginar lo que ha venido después? Además, Damián perdió la cabeza por aquella chica. Como todos. Todos la queríamos a ella. Era la hostia. ¡Qué lástima!

—¿La mató él?

—¡No! ¿Por qué la iba a matar? Quien le sacaba el dinero era su chulo, de modo que si la hubiera matado él encima el chulo le hubiera pedido mucho más. Y a ese chulo hasta Damián le tenía miedo.

—¿Cómo se llama? —le pregunto sabiendo la respuesta.

—El que le pegó a Damián fue Bogdan. Pero él no es el jefe. El jefe dicen que es mucho peor.

—Ahora están en la cárcel los dos.

Macías asiente. Fuma lentamente. Sin ganas.

—Como le he dicho, he estado tiempo sin verlo. Cuando vino a verme, el otro día, después de irse del hospital, estaba contento. Me dijo que había pagado la deuda y que ya los rumanos no le preocupaban, pero que tenía algo bueno, que necesitaba esconderse unos días para que nadie lo encontrara y que luego se iba a ir del país. Que iba a tener mucha pasta y que me daría algo si lo escondía.

Dejamos que Macías haga su pausa.

—Lo mandé a mi negocio un par de días. Pero le dije que el lunes tenía que irse antes de que llegara la gente. Y así lo hizo.

—¿Sabes dónde se escondió?

—No. Se buscó la vida.

—¿Cómo iba a conseguir ese dinero?

—Dijo que él sabía cosas que nadie más sabía. Y que si no le pagaba un tío, le iba a vender la información a otro tío.

—¿A un periodista?

—No.

—¿Por qué lo sabes?

—Porque se lo pregunté.

—¿Qué clase de tío?

—No sé —se encoge de hombros—. No quiso decirme quién era.

Yo sí. Ahora comprendo que ese tío esté ahí como sin hacer nada.

—¿No se trataría del mismo tío?

—¿Cómo? Ah, no. Habló de dos tíos. El que más iba a pagar era el que más tenía que perder si él hablaba. El otro era una segunda opción, por si fallaba la primera, y decía que aunque no podría sacarle tanto, también sacaría un buen pellizco.

—¿Qué más?

—No sé. Le di algo de dinero. Era mi primo, joder. Hemos pasado muchas cosas juntos.

—¿Sabes dónde iba a encontrarse con alguno de ellos? ¿Te dijo algo para que podamos identificarlos?

—Dijo que los dos se parecían. Que eran un par de cabrones hijoputas. Dijo que uno le había pagado la deuda con los rumanos y que le iba a tratar a cuerpo de rey mucho tiempo. Y el otro, no sé. Del otro no dijo nada más.

—¿Te dejó algún cuaderno o libreta?

—No.

—¿Teléfono?

—Tengo su número en mi móvil. Pero lo había cambiado. Tiró el suyo, dijo que para que no lo rastrearan. Apunté en un papel su nuevo número.

—¿Qué quería de ti? ¿Por qué te necesitaba?

—Dijo que yo tendría que recoger el dinero.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—Tenía que esperar que me llamara y no lo hizo. Apareció como apareció.

—Tu primo sabía quién está matando a esas mujeres, ¿verdad?

Macías hace un gesto negativo con la cabeza. Su expresión es de terror.

—¡¡¡No!!! Yo creo que es esa mierda de los vídeos. Le haría chantaje a los que salían en las orgías. De los asesinatos no sabía nada…

—¡¡Mientes!!

—¡¡Le juro que no!! No me dijo qué se traía entre manos. Sólo que le iban a dar dinero. Y si le daban dinero no era por nada bueno. Como estaba metido en lo de esos vídeos… Eso me lo dijo él. Los más ricos de la ciudad follando con putas no sé dónde… Yo no sé nada más.

Lo dejo tranquilo con su mentira. Intuyo que es mejor que piense que nos engaña.

—Hemos tardado en enterarnos de esto, pero lo hemos hecho. Si te guardas algo, la próxima vez no te irás de vacío.

Media hora después lo dejamos en su negocio. Jura que no irá a su casa y sabemos que cumplirá su palabra.

Lo que ha dicho nos abre un par de puertas que estamos deseando atravesar.

Maldigo por teléfono al Lila, que responde con voz de estar hasta arriba de maría. Se excusa diciendo que el Pavo ya no le ayuda y que no puede estar todo el día pegado al culo del tío. Que, además, no le he pagado. Le digo que ya se enterará del pago cuando lo coja.

—¿Cómo ha podido confiar en el Lila? —pregunta Malasaña.

—¿Y qué podía hacer? Alguna vez lo ha hecho bien. Y nadie se fija en él. ¿Quién puede esperar que lo siga un fumeta tirado?

—Ese tío está *colgao*.

Nos presentamos en el hotel City y preguntamos por Lorenzo Vilar. Nos indican la habitación y subimos. Le ordeno a la recepcionista que no le avise de nuestra visita.

Nos abre la puerta de la habitación 312 y su expresión no es precisamente amistosa.

—Oigan…

Le empujamos y entramos. Vemos un equipo informático sobre una mesa. Malasaña registra la habitación mientras Vilar protesta.

—La habitación de un hotel es domicilio a efectos de un registro. Lo ha dicho el Tribunal Supremo.

—Tócame los huevos —replica Malasaña.

Se me queda mirando. Es algo más bajo que yo. Y delgado. Daría el tipo del hombre de la capa.

—¡No toque el ordenador! —grita a Malasaña, que se sienta frente al aparato.

—Obstrucción a la Justicia. Ocultación de pruebas. Cooperación con un sospechoso. Extralimitación de sus funciones. Vas a pasarlas putas, Lorenzo Vilar.

—¿Qué está diciendo?

Da un paso hacia Malasaña, que comienza a teclear en el ordenador. Le doy un empujón y cae sobre la cama.

—¡Ehhhh!

Saco las esposas.

—¿Cómo quieres que empecemos?

Se calma un momento, pero no deja de mirar a Malasaña y a su ordenador.

—El ordenador nos los llevamos. O nos das la clave o lo precintamos. Ya lo abrirán los de la Científica.

—No hay razón para esto. Mi abogado…

—¡Venga ya!

Saco un paquete de cigarrillos y tomo asiento frente a él. Huele a cerrado. A este tío le apestan los pies. Abrimos una ventana y entra un olor no mucho mejor. Ajetreo de calle comercial en pleno bullicio de la tarde.

—¿Qué quiere?

—Todo. Si no, a comisaría. Voy a tenerte encerrado hasta que me aburra y luego voy a demostrar que has colaborado con un testigo principal sin informar a la policía. Los cargos que te he dicho antes será lo mínimo a lo que te enfrentes. Adiós licencia de detective.

—No puede hacer caso.

—Ponme a prueba.

—¿Y si le aplicamos el correctivo, jefe? —pregunta Malasaña, que se entretiene mirando archivos en el ordenador.

—Puede. ¿Has encontrado algo?

—Aún nada importante. El informe que les pasó a la asociación de puticlubs.

—Eso no nos interesa. Ahí no dices nada de lo mucho que sabes, Lorenzo.

Enciendo un cigarrillo.

—Aquí no se puede fumar.

Me quedo mirándolo un rato, hasta que se incomoda.

—Empieza.

Se nos queda mirando con la boca ligeramente abierta.

—Todo lo que sé está en ese informe. No he podido averiguar nada más —miente.

—Creo que vamos a tener que aclararle algunas cosas.

Malasaña se levanta con toda parsimonia. Le suelta un puñetazo en el costado.

La cara de pijo que se mira al espejo de Lorenzo Vilar se arruga como si fuera un papel de estraza, marrón. Su cuerpo se encoge como si lo recorriera una electricidad helada y ardiente. Su boca enmudece sin emitir siquiera un gemido.

—No te vengas arriba, Lorenzo. No te sientas una víctima. Esto te ha podido pasar el resistirte a la detención.

Continúa varios minutos balanceándose sobre el filo de la cama, los dientes apretados, las gotas de sudor en la frente. Pero es más duro de lo que parecía. Ni siquiera cuando puede volver a respirar emite un gemido, ni una queja.

—¿Qué pintas tú en todo esto? Ni siquiera te buscaron los que te contrataron. Te ofreciste a hacer el trabajo.

Asiente con la cabeza.

—La clave —pide Malasaña.

—*The ripper* —responde dócilmente.

Malasaña la teclea y se abre un archivo cuya carátula es un antiguo grabado de un periódico de 1888 con un Destripador de rostro oculto huyendo tras asesinar a una mujer cuyo cuerpo yace en una acera empedrada y húmeda.

—¿Por qué te ofreciste?

—Yo soy de aquí —dice Lorenzo Vilar con un hilo de voz.

Lo dejo tomar aire y volver a sentirse vivo.

—No podía dejarlo pasar —dice, mirándome a los ojos.

Los suyos están anegados de lágrimas.

—¿Por qué?

—Soy detective. Pensé que como conocía la ciudad tenía una posibilidad. Si llegaba a identificar al asesino me haría famoso. Sería un espaldarazo definitivo para mi carrera. Me llovería el trabajo. Además, ganaría un montón de pasta con artículos, libros, entrevistas. Sólo eso. Tengo derecho, ¿no?

—No. Un detective no puede investigar crímenes en nuestro país.

—Venga ya. No me toque los cojones.

—Creo que vamos a hacerlo. ¿Qué más?

Malasaña responde por él.

—Aquí habla de un testigo que conoce al asesino. Le había pedido cincuenta mil euros.

—Lo sabemos.

Su gesto de estupor dura un momento. Luego, cierra los ojos y acepta la situación. Me pide un cigarrillo. Se lo doy y los tres fumamos mientras esperamos que el detective se decida a hablar. Mueve la cabeza a un lado y a otro.

—Ya no tiene importancia. Se lo han cargado —comienza.

—¿Quién?

—¡El asesino, joder! No ha podido ser otro.

—Continúa.

—Yo soy de aquí. Bueno, mi padre. Vine durante mi infancia todos los veranos. No conozco a fondo la ciudad, pero sí lo suficiente para empezar a husmear, por eso se me ocurrió ofrecerme a la asociación. ¿Quién más que ellos estaba interesado en que se acaben los asesinatos de putas? Al principio, no encontré nada. Leía los periódicos. Soborné a un guardia civil para que me informara de lo que hacía la UCO.

—Y a un madero para que te informara de lo que hacíamos nosotros también, ¿no?

Asiente.

—Pero con lo que me llegaba no iba a ninguna parte. Creí que lo habían cogido de verdad cuando la UCO detuvo al inglés, pero luego casi di saltos de alegría de que no fuera él. Quería cogerlo yo, ¿comprende?

Fuma de su cigarrillo y echa la ceniza al suelo. La habitación se llena de humo y acaba con el olor a humanidad. Lorenzo Vilar no es el tío más limpio del mundo. Hay ropa tirada sobre la cama y sobre una calzadora situada en un rincón. Zapatos desordenados por el suelo. Y del cuarto de baño no llega perfume.

—¡Estuve cerca, joder. Muy cerca!!

Se lamenta dando un puñetazo a la pared. Se guarda la mano dolorida y muestra una sonrisa cínica mezclada con una expresión de lamento.

—Localicé a ese tío en que usted mostró tanto interés, Robot.

—¿Cómo?

—Me enteré de lo de los vídeos. Yo pago bien mi información. Y supe que ahí había algo. No podía ser casualidad que un tío saliera en un vídeo haciendo una pantomima de Jack el Destripador y poco tiempo después

comenzaran los crímenes. Y el tío que siempre salía en esos vídeos era Robot. No hay que ser un genio. Así que le ofrecí a Robot algo que ustedes no podían ofrecerle.

—¿Qué?

—Pasta. Y garantía de silencio. No me interesaba él. Me interesaba el otro tío.

Da una chupada a la colilla y la tira el suelo y la aplasta con el pie. Sonríe.

—Al principio no quiso saber nada de mí. Me dio un puñetazo y se largó. Un rato después lo detuvieron ustedes. Pero luego, cuando salió del hospital, algo debió cambiar entre el asesino y él porque me llamó. Me preguntó que cuánto le ofrecía.

—Cincuenta mil —confirma Malasaña.

—Sí. Pero me dijo que eso era una mierda. Que el asesino le iba a dar mucho más. Durante varios días no supe nada. Hasta el día que lo mataron, que me llamó por la mañana. Me dijo que si le daba ciento veinte mil euros me lo contaba todo y que me daría incluso pruebas de quién era el asesino. Regateamos. Se quedó en noventa mil.

—¿Qué pruebas?

—No me lo dijo. Quería guardar el secreto hasta que le pagara.

—¿Dónde quedaron?

—Aún no me había dicho dónde íbamos a quedar. Yo necesitaba dos días para reunir el dinero.

—¿Qué pasó?

—Creo que intentó por última vez sacarle más al asesino y acabó como acabó. O, simplemente, el asesino lo encontró. Luego, oí en las noticias lo del asesinato y supe que era él antes de que lo dijeran. ¡No podía ser tan bonito!

A medida que habla sé que dice la verdad. Ya lo ha perdido todo. Como nosotros. Me maldigo porque tuve la oportunidad.

—Ahora estoy a ciegas otra vez. ¡Puta suerte! —se queja.

No lo consuelo diciéndole que nosotros también estamos a ciegas.

livertido ver a tus polis, comi
no pollos sin cabeza
ren de un lado a otro
siguen sombras
piso cucarachas
a ja ja jajajjajjjjaajjaaaj

no sueño un mundo nuevo
mundo de asesinos
'os con su cuchillo
ı orgía de sangre
nmm hummmmmm hummmmmmmm

22

Una vez cuadradas las llamadas del número de teléfono de Robot que nos facilitó Macías, se confirma que estuvo en Macenas y en la casa junto a la que apareció el cadáver. Hay un tercer lugar: corresponde a un aeródromo abandonado.

A un tal Chapman, promotor de una gran urbanización en la sierra, se le ocurrió décadas atrás instalar un aeródromo en mitad del desierto creyendo que iba a traer medio Reino Unido. Estuvo vigilado un tiempo por la guardia civil sospechando que aterrizaban avionetas cargadas de hachís. Ya no vale ni para eso.

La pista es estrecha y está resquebrajada.

El hangar es casi de juguete y la torre está destrozada. Cuatro naves pequeñas constituyen todo lo que queda. Tejados a dos aguas sobre espacios abiertos comidos de hierba. Sólo cuando entras en la última nave compruebas que no todo está abandonado. Al fondo, una estancia tabicada tiene una puerta de metal y un candado nuevo.

Martín lo corta con una cizalla y entramos en una habitación que huele a cemento seco y a pintura. Alguien ha tapiado la única ventana para impedir la visión desde el exterior. Hay unos paneles pegados a una pared que simulan los lienzos de un teatro. Con una polea se cambian: paisajes de playa, un salón lujoso, una terraza con vistas al mar, una consulta médica y un salón vulgar para filmar vídeos porno simuladamente caseros. Sólo un obseso podría confundirlo. Los focos enseguida ofrecen una luz potente. Han dispuesto un diván enorme tapizado de rojo. Hay una silla de director de cine y varios taburetes y alguien ha dejado una cámara enfocando el raquítico escenario.

—¡Porno! —exclama Martín.

De una percha cuelgan dos batas blancas.

—No tenían mucha imaginación.

Sujeta a la pared, una estantería con discos y libros de pornografía sobre una mesa en la que descansa un portátil.

Malasaña teclea en el ordenador y encuentra tomas falsas.

Un Robot desnudo, sólo una toalla alrededor de la cintura, ríe a carcajadas ante la cámara. Un Javier Macías ufano, sentado a su silla de director.

Algunas instantáneas de mujeres desnudas o posando divertidas. Luego… Cristiana Stoicescu mirando con odio a la cámara.

—Nuestro amigo Macías necesita un tratamiento suplementario —digo.

—No hay nada más en el portátil…

Abre un cajón de la mesa y encuentra un *pendrive*. Lo introduce en el portátil, pero está encriptado.

—Le voy a sacar la clave a hostia limpia —muerde las palabras Malasaña.

—Vaya con los primitos.

—Macías sabe más de lo que ha confesado.

—¿Lo dudabas?

—Vamos a joder a ese tío —amenaza Martín.

—¿Pedimos que venga la Científica?

Me quedo pensando un rato. Hago un gesto con la mano. La palma extendida.

—Robot no se escondió aquí. Pero si vino fue por algo.

—¿Qué quiere decir, jefe?

—Vino por algún motivo. Y no lo vemos.

—Lo mismo está en el *pendrive* —apunta Malasaña.

—No —respondo—. Se lo hubiera llevado. Si vino para recoger algo, ya no está aquí. Vamos a registrar otra vez.

Comenzamos de cero. Todo vuele a su lugar. Nosotros, a la puerta de entrada. Un nuevo vistazo. Lento. Demorado.

—¡Los lienzos! —dice Martín.

Malasaña juega con las poleas. Pasan los paisajes. Pero no vemos nada en ellos. Ni en su reverso.

—¡El suelo!

Martín arrastra el diván y levanta el linóleo. Alguien ha escrito con pintura: «13-6-1984».

Huele la pintura.

—No lleva mucho tiempo, jefe.

—Es una fecha —confirma Malasaña.

—Ya lo sé. Joder.

—Es un mensaje. Sólo puede ser para su primo, para Javier Macías, que es el único que venía aquí.

Ha de significar algo. De lo contrario, Robot no lo hubiera escrito.

—Échale una foto y pide que te envíen una muestra de la escritura de Robot, de su libreta. Tenemos que confirmar que lo ha escrito él.

—¿Quién iba a ser si no?

—¿Una medida de seguridad? —sugiere Martín.

—O una venganza —digo—. Por si le pasaba algo. No quería decirle a nadie quién es el Destripador para no joder su negocio. Pero si le pasaba algo quería que su primo supiera de quién se trata. Esa fecha significa algo para ellos.

Dos horas después, en el piso de Malasaña, un *hacker* que nos debe favores nos ha abierto el *pendrive* tan fácilmente como un melón. Mandamos al chico a paseo y visionamos vídeos cutres de Robot follando con varias mujeres que no conocemos. Se trata de vídeos caseros, para colgar en la red.

—Parece que se sacan una pasta con esto.

—¡Basura!

Los dejo visionando los vídeos mientras respondo una llamada de Lorenzo Vilar. Se queja de que lo ha detenido la UCO.

—Yo no puedo ayudarle.

—Pero usted sabe que yo soy…

—Yo no sé nada.

Corto y un momento después me confirman que su coche fue detectado viajando a Murcia la madrugada del 29 de septiembre. Y que sus coartadas para las noches de los dos primeros asesinatos, cuando se suponía que estaba aún en Madrid, presentan dudas.

Me quedo paralizado. Preguntándome si no he sido un completo estúpido y el detective…

Martín lanza un grito y acudo para ver a Cristiana Stoicescu contoneándose alrededor de Robot, quien permanece de pie con su cuerpo musculoso vestido de soldado romano. Ella viste una sábana que quiere hacer pasar por vestuario de época. Pero le dura un segundo. Pasa sus manos por la espalda y el pecho de Robot. Lo besa. Lo mira insinuante. Se arrodilla ante él.

—Pasa rápido. No quiero verlo.

Malasaña lo hace y encuentra más tomas falsas. Se ve a Javier Macías gritando que ya vale. Que ha salido de puta madre. Que va a ser el mejor vídeo que han grabado hasta ahora. En ese momento, Cristiana comienza a imprecarlos. Grita en su idioma. Macías intenta tranquilizarla. Robot la amenaza. Macías dice que le van a pagar más. Ella por fin grita en español que quiere el dinero ahora. Macías le dice que cuando cuelguen el vídeo ganarán mucho dinero. Pero ella insiste y Robot la coge entre sus brazos y la

tira sobre el diván. Se echa encima y levanta su manaza. Ella se encoge y grita. Macías interrumpe la grabación.

Nos quedamos callados. Lamentando todos que Robot esté muerto. No podemos devolverle lo que le quitó a Cristiana Stoicescu.

Aparcamos frente a la casa de Javier Macías. Le preguntamos a Adela si la ha molestado y responde que ni siquiera una llamada ni un mensaje.

Le muestro una fotografía de Lorenzo Vilar. Ella lo mira con curiosidad e interés, haciéndose la interesante. Pero luego niega conocerlo. Lástima.

Tiene mejor aspecto que en la comisaría. La hinchazón se ha rebajado y su piel está más fresca y se ha puesto un vestido abotonado que insinúa sus pechos y deja ver el inicio de sus muslos al caminar. Una mujer desperdiciada por una mala elección. Pero Adela aún tiene tiempo. Martín se muestra amable. Le agradece siete veces que nos deje registrar las cosas de su marido. Me temo que Macías va a lanzar más de una maldición en los próximos tiempos. Es la menor venganza que se merecen los tipos como él.

—Como tiene el negocio, si quiere esconder algo no lo va a hacer en la casa, donde los niños o yo podemos encontrarlo —nos advierte Adela.

—Seguro que tienes razón —le responde Martín—. Pero por mirar no perdemos nada.

Le preguntamos si tiene un despacho, pero ella lo niega.

—¿Algún cajón donde guarde documentos?

—Bueno. Eso sí.

Adela sube las escaleras delante de nosotros. No es ya la mujer llorosa y acabada que acudió a comisaría a denunciar a su marido. Ha resurgido muy pronto de las aguas.

Malasaña le da un codazo de complicidad a Martín, que no puede reprimir una risita.

—Antes era la habitación de los niños, pero ya no juegan aquí. Cada uno se encierra en su cuarto, así que en esa mesa y en esa estantería Javier ha puesto algunas cosas. Yo ni siquiera las he visto.

Un vestíbulo en el que desembocan las escaleras. Se abren un par de puertas a un dormitorio y a un baño y luego el pasillo se adentra hasta el fondo. Hay una mesa de estudio junto a la ventana, con una cajonera debajo. Junto a ella, una estantería con carpetas, vídeos y CD.

—¿Le gusta el cine a Javier?

—Bueno. Algunas películas.

Adela lo dice mientras su mano juega, entre coqueta y ligeramente nerviosa, con un colgante. La mano izquierda en el bolsillo del vestido estira la tela y marca aún más las caderas. Martín registra, pero deja un ojo en ella.

—Mire, jefe —Malasaña muestra un CD.

—¿Le gusta especialmente esta película a su marido?

Se encoge de hombros.

—La trajo hace pocos días. Es muy desagradable.

—¿Nos la podemos llevar?

—Por supuesto.

No hemos visto ni un solo libro en el mueble del salón, y apenas hay una docena en la estantería. La mayoría, de los que habitualmente se ordena leer en el colegio o el instituto a los críos. Pero uno llama la atención de Malasaña. Paso las hojas y veo todo lo desagradable que ya se ha instalado en mi cerebro desde hace semanas.

—¿También nos lo podemos llevar?

—Lo que quieran.

—¿Le gustan estos temas a su marido? —le pregunto.

—Puede. Pero él no lee. Abre un libro y empieza a roncar.

—Pues éste sí lo ha visto más de una vez.

Vuelve a encogerse de hombros y una alegría súbita e incontenible de mujer liberada la asalta y lanza una mirada risueña a Martín. Algo que iba a decir se queda a medio expresar en sus labios, sorprendentemente dibujados para esta hora.

—Ligón —le suelta Malasaña en cuando subimos al coche.

—Venga ya. Sólo quiero ser amable. Está agradecida porque su marido no la molesta.

—Se le ríen los huesos contigo. No sé, jefe, creo que debería darle un permiso a Martín. Está tan enamorado que no creo que pueda ayudarnos mucho.

—Una relación lenta será más sólida —niego.

Por primera vez desde que lo conozco, Martín no frivoliza con una relación.

—Así que le gusta la película *Desde el Infierno* y tiene un libro sobre Jack el Destripador. ¿No le sugiere nada, jefe?

—Que quería conocer la historia y adivino el motivo.

El falso castillo que Javier Macías ha erigido en mitad del campo nos recibe en silencio.

Macías está dando instrucciones a un par de tíos con monos de mecánico que hay hurgando entre unos andamios metálicos. No le hace ninguna gracia vernos. Le hacemos un gesto y subimos a su oficina. Malasaña le da puerta a su secretaria, que se larga volando. Macías le pregunta dónde va con mal tono. La mujer nos señala con un dedo y él se lo piensa dos veces antes de continuar subiendo las escaleras que lo conducen a un nuevo suplicio.

Salgo a la puerta y le hago un gesto. Pasa a mi lado sin fiarse, mirándome de reojo:

—Comisario, ya les dije…

No le da tiempo a continuar la frase porque lo recibe un golpe brutal de Malasaña. Martín no quiere ser menos, ahora que tiene motivos, y cuando está en el suelo, le suelta una patada en la barriga. Macías no puede gritar, no puede gemir. Se retuerce en el suelo un rato mientras encendemos cigarrillos y comenzamos a hurgar en cajones, estanterías, en su ordenador.

Cierro la puerta de un portazo y lo levanto del suelo y lo tiro sobre un sofá.

—¿Tú de qué coño vas?

—¿Qué dice, comisario? —se queja mientras se lleva la mano a la barriga —. Me van a reventar. ¡No puedo resistirlo otra vez! ¡No puedo…!

Se le escapan unas lágrimas que me darían lástima en otra situación.

Martín se planta ante él:

—Voy a salir con tu mujer. Como le pongas una mano encima, como le mandes un mensaje o la llames, te mato. Y suéltale la pasta, que tiene que invitarme. Cuando me la tire me acordaré de ti, cabrón.

Macías lo mira con la boca abierta y un poco de baba saliendo.

—¿Cómo que mi muj…?

El golpe en el pecho lo paraliza como lo haría una corriente eléctrica. Ahora la boca se le abre mucho más, pero no es para hablar; es el estupor que precede, por un segundo, a la muerte. Temo que Martín se haya pasado.

Se derrumba y cae al suelo. Malasaña trae un vaso de agua y se lo echa en la boca. Tose hasta casi ahogarse. Se empapa de agua la camisa.

Lo vuelve a sentar.

—¿Te gusta esto?

Le muestra la película que nos hemos llevado de su casa y el libro.

—Estoy empezando a pensar que eres tú el Destripador. Por eso lo sabía tu primo.

La acusación es lo bastante gruesa para que Macías se deje de lamentos.

—¡¡¡No!!! ¿Qué dice? ¿¿Está loco?? ¡¡Yo no he hecho eso…!!

—Conocías a Cristiana Stoicescu.

—Se lo dije, comisario.

—No. Me dijiste que tu primo había tenido un problema con ella y había tenido que pagar a su chulo, que no es lo mismo.

—Por eso la conocí. Porque yo le presté dinero para pagar el chulo.

—Como vuelvas a engañarme te dejo a solas con ellos. Pero en el cortijo. No aquí. Y te aseguro que entonces no te vas a guardar nada.

Junta las manos como si rezara. Implora.

—No. Por favor, comisario. Eso no. Si me he cagado de miedo en cuanto han entrado…

Literalmente cierto. Por debajo del olor a polvo viejo, a sudor rancio, se huele su miedo.

—Sabemos lo que hay en el hangar.

Nos mira con la boca abierta de estupor. Se pasa la mano por la cara. Suda y llora. Luego abre la mano, con aire derrotado.

—Vale, vale, comisario. Eso no se lo dije. ¡Pero no le iba a decir eso, joder! No tiene nada que ver con lo que les interesa a ustedes y…

—Hemos entrado en el ordenador. Hemos visto los vídeos. Te podemos acusar de violación a la chica rumana que mataron.

—No, comisario, por favor. Esa chica lo hizo voluntariamente. Le pagamos quinientos euros.

—Si fue así, ¿por qué se pelea con vosotros? ¿Por qué tuvo tu primo el problema con su chulo?

Niega con la cabeza, a un lado y a otro, aceptando la fatalidad.

—Sabía que el muy gilipollas me iba a traer problemas. ¡Lo sabía!

Da un puñetazo en el brazo del sofá. Se golpea los muslos con el puño. Lo rodeamos y se siente acosado. Nos mira a los tres. Agacha la cabeza en señal de fatalidad.

—¡Maldita sea mi suerte!

—Larga ya, que no tengo todo el día.

—¿Puedo fumar?

Saca un paquete de Marlboro del bolsillo. Le quito uno.

—Teníamos un buen negocio. Pequeño, pero funcionaba. Mi primo estaba obsesionado y se grababa él solo con sus putas para luego verlo. Así que cuando me lo contó tomando unas copas le dije: «coño, Damián, vamos a

sacar pasta de tus polvos». Y buscamos un sitio y grabamos algunas películas. Daba su dinero, no crea. Y aquello costó cuatro perras.

—¿Por qué no lo hicisteis aquí?

—¿Está loco? Viene un montón de gente. Pero nunca hemos hecho nada malo, se lo juro.

—¿Te parece poco?

—Un poco de porno para internet. Y ya está.

—Cristiana Stoicescu.

—¿Qué? ¡Ah! La trajo y grabamos. Al final, la chica se puso violenta porque mi primo era un bestia. Con las otras iba a pasarlo bien y a grabar el vídeo. Diez minutos, quince, y ya está. Pero con ésta se obsesionó. ¡¡Joder, cómo le gustaba!! Quería más, y más y más. Y con la pastilla que se había tomado no había forma de que se corriera, así que la chica acabó harta y pidió más dinero. Como Damián no se lo dio y quería seguir, la chica se agobió. Pero no pasó de ahí, se lo juro.

—¿Por qué le pegó el chulo?

—Porque la chica llegó quejándose de que había estado mucho rato follando y dijo que la habían grabado. Les pedíamos que no se lo dijeran a los chulos. Nosotros pagábamos menos y ellas ganaban más. Pero ella no aguantó. Cuando se enteró el rumano, el Bogdan ése, quiso venderla como si fuera una estrella de cine, el muy hijoputa.

—¿Qué más?

—Nada. Se lo juro.

Nos mira con cara de pena, aparentando una inocencia que no ha conocido desde que tomaba el pecho.

—¿Por qué fue tu primo al hangar poco antes de que lo mataran?

Se encoge de hombros.

—No me lo dijo. Lo mismo quería esconderse allí.

—¿Desde cuándo no habéis grabado?

—Desde el asesinato de la rumana. Él se abrió en cuanto la mataron. Tenía miedo que la relacionaran con él.

—¿Y tú, desde cuándo no has ido?

—Un par de semanas. Doy una vuelta de vez en cuando.

—¿Seguro que no has ido más veces?

—No. ¿Para qué? Es un lugar seguro. Nadie va allí. Tampoco había que ir todos los días. Y si un día se acababa —se encoge de hombros— podíamos hacerlo en otro sitio.

—¿Por qué allí? ¿Por qué en el hangar abandonado?

—Porque se le ocurrió a mi primo. Como él no tenía una casa como Dios manda. Vete tú a saber por qué.

Abro el móvil y se lo planto en la cara.

—¿Qué significa esto?

Arruga los ojos para ver bien.

—¿Qué es? —pregunta elevando su jeta y mirándome a los ojos.

Intento descubrir en ellos si me miente, pero no veo más que un muro. Javier Macías se ha pasado la vida mintiendo, así que no voy a descubrirlo yo ahora.

—Es una fecha, ¿no? ¿Qué significa?

Se encoge de hombros.

—Trece de junio de mil novecientos ochenta y cuatro —musita—. No lo sé, comisario. ¡Se lo juro!

Lo observo con toda la dureza de que soy capaz. Se han amilanado algunos, pero él esta vez no. Y me pregunto por qué. Me lo dice a renglón seguido:

—¿Dónde estaba eso?

¿Adivinas lo que se avecina, comi?

Me saluda la bestia.

Sé lo que se avecina.

La culminación de su obra. El asesinato de Mary Kelly fue el más atroz de todos. La asesinó en su propia habitación alquilada, con lo que disfrutó de un tiempo y una libertad que no había tenido con las demás, asesinadas en plena calle. Sé lo que hará a la siguiente mujer. Sólo de pensarlo me estremezco de terror.

Mi desesperación es tal que me imagino golpeándome la cabeza contra la pared. O pegándome un tiro.

La UCO ha dejado en libertad a Lorenzo Vilar. Jeofrey Hunt también está en libertad. No hay pruebas contra ninguno.

Hemos puesto vigilancia a Javier Macías. Seguiremos a Lorenzo Vilar allí donde vaya.

Los de Madrid vigilan a Mike.

No tenemos nada.

¡¡¡Nada!!!

Ordeno que busquen en los anuncios de contactos todas las prostitutas que ofrecen sus servicios en sus domicilios. Todas han de estar acompañadas la

noche del día 9 por agentes.

Contacto con todos los grupos policiales de la provincia.

Echaremos a la calle a más de cuatrocientos hombres. Ninguno protesta. No hay agente bien nacido que no quiera coger al hijo de perra.

La UCO y los de Madrid deciden cerrar todos los puticlubs. Hablo con ellos. Intento convencerlos de que eso echará a la calle a muchas mujeres, que ofrecerán su domicilio. Pondrán muchas más víctimas potenciales a disposición del asesino.

No se echan atrás.

Lázaro Asunción me dice que todas sus mujeres se juntarán en un domicilio para protegerse. No trabajará ninguna de ellas. Le pido que pase la voz para que otros proxenetas hagan lo mismo.

La prensa entra en histeria colectiva. Hay reporteros por todos los rincones de la ciudad. Se entrevista a la gente en las calles. Se entrevista a las profesionales en sus casas.

Lanzamos un aviso para que nadie juegue a los disfraces esta noche.

Se respira tensión…

¡¡Y miedo!!

La espera es un calvario, un tormento. Los días pasan lento. He repasado todo lo que tengo sobre el caso. He vuelto a leer los informes. He vuelto a leer las declaraciones. He vuelto a leer las notas de Malasaña y las mías. Me quedé con copia de todo cuando me apartaron de la investigación.

He vuelto a sospechar de Jeofrey Hunt. De Lorenzo Vilar. ¡De Mike…! De Carlo Taddonio, al que también hemos investigado.

¡¡Me he vuelto loco!!

Cada vez estoy más convencido de que la clave era Robot y fuimos tan ineptos que permitimos que el asesino rompiera el único hilo que nos podía llevar hasta él. La esperanza de que Macías haga su trabajo es remota. No es su primo. Ni sabe lo que su primo ni es tan duro como él.

En la comisaría se mastica la tensión. Oigo voces y teléfonos. Los de Madrid corren de un lado a otro, ordenando, agitando, gritando. Mis hombres me miran cada vez que han de acatar una orden.

—Usted no puede estar aquí —espeta Menéndez.

Malasaña se gira hacia él de tal modo que he de sujetarlo. Díaz pone paz.

—El quinto crimen debería cometerse en la zona noroeste de la ciudad —comento, señalando en el mapa con un rotulador rojo.

Malasaña coge el teléfono y comienza a dar órdenes para que esa zona sea especialmente vigilada. La inspectora Galán muestra una expresión adusta al comprobar que aún pintamos algo.

—No va a ser fácil controlar toda la ciudad, comisario. Al ser viernes, toda la gente joven está en la calle. El asesino puede moverse por donde quiera.

Malasaña tiene razón. Hay barrios donde no se ve un alma de noche, pero en el centro de la ciudad y otros barrios de bares y discotecas habrá miles de personas.

—¿Y si no mata en la ciudad? —sugiere Díaz.

—Puede matar en cualquier sitio —dice alguien.

Pasan las horas y no hay un solo aviso de movimiento sospechoso. Nos llegan noticias de peleas de borrachos, de un tío de un bar que ha pegado dos bofetadas a unos chicos, de unos vecinos que han discutido por el volumen de la música. De una escena de un marido celoso.

Bebemos café. Fumamos.

—Mary Kelly no fue descubierta hasta las diez de la mañana siguiente —digo—. El asesino intentará que ocurra lo mismo.

Bebemos más café. Fumamos hasta hacer irrespirable el aire de la cámara de los horrores. La inspectora Galán no abre la boca más que para recriminarme:

—Está suspendido.

—Pero no muerto.

Nuestra discusión es interrumpida. Malasaña parece un mal agorero:

—Jefe, la UCO ha perdido a Lorenzo Vilar.

—Jefe, los de Madrid han perdido a Mike —lo dice mirando a la inspectora, que se muerde los labios y maldice por lo bajo.

Al oído, me dice que nosotros hemos perdido a Javier Macías.

—Y yo he perdido a Sisí —me susurra, mirándome a los ojos.

Así que era eso.

Llega un momento en la madrugada en que ya ni el horror que nos rodea nos afecta. Rumiamos nuestro fracaso. Hay algún comentario de esperanza, pero tan vacío que ni siquiera encuentra eco.

A las cinco de la madrugada sé que ya ha cometido el crimen. Imagino miles de maneras. Una prostituta que no teníamos controlada. Una prostituta que ha podido secuestrar en cualquier lugar y cuya desaparición aún no ha sido denunciada. Y puede haberlo hecho en cualquier sitio. Un cortijo

abandonado. Una casa desocupada. Un piso deshabitado, de los que hay a miles por toda la costa.

Imagino tanto que estoy a punto de volverme loco.

Entonces llega su mensaje. ¡¡Y me vuelvo loco!!

Comi. ¡Una putita ucraniana! hummm. Je je je

¡¡¡Completamente loco!!!

espera la gran obra
inspiro en el cuadro que colgaré sobre su cuerpo
ará como jamás hubiera temido en sus peores pesadillas
gran puta!

9 de noviembre

23

Malasaña es el único capaz de seguirme. Los demás gritan desde tan lejos que para mí no existen. ¡Pánico! Lloro por ella en el coche. Las lágrimas me enloquecen aún más y circulo enloquecido por una ciudad que ya está loca. Como un trueno por una tormenta. Me salto semáforos en rojo. Malasaña hace estallar la sirena y la gente se aparta a nuestro paso un segundo antes de ser atropellados. Malasaña no dice ni una palabra. Sabe que he recibido un mensaje. Y un momento después, cuando enfilo a toda velocidad hacia las afueras de la ciudad, adivina dónde nos dirigimos.

—¡No puede ser! ¡No puede ser! —muerde a mi lado.

Coge su móvil y pide que las patrullas que haya por la zona se dirijan a la dirección que él ya sabe. Cruzo una arteria de la ciudad y a mi paso brota un rugido de pitidos, de gritos, de maldiciones. Giro noventa grados para coger la Avenida del Mar y el coche derrapa tanto que sólo se detiene cuando chocamos contra otros coches.

—¡¡Acelera!! —grita Malasaña.

Salto una mediana dejando medio chasis del Golf y chocando nuestras cabezas contra el techo. Dejamos una huella de frenada que cruza la calzada justo delante del edificio donde vive Natalia. Sale humo de los neumáticos. Huele a freno quemado. Doy una patada a la puerta del vestíbulo que salta con estropicio de cristales. Subimos las escaleras de tres en tres. Ocho pisos. Cuando llegamos ante su puerta ya no puedo respirar. Busco la llave en mi bolsillo y tardo una eternidad en encontrarla. Oímos sirenas que se acercan. Malasaña pulsa el timbre sin descanso. La puerta por fin se abre y casi caigo dentro del impulso. Nos recibe un pasillo oscuro. Malasaña enciende la luz mientras yo me lanzo al interior de la casa. Me golpeo contra todo lo que hay, grito:

—¡Natalia! ¡Natalia! ¡Natalia!

Hay una luz al fondo. Nos lanzamos corriendo en pos de ella como del último sol de la vida. Y entonces la veo.

Está en la puerta del baño. Lleva un pijama que he tocado con mis manos. Su rostro está tan asustado que se encoge sobre sí misma. La abrazo. Miro a todas partes. Malasaña registra las habitaciones.

—¿Qué pasa? —grita asustada.

Intento hablar y comprendo que la angustia ha puesto una masa asquerosa y sólida en mi boca, como si fuera sangre seca que no pudiera deglutir. Me ahogo en mis propios gemidos.

Vuelve a nuestro lado Malasaña con la pistola en la mano.

—¿Estás bien? —pregunta él.

—Claro. ¿Qué pasa?

Por primera vez en mucho tiempo, Natalia muestra en su dicción un acento marcado. Ella, que habla español mejor que yo.

—¿Qué pasa?

—No se preocupe —le habla ahora Malasaña de usted, repentinamente—. Ha sido una falsa alarma.

Natalia me mira interrogadoramente.

—¿Creías que ese hombre…?

¿Cómo no lo imaginé antes? ¿Cómo he podido ser tan estúpido? Porque sea mi amante ella no deja de ser lo que ha sido. Debería haberle puesto protección, como a las demás. ¿Nadie me lo dijo por no ofenderme? Jefe, ¿quieres proteger a todas las putas de la ciudad y te olvidas de la tuya? Me dan ganas de pegarme un tiro. Si le hubiera pasado algo…

—Estoy bien. La puerta está cerrada. No ha pasado nada —me consuela.

Veo mi rostro en un espejo y comprendo que mi expresión no es de angustia, sino de locura. Ese asesino me ha vuelto loco. Me ha vencido. Ha podido más que yo. Ha jugado conmigo. Si durante algún momento de la noche tuve alguna esperanza, ahora sé con certeza que estoy equivocado, que está despedazando a alguna mujer ahora mismo, en algún lugar.

—Llama a José Luis —le ordeno a Malasaña.

Mientras él llama, ella pregunta.

—Un amigo. Se quedará contigo esta noche.

Ni siquiera oigo sus protestas. Entro al baño. Dejo la pistola sobre una repisa. Introduzco la cabeza bajo el agua. El frío me hace reaccionar mientras oigo las voces de dos agentes que entran en la casa. Malasaña les dice que ha sido una falsa alarma, que vuelvan a la calle.

Mientras estoy inclinado mojándome la cabeza, me veo, viejo y desesperanzado, en el espejo. Este segundo me parece tan enorme y tan mínimo… Me causa dolor. Me causa terror. Apenas entra aire en mis pulmones. Me ahogo. ¿De qué sirvo, hombre violento como soy, si no puedo parar a los peores? Pienso si debo matarlo. Me veo en mi lecho de muerte… Sí, debo.

Puedo soportar la verdad, aunque me destruya. Pero no puedo soportar esta incertidumbre. Soy como un ratón en el laberinto de un ensayo. En el laberinto del asesino.

Ella entra y siento su mano en la espalda. Cuando me seco la cabeza, siento un renacer mínimo y oprobioso. Pero, al menos, está viva. Está entera. La toco. Abrazo su cintura y paso mi mano por todo su cuerpo, como si estudiara una mercancía. Necesito sentir toda su piel, todos sus miembros. Luego, la miro a la cara. No hacen falta palabras. Ambos sabemos lo que ha pasado. Eso la hace sonreír. Comprende la importancia que tiene para mí y que yo, cobarde, jamás le expreso con palabras.

Malasaña se retira discretamente por el pasillo.

La beso como si comenzara el mundo.

José Luis toma aposento de la vivienda de Natalia como un vagabundo en la corte desierta de un rey. No se molesta en disimular las miraditas, que luego replica en mí, burlón.

—Ni se te ocurra hacerle un café —le digo a Natalia antes de irnos.

Cogemos el Golf, que parece un animal apaleado. Aún puede andar, a pesar de estar arrugado como una pasa.

Volvemos a la comisaría. Reina una quietud histérica. Apenas hay agentes, pues aún permanecen todos en sus puestos. Un aviso de una pelea de borrachos, una trifulca por un asunto de cuernos, una pelea a navajazos en una discoteca, un accidente de circulación y unos insultos entre vecinos. Una noche tranquila. La noche más tranquila del año. No en vano, la ciudad está tomada por la policía.

Los de Madrid están sentados ante una mesa, con tazas de café o de agua vacías ante sus rostros demacrados.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta la inspectora, conociendo la respuesta.

Paso de ella y me encierro en mi despacho. La inspectora sigue mis pasos.

—Ha dejado su puesto para acudir a la llamada de su amante —se queja.

—Piérdase —le digo, ganándome otro expediente por menosprecio a un compañero.

—Se ha largado sin decir nada ante una posible amenaza.

—Era un asunto personal. ¿No recuerda que estoy apartado de la investigación gracias a ustedes?

—En realidad, nunca ha estado apartado. Siempre ha trabajado al margen. Nunca ha soportado nuestra presencia.

—Pues ahora que lo dice, no me importó al principio. Incluso la consideré necesaria. Pero a la vista de lo que ustedes han aportado, podían haberse quedado en Madrid.

—¡Imbécil!

No respondo al insulto. Ya hay luces en el mercado de abastos. Un remolino de periodistas prestos a oler la sangre se cobija de la severidad del amanecer bajo los soportales. Una línea gruesa y roja atraviesa el cielo, desgarrando la negrura de la noche.

—Primero, se ciega ante la posibilidad que apunta a que el asesino es amigo suyo. Ahora, deja el puesto de mando para irse a proteger a una…

Siento un acceso de rabia, pero cuando la miro no siento sino pena porque paga su frustración conmigo. Cargamos nuestra frustración a otros para que sufran por nosotros. Si no estuviera yo, estaría a punto de caer en una depresión. Comprendo que la impotencia y la impaciencia la asfixian. Yo me siento igual. Pero eso no me consuela.

—Sus hombres han perdido al sospechoso —se queja.

—Y la UCO ha perdido al suyo.

Respiro hondo. Enciendo el enésimo cigarrillo de la maldita noche. Busco en la red el quinto asesinato de Jack el Destripador. La policía hizo entonces la mejor fotografía de toda la serie que se conserva sobre los crímenes originales.

No quiero imaginar lo que haya podido hacer…

Cierro los ojos. La imagen, en blanco y negro, apenas deja ver los detalles. Pero se queda grabada en la retina. Amanece a mi lado y la luz limpia las sombras. Como si no pudiera haber nada terrible en el mundo.

Una leve vibración me hace abrir los ojos. Lo primero que veo es a Malasaña dormitando, frente a mí.

La inspectora debió largarse a rumiar su fracaso a otro lado.

Mojácar. Cinco minutos.

Es un mensaje de López. Le doy un toque a Malasaña.

—Vamos a desayunar.

Se despereza. Me mira y sabe enseguida que no vamos a probar bocado. Salimos del despacho y cruzamos la sala donde los de Madrid dormitan junto a sus teléfonos.

—Seguro que no quiere venir a desayunar con nosotros —digo al pasar junto a la inspectora, cuya ansiedad le impide siquiera cerrar los ojos.

Los tiene secos, abiertos como los de una muñeca asustada. Casi catatónica. Pienso con remordimiento que necesita algo que la haga reaccionar.

En el coche, oímos la voz de López, que grita y tiembla:

—¡¡Rita Oehlen, jefe!!

Sus palabras me hielan la sangre. Nos indica el camino. Aprieto el acelerador. Giramos por curvas cerradas con chirriar de neumáticos. Algunos vecinos se asustan y se extrañan de ese coche medio destrozado que circula a toda velocidad. A medida que ascendemos por calles bordeadas de chalés y apartamentos nos preguntamos qué pinta Rita Oehlen en todo esto. Tuvo relación con Cristiana Stoicescu. Pero no encaja en la victimología.

López nos espera ante una verja de hierro. Tiene la cara desencajada.

—No he sido capaz de entrar —se disculpa.

Corremos sobre la grava. La fachada de la mansión nos mira con ojos ciegos.

—El jardinero viene a las ocho. Vio la puerta de la casa abierta, lo que era muy raro. Y entró. Se ha desmayado. He avisado a una ambulancia.

López se queda sin aliento al hablar. Subimos una escalinata de la piedra más noble que se pueda encontrar en el mundo y nos recibe abierta, como ultrajada, una puerta de madera blanca como la nieve. A un lado, sentado en el suelo, un hombre se encoge sobre sí mismo. Atravesamos un vestíbulo minimalista y corremos por pasillos más anchos que los salones de la comisaría. López nos conduce hasta una puerta y se planta:

—No puedo, jefe.

Lo dice casi llorando. Se le encoge la cara y le tiemblan los hombros.

Comienzan a oírse sirenas.

Respiramos hondo. Nos miramos. Malasaña resopla. Atravesamos la puerta.

Entramos en el Infierno.

La habitación está sumida en penumbra, lo que explica que el jardinero tuviera que acercarse para comprender qué era esa cosa que hay sobre un diván pegado a la pared. Las cortinas corridas impiden el paso de la luz. Huele a sangre. Huele a muerte. Aunque sé lo que vamos a encontrar e intento prepararme, me tiemblan las piernas. A Malasaña se le quiebra la voz.

—¿Abro las cortinas?

—Espera —digo después de intentar tragar tres veces una saliva sólida como plomo.

La luz que penetra desde el pasillo por donde hemos accedido es suficiente para adivinar el horror de la carne masacrada. Un foco de calor me hace desviar la mirada y veo una chimenea en la cual los rescoldos quieren brillar bajo la ceniza. Sé lo que habrá allí. El asesino habrá quemado la ropa de la mujer como hizo Jack el Destripador con la de Mary Kelly.

Malasaña no puede esperar más. Quiere enfrentarse al horror ya.

—¿Abro?

Extiende una mano que levanta el telón sobre una escena que no podremos olvidar.

Un aluvión de luz dorada ilumina el cuerpo sobre el diván. Nos llevamos las manos a la boca. Sufrimos arcadas que nos hacen temblar, que parecen retumbar con eco en la habitación. Pasos a nuestra espalda. Quiero que vengan, quiero que llenen la habitación de voces, de pasos, de movimiento humano, porque lo que vemos sobre el diván dejó de ser humano. Una mano humana convirtió un cuerpo con vida en un amasijo de carne sangrienta.

La cabeza de la mujer parece descansar plácida. A su alrededor, el cabello está dispuesto en abanico, como los rayos de un sol dibujado. Su cabello es lo único que parece haber tenido vida alguna vez.

Yace tumbada con las piernas abiertas y flexionadas hacia los lados. Su cuello está seccionado por un corte brutal que ha abierto la carne hasta la columna vertebral. Le ha cortado las orejas y la nariz. Y el resto del rostro es una masa sanguinolenta e irreconocible donde el asesino ha trabajado a destajo con su cuchillo. Se pueden ver los huesos de su calavera. Los ojos, abiertos de par en par, sin párpados, miran a un infinito vacío y terrible.

La sangre ha goteado desde el diván hasta el suelo, y ante nuestros pies se extiende un mar negro y profundo. Ninguno nos atrevemos a dar el paso sobre el vacío, de modo que la observamos en silencio, incapaces de articular ni una sola palabra. El asesino ha vaciado la cavidad abdominal. Ha abierto el cuerpo en canal y ha extraído todos los órganos. El útero y los genitales están a un lado, machacados con el cuchillo. Junto al cuerpo están los pechos seccionados y el hígado. La pierna derecha está despellejada, dejando a la vista el fémur. Sobre una mesa que el asesino acercó hasta el diván aparecen los intestinos y los riñones. Una gran mancha de sangre oscurece la pared.

—¿Y el corazón? —pregunto mirando a todas partes.

—Estará en ese montón de… carne —replica Malasaña, la voz de ultratumba.

A los pies del diván descubro manchas de haber pasado el cuchillo para limpiarlo. Alguien entra en la habitación, a nuestra espalda.

—¡¡¡Dios!!!

Los agentes más prudentes echan un vistazo desde la puerta. Nadie va a entrar por su gusto. Sólo los inspectores Díaz y Galán tienen el valor o el sentido del deber suficiente. Díaz sufre una arcada que lo quiebra en dos. Se lleva un pañuelo a la boca.

La inspectora da unos pasos y se detiene ante el charco de sangre. Registra con la mirada el terrible espectáculo.

Todas las miradas se dirigen entonces al forense. Está recién llegado al Instituto de Medicina Legal y es la primera vez que lo veo. Los veteranos se habrán largado y lo han dejado para comerse el marrón. Es un hombre menudo, con cara casi de niño, que uno se pregunta cómo puede desenvolverse entre cadáveres.

—¡¡Es una réplica perfecta!! —dice la inspectora Galán.

El forense se detiene en seco.

—¡Es demasiado para mí! —musita tan bajo que necesitamos mucho tiempo para comprender sus palabras.

La inspectora Galán se acerca a la chimenea. Siento temblar su cuerpo. Quiere aparentar una entereza que ninguno es capaz de mantener. Nuestras palabras se quiebran, nuestras respiraciones se agitan, nuestro corazón se acelera.

—El cuadro —dice la inspectora, mirando la pared.

—¿Qué?

—En el cuarto de Mary Kelly había una reproducción de un cuadro: *La viuda del pescador*.

—Éste es *El cuarto del Destripador*, de Sickert —replico.

—Adecuado. Sí. Era de esperar —dice ella.

El forense respira hondo y se acerca al cadáver.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Jamás podrá olvidar su bautismo de sangre. Rodea el diván sin apartar la vista del cadáver, hipnotizado por el horror.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Se le arruga la cara repentinamente, como si le hubiera asaltado un dolor imposible y súbito.

—Tómese su tiempo —le digo.

Sale corriendo, estallando en un sollozo y llevándose las manos a la boca.

Un sonido ya familiar salta desde mi teléfono. Sé lo que es. Sé lo que significa. Intuyo lo que hay escrito en el mensaje antes de leerlo.

La más puta de todas, comi.

Hay más de cien periodistas entre los jardines. Los agentes no han podido contener la avalancha y se han colado desde la verja hasta la escalinata de acceso a la mansión.

Un sol esplendoroso nos recibe a la salida, indiferente a la destrucción. Oímos gritos que nos llaman, apelaciones de periodistas que quieren unas palabras. Hay algunos vecinos que han venido a curiosear y que nos increpan.

Desde la casa se advierten las vistas más hermosas que uno pueda imaginar. Un Mediterráneo de un azul intenso allá abajo, que transmite una paz que desmiente la sangre que se coagula aún en nuestra retina. Una costa que despierta y palpita como un corazón vivo. Una naturaleza contenida y cuidada que emula la belleza original que los hombres nos encargamos de asesinar cada día.

La alevosía del horror invade nuestros corazones y maldecimos calladamente mientras intentamos huir de las imprecaciones que evidencian nuestro fracaso.

Nos escondemos en un salón lateral mientras nos van llegando noticias. Unos agentes nos dicen que hay una puerta forzada en la parte trasera de la casa. Nos conducen hasta allí y vemos una puerta de servicio que da a un patio trasero destinado a útiles de riego en cuya puerta el asesino ha roto un cristal para quitar el pestillo.

—Entró por aquí —nos dice el agente que nos muestra la puerta.

—Poca seguridad para una casa como ésta —pienso en voz alta.

Articular por fin unas palabras cotidianas me ayuda a recobrar algo de aliento. Como si diera un pasito, muy pequeño aún, que me permitiera dejar atrás el horror que me hiela los huesos. Miro al cielo y veo su azulada luminosidad, la incandescencia del sol que me aplasta, a pesar de lo cual me siento helado, como si ese sol increíble ya no fuera capaz de calentarme.

—Los cristales han quedado hechos pedazos muy pequeños, jefe. Y, sin embargo, no hay huellas sobre ellos. No hay arañazos en el suelo.

Malasaña acierta otra vez. Si alguien hubiera entrado por esa puerta hubiera tenido que pisar los trocitos de cristal, que se hubieran incrustado en la suela del calzado.

—Ella lo dejó entrar —digo, poniendo palabras al pensamiento de Malasaña.

Dejamos que los hombres continúen registrando los alrededores.

Un momento después oímos una discusión violenta. Varios agentes increpan a unos periodistas y a unos curiosos para que despejen un espacio junto a la carretera.

—Hay una huella de neumático en ese anchurón, jefe —me dice un agente joven, tan ilusionado por su descubrimiento que siento pena por él.

—Quita a la gente del lugar aunque tengas que empujarlos barranco abajo.

López no ha querido irse. La cocinera no para de llorar, aunque le ha traído café a los policías y una manzanilla a López, cuyo rostro ancho y bonachón está derribado como una casa bombardeada y cuya faz está tan blanca como la pared. Nos reunimos con él en un rincón, donde no para de fumar y de respirar como si le faltara el aliento.

Le digo que puede irse a su casa, pero niega con la cabeza.

—La conocía —dice.

Bebe de la manzanilla que echa humo y se quema los labios.

—Somos… Éramos de la misma edad. Pero ella estudió en un colegio privado y luego se fue a la Universidad de su país. Bueno, el país de su padre. Y luego… Bueno. No éramos amigos. Pero nos saludábamos de vez en cuando…

—Conocía a quien lo hizo —le digo al oído—. Dinos cómo era la víctima.

López abre la boca, pero se detiene cuando entran los de Madrid. Lo animo a continuar y la inspectora Galán, que nos observa, se acerca hasta nosotros.

—Era… Bueno, no me gusta hablar de los muertos… No era buena persona. Trataba mal a todo el mundo. En los negocios, por lo que dicen, era un tiburón. Tenía muchos enemigos.

—Pero no era una prostituta. ¿Por qué ella? —pregunta la inspectora.

Se nos acercan Díaz y Menéndez. El primero ha recobrado algo de color y el segundo me pregunto si habrá entrado en la habitación del crimen.

—Rita Oehlen tenía… se acostaba… con muchos hombres. Todo el mundo lo sabe. Tenía mala fama también por eso. Le daba igual si estaban casados, solteros o eran jóvenes o viejos. Dicen que cuando no conquistaba uno, lo compraba. Dicen que era… ¿Cómo se llama?

—¿Ninfómana? —apunta la inspectora.

—Eso. Yo no lo creo. Creo que hacía como hacen muchos hombres con poder. Que quieren tener muchas mujeres. Pues ella igual. Nunca se cortaba por nada.

—¿Cómo se llama su empresa?

—Tiene varias. La más importante…

—¿Mediterraneam Group S. A.? —apunta la inspectora mirando en su teléfono.

—Sí. Luego hacía una empresa pequeña para cada negocio, por si iba mal. Pero a ella nunca le iba mal. Siempre le iba mal a los demás.

Dejo a López con la inspectora y salgo un momento para llamar por teléfono. Busco una habitación aún no invadida por nadie y la encuentro al final de un pasillo. Se trata de una biblioteca con las paredes cubiertas de estanterías con cristaleras. Hay un aire de olvido. Nadie ha leído esos libros desde hace mucho. El retrato de un hombre de aire marcial y severo gesto preside la estancia. Imagino que es el padre de la desdichada que yace a unos pocos metros de allí. Se ha ahorrado un sufrimiento indecible.

Llamo a Natalia y me dice que está en el trabajo, en la academia de idiomas, y que José Luis la ha acompañado hasta allí. Le confirmo que ya no tiene nada que temer. Todo ha acabado. Ha asesinado a otra mujer.

—Lo sé —dice ella—. Lo he oído en las noticias. Ha sido terrible.

No respondo, pero corto la comunicación no sin antes, por primera vez, enviarle un beso.

Cuando me dispongo a salir de la habitación, oigo el maldito sonido del wasap. Sé que es él, disfrutando de su éxito.

Creo que me voy a aburrir a partir de ahora. ¿No me puedes recomendar otro asesino al que superar, comi? He pensado en el Asesino del Zodiaco, al que tampoco cogieron. Je je je. Pero sus crímenes no tenían el menor encanto, no crees? No sé, no sé, je je je. Me lo estoy pensando. ¿BTK? ¿Atar, torturar, matar? Hummm… Ya tendrás noticias mías, comi.

El cuarto del Destripador, de Sickert
El retrato de Mary Kelly
Mi obra…
Colgarán cuadros de mis hechos en las mejores galerías,
Como el de la mujer de Ian Grady????

Ja ja ja ja jajjajajjajajjajajjajjajjjjjajjajajajjaj

24

En las oficinas de Mediterream Group se respira un silencio espeso de velatorio. Expresiones de intensa pesadumbre. Ahora sólo vemos tristeza. Sonidos apagados. Murmullos amortiguados. Miradas curiosas. Nos dicen que don Agustín Gómez volverá en cinco minutos de la casa de la señora Oehlen para atendernos. Esperamos en el vestíbulo de la vigésima planta. Una réplica del vestíbulo de entrada: mármoles que brillan como jade; revestimientos de madera noble; alfombras tan gruesas que aislarían un iglú; sonidos contenidos que rebotan en los carísimos materiales otorgando un ambiente de lujosa laboriosidad.

Un hombre se acerca a nosotros. Don Agustín Gómez es más joven de lo que aparentan su calvicie y sus ojeras. Tiene los mofletes gordos y una piel muy rasurada que brilla ligeramente grasienta.

—Siento saludarles en estas circunstancias —dice alargando una mano pulcra y pequeña.

Nos hace entrar en su despacho. Un mapa de toda la provincia donde resaltan en rojo las propiedades inmobiliarias e inversiones de la empresa ocupa una pared. Cualquiera diría que la provincia es suya. Un ventanal tan amplio como las paredes, de un color ceniza que matiza la luminosidad del día. Una réplica menor del despacho que conocimos de Rita Oehlen.

El señor Gómez se desploma sobre un sillón, de espaldas al imperio. La luz brilla en su calva. Junta las manos como si implorara.

—No puedo creerlo.

Sus ojos se humedecen.

—Es horrible. No puedo…

Abre un cajón y saca unos clínex que se pasa por la nariz y los ojos. Finalmente suspira e intenta comportarse como el ejecutivo acostumbrado a tomar decisiones.

—Bueno. Ustedes han venido a hacer su trabajo. Díganme qué necesitan.

—Un listado de todas las personas que pudieran tener algo contra la señora Oehlen. Empleados despedidos. Proveedores disgustados. Y otro de sus amantes.

Se queda pensativo un segundo.

—No pensarán que esto tiene nada que ver con su trabajo.

—No lo sabemos.

—Pero ella. Ella no es… no era…

—Precisamente porque no encaja en el perfil de las otras víctimas necesitamos esa información.

Admite comprender.

—Ajá.

Agustín Gómez mira más a Malasaña que a mí. Como si inspirara más su curiosidad. Creo recordar que alguien me lo presentó alguna vez. No me extraña no acordarme. Mi vida social es un asco.

Nos asegura que dispondremos de esos listados en un rato.

—Pero… Sobre su vida personal… No podré ayudarles mucho.

—Inténtelo. Tiene usted autoridad en esta empresa.

—Las noticias han dicho que es ese asesino que ya ha matado a otras mujeres. No comprendo la relación. Debió ser casualidad. De verdad, Rita… —se le quiebra la voz al mencionarla—… Rita era una mujer soltera. Y liberada. Podía estar con quien quisiera. Siempre hombres respetables, claro. Pero no era…

—Si hay alguien que no quiera usted que figure en el listado que nos va a facilitar, es el momento de mencionarlo. No trascenderá.

Gómez se me queda mirando. Abre un poco la boca, pero luego la cierra, inseguro. Baja la mirada sobre su mesa de cristal y acero y calla. Sé que puede haber algo en esa mente analítica. Pero no es el momento de amedrentarlo. Intuyo que saldrá solo. Le ofrezco una tarjeta con mi móvil personal.

—Dos cosas, don Agustín. Vendrán otros policías a repetir esta entrevista. Le agradecería que, a pesar de ello, cuente conmigo para compartir cualquier información.

—Desde luego.

—Segunda: ¿quién hereda a la señora Oehlen?

Surge una expresión de alarma en su rostro, sobrepasado por los acontecimientos. Procesa la información luego con frialdad.

—Bueno. Realmente es difícil saber lo que pasará. No conozco el testamento de Rita. Ella tiene un hermano en Austria con el que no se habla. Pero él nunca quiso saber nada de su hermana ni se sus negocios. Heredó una parte de las acciones y otorgó un poder a favor de su hermana, con lo que ella controlaba el ochenta por ciento de la empresa.

—¿Y el resto?

—Pequeños inversores. Yo mismo tengo un ocho por ciento.

—En tal caso, ¿quién es el mayor beneficiado con la muerte de la señora Oehlen?

Se hace un silencio sepulcral. Gómez sabe por dónde voy. Gómez sabe que paso a mirarlo con otros ojos. No es un empleado cualquiera. Es el vicepresidente ejecutivo y tiene un ocho por ciento que ahora puede convertirse en un noventa a buen precio si el hermano sigue desinteresado. En realidad, él será quien la controle totalmente. Nadie más cuenta ya.

—Bueno. Beneficiarse… Nadie —miente—. Nadie puede llevar la empresa como Rita. Nadie podrá hacerlo.

—Pero las acciones…

—Las acciones caerán en picado en cuanto ella… Al no estar ella.

Dejo abrirse un silencio inmenso sobre la mesa. Gómez se pone nervioso y hace ademán de levantarse indicando que la entrevista ha terminado, pero rectifica de inmediato. Lo dejo respirar aliviado cuando me levanto.

—Esos listados, señor Gómez. Cuanto antes. Y cualquier cosa que recuerde.

Antes de irnos, registramos el despacho de Rita Oehlen. Es tan lujoso y tan ordenado que enseguida sabemos que no encontraremos nada que nos pueda ser útil. No podemos acceder a su ordenador. Eso será cosa de la Científica.

Ya en el ascensor, Malasaña piensa en voz alta:

—Si contrató a alguien…

—¿A alguien que conocía Robot? No creo que cotice tan bajo. Hubiera buscado un profesional de fuera.

La voz de Whiskey Morán en la radio es ronca y cavernosa. Esta vez la reconozco a la primera. Sus cuerdas vocales están maltratadas por mares de *whisky*. Una voz apropiada a su pontificado.

El asesino será un hombre cuerdo que odia como un loco, exactamente como nuestra sociedad aparentemente racional pero subterráneamente disparatada. Muy pocas personas son capaces de amar verdaderamente. Sin embargo, cualquiera puede odiar.

El terror que provoca ese rostro anónimo que nos acecha entre la multitud nos devuelve al terror primigenio del hombre primitivo acechado por la bestia en el albor de los tiempos. Desafía a la civilización y todo lo que anhelamos. El asesino ha dibujado una siniestra simetría entre las mujeres

asesinadas antes, fruto de la miseria y la explotación, y Rita Oehlen, símbolo de la opulencia y del poder. Ya no sólo las ha extraído del cubo de la miseria en este otoño de terror, sino que ha buscado a su quinta víctima, la que culmina su macabra obra, en lo más excelente, en el punto más alto de la escala social, allá donde sólo imaginamos la impunidad. El que creíamos un slummer *no es tal. Es un asesino con conciencia del poder que le otorgan sus salvajes actos. Es un revolucionario sin mensaje, un nihilista que pone ante nuestros ojos la vulnerabilidad y la miseria. Él es el principal actor de una tragedia en que él mismo es el escalón más bajo de la naturaleza humana y nos recuerda que a cualquiera puede alcanzar su deseo. ¡¡¡Deseo, deseo, deseo!!! Un deseo feroz y desesperado, atormentado, que sólo encuentra consuelo en la muerte y en el reconocimiento de su terrible grandeza. Estoy seguro de que hoy es el ser más feliz sobre la tierra, sin un ápice de remordimiento. Es ese monstruo que siempre ha existido agazapado entre nosotros, pero que ahora nuestra sociedad ceba en el egoísmo y en el individualismo. No. Este asesino no será el último. Este asesino es el primero de nuestra decadente posmodernidad.*

¿Qué decir del espectáculo que se avecina esta tarde? ¿Saben que hay convocada una manifestación en protesta por el asesinato de Rita Oehlen? Si antes sólo a algunos ciudadanos de esas zonas donde la prostitución es frecuente se les ocurrió, para remedar aún más la patética simetría con el Whitechapel de 1888, reunirse en patrullas urbanas, ahora nuestros políticos convocan una manifestación cuando ninguno de los anteriores cuatro asesinatos les ha merecido tal atención. Seguro que será multitudinaria. Mostrado el servilismo de nuestra sociedad, no extraña el mensaje de aquel político tras los cuatro primeros asesinatos: hemos de estar tranquilos porque el asesino sólo busca prostitutas. Jamás se ha hecho tras un crimen un comentario más gélido. Aún sigue en su puesto y esta tarde presidirá la manifestación. Tenemos el honor de contar con su magisterio para dirigir esta ciudad de rostro hermoso y serio y calavera corrupta. Como nuestro asesino.

—Santa palabra —concluye Malasaña.

No le voy a dejar a Malasaña la satisfacción, así que le suelto una patada en la entrepierna antes de abrir la boca. Cae redondo al suelo. En silencio.

Pero Javier Macías es duro como pedernal. Se arrodilla con las manos en los huevos y los ojos llenos de lágrimas, que chorrean por su jeta hasta la boca, donde se mezclan con babas. Enseguida aparto mis escrúpulos.

—Siéntate.

No protesta. Se levanta lentamente y se dirige como puede hasta un sillón, donde se deja caer. Hace una mueca de dolor y resopla.

—No tenía que hacer esto —dice con rencor.

—Déjate de cuentos. ¿Dónde estuviste anoche?

—Por ahí.

Malasaña da un paso hacia él y Macías levanta las manos, pidiendo una tregua.

—Estuve con una amiga.

—¿Qué amiga?

—Marian.

—¿Quién es? ¿Dónde vive? ¿Por qué te escondiste?

—No me escondí. Está casada. Es un poco puta. Pero está casada.

—¿Dónde estuvisteis?

—En un hotel a la salida de Turre, ése de madera. No me acuerdo cómo se llama.

—Danos su teléfono.

Macías mira su móvil. Malasaña apunta el nombre y el teléfono de la mujer.

—Déjame ver tu teléfono.

Miro las últimas llamadas. Compruebo que hay una a las ocho de la tarde al teléfono de esa mujer.

—¿Por qué me ha pegado?

—No me fío de ti. Nos ocultas algo.

—Le juro que no. Soy transparente como un cristal.

—Te vamos a cerrar el negocio y te vamos a joder vivo. Vamos a convertir esos vídeos en violaciones. Te va a caer la más grande.

—Le juro que no sé nada más.

Se encoge lamentándose.

—No voy a poder follar en un mes. ¡¡¡Cabrones!!!

Salimos y Malasaña llama al teléfono de la mujer llamada Marian. Ella contesta inmediatamente y dice que sí, que estuvo anoche con Javier Macías, desde las ocho de la noche hasta las diez de la mañana.

—Lo ha dicho sin asegurarse de que soy policía y sin remilgo alguno. No me lo creo —dice Malasaña cuando cuelga.

Ponemos rumbo a Turre para comprobar el hotel. Mientras avanzamos por la carretera nos van llegando noticias. Interrogado, el detective cuenta que fue a Almería y que pasó allí la noche. La UCO está comprobando su coartada. Y

luego nos llama López. Los de Madrid han comprobado que el coche de Mike fue visto anoche subiendo por las montañas de Mojácar. Los de Madrid están locos por detenerlo otra vez, pero dudan porque saben que no podrán sacarle ninguna confesión en un interrogatorio.

En el hotel, nos confirman que Javier Macías estuvo anoche con una mujer. La describen y Malasaña toma nota.

Llamamos a la tal Marian. Ella no quiere vernos, pero Malasaña le grita y ella no tiene más remedio que ceder.

Aparcamos junto a unos *bungalows* solitarios, cerca de la playa nudista. Unas farolas, la mitad rotas a pedradas, iluminan el lugar. Nos llega el rumor de un oleaje lento. La brisa es fría y el atardecer desabrido como la bronca de un superior. A nuestra espalda una montaña pelada como una cabeza afeitada se oscurece poco a poco. El paisaje desprende una melancolía insoportable. Se hace de noche mientras esperamos.

Media hora después vemos aparecer un Kia pequeño y oscuro. Se acerca a nuestro coche con precaución. Malasaña se baja y pregunta a través de la ventanilla.

—¿Marian?

La mujer coincide con la descripción que nos han dado en el hotel. Una pelandusca de cuerpo escurrido a pesar del *body* con que intenta provocar. Un rostro anguloso maltratado por sus cuarenta y pocos años. No sale del coche.

—Sabemos que no estuviste con Javier Macías anoche —le suelto.

Alumbro su cara con la linterna antes de hablar y su expresión es de desconcierto. Creía que venía a confirmar una mentira y se encuentra con otra cosa.

—¿Cuánto te pagó para mentir?

Antes de que pueda reaccionar, Malasaña abre la otra puerta y se cuela en el coche. Apaga el motor.

—No quiero que le digas a Javier que lo sabemos. Si se lo dices, te vas a acordar de nosotros.

La mujer nos mira con espanto. Pero luego debe pensar que ni Macías vale tanto ni su precio es tan bajo como el que le pagó anoche.

—Salió a las doce de la noche y volvió a la cuatro —admite finalmente.

—¿Sabes dónde fue?

—Yo sólo tenía que hacer ruido. Pedir una botella a recepción y esas cosas.

—Demostrar que estabais allí y que se acordaran de vosotros, ¿verdad?

Ella asiente. Se le mueve un cabello espeso, rubio de bote.

—¿Llevaba algo en la mano cuando salió? ¿Trajo algo que no llevara?

—No sé. No me fijé.

—¡Piensa!

Hace un gesto de concentración. Sus ojos la delatan cuando los abre mucho y nos mira de reojo.

—No. No me fijé.

—Mientes.

—No…

Abro la puerta y la saco del coche bruscamente. Le muestro las esposas.

—Tenía un teléfono nuevo —grita.

Busco la oscuridad, como el Mal la destrucción. La sangre cae en cascada desde lo más alto del mundo. Inunda las montañas, cae por las hondonadas, ahoga las cosechas y cerca las casas blancas que se elevan sobre su roca como un ahogado buscando el aire. Y todo se inunda de rojo. Mis pupilas no ven más que rojo y negro de la noche eterna que se avecina.

Me acerco a la reja para mirar el no lugar, el sitio que ya no existe, que ya no es nada porque lo ha sido todo, ese ámbito recóndito y expuesto al mismo tiempo donde los ojos han comprobado la miseria de la carne humana reducida a la nada de sí misma, al despojo, a la atomización de la inexistencia, donde sólo queda materia muerta y ha huido el alma. A ese lugar donde no existe el pensamiento pues no existe la existencia, donde lo infinito y lo eterno son cero. Allí donde los muertos preguntan por Dios. ¿Acaso Dios está muerto? Nosense ha puesto un velo en el cielo. Un velo que ni un huracán podría arrastrar. Y no se ve más que negritud. Y ya nadie puede ver claridad. Pues la última claridad fue aniquilada en esta negrura que me embadurna como la sangre al cuerpo desangrado, la carne hecha miseria, tumulto, escarnio, plaga, dolor, Muerte. Pues lo que muestra el velo es oscuridad y muerte. Es mentira y sufrimiento. Es tiniebla y enfermedad. Es homicidio y sangre. Es desamor y odio. Es la bestia que se arrastra y ríe. La bestia que abre sus fauces y traga los cuerpos que se agitan en la cuchillada. Y su naturaleza nos traspasa y se convierte en nuestra esencia. Es ser en sí mismo que aúlla a la noche solitaria. Ese ser incomprensible y hostil que soportan los dioses para demostrarse a sí mismos que no son mejores. Ese ser que vive en el tormento…

—¡Ehhh!

Oigo la voz de un mortal triste que grita desde un lugar oscuro. Creo por un instante que es el Jinete de la Muerte, pero su voz es humana y agria, como la bilis de la serpiente. Por un instante lo imagino colgado de la lengua, pues su ignorancia es blasfema. Yo visto de negro, como los ángeles que han de llevar a cabo el castigo.

Me pregunta por este lugar, y no ve mi cara, porque mi cara es espanto para los pecadores y lo veo colgar de los pies sobre el cieno.

—No creíamos que tendríamos que venir a parar a este lugar —dice la serpiente.

Y la serpiente es una puta que fornica con el diablo y con los malos espíritus. Su espíritu de tortura me va a morder, ponzoñoso reptil. Busca el arma de los cobardes en su cintura, sobre la mitad que quemarán las llamas por haber perseguido a los justos. Pero la bestia grita al no ver mi rostro sino oscuridad y sé en ese momento que su lengua se morderá a sí misma como un alacrán entre el fuego. Y la bestia cae el suelo, desplomada por los rayos de la Luz. Grita y aúlla como una fiera. Luego, sobre sus rodillas, pide ayuda a otro reptil, que grita allá arriba, y oigo sus pasos correr sobre la grava y gritarme, gritarme, gritarme, volverme loco, loco, loco, y el ángel negro sacude sus alas de fuego frío y cenizas y echa a volar sobre el abismo en cuyo fondo descubro hombres y mujeres que se atacan con varas de fuego y se golpean unos a otros por haber suplantado a Dios. Y vuelo sobre ellos como la muerte que ahora soy, la muerte insaciable de esa sangre corrupta que fluye como riachuelos por todos los rincones de la tierra hasta el lago de sangre que duerme, allá abajo, reflejando la luna, mar de sangre y oprobio que me ahoga y me purifica, semejando una placidez infinita que es la paciencia de Dios antes de que estalle la ira del Fin de los Días. Guardará en ella el corazón que escondo en mi regazo. El corazón corrupto de todos los hombres que apesta a podrido.

Un individuo ha sido visto merodeando alrededor de la casa de Rita Oehlen. Un agente le ha dado el alto, pero el individuo le ha agredido y ha huido en una moto.

—¿Será él? —pregunta Malasaña.

—¿Quién si no? —respondo.

—Un cuerdo con odio de loco —recita Malasaña a Whiskey Morán.

—Los borrachos y los niños dicen la verdad.

Vigilamos el negocio de Javier Macías desde un Megane tísico al que no funciona la calefacción. El Golf está en el taller.

—Nos ha ganado, jefe. Ha llegado a los cinco asesinatos.

—Siete.

—La mujer de Almerimar y Robot —confirma.

Mi móvil hace blop. Un nuevo correo electrónico. Alguien de la comisaría me hace llegar de tapadillo la autopsia de Rita Oehlen.

—No quiero leerla, comisario.

Ya sabemos lo esencial, puesto que es una réplica perfecta de lo que hizo Jack el Destripador a Mary Kelly. Pero el informe añade algo: dos símbolos esta vez, grabados con la punta del cuchillo en la carne de la mujer. El símbolo del infinito y un círculo con una cruz dentro.

El segundo es el que dejaba el Asesino del Zodiaco en sus crímenes.

—¿Sabes lo que significa?

Lo asume con resignación.

—Que a partir de ahora imitará al Asesino del Zodiaco.

—Lo advirtió en su último wasap.

—Tendremos que revisar los crímenes del Asesino del Zodiaco, pero no tengo ninguna duda de que comenzará el mismo día que él. Aunque tenga que esperar meses. Y lo peor: los crímenes del Asesino del Zodiaco eran mucho menos… complicados. Mucho más fáciles de cometer. Si no lo hemos cogido imitando a Jack el Destripador, podemos despedirnos.

—Aún podemos cogerlo, jefe. No hay nada perfecto. Ni siquiera sus crímenes.

—Como este imbécil no nos lleve hasta él será imposible. Más de dos meses de investigación, montones de pistas, de sospechosos. Y no tenemos nada.

—Al final lo cogeremos.

Suspiro.

—En el cuerpo de Naima Medari era un círculo con un triángulo con la punta hacia arriba. Dicen que es una alegoría sobre la transformación de la materia simple en materia pura y noble. Y que los tres ángulos representan la Trinidad Universal. Dentro de un círculo simbolizan la Eternidad.

—Lo mismo que el ocho tendido que ha dejado en el cuerpo de Rita Oehlen.

—En Sandra Okaka era un cuadrado dentro de un círculo. El cuadrado representa equilibrio, estabilidad, amparo, protección. Dentro de un círculo inciden en el sentido eterno de todo ello.

—Es un maldito juego —dice Malasaña—. Ese hijo de perra juega con nosotros. No significan nada.

—Pero demuestran algo: que cada vez se siente más seguro de sí mismo. Que el crimen es su verdadera naturaleza.

—Una naturaleza muerta en cuanto lo coja, comisario.

Oímos un motor a lo lejos.

—Mire. Ya sale.

Seguimos el Volvo que conduce Macías y luego pasamos bajo un puente de la autovía hasta tomar el cambio de sentido que nos conduzca a la ciudad. El Volvo circula a menos de cuarenta todo el camino. Deja la vía que conduce al centro y se mete en un par de atascos, camino del Barrio de San Gabriel.

—Ahí viven sus padres —comenta el inspector.

Macías detiene el Volvo en una calle de casas antiguas y edificios bajos. Pisos baratos de gente humilde. Como la calle está atestada de coches, sube el Volvo a una acera y luego cruza la calle y se introduce en un portal.

Malasaña conecta el portátil y comprobamos que el dispositivo funciona. Se baja del Megane y vigila la calle acercándose al Volvo. No se ve un alma. Sólo luces en algunas ventanas, cortinas corridas, persianas bajadas. Abre con cautela el maletero del Volvo y hurga en el interior. En menos de un minuto ha cerrado el maletero y vuelve al Megane.

—Funciona —confirmo.

—Vámonos de aquí.

ı putita, dos putitas,
s putitas, cuatro putitas,
co putitas
ra para matar… el aburrimiento
a ja ja ja…

no mostraré mi horror ante los demás!!!
ıh!!!! Qué gran actor es Mister Hide!!!
gran actor para esta hermosa farsa
ıa del mejor bardo
a ja ja ja…

25

Un rato después, Martín nos releva. Se lleva el portátil a un coche y se aposta a la entrada de la calle, sin perder de vista el Volvo. Nos informa de que Colombo ha sido puesto en libertad, pero que no tiene coartada para anoche, así que ya sabemos cuál será nuestro siguiente paso.

Cruzamos la ciudad hasta el hotel The City. Si la UCO no tiene medios para hacerle hablar, nosotros ya hemos encontrado su talón de Aquiles.

Cuando abre la puerta ni siquiera muestra sorpresa. Sólo un gesto de cansancio.

—Vale. Vale. Vale.

No parece necesaria siquiera la violencia.

—Suelta —le animo mientras tomamos asiento y encendemos cigarrillos.

—No va a haber quien duerma aquí esta noche —se queja.

—Luego ventilas.

Se deja caer en la cama. Extiende las piernas. No tiene miedo, pero sabemos que nos va a contar lo que no ha contado a nadie.

—¿Por qué te perdiste anoche?

—Estoy cerca, comisario. ¡Estoy cerca!

—Habla de una puta vez —Malasaña no tiene paciencia.

—¿Por qué a nosotros sí y a la UCO no? —le pregunto, haciéndole un gesto a Malasaña.

Lorenzo Vilar sonríe.

—Porque con usted puedo negociar el éxito de identificar al asesino y hacerme famoso. Con ellos no.

Puedo comprenderlo. Es posible que diga la verdad y que no sepa más que lo que intuyo que sabe y cómo lo sabe.

—Me llamó un tal Javier Macías. Dice que es primo de Robot. Tenía un teléfono. Llamó a ese teléfono. Respondió una voz de hombre, camuflada, inidentificable. ¡Llamó al asesino, comisario! ¡¡¡Al puto asesino en persona!!! ¡La Hostia!

—Sigue.

—Le pidió dinero, como había hecho el primo.

Dejamos que el detective haga uso de sus pausas. Macías no nos ha dicho toda la verdad ni una sola vez. Sabía mucho más sobre su primo. O encontró

lo que su primo quiso que encontrara. Y comete la misma estupidez. Será nuestro cebo. Me llevo instintivamente la mano al bolsillo. Pienso en Martín. En ordenarle que no lo pierda por nada del mundo.

—El otro se quedó callado —prosigue Lorenzo Vilar—. No se lo esperaba. Creía que con Robot acababa con todos los cabos sueltos. Pero le había salido otro grano. Así que le dijo que tenía que terminar el trabajo. Esto fue anoche.

A Macías no le importaba que asesinara salvajemente a otra mujer.

—¿Qué pintas tú en todo esto? ¿Por qué te llamó? ¿Cómo consiguió tu número?

—Tranqui, colega —se dirige a Malasaña—. Si tenía el teléfono del asesino, tenía el mío. Ambos números los tenía Robot. Robot tuvo que decirle de algún modo que yo también ofrezco dinero por la información. Tocó los dos palos. Si no le ofrecía dinero el asesino, tenía un segundo proveedor. Tal y como hizo Robot.

—A Robot le costó la vida.

Lorenzo Vilar se encoge de hombros.

—Ya no hay que echarle cuentas. Pero este tío no sabe quién es el asesino. Sólo tiene su teléfono. Así que puede que lo consiga o que no.

—¿Entonces?

—Tal vez el asesino no sepa que Macías no sabe quién es. Dijo que el asesino le prometió llamarlo cuando se calmaran las cosas y pagarle. Si el asesino no sabe que Macías no sabe quién es, irá por él. No tiene otra opción.

—Si habló con el asesino y puede extorsionarlo, ¿por qué te llamó a ti, Colombo?

—Sin insultar, jefe. Porque si consigue averiguar su identidad, puede venderme la información y no correr riesgos, supongo. Porque, a igualdad de pasta, me prefiere a mí, que no soy una amenaza para su vida.

—¿Por qué diste esquinazo anoche al dispositivo de vigilancia?

—Me vi con Javier Macías. Tras llamarme le dije que no le prometía dinero si no tenía una entrevista con él y me convencía en persona de que dice la verdad.

—Eres sospechoso. Tu teléfono está pinchado. No tenemos constancia de esa llamada.

Lorenzo Vilar ríe.

—Todos tenemos muchos teléfonos, jefe. No sólo el asesino y Robot.

—¿Dónde os visteis?

—En la parte trasera del *pub* In-gente, en Almería. No podíamos arriesgarnos a vernos en la ciudad. Estaba tomada por la policía.

—¿Cómo te convenció?

—Tenía notas escritas y el teléfono de Robot. No el que ustedes pillaron. Tenía grabado mi teléfono y otro con un número muy raro. De esos a los que llamas a través de una centralita que está en Estambul o en China. Es el teléfono del asesino.

—¿Estás seguro?

—Tanto como de que está usted aquí.

—Dame ese número.

—Macías no me dejó grabarlo. Cree que si lo tengo puedo entregarlo a la poli o hacerle chantaje yo y él pierde el negocio.

Me planteo algunas cuestiones. Pero las dejo correr.

—¿Cómo sabes que esas notas que viste las escribió Robot?

—Porque estaban fechadas y contenían un resumen de mi conversación con él. Y las cifras que manejamos en la conversación.

Lorenzo Vilar sonríe, como si fuéramos estúpidos.

—Cuanto más lo pienso, más me convenzo, comisario: Macías quiere el dinero de los dos. Extorsionará al asesino. Y luego me venderá la información. Aunque le cobre al asesino, no puede dejarlo suelto. Sabe que lo mataría. Así que le cobra la extorsión y luego me cobra a mí por identificarlo. Y quita al asesino de la circulación. Un negocio redondo.

Nos quedamos en silencio. Macías está jugando con fuego. Dejaremos que se acerque hasta las llamas.

Me pongo de pie.

—Si no me llamas cuando Javier Macías te avise, te juro que te jodo para el resto de tu vida.

—Si me da lo que quiero, somos equipo, jefe.

—Te quedas con todos los méritos. Me la suda. Pero no me la juegues.

Me encierro en la oscuridad de mi casa, el teléfono al alcance de la mano. Malasaña se ha bajado del coche sin despedirse. Aunque guarde una última esperanza, él lo ha dicho: hemos perdido. El asesino ha culminado su obra. Aunque lo cojamos, su victoria es inatacable y nuestra derrota indisimulable.

He pasado por todas las emociones desde que esto comenzó: incredulidad, indignación, depresión, rabia, odio, ira. Y ahora, en la soledad nocturna, me hundo en mis frustraciones como un desesperado en aguas movedizas. Quiero

creer, quiero tener esperanza, quiero pensar que Macías nos llevará hasta él. Me pregunto si no soy también un asesino, dispuesto a sacrificar a Macías con tal de coger al asesino. Pero ni esta amargura ni aquella esperanza me ayudan a ver con claridad. Sólo la acción me mantiene alerta. Sólo cuando voy de un lado a otro con furia me siento vivo y útil. El fracaso se instala a mi lado y no quito ojo al teléfono, que mantiene un silencio tan cortante como el filo de los cuchillos del asesino.

Pongo el volumen del teléfono al máximo y cierro los ojos. Ni siquiera busco la cama que sé no me confortará con nada parecido al calor. Me quedo en un sofá, tendido y aturdido. Un duermevela febril que combato con una manta y unos párpados arrugados a la fuerza para no abrir los ojos a la penumbra del techo. Unos ojos cerrados que no me impiden ver los cuerpos mutilados, los mares de sangre que los cubren. Unos ojos cerrados que no me impiden estremecerme de terror ante esas imágenes que he hecho tan mías como los recuerdos más queridos. El asesino forma parte de mí. Su desprecio por la vida es parte de mis entrañas. Su odio es mi odio. Sin embargo, mi dolor no es su dolor. Mi frustración es su alegría. Mi odio es su aliento. Él me gana. Él vence. Yo pierdo. Me hundo. ¿Qué me quedará cuando todo esto acabe? Los recuerdos terribles. Las pesadillas. La vergüenza de no haberlo impedido. De nada servirá que lleve semanas apartado de la investigación. Sé que no me he ido. Sigo ahí, esperando un milagro que me lleve hasta él. Porque será un milagro si no se carga a Macías. O será un milagro que no se dé cuenta de que Macías no sabe quién es. Intuyo que Macías lo tiene ante sus ojos y tampoco lo ve. Como yo. Lo confirmó la inspectora. Usted lo conoce. Sé que lo conozco. Sé que está ahí. Sé que nos hemos visto. Y el tormento es aún peor. No busco a un desconocido, sino a alguien con quien me he rozado en algún momento. Alguien que ha buscado cómo atormentarme. Basta que me haya visto en la distancia. Pero yo también lo he visto a él. Ahora lo sé. No ha podido sustraerse a la tentación de mostrarse ante mí. De pasarme la muleta por la cerviz como un torero hábil. Sé que está acechando en la oscuridad. Y sé que no ha acabado. Sé que no puede dejar de matar. Que le divierte. Le gusta. Disfruta con lo que hace. Es su alimento. Sólo me pregunto cuándo y cómo matará la próxima vez ahora que ha terminado el circo del Destripador.

Me digo a mí mismo que debo dormir. Que debo descansar y volver a repensar todo desde el principio. Pensarlo de otra manera. Siento la tentación de coger alguna de esas pastillas que ella dejó. Las pocas que no se tomó cuando se tragó un frasco entero.

Hago un esfuerzo para levantarme y buscar un par de pastillas. Deseo dormir con el más profundo de los sueños químicos creyendo la fantasía de que despertaré nuevo y dispuesto a buscar en mi cerebro aquellas señales que no he sabido ver.

Pero un blop me alerta.

Comi, Me apetece una putita ucraniana. Hummm hummmmm

›rensa se estremece con mis actos
es lo máximo a que puede aspirar un artista?
a jajajjajajjjajjajajjajjajjaajajajj

no me gustaría destriparte, comi
o sin matarte antes
a que disfrutes a fondo
to como yo…
gg aggggg hummmm hummmmm

26

Atormentándome. Torturándome. Mofándose.

Me he levantado lentamente, como si me viera a cámara lenta.

Era un cuerpo entumecido y estupidizado que se movía como un enfermo.

Quería correr, gritar, llamar, avisarla, pero era incapaz.

Marqué su teléfono, pero sólo respondió el contestador.

Me vestí, busqué el coche. Intenté circular a la misma velocidad que la otra noche, cuando creía que atropellaría media ciudad y que nos estrellaríamos contra cualquier pared, pero no podía, como si mi mente ralentizara todo lo que intentaba hacer.

Un maldito zombi.

Aparqué correctamente ante el edificio que reflejaba un amanecer carmesí. Abrí la puerta del vestíbulo que ya han reparado y subí en el ascensor como un señor de edad que ha echado una cana al aire y vuelve borracho y avergonzado. Abrí la puerta de la casa de Natalia con mi llave y entré en ella seguro de que las sombras me recibían con satisfacción. Sentí en mi rostro el aliento de la calefacción y me sentí terriblemente agotado. Miré en todas las habitaciones con mi linterna y luego fui a su dormitorio. El relieve de su cuerpo bajo el edredón transmitía serenidad, paz, calor.

Me senté junto a ella. La vi dormir. Fui consciente por primera vez en mi vida de la profundidad de una respiración humana. Oía los latidos de su corazón.

Se despertó asustada.

Hasta que me reconoció.

No es una mujer guapa. Es tan mujer que no lo necesita.

—Estás agotado —dijo.

Me desnudé en silencio. No tenía nada que decir.

Despierto sobresaltado. Tardo mucho tiempo en recordar dónde estoy, qué ha pasado. Luego comprendo que Natalia ha cerrado a cal y canto la habitación para que no la penetre ni un rayo de luz. Miro mi teléfono. Un mensaje de Martín, que ha vuelto a la vigilancia de Macías a las ocho de la mañana. Nada nuevo.

Hay varias llamadas perdidas que me la sudan.

La encuentro en la cocina.

—No me has despertado.

—Necesitabas descansar.

Lo dice mientras descuelgo el teléfono y llamo a ese Ángel de la Guarda desagradable.

—Haz la maleta. Te vas.

Me mira fijamente. Sabe que hablo en serio y que no hay posibilidad de réplica. Empuja hacia mí una bandeja con un zumo de naranja y un par de huevos y una chuleta. No he comido decentemente desde hace semanas. La sangre comienza a correr otra vez por mis venas.

Ella prepara una maleta y enseguida oímos el timbre de la puerta.

José Luis ha venido para llevársela al aeropuerto. No la dejará hasta verla subir al avión. Un par de semanas en Madrid renovando el vestuario y yendo al teatro. Me dice que me echará de menos. Le prometo que iré antes de que vuelva. Sé que miento, porque no saldré de esta maldita ciudad hasta que no detenga o mate a ese cabrón. Tal vez no salga nunca. Tal vez Baria sea mi tumba.

Tomo tres tazas de café. Dormido y comido, puedo continuar la caza.

Mis pensamientos se han aclarado y trazo un plan.

Me quitaré de encima algunas dudas. Después, buscaré de nuevo desde el principio, como un estudiante mal aplicado. Y luego volveré a coger el rastro, tras Macías, del asesino. Iré por él. Iré por él hasta el fin de los tiempos, hasta el fin del Mundo. Ahora sé que lo encontraré. Que lo detendré. O que lo mataré.

Porque ya no podemos pasar el uno sin el otro.

El asesino me va a convertir en un asesino. Otra muesca en su culata.

> *Tienes una casa triste, comi. Ambos somos hombres solitarios.*

Esta vez no hay risitas.

El Destripador me espera en el salón de mi casa. Es un maniquí negro, tan alto como yo, y mucho más con el sombrero de copa. En postura de dar un paso. Amenazante. Lo ha vestido con pantalones, camisa, sombrero y capa negros. En la mano, el inevitable y carnívoro cuchillo.

El rostro es una superficie lisa a la que ha pintado un par de ojos siniestros.

Un asesino juguetón.

Registro la casa. No parece haber nada fuera de su sitio. Aunque ahora que he de fijarme en los muebles, en las cosas repartidas por todas partes, compruebo que esta casa es casi ajena. Ni siquiera recordaba dónde están esas cosas o por qué continúan ahí, sin que nadie más que la mujer de la limpieza les preste la menor atención.

El asesino ha roto la cerradura para entrar, así que tengo que llamar a Malasaña para que se traiga de la oreja a algún cerrajero.

No puedo evitar la tentación. Desenfundo la Glock y le pego un tiro entre los ojos. El sombrero de copa salta como si tuvieras muelles. El maniquí, atravesado, se tambalea, pero no cae. Una nube de polvo surge de la pared, donde se ha incrustado la bala.

Me preparo un café. Lo bebo pacientemente mirando el mar. Se aplasta lento y perezoso bajo un sol también algo cansado. Ilumina pero no calienta.

Me siento reconfortado al pensar que el mensaje sobre Natalia ha sido sólo para hacerme huir de mi casa y gastarme esta bromita.

Está cerca de mí. Se siente cerca de mí. Pero… No me odia.

Si lo hiciera, ¿por qué no ir por Natalia y elegir a Rita Oehlen?

Él me quiere cerca, moviéndose sinuosamente a mi alrededor sin que yo lo perciba, arrastrándose a mis pies como una serpiente. Cruzando a mi lado, sigiloso como un gato. Me asalta la certidumbre de que un día lo veré. Lo veré tan claro que tendré que maldecirme por no haberme dado cuenta antes.

Salgo con el café a la playa. Apenas hay vecinos, aunque luego mandaré unos cuantos hombres que vayan de puerta en puerta. De algún modo ha tenido que traer todo esto.

Llega Malasaña con el cerrajero, quien entra desde la luz a la penumbra del interior de la casa y suelta un alarido. Ha visto el homenaje que me ha dejado el asesino.

Malasaña, partido de la risa, tiene que decirle que es sólo un muñeco. El otro entra detrás del inspector, como un niño temeroso. Luego se ríe, con esa risa nerviosa que sigue al terror.

Comprobamos lo que una sola imagen del asesino es capaz de hacer. La senda de terror que deja a su paso. Y vuelvo bruscamente a la realidad, a la certidumbre de que no tengo nada: ni un indicio, ni una pista, ni una intuición siquiera.

Cero. Cero. Cero.

Nada. Nada. Nada.

Dejo a la Científica en mi casa y me largo.

Voy al taller de Simón, al que habitualmente llevamos los coches de la comisaría, a ver si tiene algún cacharro que sea más rápido que la tartana que conduzco. No se alegra de verme, ahora que corren rumores de que no pinto nada y que he sido apartado de la investigación y he pasado a ser candidato a un traslado forzoso e, incluso, a una destitución fulminante. Si no sigo siendo el comisario de la ciudad, no le sirvo, así que no da saltos de alegría cuando le pido un coche prestado. Me paso por el forro sus remilgos, sus medias excusas y sus reticencias y voy directo a por un BMW 330i con matrícula roja que tiene en el patio interior. De vez en cuando trae coches del extranjero y engaña a alguien.

He aplastado el acelerador nada más salir del taller y ha culeado como una puta que quiere llamar la atención y ha gritado como un marica al que nadie hace caso.

Conduzco por la carretera de la costa hasta mi destino. A veces, antes de querer ver los árboles hay que apartar la hojarasca.

Asciendo por costanillas blancas y estrechas por las que más de uno encajaría el coche entre paredes. Hago giros de noventa grados hasta alcanzar el recodo que busco. Es la segunda vez que vengo. Recuerdo lo que me sorprendió la primera. Pero no dejo que esta vez la reticencia me impida obtener lo que necesito.

Cerca de la casa hay un anchurón donde aparcan los vecinos. Me aparto y miro un rato la casa. A medida que la mido con los ojos comprendo que sí le pega, que dónde iba a vivir si no ese inglés solitario y callado que se ha afincado en este rincón del sur sin ninguna razón aparente. Ha buscado la casa más castiza que ha podido encontrar. En un barrio intrincado y blanco, de calles estrechas y empinadas, una casa con puerta de madera y balcones repletos de macetas.

Veo a la mujer que conocí aquel día que abre la puerta.

Salgo del coche corriendo y la alcanzo antes de que pueda cerrar.

—¿Se acuerda de mí? Soy amigo de Mike.

Ella me mira con mala cara. No le traigo buenos recuerdos. Para ella, ninguno de los que vinimos aquel día somos amigos del hombre para el que trabaja. Hace esfuerzos para cerrar la puerta, pero lo impido metiendo el pie entre las hojas. Me mira con tanta inquina que si fuera una alcachofa me aplastaría en un mortero. Le muestro la placa y le ordeno que se vaya y que no se le ocurra avisar al señor. Aprieta la boca, pero luego se da la vuelta y camina calle abajo aplastando los pies contra el empedrado.

Cierro con cuidado, como un ladrón, y huelo el silencio de la casa. Huele a limpieza. El silencio suena a serenidad. Me llevo la mano al bolsillo de la chaqueta y compruebo que lo que guardé aquel día está ahí.

Un vestíbulo de losas de barro marrón. Paredes blancas con un espejo antiguo que deforma la imagen. Un paragüero de madera retorcida que quiso ser elegante hace cien años. La puerta del garaje, donde reposa el monstruo ancho y rojo con el que apenas puede pasar por las calles de Mojácar. A la izquierda, el hueco arqueado que da paso a una estancia que algún día ya muy lejano fue una cuadra y que ahora está vacía, ocupada sólo por un mueble repleto de artilugios.

Asciendo por las escaleras. Amortiguo los pagos. Necesito sorprenderlo en alguna clase de intimidad que me demuestre su inocencia. También la noche del asesinato de Rita Oehlen vieron su coche por las calles que trepan a las montañas. ¿Por qué siempre está cerca de donde se cometen los crímenes? ¿Acaso estoy ciego porque no quiero ver? ¿No deberían ser la intuición y el perfil de la inspectora Galán motivo suficiente para que tuviera en cuenta sus sospechas? ¿Acaso no existen otros indicios?

Cuando llego a la segunda planta, la escalera se bifurca en un pasillo que da paso a las habitaciones, dejando el hueco de la escalera para una claraboya enorme que corona la casa y que la inunda de luz.

No se oyen ruidos de la calle. Sólo un mínimo golpe me orienta en la dirección del despacho que registré con Malasaña, el lugar donde oculté lo que puede ser una prueba y que llevo en mi bolsillo, dispuesto a romperlo en mil pedazos en cuanto él me convenza de que cualquier sospecha es un disparate.

Me llega una música clásica que no identifico. Sigiloso, alcanzo a ver la silueta de un hombre. Luego, su espalda. Y lo que hay en ella. Un brillo que no es de agua o de sudor. Una pomada que dibuja los surcos hechos en la piel por un cuchillo sádico.

—Supongo que eres tú —dice Mike, sin volverse—. De lo contrario, estaré muerto en un segundo.

Se congelan las palabras en mi boca. Cuando él se gira debo tener una expresión de estupor que no sé disimular.

—No es un gran espectáculo. Lo siento. No te esperaba.

Lo dice mientras da un paso hacia una silla donde hay una sudadera negra. Veo que usa tejanos. Es la primera vez que lo veo con ellos.

—Y menos de esta manera —añade.

—¿Qué significa eso?

Sonríe mientras se pone la sudadera. Vestido así parece más joven.

—Gajes del oficio.

Su pecho y su vientre no presentan las mismas cicatrices. Un par de cortes que fueron profundos, a punto de abrir sus vísceras de una forma definitiva. La cicatriz de un agujero sobre el pulmón derecho.

—¿Una copa? ¿O estás de servicio?

Un *allegro* me llega hasta los oídos, sordos hace un instante. ¡Cuánto dolor ha debido haber en esos cortes o en esos agujeros por donde penetró el plomo!

—Dejaremos la música, si te parece.

—No sabía que te gustaba la música clásica.

—Telemann. En el Baria City Blues no pega.

Me conduce hasta una estancia contigua. Abre un ventanal y me invita a sentarme ante una mesa de exterior. Vuelve un momento después con un par de Martinis.

—Aprovecho cuando estoy solo para darme una crema en la piel. De lo contrario, a veces se tensa tanto que llega a doler, como si tuviera gomas prendidas.

Se retrepa en el sillón. Bebe de su Martini. Pierde la mirada en los tejados que caen por la ladera; en la carretera; en las urbanizaciones que se ven tan pequeñas y múltiples como fichas de un lego junto a la playa; en el mar, ahora tan azul. Inspira profundamente.

—¿Es verdad lo que dicen?

—¿Qué dicen? —pregunta divertido.

Pienso por dónde empezar.

—Que mataste al hombre para que el trabajabas cuando viniste aquí.

—¿Tú qué piensas? Fue cuando nos conocimos.

—No lo descarto.

—En ese caso, ¿por qué piensas que lo hice?

—Siempre he pensado que lo hiciste por aquella mujer.

—¿Crees que soy un sentimental?

—Lo sé.

Ríe animado. Arruga su cara fea y pecosa. La risa le provoca una expresión ligeramente infantil. Pero enseguida vuelve a su gesto adusto, como si mostrar alguna emoción fuera un lujo que no pudiera permitirse aún en mi presencia.

—Dicen que aún la esperas.

—Ya no espero nada —replica.

—¿Nada de nada?

—*Rien de rien*.

—¿Y lo demás, es cierto?

—¿Que soy un asesino? ¿Que he trabajado para el MI6? ¿Que he trabajado para el Mossad?

Asiento.

—También trabajé para CNI. Y en el mismo lugar que tú.

Se encoge de hombros y añade:

—He hecho muchas cosas.

—Dicen que eres un asesino profesional.

Mueve la cabeza a un lado y a otro, pensativo.

—Trabajé para todos ellos —se limita a aclarar.

—¿Para la CIA también?

—Todos trabajamos para la CÍA —ríe.

—¿Y eres un asesino?

—Viajo de vez en cuando.

Nos quedamos callados un rato, mirando el mar.

—Un mal menor. No sentirías pena por ellos. Al contrario. Seguramente alguna vez habrás pensado que era lo que había que hacer.

Es la primera vez en años que dice algo para justificarse. Es la primera vez que da una explicación. Tal vez sienta por mí alguna clase de afecto verdadero y profundo. Y entonces comprendo una cosa.

—La noche que estuve en televisión, provocando al asesino. La sombra que pasó junto a mi ventana fuiste tú, ¿verdad?

Me mira un segundo, divertido, para luego volver la cabeza hacia la mañana. Entorna los ojos. Creo que no se pone las gafas de sol para que no piense que esconde la mirada.

Fue él. Fue a protegerme. A asegurarse de que el asesino no iba por mí. ¿Cómo no lo comprendí antes?

Pero no dejo que ello me impida hacer lo que debo. Dejo sobre la mesa el folleto que guardaba en el bolsillo de la chaqueta, el que escondí cuando registré su despacho.

—¿Qué significa?

—Ah.

Sonríe, comprendiendo.

—Ahora entiendo que ellos no dijeran nada cuando me interrogaron. Tú también me proteges.

—Dame una razón para seguir haciéndolo.

—¿Cómo?

—Convénceme de que no eres el hombre que buscamos.

Ni siquiera cuando descubrí el secreto de su carne lacerada compuso una expresión seria. Ahora aprieta la mandíbula. Me lanza una mirada de desapego que me provoca un escalofrío. Lo he ofendido.

—¿Qué piensas? ¿Crees que soy yo?

—Estoy seguro de que no. Pero necesito la confirmación absoluta, para empezar otra vez desde cero. Dime, ¿qué significa eso?

—Es una casa interesante. Cerca del mar, pero solitaria, que estaba en venta.

Me lo devuelve con un gesto de desprecio.

—Investiga, poli.

—Una duda, por pequeña que sea, es insidiosa.

—¿Dudas? —casi escupe saliva cuando lo dice, ofendido—. Entonces, tal vez no debas estar en mi casa.

Me levanto. Dejo el folleto sobre la mesa.

—Ese hombre no es tan diferente de ti y de mí.

Me planto ante él, esperando una explicación. Es la segunda vez que me comparan con el asesino.

—Somos hombres de violencia.

—No es la misma clase de violencia —replico.

Me voy con la sensación de que le queda mucho purgatorio por delante. De que nos queda mucho purgatorio por delante.

Me he ido de casa de Mike sin un amigo y sin ninguna certeza. No tengo ganas de ver a nadie. De oír una sola voz. Natalia está lejos, pero tampoco quiero oír la suya. Me basta con saber que está a salvo. Malasaña me llama, pero no respondo. Si es importante, insistirá. No lo hace.

La conversación con Mike me ha provocado una amargura que me hace ver el mundo aún más negro. Como la pesadumbre es buen abono, me vienen a la cabeza, con una nitidez cruel, las imágenes clavadas en el mural de la cámara de los horrores. Sufro un ataque de furia e intento sobreponerme y, cuando lo hago, me encuentro ante la puerta del Mandala.

Salgo del coche y miro el mar, tan vacío en esa hora del otoño en que el sol frío lamina su superficie. Está tan quieto que su inmovilidad sobrecoge, como la de una bestia invernando. Hay que hacer un esfuerzo para observar las mínimas olas romper en la playa. A mi espalda duermen urbanizaciones

sin alma, que en el abandono del otoño quedan reducidas a mera mezcla de ladrillo y cemento, silenciosas como cuevas solitarias. En la playa, a lo lejos, se ve un anciano paseando y hay un par de pescadores con sus cañas, aburridos. Todo transmite una sensación de lentitud, de inmensa lejanía.

El Mandala emite esa sensación de tristeza que deja tras de sí la euforia. Me vienen a la memoria la música disco y las voces de aquella noche, cuando todo el mundo quería clausurar sus vacaciones en el mejor local de la zona, cuando la entrada se colmaba de cientos de personas haciendo cola y, a tan sólo unos metros, con sólo cruzar la carretera, el asesino degollaba y destripaba a Cristiana Stoicescu. Desde la puerta del local miro la carretera y la casa abandonada cuya parcela cruzó el asesino con la víctima a cuestas. Ahora, la casa, la parcela de jardines salvajes por el abandono y el descuido, parece mucho menos grande de lo que me pareció entonces. Parece una casa más humilde, una parcela más pequeña, más insignificante. El muro que la separa de la carretera es más bajo de lo que recordaba. El asesino hubo de hacer su trabajo tras los matorrales para no ser visto desde la acera de enfrente.

Sólo algún coche lento y perezoso pasa de cuando en cuando. Me planto ante el hueco que la tapia deja abierto junto a la acera, donde la valla metálica impide el paso. Ahí, a un par de metros de donde me detengo, tiró el cuerpo. Salto la tapia. Intento concentrarme y creo oír sus gritos, su desesperación, su terror. Pero sólo es mi imaginación. Estaba amordazada. Ella no pudo siquiera emitir un último grito de auxilio. No. Ella no pudo hacer nada.

Los matorrales invaden la parcela por todas partes. Descubrimos por dónde huyó porque dejó manchas de sangre. Me meto entre la maleza buscando otras vías, algún rastro a la desesperada. Debió cruzar la parcela por el mismo lugar a la ida y a la huida, para evitar cualquier sorpresa que pudiera retrasar su retirada. Cuando llego al otro extremo de la parcela vuelvo a mirar el lugar donde dejó el vehículo. Ese rincón de una rambla, entre la urbanización blanca y tranquila y la parcela de la casa abandonada. Pudo salir por la misma carretera que la gente ocupó en cuanto fue descubierto el cuerpo. Imagino que pudo estar allí, en la furgoneta oscura, en el atasco que se formó inmediatamente. ¡Pudo haber estado a mi lado!

Tenía que saber que era una casa abandonada y que no habría nadie esa noche. Desde el porche de la casa miro a mi alrededor, buscando un lugar desde donde hubiera podido vigilar la casa. Hubo de asegurarse que no habría nadie. Hubo de hacerlo muchas veces.

Pero no hay muchos sitios desde los que vigilar. La urbanización que queda a la izquierda está situada en un plano inferior. A la derecha, la vegetación que rodea el *camping* impide la visión. Desde la explanada junto al Mandala hubiera podido ser visto. Echamos los agentes a la calle, casa por casa, puerta a puerta. Nadie vio nada. Por algún motivo, sabía que no habría nadie. Hemos investigado a los dueños, que nada tienen que ver. Hemos investigado a los que han trabajado allí alguna vez. Limpios. A los que trabajan en el *camping* y a los que trabajan y viven en la urbanización contigua. Nada.

Recibo un mensaje de Malasaña. Tenemos los listados que nos prometió Agustín Gómez. Las personas que pudieran guardar algún rencor contra Rita Oehlen.

Salgo de la parcela saltando desde la tapia hasta la acera. Un jubilado que busca el sol del mediodía me mira severamente. No le digo quién soy para no avergonzarme de mí mismo.

—Si quiere ver una casa vaya a la inmobiliaria —me recrimina al pasar a mi lado.

Cuando llego a la comisaría hay una empleada de Mediterream Group S. A. en el despacho de Malasaña. En cuanto la veo, entiendo por qué Malasaña la entretiene. Esbelta, elegante, demasiado joven para mis tentaciones, si es que me queda alguna. Ha traído un listado de más de cien nombres. Todos, damnificados de Rita Oehlen. Despedidos, degradados, arruinados, engullidos, masacrados, humillados. De todos los sectores: inversores, promotores, constructores, inmobiliarias, agentes de mediación, comerciantes, autónomos, asesores, empleados. Rita Oehlen era capaz de crear una empresa de la nada y perder dinero durante tres años para arruinar a quien se le hubiera puesto por delante.

La chica enviada por Agustín Gómez se ha soltado la lengua con el persuasivo inspector. Malasaña toma notas de sus comentarios sobre algunos de ellos. A éste lo despidió por una tontería, el otro se le metió entre ceja y ceja por no hacerle un capricho…

Los dejo hacer y Malasaña me lo agradece.

Bajo a la calle. Ahora no hay periodistas esperando bajo los soportales del mercado. El asesino ha concluido su tarea.

En un instante estoy en el lugar donde asesinó a Diana Carolina Mieles.

—El Cielo todo lo acalla —repite mi mente.

Observo la calle por la que huyó. Giro sobre mí mismo. Intento encontrar ese estado mental en que creemos que podemos captar algo inmaterial, una sensación, una vibración, que nos indique el camino. Nada. Cero.

Sí puedo imaginar. Al lugar llegaba el resplandor de las farolas del mercado. Un temblor mínimo de la iluminación pobre de la calle por la que huyó. Un haz de luz que atravesaba oblicuamente el cruce de calles y que proviene de la comisaría. Suficiente para hacer su trabajo en minutos. ¿Qué se tarda en cortar el cuello, abrir el abdomen y cortar, cortar, cortar? Unos pocos minutos. Antes de que alguien pueda advertir el menor movimiento, el asesino puede estar lejos.

Debimos imaginar que éste era un buen sitio. Insultantemente cerca de la comisaría de policía, pero escondido a nuestra vista. En penumbra permanente bajo los soportales. No hay una sola cámara en todo el trayecto que debía utilizar. En las afueras de la ciudad. Un barrio sin negocios y sin luces indiscretas a altas horas de la madrugada.

Y nos sentíamos ufanos de tener vigilada toda la ciudad. Y se nos olvidó nuestra propia casa.

Enciendo un cigarrillo justo en el lugar donde la asesinó. Cierro los ojos. Dejo que los recuerdos, los comentarios, las pistas fallidas, acudan a mi mente como si ésta estuviera vacía. Intento que se mezclen, que se confundan, que conformen una maraña de intuiciones, de emociones, de ideas. Intento que todos los pensamientos que he tenido estas semanas se mezclen y se destilen sin un propósito definido. Dejarlos libres, que vuelen, que se confundan, que se contradigan, que… En algún sitio ha tenido que dejar una pista. No puede volar. No puede ser invisible. No puede volatilizarse. Aprieto los dientes. Tiene que estar en algún sitio esa pista que nos lleve hasta él. También aquí ha de haber algo. ¡Ha de haber algo!

Me vine del lugar donde asesinó a Cristiana Stoicescu con la sensación de dejarme algo, de no haberlo hecho todo. Y aquí tengo la misma sensación. Insisto en ese rincón oculto de mi cerebro.

Pero no encuentro nada. No sé qué maldita cosa pudimos dejarnos.

ué gran prisión no poder matar más!!
ghhhhh!!!!
tención tan excelsa como la contención de los místicos!!!
ribiré unos versitos
a ja jajjajajjjajjajjaajjja

27

La mujer que insiste en verme tiene un rostro de rasgos delicados enmarcado en una corta melena negra. Y unos ojos grandes de mirar franco. Porta con distinción un vestido de una pieza bajo una chaqueta de piel y unas medias negras sobre zapatos de tacón. Tiene las manos en los bolsillos de la chaqueta y quiero suponer que esa curiosidad que muestra en la mirada no es de animadversión.

—¿Comisario?

—Dígame.

—Soy amiga de Mike —dice casi en un susurro.

Una mirada a su alrededor sugiere mayor discreción. La hago pasar a mi despacho. Me disculpo por el frío y el olor a tabaco.

—Me llamo Elena Vidal —dice, mientras toma asiento frente a mí.

—¿Sabe él que está usted aquí?

—No. Si hubiera sabido que iba a venir me lo habría impedido.

Busca en su bolso un paquete de tabaco. Prendo fuego a su cigarrillo y luego al mío.

—¿Entonces?

—Él está sufriendo mucho.

La espalda de Mike. Sabe sufrir. Aunque el sufrimiento del que ella habla es diferente.

—¿Por qué?

—Por su culpa.

A pesar de que lo dice con dureza, su mirada no la acompaña. Intenta ser dura conmigo, pero no lo consigue. Como no digo nada, ella fuma y luego habla, sin apartar su mirada de mis ojos.

—Que usted piense que él ha podido hacer eso le hace sufrir. ¡No puede imaginar cómo!

Ahora recuerdo sus palabras, cuando admitió cosas que seguramente jamás quiso que supiera. Recuerdo su expresión corporal, dolorida y tensa.

—No soy yo el que lo piensa —me defiendo hipócritamente.

—No es cierto —ataja ella. Muestra una voluntad que uno no imagina en una primera impresión—. Usted también sospecha de él.

—Lo he descartado. Desde el principio.

—Eso lo desmiente su última visita.

—No quería que quedase la menor duda.

—Esa duda lo está matando.

—Le están haciendo daño las sospechas de mis compañeros. Las detenciones. No ofrecer ninguna coartada. No yo.

—Se equivoca. Cuando habla de ellos y de sus sospechas y sus interrogatorios, se ríe. Él es un hombre fuerte. Ellos ni le rozan.

—No he hecho nada contra él. No lo he investigado.

Nos quedamos un rato en silencio. Mi miserable excusa no merece ni un comentario. Acabamos los cigarrillos. De pronto me doy cuenta de que la penumbra se ha instalado entre nosotros. Antes, su rostro parecía irradiar una luz que era suficiente.

—¿Por qué se ha negado a darnos una coartada?

—Es un caballero.

En ese momento me doy cuenta de lo que está diciendo. Me está ofreciendo su coartada. Sólo a mí. Tal vez no imaginé lo importante que era mi opinión para él. Me pregunto si su opinión para mí hubiera sido igual de importante. Y me siento mezquino por no haber pensado en ello como debiera.

—¿Eres su coartada, verdad?

Ella asiente.

—¿Por qué ahora y no antes?

—Porque ahora me he separado. Ayer. Mi marido se ha ido de casa.

—¿Por él?

—Ni lo imagina.

—Por eso él no ha querido decir que estaba contigo.

Vuelve a asentir. Desde que ha apagado el cigarrillo parece haberse apagado también ella. Tiene las manos recogidas en el regazo, como si ahora no se sintiera tan cómoda como unos minutos antes cuando, con el cigarrillo en la mano, me hablaba con hostilidad.

—Todas esas noches mi marido estaba trabajando. Es policía local. Y nos veíamos… —se le quiebra un poco la voz—. Aprovechábamos esos momentos, ¿sabe? Y él era capaz de soportar la sospecha, las detenciones, las murmuraciones de la gente, que lo señalaban por la calle, y no decir nada.

Elena Vidal se emociona.

—Soportaría cualquier cosa. Estoy seguro.

Se me queda mirando fijamente.

—¿Ha visto su espalda?

Asiento.

—Pues no es sólo la espalda.

Doy una luz. Quiero ver sus ojos húmedos de emoción cuando habla de mi amigo. Si es que aún lo es.

—Estoy contento. Muy contento. Casi tengo ganas de echarme a reír.

Me mira como si fuera estúpido.

—Estoy eufórico. Saber sin la menor duda que no es él me alegra como no se puede imaginar.

—Entonces usted también lo quiere.

—He hecho mal en no calcular el dolor que puede provocar una duda.

Ella se levanta repentinamente. Yo hago lo mismo.

—No puedo ocultarle que ha estado aquí.

—No lo haga.

—Se enfadará con los dos.

—Es el hombre más dulce que he conocido.

Se echa el bolso al hombro y sale de mi despacho. Sé que esta noche iré a ver la figura vestida de negro que pone música que hace soñar y que nos lleva a otros mundos en las calladas veladas de nunca jamás. Sé que esta noche él será un hombre que ocultará su felicidad porque lo ha defendido una mujer hermosa y porque su mejor amigo ha abatido la duda.

Debo decirle a los de Madrid lo que me ha contado Elena Vidal. Pero no lo hago. En cambio, busco a Malasaña, que añora a la chica que envió Agustín Gómez mientras va punteando uno a uno los nombres del listado que ella ha traído, descartando sospechosos.

—Hemos podido comprobar ya las coartadas de al menos treinta de estas personas. Ni una mínima sospecha sobre ninguna de ellas.

—¿Cuántos nombres quedan?

—Unos setenta.

—Seguid.

Me largo. Busco perderme hasta que llegue la noche y vaya al Baria City Blues. A disculparme.

Si le ha dolido tanto que ella lo ha traicionado seguro que me disculpará. Sin duda, él hubiera hecho lo mismo de estar en mi pellejo. No se puede alejar una duda, por mínima que sea, cuando el personaje tiene ese pasado turbio.

Llamo a Martín. Me dice que no hay novedades, que Macías lleva una vida tan sosa que está convencido de que su mujer lo ha dejado por aburrido.

—¿Cómo la llevas a ella?

—Mucho más divertida que él. Es un volcán que ha estado apagado mucho tiempo.

—A ver si te quemas —le advierto.

—Tengo tantas ganas de coger a ese cabrón como usted —replica, para dejar constancia de que permanecerá pegado a Macías sin descuidarse.

Está tan obsesionado como Malasaña o yo mismo. Me asegura que su relevo llegará en un rato y que los dispositivos electrónicos funcionan bien.

Cuelgo. El asesino se está tomando su tiempo. De algún modo, ha convencido a Macías de que ha de esperar.

Llamo a Lorenzo Vilar. Él también espera. Le recuerdo nuestro acuerdo y cuelgo.

El coche me ha conducido a la Pieza del Diablo. Naima Medari fue asesinada sobre la tierra que piso. Al menos, cinco caminos conducen a esta encrucijada. El asesino eligió bien. Un lugar apartado. El vehículo que conducía le permitía ir deprisa por caminos de tierra. Cinco vías de escape a menos de cincuenta metros de donde la asesinó.

Cierro los ojos. Busco ese estado mental vacío y receptivo del que hablan algunos. Rezo para recibir una inspiración que hasta ahora se me ha negado. Pero mi sensibilidad está embotada y no recibo nada. Sólo imagino. Vivamente. Cómo debió descargar el cuerpo de la furgoneta y cómo la debió depositar sobre la tierra, cerca del haz de luz, y cómo le cortó el cuello.

Si donde asesinó a Cristiana Stoicescu tuve la sensación de haberme dejado algo, aquí ni siquiera me queda esa sensación.

Conduzco hasta el hotel Caravan. Las luces de la fachada, el gran anuncio de neón en color azul, confieren a la soledad del paraje rodeado de campos una impresión de refugio. Campos negros. Caminos abiertos. Noche oscura. Soledad. A un paso de un hotel repleto. Cierro los ojos. Busco esa intuición que se me niega. Recuerdo el resplandor de las llamas que consumían la furgoneta un poco más allá. Llevaba la moto en la furgoneta y sabía que no la iba a usar más. Vías de escape abiertas para una moto de gran cilindrada: la autovía, carreteras, caminos. Múltiples vías de escape otra vez.

Elevo los ojos al cielo. Una luna que parece una guadaña afilada. Estrellas. Me marea la inmensidad del cielo raso. Y entonces comprendo una cosa: todas las mujeres eran muy diferentes entre sí. No necesitaba que le gustaran para matar. Una conclusión: le basta el placer de matar. No importa qué o a quién.

Terror de lo que pueda estar pergeñando para el futuro.

Matará. Matará. Matará.

Y entonces surge algo. Viene de muy lejos. Cuando corría hasta el lugar donde asesinó a Cristiana Stoicescu. Una furgoneta oscura se cruza en mi camino. La golpeo y se alinea con otros coches.

Me quedo paralizado. ¿Pudo ser él? ¿Es posible que antes de saber de él ya estuviera tan cerca?

Siento un escalofrío. Nunca lo sabré.

Pero la revelación me alerta. ¿Cuántos detalles hemos dejado pasar?

Subo al coche para largarme, pero mi mente se resiste y echo un vistazo al hotel. Intermitencias azules. Una pared acristalada. Una recepción solitaria. La cafetería. Luces blancas, frías. ¿Por qué no?

Me veo caminando hasta recepción, mostrar la placa al recepcionista, un chaval joven con gafas y aire de estudiante. Se queda boquiabierto al verme entrar como un torbellino.

Le pido un listado de clientes.

—Ya se lo llevó la policía —dice—. Bueno, usted también es policía. Se lo llevaron…

—¿De cuánto tiempo?

Recuerdo que lo hicieron según órdenes de los de Madrid. No descubrieron nada.

—Espere. No lo sé. Creo que me dijo mi compañera, que ahora no está, que se llevaron el listado completo desde un par de meses antes del…

—Saque el listado de todo el año.

—¿Ahora?

—Ahora mismo.

—¿Todos?

—Del primero al último. Los empleados también. Incluido tú.

Traga saliva.

—No creo que seas tú.

Respira hondo. Sonríe. Es bajito. Demasiado joven.

Suena mi móvil.

—¡¡¡Comisario!!! —grita Malasaña—. ¡¡¡Se ha entregado!!! ¡¡¡Está aquí!!!

Jekyll y Mr. Hide
la vez más mister Hide
achada de Jekyll es tan… fantasmal!!
a ja ja ja…

arás, mirarás, pero no me verás…
a ja ja ja…

dos personas en una
como los pobres idiotas
Jekyll y Hide
Luz y Sombra
Alma y Cuerpo
Sol y Luna
… soy… soY… sOY… SOY

28

He dejado al recepcionista con la palabra en la boca. He circulado a toda velocidad, pero la noticia ha sido más rápida y no puedo entrar si no es dando codazos y empujones. La puerta de la comisaría se ha llenado de curiosos y de periodistas que han acudido en cuanto alguien se ha ido de la lengua.

El vestíbulo está atestado de agentes que no pueden contener su curiosidad por conocer al Destripador. Todos nos preguntamos qué rostro tiene la maldad. Todos queremos conocer la imagen del asesino que ha destripado mujeres y nos ha burlado. Del asesino que se ha convertido en una celebridad.

Aunque los agentes de los tres cuerpos, Guardia Civil, Policía Local y Policía Nacional ocupan también las escaleras que conducen a la primera planta, hay un grupo abigarrado junto a la entrada al sótano. Me abro paso y llego hasta la sala contigua a la pecera. Todos callan cuando entro. Malasaña empuja a un tío de la UCO y me abre paso. Los de Madrid se me quedan mirando sin el menor afecto y el teniente Ferrer se pega a su jefe Lizana susurrando. Soler se acerca a ellos para participar del comentario. En cuanto me ve, asume las funciones de jefe.

—Comisario, lo estábamos esperando.

—¿Qué hace aquí tanta gente? No tenemos mucho que celebrar. No lo hemos cogido nosotros.

El silencio se hace de hielo. A veces comprendo que no tenga muchos amigos en la profesión. Pero esto parece una fiesta cuando deberíamos avergonzarnos. Luego, seguro que el Comisario Jefe y el capitán Lizana hacen una nota de prensa indicando que el asesino se ha entregado porque no ha podido resistir nuestra presión y que estábamos muy cerca de detenerlo. Aquí todo el mundo vende la moto. Nadie se extrañará en un país en el que decir la verdad está mal visto y si no mientes pareces estúpido.

—Eso no importa ahora —replica Soler—. El caso es…

—Tal vez le molesta que se haya entregado —suelta la inspectora, que no puede ocultar su malestar conmigo y con el mundo entero.

Miro a través del cristal de la pecera.

—¿Enfadada porque no se ajusta a su perfil, inspectora?

—Déjense de rencillas ahora, comisario —ordena Soler—. Sólo quiere hablar con usted.

Aparece López junto a mí. Nos miramos y se dirige a los mandos. Da un empujón a un agente que no sabemos de dónde ha salido y conecta el altavoz. El hombre que hay tras el cristal susurra una canción que suena soterradamente.

—¿Alguien reconoce la música?

Todos prestan atención.

—Es una melodía. No una canción —dice la inspectora.

Miro a López, que confirma.

—Se está grabando.

—¿Alguien ha hablado con él?

—Nadie —dice Soler.

—¿Cómo sabemos que no es otro imbécil?

Soler hace un gesto. Los que hay detrás de mí se apartan. Sobre una mesa hay una serie de objetos en bolsas de plástico transparente.

—Objetos de las víctimas. El pañuelo de cuello era de Diana Carolina Mieles. Su marido lo ha confirmado.

Se trata de un pañuelo de licra de colores apagados, con manchas de sangre. Una esclava de oro. Una pinza de carey para el cabello. Una sandalia. Una pulsera de estilo africano. Un reloj Patek Philippe de señora. Todos en sus bolsitas y numerados.

—Es él. No hay duda —dice el capitán Lizana.

Me vuelvo de nuevo hacia el cristal. Malasaña se coloca a mi lado.

—¿No lo reconoce, comisario?

Me quedo mirándolo, mudo de estupor.

—El hombre que estaba en la conferencia del Dandy. El que se levantó a preguntar cosas raras. También es el que hace poco provocó un escándalo junto al mercado. El que gritaba que venía el Apocalipsis.

En ese momento me viene a la mente: el hombre bajando las escaleras camino de su libertad, acompañado del Dandy, que le precedía, y de otro hombre que se me quedó mirando. La imagen del hombre que ahora está sentado en la celda es borrosa. En cambio, la del hombre que me miraba… Tengo su mirada clavada en la memoria.

—¿Qué susurran? —pregunta Soler.

No hacemos caso.

—Dice que sólo hablará con usted, comisario —repite, ansioso porque entre ahí y el hombre confirme de su propia voz que es el asesino.

Recuerdo la conferencia. La gente absorta en las palabras. La indignación que produjo el discurso de disculpa del mal que según parece reside de forma inevitable en lo más profundo de nuestro cerebro sin que tengamos la menor voluntad sobre él. Pero no recuerdo al hombre de aspecto insignificante que espera, susurrando una melodía, tras el cristal.

Es alto y delgado. De perfil, muestra una cabeza pequeña, algo encogida entre unos hombros estrechos. Viste unos pantalones grises de tela fuerte y una camisa azul bajo una cazadora de cuero negra. Tiene el pelo corto y despeinado, de un vago color ceniza, con la coronilla cerca de la calvicie.

—¿Sabemos quién es?

Díaz me pasa un expediente.

—Pregunta a don Sebastían Rodríguez quien es este tío —susurro a Malasaña.

—¿Qué le ha dicho, comisario? —pregunta Soler.

—Nada importante.

—El comisario no compartirá su información —rumia la inspectora Galán.

No hago caso y leo.

—Abdón Pascua Abellán…

—Pues sí que nos ha hecho la pascua —suelta alguien, pero nadie ríe el chiste.

Nacido el 6 de octubre de 1975. Licenciado en Historia Antigua. Sin trabajo conocido pero con libros publicados en internet sobre ocultismo, espiritismo, alquimia y espiritualidad. Uno se titula *La historia oculta*. Otro, *El alma oculta*. Antecedentes penales por exhibicionismo y abusos sexuales sobre una niña. Diagnosticado de esquizofrenia. Más de tres años de internamiento en periodos alternos. Sin tratamiento conocido desde que faltan sus padres.

—El perfil recuerda al de Aaron Kominski, que dicen que fue Jack el Destripador.

—Eso es una tontería —replico.

Levanto la cabeza y veo a Abdón Pascua. Por alguna misteriosa razón, como si intuyera que lo estoy mirando, levanta la cabeza y mira al cristal. Sonríe.

—No es él —suelto antes de entrar.

No sé si lo digo por fastidiarme a mí mismo o por joderlos a todos.

—Me han dicho que sólo quieres hablar conmigo.

Visto de cerca, el hombre es más bien poca cosa. Tiene una carita pequeña, como si hubiera sufrido una malformación en la adolescencia y se le hubiera congelado en pleno crecimiento. La piel es grisácea, fina y brillante como si la llevara pringada de crema. No es sudor, sino que tiene apariencia de una grasa asquerosa. Tiene dos ojos pequeños y muy separados que cuando te miran crees estrábicos, y cuando te fijas te preguntas cómo pueden converger. Esa mirada airada y concentrada, ligeramente burlona, te hace pensar en dos pensamientos simultáneos bajo el cráneo empequeñecido. Del mismo modo, el resto de rasgos también es pequeño, tan contenidos que parecen dibujados. Apenas tiene barba. Aire de adolescente aviejado. No parpadea.

—Sé que no eres tú. No eres más que otro imbécil que quiere notoriedad. Tú no has hecho eso —lo provoco.

—Hay huellas mías en la batería de la furgoneta. Son tan incompetentes que no las han encontrado. Los estaba esperando.

He de reconocer que acuso el golpe. Me quedo mirándolo. Demasiado tiempo, porque sabe que me ha impresionado, y la expresión burlona se acentúa.

—¿Por qué dejaste esas huellas?

Se encoge de hombros.

—Para que me cogieran.

—¿Por qué?

Ríe.

—¿Cree que he hecho esto para que el mundo no sepa quién soy?

—¿Por qué crees que el mundo está interesado en ti? ¿Porque no vales una mierda?

Se le borra la expresión burlona de un plumazo. Serio, endurecida su mirada, me temo que sí sea capaz de hacer lo que dice que ha hecho. Un esquizofrénico es capaz de cualquier cosa.

—El mundo se interesa por quien tiene algo que decir. No como usted.

—Y si no tengo nada que decir, ¿por qué me has elegido? Sólo te has comunicado conmigo.

—Tenía que escoger.

—¡Y una mierda! Si me escogiste es porque pensabas que estaba a tu altura. No hubieras escogido a un don nadie.

—Sólo es un comisario. Nada más.

—Has convertido tus asesinatos en un duelo conmigo. Mientes.

Ríe. Su risa es súbita, abrupta, incongruente.

—Quería jugar con alguien.

—¿Eras tú el que iba a los lugares de los crímenes después? ¿El que agredió a un agente a la entrada de la casa de Rita Oehlen?

—Ajá.

—¿Qué te hizo ella? ¿Por qué Rita Oehlen?

—He jugado con usted. He jugado con ella. Quería tiempo.

—¿Para qué?

—Cuanto más muertas estaban ellas, más vivo me sentía yo. La quinta mujer era la mejor. Había que elegir a la mejor.

—¿Mejor en qué sentido?

—En todos. ¿Ha visto lo que han protestado cuando la he matado a ella? Valía por las cuatro putas, de modo que le dediqué el mismo tiempo que a las otras.

—¿No hubo más?

Ríe fuerte, subiendo y bajando los hombros. Como si riera el cuerpo y no la cara, que permanece fija en mí, con una expresión de delirante astucia.

—Claro que sí. Lo sabe perfectamente.

—¿Quién?

—La puta de Almerimar, comi. La muerte está en todas partes.

—¿Nadie más?

—El otro no cuenta, comi.

—¿Por eso no volviste al lugar del crimen?

De pronto, hace ejercicios de respiración, como si hubiera de serenarse, cuando no parecía alterado.

—¿Un cigarrillo, comi?

Me lo pienso, pero finalmente saco el paquete de Marlboro. Fumamos los dos.

—El otro…

—Ah, sí. ¡Bah! —hace un gesto de desprecio con la mano—. ¿A quién le interesa? Un vulgar estafador.

—Creía que había sido una obra de arte. Dejar que el cadáver pareciera una estatua. Genial. ¿Verdad? ¿En qué te inspiraste?

—La inspiración está en el aire, como la muerte.

Ha pasado de una mirada fija, sin apenas parpadear, a hacerlo casi continuamente. Como si hubiera perdido un foco de atención y ahora estuviera tenso tras la frialdad anterior. Fuma compulsivamente, como he visto que suelen hacer los esquizofrénicos.

—Háblame de los asesinatos.

—La muerte está en todas partes. Pero ¿sabe que los muertos vuelven por la noche y preguntan por Dios? Ji ji ji. ¿A que es gracioso? Ji ji ji. Dios no está muerto, porque no está con ellos. ¿Dónde está, entonces? Con los vivos tampoco está. Ji ji ji.

—¿Por qué matabas?

Deja los ojos en blanco un segundo, luego vuelve a bajarlos mirándome como si viniera de muy lejos.

—Es la cópula sagrada. Es el amor y su homicidio. Es la más clara luz del día y la más profunda noche. Sus cuerpos eran el Árbol de la Vida. Pero los hombres son débiles y no soportan su diversidad, por eso he matado de todas las razas, de todas las clases.

—¡Mentira! En el fondo matas mujeres porque no eres capaz de follar con ellas. Nada más.

Intenta saltar de la silla, más horrorizado que indignado por lo que digo, pero se queda anclado brutalmente por las esposas que lo sujetan a la mesa.

—Mi sexo es miserable, pero su sexualidad es espiritual. Mi espiritualidad es inmensa y la suya terrenal. Hemos convenido una ecuación y el signo igual es mi cuchillo.

—¿Quieres que me crea toda esa mierda?

—Espiritualidad y sexualidad son poderosos demonios. Formas de manifestación de los dioses. Las he convertido en diosas. ¿Odio? ¡No! ¡Amor! ¡Mucho amor! Mientras deshacía sus cuerpos he sido divino y he visto ese fuego fatuo que se elevaba de los cuerpos abiertos y aún palpitantes. Y podía inspirar ese fuego fatuo y penetraba en mí y alcanzaba el éxtasis. El Mundo entero penetraba en mí.

Respiro hondo. Tengo tantas preguntas… Pero temo la reacción de un loco.

—¿Por qué repetir los crímenes del Destripador? ¿Por qué no matar de una manera propia?

Sonríe levemente. Luego, con aire condescendiente, dice:

—Porque no hay nada entre el hombre y Dios. Porque ya no hay más que mitos. ¿Y cuál es el mayor? Jack. ¡Ahora yo soy Jack!

—Él es un mito porque no se sabe quién fue. Ahora todo el mundo sabrá que esta vez el asesino no es más que un infeliz.

—Mímesis, comi, ¿sabe lo que es? ¿Qué se desea? Lo que no se tiene. ¿Cuál es la fuerza primordial? ¡¡El deseo!! ¡¡El deseo!! ¡¡El deseo!! No deseamos lo que nos parece bueno, sino lo que otros desean. Yo lo he

convertido en realidad. Esa violencia sacrificial que todos hacemos todos los días la he hecho carne.

—¿Qué buscas? ¿Redimir el mundo?

—Busco mostrarlo, comi. Mostrarlo tal y como es. Ji ji ji.

Esa risa siniestra me provoca un escalofrío. Un escalofrío patético, ahora que lo tengo delante. Nada que ver con aquel miedo helado cuando recibía sus mensajes en mi teléfono. Me dispongo a continuar, pero ataja:

—No diré nada más. Mi boca se ha sellado.

Hace un gesto teatral y se yergue exageradamente y aprieta los labios finos, una raja en la cara.

—Ahora sólo quiero ir a mi celda, que debe ser de piedras más cortantes que cualquier espada, y mi cama ha de ser de pinchos afilados. El chico expiatorio ha de retirarse con la dignidad que Juan confiere al Jinete de la Muerte. ¡Apocalipsis!

Antes de salir de la celda, se vuelve y dice:

—Comi. Si los polis llevan chapa, ¿son chaperos?

Y suelta una risa brutal.

Unas horas después, la detención del asesino más buscado es primera plana en todos los periódicos nacionales e internacionales.

No he ido a casa. No he podido dormir. Estoy a oscuras en mi despacho, mirando por la ventana una noche vacía. Mi cerebro chilla. Pero no entiendo lo que dice. La frustración por no haberlo detenido no me deja en paz, como un maldito remordimiento. ¡Lo tuve tan cerca! ¡Lo tuve al alcance de mi mano!

Ya de madrugada, entra Malasaña, se queja de que permanezca a oscuras y me dice que don Sebastián Rodríguez lo conoce muy bien. Abdón Pascua es hijo único y a principios de año murió su madre. Su padre había muerto unos años antes. Así que no tiene a nadie. Sus padres nunca quisieron reconocer que su hijo estaba enfermo y no quisieron incapacitarlo, de modo que una vez que se ha quedado solo no ha tenido tutores que velen por él. Desde abril o mayo daba síntomas de ir a peor, así que el mismo don Sebastián se preocupó de hablar con los servicios sociales y de buscar el modo de internarlo. Le buscó un psiquiatra y él mismo lo llevó en varias ocasiones. Buscó también un abogado que se encargara de la incapacitación. Pero aún no lo habían hecho, no había dado tiempo, de modo que Abdón Pascua estaba solo y cada día más loco.

—¿Qué ha dicho cuando se ha enterado de que es el asesino?

—La verdad, se ha quedado de piedra. Dice que no lo puede creer. Que siempre ha estado mal, pero nunca ha dado muestras de ser violento. Sabe que tiene antecedentes y que algunos vecinos estaban asustados.

—¿Algo más?

—Ya lo creo. Que estaba obsesionado por el Apocalipsis y por el ocultismo y esas mierdas. Estaba cada día peor. Deliraba diciendo que la sociedad era tan mala que tenía que morir todo el mundo para que naciera un mundo nuevo. Que leía textos raros y que el psiquiatra le advirtió que no sabía cómo iba a acabar. Y lo que es peor: odiaba a las mujeres. Odiaba incluso a su madre. No soportaba que hubiera mujeres cerca de él.

—¿Sabe por qué?

—Les tenía miedo desde que lo denunciaron por abusos, dice don Sebastián. Pero vaya usted a saber si es por eso.

Un rato después me informan: el registro de la casa de Abdón Pascua ha sido un éxito. Han encontrado toda clase de objetos de las víctimas. Libros sobre Jack el Destripador y otros asesinos en serie. Y la moto. Y la huella en la batería de la furgoneta. El ADN de la colilla que había en el cenicero coincide con el suyo.

¡¡¡Caso cerrado!!!

—Buenas noches, comisario. Soy el abogado de Abdón Pascua.

—El que faltaba —suelta Malasaña con mala educación.

Gonzalo Santana esboza una sonrisa comprensiva. Sabe que no cae bien a mis hombres. Mucho menos desde que me ha denunciado en nombre de Vicente Lapuerta.

Ufano por hacerse cargo de un caso tan sonado, el abogado entra en el despacho.

—Sabe que soy el mejor abogado de la ciudad —comenta sonriendo—. Pero no seré un abogado completo hasta que no sea usted mi cliente —me hace la bola.

—No lo necesito.

—¿Quién sabe?

Vanidoso, disfruta como nunca. Se le hace la boca agua pensando en la rueda de prensa de mañana, que se verá en medio mundo. Dirá que su cliente es sólo un enfermo que no ha podido evitar seguir el curso de sus pulsiones y

que merece un juicio justo en el cual sea confinado en un establecimiento para enfermos mentales, jamás en una prisión.

—Comisario, me ha leído el pensamiento —ríe, cuando lo comento en voz alta.

López y Malasaña se muestran impacientes porque se largue y no lo disimulan.

—Sólo he venido para felicitarlo.

—No lo he detenido.

—Es igual. Es un éxito para todos. Y me consta que usted ha trabajado como el que más.

—No ha servido de mucho.

El abogado se excusa alegando que ha de comprobar si su cliente está ya tranquilo tras la asistencia médica. Volverá por la mañana.

Cuando sale, Malasaña muestra el *pendrive* donde un colega le ha grabado una copia de lo que han encontrado en el ordenador de Abdón Pascua.

No hay muchos archivos, en contra de lo que esperaba. Es como si hubiera borrado su pasado hasta hace apenas tres meses. No encontramos tampoco correos electrónicos, como si no se comunicara con nadie. En cambio, en el historial se comprueban visitas reiteradas a webs de Jack el Destripador, de otros asesinos en serie y de asesinos en masa. Hay también visitas a páginas de armas blancas en la que se pueden ver toda clase de cuchillos letales y a webs relacionadas con temas esotéricos, sobre los trabajos de Carl Gustav Jung, sobre espiritismo, y sobre narraciones bíblicas, especialmente el Apocalipsis. El de Juan y el de Pedro.

—Ése es el enlace a la web del extranjero en la que colgaba las fotos, comisario —dice Malasaña, señalando un punto en la pantalla.

Desde aquí no disponemos de esa conexión, ni tampoco estamos preparados para indagar en ella, de modo que lo dejamos. Lo que no podemos pasar por alto es el archivo fotográfico. Cuando lo pincho, López se levanta.

—Voy por café.

Lo que vemos es la reedición del cuarto de los horrores. No hay demasiadas fotos, porque hubiera necesitado utilizar el *flash* y hubiera llamado la atención, pero es suficiente. Vemos los cuerpos de las primeras cuatro mujeres tras los crímenes. Muestran los detalles precisos para imaginarse el horror. En cambio, de Rita Oehlen, con la que pudo disfrutar de más intimidad, el catálogo no tiene fin. Cuento treinta fotografías. Las iba haciendo a medida que iba trabajando en el cuerpo. En la primera sólo se ve el tajo en el cuello. Después trabajó la cara. Las imágenes del cuchillo sobre

el rostro de la mujer, a pesar de estar ya cadáver, nos estremecen. Apretamos los dientes.

—Pase eso, comisario. No lo puedo soportar —confiesa Malasaña.

No lo hago. Le pido que se levante y de una vuelta. Tengo que verlo. Sé que necesito verlo. Aunque se grabe en mi mente para el resto de mis días. Los cortes en la cara primero, luego la nariz. Las orejas. Abre las mejillas hasta el hueso. Cuando ha acabado con la cara, abre los ojos al cadáver. Corta los párpados. Luego, el abdomen recién abierto. De los intestinos, a un lado, chorreando en su mano mientras con la otra hacía la fotografía. Veo la mano del asesino, un guante de látex, y mis ojos se quedan fijos en ella. Es la primera vez que veo realmente al asesino, como si el que tenemos abajo fuera más irreal que esa mano que destroza el cadáver de la mujer y sostiene sus intestinos como un trofeo o como un juego. Corta la vagina y extrae el útero. Me pregunto por qué lo fotografió y no lo grabó. Baja luego hasta los muslos y comienza a desollarla, como hicieron a Mary Kelly. Puedo ver el fémur. Se ve después cómo extrae el corazón. El corazón que no ha aparecido aún. Después, cómo graba los símbolos en la piel.

Vuelve López con el café y doy por concluido el paseo por el Infierno. Me doy cuenta de que tengo la boca seca. Me cuesta tragar.

—¿Ha acabado? —pregunta Malasaña, que le hace un gesto a López.

Se vuelven a sentar ante la mesa y pincho otro archivo. *Diario*.

Leo:

Mi verdadera naturaleza, cuándo la descubrí?
acaso siempre la supe
todo acto de mi vida ha estado encaminado a ello
ahora lo comprendo…

Leemos mucho más. Luego, abrimos otro: *Apocalipsis*. Abdón Pascua escribió al final:

Vino acompañado de nubes
Dos veces muerto
Soy el que sondea los riñones y los corazones
Buscarán los hombres la muerte y no la hallarán
El Ángel Abbadón, Ángel del Abismo
La tierra entera siguió maravillada a la Bestia
El que tenga oídos que oiga

El que ha de morir a espada, a espada ha de morir

—¡¡Está completamente loco!! —se lamenta López.

Pero en su tono hay también alivio. Alivio de comprobar que este desastre sólo ha podido organizarlo un demente, alguien que no está en sus cabales. Un loco de remate.

Tal vez tenga razón. Tal vez hubiera sido mucho peor habernos encontrado a ese asesino que dijo Whiskey Morán: «el hombre cuerdo que odia como un loco».

Tal vez así podamos respirar tranquilos y mirarnos al espejo.

o un Dios al principio
pués hizo lo más cruel:
dejó solos y asustados
no fieras en un laberinto
seríamos felices ni en el Paraíso
ca es suficiente el castigo

29

Amanece.

Ya no tengo nada que hacer.

Me despido de mis hombres.

Sensación de que algo ha acabado. De que ya nada tiene remedio.

Atravieso la sala donde aún quedan algunos agentes reuniendo documentación, escribiendo informes, contentos y regocijados. Los de Madrid están al fondo, en un despacho, revisando los archivos del ordenador de Abdón Pascua, excitados aún. Se llevarán los laureles que toda policía vende aunque no haya hecho nada.

Bajo las escaleras y el agente de puertas me da los buenos días.

—Serán buenos cuando me levante —replico.

Por la puerta acristalada veo el ajetreo de los primeros trabajadores que llegan con sus furgonetas al mercado de abastos: carniceros, verduleros, pescaderos, que van a colocar sus puestos. Observan a un grupo de periodistas que permanecen bajo los soportales, tomando café y restregándose las manos para ahuyentar el relente.

—Jefe, se me olvidaba. Esto lo han dejado para usted.

Me entrega una hoja doblada.

—Lo han traído del hotel Caravan.

El listado que pedí. Dejé al joven recepcionista con la palabra en la boca. Lo miro y, finalmente, aunque ya no sirve para nada, lo guardo en el bolsillo de la chaqueta.

Bajo al sótano y salgo desde la cochera.

El amanecer se colorea de un rojo intenso en el horizonte. Lo demás permanece aún en penumbra, de un color de ceniza.

Cuando abro la puerta de la casa mi mente me traiciona y creo ver otra vez la imagen del destripador. Pero la impresión se desvanece y enseguida vuelvo a sentir esa pesada soledad que me abruma. Dicen que trabajo mucho. No es cierto. Estoy tanto tiempo fuera porque no soporto la soledad de esta casa. Ésa fue su venganza contra mí y contra el mundo. Tal vez la maté yo. ¿Qué dijo Mike? Somos hombres de violencia. Ella no la pudo soportar. Mi esposa no estaba preparada para el odio.

Me desnudo lentamente. Le temo a las sábanas frías. Mis pensamientos en los momentos de insomnio son sombríos y gélidos como un panteón. Dejo en silencio el teléfono. Me tiendo en la cama y enciendo un cigarrillo.

No pienso nada. No siento nada. Ni siquiera alegría por la detención de Abdón Pascua. Sé que el asesino no volverá a matar. Pero también sé que las vidas que no hemos podido arrebatarle jamás podrán ser vividas.

Algo se nos escapó para no investigar a los locos que nos rodean. Y a nadie puedo culpar de ello más que a mí mismo. Ciego ante la perspectiva de que el asesino no era así. Obcecado con mi propio perfil como la inspectora Galán con el suyo. No somos más que entes poco inteligentes que hacemos un trabajo rutinario. No sabemos improvisar. Cuando un criminal se sale de lo habitual somos incapaces de llegar a él. Como si la maldad fuera más inteligente que nuestra boba bondad.

Veo sobresalir el listado del hotel Caravan del bolsillo de la chaqueta. Dos hojas de listado a tamaño doce. Pronto necesitaré gafas para leer esa letra. Pero aún veo lo suficiente para detenerme en un nombre. Un nombre que conozco muy bien.

No significa nada. El asesino está detenido y las pruebas son abrumadoras. El nombre que está ahí ha podido pernoctar una noche con una amante, como tantas otras parejas que acuden a ese hotel discreto. Nada de prostitución. Gente de la ciudad o de los alrededores, que se acercan hasta allí para guardarse de miradas incómodas.

El hombre que está en ese listado puede tener mil amantes.

Aun así, le envío un mensaje a Malasaña pidiéndole el listado que nos hizo llegar Agustín Gómez. Pregunta para qué, pero paso de explicarle lo que no puedo explicarme a mí mismo.

Continúo leyendo y veo otro nombre conocido. Otra coincidencia. Si el primer nombre consta que pernoctó en abril, éste lo hizo en marzo. ¿Qué demonios hacía aquí en marzo? Sigo leyendo y, casi al final, encuentro un tercer nombre conocido. Me río. Claro, ¿por qué no ir a ese hotel? Tal vez también tenga una amante. El poder y el dinero tienen sus recompensas.

Tiro el listado al suelo y apago el cigarrillo.

Cierro los ojos con fuerza.

Un par de horas después, mi despertar no es más dulce que mi sueño. No recuerdo el sueño. Pero sí una imagen. Una figura oscura alarga su mano hacia mí. No oigo palabras, pero mueve los labios (una raja en una mancha

oscura) y sé que dicen: «¿no me ves?». Dudo si su gesto es una invitación o una burla, pero no puedo dejar de sentir esa presencia ominosa a mi alrededor. Cuando consigo ver la cara, es la de Abdón Pascua. Y la decepción de comprobar que no hay misterio es salvajemente estúpida.

Busco el coche bajo la luz inclemente de un día de primavera en pleno otoño. Es lo que tiene vivir en el sur. Algo extraño aún para un castellano viejo que añora el frío.

Me calo las gafas de sol y conduzco con la serenidad de un turista y el brazo colgado de la ventanilla hasta la comisaría.

Los clientes del mercado se entretienen con los periodistas, que se aburren a la espera de algo nuevo.

Introduzco el coche en el sótano y veo a tres hombres de la Científica que están trabajando en un Hyundai blanco. Me saludan animados, pues ya saben que sólo están cumpliendo un trámite. Han perdido la tensión de las otras veces, cuando el menor hallazgo podría ser determinante.

—¿Habéis encontrado algo? —les pregunto por decir algo.

Uno de ellos señala una mesa donde hay depositadas algunas bolsas de plástico transparentes con pruebas, todas con un número al lado.

—Cabellos de mujer —dice uno.

—Pues no creo que sean de ligues —comento.

Se ríen. Me detengo y sé que quiero saber cómo es Abdón Pascua. Me veo observando los objetos sobre la mesa: restos de cabello; un trozo de uña; una linterna; unos caramelos (de la misma clase que los que tenía Naima Medari en su mano); unas gafas de sol; una llave para la rueda de repuesto del coche.

—¿Esto es sangre?

—Afirmativo —suelta uno que está revisando el maletero.

Hay también unos prismáticos y una carpeta con la documentación del vehículo.

—¿Puedo?

Se me quedan mirando.

—Tenga unos guantes.

Abro el permiso de circulación del coche, a nombre de Abdón Pascua Abellán. Un Hyundai i40. Adquirido en 2011. Una copia de la póliza del seguro y del recibo bancario de pago. Me pregunto quién aseguraría a un demente como él. Hay unos cuantos partes de accidente sin rellenar, de los que entregan con la póliza de seguro. Y una hoja de papel sucio, cuadriculado, escrito con la letra de un semianalfabeto y con un tono rimbombante: «por la presente, declaro recibir de don Adon Pascual Avella la

cantida de 1000 euros por los daños que ha hecho a mi coche». Lo firma un tal Rosendo Cervilla Pérez.

Doy una vuelta alrededor del coche y veo en la aleta trasera izquierda un estropicio considerable.

—¿Sabéis de cuándo es este golpe?

—No. Ni idea —dice uno.

—Pero no puede ser muy viejo porque no se ha oxidado la chapa.

Lo dejo estar. Nada de esto me dirá quién es en el fondo Abdón Pascua. Subo hasta mi despacho y encuentro un bullicio considerable. Se han juntado todos los policías del mundo para celebrar la detención del Destripador. Veo a los de Madrid, que parecen no haberse ido a dormir, muy ocupados con sus móviles. Sonrisas. Es la hora de las palmaditas en la espalda. En la policía, como en cualquier otra organización, se practica con gozo el onanismo corporativo.

Díaz levanta el brazo para saludarme y le correspondo rápidamente para quitarme de en medio.

Lo mejor que tiene ser jefe es que a veces tienes que preguntarte qué demonios hacer. Puedo desempolvar un par de investigaciones que se quedaron en el limbo cuando empezaron los crímenes. Una sobre robo de vehículos de lujo y otra sobre un nuevo camello que quiere instalarse en la zona. De momento se conforma con el hachís, así que yo también esperaré a ver dónde nos lleva.

No lo pienso. Pero lo hago. Escribo Rosendo Cervilla Pérez, antes de que se me olvide el nombre. Surge enseguida un perfil de Facebook que ya quisiera para sí un *latin lover* de los sesenta. El tío tiene la cara guapa de un paleto. Se le ve en la cubierta de un yate que sin duda no es suyo con la camisa abierta hasta el ombligo y los brazos sobre los hombros de dos tías con menos clase que un perro callejero. Viste un bañador marcapaquete y unas gafas de sol de espejo que ocultan sus ojos, pero por desgracia no la risa mellada de su boca. Por supuesto, en una mano sostiene una copa y en la otra un cigarrillo. Detrás, el mar, que deja de ser idílico cuando se le confunde con estas cosas.

Vuelvo a la página de inicio y veo otra entrada más abajo que está asociada a un taller de mecánica. «Taller de chapa y pintura El Aguilucho». Le pega.

Debería pedirle a la inspectora Galán un perfil del sujeto.

Más que abrir, casi tira abajo la puerta López.

—Jefe. Aquí tiene el listado que nos enviaron de la empresa de Rita Oehlen. Me ha dicho Malasaña que se lo dé.

Lo deja sobre mi mesa.

—¿Qué hace? —pregunta—. ¿Es que se le ha roto el coche?

—Para cuando se rompa.

—Si no tiene coche.

—Vaya que no. ¿Y lo que hay abajo?

—Pero no es suyo.

Malasaña dijo cien nombres. Paso los ojos por ella.

—Dice Malasaña que para qué la quiere.

Me detengo. Casi al final. Tardo tanto en responder que López se mosquea.

—Para justificar que hemos hecho algo —le miento.

Mis ojos continúan pegados al nombre que veo en el listado.

—¿Pasa algo, jefe?

—No.

Era de imaginar que se habrían encontrado en algún momento. No significa nada. Lo que me pasa por la imaginación no deja de ser un pensamiento tan vago que me arrepiento enseguida.

—¿Dónde va, jefe?

—A dar una vuelta, López. Tú disfruta con los demás de que esto haya acabado.

—¿Voy con usted?

—No. Voy a decirle a Martín que se olvide de Macías.

—¿Por qué no lo llama?

—Porque hace un día estupendo.

Cruzo toda la ciudad para tardar más tiempo. No quiero perderme las tertulias radiofónicas que comentan la detención del Destripador. Los periodistas políticamente correctos, casi todos, agradecen a las fuerzas del orden que hayan acabado con el terror impuesto por un loco. Ninguno recuerda que el loco fue más listo que nosotros y se entregó por propia voluntad. Para que todo el mundo supiera quién es el nuevo Destripador. O, como dijo Abdón Pascua, para tener un púlpito privilegiado desde el que enviar su mensaje, cualquiera que sea el fruto de un cerebro más allá del delirio.

Mis jefes y el señor ministro están tan satisfechos como una puta a primeros de mes, pero yo no puedo dejar de lado mi frustración. Me pregunto

si no puedo sencillamente porque yo era el jugador elegido por el asesino, al otro lado del tablero. Me pregunto si mi ego es tan inmenso que no puedo soportar la decepción de no haberlo atrapado yo. Ni siquiera me acerqué a él. Ni siquiera fui capaz de sospechar. Y eso que lo vi aquel día, interpelando al Dandy con cualquier disparate.

En ese momento se me ocurre llamar a don Sebastián Rodríguez, quien organizó aquella conferencia en la Asociación Nuevo Destino.

Responde con esa voz cautelosa de los ancianos al móvil, como si desconfiaran de un aparato tan mínimo. Le explico que habló sobre Abdón Pascua con mi inspector, pero que me gustaría comentar algunas cuestiones con él. Lo asalto con mi primera pregunta.

—¿Cree usted que Abdón puede ser el asesino?

Se toma su tiempo, pero al final pregunta:

—¿Es que hay alguna duda?

Le digo que no, pero que no encaja en el perfil que había conjeturado. Que es evidente que me he equivocado de plano. Se lo piensa un rato y luego dice:

—Realmente, Abdón siempre tuvo una relación difícil con las mujeres. Sobre todo, porque su madre era una mujer muy despegada de él, ¿comprende? Como si le hubiera dado vergüenza tener un hijo… raro.

—Pero ¿no vivía con su madre hasta que falleció?

—Sí. Pero ella lo internó siempre que pudo para quitárselo de encima. Y cuando lo tenía en casa porque ya no podían o no correspondía tenerlo más tiempo internado, contrataba a alguien que se ocupara de darle su medicación y controlarlo. Se pasaban días enteros sin verse, a pesar de vivir en la misma casa. Como ella tenía dinero, podía pagar ese servicio.

—¿Recuerda usted la pregunta que le hizo al Dandy tras la conferencia?

—¿A quién?

—Perdón. Al abogado. A Gonzalo Santana.

—¡Ah! Bueno. No. Lo siento. No recuerdo qué le preguntó.

—Me dijo el inspector Malasaña que al fallecer su madre ustedes mismos le buscaron un psiquiatra y un abogado. ¿Por qué?

—Comisario, Abdón ya no tenía a nadie. Nuestra asociación se convirtió en su único refugio. Pasaba aquí horas, leyendo, estudiando textos y, también, por qué no decirlo, dándonos la lata con preguntas y comentarios todo el día. Fuimos viendo que a medida que pasaba el tiempo desde el fallecimiento de su madre, su estado empeoraba y, al final… Al final, eran puros delirios.

—¿Cuándo?

—Allá por abril o mayo, comisario.

—Continúe, por favor.

Doy un frenazo para no comerme a un individuo que se ha detenido en mitad de la calle. En otro momento, le costaría una buena bronca, pero ahora lo dejo pasar. Don Sebastián Rodríguez continúa hablando.

—Decidimos entre todos que lo más conveniente era convencerlo para que fuera a un psiquiatra.

—¿Puede decirme de quién se trata?

—Claro. Don Rafael Cristóbal Atienza. Tiene consulta en la ciudad.

Para evitar alguna susceptibilidad por mi parte, añade:

—Sinceramente, comisario, creíamos que necesitaba ayuda. ¿Quién podía imaginar esto? ¡Dios mío!

—Si recuerda la pregunta que hizo Abdón a Gonzalo aquel día, llámeme.

Se despide asegurando que así lo hará.

Aparco junto al coche que ocupa Martín, a una distancia prudencial de la nave industrial de Javier Macías, a la sombra de unos plátanos cuyas hojas amarillean antes de caer.

—¿Qué pasa, jefe?

—Esto ha acabado. Vamos a despedirnos de él.

—¿Viene solo?

—¿Por qué?

—Un jefe nunca va solo —ironiza.

Por la puerta acristalada que comunica con su despacho, Javier Macías nos ve y su expresión de consternación es tan inmensa que le hace esbozar un gesto tragicómico. Su cara se ha descompuesto como la de un cómico cuando simula un apretón. Busca con la mirada, pero no es el retrete lo que lo salvará de nosotros.

—¿Sabes que se está tirando a tu mujer? —saludo, señalando con el dedo gordo a Martín.

La expresión de Macías no mejora. Dudo que la noticia de un cáncer diagnosticado le pusiera peor jeta. Martín se sienta a mi lado. La secretaria, que está arrinconada lejos de su jefe, se levanta y hace mutis por el foro. Eficaz y discreta, cierra la puerta, supongo que para evitar que se oigan los gritos.

—Eso no es manera de presentarse, comisario —dice Macías, muy serio y muy digno—. No debería decirme esas cosas.

—Tú sí deberías haberme dicho algunas cosas que no me has dicho jugando a lo que jugó tu primo. Y mira como acabó él.

Sorprendentemente, la expresión de Macías se suaviza. Casi diría que esboza un gesto de alivio. Tal vez esperaba que lo pateáramos sin más.

—Le dije todo lo que sabía.

—Una mierda. Pero el negocio se ha ido al traste, ¿no?

Encoge los hombros.

—Ya sabe lo que dicen en el mundo de los negocios. Una mata que no echó.

—Vaya. Qué deportividad. ¡Cómo aceptas la derrota!

—Qué voy a hacer —dice resoplando y abriendo los brazos.

—Así que sabías quién era y no me lo dijiste.

Otra vez su expresión muda al espanto al darse cuenta de su error. Un aire entre estúpido y compungido. Se echa instintivamente hacia atrás. Nos mira con los ojos como platos.

—Venga, comisario. Yo no sabía nada… ¡De verdad!

Nos quedamos mirándolo fijamente. Callados.

—Comisario —ahora se echa hacia adelante, junta las manos—. De verdad. No sabía nada. Sólo especulaciones. Me preguntaba qué podía saber mi primo Damián. Pero no me dijo nada. Se lo juro.

—Tu juramento no vale un céntimo.

Respira hondo. Se echa tanto hacia adelante, queriendo convencernos, que el filo de su mesa de metacrilato se clava en su abdomen.

—Se lo juro, comisario. ¿Qué iba a saber? Si me registraron y no me encontraron nada.

—Pues ahora sí te vamos a encontrar. Como ya no nos vales para nada, voy a dar curso a la causa contra ti por violación.

—¡Por Dios! No me haga eso. ¡Me va a hundir! Sólo fue una película. Y le pagamos. ¡Se lo juro! ¡Yo no hice nada! Fue Damián. Ya sabe cómo era… una bestia. Pero yo no hice nada. ¡Se lo juro!

—Eso se lo explicas al juez. Para entonces, todo el mundo sabrá qué clase de basura eres.

Se echa a llorar.

—Comisario. He perdido a mi familia. Si hace eso, mis hijos no me van a mirar a la cara. Voy a tener que cerrar el negocio. Voy a…

—Pues acuérdate de la chica —le digo, levantándome.

Nos dirigimos hacia la puerta al tiempo que Macías se levanta y corre detrás de nosotros, suplicando. Martín se vuelve y le suelta un golpe en el

vientre que le para en seco. Hinca la rodilla en el suelo. Se queda allí, sin resuello.

—¿Eso era personal?

—Más o menos.

Al salir, Martín se dirige hacia el coche de Macías.

—¿Qué haces?

Se detiene en seco. Mira hacia arriba, para comprobar si Macías nos observa.

—Deja la baliza en el coche de ese capullo —le ordeno.

Conduzco hasta el hotel The City. Colombo baja en un momento para reunirse conmigo en la cafetería.

—Estaba a punto de irme, comisario.

—Lo imaginaba.

Se encoge de hombros. Sonríe.

—Hemos perdido —digo.

—Ustedes han ganado. Sólo he perdido yo. Como siempre.

—Ha estado usted en peligro.

—¿Qué es la vida sin riesgo?

Le pido que nos salgamos a la terraza. Allí, pedimos un café bajo una sombrilla, porque el sol pica demasiado a pesar de estar a mediados de noviembre.

—¿Es usted criminólogo?

Asiente.

—¿Y qué le parece nuestro asesino?

Sorprendido, se queda pensativo, mirándome fijamente.

—¿Tiene alguna duda?

Ahora soy yo el que se encoge de hombros.

—Las pruebas son incontestables. Me equivoqué. Buscaba otro perfil.

—Los perfiles no son una ciencia exacta, ni mucho menos.

—Pero el mío era tan diferente del personaje que nos hemos encontrado…

—No se preocupe. Todo el mundo se ha equivocado. ¿Tenía antecedentes?

—Una denuncia que no llegó a juicio. Borrados por haber ocurrido cuando era menor. No supimos verlo.

—El original se escapó. Y éste, por lo que he leído, se parece al perfil de Aaron Kominski. ¿Sabe que han descubierto por unas pruebas de ADN en un

tejido con sangre de una de las víctimas que fue él el verdadero Jack el Destripador?

—No lo creo.

—Pero la prueba es de ADN. Es definitiva.

—ADN mitocondrial sólo. El núcleo no se conserva tanto tiempo. Además, ¿quién nos dice que esa prenda no se la pasaron por la cara a Kominski en un interrogatorio? Entonces, los interrogatorios no eran tan delicados como los de ahora.

Se queda pensándolo y se ríe de buena gana mientras el camarero nos sirve los cafés.

—Puede que tenga razón. Mejor que continúe el misterio, ¿no cree?

—Sin duda. Como no tuve que investigarlo yo.

Suelta una carcajada.

—¿Sabe? Tiene usted momentos en que es hasta gracioso.

—Supongo que en mis anteriores visitas no se lo parecí.

—Me dieron una buena paliza.

—No exagere. Malasaña tiene malas pulgas.

—¿Dónde ha dejado hoy al caniche?

—Si le oyera decir eso no se volvería entero a Madrid.

—No me atrevería. ¿Cómo puede pegar tan duro un tío tan canijo?

—Misterios de la naturaleza.

Doy un sorbo al café.

—Otra cosa. ¿Seguro que de lo que le dijeron primero Robot y luego Macías no puede deducir nada sobre a quién le hacían chantaje?

Deja la taza sobre la mesa. Me quita un cigarrillo del paquete de Marlboro preguntándome con la mirada.

—¿Sabe, comisario? Creo que hay algo que a usted no le cuadra.

—Supongo que soy tan cabezota que me niego a admitir la verdad cuando me contradice. Como la mayoría de los españoles.

Se ríe de buena gana. Fuma con cuidado, como un fumador temeroso, de los que sólo lo hacen en ocasiones.

—De verdad que ni Robot ni Macías me dieron datos suficientes para deducir quién pudiera ser el asesino. Si lo hubieran hecho, ahora sería rico.

—El asesinato de Robot prueba que le hacía chantaje a la persona indicada.

Mueve la cabeza de un lado a otro, lamentándose.

—Ni un solo dato. Sólo quedamos en que me daría la información a cambio de dinero. Nada más. Y ese momento, por desgracia, nunca llegó.

Lorenzo Vilar se levanta, se despide con un apretón de manos porque ha de llegar al aeropuerto de Almería en menos de una hora. Se pierde en el interior del hotel mientras me quedo en la terraza, sin nada que hacer. Sin saber qué hacer.

no, si, no, si, no
disparo en la cara?
puñal en el corazón?
a soga en el cuello?
a bolsa de plástico en la cabeza?
tar, matar, matar???
r, torturar, matar???
hojo la margarita
é hacer????
mmmmmmmmm

30

Vuelvo a la comisaría y me recibe una suspensión temporal. Dos expedientes: por acoso a Vicente Lapuerta; por conducta impropia en una investigación.

Hago memoria de mi cuenta corriente y compruebo que no aguantaré mucho tiempo.

Se lo comunico a mis ayudantes para que aprovechen la suspensión para decirme lo que de verdad piensan de mí. Les sorprende que no esté indignado, pero he de reconocer que ambas acusaciones son ciertas. Así que a lo hecho, pecho. Siempre he presumido de tenerlo ancho.

Eso sí, le advierto a todo el mundo que el que entre en mi despacho, saldrá por la ventana. Como saben que no amenazo en vano, también sé que nadie pondrá sus manazas sobre mis cosas.

Antes de largarme me informan: Abdón Pascua no dice ni media. Lo interrogan a cada momento, buscando que su confesión se extienda a esos detalles que a todos los policías nos gusta corroborar, cuando escucharlos en labios de los detenidos suena a música celestial. Aunque no les hace falta, han de adornar un caso tan sonado. Pero Abdón se limita a repetir sus mensajes de loco de atar, asegurando que Nosense hará Justicia el día del Juicio Final, tan cercano que las catástrofes naturales de los últimos años suenan en su boca como ecos de las plagas del Apocalipsis. El terremoto de Haití, los incendios en California, el tsunami de Chile y el de Indonesia, la sequía y la hambruna del Cuerno de África, el tifón de las Filipinas o el desastre de Fukushima. Los Siete Sellos del Apocalipsis. Al parecer, su abogado no permite demasiadas alegrías en los interrogatorios. Alude constantemente al estado psicológico de su cliente y los agentes, especialmente los de Madrid, se muerden las uñas. El abogado les dice que se contenten con las pruebas físicas obtenidas, que son más que suficientes.

Me voy con la malvada satisfacción de saber que mis colegas de la capital se están dando cabezazos contra un muro. Al menos, no tendrán la satisfacción de poder realizar un informe que ensalce sus virtudes como criminólogos.

Mal de muchos, consuelo de tontos, dicen. Yo no puedo presumir de ser muy listo. Así que…

Me llevo el *pendrive* que me trajo Malasaña con la copia del disco duro del portátil del loco y el expediente que he ido reuniendo a mi aire.

Tengo suficiente literatura para entretenerme un buen rato en casa.

—Jefe, ¿qué va a hacer? —me pregunta López.

—Tomarme unas vacaciones.

—¿Quiere que vaya con usted?

—Aquí serás más útil. Yo no tengo nada que hacer.

Malasaña acude también. No sabe qué decir, así que lo consuelo citándolos para la noche en el Baria City Blues.

El espectáculo hubiera sido del gusto de Abdón Pascua. Una playa cubierta de plateados peces muertos que brillan al sol. Otra plaga divina como justo castigo a nuestros pecados.

El espectáculo me entristece y vuelvo a casa. Dispongo una butaca frente al mar. Me sirvo una cerveza y fumo un rato. Luego, cojo la carpeta y miro las fotografías de las mujeres asesinadas, como si les debiera ese pequeño tributo de no olvidarme de ellas ahora que todo ha terminado. Veo el rostro deformado por la muerte, la belleza destrozada de Cristiana Stoicescu. Siento un acceso de rabia frente a Robot, al que ya no puedo hacer daño, y frente a Macías, al que prometo hacer todo el daño que pueda. Luego miro la fotografía, que provoca ternura, de Diana Carolina Mieles. Una mujer que no conoció otra cosa que la pobreza y la miseria, la necesidad de dejar a sus hijos a miles de kilómetros para ir a mendigar un bienestar mínimo a un país extraño. Una mujer que se prostituía sin tener la menor posibilidad de prosperar ni siquiera en ese miserable trabajo. Pero «el Cielo todo lo acalla»…

Veo el rostro de Naima Medari, cuyos párpados no se cerraron del todo ante la muerte. El rostro de una mujer que, como Diana Carolina, hubo de dejar su tierra para ganarse la vida de la forma más humillante para una mujer de su cultura y de su religión. Lo mismo que le sucedió a Sandra Okaka, explotada a miles de kilómetros de su casa exactamente igual que hubiera sido explotada allí. Gente que nació para sufrir y que ni siquiera ha tenido la oportunidad de luchar para evitarlo; ni siquiera han podido sufrir su vida. Miro luego la fotografía de Rita Oehlen, tan distinta de las anteriores, nacida para reinar, quien ejerció su poder del modo más brutal, pero cuya muerte terrible dulcifica su recuerdo. Y cuando concluyo de verlas a todas, de

hacerlas incluso más mías que antes ahora que su asesino está detenido, me asalta la sensación de que Abdón hubiera temblado ante cualquiera de ellas.

«¡El cielo todo lo acalla! ¡El cielo todo lo acalla!».

No sé lo que significa. Sólo siento, con una certeza definitiva, que Diana Carolina Mieles era una buena mujer.

Dejo sus fotografías a un lado. Clavo el *pendrive* en el portátil. Tengo la necesidad de leer los textos del asesino. Entrar en él como he intentado entrar en ellas. Hacerlo mío también. Porque esa necesidad de hacer mías a las víctimas y al asesino no me la puede arrebatar una suspensión.

«No me he atrevido a volver antes»…, escribe el asesino. «La negrura que se esconde tras la imagen, la maldad se hará vida muerta ante sus ojos»…

Leo y leo y leo.

Luego abro su diario.

Es un trasunto del falso diario de Jack el Destripador que se hizo famoso hace años. Algún criminólogo dijo que, a pesar de las serias dudas de que hubiera sido escrito por el verdadero Jack el Destripador, quien había escrito aquello tenía mucho de psicópata. Abdón Pascua es un psicótico que ha copiado el estilo, la frase corta, el discurso disgregado:

> *Mi verdadera naturaleza,*
> *¿cuándo la descubrí?*
> *Acaso siempre la supe.*
> *Ahora comprendo que todo acto de mi vida ha estado encaminado a ello.*

Leo. Leo. Leo.

El diario es una farsa trágica.

Delirios. Circunloquios. Amenazas. Ironías. Desprecios. Ofensas. Voluptuosidad del Mal:

> *me gustaría quedar embadurnado de su sangre…*

Y yo:

> *… el comi me ha insultado. Se ha reído de mí, Ji ji ji. Cómo me gustaría matarlo…*

Imagino a Abdón Pascua intentando asesinarme. Sólo pensarlo evoca imágenes ridículas. Me pregunto entonces si el hombre que hay encerrado pudo ser tan concienzudo, tan astuto, tan frío. Si pudo ser el hombre que se trasladó a más de cien kilómetros para secuestrar dos prostitutas la misma noche. Si fue capaz de retenerlas veinticuatro horas antes de salir con ellas y bordear una zona tomada por la policía para asesinarlas según un plazo previsto sin apartarse de él más que para evitar los controles. Si ese hombre pudo ser capaz de degollar mujeres con esa temeridad y ese odio y ese desprecio por la vida humana. O el hombre que se burla de mí para asustarme o que me aleja de mi casa sólo para darse el gusto de entrar en ella y colocar un maniquí. Mi intuición dice una cosa y las pruebas dicen otra. Y las pruebas son tan sólidas e incontestables que he de ceder.

Levanto los ojos y veo que ha anochecido. La noche es tan oscura que ni siquiera veo el mar. Las horas pasadas en la compañía de esas mujeres y de Abdón Pascua ha conseguido helarme el corazón. Acabo de un trago la cerveza ya caliente y prendo otro cigarrillo. Me enveneno de oscuridad. Puedo oír el oleaje sereno. Algún ruido lejano. Coches que pasan por la carretera.

Nada más. Nada más. Nada más.

Pero en mi mente se levantan interrogantes. Preguntas sin una formulación precisa, pero que exigen una respuesta. Dudas que me atormentan, que impiden un mínimo de paz, que no permiten reposo. Querría desentrañar la mente perturbada de Abdón Pascua, penetrar en ella hasta verlo todo.

Y mis dedos teclean torpemente: «manipulación mental».

> *Deficiente autoestima. Sentimiento de culpa. Sentimiento de inferioridad. Depresión. Pérdida de referencias (padres). Esquizofrenia. Fanatismo.*

Conceptos cuyo rostro podría ser el de Abdón Pascua.

Leo ahora los medios:

> *Mortificaciones. Humillaciones. Sacrificios sugeridos. Privaciones de sueño. Intimidación. Aislamiento. Enajenación.*

En el examen médico de Abdón Pascua se descubrieron huellas de castigos. Pellizcos. Cortes. Arañazos. Todo su cuerpo cubierto de torturas autoinfligidas.

He visto fotos del registro de la casa de Abdón Pascua. El cubículo cruel sobre el que dormía. Junto a un ordenador programado para despertar cada hora. Fotos impresas por su propia impresora y colgadas por toda la casa de monstruos, dragones, demonios, cuerpos mutilados, cadáveres. La alegoría de un infierno.

Pienso un buen rato en ello.

Mientras lo hago, tengo la sensación de tener unos ojos clavados en la conciencia: los ojos del hombre que empujaba a Abdón Pascua escalera abajo para sacarlo de la comisaría. Las manos de ese hombre, alto y delgado, un escalón más atrás, en la espalda de Abdón Pascua. Abdón Pascua que baja la escalera en sumiso silencio, tras el abogado, seguido del hombre de la mirada penetrante.

Tecleo en el ordenador: «Rafael Cristóbal Atienza».

> *Cuarenta y nueve años. Doctor en psiquiatría. Su tesis:* Ideas delirantes en pacientes esquizofrénicos. *Artículos sobre control mental publicados en revistas especializadas.*

Sigo pensando un buen rato en ello.

Me cuelo en el Baria City Blues. Mike tarda en acercarse. Tanto que hasta dudo si he hecho bien en venir. Tal vez nuestra relación no vuelva a ser la que fue. Tal vez mi presencia ya no sea bienvenida. Siento angustia sólo de pensar que no me quede este sótano para refugiarme de mi soledad. No sé dónde podría encontrar otro lugar en que no importe la ausencia de clientes y donde la soledad se pueda mascar con esa pegajosa presencia de una pasta blanda, donde los silencios sean más importantes que las palabras. Donde no exista el ruido en el país de los ruidos.

Pero mi temor se desvanece cuando sale de la cocina y se acerca sonriéndome. Al verlo caminar erguido y firme, con ese aire marcial, recuerdo las cicatrices de su espalda y las de su alma y me digo que algo sigue uniéndonos.

—*Wellcome* —dice, para ahuyentar de un plumazo cualquier suspicacia.

—*Sorry* —respondo.

—*Don’t worry. Be happy* —ríe.

—¿Qué es?

Una voz rasgada canta lento un *blues*.

—Blind Willie Johnson. *Jesus is coming soon*.

—Lo dudo.

—¿Cómo?

—Que Jesús vuelva a venir a este perro mundo. Lo habrá dado por perdido.

Me mira con sorna y tira sobre la mesa un documento.

—Se me ocurrió cuando me dejaste en mi casa el folleto publicitario. Es un listado de la gente que pidió a la agencia inmobiliaria ver la casa meses antes del primer asesinato. No sólo yo estuve interesado.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Puedo ser muy persuasivo.

—Se supone que miramos también esto.

—Yo lo he pedido de un año antes. Cuanto más tiempo, mejor. Hay que mirar con más atención siempre el primer crimen. Es el que más cosas nos dice.

—Gracias.

Abro el listado de la agencia inmobiliaria Destine. Rezo para encontrar el nombre del psiquiatra. Echo un vistazo rápido y mis ojos se clavan en otro nombre. Otra vez el mismo nombre. Lista de huéspedes del hotel Caravan. Lista de enemigos de Rita Oehlen. Lista de personas interesadas en la adquisición de la casa en que murió Cristiana Stoicescu.

Sonríe con satisfacción al ver mi expresión. Recuerdo entonces el viejo que me vio saltando la tapia: «vaya a una inmobiliaria», dijo. ¡Seré estúpido!

—¿Cómo lo llaman en español? Estupefacto.

—¿Esa cara he puesto?

—Sí. Creo que significa algo. Espero haber ayudado.

—No es nada, seguro. El asesino es el que tenemos. No hay la menor duda. Las pruebas son definitivas. Huellas, confesión, ADN, objetos de las víctimas… No hay duda.

—Cualquiera diría… Parece que buscas convencerte a ti mismo.

Bebo un trago de la cerveza que me ha traído.

—Hermosa mujer —comento para cambiar de tema.

—Sí. Gran mujer.

—Lo es. Te quiere mucho.

—Lo sé.

—Eres muy discreto.

—Soy un *gentleman*.

—Debiste decírmelo. Una palabra tuya y no hubieras pasado por ese calvario. Ser detenido en un caso como éste tira por los suelos cualquier reputación.

—Yo no tengo reputación.

Oímos pasos y voces en la escalera. López da un manotazo a la gruesa cortina roja y nos alcanza un huracán. Malasaña lo sigue, menudo y trotón como un perro cariñoso. Guardo el documento en el bolsillo de la americana. Mike me devuelve una mirada de complicidad.

Nos sentamos en el reservado de siempre que no tenemos por qué reservar, ya que nunca hay nadie. Mike nos sirve, activo y dicharachero como nunca. Aún más contento que yo de que esto haya acabado. De que no se haya roto el lazo que nos une.

—¿Qué le pasa, comisario? —inquiere López, siempre tan atento a cualquier cosa que me ocurra.

Su atención permanente me emociona.

—Se me ha metido humo en los ojos. No es nada.

Bebemos y comemos de un bocado para pasar a lo que todos queremos. *Gin-tonics*. Muchos *gin-tonics*. Mike eleva el volumen de la música y esta vez Muddy Waters sí que nos alegra el corazón.

—Estos gilipollas no le han sacado ni media al loco —dice Malasaña—. Se niega a hablar de los crímenes. Y ellos, dale que te dale. Y el Dandy ejerciendo de abogado hijoputa, quejándose y haciendo escritos al juez de que torturan a su cliente. Cada dos por tres se coloca delante de los periodistas. Que si no lo dejan dormir, que si lo interrogan horas enteras… A este paso no podremos ni preguntarle la hora a los criminales. Los de Madrid están eufóricos por un lado y con cara de cabreo por el otro, porque el tío no les suelta lo que ellos quieren.

—Tienen todas las pruebas que necesitan.

—Pero ellos quedan mal porque en los informes no pueden poner una confesión detallada. Lo único, que reconoce que fue él. Y el loco a lo suyo. Que si el día del Juicio Final, que si las plagas de no sé qué. Una puta locura.

—Se le echa de menos, comisario —dice López.

—Tú. Y tal vez éste —digo, señalando a Malasaña—. Los demás, no sé.

—Están hasta los cojones de los de Madrid y de todo este asunto. Dicen que por qué no se lo llevan de una vez y nos dejan en paz.

Mike nos obsequia con temas de Demetria Taylor y luego de Memphis Slim. El local se colma de una alegría que no sentíamos desde hace meses. Los *gin-tonics* vuelan. Las voces también se elevan y hasta Mike nos acompaña esta noche bebiendo como jamás lo había visto. Se le enciende la cara colorada y se le ponen rosetones en las mejillas, como a un niño gordito.

Ya de madrugada, entra Whiskey Morán y nos apabulla a abrazos, felicitándonos por la detención del asesino. Muestra su fuerza de voluntad a base de zumos que le asquean. Simula con dignidad una alegría intensa que nos contagia. Hablamos. Nos reímos. Criticamos a los de Madrid. Nos felicitamos de volver a una rutina gris y monótona, a nuestro seguro aburrimiento. Cuando nos levantamos para irnos el sol está a punto de salir y ninguno camina dignamente. Tengo problemas para conducir hasta mi casa, tan lento que parezco un jubilado con principio de alzheimer. Llegar hasta allí y abrir la puerta me supone un esfuerzo como haber coronado un puerto de montaña. Me dejo caer en el sofá como un borracho irredento. Me hundo en un sueño espeso y negro como la pez y cuando despierto me siento tan mal y con la mente tan insensibilizada que, por un instante, tengo la sensación salvífica de creer que he olvidado.

encanta la imitación
vida es imitación
rte es imitación
soy imitación
soy arte…

31

—Lo esperaba.

Rafael Cristóbal Atienza.

Los ojos que tengo clavados en la memoria.

—En cuanto supe que Abdón se había entregado supe que vendría.

Me mira desde el otro lado de su mesa. Excitado.

Me limito a mirarlo, preguntándome ante quién estoy.

Se levanta. Cierra un postigo de una ventana para asegurarse de la confidencialidad de nuestra entrevista. Luego, abre la puerta de su despacho y ordena a su secretaria que pase todas las citas a otro día. No está para nadie. Cierra la puerta y vuelve a su sillón.

Es ágil, fuerte. Decidido. Viste un traje sin corbata. Rostro delgado. Nariz aguileña. Ojos grandes, débilmente azulados, muy separados. Peina el cabello canoso hacia atrás.

—A usted no le cuadra Abdón como un asesino frío y calculador. De lo contrario, no estaría aquí.

Me mira fijamente. Reconozco esa mirada penetrante. La misma que vi en la escalera, cuando bajaba tras Abdón Pascua.

—Me vio una sola vez. Pero es suficiente para un hombre inteligente como usted. Nuestras miradas se cruzaron. Se decían muchas cosas en ese momento. Más que decirnos cosas, nos preguntábamos.

Abre un cajón de su escritorio. Anticuado, de madera oscura. Saca un paquete de cigarrillos.

—Sé que fuma.

Deja el paquete sobre la mesa. Enciende un cigarrillo.

—Este asunto me fascina. No puedo evitarlo. Pero… —levanta los ojos y los fija en los míos—… yo no soy el Destripador.

Nos quedamos mirándonos mucho tiempo. Hasta que me vence y busco yo también un cigarrillo y hago la pregunta que espera:

—¿Por qué iba yo a pensar que lo es?

—Porque no cree que sea Abdón y alguien ha tenido que manipularlo muy bien para que se presente como tal y acepte tan horrorosa condición.

—Continúe.

—¿Y quién mejor para manipular a un enfermo mental que su propio psiquiatra?

—Las pruebas contra Abdón sin irrefutables.

—También manipulables.

Vuelve a quedarse en silencio. Luego, busca en un cajón y saca unos billetes de avión y unas facturas de hotel.

—Las he preparado para usted. Son facturas de un viaje a Barcelona y de la estancia de tres días en el hotel Fira Palace. Coinciden con la fecha del tercer y cuarto asesinatos. También tengo el programa del congreso de psiquiatría al que asistía. Precisamente el día 30 de septiembre, a las ocho de la tarde era mi ponencia. No pude estar en Baria de ninguna manera. Compruébelo, por favor. Ahora.

Sale del despacho y me deja a solas. Ni quiero ni puedo evitarlo. Hago llamadas. Al hotel. A la organización del congreso. Diez minutos después tengo la confirmación.

Abro la puerta del despacho y vuelve a tomar asiento frente a mí. Lleva un expediente en la mano. Lo deja sobre la mesa.

—Yo también he estudiado el caso. Noticias. Antecedentes. Rumores. Vídeos. Fotografías colgadas en internet por testigos o por el propio asesino… Hoy, por desgracia, casi todo trasciende, de modo que me he tomado la libertad de preparar mi propio dosier.

—¿Conclusiones?

—Estoy tan sorprendido como usted de que Abdón sea el asesino.

De modo que no soy el único imbécil que se resiste a la evidencia.

Le digo lo que he leído sobre personas susceptibles de ser manipuladas. Sobre técnicas de manipulación.

Me escucha atentamente.

—Abdón es una persona especialmente… maleable, por decirlo en términos físicos. Como usted ha sospechado, reúne todos los condicionantes para ser objeto de manipulación. Esquizofrenia unida a obsesión fanática por lo oculto. En su origen, un niño raro, con pésima autoestima y grave sentimiento de inferioridad. Ausencia total de cariño maternal. No sé las razones. Depresión adolescente y brote esquizofrénico. Probablemente aquel episodio que ahora se asocia como un antecedente de delito sexual no fue tal, sino un intento torpe de búsqueda de afecto. Por lo que sé de él, ha estado controlado por el terror que le provocaba su madre. Le inspiraba temor y una necesidad imperiosa de conseguir su afecto, algo a lo que no tuvo acceso jamás. La desaparición de su madre, el padre había muerto mucho antes, ha

sido el desencadenante de su deterioro delirante de los últimos meses. Una víctima ideal para un manipulador.

Busco en mi bolsillo el *pendrive*.

—No quiero saber más, de momento. ¿Quiere estudiar esto?

Lo pongo sobre la mesa.

—¿Es lo que imagino que es?

No lo duda un instante cuando asiento. Lo recoge de la mesa como si fuera una piedra preciosa.

Me paso medio día esperando al otro lado de la calle, sentado a la terraza de una cafetería, fumando.

Me aprendo de memoria la fachada de su casa. Cuando recibo su llamada no tardo ni un minuto en volver a estar sentado frente a él.

—He leído con atención los textos. Y he visto el vídeo, que imagino es el interrogatorio de Abdón.

—El primero. El único al que he asistido. Él no quería hablar con nadie más que conmigo, por eso me permitieron interrogarlo. Yo estaba apartado del caso.

—Es lógico que no quisiera hablar con nadie más. Me ha dicho también que se ha negado a comentar sus crímenes y que se limita a… ¿cómo diríamos?, repetir su mensaje. Quiere que sus actos hablen por él.

—Debemos partir de que Abdón es el culpable, ¿comprende?

—Ajá —acepta—. Como si nuestra anterior conversación no hubiera tenido lugar.

—Exacto. Como si ambos estuviéramos convencidos de que Abdón Pascua en el Destripador.

Adopta una actitud pensativa. Ha perdido en envaramiento de antes, cuando tenía que demostrarme que no era culpable, que su interés es meramente profesional. Ahora adopta la actitud de un diletante. Y le gusta.

—Bien. En cuanto a elegirlo a usted como adversario, no es extraño, lo ha hecho desde el principio. Los mensajes que le ha estado enviando así lo confirman. Debo decirle…

Tiene los ojos fijos en la pantalla del ordenador, el *pendrive* aún clavado en él. Imagino que ha hecho una copia para sí mismo en cuanto he salido.

—Que debe tener alguna relación con usted, aunque usted no lo sepa. Cualquier tipo de relación es suficiente para una mente trastornada. Pero algo ha debido haber. O, al menos…

—¿Sí?

—Tal vez no sea necesaria una relación directa. Es usted conocido en la ciudad. Lleva varios años al frente de la policía y ha tenido casos sonados. El asesino necesitaba un adversario concreto. Era usted una persona adecuada para serlo: un policía con un historial brillante. Además, el asesino es un experto en la historia del Destripador, por lo que desde un principio sabía qué comunicaciones iba a hacer. Tal vez le parecieran pocas y decidió tomarse más libertades… con usted. Así podía divertirse más.

—¿Qué opina de los textos?

Me mira a los ojos.

—¿Por qué? —pregunta con una expresión curiosa—. ¿Qué piensa usted?

—Me parecen obra de dos mentes. Como si lo que se dice en algunos textos fuera el reverso de lo que se dice en otros.

—Continúe.

—Los textos en los que narra su vuelta a los lugares donde cometió los crímenes son muy diferentes de los comentarios cínicos y terribles del diario.

—Efectivamente. Los textos son obra, sin duda, de una mente esquizoide impregnada de influencias esotéricas y místicas. El diario es… frío, despiadado, despegado casi. Más parecido al asesino arrogante y cruel de los mensajes que le envió. Esa es mi conclusión.

—¿Y podrían ser ambos textos obra de la misma persona?

—¿Doble personalidad? Podría ser. La mente humana es tan compleja que es imposible negar esa posibilidad. Ahora bien… No lo creo. He tratado durante meses a Abdón Pascua. Es un esquizoide que ha empeorado por un mal control de su enfermedad y por un avance decidido de esas lecturas que le obsesionan: el Apocalipsis de San Juan, el Apocalipsis de San Pedro, las lecturas místicas de textos Junguianos, como *Los siete sermones a los muertos*… No me ha sorprendido. Cuando venía a mi consulta ya hablábamos de esos textos. Abdón hacía unas interpretaciones… *propias*. Aunque no es un hombre ignorante, no tiene capacidad para entender a Jung. Bueno, casi nadie la tiene —ríe—. Y hacía unos revoltijos de pensamientos, sueños, imágenes, que son un verdadero despropósito.

Le tiro la pregunta como si lo golpeara. No la esquiva:

—¿Cree que Abdón Pascua pudo hacer todo eso?

Inspira hondo. Busca un cigarrillo y junta las manos sin encenderlo, apoyando los codos sobre el portafolios de su mesa.

—Abdón dejó de venir a mi consulta unas semanas antes de comenzar los crímenes. Nadie podía obligarlo porque es un adulto y no está aún

incapacitado. Por tanto, pudo evolucionar de cualquier manera. No olvide que si hay alguna patología mental que puede derivar de muchas maneras diferentes es la esquizofrenia. Ahora bien…

Hace una pausa. Enciende el cigarrillo. Acerca un cenicero que ha colmado mientras yo esperaba fuera.

—Yo diría que no. No encaja. Ustedes hacen perfiles, algo deben saber de esto.

—¿Cómo sería su perfil?

Rafael Cristóbal sonríe. Me ofrece un cigarrillo y nos los cargamos en tres chupadas. Abre su carpeta, echa un vistazo.

—Comisario, en mi opinión, y dejando de lado que Abdón Pascua es el asesino, según hemos convenido, jamás me hubiera inclinado por un perfil psicológico como el suyo. He pensado durante este tiempo que es un asesino organizado, no desorganizado. Y un esquizoide es siempre desorganizado. Estos crímenes no son propios de una mente desorganizada. Ha enviado mensajes. Ha esquivado riesgos importantes. Ha cambiado aquello que le hubiera supuesto un riesgo cierto de ser identificado o detenido. Ha asesinado siguiendo un guión fiel y ha esperado pacientemente de un momento a otro. No. Creo que ha sido un asesino frío y con pleno dominio de sí mismo. He pensado que era un hombre en su madurez. No viejo, porque es fuerte y decidido, pero tampoco joven, porque no ha sido inexperto. Hay una experiencia vital tras el planteamiento y la ejecución de esos crímenes. Debe tener medios, tanto económicos como materiales, para llevarlos a cabo. Ha dispuesto de diversos vehículos y es forzoso que tuviera un lugar donde esconder a las víctimas tres y cuatro. Debe vivir solo, porque cualquier compañía sería peligrosísima. Y otra cosa. Ha sido capaz de tener contactos con el mundo del hampa, como demuestra que consiguiera vehículos robados. Es difícil imaginarse a Abdón mezclándose en ese mundo, donde sería un paria.

Apaga el cigarrillo en un cenicero de cristal. Rafael Cristóbal ha pensado mucho en los crímenes brutales que se cometían en su ciudad. Luego, continúa:

—Es culto. Por su sintaxis y por cómo ha utilizado los medios y la publicidad. Y por cómo ha manejado la informática, a un altísimo nivel, de modo que no han podido detectar el origen de sus mensajes o de las terribles fotografías de sus crímenes que colgaba en internet. Además… Es de aquí. Porque conoce perfectamente la ciudad y sus alrededores y porque conocía personalmente a la quinta víctima, a Rita Oehlen, por lo que seguramente es

de clase media alta. Finalmente, comisario, no es un esquizofrénico. Es un psicópata arrogante y astuto. Tal vez amante de los deportes de riesgo.

—¿Por qué?

—Por su afán de emociones extremas. Aunque hay psicópatas que ocultan muy bien sus necesidades en la vida diaria y guardan sus impulsos en la más discreta intimidad.

—¿Por qué cree que empezó a matar?

Se mueve en la silla, me mira como si no me viera. Sus ojos registran lo que nos rodea, pero no parecen advertir nada más que sus propios pensamientos.

—Tenía deseos de matar. Así de sencillo. Quería matar. Cualquier excusa pudo ser suficiente para comenzar. Una vez que decidió hacerlo, se preguntará usted: ¿Por qué de esta manera? Porque es brillante. Ha decidido desde el principio hacer las cosas a lo grande. Ser más famoso que nadie. El asesino más importante. Y por la repercusión mundial que ha tenido diría que lo ha conseguido. Tal vez…

Rafael Cristóbal no quiere parar y yo no deseo que se detenga. Pone negro sobre blanco algunos de mis pensamientos y de mis intuiciones. Además, aclara puntos oscuros como un viejo profesor.

—Le hubiera bastado cualquier relación con alguna de las cinco mujeres, especialmente con la última, para desear matar a una y decidir hacerlo como lo ha hecho, de una forma magnífica, extraordinaria…

—¿Por qué especialmente con la última mujer?

—Me falta un detalle para responder a esa pregunta.

—¿Cuál?

—Dicen los periódicos que el asesino asaltó la casa de la señora Oehlen por una ventana.

—Es incorrecto. Ella lo dejó entrar. La ventana rota fue un subterfugio para engañarnos.

—Eso confirma mis sospechas. La conocía y la odiaba. Y todo lo demás ha sido un juego brillantísimo para culminar en el asesinato más terrible y brutal, el de la mujer que odiaba. No le bastaba un asesinato normal. Debía odiarla mucho.

Recuerdo entonces el vídeo de Lapuerta. Cristiana Stoicescu haciendo la pantomima ante el hombre vestido de Destripador. ¿Relación con dos mujeres de las cinco asesinadas?

—¿Conocía Abdón Pascua a Rita Oehlen?

—Por supuesto. Abdón, no lo olvide, también pertenece a la alta clase local. Se conocían desde niños. Pero ella siempre lo trató bien, extrañamente. Digo que es raro —se apresura a explicar— porque apenas sentía ternura por nada y por nadie. Y sí era amable con él.

Nos quedamos en silencio un rato. Parece cansado, como si expresar sus pensamientos y sus temores le hubiera supuesto un esfuerzo considerable.

—Doctor. Imagine que no hemos detenido aún al asesino. Si yo hubiera venido hace un mes, ¿qué pasos me hubiera aconsejado seguir?

Vuelve de donde lo hayan llevado sus pensamientos.

—Un asesino, aunque sea un psicópata, no se hace de un día para otro. Ha tenido que dejar algún rastro en su vida. Y ya no es tan joven, estoy seguro.

—Así lo pensaba yo. He hablado con todos los maestros más viejos de la ciudad, por si recordaban algo, con los policías…

—¿Y por qué no con los médicos?

Su idea me deja perplejo.

—Recuerde cuando usted y yo éramos críos. Años setenta y ochenta del siglo pasado. Entonces, todavía muchos secretos quedaban entre las familias y sus médicos y confesores. Entonces no se presentaban denuncias tan alegremente como ahora. Baria ni siquiera era una ciudad, como ahora. No era más que un pueblo. Si alguien hubiera hecho alguna barrabasada, tal vez sólo lo supieran su familia y algún médico de la ciudad.

Deja un instante de silencio. Creo que no he estado más atento en mi vida.

—Odia a las mujeres. Para asesinar mujeres de esa manera hay que odiar mucho —añade.

—Lo he pensado, pero no llego a ninguna conclusión.

—Tal vez sea… —ríe—. Lo he pensado alguna vez… Puede ser un homosexual latente. Alguien que reniega de su condición, que incluso puede que ni lo sepa.

—¿Hoy día? Ya nadie se esconde en ese sentido.

—Pero tal vez sí de sí mismo.

Mi mente dice que las pruebas contra Abdón Pascua son irrefutables.

Y mi instinto me dice otra cosa.

El doctor también se pregunta si Abdón ha desarrollado un caso de doble personalidad, pero no conoce ningún caso de esquizofrenia y doble personalidad en la misma persona. La esquizofrenia provoca un trastorno del pensamiento y de las emociones y un pensamiento desorganizado,

fragmentado y con asociaciones ilógicas, pero suelen retraerse sobre sí mismos y rara vez son violentos. Cuando lo son, generalmente actúan contra sí mismos. Es cierto que cuando cometen actos violentos sobre otros suelen ser terribles, pero ocurre en escasas ocasiones. Según el doctor, la esquizofrenia de Abdón podría caracterizarse como paranoide, al estar sometido a sus delirios al identificar sucesos casuales, como las catástrofes naturales, con las plagas milenaristas del fin del mundo. Su terror se funda en delirios. En cambio, el trastorno de identidad disociativo no había sido observado por él durante los pocos meses que lo trató, aunque a veces los síntomas incipientes de este trastorno pueden confundirse con los de la esquizofrenia.

Quiere entrevistarse con él. Estudiar su caso. Le he sugerido que se lo pida a su abogado. Necesitará un informe psiquiátrico para su defensa.

Sentado en el coche, despierto a la realidad después de media hora de ensimismamiento. Mi mente es confusión, dudas, preguntas insidiosas y ausencia de respuestas. Desearía en ese momento tener las cosas tan claras como mis compañeros y poder descansar en paz.

Pero no puedo.

Dudo a quién llamar y me decido por don Sebastián Rodríguez.

Solícito, como siempre, aunque extrañado por mi pregunta, sobre cuyos motivos obvio una explicación, hace memoria y me cita los nombres de tres médicos ya ancianos de la ciudad. Me indica dónde viven, pues los conoce. Hubo otros muchos, pero murieron o se fueron de la ciudad.

Conduzco hasta la comisaría. Cruzo salas vacías porque todo el mundo se ha ido a comer. Imprimo varias fotografías y salgo de nuevo.

La primera visita me lleva hasta la Judería, junto al Barrio Alto, entre callejas estrechas y empinadas y una plaza que se mostraba ante una sinagoga de la que no quedan ni las piedras. Casas blancas y encaladas. Balcones. Macetas. Rincones que no visita nadie pero que sus dueños cuidan con esmero. Sobre la vieja sinagoga, una ermita a la Virgen de los Dolores en un lugar donde si de algo han sabido a lo largo de la historia ha sido de dolor.

La casa de don Eusebio Fardas está en lo más alto del barrio, escondida entre otras casas hasta que uno sube una costanilla y se da cuenta de que se abre a la montaña y tiene un acceso amplio y directo desde la carretera que lleva al cementerio. Me abre la puerta una enfermera. Le digo que quiero hablar con don Eusebio y me dice que está dormido. Le digo que es urgente y le muestro la placa.

Don Eusebio Fardas es un hombre menudo y enjuto, que se consume lentamente en una butaca, con una manta sobre las piernas y un suero en el brazo. La enfermera me advierte que tiene ratos de lucidez, aunque cada vez menos.

Intento hablar con él, pero sus párpados son incapaces de abrirse más de media asta. Balbucea. Le pido a la enfermera que salga y cuando me quedo a solas con él le muestro las fotografías, le pregunto si reconoce a alguno de los hombres, pero, aunque las coge con manos cadavéricas y temblorosas, es incapaz de concentrarse en ellas. Luego, niega con la cabeza. No sé si niega reconocerlos, si niega recordar algo grave que hubiera pasado en la ciudad hace treinta años, un asalto, una violación, una agresión, o simplemente niega ser capaz siquiera de entender lo que le digo.

Desesperado, le doy las gracias, me despido de la enfermera y salgo.

Conduzco hasta Garrucha, donde tras preguntar a tres parroquianos encuentro un chalé en primera línea de playa que debe valer más que mi sueldo vitalicio. Llamo a una puerta con aldaba y aunque tardan en responder, finalmente abre un hombre anciano, pero cuya vitalidad se la podría uno comprar a precio de oro. Don Ramón Ayala no tiene complejos de su barriga, que sobresale como la proa de una embarcación. Viste unos pantalones de tela gruesa y tiene una papada que le tapa el cuello bajo un rostro de carnes anchas que comienzan a ablandarse y una mirada de animal lento. Conserva un cabello canoso y despeinado que no se ha molestado en peinar para abrir la puerta al imbécil que le ha jodido la siesta.

Pero cuando me reconoce, se le congelan las frescas que me iba a soltar.

—¿Qué hace usted aquí?

—¿Puedo hablar con usted?

Se pregunta si realmente soy ése que ha visto en la tele en los últimos meses y al que ha criticado como cualquier hijo de vecino por no detener al asesino. Decide ser amable, seguramente más porque le pica la curiosidad que por otra cosa, y me conduce por un pasillo corto y en penumbra hasta un cuarto de estar repleto de sofás y sillones y con la calefacción suficiente para adormecer a un rinoceronte.

Le explico lo que quiero: su memoria. Le pido discreción. Le digo que no hablaré con él si no cuento con ella. Una mujer lanza una voz desde adentro y Ramón Ayala corta con un grito su intención de acercarse a curiosear. Se levanta pesadamente, resopla, y cierra la puerta.

—¿Con quién ha hablado antes que conmigo?

—Le digo que he ido a ver don Eusebio Fardas y él se lamenta de su estado y comenta que ya no está para nada. Le digo que tengo otro nombre, pero me dice que no me moleste, su otro compañero está de viaje en el extranjero, de visita a un hijo que vive no sabe dónde.

—De modo que sólo le quedo yo —dice satisfecho.

—Necesito su memoria.

Don Ramón Ayala se pone melodramático y da coba a su insospechada importancia. Se levanta otra vez, busca en un cajón de una cómoda y saca un puro. Me invita, pero digo que no y saco mi paquete de cigarrillos.

—¿Esto no tendrá nada que ver conmigo?

—En absoluto.

Como quiero disipar cualquier duda, añado:

—Lo que hiciera entonces, como no dar parte a la policía, me importa una mierda. Sólo quiero saber si pasó algo y quiénes estaban implicados.

Enciende el puro, acerca un cenicero de cristal, se echa unas enagüillas de la mesa de camilla sobre las piernas, gruesas como las maromas del puerto, y me mira, displicente.

—Eran otros tiempos, ¿entiende? Acabábamos de salir del franquismo y entonces muchas cosas todavía se arreglaban entre las personas y las familias, sin denuncias ni puñetas.

—No tiene que justificar nada.

—Se lo come la curiosidad, comisario.

Da una calada que parece absorber además del humo todo el aire de la habitación.

—Sí. Recuerdo un caso así, como lo que usted busca. Tres gamberros abusaron de otro menor. Se pasaron. No estoy seguro de que llegaran a violarlo, pero le pegaron. Al menor, y luego, los dos más brutos al que los acompañaba.

—¿Cómo?

—Lo que querían los dos más bestias era que el tercero se estrenara con el menor. Al parecer, la familia del menos bestia le pagó una buena cantidad a la familia del niño para que no denunciara. Además de apaleado, pagó.

—¿Qué pasó con ese muchacho? El menos bestia.

—Un poco después la familia se fue de aquí. Aunque diez o veinte años después volvió a la ciudad. Ahora es un personaje.

—Le pregunto si observó alguna enfermedad mental en alguno de los chicos.

—Qué va. Sólo eran brutos.

—¿Ni en el menos bestia?

—No era bruto, pero era el más listo de los tres y siempre iba con ellos. Hacían de todo. El menor era el listo, el ingenioso. Los más bestias eran eso, unos burros. Los incitaba y los bestias hacían. Hasta que ellos se hartaron y le pusieron al otro delante.

—¿Por qué sabe todo esto?

—Porque todos vinieron a verme para que no diera parte a las autoridades. Me enteré de todo.

—¿Cree que alguno quedaría… marcado por ello?

—¿Un trauma?

Se ríe de buena gana y toda la panza se estremece a la vez, como el movimiento uniforme de una montaña de gelatina.

—Qué va. Los traumas son la coartada de los débiles. Ninguno de los tres pequeños hijos de puta era débil.

—¿Y el otro? ¿El menor del que abusaron?

—Ése ya apuntaba maneras. Ahora es una maricona notoria.

—¿Le dice algo la fecha de 13-6-1984?

—Más o menos por esa fecha fue cuando ocurrió.

Busco las fotografías en el bolsillo de mi americana. Le muestro la de Robot.

Asiente. Ríe.

—Una bestia.

Le muestro la fotografía de Javier Macías.

Asiente.

—Otra pieza.

Le muestro la última fotografía.

Asiente.

—Siempre ha sido igual —dice, con desprecio.

Vive en una urbanización de las más alejadas de Mojácar, cerca de donde la encontramos aquella noche, alrededor del castillo de Macenas. En invierno, la urbanización parece clausurada y mientras la observo desde el coche me pregunto si no tendrá miedo de vivir aquí, en este lugar tan solitario todo el año, excepto en verano, a donde sin duda trae a muchos de sus clientes.

Asciendo a través de una cuesta y aparco en un anchurón vacío. No se ven en los alrededores más de dos o tres coches. Rezo para que uno sea el de Sisí e imagino que acierto cuando veo un Volkswagen Beatle con una flor enorme

grabada en la chapa. Es el coche de una chica alocada, de una maricona notoria.

El edificio es un laberinto de escaleras y apartamentos. Cuando por fin encuentro el apartamento, escaleras al aire, compruebo que desde allí se ve el castillo de Macenas y el mar. Una sensación extraña. Robot estuvo escondido tan cerca…

Sisí ha sido sospechoso para Malasaña. Y el inspector tiene buen olfato. Pero, si estoy en lo cierto, él no es el asesino. Es el tercer hombre.

Abre Sisí la puerta vestido con una bata de *gheisa* que le queda como un insulto. Pero él está acostumbrado a los insultos. No hay gente más dura que los que son como Sisí. Han tenido que luchar contra todo y contra todos.

—¡¡¡Huuuyyy!!! ¡¡Comisario!! ¿Por fin se ha decidido?

—No seas tan optimista, Sisí.

—¡Huy, qué cara trae! Y yo que me he hecho ilusiones…

La sigo por un pasillo al que se abre un ventanal corrido desde el que mantiene las mismas vistas que desde la escalera. Entramos en un salón amplio recargado de figuritas, manteles y cadenetas.

—Muy femenino —lo piropeo.

—¿Verdad que sí? ¡Divino! Mi madre no lo hubiera hecho mejor.

—Desde luego.

Mientras camina mueve tanto el culo que temo se le salga un hueso de la cadera. Cuando se sienta frente a mí en un sofá y cruza las piernas como Sharon Stone en *Instinto Básico*, deja un segundo a la vista aquello con lo que le gustaría obsequiarme.

—Como no te tapes bien te voy a hacer un nudo —le advierto.

—¡Huy, qué hombrón!

Me echo a reír por primera vez en mucho tiempo. De una forma tan estúpida, con hambre atrasada de risa, que estoy un buen rato riendo. Sisí se levanta, me trae un vaso de agua y me pide limpiarme las lágrimas con su lengua. Declino el ofrecimiento y le pido que se siente. Como no tiene arreglo, vuelve a hacer el cruce de piernas dejando bien claro que no lleva nada debajo de su sedosa bata de *gheisa*.

—Sisí. 13 de junio de 1984, ¿te dice algo?

Se endurece su mirada. Puedo ver cómo aprieta las mandíbulas. Cómo se endurecen los huesos de su rostro.

—Te voy a enseñar unas fotografías. Quiero la verdad y toda la verdad. Sobre esto no consiento una puta broma. Luego me confirmas la fecha.

Levanta la mano como si jurara sobre la Biblia y asiente.

Le muestro la fotografía de Robot.

Lo reconoce al instante. Mala cara. Malos recuerdos. Suspira.

—Lo mejor que ha hecho en su asquerosa vida ha sido morirse.

—Eso ya lo sé. ¿Qué más?

—Una mala bestia.

—¿Qué más?

—Le iban las tías, pero si no tenía nada a mano, pillaba lo que había. Y de qué manera. Una bestia. Para él, el sexo no era placer, era violencia.

—¿Te hizo algo?

—¿Quién no me lo ha hecho? Hace tiempo. Cuando éramos unos críos. Me pegó porque no quise chupársela.

Don Ramón Ayala tiene buena memoria.

—¿Y éste? —le muestro una fotografía de Javier Macías.

—No es maricón, pero es un desgraciado. Por lo visto, eran parientes. Primos o algo así. Cuando estaba solo, bueno… Pero cuando se juntaba con el primo era otra bestia. Pero no tan malo, eso no.

Me devuelve la fotografía de Macías y le doy la última. La observa con detenimiento, pero no puedo descifrar su expresión. Sisí, sin el tupido maquillaje con que intenta engañar a la naturaleza que le gastó una mala pasada, tiene rasgos femeninos de apariencia delicada, pero otros le traicionan. Su rostro se endurece mientras observa la fotografía. Sus labios dibujan un gesto despectivo.

—No era tan malo como los otros. Pero cuando éramos críos siempre iban juntos. Hasta que…

—¿Hasta qué?

Me mira fijamente y comprende que lo sé.

—Hasta que pasó aquello.

—¿Fue el día que te he dicho?

—Ese maldito día —confirma.

—Cuenta.

Se levanta bruscamente y busca un paquete de cigarrillos. Lo veo fumar con expresión desconcertada.

—No sé qué quiere que le diga. Casi no lo conocía. Yo era algo menor. Pero ya era lo que soy, así que un día me cogieron entre los tres. Éste —señala la última fotografía— era el que mandaba, pero ese día el tiro le salió por la culata. Quería que los otros me hicieran cosas, pero Damián, ¿era así como se llamaba, verdad?

Asiento.

—Al que Dios no tenga en su gloria, me obligó a hacérselo a éste —señala de nuevo con el cigarrillo entre los dedos.

Me mira inquisitivamente.

—¿Cómo se ha enterado?

—Quien te atendió. ¿Alguien pagó a tus padres para que no lo denunciaran?

Se encoge de hombros.

—No lo sé. Yo tenía doce años nada más. Y ellos unos diecisiete o así. Tal vez mis padres cogieron dinero. Sería muy propio de ellos. Como yo ya era una oveja negra, un maricón.

Se le humedecen los ojos, pero es duro como el granito y se rehace enseguida.

—El caso es que éste tuvo la idea, que ellos me dieran por culo o que se la chupara, yo qué sé. Pero Robot, como le decían, que ya era una mala bestia, dijo que de eso nada, que él no era maricón…

Hace un gesto de desengaño.

—Para que vea, el machote. Ya le he dicho…

—Sigue.

—Vale, vale. Pues se empeñó en que se la chupara el otro, al niño pijo. Y se lo hice. Luego vino lo demás.

—¿Qué?

—Como no me podía follar sin que le dijeran maricón, Robot me dio una paliza que por poco me mata.

—¿Te atendió el médico de la ciudad?

—Sí, el gordo.

—Y nadie dijo nada.

—Nadie dijo nada. Entonces, los maricones todavía eran una cosa rara que sólo se veía en la tele. Esto no era la Movida Madrileña. Anda que allí también tuvieron que aguantar lo suyo.

Sacude la mano como un abanico.

—¿Sabes qué fue de éste? —señalo la foto del tercer hombre.

Me mira extrañado.

—¿Y me lo pregunta? Si usted lo conoce.

—Pero se fue de la ciudad, ¿no?

—Se iría a estudiar, digo yo. Pero volvió. Ahora es un figurón.

—¿Has vuelto a tener relación con él?

—No.

Homosexual latente. Se encienden las palabras en mi mente.

—¿Lo has visto en algún lugar de ambiente gay?

—¿Cree que la gente que va de hetero no me busca? Así.

Hace un gesto juntando las yemas de los dedos.

—No creo que sea gay, pero es posible que se haya mezclado en algún ambiente gay, como un hetero abierto y moderno.

—Lo ha clavado, jefe. Aunque yo los veo a la legua. Los que se quedan con ganas y los que no.

—¿Y él?

—Hummmm.

—Eso lo dice todo.

—Usted no.

—Lástima. Podría ampliar mi círculo de amistades.

—Cuando quiera, comi.

Se dispone a moverse, pero le advierto con un dedo levantado.

—No vuelvas a cruzar las piernas.

Tras bromear un rato con mi futura conversión sexual, me acompaña hasta la puerta.

—Jefe. ¿Y eso que va solo? Un jefe no puede ir solo. Muestra más su poder si va acompañado. Además, me hubiera gustado que viniera esa fiera diminuta que siempre lo acompaña. Tiene que ser una bomba en la cama.

—Le diré lo que piensas, a ver si se anima.

Lo dejo despidiéndome desde la puerta de su apartamento. Si supiera que ha sido sospechoso para Malasaña…

Cuando alcanzo el coche una idea resuena en mi cabeza. Al menos tres veces me han preguntado por qué voy solo. Un jefe nunca va solo.

Abro el teléfono y marco un número.

Aún tengo tiempo de un pequeño viaje.

ni cuchillo daría
a que ella vea
into mi mano valía
ómo el ser que SOY
ser lo recibía
a ja ja ja…

la de remordimiento
un minuto de tormento
z en sangre y muerte

Mal a su puto Dios se lleve por delante

32

Para Radu no era una excursión. Era un negocio que cobraba muy bien. Así que no pudo ir solo.

Bogdan espera en una dependencia de Administración. Un ventanal donde declina la tarde. Tonos rojizos en el horizonte y un sol oblicuo que hace brillar los plásticos de los invernaderos. Paredes ocres. Mesas baratas y archivadores aún más baratos. Ordenadores que parecen restos arqueológicos de ordenadores. Un ambiente áspero.

Está sentado en una silla en el centro de la habitación. Con él, dos funcionarios.

Se me queda mirando, desconfiado. Tenía mejor aspecto cuando tomaba el sol y abusaba de las chicas. Ahora parece haberse echado encima diez años. Está más delgado y pálido. Disfrutar de vacaciones pagadas a costa del Estado no le sienta bien.

Les pido a los funcionarios que nos dejen solos.

Bogdan me calibra con la mirada. Alivio en su expresión cuando comprueba que el pequeño luchador no está conmigo.

—Me está esperando fuera —miento—. Si no es necesario, no lo dejaré entrar.

Desaparece el alivio de su rostro.

—¿Qué quiere?

—Unas preguntas. Quiero respuestas. Si no me gusta lo que me dices, lo llamo. Lo he dejado fuera para que veas que vengo con buenas intenciones.

Busco un cenicero que no encuentro y cojo una maceta ridícula. La dejo en el suelo y me siento en otra silla frente a él. Saco las fotos de la chaqueta, pero aún no se las muestro. Le enciendo un cigarrillo.

—La noche de la película, cuando Radu llevó a Cristiana Stoicescu a esa casa. ¿Tú ibas con él, verdad?

Bogdan se muestra sorprendido de que venga ahora con ésas, después de varias semanas. Entonces nadie le preguntó por ello. Tarda bastante, pero hace un gesto precavido.

—No va contigo. Si te portas bien conmigo, hablaré con el fiscal.

Sus ojos se hacen peguntas.

—¿Está claro?

—¿Hablará con él?

—Depende de ti.

—¿Qué quiere saber?

—¿Estabas allí?

Mueve la cabeza. Su gesto es inequívoco.

—¿Te quedaste fuera?

—Sí. En el coche.

—¿Viste a estos hombres?

Le muestro una fotografía de Robot.

—Fue el que nos recibió. Con otro, más viejo, que fue el que pagó. Luego, éste se llevó a la chica adentro para prepararlo todo.

—¿Le diste una paliza por pasarse con Cristiana?

Se ríe.

—No era tan duro —dice con una sonrisa babosa.

Le muestro una foto de Javier Macías.

—¿Lo conoces?

Da una chupada al cigarrillo y aprieta los labios.

—Putero. Lo conozco de El Garfio. Pero esa noche no estaba en la casa.

Le muestro la última fotografía. No digo nada, esperando su reacción, que no tarda, pues levanta los ojos y los fija en los míos. Los vuelve a fijar en la fotografía.

—No estoy seguro.

Hundimos las colillas en la maceta y encendemos otros cigarrillos.

—Era de noche. Llegó un tío en una moto y luego entró con el casco puesto en la casa. Pasó mucho rato. Luego salió. Llevaba una capa y un sombrero.

—¿Cómo era el sombrero?

Le describo un sombrero de copa.

—Sí. Un sombrero así. Pero llevaba también una careta. Se acercó a la moto, se quitó la capa y el sombrero y la careta y se puso el casco. Lo vi de lejos y era de noche.

—¿Era él?

—Puede. Pero si quiere que diga que sí delante de un juez lo digo.

Bogdan está mucho más dócil que cuando lo conocimos. Se relaja entendiendo que ha hecho un amigo. No sabe que no hablaré con el fiscal a su favor. Que explotar mujeres y violarlas me da asco. Que él me da asco.

No ha llegado a identificarlo, pero yo sé que era él.

Guardo las fotografías en el bolsillo.

—Hasta la vista.

—No se olvide de mí, comisario. Le juro que haré lo que quiera.

Dejo atrás pasillos solitarios y bajo escaleras corriendo. Me despido casi a la carrera y subo al coche. Arranco y mientras inicio el camino de vuelta decido cuál será el próximo paso. Un pasito más en ese deslizarse sin interrupción en que se ha convertido el día, como si los hechos que se resistían hace días, semanas, de pronto se hubieran dispuesto por sí solos y se encadenasen unos a otros evidentes, de modo que yo sólo tuviera que ir de uno a otro hasta… Hasta un lugar que no estoy muy seguro de cuál es.

He decidido no pensar. Mientras conducía la cabeza daba vueltas. ¿Qué significa todo esto? ¿Voy a alguna parte? ¿No son más que fantasmas lo que intuyo, lo que imagino? ¿Espectros de una pesadilla, como una convalecencia tras una enfermedad?

Decido no hacer presunciones, deshacerme de las deducciones, de las inferencias. No pensar. Dejar la mente en blanco y que los hechos me lleven donde hayan de conducirme.

Con miedo de que haya cerrado ya el taller y no poder localizarlo, me introduzco en el polígono y busco la nave. Pregunto a un camionero que está cerrando su gigantesco camión. Me indica tres calles más allá, luego a la derecha. Una nave pequeña al final del polígono.

Aún hay luz. Aparco junto a unas carrocerías que muestran sus llagas de metal. Un muchacho con un mono grasiento sale y me da las buenas noches. Una muchacha con gafas, sentada en una pequeña oficina acristalada, me dice que Rosendo está al fondo de la nave mientras se levanta y coge su bolso. Le doy las buenas noches y camino entre pasillos de coches que esperan su turno.

Un tío de mediana estatura y menos de cuarenta años sale de una celda de pintura vestido con un mono y unas gafas de protección que deja a un lado.

—¿Qué quiere? —pregunta dándome la espalda.

Su tono no es amigable y cuando me mira no me gusta su expresión impertinente.

—Estamos cerrando —dice, displicente.

—Para mí no.

Mi respuesta lo alerta y se vuelve bruscamente, como un tipo que no pasa una, acostumbrado a las broncas.

Sonríe burlonamente. Una mella indecente. Mejillas apretadas y barba de tres días. Ojeras y pelo despeinado y sucio. No dice ni media y saca unas

gafas de espejo amarillas del bolsillo del mono y se las coloca en la cabeza. Recuerdo su foto de Facebook. Igualito, pienso con consternación. Un calor súbito me asalta y sé que no le voy a pasar una. Echo de menos a Malasaña, que estas cosas las soluciona más eficazmente que yo.

Haciendo otro ejercicio de infinita paciencia, le muestro la placa.

—Le voy a hacer unas preguntas y quiero respuestas claras y en un segundo. ¿Está claro?

—No sin mi abogad… —se burla.

Pero antes de que acabe la frase le doy un golpe en el cuello y lo cojo del gaznate y lo lanzo contra un coche. Rebota como si fuera de goma y cae el suelo sin comprender aún qué le ha pasado.

Me acerco a él y enciendo un cigarrillo mientras se retuerce en el suelo y luego se sienta, buscando resuello.

—No te lo voy a decir una vez más. ¿Qué pasó la noche del 30 de septiembre?

Se lleva la mano al cuello. Intenta tragar saliva varias veces. Parece que al final lo consigue y respira tan hondo que temo deje toda la nave sin una gota de oxígeno.

—¿Cuándo… Cómo?

—¡Levanta!

Lo ayudo a levantarse con la delicadeza de un mayordomo inglés y lo llevo hasta la oficina, de la que ya se fue la chica. Lo tiro sobre una silla y me planto delante.

—¿Qué pasó?

—Usted no pue…

Hay quien necesita dos lecciones en la misma clase. Le doy una patada en el pecho y Rosendo Cervilla se estrella con silla y todo contra la pared. Toda la estructura de la nave tiembla. La violencia me hace hervir la sangre y aguzar el olfato que la derrota y la frustración habían abotargado como una borrachera salvaje.

Me pide una tregua con la mano y luego empieza a hablar.

—Esa noche tuve un accidente. ¿Qué mierda es esto?

—¿A qué hora? ¿Qué coche era el otro? ¿Qué pasó? ¿Con quién ibas? Treinta segundos antes de la próxima hostia.

Eleva sus manos con las palmas abiertas. Tiene los dedos sucios de pintura.

—Salimos de un local…

—No me importa si ibas borracho, así que dime la verdad.

Asiente.

—Había *tomao* varias copas. Y, entonces, ese subnormal, se cruzó.

—¿Dónde?

—En la salida de la ciudad por la carretera vieja de Murcia.

Podría dirigirse al lugar de uno de los crímenes, pienso.

—Sigue.

—El tío iba ciego, como sonámbulo.

—¿Borracho?

—No. Como loco.

Se lleva una mano al pecho y hace un gesto de dolor.

—Llevaba un Hyundai i40 blanco.

—¿Dónde le diste el golpe?

—Me dio él a mí.

—Me la suda. ¿En qué parte del coche?

—¿Del suyo o del mío?

Levanto la mano, pero esta vez no hace falta descargarla y, además, su gesto de protección me dice que ya ha sido suficiente.

—En la parte trasera izquierda del Hyundai.

—¿Qué pasó entonces?

—El tío tenía cara rara, como si fuera gilipollas o estuviera loco. Se quería ir. Decía que le daba igual.

—Pero lo retuviste allí. ¿Firmasteis algún documento?

—Sí. Un papel. Él se echó la culpa.

—¿Lo tienes?

Busca en un cajón y me lo da.

—¿Qué más?

Me observa calibrándome con esas ojeras oscuras y debe pensar lo que le puede pasar si me oculta algo, porque dice:

—Como era gilipollas lo llevé a un cajero y sacó dinero y me lo dio.

—¿Qué hora era?

—Yo qué sé.

Doy medio paso hacia él.

—Las doce y media más o menos.

Lo miro. La una de la madrugada. Se lo digo.

—Bueno. Cuando fuimos al cajero era más tarde.

—¿Te dijo algo? ¿Por qué tenía prisa?

—No. Pero casi se echa a llorar porque no lo dejaba irse.

—¿Sabes quién es? ¿Lo conocías?

—No —se encoge de hombros.

Lo creo capaz de no haberse enterado. Este tío no ha leído un periódico ni ha visto unas noticias en su vida.

—¿Iba solo o acompañado?

—Solo.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Abrió el maletero en algún momento?

—Claro. No encontraba una linterna y también buscó otra cosa, no me acuerdo qué. ¡Ah, sí! La llave de la rueda de recambio para tirar de la chapa que tocaba la goma por el golpe.

Me siento frente al individuo, concentrado en mis pensamientos.

—¿A qué cajero lo llevaste?

—Al banco de Santander. El que hay en la calle Calvache.

Una tarea para mañana por la mañana. Enciendo un cigarrillo.

—Cállate —le suelto cuando va a abrir la boca.

Fumo despacio, digiriendo la información. Muy lentamente. Intentando recordar los horarios y la compatibilidad de estar en la calle Calvache a la una de la madrugada y en los lugares de los crímenes una hora después.

—Olvídate de que he estado aquí. Si hablas con alguien de mi visita volveré a verte.

Subo al coche y sé que se dirigirá sin vacilar hasta la calle Calvache. Y de allí hasta los tétricos lugares en que estuve aquella noche, mirando impotente los cadáveres de dos mujeres inocentes.

Detengo el coche donde Rosendo Cervilla me ha indicado. Sólo un borracho y un loco podían coincidir en ese lugar tan amplio para chocar sus coches. Imagino al borracho enfurecido y chulo intimidando a un asesino alocado, histérico por lo que ansiaba y debía hacer esa noche. Tal vez Rosendo Cervilla volvió a nacer en ese momento. Tal vez se le pasó por la cabeza a Abdón Pascua matarlo allí mismo. O tal vez Abdón Pascua iba…

Observo a mi alrededor, el coche en medio del cruce con las luces de emergencia entre los pitidos de los que pasan, muchos más en esta hora temprana de un día cualquiera que aquella noche de pesadilla en que ya era de madrugada y la ciudad estaba tomada por la policía.

Pongo el cronómetro del iphone y arranco en dirección a la Pieza del Diablo. El mapa de la ciudad en mi cerebro, conduzco por el lugar más

directo. Necesito conocer el tiempo mínimo que pudo tardar Abdón Pascua en conducir desde la una de la madrugada en que lo dejó partir Rosendo Cervilla hasta el lugar del primer crimen. Atajo incluso por un camino de tierra que une la salida de unas calles de los suburbios con la carretera de circunvalación para luego tomar otro camino de tierra que conduce hasta la Pieza del Diablo. A medida que me acerco al lugar me asaltan escalofríos: luz gélida de la farola atornillada a la caseta del agua de riego. Diecisiete minutos. Tiempo mínimo. No pudo tardar menos.

Sin embargo, aquella noche había controles en todas las salidas de la ciudad, casi en cada calle. ¿Es posible pensar que Abdón Pascua pudo circular por la ciudad sin que nadie lo parase a esas horas, internarse en la carretera de circunvalación sin llamar la atención de uno sólo de los cientos de policías y luego ir hasta donde estuvieran retenidas las mujeres, recogerlas y llegar hasta la Pieza del Diablo en menos de media hora?

Subo al coche y pongo el cronómetro a cero otra vez. Conduzco hasta el hotel Caravan. Otros veinte minutos.

Abdón Pascua hubo de correr mucho para asesinar a aquellas dos mujeres esa noche. Correr a donde tuviera ocultas a las dos mujeres. Cambiar el coche por la furgoneta. Circular hasta la Pieza del Diablo. Asesinar a Naima Medari. Conducir hasta el hotel Caravan. Asesinar a Sandra Okaka. Llevarse la furgoneta. Prenderle fuego. Huir en la moto. Volver a un lugar seguro. Y todo ello sin ser detectado.

¿Pudo hacerlo? Tal vez sí. Todo son hipótesis, elucubraciones. Nos movemos en un horario incierto. Pero… Aunque sea posible. ¿Cómo lo hizo? ¿Cómo pudo conducir sin que nadie advirtiera su presencia?

Subo al coche. Me quedo un rato fumando un cigarrillo. Digiriendo en mi cerebro los acontecimientos del día, las posibles casualidades, las intuiciones, las sensaciones, las emociones. Una mezcla que amenaza con explotarme en la cara. Porque no me llevan a ningún lugar. No son más que imágenes, posibilidades, alocadas hipótesis que surgen en mi imaginación demasiado excitable desde que todo comenzó.

Me sobresalta un wasap. Desde que los recibía del Destripador cualquier sonido que me alerte de un nuevo mensaje es una tortura. Me esperan en el Baria City Blues.

No podía ser de otro modo. No puedo esconderme.

Cuando llego, el Tribunal está constituido. López y Malasaña ya se han zampado varios sándwiches y tienen expresión de justo juez mientras me acomodo entre ellos, en mi rincón preferido, de espaldas a la pared. Sin decir ni media, Mike me trae una cerveza y algo de comer. Lo hago en silencio mientras López y Malasaña sacan alguna conversación trivial dándome una tregua.

Cuando por fin ven que hay un *gin-tonic* en mi mano, se lanzan en barrena.

—Jefe, ¿qué está pasando? Sea lo que sea, no tiene derecho a dejarnos fuera.

Lo dice Malasaña, con esa mala baba con que nació y que tanto disfruto cuando la gasta con otros.

—Además, nosotros siempre queremos lo mejor para usted. Y que vaya protegido —añade López.

Doy un trago a la copa. Le doy un poco de coba a la cosa y esbozo una sonrisa tan falsa como un billete de mil.

—No pasa nada.

Me encojo de hombros, y debo poner una expresión de inocencia que no cuela, porque Malasaña levanta la voz.

—¡Y una mierda! ¿Cree que somos tontos?

—Si lo pensara no estaríais aquí.

Mike se sienta con nosotros. Enciende un cigarrillo y me mira con una expresión burlona en los ojos.

—Jefe —suplica López—. Cuéntenos qué pasa.

—¿Qué ha hecho hoy? —pregunta Malasaña apretando tanto los labios que temo que un momento después me dé un golpe de los que dejaban a Macías al borde del colapso.

Hago como si nada.

—De un lado para otro. He perdido el día. Hasta que no se vayan los de Madrid no consideraré que es mi comisaría. Además, estoy suspendido, ¿no os acordáis?

—¿Ha estado de visita en algún sitio? —pregunta con insidia Malasaña.

Joder. No hay forma de hacer nada de forma discreta en esta maldita ciudad.

—¿Se le había perdido algo en la cárcel, comisario? ¿O es que quiere cambiar de casa?

Mike se ríe de buena gana.

—¡Policías! Quieren sacar la verdad a los demás y no saben mentir —se lamenta.

—Está investigando por su cuenta, ¿verdad, comisario? —pide explicaciones López con esa cara de lástima que pone a veces.

—Vale. He ido a ver al psiquiatra de Abdón Pascua. Quería comprender lo que pasa. Pero tampoco me ha dicho nada nuevo. Que está como una puta cabra.

—Ya. Y se ha ido sin más a tomar un *daikiri*. Y yo soy gilipollas y me chupo el dedo.

Malasaña aprieta su *gin-tonic* con tanta rabia que casi estruja el vaso.

—Usted no se cree que el asesino sea Abdón Pascua —concluye López con una expresión aún más lastimera y una vocecita de adivinada desgracia que casi le hace brotar lágrimas en los ojos.

—Quería comprender. Eso es todo.

—¿Y qué mierda ha comprendido que nos pueda explicar ahora, listillo?

Nos retamos con la mirada. Pero Malasaña no ceja. Me clava unos ojos negros y afilados como la punta de un cincel.

—Esto no es algo personal, comisario. Deberías compartir tus pensamientos —sugiere Mike.

Luego, se levanta, estira los brazos y nos separa, como si estuviéramos a punto de llegar a las manos.

—*Peace, please*.

Y se lleva los vasos para traernos nuevas copas. López, más preocupado ahora por la tensión entre Malasaña y yo que por otra cosa, intenta apaciguar los ánimos.

—Jefe, comprenda que sólo queremos saber qué le pasa.

—Como si no le hubiéramos ayudado otras veces. Como si todo lo hiciera él. Como si no fuéramos más que un par de mierdas —se queja Malasaña.

Nos quedamos un rato en silencio, hasta que vuelve Mike con las copas en una bandeja y las deja a nuestro alcance. Doy un trago y comprendo que no soy justo con ellos. Que, aunque haga el ridículo con mis suposiciones y mis sospechas, he compartido demasiado con estos hombres para dejarlos al margen.

—Está bien.

Espero a que Mike se siente y reparto cigarrillos entre todos.

—Esta noche no os lo voy a contar todo. Porque temo hacer el ridículo —grito, mirando a los ojos a Malasaña—. Tenemos un asesino detenido. Hay unas pruebas incontestables en su contra. Y cualquiera que supiera lo que se

me pasa por la mente pensaría sencillamente que no soy más que un mal perdedor, que no admito que el asesino me ha vencido.

—No le ha…

Levanto la mano y López se calla.

—Al psiquiatra de Abdón Pascua no le cuadra como culpable de esos crímenes. Es cierto que fui a verlo sólo con la intención de comprender. Pero ese hombre… No lo acepta del todo, como yo. Abdón Pascua no se ajusta al asesino que yo había imaginado. Todos teníamos nuestro propio perfil en la mente, y lo comentamos, y Abdón Pascua no pega ahí ni con cola. Por eso he estado todo el día nervioso, de un lado a otro.

Doy un trago a la copa y decido hacer un trato con ellos.

—Además, en el coche de Abdón Pascua había un papel con unos datos sobre un accidente que tuvo la noche del 30 de septiembre. He ido a ver al tío con el que se dio el golpe. Me ha dicho a qué hora fue. Luego he hecho el trayecto que hubo de hacer Abdón Pascua para haber estado en el lugar del accidente a las doce y media de la madrugada y luego en los lugares de los crímenes.

Dejo un momento de suspense y bebo. Doy una calada al cigarrillo.

—Tuvo tiempo de hacerlo —confirmo y su expectación se diluye.

Todos nos quedamos en silencio.

—Temo hacer el ridículo con mis… chorradas, cuando hay un asesino contra el que hay docenas de pruebas físicas irrefutables. Así que por eso no he dicho nada.

—¿Y tiene otro sospechoso?

Malasaña siempre hace las preguntas que más duelen.

—No —miento—. Sólo he comprobado lo que os he dicho.

—¿Por qué ha ido a la cárcel?

—Porque alguien me dijo el otro día que un jefe nunca va solo.

Doy una palmada amistosa a López.

—Y pensé que tal vez Bogdan fuera con Radu a la casa donde rodaron aquel maldito vídeo.

—¿Y…?

—Estuvo allí. Pero no vio a nadie que pudiera identificar como el tipo disfrazado de Jack el Destripador.

Mientras hablo sé por qué no digo la verdad. Sé que hay una intención oscura en la ocultación. Tal vez, un propósito asesino.

Me siento helado cuando lo comprendo.

Nos quedamos en silencio. Mike fija en mí esos ojitos diminutos y enrojecidos que me desnudan como una radiografía. Tengo la sensación de que lee mi pensamiento como una máquina diabólica. Tal vez esté teniendo la sensación de tener a un igual frente a sí. Ambos somos hombres de violencia, dijo.

—Mañana tengo que hacer una cosa. A partir de ahí, os lo dejaré todo claro, ¿vale?

—¿Qué cosa? —pregunta Malasaña sin admitir una negativa.

—Comprobar la cámara de un cajero automático en que Abdón Pascua sacó dinero para dárselo al otro tío. Ahí se verá la hora exacta. Seguro que confirmará lo que me ha dicho el chulo y todo habrá concluido. No tenemos por qué entender todos los crímenes que ocurren a nuestro alrededor, ¿verdad?

¡hh!!! La paz del asesino
paz del crimen
paz de la sangre
DICHAAAA!!!

o queda la pincelada final
proche de oro
exposición de mi obra
museo será el Mundo
MUNDO ENTERO!!!!!

33

El director de la sucursal del Banco de Santander es un tipo pequeño y robusto al que le sienta el traje como un saco a un mojón. Tiene la piel gruesa y la barba recién afeitada mancha su cara de un tono rural. Parece que acaba de aparcar el tractor en la puerta, pero lo que ha dejado es un Audi nuevo, tan azul severo como el traje. Bajo su pelo aplastado sobre el cráneo y flotando en su loción para después del afeitado hay dos ojos despiertos que miran mi placa con atención rigurosa.

Solícito, me dice que tiene que pedir las imágenes a la empresa de seguridad. Insinúo una investigación discreta. Si no veo nada que sea importante, no lo molestaré con una orden judicial.

En cuanto oye lo de la orden pierde el culo para llamar a la empresa de seguridad y tras unas voces en el teléfono, en menos de cinco minutos tenemos el vídeo en su ordenador.

Da una orden tajante de no estar para nadie.

Abre el correo y, cortésmente, se aleja lo suficiente para no ver el vídeo que visionará en cuanto yo salga por la puerta.

Rosendo Cervilla dijo la verdad. Las doce y cincuenta y tres minutos de la madrugada cuando escoltó a la fuerza a Abdón Pascua hasta el cajero. La imagen es deficiente, pero se puede reconocer a los dos. La actitud intimidatoria de Rosendo Cervilla y la actitud servil, deseando acabar cuanto antes, de Abdón Pascua. Por su expresión corporal se hace evidente que tenía prisa por pagar a aquel energúmeno y largarse.

Lo veo una segunda vez entre las miradas intermitentes del director. Finalmente, sale del despacho y me deja solo. Veo el vídeo una tercera vez y lo reenvío a mi propio correo. Luego, lo borro de todas las bandejas.

¿Un hombre apocado ante un chulo de pacotilla como Rosendo Cervilla es nuestro asesino?

Me quedo con la duda flotando en la mente cuando suena mi móvil y el mensaje que recibo me deja helado un buen rato, hasta que el director entra, harto de mi presencia.

—¿Tiene usted algún problema? —dice, invitándome a acabar con la puñetera visita.

Y luego, añade, al ver mi cara.

—¿Le pasa algo?

Le doy unas gracias apresuradas y salgo corriendo hasta el coche. Tengo que ver lo que ha ocurrido con mis propios ojos. Tengo que verlo para creer que es sólo casualidad, que no confirma mis peores sospechas.

Conecto la sirena y salgo de la ciudad en un santiamén. Luego rodeo Garrucha y cuando llego a la carretera de la costa no dejo a nadie a salvo, adelantando en línea continua. Oigo pitidos, gritos y chillidos. Cuando por fin dejo atrás Mojácar comienzo a bailar el coche en todas las curvas. Marco un número de teléfono.

Responde enseguida. Imagino que él también ha grabado el mío, esperando que le consiga una entrevista con Abdón Pascua para el estudio y luego el libro, seguro *best seller*, que quiere escribir sobre el caso del nuevo Destripador. Disparo sin preámbulos:

—Doctor, ¿cree posible que Abdón se inculpara de los crímenes sin ser el asesino?

El silencio al otro lado se hace tan profundo que creo por un momento que se ha cortado la comunicación. Percibo un suspiro al otro lado del océano, algo muy lejano, casi dolorido. Rafael Cristóbal Atienza, por fin, me responde.

—Ya le dije que era una persona en situación de ser manipulada. Hasta qué punto, es imposible decirlo.

—¿Puedo tener en cuenta esa hipótesis?

Me doy cuenta de que estoy gritando. Se corta la comunicación un segundo, pero después compruebo que el psiquiatra está hablando:

—… no habría podido lanzar su mensaje. Si usted ha visto los periódicos de hoy comprobará que Abdón no menciona en ningún momento los crímenes. Como usted dijo, se limita a hablar de sus fantasmas, esos mensajes apocalípticos y crípticos. Ése es su propósito principal. Si es el asesino su único propósito era éste: su mensaje al mundo. Los crímenes hubieran sido sólo un medio.

—Otra cosa…

Un derrape del coche detiene mis palabras. Cuando consigo enderezarlo, Rafael Cristóbal grita:

—¿Dónde está usted? ¿Le pasa algo?

—No se preocupe. Doctor… ¿Sería fácil manipular a Abdón Pascua?

—Nunca es fácil. Pero se puede hacer. Con los conocimientos y el tacto adecuados sería posible manipular a una persona con la mente de Abdón Pascua. Alguien hábil podría hacerlo.

—¿Cómo?

Ya veo al final de una subida varios coches aparcados junto a la carretera. En ese momento un coche que casi me empuja. Malasaña y López. Nunca más volveré a despreciar a Malasaña como conductor. Si me ha alcanzado es que es un temerario.

—En el mundo la manipulación es un acto permanente, comisario. Puedo…

—Déjelo. Ya me lo dirá. Sólo una cosa más: ¿esos textos que no le parecían escritos por Abdón Pascua podrían haber sido escritos por quien lo manipulase?

—A medida que hablo con usted, no me queda la menor duda.

Corto tras darle las gracias y detengo el coche a un lado de la carretera, tan cerca de un precipicio que da miedo mirar abajo. Es una montaña de pizarra negra y afilada que brilla al sol y cae en picado hasta el mar. Hay una pareja de la guardia civil junto a sus motos. Cerca de ellos, apoyados en un coche, Martín consuela a Adela.

Malasaña y López bajan del coche y nos acercamos a los agentes. Nos señalan mucho más abajo. Un amasijo de hierros irreconocible. El cuerpo de Macías está allí adentro, señalado por un par de pescadores que se han acercado en una barca. Imposible bajar desde donde estamos.

—Debió dormirse al volante —dice un guardia—. Porque no hay ni huellas de frenada. Se durmió y enfiló al precipicio.

¡Y una mierda!, pienso.

Cuentan los agentes que los pescadores llamaron sobre las ocho de la mañana al cuartel. Un par de parroquianos que iban a echar el día de pesca vieron el coche sobre la roca. Gracias a ellos se ha descubierto. De lo contrario, podrían haber pasado días hasta encontrarlo. El coche está sobre un saliente de la roca, a punto de caer al agua. Hay un cuerpo dentro, aún no identificado.

Hay al menos dos personas que sí sabemos con toda seguridad quién es: el asesino y yo.

Han llamado a la casa del propietario del coche y ha respondido la mujer. Martín me llamó en cuanto ella se lo dijo.

—Dígales a los pescadores que busquen un lugar donde puedan recogerme. Me llevarán hasta el coche.

Los agentes me miran como si estuviera loco, pero soy un comisario, así que hacen la llamada y me envían a un kilómetro de allí, a una playa cercana. Malasaña se viene conmigo. A medida que nos acercamos, compruebo que no se trata del Volvo en el que habíamos colocado la baliza. Macías cambió de coche para ir al encuentro del asesino.

Le dejamos un coche a Martín y volvemos juntos a la ciudad. No quiero oír lo que dicen. López insiste, ingenuo, en la desgracia del hombre, que debió dormirse al volante. Malasaña, más perspicaz, me mira, preguntando sin palabras. Él sabe que ni por un momento admito la casualidad de un accidente. El cuerpo estará tan machacado que no se podrá demostrar que fue golpeado antes de caer. Lo dejó fuera de combate y luego lo metió en el coche y lo tiró por el precipicio. Como si lo estuviera viendo… Una forma de actuar tan vieja y tan eficaz que nunca falla. La muerte de Javier Macías había de pasar por un accidente. No puede permitirse un nuevo asesinato.

Cuando llegamos a la comisaría las últimas noticias nos despedazan definitivamente. El asesino colgó los vídeos de sus crímenes. De modo que no sólo los fotografiaba. Entrega ahora su obra concluida, acabada, accesible a todo el mundo. Cualquier pervertido pueden disfrutar a lo grande.

Lo ha hecho a través de Darkness, el mismo sistema por el que me enviaba los mensajes, de modo que los de delitos informáticos están como locos por clausurar las webs, que se multiplican como un cáncer. Ya se cuentan por miles las descargas en todo el mundo.

—¿Cómo puede ver eso la gente? —se pregunta López.

Sale huyendo cuando Malasaña y yo nos mortificamos.

—Hijo de perra —dice Malasaña al ver el rostro amordazado y arrasado de lágrimas de Cristiana Stoicescu. Los ojos desmesuradamente abiertos de pavor ante el cuchillo que un segundo después le corta el cuello.

El asesino nos ofrece una película completa de las mutilaciones. Los dos entramos en el baño para vomitar. Damos la pausa. Respiramos hondo. Encendemos cigarrillos y respiramos hondo una y otra vez. Y volvemos a la carga.

Diana Carolina Mieles tiene tiempo para suplicar. Muerde la mordaza y se abren paso un par de palabras incomprensibles que se quiebran cuando el asesino le corta el cuello de un tajo.

—El cielo todo lo acalla —llora Malasaña.

La sangre brota como un manantial. Oímos un gemido. Pero no es la víctima. Es el placer del asesino. Vemos luego el destripamiento, la ceremonia que el asesino celebra con su maldad y su locura y los intestinos en la mano, ofrecidos como en una ofrenda a la cámara que todo lo graba.

Con Naima Medari apenas se entretiene. El crimen no le satisface. La degüella sin pasión, sabedor de que no puede disfrutar con su cuerpo. *Puaff*. Aún no quería mancharse de sangre.

Su frustración la paga con Sandra Okaka. Comienza a grabar cuando la saca de la furgoneta. Avanza con ella al hombro. Hasta los árboles que lo ocultan del hotel. Gemidos de la mujer amordazada. La tira al suelo. Brutalmente. Como a un fardo. Se arrodilla tras ella. La golpea para que no grite y le quita la mordaza. La boca abierta de Sandra Okaka que intenta tomar aire y gritar. La mano enguantada del asesino se lo impide. La degüella con un tajo largo y profundo. La sangre salta brutal. *¡¡Aaahhhh!!* Jamás podré olvidar el gemido de placer del asesino. Un segundo tajo para cumplir el ceremonial y luego deja la cabeza, casi decapitada, en el suelo. Se yergue. La contempla unos segundos. Luego se agacha y vemos la mano que surge con un cuchillo tan fino como un bisturí en la mano. Y comienza a trabajar. Afortunadamente, la luz no es suficiente para apreciar todos los detalles.

Lo que por desgracia no ocurre en el último vídeo. Ahora hay luz de sobra para iluminar su hazaña. Un escenario perfecto. Rita Oehlen ya está atada sobre el canapé pegado a la pared. Comienza a recobrar la conciencia tras el golpe que hubo de asestarle para controlarla. Esta vez el asesino la graba aún viva durante minutos, mientras él se prepara y ella lo mira horrorizada, a medida que comprende.

—No le quita la mordaza hasta degollarla —dice Malasaña, tragando saliva tres veces para poder articular las palabras.

—Porque lo conoce y no puede permitir que mencione su nombre.

Lloramos. No nos avergüenza. Somos dos hombres llorando como niños. Las lágrimas impiden ver con nitidez, pero no somos capaces de evitarlas. Jamás he sufrido una tortura más cruel. Rezamos. Murmuramos. Maldecimos. Mientras el asesino corta y corta y corta y corta… nariz, párpados, mejillas, boca, corazón, riñones, estómago, intestinos, vagina, muslos… ¡Todo es sangre! ¡¡Todo es sangre y destrucción!! ¡¡¡Todo es sangre y muerte!!! ¡¡¡Todo es sangre…!!!

El asesino se retira para contemplar su obra. Eleva la mano ante su rostro, ante la cámara. Junta las yemas de los dedos. Los abre de golpe. Un *pluffffff* largo y satisfecho.

—Ni un solo delirio —comprendo fríamente, con lágrimas en la boca de tanto llorar.

—Lleva a Abdón Pascua a la pecera. Y tú, —señalo con el dedo a López, que esperaba en su despacho y sale al oír los gritos de Malasaña—, te quedas fuera y te aseguras de que nadie nos interrumpa. Si viene alguien, cierras el micrófono y no dejes que nadie lo vuelva a conectar, sea quien sea.

La expresión de asombro de López es sólo proporcional a la fidelidad con que asiente a mi orden. Malasaña, que esperaba protestara, corre pasillo adentro hasta el arresto, para traer al loco. Aún está en comisaría, aunque ha pasado ya a disposición judicial, pues lo retienen en la ciudad para continuar los interrogatorios. También han ido los de Madrid con él hasta los lugares de los crímenes para una reconstrucción de hechos que ha sido un fracaso. Por eso Abdón se limita a confirmar que él es el asesino y a repetir sus delirantes mensajes. ¡¡No puede reconstruir los hechos porque él no fue!!

Cuando entra con Malasaña, lo agarro del pescuezo y lo siento brutalmente a la silla metálica de los interrogatorios. Malasaña se dispone a salir y se lo impido, empujando la puerta de la pecera hasta que hace temblar el quicio.

—Se ha acabado jugar a los asesinos, imbécil —le suelto a Abdón Pascua con la boca abierta y los dientes a punto de morderle.

Se echa hacia atrás, instintivamente. Este hombre es un cobarde. Un infeliz.

—¿Qué…? ¿Qué…?

—Dime quién es. Dime quién te enviaba las fotografías, los textos, quién escribía el diario.

—No sé qué…

Le suelto una bofetada con la mano abierta que le abarca toda la cabeza y suena a hueco. El cuerpo enjuto de Abdón Pascua es impulsado hacia un lado y cae al suelo de costado. Lo recojo como si fuera un trapo y vuelvo a sentarlo de un golpe.

Oigo su primer sollozo.

—Si no me lo dices, vas a sufrir como sufrieron esas mujeres, pero entero y vivo, para que te duela como no te puedes ni imaginar. ¡¡¡Dime quién es!!!

Abdón Pascua levanta los brazos y se protege de la tormenta.

—¿Cómo contactabas con él? Ibas siempre después al lugar del crimen, ¿verdad? Para conocer el lugar. Él te enviaba. Él te decía lo que había hecho y lo que tú debías saber para convencernos de que eres el asesino.

Su cuerpo comienza a temblar y llora salvajemente. Malasaña da un paso. Dudo. Lo dejo hacer y Malasaña le asesta un golpe en el costado y Abdón Pascua se queda sin aire. Abre mucho la boca y siento la pena de hacer daño a un infeliz, a un demediado, a un pobre loco. Pero la verdad es más importante. La verdad es tan importante que…

Saco la pistola. Se la pongo en la boca.

—Dime quién es. No eres tan estúpido, por muy loco que estés. Sabes que te voy a pegar un tiro. Sabes que cogerlo es lo más importante del mundo para mí.

Fija sus ojos llorosos en los míos, que deben tener una expresión de locura que lo aterra, porque finalmente responde, aunque no sea lo que yo quiero oír.

—¡¡¡No séeeeeee. No lo seeeeeeé… Nuuunca lo he… Nunnca lo he visto…!!! —grita, rompiendo a llorar.

Se oye jaleo fuera, voces.

—Ayuda a López.

Malasaña sale corriendo.

—Dímelo. No se lo diré a nadie. Te prometo que tu mensaje llegará al mundo. Sólo quiero saberlo. Sólo para mí.

Abdón Pascua llora y llora. Balbucea que no sabe, que no sabe… Se protege la cabeza con los brazos, como un niño asustado. Guardo la pistola y me dejo caer en la silla frente a él. Lo creo. No sabe nada. El pobre loco infeliz ha sido manipulado con el fin de engañarnos a todos. Comprendo que el asesino no se hubiera dejado ver por un loco inestable que podía venirse abajo en cualquier momento y delatarlo.

—¡Comisario! ¿Cómo se atreve?

Díaz es la viva imagen de la indignación.

—Le ordeno que salga inmediatamente. Esto no le va a ayudar, comisario. Daré parte. ¡Ha golpeado y torturado a un detenido!

Me mira como si se me hubiera ido la cabeza. Y se me ha ido. ¡Por Dios que se me ha ido!! Me levanto. Alargo la mano hasta Abdón Pascua, que se protege de nuevo, asustado. Le acaricio la cabeza.

—Lo siento.

Salgo de la celda. Fuera, varios agentes asisten al espectáculo. Menéndez recrimina a López, quien miente al decir que no ha grabado nada.

—Vámonos —les ordeno a López y a Malasaña, que me siguen como corderos al matadero de la suspensión de empleo y sueldo.

Mal es una religión

a los elegidos
a los ungidos
a ja ja ja…

encanta
tar, cortar, cortar, cortar,
ir, abrir, abrir, abrir,
ar, sajar, sajar, sajar,
ar, rajar, rajar, rajar,
a ja ja ja ja jajaja jajajajajajajajajaj

34

Los envío a hablar con el forense y comprobar los resultados de la autopsia de Javier Macías. López se apresta a cumplir mi orden mientras Malasaña me mira con el ceño fruncido. Aun así, obedece y se marcha con él.

En cuanto los veo alejarse, me abro. En el pasillo me cruzo con la inspectora Galán, que sube las escaleras.

—Usted no tiene principios —me reprocha.

No hago caso y busco el coche en el sótano.

Circulo entre automovilistas sin prisa, furgonetas de reparto que se detienen en cualquier lugar y gente que cruza las calles sin buscar los pasos de peatones ni esperar los semáforos.

En el registro de la propiedad me entero de que tiene un piso en la torre de Babel y una casa cerca de Mojácar. La primera propiedad adquirida por compra hace doce años y la segunda por herencia. Busco la segunda.

Salgo de la ciudad, me desespero en la circunvalación, atestada de entradas y salidas a los polígonos industriales. Recibo una llamada de López, según el forense la causa de la muerte es traumatismo craneoencefálico.

—¿Hay posibilidades de que sea anterior al accidente? ¿Se lo has preguntado?

—Claro, jefe. No soy estúpido. No me ha mandado aquí para otra cosa. Dice que es imposible saberlo, el cuerpo está destrozado.

—Vale. Ya podéis dejarlo.

—Estoy solo. Malasaña se ha ido.

—¿Dónde?

—No lo sé. No ha querido venir conmigo.

Le digo que ya lo veré luego y continúo hasta Turre. Giro a la izquierda para dirigirme hacia Mojácar, elevado sobre su montaña, plácido al sol como un gato.

La estrecha carretera que une Turre con Mojácar está salpicada de propiedades adormiladas entre tierra amarilla, jardines cuidados, eucaliptos, palmeras, pinos y jarales.

Doy varias vueltas sin encontrar la casa. Entro por caminos de tierra buscando las propiedades más alejadas de la carretera, pero no consigo dar con esa finca de más de dos mil metros cuadrados. Me bajo del coche y ojeo

casas por los alrededores, pero la mayoría tienen el aire de abandono que visten muchas casas veraniegas.

—¿Busca algo?

El acento inglés es tan intenso que tardo segundos en entender lo que dice. El anciano ha surgido detrás de un seto y tiene unas tijeras de podar en las manos enguantadas. Le pregunto por la propiedad que me interesa y, tras quitarse los guantes, me señala con un dedo artrítico un lugar elevado, justo debajo de donde comienzan las calles más estrechas y empinadas de Mojácar.

Subo al coche y por fin encuentro una alta verja metálica. El lugar está escondido en un recoveco de la montaña, muy cerca de las primeras casas, pero tan discreto como un secreto. Me elevo sobre la rama de un eucalipto para mirar por encima del muro que la circunda y veo una casa de piedra de dos plantas con una placa de cerámica junto a la puerta. «El payaso risueño». Un payaso con una sonrisa grotesca de labios muy rojos y una raya roja de oreja a oreja. Un motivo de *La Dalia Negra*, la escalofriante novela de James Ellroy. La mujer torturada hasta el límite, asesinada, eviscerada y partida en dos. Un escalofrío recorre mi espalda. Sé que estoy en el lugar donde esas mujeres fueron retenidas hasta su asesinato. El lugar donde todo se pergeñó.

El lugar donde tal vez quede alguna prueba de su culpa.

Un coche que pasa por la carretera cercana. Un grito lejano. Un pitido. Temo ser visto y temo alejarme como si dejara atrás un secreto que, de no ser desvelado ahora, tal vez nunca lo sea.

Escondo el coche y vuelvo caminando hasta la casa. Me introduzco por una vereda y luego cruzo un campo cubierto de maleza y palmeras enanas que no tienen valor suficiente para crecer. Un algarrobo ofrece sombra y facilita el acceso al muro que protege la casa. Cantos de pájaros. La brisa suave entre la hojarasca seca y las ramas de los árboles del jardín. Un rumor lejano de pueblo habitado a medias en la mañana tranquila.

Salto el muro.

Rumor de agua. Senderos empedrados entre setos y árboles. Eucaliptos, pinos de copa redonda, cipreses, sauces. A la derecha, una piscina enorme rodeada de pizarra. La fachada está revestida de piedra. No tiene la apariencia de una casa cortijo, sino la de una casa solariega trasladada al aislamiento del campo. Un porche con dos columnas que sostienen una terraza. Junto a la puerta, el friso de azulejos con el dibujo del payaso de risa siniestra. La fachada lateral encuadra las ventanas y, a ras de suelo, las lucernas de un semisótano. Al final, la puerta enorme de una cochera. Suficientemente grande para alojar una furgoneta. La parte trasera de la casa deja al aire la

pared de un patio descubierto. Doy un salto y sujeto las manos al borde del muro, pero entonces descubro algo ahí abajo. El terreno aquí sufre una ligera ondulación y, bordeado por un seto que me impidió verlo, hay otra área del jardín, muy diferente. Una piedra junto a un hoyo y un azadón en el suelo. Ocho piedras, con la apariencia de mojones, incrustadas en la tierra. Las cinco primeras forman un círculo. Son negras, lajas de pizarra con un número esculpido, del 1 al 5. Junto al número, el símbolo que fue dejando en cada uno de los cuerpos. Una corriente de terror me hiela el sudor.

Un santuario. Una piedra por crimen. Las cinco mujeres asesinadas.

Junto a las cinco lajas de pizarra, otras tres piedras: la mujer asesinada en Almerimar, Robot y Javier Macías, cuya piedra, con el número 8, aún no ha sido colocada. En el centro de todo, una piedra de mármol muy blanco. No puede ser otra cosa… Saco el móvil y le envió un mensaje a Malasaña. Que vigilen a Abdón Pascua. Va a intentar suicidarse.

Enseguida responde, preguntando qué ocurre. Lo dejo estar y guardo el móvil.

Vuelvo a la casa y escalo el muro en un santiamén. Caigo a un patio de suelo de terrazo, con una ducha abierta y una pila. Útiles de labranza para el jardín y unas cuerdas de tender ropa. La puerta que da a la casa es de madera corroída por la humedad. Cede la cerradura, pero la puerta no abre. Un cerrojo al otro lado. Maldigo mi suerte y escalo el muro otra vez y de allí subo al tejado. Me dejo caer en la terraza. Esta vez mis ganzúas sí hacen su trabajo y la puerta se abre.

El vestíbulo que da a la terraza está amueblado de una estantería colmada de libros y de unas hamacas y una mesa de exterior. El resto del piso son dormitorios y un cuarto de baño. Respira un aire de antigua nobleza no demasiado cuidada.

Bajo las escaleras con cuidado, como un ladrón. La planta baja se compone de habitaciones elegantes, donde un mobiliario y una decoración minimalistas crean un ambiente frío. Estanterías. Libros. Literatura. Historia. Algo de filosofía. Un equipo de música. Nada en los cajones de una cómoda. Al fondo, una cocina grande con un ventanal a la piscina. Una despensa. Luego, dormitorios y otro cuarto de baño. La casa de un hombre solo. Respira esa falta de calor que se puede apreciar también en mi casa. «Ambos somos hombres solitarios», dijo.

En la cochera, una barca vieja y destrozada, una Yamaha todoterreno de mil centímetros cúbicos, útiles para el jardín y para el riego por goteo y de limpieza de la piscina, unos neumáticos viejos. Curioseo por toda la casa,

pero no parece haber documentos personales en ningún lugar. Sólo algunas facturas de servicios básicos o de arreglos y reparación del jardín y de la puerta del garaje.

Se accede al sótano por una puerta situada entre la despensa y la cochera. Una escalera estrecha. Abajo, una habitación enorme que ocupa toda la superficie de la casa. Al fondo, más puertas. Una da a un aseo pequeño; la otra, a una bodega repleta de botellas de vino cubiertas de polvo y telarañas.

Enciendo la linterna y busco huellas de manchas en el suelo. No encuentro nada. En un rincón, bajo una lámpara de pie enorme, una mesa y, sobre ella, un portátil.

En ese momento se oye un chirrido metálico. La verja que se abre. Ronroneo de un motor. Unos pasos en la entrada. El sonido de una llave en la puerta. Un portazo. Pasos sobre mi cabeza. Se me hiela la sangre en las venas. Luego, de repente, comienza a sonar un violín. Oigo puertas que se abren y otras que se cierran. Un silbido que acompaña la música. La puerta del sótano abierta. Maldita sea. Apago la linterna. Unos pasos descienden. La música se vuelve tan lenta en ese momento que tengo la sensación de que detiene mis movimientos y los vuelve espesos, como si me moviera en el fondo de una ciénaga. Entro en la bodega. Saco la Glock. Pasos muy cercanos. El silbido se acerca. Entra en el aseo. A dos metros de donde me escondo. Agua que corre. El hombre se lava las manos mientras silba la melodía. Cuando creo que va a entrar en la bodega, sus pasos se alejan. Lo observo mientras se acerca a la mesa. Coge un libro entre las manos. Le echa un vistazo y lo deja donde estaba. Quita el polvo de la mesa.

Podría matarlo ahora. O arrancarle una confesión a golpes. O bajo la amenaza de mi pistola. Pero no serviría de nada. Bastaría su silencio o su negativa para que volviera a tener lo que tengo: una certeza sin pruebas.

Un suspiro. Más silbidos acompañando la música. Tararea. Enciende un cigarrillo. Se sienta ante la mesa, relajado. Como quien vuelve al lugar cuando ha concluido un trabajo. Veo su espalda, pero sus gestos son inequívocos. Una mano que lleva la música con delicadeza, como un director de orquesta contenido. En la otra, un cigarrillo del que fuma lenta y placenteramente. Hace un gesto y coloca un libro inclinado sobre el portátil, como si lo dejara allí para verlo inmediatamente en cuanto vuelva. Luego, se levanta, apaga el cigarrillo y dice:

—Vaya, vaya, vaya…

El hombre sube las escaleras. Cierra la puerta. Espero. Oigo sus pasos en el piso superior. Luego, la puerta de la casa y el motor del coche que se aleja.

El mismo chirrido metálico de la verja. La música que dejó puesta concluye con violencia de violines.

Salgo de la bodega, me acerco a la mesa. Mis ojos se detienen inmediatamente en el libro que ha dejado inclinado, apoyado en el portátil. *Cazadores de Humanos*.

¿Es un mensaje? ¿Sabe que estoy aquí? ¿O, simplemente, se alimenta a sí mismo, su morbosa y tétrica pasión, dejando aquello que lo ha inspirado al alcance inmediato de sus ojos y de sus manos, deleitándose en su macabro goce?

Todos los libros que hay sobre la mesa tratan sobre el mismo tema: expresiones de la locura; asesinos en serie; Jack el Destripador… Diversas ediciones. En inglés y español. Diez libros. Todos subrayados, arrugados, usados hasta la náusea. Y *La Dalia Negra*, de Ellroy, en formato de bolsillo y los bordes retorcidos.

Abro el portátil. Ni siquiera tiene clave. Veo archivos con artículos, con textos bajados de internet sobre criminalidad y sociología. Uno de ellos se llama *The Ripper*. Artículos de periódico. La historia de sus crímenes en la prensa. *Podcats* de diversas emisoras con tertulias en las que se analizaron los crímenes.

Cuando salgo de la casa, sé que he descubierto la guarida de la Bestia.

Pero también sé que no tengo una sola prueba.

Agustín Gómez responde solícito a mi llamada. Después, se molesta cuando le comento que sé que estuvo en el hotel Caravan.

—Comisario… —comienza a excusarse débilmente, pero no continúa.

Cuando cambio de tema, se relaja y me lo cuenta todo: Fueron amantes, el hombre por el que le pregunto y Rita Oehlen. Una relación excelente durante un tiempo. Él lo hizo por interés, asegura. Ese hombre no da puntada sin hilo. Luego, ella se cansó de él. Decía que era muy mal amante y que como profesional era un desastre. La última vez que se vieron, en una convención del *holding*, lo puso en ridículo ante más de trescientas personas. Él nunca la perdonó.

Cuelgo. El último eslabón que faltaba: su amigo Damián le pide ayuda. Necesita dinero para aplacar a los rumanos.

Se lo da. Pero le pide algo a cambio. Entrar en las fiestas. Y lo hacen a lo grande. La idea de la pantomima del Destripador seguro que fue suya. Un juego macabro.

Allí conoce a Cristiana Stoicescu.

Robot vuelve poco después. Otro problema con la chica rumana. Y en ese momento todo comienza a forjarse en su mente. El hilo que va de Cristiana Stoicescu a su verdadero objetivo: Rita Oehlen. No puede asesinar a Rita directamente, pues sería inmediatamente sospechoso.

Además, se le cruza en su camino un loco de atar: Abdón Pascua.

Y el hombre recuerda el vídeo del Destripador. Una serie de asesinatos y un loco. Nadie sospechará, especialmente si es la última. Como quiere algo especial para ella, la serie de crímenes del Destripador se lo ofrece en bandeja: el último crimen es el más brutal, el de Mary Kelly.

Sólo un punto débil. Robot podría sospechar de él. Pero Robot es un criminal. Dos soluciones posibles: soborno o muerte.

Todo estaba decidido.

Hemos investigado pistas que provocarían risa de quienes lo supieran. Perros muertos. Granjas de cerdos. Hemos sospechado de todos los que nos rodeaban: de Jeofrey Hunt, del detective, de Carlos Arribas, del psiquiatra, de los rumanos, de Sisí.

Y resulta que la respuesta estaba a nuestro lado. «Mirarás, mirarás, pero no me verás», dijo. Y ha cumplido su palabra.

El único del que jamás se sospechó. El único que nos lo ha dicho siempre, en nuestra cara. Recuerdo ahora sus mensajes. Y ahora que lo sé comprendo que el descenso por este laberinto a lo más profundo de la naturaleza humana, allá donde el crimen, la explotación, el abuso y el dolor encuentran su más primigenia expresión, me ha reencontrado con el Mal. El Mal que ha sido siempre y que siempre será. La verdadera manzana prohibida del Paraíso es la carne humana: «No comerás a tu prójimo». Es el único y verdadero Mandamiento. La maldad sostiene la civilización, dijo alguien.

No me queda esperanza. No después de ver esto. No después de ver volar a hombres en pedazos sólo porque alguien se siente distinto. Después de eso no se puede creer en nada.

El mar me mira como un enemigo. Y una voz profunda me dice que no me haga ilusiones. Esto no es una lucha entre el Bien y el Mal. Ésa es una lucha ya acabada. No le importa a nadie. La voz me dice que yo no represento el Bien. Sólo es mi trabajo. No lo magnifique, comisario, continúa la voz. El Mundo es una pesadilla. Eso no cambiará por acabar con el Destripador.

Le tengo miedo, como los infelices le tenemos miedo a los hombres de éxito. Él vive la vida. Yo la soporto. Pero en él todo es mentira. ¿Qué ha quedado? La verdad: es un asesino. La verdad: la muerte. Al final, sólo la verdad resiste el tiempo. La verdad es dura como un diamante. Tarda siglos en formarse. La podemos envolver en piedra, en lodo, en plomo o en hormigón. Pero al final, ahí está. Deslumbrándonos cuando por fin tenemos el valor de mirarla.

Me pregunto si ellas se aparecerán en los sueños de su asesino, como aparecen en los míos. Diana Carolina Mieles limpió casas, limpió ancianos, recogió basuras, recolectó frutos, ¿qué más debía hacer para merecer respeto? Cristiana Stoicescu, Naima Medari, Sandra Okaka, Rosario Mínguez, no conocieron otra vida que la explotación. Comieron su carne.

Sé que mi vida no tendría sentido si no defiendo a todas las Cristiana Stoicescu de este mundo; a todas las Diana Carolina Mieles, a todas las Naima Medari, a todas las Sandra Okaka, a todas las Rita Oehlen, a todas las Rosario Mínguez de este maldito mundo.

La Ley es como un dique. A veces te salva; a veces te ahoga. Hay que abrirle respiraderos para que la traspase la Justicia. No debemos verlo todo. No debemos saberlo todo. Si fuéramos conscientes de todo lo que nos rodea, no podríamos soportar el horror. No es una limitación; es una medicina.

Recuerdo entonces la mano del asesino en la casa de Rita Oehlen. Las yemas de los dedos juntas que de repente se separan: *puffff*.

El único que lo sabía nos lo dijo y no supimos verlo: «No eres un tío legal, cabrón».

Décima planta de un edificio en la City. Mientras asciendo en el ascensor exterior puedo comprobar que la torre vecina es la que pertenece a la empresa de Rita Oehlen. La veía a diario, en la distancia, alimentando el odio, el placer anticipado del final que pergeñaba en su mente.

Ella lo humilló. Y había de pagar.

La ascensión en el ascensor panorámico le confiere a lo que voy a hacer un aire mesiánico, casi religioso. Veo cómo la tierra y el horizonte se abren ante mí como si acabara de llegar a la Tierra Prometida. Toda la costa a mis pies, la inmensidad serena del Mediterráneo allá abajo, elevándose la línea recta de su horizonte al mismo tiempo que se eleva mi cuerpo y me acerco al Infierno, que no está bajo tierra, como nos contaron, mintiéndonos como lo

que éramos, unos niños, sino allí donde se divierten los dioses a nuestra costa. Mi ascensión no es a los Cielos. Es al Infierno.

Unos pasillos lujosos hasta una puerta de madera junto a la cual hay una placa dorada, iluminada, donde consta su nombre escrito con caligrafía clásica. Me recuerda las placas de la era victoriana, esa que él ha rememorado de forma macabra.

Entro sin llamar y me encuentro con un vestíbulo ocupado por una mesa ante la que se sienta una secretaria que parece salida de un sueño erótico. Me pregunta qué deseo, pero no respondo. Cruzo la habitación y abro la puerta, seguido por la escandalizada muñeca que ni siquiera se atreve a gritarme para no mancillar la inmaculada pulcritud del ambiente.

El Dandy me observa desde su mesa. Un despacho elegante abierto a un gran ventanal que ocupa toda la pared. La mesa a la que se sienta es alargada y curva, una línea pura de acero y cristal. Sólo una pantalla de ordenador ocupa su prístina limpieza. Hay estanterías distribuidas por las paredes, ocupadas por lomos de gruesos libros de Derecho.

—No se preocupe. Puede retirarse —le dice a su escandalizada secretaria —. Dile a todo el mundo que se pueden ir. Los atenderé en otro momento.

Ni siquiera me he dado cuenta de que hay gente en la sala de espera.

—¿Cómo…?

—Que se vaya todo el mundo. El comisario y yo tenemos que comentar algunos asuntos privados. Márchese usted también.

La secretaria acata la orden y cierra la puerta.

—¡Comisario! Tenía que haberme avisado de su visita.

Se levanta y camina hacia mí, abrochándose con gesto elegante un botón de la chaqueta. Viste un traje oscuro tan severo que parece negro. Una corbata azul aligera un poco el aspecto y calza unos zapatos negros que brillan tanto que parecen sacarle lustre al parqué. Alarga su mano hacia mí. No soy capaz de tocarlo.

Se vuelve y dice:

—Aunque no sé si su visita es lo más correcto, dadas las circunstancias. Por eso les he dicho a todos que se vayan. Imagino que está usted afectado por lo que está pasando y no quiero que nadie oiga lo que tenga que decir para que no haya testigos molestos. No quiero perjudicarle más de lo estrictamente necesario.

Oigo un rumor al otro lado de la puerta y unos segundos después el bufete del Dandy se queda en completo silencio.

—Siéntese, por favor —me invita, desabrochándose el botón de la chaqueta y dejándose caer sobre el sillón al otro lado de su mesa de despacho.

No puedo dejar de mirarlo. Perplejidad.

—Bien, comisario. Antes de que diga nada de lo que pueda arrepentirse, debe saber que he hablado con el fiscal, quien, por cierto, lo aprecia mucho. Ambos estamos de acuerdo en que mi cliente, Vicente Lapuerta, es un indeseable. Y también estamos de acuerdo en que la denuncia que hube de ponerle por voluntad del señor Lapuerta será archivada en un plazo de… digamos no más de un mes. Ambos comprendemos la urgencia que lo acuciaba en aquel momento de la investigación y que… en fin, entendemos que se pasara un poco. Luego, le diré a mi cliente que no he podido conseguir más y todo se olvidará.

—No vengo por esa razón —replico.

Ni siquiera lo recordaba. Mi mente entera la ocupan el Destripador y sus crímenes. La urgencia de verle el rostro ahora que lo sé. No puedo dejar de sorprenderme al comprobar que es el mismo rostro, los mismos rasgos, las mismas expresiones. Como si hubiera esperado que la Bestia se mostrara y que ya no hubiera cara de hombre. No sé si estoy sorprendido o asustado.

Me veo levantándome, alargando la mano con la Glock asida con fuerza y sin el menor temblor, apuntándole a la cara, apretar el gatillo, tan dulce, y la explosión de su rostro me inspira paz. Lo veo ahí, insultantemente bien parecido, indecentemente favorecido por la naturaleza, y autor, por alguna incomprensible razón, de los crímenes más horribles. Me muevo entre el espanto y un psicótico ataque de risa histérica y loca, como esos que nos asaltan en los momentos de terror insoportable.

—Lo sé —me veo diciendo, casi lastimeramente, casi como un alumno que descubre que su maestro es un pederasta.

—¿Qué sabe, comisario? —responde sonriente, mirándome a los ojos con una fijeza que excluye cualquier duda, cualquier vacilación. Ni parpadea. Su frialdad me hiela los huesos, a pesar del calor arrebatador que me hace sudar.

—Eres el asesino. Eres el Destripador.

Gonzalo Santana, el Dandy, el hombre de éxito que siempre aparece con los mejores coches, con las mejores mujeres, el tipo con más clase, el más culto, me mira lenta y perezosamente, como si le aburriera la acusación de un triste comisario de policía.

Pulsa un botón del teclado de su ordenador y vuelve su mirada hacia mí. Comienza a sonar una música de violín que identifico enseguida.

—¿Sabe qué música suena, comisario?

El Dandy se levanta. Se dirige a un mueble situado al otro extremo de la habitación y abre sus puertas. Llevo mi mano a la Glock, pero cuando se vuelve lo que lleva en la mano es una botella de *whisky*, unos vasos y una caja de puros.

—Hoy la he puesto en mi casa cuando he ido. Es el *Trino del Diablo*, de Tartini. Me entusiasma. ¿Sabe por qué?

Lo miro fijamente mientras se sirve un vaso de *whisky*. Me sirve otro que empuja hacia mí. Luego, lentamente, prende un puro.

—¿No fuma, comisario?

Echa el humo lentamente, como si sólo existiera él en el mundo.

—Me gusta —continúa— porque, en contra de lo que se pudiera pensar, no es una música triste ni tétrica. Al contrario, podrá comprobar su dulzura, la alegría casi exultante en algunas notas. De una belleza… violenta.

Bebe de su vaso.

—Como la maldad.

Chasquea la lengua y luego prosigue:

—La he puesto en mi casa porque la considero una excelente bienvenida. Y he tenido la sensación de no estar solo. ¿No habrá estado usted hurgando en mis cosas, comisario?

Sonríe mientras me lo pregunta, con una mirada tan profunda que me estremece. El individuo que todos considerábamos un gilipollas afectado, un quiero y no puedo, un aristócrata vocacional, un soberbio a veces ridículo, nos ha engañado a todos, ha engañado al mundo, ha mostrado una faz que volvía inimaginable su verdadero rostro. Recuerdo ahora lo que decía en su diario: «¿Cuándo fui consciente de mi verdadera naturaleza?». Recuerdo el deleite que mostraba cuando su verdadero yo aparecía: el de asesino, el Mister Hide sin conciencia. Siento un sudor gélido en las manos.

—Bueno, conociéndolo, comisario, sólo sería un delito más de los cometidos por usted. ¡Bah! No tiene importancia. Lo consideraré… Un halago por su parte. Que considere que he sido capaz de llevar a cabo todo un plan… En fin, ¿qué puedo decir?… Perfecto. Sí. ¡¡Perfecto!! Sin duda alguna.

Vuelve a beber y a fumar, sonríe, deja vagar su mirada por el paisaje inmenso a través del ventanal.

—En fin, volvamos al presente. A nuestros respectivos roles… No piense disparates, comisario. Tienen un culpable. Alguien que no tiene coartada para esas noches. Y que ha confesado. Y en cuyo poder se han encontrado pruebas concluyentes. Afortunadamente, estamos en un país en que no hay pena

capital. De lo contrario… —hace un gesto con los dedos de cortar el cuello acompañado de un chasquido de su lengua.

Su burla me hiere como un cuchillo. Me atormenta tanto que por fin puedo comenzar a sentir lo que tengo que sentir: odio.

—¿Por qué piensa tal cosa? Daría cualquier cosa por saberlo. Porque, aparentemente, comisario, si fuera yo el culpable, cosa que no admito, claro, habría cometido el crimen perfecto. No sólo salir indemne, sino que otro sea el culpable a los ojos de la justicia y que pague por mí.

—Abdón Pascua es incapaz de hacer daño a nadie. Sólo es un infeliz esquizofrénico al que ha manipulado. Y al que sigue manipulando ahora.

—No se manipula diciendo lo que hay que hacer, comisario. Le falta sutileza. Me decepciona usted. Se manipula sugiriendo, no ordenando. Pero, insisto: necesito saber por qué piensa que detrás de todo esto estoy yo.

—Fue a ver la casa donde asesinó a Cristiana Stoicescu con la excusa de estar interesado en su compra. Sólo quería reconocer el terreno. Se alojó en el hotel Caravan para reconocer el terreno. Y odiaba a Rita Oehlen.

—Ja, ja, ja. ¿Eso es todo lo que tiene?

Continúa riendo hasta que se le llenan los ojos de lágrimas.

—También sé lo que hicisteis Damián, su primo Javier y tú cuando erais jóvenes. La relación que teníais. Tú eras el tercero. Ellos dos están muertos.

—Malas amistades de juventud. Eso es todo.

—El cuaderno de notas de Damián. Te señaló.

Piensa un segundo y luego sonríe:

—No lo creo.

—Y te han reconocido.

Ahora me presta atención. Se vuelve hielo él también.

—Radu no fue solo a esa fiesta donde interpretaste por primera vez al Destripador. Había un matón en el coche. No lo viste. Pero él a ti sí. Está lejos de tu alcance. Y dispuesto a jurar sobre la Biblia.

Por primera vez veo una duda en su expresión repentinamente seria. Su rostro se tensa. Su mirada deja de ser divertida y me observa agresivo. Luego, deja el vaso sobre la mesa y fuma, pero ahora no hay disfrute en su pose.

—¿Ha venido a detenerme?

Ahora soy yo el que sonríe. No puedo decirle que no puedo detenerlo porque no tengo pruebas. He mentido. Bogdan no podría jurar que era él. Y aunque así fuera, porque Bogdan lo haría por un buen trato, lo vio durante la grabación de un vídeo, no mientras cometía un crimen.

Debe pensar lo mismo, porque se rehace.

—No, comisario. Está mintiendo. No tiene nada. De lo contrario, no habría venido solo, habría traído el séptimo de caballería. Y las cámaras de televisión para que vieran al héroe en acción. Ja, ja, ja. No, comisario, no tiene nada.

Se sirve otra copa de *whisky*.

—¿No me acompaña?

—No tengo nada que celebrar. Ha muerto mucha gente.

—No se engañe, comi. Vivir sólo es posponer la muerte.

—Si vuelves a llamarme así te mato.

Abre los brazos en cínica disculpa.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué se hace algo así?

Me observa. Ríe sin hacer ruido. Luego da un trago.

—Lo que voy a decir es pura especulación. ¿Me está grabando, comisario? Ja ja. Bueno… Como es pura especulación, aventuraré una opinión, digamos… autorizada.

Está tan satisfecho de sí mismo, ahora que por fin alguien conoce la verdad, alguien que puede admirarlo, que puedo ver en él con asco un goce casi sexual.

—El mal es tan necesario para la sociedad como las bacterias para el organismo. Pregunte a un médico si quiere un cuerpo sin bacterias. Lo integra y lo moldea. El mal dialoga con la sociedad. De ahí su fascinación. El mal es un síntoma, un exceso, un absceso. El mal es, comisario, una metáfora. El amor, ¿no se ha fijado?, es caótico, irracional. El mal trae la razón y la cordura. Prometeo entregó el fuego a los hombres y gente como el Destripador ilumina el camino de los hombres. *The Ripper* es un símbolo, un mito que explica y desahoga, una válvula de escape del mal soterrado que nos rodea. El asesino es un chivo expiatorio, cuyo castigo sana la sociedad. El asesino es tan necesario como el sacerdote. ¿Qué podemos espera hoy en que nadie cree en nada, nadie teme nada, nadie piensa en nada, nadie ama nada y nadie llora por nada? E…

Hace un gesto teatral, un giro de su brazo sobre su cabeza que quiere abarcar el horizonte que se ve a través de los ventanales.

—¡¡¡Ahhhhh!!! ¡¡¡El deseoooo!!! ¡El deseo! El Deseooooo.

Sorbe un trago de *whisky*.

—No hay nada más poderoso que el Deseo, comisario. Es tan poderoso que no puede agotarse en un solo acto. Cuando ese Deseo es… metafísico…

requiere algo mágico, grandioso, definitivo. Algo que sea…

Deja el *whisky* sobre la mesa, junta las yemas de los dedos y luego los abre repentina y dulcemente. Veo los intestinos de Rita Oehlen en esos dedos.

—¡¡Delicuescente!! ¡¡Sublime!!

Recoge su copa y da un trago. Luego fuma del puro, al que cuesta ahora prender de nuevo. Aspira con fuerza hasta que traga humo que luego expulsa lentamente.

—Se mata para vivir, comisario. Se destruye lo más valioso, la vida, y se construye lo más misterioso de la vida, la muerte.

Fija en mí sus ojos. Una expresión enajenada. Casi creo entrever una pizca de súplica, de interés en ser comprendido.

—Recuerde lo que dijo Ted Bundy: «Quiero poseer la vida. Y quiero poseer la muerte».

—Eso es basura —le grito—. Vas a responder por tus crímenes.

—¿Ante quién? ¿Ante Dios? No me decepcione, comisario.

—Ante la Justicia, ante la sociedad, ante tu familia, ante tus hermanos, ante tus vecinos.

—Se equivoca —ataja—. Ante nadie. No se responde ante nadie. Son todos tan pequeños, tan… contingentes… A veces, siento decírselo, no se responde ante nadie. Sobre todo, si eres lo suficientemente listo. Mire por esa ventana —señala el horizonte—. ¿Qué ve, comisario? Usted, sólo tierra y mar. Casas, coches, gente. Hay quien ve algo más: ni uno sólo de esos seres detendría el tiempo ni una décima de segundo. Su muerte es intrascendente. Tanto como estos cigarros que nos estamos fumando. Tal vez… ese hombre que ha cometido esos crímenes vea el Infinito y la Nada.

—Nuestra respiración, nuestras emociones, lo llenan todo. Le dan un sentido y un significado. Tu filosofía barata sólo es mierda para justificarte ante ti mismo. Eres basura humana. Un defecto de la naturaleza.

—No se ponga tan trascendente. Sólo estamos hablando en hipótesis, comisario. Recuerde que yo no he admitido ser el Destripador.

—Me da igual lo que admitas. Lo sé.

Tengo la mente tan llena de odio por ese hombre que no puedo pensar, no puedo sentir otra cosa que el anticipado placer al imaginar cuando acabe con su vida.

El Dandy vuelve a llenar su copa. Su mirada se vela de ensoñaciones durante un largo silencio.

—¿Estás dispuesto a confesar aquí y ahora? Te doy una única oportunidad.

Coloco el iphone entre los dos. Me mira mucho tiempo, pero ahora no me ve, perdido en sus pensamientos. Por un momento tengo la esperanza de que lo admita, de que confiese sus terribles actos. Casi lo siento, porque tengo la sensación de que sólo hay un castigo justo.

—Soy un hombre de leyes, comisario —comienza. Pero ahora su tono es lento, pausado, lejos del aire ufano de unos minutos antes—. Conozco su futilidad. No hay más Ley que nuestra carne y nuestra sangre. No hay más religión que mi cerebro.

Pierdo la esperanza de que confiese. Su discurso, aunque ha variado el tono, es la misma mierda que destila ese cerebro enfermizo y maligno. Mientras habla miro al hombre al que voy a asesinar. He disparado a otros hombres, he herido a algunos. Pero jamás he asesinado.

—Los hombres, cuando lo tienen todo, ya no saben qué hacer con su vida —continúa—. El objeto de nuestro deseo siempre nos engaña, juega con nosotros como un espejismo. Cuando lo acaricias con los labios, se esfuma —hace el gesto con los dedos—. *¡Plash…!*

Juro que le cortaré esos dedos.

—Que la injusticia sea el modo común de vida en el mundo no te justifica.

—¿Ha visto con qué deleite ve nuestra sociedad ahíta de placer y comida un espectáculo como estos crímenes? Es obsceno, comisario. ¿Se imagina esto en una zona de África con gente muerta de hambre y de terror por las matanzas? Allí no pasaría de ser una anécdota. Esta sociedad que se regodea en la violencia y la humillación, que las mira buscando la redención, al final ha comprobado que, en el fondo, le gusta, le entusiasma. No, comisario. No conseguirá que confiese. La vida seguirá. Y esta conversación se perderá en el aire y en la memoria. Como todo.

—La vida no seguirá para ti. Si te detengo todo esto habrá acabado. Tu despacho de lujo, tu prestigio, tus grandes casas y tus coches, tus mujeres.

Sonríe. Vuelve a su cara la expresión confiada y retadora. Se encoge de hombros.

—Tengo dinero, comisario. Sólo conseguiría que me fuera de aquí. Pero hay muchos lugares en el mundo mejores que éste. Y en los que puedo hacer… digamos… cosas interesantes con menos riesgo de encontrar personas como usted.

—Seguirás matando —no es una pregunta, es una afirmación.

Se sirve otra copa. Vuelve a prender el puro. Vuelve a ser él mismo.

—Comisario, el Destripador no ha podido disfrutar sus crímenes. Si acaso, el último. Demasiado rápidos, demasiada precipitación, demasiado

riesgo. Tal vez algo más… tranquilo.

Se queda pensativo un instante y continúa:

—Me gusta la imitación. ¿Recuerda al Asesino del Zodiaco? Nunca lo cogieron. Otro mito. Pero el que más disfrutó es BTK Radder, ¿no cree? Al final fue tan estúpido que se dejó coger. Pero estuvo durante años disfrutando sus crímenes. Y se tomaba su tiempo. Ya lo creo. Atar, torturar, matar, era su lema. Un mito menor porque se dejó coger. Je, je, je.

La risa que me enviaba en sus mensajes.

—Atar, torturar, matar. Hombres, mujeres, niños. Sin distinción ni límites. ¡¡Grandioso!!

He de contener una arcada. Evitarle la satisfacción de mi horror.

—No ponga esa cara, comisario. Esta conversación no es más que un juego, hablamos de hipótesis, de cosas… irreales. Recuerde que sólo estamos actuando como diletantes. Nada de esto…

—No te oigo. Estoy hablando con un cadáver.

Me levanto. Pronto será otro cadáver. No estoy seguro de si sufrirá mucho o no antes de palmarla. Pero la palmará. Es una certeza inexorable.

—Mirarás, mirarás, cuando vaya a matarte, pero no me verás.

es lo que descubrí en ellas
ntras las destripaba, comi?
leza. La belleza que jamás tuvieron
mportante es lo de dentro
iiiijijiiiiji

oy tan cansado de mi papel respetable
ldito doctor Jekyll
ún día también te mataré
e los ojos de todos… cuando sepan…
la vez soy menos éste que veis, comi
la vez soy más mi cuchillo

35

Toda la conversación flota en mi mente como la conciencia confusa de una pesadilla. He de convencerme de que estoy despierto. He ido a la playa con una botella de ginebra en la mano. Bebo a morro mientras esquivo los cadáveres de los peces que las aguas comienzan a arrastrar. El crepúsculo sangriento se refleja en las escamas plateadas lamidas de aguas ya negras. Las gaviotas chillan como brujas pellizcando los cuerpos. La noche se llena de una locura incomprensible, espeluznante.

Me dejo atrapar por una bruma espesa que avanza lentamente, como un ejército de sombras. Todas las luces se difuminan como en un sueño. La humedad me envuelve. Oigo el oleaje y los gritos subterráneos de las gaviotas. Me dejo inundar de ese horror tan profundo que sé que no podré salir indemne, que jamás volveré a ser el mismo hombre. Acuden a mi mente los rostros de las mujeres asesinadas, de Damián, de Javier Macías. Me gritan desde algún lugar muy oscuro y profundo. No sé lo que piden. Tal vez justicia. Tal vez venganza. No podré vivir con ese peso.

Enciendo un cigarrillo para quemar mi cuerpo que arde de frío. Vuelvo a oír la grabación de la conversación que he hecho en un segundo teléfono. Vuelvo a oír la voz de la Bestia negando, luego jactándose, jugando conmigo a que sepa la verdad y que la verdad sea inútil. Jugando a atormentarme, como ha hecho desde el principio. Un tormento imposible de soportar. No puedo detenerlo. No tengo una sola prueba. Se reiría de mí. Apenas un par de indicios y una conversación equívoca en la que no ha admitido nada. Más juego. Ni siquiera aunque pesara sobre él la sombra de la duda podría hacerle daño. Tal vez… No podía permitir que nadie lo supiera. Ahora lo comprendo. Su arrogancia. Su soberbia. No podían permitir que esa obra maestra del crimen muera con él. Necesitaba que alguien supiera. Que yo supiera. Para que muera cada día un poco más de impotencia, de rabia, de dolor.

Me mortifica no comprender qué puede conducir a un hombre a ese Mal gratuito, innecesario, grotesco, salvaje. ¿Perversión, locura, odio? Es un misterio oscuro, negro, profundo, en el que soy incapaz de penetrar. Sólo sé que me espanta mucho más por ello, porque no encuentro la razón, porque está mucho más allá de donde puedo llegar, porque se convierte así en algo insólito y primigenio, tan distante como si fuera de otro mundo. Sufro

escalofríos. Miro el cielo, que arrastra nubes negras como presagios. Nubes gordas como pecados. Nubes pesadas como una conciencia de plomo.

¿Qué hizo Abberline? Tal vez el verdadero Jack el Destripador fuera John Druitt. Nadie puede pensar que los crímenes cesaran por voluntad del asesino. Un asesino así no deja de matar. Jamás. Como no lo hará él. Ya disfruta pensando a qué terrible asesino imitará en el futuro. Hombres, mujeres, niños. Cualquier ser humano que desee matar, matará. John Druitt, el joven abogado que apareció ahogado en el Támesis con la cartera repleta de dinero y una carta. ¿Quién sabe? Tal vez convenga que esto acabe de la misma forma. En silencio. Una muerte silenciosa. Un inocente que será condenado y que será feliz de serlo porque así enviará su delirante mensaje al mundo. Un mundo que se quedará tranquilo de que el asesino no es un digno y respetable ciudadano, sino un loco en el ejercicio de su extrema locura. Un mundo que respirará sereno y se dirá que ese loco no es la sociedad en la que vive, sino un elemento anómalo, una célula podrida. El mundo podrá continuar mirándose en el espejo. ¿Qué podría darles saber la verdad? Nada.

Tiro la botella al mar. La humedad me congela los huesos. Interrumpe mis pensamientos. Pero he de prepararme. He de vencer el terror. Acabar con el terror. Asesinar el terror. Y luego… ¿luego?

¿Qué seré yo luego?

Fumando hasta la madrugada. Mirando el mar, aunque no veo más que negrura. Oyendo la lluvia que parece haberse desatado con furia de dioses caprichosos.

Me visto completamente de negro y busco el pasamontañas de los momentos oscuros que no quiero recordar. He revisado la Glock y llevo otro cargador. Un cuchillo. Una grabadora. Una pistola eléctrica. El pentotal. ¿Qué pretendo? ¿Sacarle una confesión? No serviría ante un Tribunal. Aun así, necesito la confirmación de su propia voz.

Me pregunto cómo será. Si el aterrador será aterrado. Si sentirá el mismo terror que él ha inspirado. ¿Se resistirá? ¿Intentará matarme?

Viejas reticencias conducen por mí. Detengo el coche ante la fachada de la catedral. En la noche, su fachada iluminada pone acentos de siglos, de belleza, de esperanza. Las luces se reflejan en la vidriera y colorean la noche más oscura. La lluvia se estrella en el empedrado con parsimonia. Brota luz de una puerta lateral.

Doy pasos bajo la lluvia. Dejo que me empape. Dudo si atravesar ese umbral. Tal vez haya venido sólo por cobardía. Tal vez ahí se quiebre mi voluntad.

Entro en el silencio. Penumbra de cirios encendidos. Fanales púrpuras. Una luz que da paso a la sacristía. La techumbre mozárabe y altísima que inspira elevados sentimientos, esos que huyeron de mí hace tanto. Capillas laterales sumidas en la oscuridad donde reposan imágenes de vírgenes y de santos a los que he visto pasear por la ciudad en Semana Santa.

Siento que ya no es mi casa.

Soy un hombre de violencia.

Siento que es la casa del Padre, a la que en algún momento he de volver.

Pero no esta noche.

¿Podré volver tras el crimen?

No toco el agua bendita. Un asesino no debe hacerlo. Es una blasfemia.

Tomo asiento sobre un banco corrido de dura madera. Oigo un siseo a mi espalda. Sólo penumbra.

Miro el altar. El Cristo Crucificado. Él también sufrió. Si lo hizo Él, ¿no habrá de hacerlo el asesino? Ése que lleva en sí el doble estigma: la perfección corrompida del Diablo, que recuerdo de mi infancia, cuando aquellas enseñanzas asustaban tanto como enseñaban.

«¿Y si cada uno de nosotros eliminara un ser dañino? ¿Iría contra Dios?».

Recuerdo la pregunta. La difícil, imposible pregunta que nos hacía el sacerdote.

«El cielo todo lo acalla» —respondería, sabia, Diana Carolina Mieles.

Esa frase que encierra la esperanza de una misericordia infinita.

«Hubo un tiempo de crimen. Y hay un tiempo de castigo» —recuerdo.

Me vuelvo bruscamente y descubro un rostro a mi espalda. No hay más que rostro. Cerúleo, lívido en la penumbra que lo rodea. Sigiloso, se ha sentado unos bancos más atrás. Se me hiela la sangre en las venas. Cómo sé que se helará en unas horas. Cuando haya de culminar el trabajo que me he impuesto.

—¿Qué necesitas, hijo?

La voz del anciano a mi espalda. Continúo mirando el altar. La única luz que nos ilumina. Pero tan lejana que apenas somos sombra.

—Hay una ecuación entre el bien y mal en el hombre simétrica al bien y el mal en la sociedad —digo, poniendo en palabras pensamientos que ni siquiera sospeché que tuviera.

—Como fiera que te codicia —musita palabras el sacerdote.

Un rostro lívido en la oscuridad. Su sotana oscura se confunde y parece un fantasma, el que sé que me perseguirá cuando sea, yo también, un asesino.

—Como fiera que te codicia atrae el Mal. El Mal es la ausencia de Bien. Allá donde no hay Bien, reina el Mal. Haz el Bien, hijo. Siempre se puede hacer el Bien.

—El hombre no tiene solución —digo, como si no lo hubiera oído—. Jamás será mejor. Nada lo hará mejor. Si no lo han conseguido las religiones, nada lo hará.

Me levanto.

No miro atrás.

Cuando vuelvo al coche, no estoy seguro de que haya sucedido realmente. No estoy seguro de haber estado allí adentro o de sólo haber visto la luz que cae sobre la calle. No estoy seguro de haber entrado y de haberme sentado en un banco y de haber hablado con un fantasma.

Sólo sé que estoy mojado de lluvia. Que tiembla mi cuerpo de frío. Que el ruido del motor me recuerda que tengo una cita con un misterio de iniquidad que ha de morir para que vuelva a haber luz.

Un viento racheado arrastra el agua que golpea el parabrisas con estruendo.

¿Habrá creído mi amenaza? ¿Me esperará? ¿Imaginará que voy por él esta misma noche?

¿Afrontará la muerte o suplicará por su vida? ¿Se arrepentirá en el último momento del mal que ha hecho?

¿Seré capaz de hacerlo? ¿Seré capaz de torturarlo?

Dejo el coche en una vereda que conduce a otras casas, escondido tras unas chumberas y unos eucaliptos, sobre el barro de una rambla. Noche y oscuridad. Lluvia y viento. Soledad. Una soledad definitiva. La mancha blanca de las casas del pueblo, allá en lo alto, como un castillo lejano y abandonado, como un lugar de otro mundo.

Camino por los campos. La lluvia me golpea la cara. Tanta lluvia que tengo que quitármela de los ojos a cada paso. Atravieso bancales anegados de agua, diminutos bosques de pinos y palmeras.

Salto la tapia de la casa. Una luz en la fachada. El resto, oscuridad.

De un salto caigo junto a las piedras. Me postro ante ellas. Las toco. Como si tocara los cuerpos asesinados. Cristiana Stoicescu. Diana Carolina Mieles. Naima Medari. Sandra Okaka. Rita Oehlen. Rosario Mínguez. Damián Albor. Javier Macías. El tacto de las piedras me devuelve su recuerdo. Incluso el de aquéllos que merecían un castigo.

El ruido de la lluvia amortigua mis pasos. Doblo la esquina de la casa. Sólo una ventana tras la cual hay encendida una luz. Una estancia vacía. Aparcado, el Range Rover de Gonzalo Santana. Vuelvo a la parte trasera para subir a través del patio hasta el tejado.

Cuando voy a elevarme una fuerza descomunal me retiene. Mi columna se retuerce como goma. Un quejido. Un lamento quebrado. Un dolor profundo. Una mano tapa mi boca. Ahoga un grito. Lucho. Me giro intentando desplazar el cuerpo que me apresa. No puedo respirar. La mano me asfixia. Sólo alcanzo a ver una capucha negra tras la que unos ojos oscuros me miran mientras una mano implacable me apuñala.

36

Esa sensación extraña de los cuerpos ahogados, cuando parecen un muñeco ingrávido, sin peso, mecidos en el agua. No lo reconozco. Boca abajo, parece que buscara algo en el fondo de la piscina. Un fondo de cuadrículas blancas y azules, deformado por las aguas que refractan los rayos del sol que comienza a colarse entre jirones de nubes.

Tengo la boca tan seca que me es imposible recordar su humedad habitual. Provocar saliva y tragarla es una tortura. Mi cerebro insensibilizado comienza a despertarse, a pesar de que llevo una hora levantado, emergido de un sueño tan espeso que todos mis recuerdos parecen escondidos tras una bruma casi sólida. Replica en mi mente, incontroladamente, ese Trino del Diablo que el asesino me dedicó en dos ocasiones. Comienzan a agolparse los recuerdos, a encajarse unos en otros. La noche. Humedad y oscuridad. Temor y luego…

No miro a mis hombres, a mi lado. Los mismos que esta mañana han ido a mi casa a sacarme de la cama, a meterme en la ducha a manotazos, porque la espesura del sueño químico que he dormido, casi un coma, parecía haber adormecido mis sentidos para siempre. Me han traído para ver el final inesperado del asesino. El Dandy no debería estar ahí, colgado del agua con las piernas y los brazos abiertos. Vestido con las mismas ropas que llevaba cuando estuve con él. El Dandy debió morir a mis manos. Alguien me ha hurtado mi primer crimen. Y no sé si sentir alivio o decepción. No hay confesión. No hay redención. No hay libertad. Siempre estaré preso de sus crímenes. ¿Hubiera conseguido mi liberación de haberlo asesinado yo?

—El suicidio perfecto —comenta Malasaña.

Los agentes se mueven de un lado a otro de la casa. No han encontrado nada. Ni una carta. Ni una prueba. Pero todo lo observan con curiosidad. Tienen la imagen del triunfador que ahora no es más que un cuerpo inerte en el agua quieta de la piscina. No sienten terror ante su cadáver. Sentían terror ante los cadáveres de las mujeres. Ante el cadáver de Robot convertido en un monstruoso insecto.

—Escaso castigo para lo que merecía —comenta López.

Llega la comisión judicial con el forense. Esta vez evitan los dramatismos que se sucedían ante cada uno de los cadáveres que iba dejando a su paso.

Aunque miran con recelo el cadáver del abogado al que tan bien conocían, del abogado que les provocaba una mezcla de envidia y desprecio. De ese triunfador que se paseaba por la vida de la ciudad acompañado de los estandartes de sus conquistas: mujeres de lujo, coches de lujo, ropas de lujo, relaciones de lujo. Ahora es tan poca cosa…

Se preguntan cómo ha podido suicidarse un hombre como él, tan seguro de sí mismo. Un hombre que jamás había dado el menor síntoma de depresión. Un hombre en la cumbre de su éxito.

—Esto no debía acabar así —comento a Malasaña y a López, alejándonos de los hombres que han sacado el cuerpo de la piscina tras fotografiarlo, del forense que se inclina sobre el cuerpo para certificar lo que todos sabemos que será su conclusión: suicidio.

—¿Fuisteis vosotros? —les pregunto.

—¿Nosotros? Jefe. Estábamos con usted anoche. ¿No lo recuerda? ¿Tanto bebió? —dice Malasaña con una risa siniestra.

Me quedo mirándolo, pero seguramente mi mirada es la expresión casi ausente de un borracho tardío con resaca más que la mirada dura que pretendo.

—Incluso nos detuvo un coche de la policía local y lo vieron a usted durmiendo en el asiento de atrás —añade.

—Mojado como un pez. ¿A quién se le ocurre emborracharse y quedarse bajo la lluvia, jefe? —concluye López.

Comienzo a comprender. Durante un segundo me pregunto quién.

No puede haber otra respuesta.

—¿Cómo?

Ninguno me mira. Se encienden sus cigarrillos y parecen casi tan divertidos como niños pícaros. Hubieron de seguirme durante todo el día de ayer y sacaron sus propias conclusiones. Aunque no se lo dije, sabían lo mismo que yo. Mis pasos los condujeron hasta él. En cierto modo, lo he matado. Sólo tuvieron que esperarme y quitarme de en medio. Luego, él haría el trabajo. Un trabajo completamente profesional.

Miro el cuerpo por última vez. Hay una naturaleza humana. Y no es ésa. Me niego a aceptarlo.

Un agente que estrena uniforme bajo una cara de niño se acerca y pregunta:

—Comisario, ¿de verdad era el Destripador?

—Que le den por el culo —digo, tirando el cigarrillo al suelo y marchándome de esa casa de pesadilla.

No podíamos acabar en otro sitio. He dedicado el día a ordenar mis pensamientos. A intentar que mi cabeza vuelva a sentirse a sí misma. Tras una comida ligera y una siesta provocada, he despertado casi completamente. No quiero saber qué me inyectaron cuando yo creía que el asesino me apuñalaba. Pero no era la hoja sangrienta y carnívora de un cuchillo sino la aguja lenitiva de quien te evita un mal para cargarlo sobre sus propios hombros.

Tres hombres me esperaban anoche, bajo la lluvia y la oscuridad. Tres hombres que ya habían pergeñado su plan. Que no me iban a dejar solo. Que iban a impedir que cometiese un crimen. Que iban a buscarme una coartada por lo que pudiera pasar.

Me pregunto si tengo derecho a reprochárselo. ¿Hay alguien que tenga amigos capaces de cometer un crimen por él?

Cuando entro, ya están los tres allí, esperándome. Y eso que he adelantado la hora de llegada para estar a solas con Mike. Pero no están seguros de mi reacción. Temen que me pelee con Mike, aunque estoy seguro de que acabaría conmigo con una mano a la espalda.

Enseguida se levanta López y cierra la puerta del Baria City Blues. No está abierto a un público que nunca viene.

Los tres observan mi rostro, endurecido por el malestar provocado por la droga que me inyectaron, endurecido porque no sé siquiera cómo reaccionar, qué decirles, qué hacer.

Como siempre, Mike se levanta, vestido impecablemente de negro, y trae unas cervezas y algo para picar. Mientras lo hace, se dirige un momento al equipo de música y comienza a sonar una música que reconozco enseguida: *El trino del Diablo*.

—Rompes tu norma.

—Es un día especial —reconoce.

Como en silencio. Bebo una cerveza en silencio. No es el momento. Todos comen y beben en silencio. Ni una sola palabra.

Un rato después, Mike se lleva los restos de la cena y vuelve con los *gin-tonics*. Cuando doy el primer trago, las palabras salen de mi boca.

—¿Qué mierda me metisteis anoche? Llevo todo el día con el puto dolor de cabeza. Y alguno, me imagino quién, estuvo a punto de partirme la columna —miro a López.

Siento cómo sus miembros se relajan. Cómo escapa el aire contenido de sus pulmones. Cómo respiran, aliviados. López sonríe. Se tapa la boca con la

mano para ocultar su expresión de una forma tan inocente como un niño gordito se reiría al ser descubierto habiendo comenzado el pastel.

Ya no soy su enemigo.

—Me pregunto si matarlo me hubiera liberado.

Todos beben y se miran a los ojos.

—No tenías por qué soportar esa carga —alega Mike.

—Era mi carga —replico, súbitamente enfurecido.

Malasaña y López se tensan como cuerdas de guitarra. En cambio, Mike se relaja.

—Tú eres policía. Has hecho tu trabajo. Lo que quedaba por hacer no era para ti.

—¿Y ellos? Se han visto involucrados.

—Sólo impidieron que su jefe hiciera una tontería. Te hubieran cogido. Hubieras hecho una chapuza. No eres un asesino.

Nos miramos fijamente. ¿Cómo decirle que tengo ganas de abrazarlo, que me ha quitado un peso de encima que no estoy seguro de haber sabido llevar? ¿Que mi conciencia nunca estará limpia, pero siempre me quedará la duda de si hice lo justo, hasta el momento preciso en que lo injusto ya no he sido capaz? Que sé que jamás podré tener un amigo mejor, que asuma la culpa y el riesgo por mí. Que le debo algo más que la vida, porque le debo algo parecido a la esperanza. Y la libertad.

Mike pone sobre la mesa un *pendrive*.

—Su confesión.

Me quedo mirando el pequeño objeto rojo.

—Está todo, jefe —me alienta López, con su ingenuidad animosa recobrada—. Dice dónde esconde las pruebas. Cómo preparó las pruebas contra Abdón Pascua. Cómo lo manipuló.

—¿Estáis seguros de que es lo mejor?

Se quedan los tres en silencio.

La sociedad se mece en una hipocresía perfecta de apariencia tolerable. Pero a medida que escarbas no dejas de encontrar mierda y más mierda. Podredumbre y más podredumbre. Me pregunto si a veces es mejor no indagar, no profundizar, no saber. Me pregunto si el lenitivo de la ignorancia es lo único que nos permite seguir vivos y mirar adelante en una ficción de vida más amable que la realidad. Si la realidad no es, en sí misma, el Mal que tememos.

Mike se levanta y vuelve con la segunda copa.

—¿Qué pensaba hacer, cargárselo y dejarlo todo como si nada? —pregunta Malasaña con desprecio, como si yo fuera completamente estúpido.

—Entonces no podremos cobrar las apuestas. Es una pasta, jefe. Nadie apostaba por usted. Sólo él y yo —señala López a Malasaña.

—¿Estás seguro de que esto es lo mejor? ¿Qué hacemos ahora? ¿Cómo ha aparecido esto, cómo justificaremos que está en nuestro poder? —le pregunto a Mike.

—Está todo arreglado —concluye.

—¿Cómo?

—Ya lo verás. No hay prisa.

—¿Estás seguro de que es lo mejor? —insisto, mirando fijamente a Mike.

—De lo contrario, lo convertirás en un mito.

López pone su manaza en mi hombro. Siento su calor. Su aliento. Su respaldo.

—No me toque los huevos, jefe —dice Malasaña, llevándose la copa a los labios. Da un trago que deja el *gin-tonic* temblando y chasquea la lengua en señal de fastidio—. ¿No te jode? ¡Encima se pone exquisito!

—¿Cómo lo hiciste? —miro a Mike a los ojos.

—Ningún asesino es un héroe.

—Era un puto cobarde —dice con rabia Malasaña.

—Con esas mujeres indefensas sí. Y a Robot le pegó un tiro en la nuca, por la espalda. Pero… —López mira a Mike con una expresión risueña en los ojos algo húmedos ya por la ginebra—… era un cobarde de mierda…

Enciendo un cigarrillo y tiro el paquete de Marlboro sobre la mesa. Todos cogen uno. Me pregunto si el Dandy destinó un último pensamiento a quien sin duda sabía que lo estaba matando, aunque por asesino interpuesto.

—¿Cuáles fueron sus últimas palabras?

Mike sonríe. Esa cara pecosa y fea fue lo último que vio el Dandy en su asquerosa vida. Me alegro.

Cuando creo que Mike no va a responder y va a guardar el misterio toda su vida, suelta:

—¡¡El dolor!! ¡¡El dolor!!

Malasaña suelta una carcajada y yo debo componer una expresión de estupor. Tuvo que saber que yo llevé a su asesino hasta él.

—¡¡El dolor!! ¡¡El dolor!!

La expresión de risueño desprecio de Mike imitando el tono del moribundo me provoca un escalofrío.

—¿Sabéis que nos encontraremos algún día con el Destripador?

Ninguno responde. No hace falta. Levanto mi copa.
—¡¡Desde el Infierno!!
—¡¡*From Hell*!!



Carmelo Martínez Anaya (Serón, Almería, 1967). Licenciado en Derecho y Criminología, compatibiliza su trabajo de abogado con la escritura.

Ha publicado numerosos cuentos y relatos breves en diversas colecciones. Fue accésit del Premio J&B en 1996 con la novela *El corazón oscuro*. Anaya resultó ganador de la segunda edición del premio Wilkie Collins de Novela Negra, que concede M. A. R. Editor, con su obra *Ordo Dei, (perdedores anónimos)*. Otras obras son *Tiempo cero, Frío invierno en Baria, Una parte de mí, El guardián de mi hermano, Baria City Blues*, o *The Ripper*.

Varias de sus novelas tienen como denominador común que ubican la trama en Baria, ciudad ficticia del Levante almeriense. Aunque son de lectura independiente pues no guardan relación argumental.

Se ha revelado un verdadero maestro del género negro, con influencias bien asimiladas de sus admirados Dashiell Hammett y Jim Thompson.